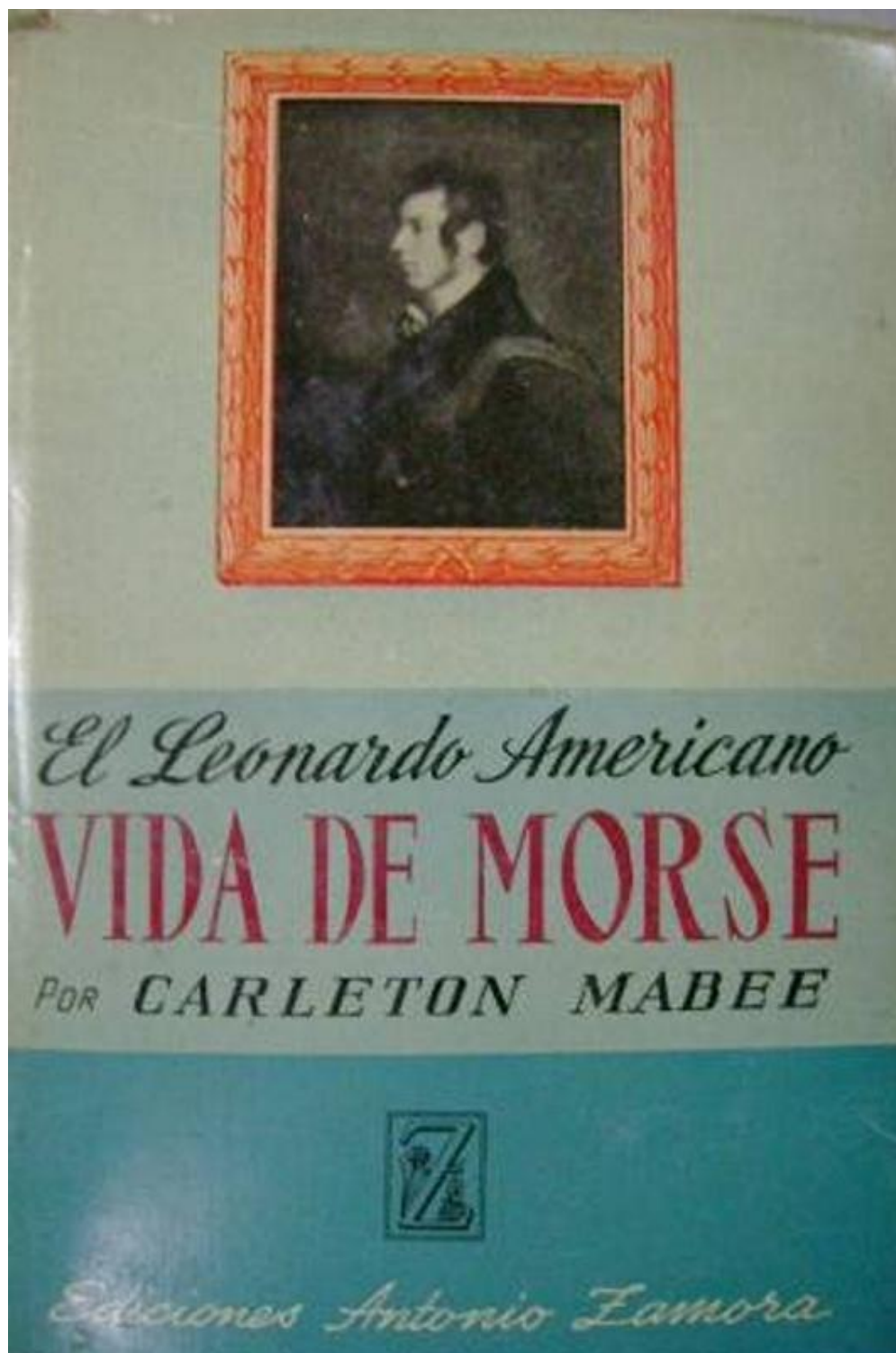




Dedicatoria

A mi abuelo Charles Neander Bentley (1854- 1942).

Un hijo de nueva Inglaterra que comprendió a Morse

Prefacio

La vida de Samuel F. B. Morse es una de las más interesantes de la historia norteamericana; ha sido una vida subyugante, debido, en parte, a la versatilidad de sus empresas, y luego, al rico interés que ofrece su espíritu y su personalidad.

Porque Morse, en el curso de una vida, ha desarrollado cuatro carreras: la de artista, la de inventor o, por lo menos, gestor y organizador de inventos, la de hombre de negocios, y la de político. Estas cuatro carreras abundaron en luchas, controversias y desgracias; mas en tres de ellas logró un éxito notable. Si jamás hubiese tocado la pieza de una máquina, sería, de cualquier modo, recordado como un eminente retratista y como fundador de la Academia Nacional de Dibujo. Si nunca hubiera tocado un pincel de artista, lo recordaríamos, empero, como la figura principal entre el variado grupo de norteamericanos que llevaron el telégrafo electromagnético a un fin exitoso. Mientras algunos inventores de su época, como esa silueta trágica que se llamaba Charles Goodyear, sólo lograron contraer deudas, Morse llegó a reunir una fortuna considerable, antes de cerrar sus ojos al mundo. Su energía, su impetuosidad y su algo prejuiciada fuerza de convicción, lo llevaron también a la vida pública y, si en este sentido su posición fue desdichada y estériles sus obras, ha sido, de cualquier modo, un exponente cabal de lo que él creía era la verdad. Cuando murió, la gente lo recordó casi exclusivamente en su carácter de inventor; los operarios de telégrafos del país ya le habían erigido su estatua en Central Park, y el Congreso le había rendido honores por su labor en pro de la extensión de las comunicaciones. Pero ahora es posible comprobar que tuvo una influencia memorable en varios aspectos de nuestra cultura nacional.

Esta figura fornida, viril, intensamente austera, puede haberle parecido, a quienes hayan seguido solamente los acontecimientos exteriores de su vida, un típico hombre de acción, siempre marcando rutas, siempre organizando y, podríamos

decir también, siempre bregando por algo o contra alguien. Pero fue muchísimo más que todo eso. Ha sido asimismo un hombre de rica vida interior: un estudioso, un creyente ferviente, un artista de espíritu y vista sensibles, y aun amo así como un poeta. Es evidente que ha heredado varios rasgos prácticos de su madre, que provenía de una familia de marines' y comerciantes, y diversos rasgos filosóficos y artísticos de su padre, distinguido clérigo, filántropo, panfletario y geógrafo. En todas sus actividades desplegó la naturaleza nerviosa o irritable del artista, que responde anhelante a su medio ambiente. Escribió versos y demostró en sus varios amores —hasta ese segundo casamiento idílico con una hermosa prima sorda, a la cual lo llevaba veintiséis años—, un corazón tierno y en todas sus empresas so mostraba pletórico de dinamismo, y vehemencia. Probablemente, su propia combatividad nacía de su sensibilidad y de su carácter impetuoso. Se mostraba siempre pronto para defender sus propias ideas en materia de arte, política, sociología y ciencia, si bien a veces demostraba un deseo excesivo de que sus obras no fueran menos apreciadas de lo que se merecían. A menudo se hacía valer con demasiada convicción, cayendo en afirmaciones que los hechos no apoyaban. Sin embargo, era un hombre esencialmente modesto. Después de una recepción en Washington, le escribió a su esposa sobre el sonrojo de «tu esposo modesto» y, cuando pronunció un discurso en un almuerzo que se le ofreció en Londres, subrayó la simultaneidad del invento y dejó de lado cualquier mención particular. «El hombre no es más que un instrumento del bien —dijo--, si es que desea llenar su misión. El, que se vale de este instrumento, debe recibir principalmente los honores, pues en esa forma expresa su propósito de lograrlo. Es; sin duda, un honor suficiente para cualquiera el ser colaborador, aunque sea en una labor secundaria, encomendada por semejante marzo, en beneficio del mundo.»

Es evidente que el entusiasmo mayor de su vida ha sido el arte. Sus años más felices fueron los de sus primeras luchas y aspiraciones; cuando estudiaba en Londres con el profesor Allston, exhibía *El Juicio de Júpiter*, en la Academia Real; erraba de Boston a Charleston paz a pintar retratos, y regresaba a París y a Italia para continuar sus estudios. En esa labor empeñaba realmente todo su espíritu. Cumulo admitió los trabajos de daguerrotipia fue especialmente porque pensó que podrían ser de provecho para él y para su carrera artística. Cuando, junto con

Leonard D. Gale, Alfred Vail y otros logró que el telégrafo fuera un éxito indiscutible, se hubiese sentido contento de vender su participación en su patente al gobierno, por la módica suma de cien mil dólares; porque tal cantidad de dinero le habría permitido retornar a su caballete de pintor. Y aun más tarde jugó con la idea de volver al arte. A los cincuenta y cinco años, cuando desempeñaba el cargo de superintendente del telégrafo entre Washington y Baltimore, y hallábase sumergido en las labores comerciales, pareció presentársele su última oportunidad. Los paneles de Inman, de la rotonda del Capitolio, permanecían sin terminar; algunos de los hombres más eminentes del país, advirtiéndole la injusticia que en años anteriores había privado a Morse de participar en ese trabajo, lucharon para que se lo hiciera colaborar en la labor, y él sabía que, gracias a Amos Kendall, el telégrafo podía entonces marchar solo. Pero el Congreso votó para que se le encomendara esa faena a un joven intrigante político que se había puesto al habla con los influyentes. Morse aceptó el veredicto y regresó a los negocios, abandonando para siempre su pensamiento en el arte.

Sin embargo, no debemos lamentarnos por la dualidad de su carrera. Es probablemente un hecho que cuando volvió su espalda al arte ya había alcanzado dentro de sus fronteras el punto culminante que podía lograr, y que, pese a su enorme apego hacia él, había agotado sus posibilidades. Su contribución para el telégrafo era mucho más importante que una docena de paneles que pintara en la rotonda, en los cuales apenas reparaban algunos turistas, y mucho más también que una multitud de retratos. Varios autores han discutido su derecho a que se lo llame gran inventor, prefiriendo titularlo coordinador ingenioso de las ideas humanas y organizador talentoso de sus resultados. Naturalmente, no creó la idea del uso del electromagnetismo en el telégrafo, y cuando afirmó tal cosa sólo logró ponerse en ridículo. Pero parece exacto que el código Morse fue realmente creación suya, y no de Alfred Vail. Es indudable que suya ha sido la concepción del recurso del relevador que abría un segundo circuito automáticamente cuando uno no era suficiente. Y, sin la más mínima duda, su trabajo pertinaz para que el telégrafo fuera conocido por los hombres de ciencia, por el Congreso, por los hombres de finanzas y el público en general; y su brega contra los obstáculos sin cuento, para allanar las dificultades, fue indispensable para alcanzar los primeros éxitos. Existen

algunos otros relatos más heroicos que ese sobre sus luchas incesantes, entre 1838, cuando envió a través de dieciocho kilómetros este mensaje:

«Atención: el Universo, por los reinos, media vuelta»,

y 1844, cuando desde Washington telegrafió a Vail, que estaba en Baltimore, estas palabras:

«¡Lo que ha creado Dios!»

Morse fue mucho más artista que Robert Fulton, que también pintaba; fue más experimentador y hombre de negocios que Audubon, que unía la pintura a la investigación científica. Su mente estaba siempre ocupada en investigaciones y se mostraba rápida para relacionar los hechos diversos y semejantes. Como señaló su amigo William Cullen Bryant cuando ambos habían llegado a una edad avanzada, aun como pintor joven había realizado frecuentes experimentos con diversos materiales, combinaciones de colores y efectos de luces. Su mente «estaba entonces impedida para analizar el proceso de su arte, para imprimirle a éste cierta precisión científica, para ajustarlo a las reglas establecidas, para relacionar los efectos con las causas definidas claramente, de manera de imprimirles la fuerza del artista, y para producirlas con placer y certeza.» Cuando se dedicó al daguerrotipo fue para hacer experimentos con él y perfeccionarlo. Fue uno de los primeros en aplicar el microscopio a la fotografía. Construyó lo que él juzgó el primer telégrafo submarino, aunque en esta labor fue precedido por dos británicos. Además, ha sido un organizador nato. Así como en su juventud iba a patentar una bomba contra incendios y a construir una máquina para cortar mármol, cuando se estableció definitivamente en Nueva York, después de haber llevado a cabo sus estudios artísticos en Europa, estaba organizando una campaña contra los católicos y los extranjeros. Su colaboración en la publicación del Journal of Commerce, al cual posiblemente dio nombre y para cuya edición trazó sus planes, no es tan conocida como la historia de su ayuda en la constitución de la Academia de Dibujo. No era, pues, un novicio en el arte de la organización cuando el telégrafo atrajo su entusiasmo.

La serie de controversias en que intervino no es lo menos interesante de su vida. Porque ellas fueron parte integrante de su carrera, ya que nacieron de manera natural, de sus convicciones intensas, de su temperamento impulsivo y de su inagotable energía. Su profundo conservadurismo en cuanto a muchos asuntos fue una herencia natural del viejo Jedidiah Morse, calvinista y federalista inflexible. Para él era natural sentir una antipatía profunda hacia los unitarios y el catolicismo (cuyos aspectos más oscuros había estudiado en Roma), no obstante su democracia jacksoniana y pese también a haber sido un amante del orden social de su juventud.

Contra esto opuso su odio hacia el abolicionismo, con sus relaciones unitarias y su «radicalismo» perturbador, consecuencia de lo cual tiré su actitud de «Copperhead»ⁱ hacia la Guerra Civil. Como muchos calvinistas decididos, halló, evidentemente, una satisfacción moral en sus incesantes luchas. En arte bregó contra Trumbull y la Academia Norteamericana; en religión, contra Channing y sus partidarios; en cuestiones públicas, contra el teatro y la lotería; en política, contra los irlandeses. Durante los años de la Guerra de Secesión batalló contra la «usurpación» de la administración de Lincoln. Sus disputas con sus compañeros y socios fueron típicas en la historia de los inventos y recuerdan vívidamente a las de Richard Arkwright. En muchos de los casos tuvo razón. Su única controversia realmente deplorable y en la que estuvo imperdonablemente equivocado, fue la que sostuvo contra Joseph Henry, hombre de ciencia tan benévolo como importante, cuya amistad y ayuda ha sido invaluable para Morse. Pero ninguna carrera tan activa como la suya, ni ningún temperamento tan dinámico, están exentos de errores graves. Muchas de sus disputas fueron meros modos de ilustrar los defectos de sus grandes cualidades. Morse fue mucho más que un inventor; ha sido uno de los grandes representantes norteamericanos de su época, un líder en más de una actividad, y un hombre que enriqueció la cultura de nuestro país en muchos aspectos. La historia de su vida ha sido narrada antes, mas nunca con amplitud que satisficiera, ni con auténtica comprensión. Es una suerte que el material para una biografía suya completa haya

ⁱCulebra norteamericana muy peligrosa, cuyo nombre sirvió de apodo, durante la Guerra Civil estadounidense (1861-1865), para denominar a los habitantes de los Estados norteros que simpatizaban con los confederados del sur, es decir, que estaban por la esclavitud. — N. del T.

caído en manos de un estudioso tan prolífico y de un escritor tan bien dotado como Mr. Mabee.

ALLAN NEVINS.

Biografía Carleton Mabee

Ciudadano estadounidense, nació en la Concesión Francesa de Sanghai en 1914. Su padre, de origen canadiense, descendía de franceses y era ciudadano de los Estados Unidos. Carleton Mabee pudo, así, elegir las nacionalidades china, canadiense o norteamericana. Igualmente cosmopolita fue su existencia, pues vivió en China, Canadá y los Estados Unidos, educándose en Shangai, Massachusetts, Virginia, Maine y Nueva York. Finalmente se graduó en el Colegio Bates y en la Universidad de Columbia, habiendo sido hasta ahora conductor de camiones, agente viajero de informaciones, instructor y maestro.

La historia del pueblo de los Estados Unidos, en uno de los más brillantes capítulos de su desarrollo, la historia de una generación de hombres de múltiple inventiva, de emprendedor carácter, de clara visión del porvenir. De ahí que, al enfocar, como lo hace Carleton Mabee la biografía de las personalidades de mayor relieve en la historia humana, por las derivaciones que tuvo para nuestra civilización su invento, se cree asistir más bien a la historia del hombre, a la biografía de la comunidad, en cuyo núcleo va forjándose en el genio futuro y universal.

Tal es, a grandes rasgos, la personalidad del autor de El Leonardo Americano, que aparece en este nuevo volumen de la Colección «Los Genios», de las ediciones Antonio Zamora, y que se relaciona con la historia de una familia: la del inventor del telégrafo, Samuel Finley Breese Morse. Para presentar a su héroe, Carleton Mabee no se limita al escueto escenario doméstico de aquella familia de puritanos que siguió la ruta del «Mayflower», sino que prefiere explicar la escena social, religiosa, cultural, política en que existe aquélla, para revelar el modo de una educación, tan ecléctica como vasta, que habrá de generar una plétora de inventores e investigadores científicos que se inicia con Benjamín Franklin y culmina con el aporte de alcance ecuménico del genio de Morse, al unir todo el planeta en un haz de ondas eléctricas.

La personalidad realmente genial del futuro padre del telégrafo ya se advierte, por el método expositivo del autor, en las etapas de la formación inicial intelectual, que Mabee describe con profusa y exhaustiva documentación inserta en el texto. Desde

la primitiva tentativa vocacional del seminarista de Andover al pintor espontáneo y brillante; de éste al daguerrotipista que se consuela con esa naciente forma del arte fotográfico, de sus fracasadas ambiciones pictóricas tan fundadas; de esta etapa que denuncia la imprecisión vocacional, a la firme empresa del telégrafo, se van marcando netamente los jalones de la vida del héroe, al que, sin embargo, no olvida describir en los más mínimos detalles de su vida sentimental, no omitiendo tampoco la tan breve como desastrosa incursión por el campo político, logrando así mantener a lo largo del relato, el perfil humano y sentimental del protagonista.

Siguiendo el hilo del relato biográfico, el lector verá aparecer entremezcladas en la existencia de Morse las principales figuras de la época en Francia, Italia e Inglaterra y, desde luego los Estados Unidos, como puede verificarse por el denso índice que pone fin al volumen, de tal manera que esta biografía de uno de los más originales genios creadores, más pareciera ser, por su valor casi universal, la biografía de una época de la humanidad.

En cuanto al enfoque del hombre como tal, resulta de una humanidad y una sinceridad que identifica al lector de inmediato, desde las primeras páginas, con el ambiente casi doméstico en que se describen los episodios de la infancia, de la juventud, de los amores, de las perplejidades, de la creación pictórica, de los primeros atisbos de su multiplicidad genial, de la ruta oscilante, de los dos matrimonios, de la paternidad, de la vida errante y del afianzamiento, ya en las postrimerías de su existencia, del sabio creador del telégrafo, cuya historia describe minuciosamente, aportando a la rica documentación del texto, testimonios epistolares, judiciales de la época, que revelan la deslealtad y codicia de sus contrincantes o las maniobras que el egoísmo nacional oponía a su pedido de patente para aplicar al servicio de la humanidad el fruto de su genio, así como las tortuosas maquinaciones y la incompreensión de la primera hora y las extorsiones de sus socios y colaboradores, que amargaron su existencia.

Prefacio del autor

Recoger material referente a la vida y a la obra de Morse ha constituido para mí una magnífica búsqueda de norte a sur de la costa marítima este. He pasado por debajo del puente de un ferrocarril, en la calle en que nació Morse, a la que una vez daban sombra los olmos, y pisé los ladrillos del solar en que se hallaba la iglesia en que fue bautizado nuestro héroe. En New Hampshire he seguido su rastro hasta la casa en donde galanteaba a una beldad morena de Concord, y a lo largo del valle del río Souhegan, que atravesó en un birlocho, en camino al sitio donde pasaría su luna de miel. Entre Concord, New Hampshire y Johns Island (Carolina del Sur) he hallado sus cuadros en poder de varias familias para las cuales los pintó, y que los conservan orgullosas. No pocas veces he oído decir en voz baja que algún día será conocido como el Stuart de su generación. Mis averiguaciones me llevaron a la callejuela de St. Michael, donde durmió en el suelo de su habitación-estudio, y a la espléndida casa que ocupó más tarde, frente al Hudson, por la cual me guió su nieta, Leila Livingston Morse; a una fábrica de paredes blancas, en Morristown, Nueva Jersey, en donde él y sus compañeros trabajaron una vez con hilos, baterías y magnetos, mientras el mundo, hasta donde molestóse, se burlaba de ellos; al Capitolio, para observar las habitaciones en las que exhibió por vez primera su telégrafo, ante los incrédulos miembros del Congreso, y finalmente envió su mensaje resonante: «¡Lo que ha creado Dios!». A medida que recogía material para reconstruir su vida, la escena en que ésta se desenvolvió adquiría forma en mi mente.

Emplear esos materiales resultó ser apenas menos agradable que recogerlos. Me he inclinado a dudar de varias de las leyendas que se han tejido y divulgado alrededor de esta figura múltiple, como, por ejemplo, que el mensaje que decía «Atención, el Universo», fue el primero que se divulgó en código Morse; que cuando fue presentado al Congreso el proyecto del telégrafo, Morse insistió en que el diputado Smith renunciara a su banca si deseaba asociarse a él en el asunto del telégrafo, y que Annie Ellsworth fue la primera que le informó, cuando fue aprobada la ley. Resultó alborozante enterarme de que antes de revolucionar el periodismo con su

invento, dato este que parece que no ha sido divulgado, fundó un gran diario ciudadano, el *Journal of Commerce*, de Nueva York. Hurgando en viejos periódicos, un día creí haber hecho otro descubrimiento al leer un aviso de un editor que decía acababa de ver el primer daguerrotipo hecho en los Estados Unidos, obra de Morse. Poro, sin embargo, luego de pasar algunas hojas destrozadas, me encontré con que nuestro hombre había escrito al editor confesándolo haber perdido ese honor por unos pocos días. ¡Oh, los peligros que acechan al escritor que no mira unas cuantas páginas más adelante!

En 1932, como parte de la celebración nacional del centenario del viaje de Morse en el Sully, cuando el Museo Metropolitano de Arte, de Nueva York, organizó una muestra de sus pinturas, Harry B. Wehle, cuidador de pinturas de la citada institución, dio a la stampa una lista de sus obras. En la preparación de la biografía me fue posible hallar informaciones para agregar al trabajo de mister Wehle. No las he incluido en este volumen, pues espero que sean publicadas separadamente.

Desde el comienzo, el presente libro ha sido un trabajo en colaboración. Allan Nevins, de la Universidad de Columbia, fue quien primero me sugirió el tema y me ha ayudado en todo el curso de su desarrollo mediante consejos sobre el material a emplear, crítica de los manuscritos, y particularmente merced a su confianza en mí, sin la cual, realmente, podría haber vacilado hace tiempo. Gracias a él me puse en contacto con Leila Livingston Morse, de Nueva York. Con su entusiasmo casi ilimitado, mediante el permiso de acceso a las cartas, diarios, fotografías y pinturas de su abuelo, que de otro modo me hubiese sido imposible consultar; y, al mismo tiempo, con su insistencia en el sentido de que no ejercería influencia en mis críticas a Morse; con todo esto, digo, se ha hecho la búsqueda de material para esta biografía mucho más eficaz y agradable de lo que hubiese sido de no mediar su colaboración. Entre todas las personas hacia quienes me siento reconocido (muchas de las cuales menciono en el Agradecimiento), el profesor Nevins y Miss Morse merecen figurar en primer término.

En gran parte, éste es un libro de Morse; la historia de su estado de ánimo cuando se presentó para alcalde de Nueva York, cuando ingresó en el templo de San Pedro, cuando se enfrentó con rivales en el campo del telégrafo, cuando pasó muchachas esclavas en el Charleston Battery, cuando pintó un retrato del presidente Monroe,

cuando vio a la señora Siddons en Covent Garden o recibió los saludos de Napoleón III.

Pero no es sólo un libro de Morse, aunque más no sea porque Morse cambió su concepción de sí mismo. En cierta época de su vida, por ejemplo, concibió su futuro de manera inseparable de su pintura; en otra, deseó que nunca se lo recordara en su calidad de artista. Me ha obligado, pues, a elegir entre los juicios diferentes que tenía de sí mismo y, de tal suerte, a tomar de él el derecho a juzgarlo. Mientras he evitado aplaudirlo ruidosamente, prefiriendo que el lector lo haga para su propia satisfacción, el mero hecho de seleccionar el material para incorporarlo a un libro de límites suficientes, es ya un juicio personal. Si saber por adelantado mis conceptos sobre lo que le relaciona con la obra es de utilidad para el lector, están, pues, a disposición de él. En materia de política, prefiero las tradiciones de Jefferson en el gobierno de la iglesia, el congregacionalismo. Como creo que la creación se acerca mucho a un fin en sí misma, opino que Morse se comprendía cabalmente a sí mismo cuando creaba en medio de pinceles, lápices, cámaras, máquinas y hombres. No obstante, distinguiré entre sus varias inclinaciones no sólo las que estimularon su espíritu, sino también de acuerdo con su utilidad en la sociedad. Puesto que el progreso material no es en sí mismo un fin, creo que los inventos pueden o no ser de utilidad. El telégrafo y la radiotelefonía, que derivó de aquél, ya han sido empleados, tanto para beneficio como para mal de la sociedad. Ya sea que en su largo curso sean utilizados principalmente para saciar nuestros sentidos y encadenar nuestros espíritus a los intereses del poder, la clase, la nación o la raza, o bien para derrumbar las barreras que nos dividen y liberar nuestros espíritus, creo que ésta es una manera de revelar el enigma de la historia moderna. La significación final de Morse no se conocerá hasta tanto sea resuelto ese enigma.

Este libro es también una crónica de los juicios de los compañeros de Morse: los que pintaron, los que juntos con él trazaron en el mapa las futuras líneas telegráficas, los que lo odiaron juzgándolo un advenedizo, un fanático, un charlatán ávido de fama, o los que lo amaron como un entusiasta, un creador de belleza en un mundo de fealdades, una persona activa en un orbe de inercia.

Por sobre todo, este trabajo está encauzado hacia la afirmación rotunda de que su héroe debiera ser conocido como algo más que un telegrafista. Si su amigo Dunlap

fue el Vasari norteamericano, Morse ha sido el Leonardo estadounidense. Como tal, debe ser conocido, no sólo en calidad de inventor, sino también en su carácter de artista, de organizador, de hombre de polémicas y hombre de fe.

C. M.

Lewiston, Maine. Verano de 1942.

Capítulo 1

Bajo las colinas de Breed

Como millones de norteamericanos, Samuel Finley Breese Morse nació en la calle principal de un pueblito, en una casa alquilada.

Sin embargo, un historiador erudito lo visitó pronto para meditar sobre si algún día tendría la sagacidad del rabino judío, la profundidad de Calvino o la sublimidad de Homero. El presidente de un colegio lo tuvo en sus brazos y, como los patriarcas hebreos, le otorgó una bendición solemne. De inmediato, un estudioso griego, que había sido director general de correos, les envió a sus padres *«algo para hacerle ropa al niño»*⁽¹⁾ⁱⁱ.

Su cuna no sólo fue de aristocracia intelectual, sino también de posición aristocrática. Las casas que rodeaban a la suya, como cajas de dos o tres pisos, con portales, ventanas y hasta chimeneas espaciadas de manera regular, carecían por completo de pretensiones, como las personas nacidas en Nueva Inglaterra que vivían en ellas. A medida que se aproximaban a la plaza, se parecían más esencialmente a cajas de madera, pero estaban decoradas de un modo más gracioso, a la manera georgiana. Tenían pilastras elegantes, pórticos jónicos y oportunos marcos de ventanas; contaban asimismo con canteros de flores ubicados en el espacio angosto entre las casas y los cordones de las aceras. En estas casas, el padre de Finley era una visita familiar por la posición que ocupaba: era el pastor del pueblo. A menudo visitaba la más hermosa de las casas, la de Miss Russell, en la que Finley aprendió pronto el camino de la despensa; frecuentaba también a Nathaniel Gorham, quien, en su carácter de presidente del Congreso Continental, había revelado el pensamiento íntimo de no pocos caballeros revolucionarios, cuando intentó interesar a su hermano, el rey de Prusia, para que se convirtiera en rey de los Estados Unidos.

Charlestown era tan ciudadela del federalismo como Boston, ciudad que se hallaba a pocos minutos al otro lado del puente del río Charles. Como norteamericanos, los caballeros de Charlestown se enorgullecían de la independencia, pero en calidad de federalistas, al igual que el pastor Morse, favorecían al enemigo reciente, los

ⁱⁱ Vea al final del presente volumen las citas numeradas. (N. de la E.)

británicos, por sobre los flamantes aliados, Francia. Los ciudadanos importantes, los que frecuentaban la sociedad del pastor del pueblo, censuraban la llegada de la independencia estadounidense, más en la exaltación yanqui que en la británica. Pues muchos pensaban que los exaltados demócratas habían llevado la lucha desencadenada sobre la colina de Bunkerⁱⁱⁱ y a lo largo de los cerros, hasta la colina más elevada de Breed, justamente sobre sus casas.

Los británicos habían perdonado pocas de sus residencias, como, por ejemplo, la de Nancy Shepherd, niñera de Finley, y la vieja iglesia ubicada frente a la plaza. Entre los primeros recuerdos del niño figuraban sus paseos por las colinas, cuando Nancy le contaba una y otra vez la manera en que los soldados habían incendiado el pueblo que se veía abajo. Una vez expulsado el enemigo, Charlestown fue reconstruido. La primera casa vuelta a edificar fue aquella en que nació Morse^{iv}. Los edificios nuevos y más importantes, entre ellos el templo, se hallaban ahora detrás de la plaza, en Town Hill. Su torre, diseñada por Charles Bulfinch, proclamaba gratamente al pueblo, al puerto y a Boston, que Charlestown había salido airoso de su ordalía, con robusto coraje y fe.

El pastor Jedidiah Morse no hacía mucho que se hallaba en el pueblo cuando nació su primer hijo: Finley. Cuando el joven clérigo llegó por vez primera a la iglesia, la única existente en el pueblo, ya había habido una escisión entre los ortodoxos y los liberales de la congregación.

Cuando se instaló —el mismo día^v y a la misma hora en que Washington hacía cargo de la presidencia de los Estados Unidos—, los parroquianos lo atisbaron desde sus bancos encajonados. Contaba tan sólo veintiocho años, pero sus largos cabellos, sus facciones agudas, su cuerpo delgado, su vestimenta negra con cuello blanco y su inclinación a mostrarse serio le hacían aparentar la responsabilidad suficiente para su cargo. Los fieles esperaban que sus pastores fueran personas de grandes conocimientos. Inaugurada en 1632, su iglesia había contado con cinco graduados de la Universidad de Cambridge. Poco tiempo después que uno de ellos, John Harvard, concluyó su período como pastor, la iglesia comenzó a incorporar pastores

ⁱⁱⁱ Pequeña colina de Charlestown (Boston), famosa como escena del primer encuentro de importancia de la Revolución Norteamericana, ocurrido el 17 de junio de 1775. — N. del T.

^{iv} La casa ha sido echada abajo recién en 1928, El solar, en Malta Street, cerca de Wood, está ahora ocupado por la Snappy Dress Shoppe. Una placa recuerda el nacimiento de Morse. — N. del T.

^v Abril 13 de 1789. — N. del T.

surgidos del colegio de Cambridge que lleva su nombre, y que distaba sólo cinco kilómetros y medio. La serie de pastores egresados de Harvard fue sólo alterada con la incorporación de uno de Oxford, y luego, de Jedidiah Morse, de Yale.

Jedidiah era, sin duda ninguna, un hombre culto. Sus fieles ya sabían que era un geógrafo consumado, autor de la primera geografía editada en los Estados Unidos. Secundariamente, lo habían oído predicar. También sabían que había sido pastor durante breve plazo en su Estado natal, Connecticut, y, asimismo, en Georgia. Les había agradado y lo eligieron de manera unánime. Pensaron que podría remediar la disensión surgida entre los miembros de la congregación.

Cuando el joven clérigo escuchó el sermón inaugural de Jeremy Belknap, historiador y pastor de la iglesia de la calle Federal, de Boston, se percató de lo mucho que él había hecho para llevarlo a Charlestown. Mientras trabajaba cuidadosamente en la publicación de la primera geografía norteamericana completa, Jedidiah aspiraba a ingresar en una iglesia presbiteriana de Nueva York. Uno de sus líderes, el erudito director general de correos, Hazard, se había mostrado solícito con él. Por su intermedio llegó a conocer al reverendo Mr. Belknap, quien, cuando interrogó a aquél acerca de si le había agradado el sermón del joven geógrafo y clérigo, recibió esta contestación:

—Me agrada su persona, y, sin duda, hasta ahora ha demostrado ser muy aceptable para nuestra gente en general. Se expresa bien, tiene muchas ideas nuevas y notables, y en sus maneras hay algo agradable. Necesita animación, pero probablemente la tendrá, después de haber permanecido más tiempo en su cargo y... cuando se aparte más de su manuscrito; porque usted debe saber que no es costumbre entre nuestros clérigos leer todos los sermones, como se hace en Nueva Inglaterra... En sus doctrinas es estrictamente calvinista. Como hombre me ha dejado encantado. Es sensato y sensible, correcto y modesto en su comportamiento; un compañero jovial, que inviste de manera correcta la dignidad del clérigo, sin perder su afabilidad amistosa ⁽²⁾.

Sin embargo, Morse habíase enterado de que la iglesia de Hazard había decidido no invitarlo a que permaneciera en calidad de pastor. El director general de correos, como amigo, le había hecho presente que la geografía le había absorbido demasiado del tiempo que podía haber dedicado a la teología. Y también había llegado a saber

que fue el reverendo Mr. Belknap quien le hizo llegar, por intermedio de Hazard, la invitación para que ayudara en el establecimiento de la congregación de Charlestown.

Su amigo Belknap se dirigía a los fieles sobre la responsabilidad del ministro. Mostróse recatado en cuanto a las divisiones amenazadoras, entre los ortodoxos y los liberales dentro de la congregación, cuando dijo:

—Insistir demasiado en los puntos en controversia podría alimentar un espíritu partidista, mas no es de utilidad constructiva⁽³⁾.

El nuevo pastor prestó poca atención al consejo de Belknap, ya sea en cuanto a la controversia en el seno de la iglesia o en el sentido de que juzgaba conveniente que se casara antes de ir a Charlestown. En la casa del director general de correos, en Nueva York, Jedidiah se encontró por vez primera con la muchacha con quien esperaba casarse. Hazard había estudiado bajo la dirección de su abuelo, el doctor Samuel Finley, presidente calvinista del Colegio de Nueva Jersey, lo que más tarde fue la Universidad de Princeton. Después de su muerte, el yerno del presidente, el juez Breese, de Shrewsbury, Nueva Jersey, y su hija Elisabeth, eran a menudo huéspedes en casa del director general de correos, en Nueva York.

Elisabeth había heredado la vivacidad que encantó al joven clérigo, no sólo de su madre sino también de su padre. Su bisabuela por parte del padre había atravesado sola el Atlántico, huyendo de lo que consideraba la persecución de sus padres. Y no era la única Breese que había demostrado firmeza de carácter. En el cementerio Trinity, al final de la calle Wall, cerca de donde nació ella, su abuelo había hecho inscribir su propio epitafio, que desde entonces atestigua la naturaleza de su espíritu:

SIDNEY BREESE

Junio 9 de 1767, hecho por sus propias fuerzas.

¡Ah, Sidney, Sidney, tú aquí!

*Estoy yaciendo aquí hasta que
el tiempo vuele a su extremidad.*

Cuando el cuerpo del viril Sidney fue colocado debajo de la lápida que él mismo había preparado, su viuda continuó el vigor ya tradicional de los Breese,

dedicándose en Nueva York al comercio y a la importación. Su hijo Samuel, padre de Elisabeth, fue fundador de Shrewsbury, al que dio el nombre del pueblo de Inglaterra del que procedían sus antepasados. Ahora era juez y director de correos del pueblito; cordial y alegre, y acostumbrado a la buena vida.

El clérigo Jedidiah, en sus viajes hasta las cercanías de Elisabethtown, para consultar al impresor de su geografía, se ingeniaba ocasionalmente para ir por la costa hasta Shrewsbury y ver a la hija del juez Breese. El puede haberse propuesto incluirse a sí mismo entre los «gentiles» neoyorquinos a quienes describe en su bien conocida Gazette, como llegando al punto de reunión de Shrewsbury, en busca de «salud y placer» ⁽⁴⁾.

El director general de correos no ignoraba que el joven Morse deseaba casarse con Elisabeth. Le escribió a Belknap diciéndole que sabía que el nuevo pastor desearía casarse cuando se estableciera en Charlestown. Y éste transmitió la noticia a la congregación.

«En uno o dos días más —le escribió a Hazard— todo estuvo finiquitado en Charlestown, y las muchachas que se habían preparado para insinuársele se muestran enfadadas, mientras que algunas de las personas mayores se preguntan cómo harán para encontrar casa. Supongo que sería ventajoso para Mr. Morse, en cuanto a bandas y pañuelos, si este informe pudiera ser contradicho; pero, en caso contrario, ¡cuán desagradado se sentirá! Cuando un joven clérigo se establece en un pueblo como Charlestown, se lo busca tanto como a un premio de mil dólares en la lotería, y, aunque ellas saben que una sola puede conquistarlo, sin embargo, ¿quién sabe si esa una puedo ser yo?... Por favor, dígame a Morse, si es que no se ha ido hace rato, que ganaría mucho en popularidad y algo económicamente si pudiera venir a Charlestown con el cuello libre de ese lazo» ⁽⁵⁾.

En respuesta a esas palabras, Hazard pudo tan sólo prometerle lo siguiente:

«Su Reverencia estará preparado» para establecerse, «soltero». «Además, este declarante dice que no» ⁽⁶⁾.

El día que se instaló era todavía soltero. Pero al mes siguiente se trasladó a Shrewsbury para casarse con Elisabeth. El juicio que la muchacha mereció a Hazard fue el siguiente: «*Una joven valiosa y, según creo, muy piadosa*»⁽⁷⁾. Y en el mes de junio, cuando los Belknap se encontraron con la flamante esposa, en un almuerzo, en Boston, Mr. Belknap quedó encantado con ella, pues era bonita. La muchacha fue a visitar a los Belknap y pronto salió de compras por Boston con la señora de Belknap.

Pese a la predicción de Belknap, en el sentido de que el casamiento del pastor haría disminuir la generosidad de doce mujeres solteras y cuarenta viudas de la iglesia, la feligresía ayudó gustosa a los Morse a amueblar la casa. El pastor debe haberse sentido agradecido por los obsequios, pues su salario anual inicial era de sólo veinte cuerdas de leña (quinientos setenta dólares) y el derecho a vivir en casa parroquial. Además, sus feligreses esperaban hospitalidad de parte del pastor. Y la hallaron a tiempo. Acostumbraban a decir que él no dirigía una posada, pero sí una hostería.

El pastor se comportaba como un caballero, ya fuera que recibiera a sus cómodos feligreses, vestido con su larga túnica roja y sentado en su escritorio, se presentara ante la congregación con su traje negro, guantes y peluca empolvada, o rezara con los reclusos en la prisión del Estado. Sus ropas eran pulcras, atentas sus maneras y persuasiva su voz. Sin embargo, podía condenar los errores enérgicamente. Si sus fuertes dolores de cabeza le recordaban que no había heredado todo el vigor físico de sus antepasados (una de sus abuelas tenía antes de morir trescientos diecinueve descendientes), era indudable que algo de ese vigor lo demostraba en sus palabras y en su pensamiento. Cuando se convenció de que la masonería internacional era una amenaza; que los jacobinos franceses amenazaban el orden norteamericano; que las doctrinas unitarias minaban la estabilidad de la iglesia sostenida por el Estado, se lanzó vigorosamente contra ellos. Contaba con el apoyo del pueblo de Charlestown en muchas de estas santas iras, pero aun cuando tuviera que luchar solo, continuaba su curso hasta superar los límites de la seguridad de su situación. Y en sus iras era tan sincero como en sus simpatías. Su esposa aprendió a reprimir sus impulsos generosos hacia los negros de Charlestown, hacia los indios del interior o hacia los inmigrantes que lo conocían como el doctor Morse, doctor en

leyes de Edimburgo y autor de geografías que habían llamado la atención en los Estados Unidos.

Aunque su esposa se mostraba más prudente, era a menudo vehemente, segura en sus juicios, confiada en la incesante labor de distinguir lo exacto de lo equivocado. Aunque piadosa, exhibía la impetuosidad de los Breese, abriéndose camino a través del peso del formalismo. Le agradaba vestirse con encajes y miriñaques; ocasionalmente coronaba sus bucles empolvados con plumas y perlas; pero gustaba especialmente de tomarse la libertad no familiar de usar vestidos de zaraza cuando visitaba a las damas de la congregación. Era de maneras graciosas, de conversación animada y de recia voluntad. Cuando se construyó una nueva y blanca casa parroquial en Town Hill, al lado de la iglesia, ella y no su esposo decidió el sitio en que debían hacerse las puertas y colocarse los aparadores. Nada temerosa de objetar las decisiones de su esposo y aun dispuesta a poner mala cara cuando éstas no se ajustaban a sus deseos, fue ella quien guió a sus niños hacia el pensamiento independiente. Contribuía con una chispa de alivio a la vehemencia que su esposo ponía en sus conferencias con otros pastores o con estudiosos; con los feligreses que se hallaban en dificultades; con los que gestionaban la instalación de un arsenal en Charlestown o la apertura de un canal que uniera los ríos Charles y Merrimack, el primer canal del país, o las misiones para remotas colonias en Maine.

Los Morse habían sido ministros de la iglesia en Charlestown durante casi dos años cuando vio la luz su primer hijo, el 27 de abril de 1791. Nació cerca de Boston, ciudad de la que era oriundo Franklin —con cuyo nombre se unió a menudo el suyo— y al año siguiente de la muerte del célebre físico y político estadounidense. Su madre fue quien eligió los nombres con los que el padre lo anotó en el templo el domingo siguiente. Sus padres le pusieron el nombre de Samuel Finley, por su abuelo materno, el estudioso de Princeton. Y le agregaron el de Breese, el nombre de la familia de ella. Cuando el reverendo Mr. Belknap notificó a Hazard que la pobre criatura tenía tantos nombres como un embajador español, el director general de correos contestó de simulado modo ofensivo. *«Si los padres se sintieran tan apocados en cuanto a las perspectivas del futuro sucesor, como parecería indicarlo la elección de su nombre —dijo—, podrían agregar de inmediato los nombres de*

Belknap y Hazard». El niño se llamó Samuel Finley Breese Morse, pero la familia prefirió pronto llamarlo Finley.

Los padres se sintieron agradados con la fina atención que le prodigaron a su hijo, Belknap, el doctor Witherspoon, de Princeton, y el director general de correos, Hazard. Estaban tan orgullosos que abrigaron temores acerca del futuro. ¿Sentirían tanta felicidad con el cariño de su hijo? ¿Era correcto, en un mundo de pecado, que los siervos del Señor se interesaran tanto en cualquier alma, aun en la de su hijo? El padre no tardó en confiar sus temores a sus amigos... Hazard le respondió:

— ¿Tiene usted una opinión muy elevada del señorito Finley? ¡Qué poco saben los solteros y los recién casados de los sentimientos de un padre! Vaya y quiera a su niño.

Los padres olvidaron pronto el miedo de amarlo demasiado. Cuando, en el término de cinco años, nacieron otros dos hijos, los únicos de los once niños que traspusieron la infancia, sólo podían hablar de Finley, Sidney Edwards (Finley al principio lo llamaba a éste *Edud*, luego Edwards y por fin Sidney) y Richard, llamándolos los «queridos muchachos». Estaban contentos de que éstos fueran cordiales, juguetones y bromistas como el abuelito Breese. Cuando la madre estaba ausente efectuando una de las «*visitas de sacrificio*» a su familia, uno de los muchachos dormía con su padre. Tan pronto como se despertaba en la mañana, el niño lo llamaba, para deleite del padre, y le decía:

—Ven, papá, háblame ahora de mamá ⁽⁸⁾.

Desde Shrewsbury, la madre franca escribió muchas cartas a su esposo, con un cariño cálido y con una puntuación horrorosa. Si nadie se había tomado la molestia de enseñarle gramática a la nieta del presidente de Princeton, ahora era, evidentemente, muy tarde para hacerlo, aunque se hubiese casado con un estudioso. Porque las labores que tenía eran ya suficientes para mantenerla ocupada. Su ignorancia sólo podía guardarse en secreto recordándole a la familia, como ella a menudo lo hacía, que se asegurara de que las cartas no quedaran sobre la mesa de la sala... Desde Shrewsbury le comunicaba a Mr. Morse, como se cuidaba de llamar a su esposo, su preocupación por todas las cosas de la casa, por los «queridos muchachos», por la niñera Nancy, y por el cochero Prince, en estos términos:

«Espero que a los Queridos Muchachos los encuentres Bien y que no olvides de proporcionarles algo para su buen comportamiento, espero que Nancy se encuentre bien dale muchos cariños y dile que no deje de amar a los queridos Muchachos y de besarlos por mí todas las Mañanas y las Noches. Me siento muy agradada con lo que Ella me cuenta nunca Dudo de su cariño Sincero por ellos sino que estoy más que nunca convencida de ello. Recuérdale de mí también a Prince y dile que no necesito decirle que mantenga las guarniciones el establo y su patio en buen orden para nosotros porque él hará esto por supuesto. No necesito pedirle a mi buen Esposo que bese a los Queridos Niños por mí porque él hará eso por supuesto»⁽⁹⁾. Papá Morse ya no vacilaba en realizar el rito matutino de besar a sus «queridos muchachos»^{vi}.

Capítulo 2

La liebre y la tortuga

El niño Finley dio por vez primera señas de que iba a ser el pintor Morse, tal como él mismo lo recuerda, a la edad de cuatro años. En esa época caminaba con paso inseguro desde la casa parroquial, en Town Hill, un poco más allá de la iglesia y a pocos metros de la sombra del campanario de Bulfinch, hasta el colegio de la vieja señora Rand. Como ésta era inválida, «persuadía» a los niños que tenía a su cargo, empleando un bastón para castigarlos. Una vez, Finley hizo con un alfiler un retrato de ella en un mueble. Como a la señora Rand no le agradó el perfil, prendió sus ropas a las del niño, para poder fiscalizarlo mejor. Pero éste dio una vuelta rápidamente y le arrancó un trozo del vestido, llevándoselo hasta el otro extremo de la habitación. Aun allí el ubicuo bastón pudo alcanzarlo...⁽¹⁾. Desde los golpes de la vieja señora Rand, hasta el golpe final de su carrera de pintor —la negación a encargarle los decorados de la rotonda del Capitolio—, tuvo muchos motivos para juzgar la manera en que su arte fue recibido.

^{vi} En la transcripción de estas cartas, tal como lo hace notar el autor, se ha conservado la ortografía, la sintaxis y la puntuación, para no restar sabor a los documentos. El traductor, por su parte, se ajusta a ellas en todo lo posible, con el mismo objeto. — N. del. T

Creció caprichoso y evasivo. Atravesó por los diversos estados de ánimo tan suavemente como las sombras que proyectaban los olmos de Town Hill.

Su padre le advirtió que se inclinaba demasiado a la inconstancia. «Atiende a una sola cosa por vez —le decía—. La precipitación, el bullicio y la agitación son los síntomas acabados de una mente frívola y débil» ⁽²⁾.

Era absolutamente diferente de su hermano Sidney. Una vez, su padre los sentó a ambos en sus rodillas para decírselo. Ninguno de los dos era como debían ser. Finley era una liebre: demasiado movedizo; Sidney, una tortuga: porfiado; nombres éstos que conservaron por muchísimo tiempo. Aun después de que «la liebre» hubiera ganado a «la tortuga» en el aplauso público, los hermanos firmaban cariñosamente sus cartas con dibujos de dichos animales.

La fe puritana de los padres en la fuerza reformadora de la educación los llevó a enviar a Finley a un colegio, a la edad de siete años ⁽³⁾. La familia de Phillips había fundado una academia a unos cuarenta kilómetros al norte de Boston, en Andover, para fomentar la «verdadera santidad y la virtud». Los fundadores eran calvinistas. El primer director había sido Eliphalet Pearson, amigo fiel del pastor Morse, y que iba a ser modelo de uno de los mejores retratos pintados por el artista.



Las rúbricas de Sidney (tortuga) y Samuel Morse (liebre)

Durante varios años el padre de Finley había sido depositario de la academia.

Poco después de que Finley entrara en el colegio preparatorio de la academia ⁽⁴⁾, su padre representó a los depositarios de la Academia Phillips en la exhibición anual realizada en «un edificio grande y elegante», como él lo describe, y «en una deliciosa atmósfera de elevación espiritual» ⁽⁵⁾. Entonces era característico de las exposiciones de Andover que los estudiantes «compusieran y analizaran», declamaran, cantaran canciones sagradas en coro y escucharan cantos en solo de

melodías como «¡Oh, querida, ¿cuál puede ser el motivo?». Los depositarios se lamentaban de que los ejercicios fueran demasiado teatrales.

El autor de los textos de geografía hizo su parte para imprimir solemnidad al acto. Después de dirigirles a los muchachos una franca lisonja, al decirles que se hallaban en el colegio mejor y quizás el más respetable del país, les cargó una responsabilidad terrible:

—Aquí —les dijo— están ustedes echando los fundamentos... para ambos mundos. El carácter y los hábitos que aquí se les están formando... los acompañarán probablemente durante toda la vida y determinarán vuestra condición futura y eterna ⁽⁶⁾.

¿Pensaba en ese instante en Finley? Los únicos datos oficiales de la Academia de Andover, actualmente en existencia, que conciernen al artista, son ocho amonestaciones en deletreo y dieciocho por cuchichear en la clase ⁽⁷⁾, informe poco alentador para un padre preocupado en el futuro de su hijo...

Los padres trataron de disciplinario. Le enviaron una copia del discurso pronunciado en la exhibición, para que lo aprendiera de memoria ⁽⁸⁾. Le ofrecieron diversas recompensas por los «progresos» que acusara: libros, tortas y «pasteles», que su padre esperaba que pudiera «comerlos muy bien» ⁽⁹⁾, visitas más frecuentes a Charlestown y recepciones más felices cuando llegara a su hogar. Aumentaron los deberes disciplinarios, pidiéndole que diera cuenta del dinero que tuviera, que llevara un diario, leyera la Biblia, rezara a la mañana y a la tarde, escribiera una carta todos los domingos hablando del sermón de ese día y relejera constantemente las que ellos le enviaban.

Era indudable que necesitaba disciplina. Se dice que una vez huyó del colegio^{vii}. Cuando menos, su estudio era irregular. Algunas veces era el primero de la clase; a las pocas semanas su tutor lo describía como «indiferente hacia la verdad, ocioso y el último de la clase» ⁽¹⁰⁾. Pronto halló los amigos que necesitaba en Samuel Barrell,

^{vii} En las Cartas 1 y 3 el editor comenta que Finley puede haber huido del colegio, pero escritores posteriores han exagerado ese comentario prudente, afirmando que realmente lo hizo. Sin embargo, el asunto ofrece, sus dudas. Oliver Brown, de Charlestown, estudiante de la Academia Phillips en 1799, era tutor de Finley. En su carta al doctor Morse, el 15 de junio de ese año, expresa su pesar por "el rápido llamado para que el muchacho dejara la Academia". Pero nada hay en la carta que indique que fue llamado por otro motivo que no sea alguno de orden familiar. Pero el "Finley" que se menciona puede no ser el hijo del doctor Morse. En una carta de John Rogers, dirigida a éste, fechada el 18 de julio de ese mismo año, se dice que el doctor Morse había enviado avergonzado al "señorito Finley" a su hogar en Brunswick. Esta carta se refiere probablemente a Samuel Finley, un pariente suyo de Nueva Jersey, que estuvo brevemente en Charlestown.

de Charlestown, y en su hermano Sidney. Pero cuando Finley, de once años, y Sidney, de ocho, entraron en la academia el mismo año, y éste comenzó pronto a ganar las ponderaciones de los profesores por su perseverancia en los estudios, la presencia de «la tortuga» no constituía un consuelo para «la liebre».

Desde el primer verano tuvieron el alivio de las zarzamoras, como se desprende de lo que escribió a su padre: «Como tantas zarzamoras como deseo, pues voy y las saco yo mismo» ⁽¹¹⁾. A medida que crecía tuvo también el placer de la lectura, aparte de los libros de estudio. Se dice que la lectura de Vidas paralelas, de Plutarco, lo llevó, por lo menos temporariamente, a la ambición. Como cuando niña había ejercido en ella un efecto notable, la madre le pidió al doctor Morse que le enviara el libro Recuerdos para niños, de Janeway. Cuando lo leyó en alta voz, el doctor Morse observó con placer que Sidney «se retiró espontáneamente a decir sus oraciones» ⁽¹²⁾; tal vez Finley lo leyó en sus momentos de resolución desesperada de reformarse. Este raro muchacho también hallaba solaz en el dibujo y la pintura. De los diseños en una cómoda había llegado ahora a un libro de dibujos y aun al marfil. El doctor Morse estaba tan complacido con sus pinturas como para enviar una muestra de ellas al abuelo del muchacho, con la siguiente explicación: «Es autodidacto; no ha recibido instrucción» ⁽¹³⁾. Y, más que la libertad de pintar sin ayuda ninguna, lo atraían los alegres giros del «globo aerostático federal», el popular fandango y, en su oportunidad, el patinaje o el chapoteo en las orillas del arbolado Shawsheen.

Habiendo perdido ya su sexto hijo, la mamá Morse tenía plena conciencia del poder de la muerte. El fallecimiento prematuro de una muchacha de Boston la impulsó a prevenir a sus hijos. «Almorzó perfectamente bien —les dijo— y murió en cinco minutos; se llamaba Ann Hinkley. Ustedes ven mis queridos muchachos... la importancia de estar siempre preparado para la muerte. ... Nunca se está demasiado pronto o demasiado bien preparado para ese momento importantísimo, porque para eso nos envían a este mundo. La ocupación principal de la vida es prepararse para la muerte» ⁽¹⁴⁾.

No obstante sus festines de zarzamoras, los «globos aerostáticos federales», las escopetas y tambores o los libros para pintar, en los momentos cuerdos, Finley aceptaba su deber de prepararse para la muerte. Mientras se hallaba

temporariamente en la casa parroquial, durante su último año de permanencia en la academia, les escribió a Sidney y a Richard, que entonces se hallaban en Andover, lo siguiente:

«Ahora les escribo nuevamente para informarles que mamá tuvo otro niño, pero nació muerto y acaba de ser enterrado, ahora ustedes tienen tres hermanos y tres hermanas en el cielo y espero que tú y yo nos reuniremos con ellos una vez muertos. No sabemos cuándo moriremos, pero debemos estar preparados para ello, y espero que tú y yo lo estaremos» ⁽¹⁵⁾.

De acuerdo con la tradición de la fe de la familia, continuaron preparándose para el fin, durante los muchos años que precedieron a la muerte de los tres hermanos.

Su padre comenzaba a ser conocido en los alrededores de Boston como campeón del calvinismo. Como inspector de Harvard, el doctor Morse, con el doctor Pearson, que antes era director de Andover y ahora profesor de aquella casa de estudios, dirigieron la lucha para conservar a Harvard a salvo para la ortodoxia. Durante los últimos años en que Finley permaneció en Andover, Morse y Pearson hicieron esfuerzos desesperados para evitar la elección del «unitario» Henry Ware para profesor de teología. Los liberales insistían en que la cualidad para aceptar a un profesor de religión no era su credo sino su vida digna. Para los que respetaban la ortodoxia esto era simplemente irreligión. El pastor Morse juzgó el asunto de manera terrible. Escribió a su amigo estas palabras: *«Temo y lamento una revolución en nuestra universidad, más que una revolución política. Ruego a Dios que por clemencia evite ambas»* ⁽¹⁶⁾. En la reunión de los inspectores para la elección de Ware insistió en que la cátedra había sido fundada expresamente para una persona de «rectitud y ortodoxia» y que, por lo tanto, el propósito del fundador sería contrariado si el profesor no era calvinista. Sin embargo, Ware fue elegido; Harvard se hizo cada vez más liberal, y cuando los liberales, dentro del sector de los congregacionalistas, se retiraron para constituir la secta unitaria, dicha casa de estudio se asoció eventualmente con ella. Así fue, pues, que Finley no concurrió al colegio para el cual estaban destinados la mayoría de los estudiantes de Andover.

Un observador liberal ha escrito: «Debe ser mortificante para Morse, Pearson y para los hombres de su clase el no poder mandar más en Cambridge» ⁽¹⁷⁾. Lo era. Pearson

abandonó a Harvard y, ayudado celosamente por Morse, fomentó la fundación de un seminario que respondiera a la ortodoxia, ligado a la Academia Phillips. Sus propósitos eran en parte lograr un baluarte contra Harvard y en parte también llenar la necesidad, que nunca había sido antes encarada en los Estados Unidos, de un curso de estudio sistemático dedicado al aprendizaje de los clérigos. Mediante una serie de maniobras, Pearson, Morse y los viejos líderes calvinistas lograron el apoyo de su plan por los «*hopkinsistas*», un grupo más extremadamente partidario de la ortodoxia, y consiguieron la ayuda de los dirigentes de la Academia Phillips. Cuando el doctor Morse escribió a su amigo el presidente Dwight, del todavía ortodoxo Yale, invitándolo a que pronunciara un sermón en la inauguración del nuevo seminario, agregó triunfalmente: «*El campo enemigo está alarmado; el enemigo está alerta y todos los recursos de oposición, en juego*» ⁽¹⁸⁾. Pocas veces se mostró el doctor Morse más feliz que cuando se enteró de que sus opositores sentían sus golpes.

Finley no concurrió al nuevo Seminario Teológico de Andover, aunque en un tiempo esperó hacerlo y no obstante el hecho de que sus hermanos lo hicieron eventualmente. Hacia el año en que se inauguró, ya estaba a salvo en Yale.

«*Estando aquí el doctor Dwight, presidente del Colegio de Yale, fui examinado con S. B. Barrel y mi hermano Edwards para entrar en ese Colegio y entré*» ⁽¹³⁾. Era bastante fácil anotar la aceptación en su diario, pero no había sido tan sencillo permanecer en su hogar durante meses cuidando la vaca, apilando la leña en la cocina para Nancy, llevando a través del puente de peaje hasta Boston las pruebas de la última edición de la geografía de su padre, continuando con sus dibujos y al mismo tiempo analizando su Eneida, Salustio, Græca Minora y el Testamento Griego para el doctor Dwight. Ahora que había sido finalmente aceptado, la familia lo envió satisfecho una vez siquiera con las admoniciones.

A la edad de catorce años partió solo para New Haven. La tercera noche de viaje la diligencia lo dejó en Hartford, en una posada frente a la Municipalidad. El quinto día penetraba en esa ciudad de Connecticut cuando la oscuridad comenzaba a cubrir la pradera.

Inmediatamente se sintió desagradado; deseaba vivir en el colegio, en uno de los dos cuadriláteros que se extendían a través de la pradera. La vida en la ciudad no parecía llevarlo más cerca de la esencia de Yale que la vida en su hogar.

Mientras le suplicaba a su padre a fin de que le diera permiso para vivir en el colegio, podía por lo menos estudiar las maneras de los colegiales. Se dedicó a cazar en los campos de los alrededores de la ciudad, hasta que sus padres le prohibieron su «capricho tonto». Ya no le parecía suficiente vestir su chaqueta marrón para usar todos los días y la azul para los feriados; ahora exigía una «chaqueta ajustada al cuerpo». Soñaba con vivir en el colegio con un condiscípulo y tener en su habitación coñac, vino y cigarros. Mientras tanto, sus estudios languidecían.

En el invierno llegó a Charlestown la tan esperada carta de asentimiento. El muchacho se la mostró jubilosamente a las autoridades del colegio. En una conferencia que celebraron el presidente y el tutor llegaron a la conclusión de que Finley sentía «aversión hacia el estudio». Desgraciadamente, el tutor informó de su descubrimiento directamente al doctor Morse, profesor de Yale en 1783 y tutor del mismo establecimiento en 1786.

«A veces escribe correctamente sobre Hornero —explicaba el tutor—, pero sobre Horacio recientemente se ha mostrado muy deficiente. Parece dispuesto a no estudiar más que lo absolutamente necesario, y tengo la sospecha de que, con sus hábitos actuales, pueda convertirse en el último alumno de la clase. He conversado frecuentemente con el doctor D., acerca de su hijo... No podemos menos que sentirnos extremadamente recelosos en cuanto a que su aversión hacia el estudio es insuperable, y que su admisión en el colegio en cualquier periodo podría no ser atendida, lo que traería consecuencias que no lo conducirían a un fin útil o a su felicidad» ⁽²⁰⁾.

«La liebre» continuaba su marcha inconstante. Comenzó a disfrutar de su propia gracia y suavidad. Adquirió el gusto por la ociosidad, los compañeros alegres y las diversiones elegantes. Aunque los reglamentos del «Papa» Dwight prohibían que los alumnos concurrieran a sitios donde se bailara, jugara a las cartas, bebiera o representara espectáculos dramáticos, Finley, sin duda entre muchos otros, los

violaba no pocas veces. Salir a caminar no constituía para él una diversión. Pese a su resolución en sentido contrario, su pasión por la caza lo venció nuevamente. Y tenía un capricho por los malos libros.

Un día por casualidad cayó a sus manos una colección de los ensayos de Montaigne, en la librería de Beers y Howe, en la que cargaba en cuenta de su padre infinidad de cosas, como un cortaplumas, una silla plegadiza y unos patines. Le escribió luego a su padre contándole descaradamente el motivo por el cual había comprado los libros impíos. *«La razón por la cual son tan baratos —le explicaba— es porque son libros inmorales y malos para leerlos yo o cualquiera. Los adquirí porque eran baratos y los he cambiado por una hermosa edición inglesa de Gil Blas, que cuesta cuatro dólares y medio»* ⁽²¹⁾.

El doctor Morse, que era autor de geografías, diccionarios geográficos, una biografía de Washington, una historia de Nueva Inglaterra y una docena de panfletos, se sentía contrariado por la falta de apreciación de los libros que demostraba su hijo. Montaigne no era competente —escribía el muchacho— y Gil Blas innecesario. Ordenó el padre que todos los libros que había comprado fueran devueltos. *«Los señores B. (eers) y Howe los aceptarán fácilmente si no están deteriorados, como me imagino que no estarán, porque les he pedido que mantengan una cuenta contigo o te suministren los libros, pero por orden de Mr. Twining (entonces su tutor) o mía»*. Como Beers y Howe eran sus agentes para la venta de las geografías en New Haven, el doctor Morse se había dirigido a ellos para que le proporcionaran los libros que solicitara Finley. Pero el hijo demostraba carecer del cacumen de los yanquis. No era capaz de comprar ni de cambiar con acierto los libros. No has aprendido —le escribía el doctor Morse— algo que «es muy importante para tu felicidad y utilidad, y es el valor de la propiedad» ⁽²²⁾.

Como durante los días de Andover, sus padres lo alentaban para que comprendiera sus propias tonterías, su «disposición para cambiar» y su «volubilidad natural», y para que los satisficiera determinando vencer tales defectos. Más él no lo resolvió; pero sus cartas eran leídas con el buen criterio paternal. Sus padres conocían demasiado de algunos de sus colegas, como el que llevaba un diario y que, después de una semana de anotaciones, llegó a la conclusión de que estudio por día sólo tres

horas y tres cuartos. Sus padres se valían de citas de sus resoluciones para encabezar sus cartas.

Después de que su sobrio hermano Sidney Edwards se fue a estar con él, a fines de 1807, se tuvo la esperanza de que mejorara.

Pero cuando un «renacimiento espiritual», llevado a efecto bajo la dirección de un predicador local, produjo un período de «seriedad» en Yale y la madre se alegró de que ambos estuvieran en New Haven más bien que *«en Cambridge, en medio de todas sus pícaras trampas»* ⁽²³⁾, Sidney fue quien se dirigió al doctor Dwight para hablar sobre la regeneración. Cuando los tutores hablaban bien de ambos muchachos, los padres sólo pedían que se premiara a Sidney.

«La tortuga» colocaba a «la liebre» en creciente apremio; ésta no elegía un curso más constante, pero su meta no podía ser la de «la tortuga».

Cuando no se unía a sus compañeros en los agradables «chistes» de Yale, Finley se consagraba a alguna lectura ocasional. En Yale había tres profesores constantemente; todos eran amigos del doctor Morse. Finley recibía lecciones de electricidad de los profesores Jeremiah Day, más tarde presidente de esa institución educacional, y Benjamín Silliman, que posteriormente se destacó como director de la única publicación periódica dedicada a la ciencia en los Estados Unidos. El tema era nuevo para él; palpable y, sin embargo, misterioso. En sus clases de física, el profesor Day decía que si el *«circuito eléctrico es interrumpido, el fluido puede advertirse y cuando pasa dejará una impresión en cualquier cuerpo que le sirva de intermediario»*. Antes de la clase hizo experimentos en este asunto, en dos formas diferentes. Con el aula a oscuras hizo pasar el *«fluido»* a través de una cadena y llamó la atención sobre la visibilidad de aquél entre los eslabones de la cadena. Asimismo, colocando varias hojas de papel en la cadena por donde iba a pasar la corriente, comentó la perforación que ésta hacía en el papel. La presencia del *«fluido»* en cualquier parte del circuito puede advertirse fácilmente ⁽²⁴⁾.

Finley estaba impresionado. En el invierno de su penúltimo año escribió a su casa: *«Mis estudios son actualmente de óptica, filosofía, gnomónica y Homero, además de comentarios, composición, conferencias, etcétera, todo lo que encuentro muy interesante y especialmente las clases de Mr. Day, quien ahora está hablando sobre la electricidad»* ⁽²⁵⁾.

Una semana después todavía se hallaba maravillado. Todos los alumnos de la clase de Mr. Day, formando un círculo tomados de la mano, recibieron un golpe simultáneo con una ruidosa repercusión. Finley no había recibido nunca, hasta ese momento, una corriente eléctrica. Le pareció como si alguien le hubiera golpeado ligeramente a través de los brazos.

En un día feriado, ese año, el muchacho ayudó al tutor Sereno Dwight en sus experimentos en electricidad, en el «Gabinete de filosofía». Fue probablemente durante ese mismo año que se sentó frente al profesor Silliman y que, como un niño con un juguete raro, desarmó las baterías simples que entonces despertaron su curiosidad, las baterías de Volta y Cruickshanks. Porque durante ese año construyó, por propia diversión, modelos de ellas ⁽²⁶⁾.

Aunque las breves clases sobre la electricidad podrían haberlo inclinado hacia el estudio, las ocupaciones que no se relacionaban con el colegio eran las que absorbían su interés. En su dormitorio, «Geografía», como lo llamaban sus compañeros, tenía oportunidades excelentes para divertir a los amables estudiantes que lo visitaban. Había cubierto una de las paredes con un dibujo extravagante, en colores, titulado «El estudiante de primer año escalando la Colina de la Ciencia», y mostraba a unos jóvenes humildes arrastrándose hacia la cúspide de la sabiduría. También debe haberlos entretenido con caricaturas. Según una leyenda, al doctor Dwight le mostraron una de sus caricaturas. La reprobación del presidente no lo hizo avergonzar, pero la siguiente observación le hizo brotar lágrimas: «*Morse, tú no eres un pintor; éste es un tosco intento, un fracaso completo*». Como ejemplo de su pasión por su arte, la historia tiene contornos de verdad; pero el propio Morse la negó rotundamente, aunque su desmentido no ha sido aceptado aún, medio siglo después de su desaparición ⁽²⁷⁾.

Durante sus primeros dos años de permanencia en el colegio trabajó muy poco o nada con sus pinceles. Luego, en el penúltimo, no sólo encontró la expansión en la pintura que ya había hallado, sino también la satisfacción de que se le reconocieran sus méritos.

El estudiante de primer año Zedekiah Barstow, admirando las obras que Finley tenía en su habitación, interrogó:

— ¿Por qué no pintas un retrato mío?

La respuesta rápida fue la siguiente:

—Lo haré.

El retrato que de inmediato trazó y entregó al confiado muchacho dejó atónito a éste por su fidelidad ⁽²³⁾. Finley no habría aceptado dinero por esta pintura, pero en esa forma se divulgó su reputación, descubriendo una veta fácil para aumentar su mensual. Al terminar ese año escolar ya había establecido una escala de precios: un perfil simple, un dólar, y una miniatura en marfil, cinco. Antes de abandonar el colegio había hecho un perfil del profesor Kingsley, que, según se dice, lo satisfizo; y miniaturas en marfil de Miss Leffingwell, de New Haven; de Joseph Dulles, un condiscípulo, dibujado de manera tan hábil que superaba a sus años y a su modo de ser afable. Le pidieron que pintara una «obra triste» para la señora Phillips, de Andover, y su primer grupo: toda su familia posando alrededor de la mesa, en el hogar, y la herramienta de trabajo del padre, el globo terráqueo, exhibida en primer plano.

Aun con el estímulo de la construcción de baterías y sorprendiendo a sus condiscípulos con la habilidad en el manejo de los pinceles, la geografía continuaba siendo tratada con irregularidad. En julio de su penúltimo año, sintiéndose sin energías y molesto, hastiado de la disciplina, se dejó dominar por el gesto inútil de amenazar con huir a su casa mucho antes de la terminación del curso escolar. En contestación a ello, la señora de Morse puso de relieve su bochorno ante su hermano menor, escribiéndole a «la liebre» y a «la tortuga» lo siguiente:

Charlestown, julio 26, 1808.

Queridos muchachos:

Hemos recibido la carta de Finley... No pude menos que apenarme al saber que todavía conserva esa disposición para cambiar que ansiosamente esperaba que venciera... Tú no puedes estudiar aquí, siempre has dicho que este sitio era el peor que has conocido, para tales propósitos, porque recibimos tantas visitas, y hay tantas interrupciones, por supuesto andarías de un sitio a otro, en busca de amigos, y muy posiblemente te juntarías con quienes serían tu ruina en ambos mundos, para tu alma y tu cuerpo (,)

porque no conozco a nadie que me parezca aceptable como para que se haga amigo tuyo quien no se inclinaría a sentir afecto por ti.

Por lo tanto, no te extrañe hijo mío, el pedido extremo, de una madre Cariñosa... piensa querido muchacho en el tiempo que tu venida obligaría a estar aquí, en la Ociosidad, y naturalmente en el Pecado...

Sé... varonil y filósofo, y prepárate para labrar estas cualidades a medida que pasas por la vida...

Vuestra Madre Cariñosa

E. A. Morse ⁽²⁹⁾

Finley era el «chico malo» de la familia. Mientras realizó deficientemente sus estudios, sus hermanos eran estudiantes brillantes, adaptados a las normas pías y a los estudios clásicos, tal como lo iban a ser por el resto de sus vidas. Ellos se dieron cuenta de que sus deberes y sus inclinaciones coincidían. Pero el artista buscó satisfacción constante fuera de la rutina del estudio. Durante los últimos años que pasó en Yale estaba convencido de haberse hallado a sí mismo en la pintura.

Dos meses antes de abandonar a New Haven, tenía un plan elaborado para su futuro. Se encontró con Washington Allston e instantáneamente lo admiró. En su devoción absoluta no estaba solo. Cuando Allston estudiaba en Roma, Coleridge se sintió más atraído hacia él que ninguna otra persona, salvo los Wordsworth. A Washington Irving también lo subyugó cuando estuvo en la capital italiana, por la fuerza de su imaginación y su estro, a tal punto que se declaró dispuesto a desertar de las filas literarias y a seguirlo. Aunque, como muchos de los artistas de su promoción, había vivido largo tiempo en el extranjero para huir del ambiente poco alentador en que vivía el arte estadounidense, Allston había regresado a su patria para hacer una breve visita a la familia de su madre, que residía en Carolina del Sur, y luego dirigirse a Boston para casarse con la muchacha con quien había estado comprometido durante once años, desde la época en que era un estudiante brillante en Harvard.

Finley enteróse de que Allston pronto se iba a trasladar a Gran Bretaña y escribió a su hogar esta carta:

«Todavía creo que he nacido para pintor y les estaré sumamente agradecido si arreglan las cosas de manera de que pueda estudiar con Mr. Allston; desearía hacerlo con él durante el invierno, y, como espera regresar a Inglaterra en la primavera, quedaría encantado de poder ir allí en su compañía » ⁽³⁰⁾.

La respuesta fue oculta: «Tu madre y yo hemos estado pensando y haciendo proyectos acerca de ti. Te expondré nuestro plan cuando te vea. Hasta entonces conserva en suspenso tu decisión» ⁽³¹⁾. Pocos días antes de que tuviera lugar la fiesta de fin de año supo por fin cuáles eran los proyectos de sus padres. Con extraordinaria dignidad, como si tuviera la misma facultad para discutir el asunto que tenían sus padres, les escribió diciéndoles que había aceptado el plan de trabajar de empleado de librería, para compensarles todas las inquietudes que les había ocasionado. Y agregaba: *«Me encuentro tan deprimido que estoy casi por llorar»* ⁽³²⁾.

Se deslizó a través de las últimas semanas que permaneció en Yale «yendo a ver» a Jeannette Hart, de Saybrook, una de las famosas hermanas conocidas como «las hermosas señoritas Hart». Los que las conocieron han expresado que era imposible decir cuál superaba a la otra en la armoniosidad de sus facciones, en la blancura del cutis, en la suavidad del cabello castaño y enrulado, o en el brillo de sus grandes ojos oscuros. Una de las hermanas se casó con un joven clérigo episcopal, Samuel F. Jarvis, de Nueva York —a quien Morse llegó a conocer—, y cuya ceremonia, realizada ese verano, dio lugar a una brillante recepción. La otra hermana contrajo enlace pronto con el comodoro Hull, entonces héroe de la victoria del *Constitution* sobre el *Guerrière*, y a quien también conoció el artista. Y Jeannette casi se casó con Finley, a tal punto que su hermana, la señora de Jarvis, le advirtió que no intentara comprometerse con una muchacha que no tenía conocimiento del mundo. Los atardeceres extáticos que ambos pasaban juntos, leyendo párrafos de libros y caminando por las calles de la ciudad, han sido reducidos en los anales de la familia Hart a la «tradición» de que Jeannette se había comprometido con un «joven artista, que más tarde, en otro terreno, se convirtió en uno de los hombres más distinguidos que ha dado nuestro país» ⁽³³⁾.

Cuando partió de New Haven, Finley arregló precipitadamente pagar parte de su cuenta de cuarenta y dos o cuarenta y tres dólares al almacén —por pasteles, ostras, cigarros, etcétera—, haciéndole un retrato en marfil al estudiante que hacía de mayordomo, Asahel Nettleton. Por esa miniatura logró un precio de por lo menos siete dólares. Pero todavía tenía deudas pendientes que llegaban a cerca de cien dólares. Sus acreedores se sorprendieron cuando eventualmente fueron canceladas. Abandonó Yale, como lo había hecho con la Academia Phillips, sin que quedara registrado un juicio oficial favorable. En los momentos más alborotados de su realización de miniaturas apenas habría podido imaginar que más de un siglo después sería colocado en los anales de esas instituciones entre los hombres más distinguidos de la nación y entre los alumnos más notables. Recientemente, en la memoria de Phillis Andover, se señalaba que entre los graduados en esa casa de estudios sólo Morse y Oliver Wendell Holmes habían sido conmemorados en el «Hall de la Fama»^{viii}. La memoria de los graduados en Yale, en su período, lo coloca con cinco personalidades, tres de las cuales fueron sus amigos: Benjamín Silliman, James G. Percival, Lyman Beecher, John C. Calhoun y James Fenimore Cooper ⁽³⁴⁾.

Capítulo 3

Hijo rebelde

Finley regresó obedientemente a Charlestown, para continuar en el mundo de los libros, con el que no congeniaba. Siguiendo las directivas paternas, se empleó en lo de Daniel Mallory, uno de los editores de las obras del doctor Morse, ubicado cerca de la plaza Scollay, en el corazón del comercio librero de Boston. El trabajo monótono lo absorbía desde las 9 hasta las 12 y desde las 15 hasta el anochecer. En cierto momento siguió un curso de anatomía, para que le sirviera de ayuda en sus pinturas. De regreso a su hogar, a la tarde, se detenía en el estudio de Allston, de la calle Court, para absorber el aliento cálido del estímulo del maestro, a quien adoraba. Luego podía «mejorar» sus tardes en la casa parroquial, en una habitación, sobre la cocina, arreglada especialmente para él. Allí, a la luz de su nueva lámpara, una de las *«lámparas patentadas, con tubo de vidrio»*, de seis

^{viii} Sala del Capitolio, en la que figuran los bustos de grandes figuras de la historia. — N. del T.

dólares, sus amigos lo observaban mientras pintaba un paisaje. Cuando ellos declaraban que era «verdaderamente hermoso» ⁽¹⁾ no se contentaba; la ambición lo llevaba a tener mayor constancia de la que logró inculcarle la disciplina de Yale. En muy pocos meses, los maldispuestos padres se percataron de que el destino del muchacho no estaba en la lapicera que le colocaban en la mano durante el día, sino en el pincel que él tomaba de noche.

Para unos pocos por lo menos, la pintura era profesión aceptable en el Boston de 1810. John Singleton Copley había sido el primero en lograr que así se la conceptuara. Viviendo en una digna opulencia, en Beacon Hill, éste había hecho retratos de figuras prominentes de Boston, durante el brillante período que precedió a la Revolución; posteriormente continuó su vida sosegada en Londres, junto con Benjamín West, de Filadelfia, logrando que se distinguieran en Gran Bretaña los pintores oriundos de los Estados Unidos. En esa época, Gilbert Stuart todavía entraba y salía alegremente de los hogares de los grandes personajes y de los intelectuales. Allston resultaba una figura más oscura, mirándola retrospectivamente; pero, en su época, era apenas menos rutilante. Este se había trasladado a Boston, para casarse con la hermana de William Ellery Channing, de la iglesia de la calle Federal. La familia Channing tenía una buena reputación en la sociedad bostoniana de la clase elevada. Puesto que los unitarios y los trinitarios todavía no habían dividido la iglesia, con el doctor Channing como líder de una tendencia, y el doctor Morse encabezando la otra, éste lo distinguía con agrado y aún pensaba que una parienta de los Channing era una relación digna de confianza para su hijo, si es que realmente podía ser artista.

Por intermedio de Stuart y de Allston, Finley consiguió finalmente su pincel. A ellos les mostró dos de sus pinturas: *El paisaje*, hoy desaparecido, y *El desembarco de los Peregrinos*. Los Peregrinos de Finley usaban una pluma en los tricornios, cinturones de colores deslumbrantes y espadas. El dibujo era pobre, pero los colores agradables y convincente la impresión de movimiento. Cuando Stuart y Allston lo aprobaron, el doctor Morse tomó una resolución.

Como soñaba con la llegada del día en que sería un pintor de gran envergadura, Finley admite que sus padres habrían contribuido a su desarrollo. Pensó que a su futuro biógrafo no le fuera dable hacerles cargos a ellos por ser tan afectos a los

sermones, a las misiones, a los folletos y libros, y mantener a su hijo sometido a sus propias maneras. Sus padres habían observado todas sus inclinaciones caprichosas, esperando que se hallara a sí mismo. Ahora las vacilaciones habían terminado; había escogido, y ellos estaban convencidos por el juicio estimable de Allston y Stuart, de que su elección era suficientemente acertada como para ser tolerada.

Sabían que era poco lo que el muchacho podía lograr en el ámbito de la pintura, sin realizar estudios en el extranjero. «Sacrificando sentimientos (en no poco grado)» y con un gran «esfuerzo pecuniario», arreglaron para ponerlo bajo la dirección de Allston, a quien urgieron para que consagrara su arte «a la gloria de Dios y a las mejores bondades de su prójimo» ⁽²⁾. Por fin Finley iba a ser una de esas personas favorecidas que encuentran satisfacción en su trabajo.

Al mismo tiempo en que se enteró de que su profundo deseo sería satisfecho, sus hermanos estaban contrariados con los honores mezquinos de Yale. Les escribió, de manera consoladora, las siguientes palabras: «*Pero entonces, considera adónde llegaré yo, pobre de mí. Piensa en esto, Richard, y no te deprimas*». Y, como si quisiera recordarles que aun el estudiante que no es objeto de honores puede lograr sus éxitos una vez egresado del colegio, agregó, de manera complaciente: «*He salido del negocio de Mr. Mallory y estoy ayudando a papá en su trabajo en la geografía. Permaneceré aquí hasta fines del verano próximo y luego partiré para Londres con Mr. Allston. Deseo que Edwards haya empezado a embotellar la sidra y tenga bastante para mí; tres barriles serán suficientes*» ⁽³⁾.

El 15 de julio de 1811 el gran barco Lydia puso sus velas tensas al viento y comenzó a moverse con suavidad a través del estrecho. Finley se sentía bastante contento de abandonar Nueva York, ciudad a la que juzgaba insípida, comparada con Filadelfia o Boston, no obstante haber efectuado una agradable visita a los Allston y a su amigo Washington Irving. Mientras observaba que se alejaban las riberas de su tierra nativa, la incertidumbre lo tocó ligeramente. Un joven de veinte años iba a probar sus fuerzas a playas británicas, en las que sus colegas eran ya poderosos. Pero a otros estudiantes de arte que habían emprendido ese viaje les

había sonreído el éxito: West, Charles Wilson Peale, Copley, Stuart, Trumbull^{ix}, Allston... Se convenció a sí mismo de que se encontraba con buen espíritu. Sin esfuerzo alguno podía dirigir su atención hacia lo que lo rodeaba. Se deleitaba repitiendo un brindis que había hecho uno de sus amigos, que creía que Morse era un escritor de renombre: «Los gallos anuncian la mañana y los patos graznan el asado» ⁽⁴⁾. Pasó revista concienzuda a las posibilidades que le inspiraban temores. En los momentos menos propicios repetiría esas palabras y estallaría en carcajadas. Antes de terminar el viaje, todos, los compañeros gritaban:

—Los gallos anuncian la mañana.

Veintitrés días de mar lo dejaron tres tonos más moreno y sin el recuerdo de ningún instante desagradable ocurrido durante la travesía. En Liverpool, cientos de personas dieron la bienvenida al barco, esperando noticias de la guerra que amenazaba estallar contra los Estados Unidos. Aparte de que el extraño intendente de esa ciudad británica les otorgó un permiso de diez días para viajar hasta Londres, Morse y los Allston no tuvieron inconvenientes porque procedían de una pequeña e importuna nación del otro lado de los mares ingleses. Morse encontró al inspector de la aduana realmente genial. En cuanto desembarcó, llevó debajo del brazo, en el sombrero y en sus bolsillos, parte de la abundante provisión de cigarros que había transportado para alegrar su estada en el extranjero. Mientras sus maletas, que todavía tenían algunos cigarros, eran desembarcadas para la revisión, hizo ocho o nueve escapadas pasando por delante del inspector. Por fin, éste dio con los cigarros. «Le dije que los traía sólo para llenar mis necesidades —escribió Finley a Charlestown—, y eran tan pocos que no valía la pena que los decomisara. «¡Oh, no! —dijo el inspector—, se los haré dejar; no me enteraré de que están allí», y luego cerró nuevamente el baúl. Como estaba fumando, le regalé un par de docenas por su bondad» ⁽⁵⁾.

Cuando se sentó a escribir, desde Londres, la primera carta para su hogar, imaginó a su madre a través del mar, deseando enterarse de los pormenores de su llegada. Al final de la carta escribió:

^{ix} Célebre pintor yanqui, especializado en temas históricos, el centenario de cuya muerte conmemoróse el 10 de noviembre de 1943. Nació en 1756 en Connecticut. — N. del T.

«Desearía poder comunicarte estas noticias en un instante, pero tres mil millas no se recorren en un momento y debemos aguardar durante largas semanas antes que podamos informarnos mutuamente».

Al releer la carta, años más tarde, escribió en el margen las siguientes palabras: *«Ya en esta carta anhelaba el telégrafo.»* ⁽⁶⁾.

Para estar en el barrio de los artistas, tomó una habitación en el número 4 de Buckingham Place, plaza Fitzroy. Al norte estaba situado el parque Regent; al sur, la calle Oxford, arteria febril que conducía al West End^x. Introduciendo ligeras variaciones en su ruta para ir a comer, en pocos días se familiarizó con las calles adyacentes. Cerca de su casa vivía Charles B. King, artista norteamericano amigo de Allston. Este residía en la calle London; en Newman tenía su gran establecimiento Benjamín West, en el que hacía tiempo que recibía a artistas estadounidenses; cerca de Berners y Queene Anne se situaban las calles donde Coleridge y Turner iban a vivir.

Allston lo presentó a West, presidente de la Academia Real, nacido en Pensilvania. Para Morse fue un encuentro importante, pues la bondad de aquél se había hecho casi imprescindible para un artista yanqui residente en la capital británica. Cuando en 1792 falleció Joshua Reynolds, West había pasado a ocupar la presidencia en esa institución de arte. Pero desde mucho antes, una larga cadena de pintores norteamericanos habían sufrido su influencia, incluyendo a Matthew Pratt, William Dunlap, Charles Wilson Peale, Robert Fulton, Ralph Earle, Gilbert Stuart, John Trumbull, Washington Allston, Edward Malbone, Thomas Sully, Rembrandt Peale y Charles B. King. Apenas si ha existido un pintor norteamericano de primera línea, en 1811 o una generación después, que no haya estado en deuda con el gran maestro. Durante los treinta y cinco años pasados, ellos lo habían encontrado pintando tranquilamente en su hogar de la calle Newman, «feliz porque se creía inmortal», como dijo Leigh Hunt ⁽⁷⁾.

En la famosa mansión, Morse caminó por una larga galería, frente a la gran sala interior. Pasó frente a casi doscientos diseños de West, colocados en la pared y se

^x Barrio aristocrático de Londres, al oeste de Charing Cross. — N. del T.

maravilló de su vigor. Cuando finalmente vio a su invitante todavía estaba sorprendido; demostraba éste mucho menos de sus setenta y tantos años.

West lo recibió con amabilidad. Pronto Morse tuvo la sensación de que revelaba a aquél un secreto al mostrarle lo que dijo no haber mostrado a nadie: un esquema para una nueva obra: Cristo ante Pilatos. Iba a ser una de sus grandes pinturas, del estilo de las que Stuart llamaba «tela de diez acres».

Con la benévola dirección de Allston, que a menudo lo visitaba mientras fumaba sus cigarros, Morse se preparaba para ingresar en el colegio de la academia. Se sintió contento de haber estudiado anatomía en Boston, pues la academia exigía estrictamente el conocimiento de la forma humana. De la escultura clásica pasó a lo que para él era una herramienta nueva: la tiza blanca y negra. Con un poco de práctica se sintió lo suficientemente confiado como para comenzar a dibujar la figura de un gladiador, para presentar a las autoridades de la academia. En tres meses de permanencia en Londres la terminó. Allston declaró que era mejor que los dos tercios de los que por lo regular se presentaban, pero que mostraba defectos en el uso de las tizas; West afirmó que se trataba de un trabajo extraordinario, que revelaba talento y también falta de conocimiento del arte ⁽⁸⁾. Comenzó de nuevo, esta vez con lo que él juzgó la imagen más difícil de dibujar: la de Laoconte. Hacia comienzos de noviembre su esquema de éste le había valido su ingreso en el colegio de la academia. Mientras tanto, comenzó a pintar a la tarde en las aulas de la academia, en Somerset House, frente al Támesis, y continuaba su labor en sus habitaciones durante el día. No sólo ensayó temas históricos, sino también retratos y paisajes. Siguiendo su generosa costumbre, West le facilitó una copia de un retrato de Van Dyck que había realizado; de ella, Morse hizo una reproducción que Allston juzgó cien veces mejor de lo que esperaba que fuera. Luego completó un paisaje y comenzó otro, una escena del amanecer. Con grandes esperanzas, escribió a su hogar:

«Estoy siguiendo mis estudios con entusiasmo creciente y espero que, antes de tres años, los aliviaré de los gastos que ocasiono. Mr. Allston me alienta a pensar así, pues dice que hago rápidos progresos. Pueden confiar en que pondré en juego todos mis estudios para hacerlo tan pronto como sea posible» ⁽⁹⁾.

Ese otoño, el joven artista mientras paseaba por las calles de la ciudad, observaba todo con intenso interés. Durante un paseo de siete kilómetros, a Hackney, se unió a una multitud de trescientas mil personas —la mayor con la que jamás se había mezclado—, maravillándose «ante la ascensión de un tal Mr. Sadler y de otros caballeros en un globo aerostático» ⁽¹⁰⁾; en la Exposición de San Bartolomé se mostró asombrado observando cajas conteniendo cinco o seis personas descendiendo rápidamente por el aire en un semicírculo; en las galerías de la Institución Británica se sorprendió al descubrir damas lo mismo que caballeros en sus caballetes de pintor; cuando vio los mármoles que acababa de llevar de Atenas lord Elgin para su residencia en Piccadilly, pensó que todas las esculturas eran inferiores comparadas con las griegas; en su regocijo por las luces vivas y la alegre música de «Vauxhall Gardens», ¡llegó a la conclusión de que allí estaba la contestación a la búsqueda de alegría del sabio oriental!

Tanto en su pintura como en sus paseos por Londres, durante ese otoño, estuvo frecuentemente solo; pero en diciembre, Charles Leslie se le unió en ambas actividades. Como Morse, su nuevo camarada y colega había demostrado desde la infancia su talento para el dibujo y había sido empleado en una casa de libros, contrariando sus inclinaciones artísticas. Había frecuentado los teatros de Filadelfia, el famoso museo de Charles Wilson Peale y los propicios estudios de Thomas Sully, hasta que su empleador, habiendo descubierto que había realizado un dibujo excelente del actor británico George Frederick Cooke, inició una subscripción para enviarlo a Europa durante dos años para que estudiara.

Munido de cartas de Sully para West y Charles B. King, Leslie se dirigió a la capital británica y establecióse en el barrio de los artistas, cerca de la plaza Fitzroy. Los primeros días de su estancia en Londres satisficieron las embriagadoras noticias que anticipadamente le habían proporcionado en Filadelfia acerca de la vasta y populosa ciudad de orillas del Támesis, pero a los pocos días se encontraba enfermo y sus habitaciones parecían desoladas.

Percatándose de que Morse «se sentía más o menos como yo» ⁽¹¹⁾, aceptó vivir con él. Tomaron unas habitaciones en la calle Great Titchfield, en las cuales se dice que había vivido anteriormente el artista-inventor Robert Fulton. Pronto se hicieron

mutuas pinturas, en sus propias ventanas; Leslie como español y Morse como escocés.

En Leslie halló Morse una compañía agradable y lo juzgó un pintor tan bueno como él, aunque tenía tres años menos. Cierta vez escribió: «Encuentro sus ideas sobre el arte perfectamente en consonancia con las mías.» Y agregaba: «Es entusiasta como yo y apenas tenemos tiempo para pensar en alguna otra cosa. Todo lo que hacemos se relaciona con el arte y todos nuestros planes se vinculan con nuestros progresos dentro de sus fronteras» ⁽¹²⁾. Muy pronto, Leslie ingresó en el colegio de la Academia Real y pintaban juntos en la Somerset House, por la tarde, y durante el día, en el Museo Británico.

Allston los visitaba diariamente. Impresionaba a ambos con su amor hacia el color de la escuela veneciana, particularmente de la veronesa. De esa época en adelante, Morse se convirtió asimismo en un amante de la riqueza de colorido. Pero Allston no era tan sólo un maestro benévolo. Morse lo halló exasperante al final de una jornada de ardua faena, cuando le dijo: «Muy mal, señor; esto no es carne, es barro; está pintado con polvo de ladrillo y greda» ⁽¹³⁾. Morse, entristecido de inmediato, a veces se mostraba dispuesto, contrariamente a lo que le sucedía a su camarada y colega, a arrojar la paleta contra la pintura. Pero, en pocos momentos, disipado su acaloramiento, el profesor inclinábase a tomar el pincel y a mostrarle la manera de lograr aquí algunas tonalidades color carne y allí otras grises.

En las tardes que pasaban en sus habitaciones tomaban té, café y vinos de Madera, leían novelas y se entretenían ejecutando música, probablemente en piano, al que se hace mención en esta frase de King: «La música ejecutada por Morse.» Como decía el artista de Charlestown a sus amigos: «Nos reunimos por turno en las habitaciones de cada uno, y conversamos y reímos» ⁽¹²⁾. Además de las figuras familiares de Allston y King, entre sus compañeros se contaban el apasionado artista y protagonista literario Benjamín R. Haydon; una pareja humorística, el pianista Collard y el retratista Lonsdale; el poeta Coleridge, y John Howard Payne, el actor estadounidense que recién superaba su encanto juvenil.

Cuando Allston encontró por vez primera a Coleridge en Roma, de quien había hecho también una pintura, de inmediato reconocieron ambos el vínculo que los unía. Allston fue quien introdujo al autor de «Baladas líricas» en el círculo artístico.

Morse y Leslie se mantenían ahora en contacto con el poeta para tratar de guiar sus estados de ánimo exaltados.

En una de sus visitas a las habitaciones de los artistas, Coleridge entró vacilante y melancólico.

—Justamente deseaba verlo —le dijo Morse—. Leslie y yo hemos tenido una discusión acerca de la belleza de ciertas líneas. ¿Cuál es acertada?

El poeta continuó en silencio. Los dos pintores argumentaban con habilidad entre ellos, hasta que lo sacaron de su letargo. Una vez que comenzó a hablar se remontó por sobre la comprensión de los jóvenes más constantes ⁽¹⁴⁾.

Morse recordó por mucho tiempo haberlo escuchado a Coleridge «improvisar durante media hora en verso libre, lo que él afirmaba que era un sueño extraño» ⁽¹⁴⁾. Pleno de figuras imaginativas, cautivó a Morse. Pero sus recuerdos de la parte del monólogo que luego apareció en *La rima del marinero envejecido* indican que el artista no se contaba entre el público fiel a su poesía, pues ese misterioso poema había sido escrito una docena de años antes de que Morse conociera a su autor.

Leslie sentía una pasión casi tan grande por el teatro como la que le inspiraba la profesión elegida. Puede haber sido bajo su influencia que Morse haya empezado a concurrir al teatro y a unirse con sus compañeros en las conversaciones acerca de sus entretelones. La primera referencia a su nueva afición, en las cartas a su familia, es parca: «Nuestras diversiones son la caminata y ocasionalmente el teatro» ⁽¹²⁾. Pocas semanas más tarde, después de ver *Los tahúres*, se aventuró a describir la obra a sus padres: «En el «Covent Garden» se pueden ver las mejores interpretaciones teatrales del mundo... La Siddons es posiblemente la primera actriz trágica que jamás ha existido. Ya es de edad avanzada y está próxima a retirarse de la escena; el 29 de este mes aparece por última vez en las tablas. Debo decirles que admiro enormemente su labor; es una mujer más bien corpulenta, pero sus facciones son notablemente finas... Al final de la obra, cuando lanzó una risa histérica por su alegría al enterarse de que su esposo no es un asesino, varias damas de los palcos cayeron en estado de histerismo y tuvieron que ser sacadas de la sala. Creo que ésta es una prueba del realismo de su labor. La Siddons es una mujer de una reputación irreprochable y frecuenta los mejores círculos sociales. La escena no volverá a ver nuevamente una figura que se le iguale» ⁽¹⁵⁾.

Tanto él como Leslie pintaron retratos de su amigo John Howard Payne; el primero, en su caracterización de Zaphna, en *Mahomet*, y éste, en su caracterización de Young Norval, en *Douglas*, obra con la cual logró su primer rotundo éxito en la escena yanqui. Morse opinaba que el joven errático era una persona íntegra. Cuando les escribió a sus padres comunicándoles que se había hecho amigo de él, su madre le respondió que ellos también lo habían hallado «intachable», cuando una vez viajaron once días en su compañía, yendo al norte, desde Charlestown; pero al mismo tiempo le advertía en contra de la amistad con artistas «porque tarde o temprano tiene un efecto muy corruptor sobre la moral... Espero que no vayas al teatro, pues siempre lo he considerado el entretenimiento más cautivador y fatal, tanto para el alma como para el cuerpo» ⁽¹⁶⁾.

Con Leslie iba a menudo al «Covent Garden». En un palco con él, Lamb, Ollston, King y el autor de la obra, vio la segunda o tercera representación de *Remordimiento*, de Coleridge. Y el propio Morse escribió una farsa y la envió con seudónimo a un comediante a quien admiraba muchísimo, Charles Mathews; pero, según parece, no recibió contestación. Sin embargo, ni entonces ni en ninguna época de su vida, se mostró ajeno a la influencia perturbadora del teatro. Leslie, con su evidente pureza y entusiasmo, no pudo colocarlo directamente en contra de sus padres, en lo que a esto concernía. La ruptura con las ideas de sus padres no fue ni por el mero motivo de sus diversiones, ni casual para su juventud; ha sido fundamental para su carrera política.

La Inglaterra de 1811 era menos amable de lo usual hacia los norteamericanos. Como si no hubiera sido suficiente para los británicos que en Europa Napoleón se entrometiera en los mercados que ellos consideraban sagrados, al otro lado del Atlántico, la administración demócrata del presidente Madison continuaba restringiendo su comercio. Como miembro de una respetable familia de Nueva Inglaterra, nuestro hombre, sin embargo, tenía una aversión federalista hacia el embargo norteamericano. Su inclinación hacia Gran Bretaña, empleada con habilidad, habría allanado su camino para que la patria de Shakespeare le abriera sus brazos.

Al segundo día de su estada en Londres, anunció su rápido juicio sobre el efecto del embargo: si éste continuaba, aguardaba un colapso de parte de Gran Bretaña. En

vista de los pronósticos en cuanto a lo inevitable de la guerra, demostró la convicción de que Inglaterra deseaba un arreglo con los Estados Unidos. Se oponía tanto a la guerra —escribió— «como la mayor parte del pueblo estadounidense» ⁽¹⁷⁾, entre el cual, sin duda, intentaba incluir a sus padres. Sin embargo, como había leído las noticias en los periódicos, sobre los desórdenes, y auscultado la ciudad por sí mismo, halló crecientes motivos para alarmarse. Por eso dormía con una pistola debajo de la almohada.

Poco después de que llegara Leslie, en junio de 1812, Morse escribió a sus confiados padres informándoles las sorprendentes noticias: «Los federalistas están, sin duda, equivocados en muchos aspectos» ⁽¹⁸⁾. Se estaba apartando del federalismo, que era la aproximación segura a sus huéspedes ingleses.

En abril, estaba todavía más firmemente contra la simpatía federalista hacia Gran Bretaña, más bien que hacia Francia. Escribió a su casa, sin reservas:

«Pueden contar con que Inglaterra nos ha ofendido, y nuestra decisión de no comerciar es sólo una represalia por esos errores. Quizá ustedes crean lo que dicen algunos periódicos federales, en el sentido de que tales medidas no producen efectos en este país. Puedo asegurarles que los efectos son grandes y gravosos. Soy testigo de ellos. El país se encuentra en un estado de rebelión contra una inanición literal... Hay movimiento de tropas en todo el país y, sin ir más lejos, la semana pasada el Parlamento adoptó medidas para evitar que la ciudad se levante en rebelión... Ahora que ustedes consideran que he venido a este país alimentando prejuicios en contra de nuestro gobierno y de sus medidas, y que no puedo tener ningún motivo enojoso para relatarles estos efectos, no me juzgarán mal cuando les diga que espero que nuestra ley en contra de las relaciones con Gran Bretaña sea reforzada con todo su vigor... Supongo que algunos de ustedes me tildarán de demócrata, pero los hechos son inquebrantables, y no puedo negar la verdad que mis ojos comprueban cotidianamente. Un hombre, para juzgar a su patria, debe hacerlo a la distancia, como si se tratara de un cuadro» ⁽¹⁹⁾.

Para que no pudiera creérselo republicano democrático, hizo su viraje con demasiada claridad para sus padres.

Antes de recibir una respuesta a su declaración de sublevación, halló tiempo para escribir sobre los acontecimientos que llevaban rápidamente hacia el estallido de la contienda. Se dirigió hasta el edificio del Parlamento y vio multitud de personas reuniéndose alrededor de esta consigna: «La paz o la cabeza del regente.» Luego oyó al asesino del primer ministro Perceval, alentando a la multitud a los gritos de «Dios te bendiga.» Hasta cuatro días antes de que las órdenes de ofensiva que se libraban fueran anuladas por Gran Bretaña, Morse esperaba la guerra. Salvo que la anulación se produjera, ahora la deseaba. Tenía gran confianza en la potencialidad de los Estados Unidos. Opinaba que todo norteamericano que entendiera los asuntos creía que en cuanto la Unión declarara la guerra, los británicos pedirían la paz. Todavía se rehusaba a suavizar sus palabras para agradar a sus padres. Les lanzaba generosamente su afrenta de que los directores de periódicos federalistas podían apoyar a Inglaterra en todos sus movimientos; eran estos directores quienes habían inducido a los ministros británicos a continuar las órdenes en discusión dándoles la vana esperanza de que los federalistas podrían someter al resto de los norteamericanos a su creencia.

Todavía no existía el telégrafo para enviar a la república de Jefferson de manera escueta y perentoria, las palabras que informaran de que las órdenes que se contemplaban habían sido anuladas el 16 de junio. Ajeno, pues, a la concesión de Gran Bretaña, el Congreso declaró la guerra dos días más tarde. Para la madre, residente en la federalista Nueva Inglaterra, los gobernantes de su desdichado país hicieron una guerra innecesaria contra el pueblo que se preocupaba más que ningún otro del mundo en la divulgación del evangelio.



Figura 2. AUTORRETRATO DE MORSE (alrededor de 1814) Pintado en Londres cuando como él decía, su rostro parecía de facciones enjutas». (Galería Addison de Arte Americano-Andover-Mass)

El padre escribió acerca de la gloriosa mayoría de doscientos cuarenta y cuatro miembros federalistas que votaron en contra de la guerra en la Cámara de Massachusetts, poco después de iniciadas las hostilidades. Mas el hijo se hallaba en un estado de ánimo diferente. Al oír en un restaurante a un caballero que urgía para que Gran Bretaña bloqueara la costa norteamericana con cinco seis fragatas, hizo este comentario impertinente:

— ¡Qué lástima que ese hombre no pueda estar en el Parlamento!

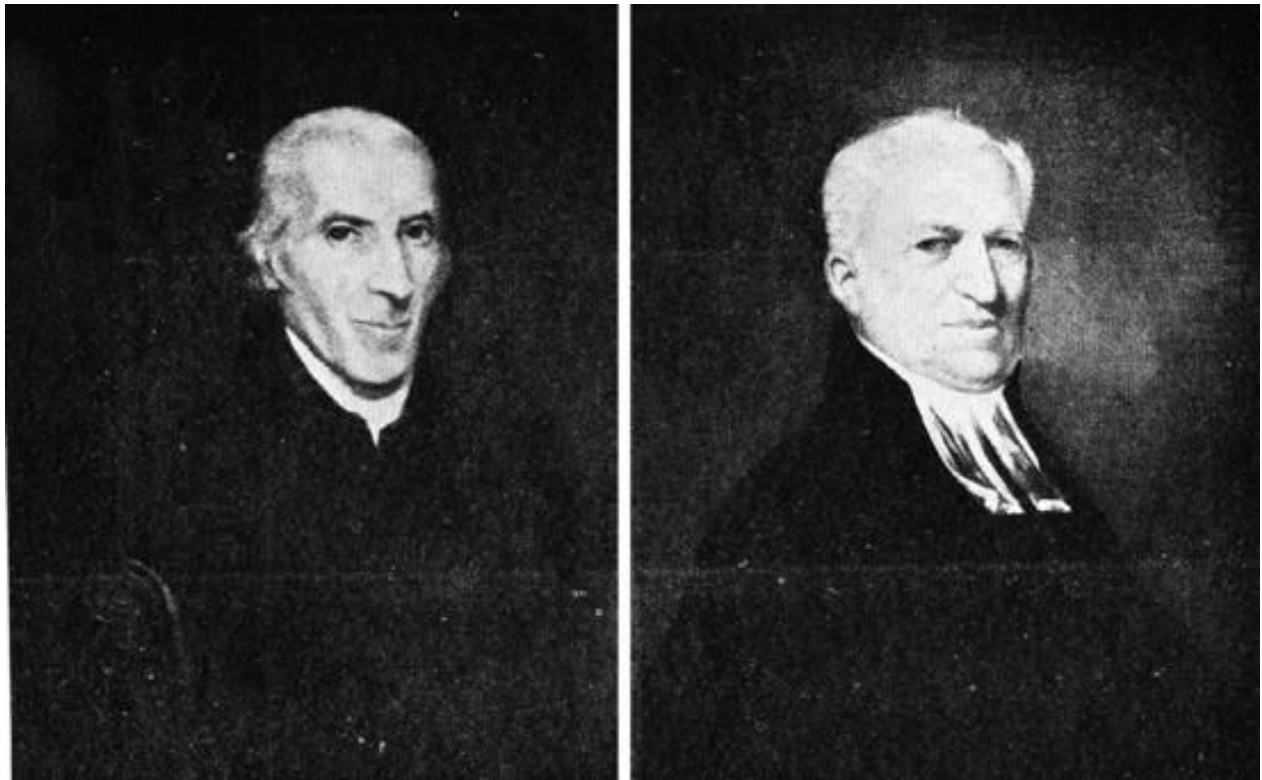


Figura 3. JEDIDIAH MORSE (izquierda), el padre del artista (por Morse, cortesía de Mrs. Russell Colgate). ELIPHALET PEARSON (derecha), profesor de Harvard y Andover (por Morse, Galería Addison de Arte Americano-Andover-Mass)

Y al escuchar otra proposición, en el sentido de enviar veinte mil hombres para apoderarse de Nueva York e intimidar al país, replicó:

— ¡Qué polvo que levanto!, dijo la mosca ⁽²⁰⁾.

Los padres continuaban prodigándole consejos fervorosos. Creían entender, como no lo hacía el hijo, las necesidades materiales de su posición; la cordura enseñaba que un aspirante a artista, en cualquier latitud, debía dejar la política en manos de los políticos; en un país enemigo, la cordura lo exigía. Su madre lo divertía cuando le escribía diciéndole que lo que más despreciaba en un hombre, después de su cambio en materia de religión, era que mudara de rumbo político. El declaraba abiertamente que comprendía de manera exacta lo que su madre sentía en esa emergencia. Antes de haberse trasladado al Viejo Mundo, él también creía que los federalistas eran infalibles. Ahora lo sabía mejor. Se estaba desembarazando del peso de las opiniones de sus padres y de sus amigos de jerarquía, de Nueva Inglaterra. Después de haber tolerado sus frases insolentes durante tres años, su

madre le escribió valerosamente diciéndole que aguardaba continuar aconsejándolo «con la mayor franqueza» durante el resto de su vida. Cuando él mostróse en desacuerdo, la madre esperó que le comunicara las diferencias «de la manera más delicada y caballeresca» ⁽²¹⁾.

La esperanza más cara de su padre era que Finley fuera rebelde sólo porque deseaba hechos correctos; de ser así, amigos prudentes podrían refrenar su deserción hacia los peligros de la democracia y el jacobinismo, con los que según la idea del doctor Morse estaba asociado. Desde que el «reverendo Granny»^{xi}, como lo llamaban sus opositores democráticos, había hecho salir de Andover a su hijo, se había mostrado ansioso por que tuviera los amigos que le convenían. A Allston lo había aprobado; había aceptado a Charles B. King, pues cuando éste regresó a Filadelfia, lo eligió para hacerle un retrato; cuando conoció a la familia de Leslie, la halló agradable. Desaprobó, en cambio, a Payne, y acaso también a Coleridge, pero en ninguno de ambos casos podía haber sido este proceder en beneficio de la honradez política de Finley. A comienzos de 1790, el doctor Morse podría haber retrocedido hacia la aceptación de Coleridge, el «*pantisocrat*»^{xii} soñando con su plan de una utopía igualitaria en Pensilvania. Pero, hasta 1811 él y los otros poetas románticos de Lake, a quienes Morse puede haber conocido también casualmente, se alimentaban mejor, se vestían mejor, aceptaban las formas religiosas comunes; ya no temían ser tildados de jacobinos y colocaban su arte divino al servicio de la causa de la patriótica Gran Bretaña.

Además, el doctor Morse había tratado de presentar su hijo a los ingleses de quienes podía aguardar con certeza que alentaran una moral y una política sanas en el hijo de un amigo. Finley se encontró con muchos de estos amigos de su padre: William Wilberforce y Henry Thornton, miembros del Parlamento; George Burder, director del *Evangelical Magazine*, de Londres; Zachary Macaulay, director del Christian Observer; Charles Taylor, librero; Henry Bromfield, comerciante nacido en los Estados Unidos, y el doctor John Lettsom, médico y literato excéntrico. Exceptuando este último, que era cuáquero, el doctor Morse conocía a todos los demás a través de sus esfuerzos en el movimiento de escuelas dominicales de iglesias, de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, de la Sociedad Misionera de

^{xi} Granny: abuelita, comadre. — N. del T.

^{xii} Forma de organización social, en la cual todos son iguales; comunidad utópica. — N. del T.

Londres o instituciones similares. Particularmente a través de la secta religiosa Clapham, que dirigía Wilberforce, fue que el doctor Morse presentó a su hijo.

Ya conocido por su patrocinio del decreto de 1807 para abolir el tráfico de esclavos realizado por los británicos, Wilberforce era el defensor de la conciencia de Inglaterra. Sus años de juventud estuvieron ligados a los de William Pitt, el más joven. Como parlamentarios jóvenes y adinerados, habían recorrido juntos Londres, jugando, bailando, concurriendo a los teatros, cenando con los mejores amigos «tories»^{xiii}. Aunque permanecían siendo amigos, se habían alejado porque uno fue primer ministro conservador y el otro tuvo una honda experiencia espiritual de la cual surgió convertido en un evangelista moderado de la escuela de John Newton o Hannah More. Los «extremistas» que exigían que el pueblo tuviera el derecho de votar, temían la santidad de Wilberforce como una máscara para su descrédito de los demócratas. Las altas autoridades «tories» de la iglesia abominaban su evangelismo y sospechaban en él tendencias jacobinas, en sus preferencias por las reformas parlamentarias moderadas. Permaneciendo en el «establecimiento»^{xiv}, no obstante, recibía el homenaje de los metodistas y otros disidentes por ayudar a asegurar su tolerancia.

Recién durante el segundo invierno pasado en el extranjero Morse comenzó a frecuentar los hogares de los miembros de la secta Clapham. Era ya demasiado tarde para conservarlo federalista, pero su degradación podía suavizarse.

Morse comprendió que fue invitado a cenar en la casa de Thornton, uno de los miembros de la secta Clapham, sólo por respeto a su padre. El banquero «tory» parecía bastante agrado. Esa noche se sentaron a su mesa Morse, Wilberforce y el hijo de James Stephen, que había escrito las órdenes que se discutían, para Perceval. La conversación giró inevitablemente en torno de la guerra. Thornton interrogó a Morse si la guerra hubiese podido ser evitada en caso de que las órdenes hubieran sido derogadas uno o dos meses antes. Contestó en forma afirmativa.

La respuesta agradó a Wilberforce. Dirigiéndose a Stephen, le preguntó:

— ¿Ha oído esto, Mr. Stephen? Siempre le he dicho esto ⁽²²⁾.

^{xiii} Conservadores ingleses. — N. del T.

^{xiv} Forma religiosa relacionada con el Estado. — N. del T.

En el curso de una semana, él había cenado en casa de Wilberforce y a la siguiente había llegado a la propia ciudadela de la secta. Thornton lo invitó por uno o dos días a su mansión de Clapham, a poco más de doce kilómetros de la calle en la que vivían Leslie y Morse. Debe haber sido la casa suntuosa lo que hizo que se sintiera un norteamericano intruso, resistido por los huéspedes británicos. Tal frialdad no la había conocido en su patria. Ahora le hacía frente con creciente resentimiento. Lo molestó en lo de Thornton, pero era demasiado positivo para dejar que esto lo venciera.

Restablecido de la timidez del segundo día, recibió de buen grado la conversación sobre la guerra norteamericana, sostenida durante la comida. Irrumpió en la conversación prorrumpiendo en invectivas contra la idea popular de que los Estados Unidos se hallaban bajo la influencia de Francia. Describió la aceptación de los norteamericanos de las maneras británicas, su regocijo ante las victorias inglesas sobre Napoleón, su atención hacia los viajeros de esa nacionalidad, sus preferencias por los libros de autores británicos aun por encima de los yanquis. Por otro lado, declaró que los franceses eran despreciados en la Unión, lo mismo que en Gran Bretaña. Eran los enemigos comunes de la humanidad. Dijo que los padres prohibían a menudo a sus niños que tuvieran amigos franceses, cuya moral era considerada peligrosa. Sin duda, aunque a los republicanos democráticos se los llamaba comúnmente jacobinos, Morse no lo era. Sin embargo, después del prolongado exilio de Napoleón en Santa Elena y de la resurrección de Francia como ídolo de los liberales, Morse iba a defender a los franceses con tanta vehemencia como la que esgrimía ahora para censurarlos.

Las tiradas contra Francia agradaban a Thornton, mas no lo convencían de la equidad de los Estados Unidos para con Gran Bretaña. Para él, la lucha de Inglaterra contra Napoleón era una contienda por la libertad. La justicia de la causa —le dijo a Morse— debiera asegurar la indulgencia de la Unión para aliviarla del peso incidental de las órdenes en concilio.

Morse contestó de manera llana. En el momento en que los Estados Unidos consideraran —dijo— que la causa de Inglaterra contra Francia era justa, cesaría su neutralidad. ¿Cómo podía Thornton insistir —interrogó— en que la causa de Gran Bretaña era pura si admitía que el propósito de las órdenes en concilio era el

monopolio mundial del comercio? Acorraló al ilustre parlamentario —o por lo menos así le contó a sus padres—, cuando de inmediato su huésped lo llevó de vuelta a la ciudad en un coche.

Morse regresó a Clapham por lo menos dos veces para cenar con el infatigable Macaulay. Debe haber visto al hijo de éste, el futuro historiador, de vuelta en su hogar para pasar las vacaciones. El joven Macaulay era tan «*claphamita*» que su nombre era el de uno de la secta, Thomas Babington, y a la edad de ocho años ya había escrito un tratado destinado a convertir al cristianismo a los nativos de Malabar. Sin embargo, en casa de Macaulay, Morse halló la misma opinión equivocada acerca de los Estados Unidos. Un joven con el que se encontró allí y a quien fue presentado como estadounidense, le interrogó de inmediato:

— ¿Quiere decirme cuántos barcos tienen ustedes en su escuadra? Y, al oír la contestación de su interlocutor, agregó, con un gesto despectivo:

— ¿Son ésos todos los que tienen?

Luego giró sobre sus tacos y se echó a reír ⁽²³⁾.

El líder de la secta se hallaba más cerca que Macaulay o Thornton del pensamiento de los Morse, padre e hijo. Durante la guerra continuó la cálida correspondencia entre el doctor Morse y Wilberforce. A éste le agradaba cuando su amigo le pedía que cultivara la amistad con su hijo. Su propósito, al aceptar la sugestión —según le decía al doctor Morse—, era proporcionar los medios de facilitar inocentes placeres sociales a los que parecían deseosos de buscar sus distracciones y placeres en la vida doméstica más bien que en los sitios de libertinaje» ⁽²⁴⁾. Pocos conocían más esos sitios que Wilberforce. Conocía tantos como nunca llegó a visitar Morse.

Wilberforce compartía el punto de vista de los «*tories*», en el sentido de que los demócratas de Jefferson eran «*extremistas*» despreciables, inclinados a mostrarse irrespetuosos hacia la religión y las tradiciones civiles, y aliados de los jacobinos. Cuando le escribió al doctor Morse sobre sus puntos de vista en cuanto a «la guerra de Mr. Madison», omitió cuidadosamente referirse a la opinión de Finley, aunque la conocía perfectamente. Le decía:

«Casi me sentiría temeroso de confesarle el grado de abominación e indignación que tengo por los que comenzaron la presente contienda contra Gran Bretaña... Sin embargo, le ruego que observe que mi resentimiento...

guarda proporción con la buena voluntad que siento hacia ustedes, por lo menos por vuestros Estados norteros» ⁽²⁵⁾.

Al oír tales recriminaciones, Morse se inclinó primeramente a juzgar a los «claphamitas» un estorbo. Empero, al lograr más familiaridad con ellos, llegó a admirar su humanitarismo. Conocía la gran aventura de éstos para hallar una colonia para negros cultos en la Costa de los Esclavos; conocía la victoria que obtuvieron sobre el tráfico de esclavos por los británicos, en 1807, y el interés que entonces abrigaban en la abolición universal del oprobioso comercio de «ébano humano»; conocía también la preocupación que tenían por la tolerancia para con los disidentes. Aunque a menudo lo resentía su frialdad y con mayor frecuencia sus puntos de vista en cuanto a las hostilidades, con facilidad lo exaltaba su benevolencia.

En una de sus cartas a su hogar escribía: «Mr. Wilberforce es un hombre excelente; su espíritu se inclina por completo hacia las buenas acciones, en favor de sus semejantes. No pierde ni un momento de su tiempo. Siempre está proyectando uno u otro plan benevolente, y no sólo proyectando, sino realizándolos. Sus sentimientos son muy afectuosos. Cuando lo vi en privado obtuve de él la impresión más exaltada como cristiano. ¡Oh, que hombres como él sean más comunes en este mundo! Entonces no se derramaría tanta sangre humana para satisfacer la malicia y la venganza de unos pocos individuos perversos e interesados» ⁽²⁶⁾.

Morse se deleitaba diciendo que todos los norteamericanos residentes en Gran Bretaña apoyaban la «prosecución vigorosa de la guerra» (frase ésta que iba a odiar más tarde, durante la Guerra Civil) y había cierta razón en su aserción. West era un simpatizante notorio de Napoleón; Leslie, aunque nunca se mostró tan acerbamente contra los ingleses como lo hizo Morse, manifestóse agradado cuando se evidenció que los Estados Unidos hallábanse lo suficientemente unidos como para llevar adelante una guerra eficaz; Allston creía que la imperiosa Inglaterra necesitaba ser guiada hacia mejores derroteros, y Ezekiel Cushing, un estudiante norteamericano de medicina, se unió a su amigo Morse, cuando recibieron noticias de las victorias navales estadounidenses, en el grito de:

— ¡Viva, viva, por los nuestros! ⁽²⁷⁾

Morse explicaba la unidad de todos los yanquis residentes en Gran Bretaña por la insistente descortesía de sus huéspedes. A comienzos de las hostilidades, opinaba que el hecho de que se oyera llamar a los Estados Unidos «una nación de falsos, surgida de condenados, pusilánime y cobardemente» ⁽²⁸⁾, era suficiente para hacer hervir la sangre de cualquier hijo de la tierra de Washington. El orgullo y la reserva de los británicos lo dejaban atónito. Su resentimiento hacia ellos se ahondaba a medida que transcurría el tiempo de su permanencia en la rubia Albión. Ansiaba estar en su patria; en la armada de su patria...

Temiendo por la estabilidad moral y el éxito de la carrera de su hijo, el doctor Morse interrogaba acerca de él a Henry Bromfield, el agente londinense por cuyo intermedio le hacía llegar fondos a Finley, y al cuñado de su compañero en ortodoxia, el doctor Pearson. Las contestaciones de ambos confirmaban las propias explicaciones del hijo, en cuanto a su media vuelta.

«Nunca lo he oído conversar sobre el asunto —le escribió Bromfield— de otra manera que no fuera la que en realidad dictara el Acaecer de los Acontecimientos relacionados con los Estados Unidos; pero verdaderamente, ¿cómo iba a ser posible para un yanqui ser testigo de la acerba animosidad que reinaba aquí el año anterior y no sentirse profundamente por el Honor y los Intereses de su país difamados y atacados como lo fueron?» ⁽²⁸⁾.

Pero el error de otros norteamericanos no era una excusa válida para un hijo de la señora de Morse. Ella replicó prestamente diciendo que la mayoría de los norteamericanos residentes en el Viejo Mundo eran «infieles relajados» ⁽³⁰⁾, tal como él lo sabía bien antes de ir allí. Exceptuaba de tal calificación a West y a Allston.

Justamente en la época en que más deseaba estar en la armada, Finley investigaba entre los Morse ingleses los que tenían ascendencia común con su antepasado Anthony Morse (que viajó a Nueva Inglaterra, en 1635), para el escudo de armas de la familia. No han quedado registradas sus emociones cuando creyó haber descubierto que su lema rezaba: *In Deo, non armis, fido*.

Finley puede no haber sabido que Robert Fulton, el pintor que una vez había ocupado la habitación en la que él ahora habitaba, había abandonado su arte para ayudar a la causa norteamericana. Fulton intentaba estúpidamente persuadir a sus

compatriotas para que introdujeran un arma tan devastadora —naturalmente, su submarino, recién inventado— que los hombres se rehusarían para siempre a luchar.

Nuestro hombre nunca traspasó los límites de una expresión heroica de su militarismo. Su colega fue un poco más allá. Cuando en Boston se temía un ataque marítimo de Inglaterra, trabajó como voluntario en la defensa del puerto, en Fort Strong. Todos sus hijos fueron demasiado lejos para el doctor Morse. Contemplaba entristecido su «gusto militar» pero, sin embargo, pudo esperar ver dentro de su época «el fin de las guerras y las luchas... y las ropas podridas con la sangre» ⁽³¹⁾.

No pocos de los paquetes que cruzaban el Atlántico tanto al este como al oeste, llevaban ruegos para que se reformara. Pero los padres nunca adaptaron su política a las normas de su hijo mayor, ni éste a las de ellos. En 1836, cuando presentó su candidatura para intendente de Nueva York, proclamó orgullosamente en la propaganda de su campaña que había sido demócrata durante cerca de veinte años.

Capítulo 4

Pintor para el enemigo

Un día Morse le mostró a West su dibujo de una pequeña mascarilla del Farnese Hércules. Después de examinarla detenidamente, el maestro se la devolvió con galantería, diciéndole:

—Muy bien, señor; muy bien. Continúe y termínela.

—Está terminada — respondió Morse.

Había trabajado dos semanas en ese dibujo.

— ¡Oh, no! —dijo Mr. West—. Mire aquí, aquí y aquí.

El estudiante advirtió los errores.

Una semana más tarde, de manera confidencial se la volvió a presentar, con las correcciones indicadas. El maestro lo halagó, y terminó diciéndole:

—Muy bien; verdaderamente, muy bien, señor. Continúe y termínela.

— ¿No está concluida? — interrogó el artista, desesperado.

—Todavía no. Vea, no ha marcado ese músculo ni las articulaciones de los dedos.

Resuelto todavía a lograr una decisión absoluta de su juez, Morse trabajó nuevamente en el dibujo durante varios días más.

—Verdaderamente, bastante hábil —fue el comentario de West a su tercer trabajo hercúleo, agregando—: Bien, señor, continúe y termínela.

Morse se rebeló.

—No la puedo terminar —protestó.

Convencido por fin de la tristeza de su alumno, West replicó:

—Bien, ya lo he puesto bastante a prueba. Ahora, señor, usted ha aprendido más mediante este dibujo que lo que se habría ilustrado en el doble de tiempo con una docena de ensayos a medio terminar. No es el número de dibujos que se ejecuten, sino el carácter de uno, lo que hace a un dibujante completo» ⁽¹⁾.

West había comprobado que su alumno daba todavía muestras de inconstancia.

En el estudio para su tela titulada El muerto resucitado, Allston estaba recién entonces siguiendo la práctica de algunos de los viejos maestros al hacer modelos de arcilla de sus figuras. Dejando de lado sus dibujos «inconclusos», Morse siguió a su profesor. Para su Hércules agonizante, modeló a su héroe agonizante en la posición en que deseaba para sus pinturas. Sin embargo, cuando Allston vio su trabajo le instó para que completara una figura desarrollada.

Tan pronto como el modelo completo había sido volcado en yeso mate, Morse se lo llevó a West. El viejo se colocó sus anteojos y caminó alrededor varias veces. El héroe se retorció con los dolores de la muerte, con el brazo derecho extendido en un ademán noble. El modelo mostraba una fuerza notable para su altura de medio metro. Entre varias exclamaciones, el maestro dijo:

—Siempre le he dicho que cualquier pintor puede convertirse en escultor ⁽²⁾.

Sus amigos le habían dicho a Morse que la Sociedad de Artes Adelphi ofrecía una medalla de oro por una obra original de pintura, escultura o arquitectura. Lo alentaron para que se presentara al concurso, con su modelo. Pocos días después, mientras los británicos mataban a los norteamericanos en las batallas, el joven estadounidense recibía el premio de medalla de oro ⁽³⁾, de manos del duque de Norfolk. ¡Suerte la del principiante! El modelo fue su primera escultura y la medalla su primer premio. Aquella fue la única que se sabe que ha realizado, pero la

distinción que obtuvo era la primera de una larga serie que le da derecho a que se lo considere como uno de los norteamericanos que más premios ha ganado.

Hacia la época en que había conquistado ese honor, por su modelo, ya había completado la pintura para la cual aquél era sólo un accesorio.

Poco después se dirigió a la «Somerset House» solicitando permiso para tomar parte en la exposición en la Academia Real. «A seiscientos se les negó el permiso de admisión ese año —les decía claramente a sus padres— de modo que pueden suponerse que un cuadro de mi tamaño, también (era de 2,40 m por 1,80 m) debe poseer cierto mérito para que se lo prefiera entre ese número. Una pintura pequeña podría ser recibida aunque no fuera muy buena porque serviría para llenar algún pequeño espacio que en otra forma quedaría vacío; pero una grande, para excluir a muchas más pequeñas, debe poseer mucho en su favor para que se la admita» ⁽⁴⁾. Y aun entre las aceptadas, su obra logró reconocimiento. El crítico del Globe, de Londres, dijo:

«Lo más notable en la exposición es que presenta varias obras de elevados méritos, realizadas por artistas con cuyas producciones, y aun con cuyos nombres no hablamos entrado en contacto hasta entonces. A la cabeza de esta lista están los señores Monro y Morse» ⁽⁵⁾.

El crítico colocaba las telas de Morse entre las doce mejores de toda la exposición. Y un artículo, que Morse guardó entre sus papeles hasta su muerte, de la British Press ⁽⁶⁾, las colocaba entre las primeras nueve.

Su madre temía que el éxito lo envalentonara. Se lamentaba de que, una vez que él se percatara de que podía destacarse, no trataría de ir más allá. Y el doctor Morse comunicaba las noticias alentadoras sólo con reserva, como si contemplara la recaída que pudiera seguir pronto. «Se nos ha informado —le escribía al presidente Dwight— que ha obtenido medalla de oro por su figura de arcilla del Hércules agonizante, de la Sociedad de Artes Urbanos, de Londres, y un premio otorgado por la Academia Real por su pintura de esa figura» ⁽⁷⁾.

Morse insistía en que sus éxitos se debían a que estudiaba con profesores norteamericanos. Mencionaba orgulloso, entre éstos, a grandes pintores estadounidenses. En primer término, a Stuart, que en Inglaterra no tenía rival;

luego a West, el mayor de los yanquis residentes en Gran Bretaña; a Copley, y, finalmente, al coronel Trumbull; todos hombres de edad. A medida que pasaba de uno a otro, aguardaba que Allston sobrepusiera a todos los artistas, tanto antiguos como modernos; después de él opinaba que se colocaría Leslie^{xv}. Les había dicho a sus padres que cuando les contaran a sus amigos que él y Leslie estaban estudiando en Inglaterra tendrían que decir que eran alumnos de Allston, no de West. Y agregaba: «*Dentro de poco tiempo no necesitarán preguntar quién es Mr. Allston, pues muy pronto asombrará al mundo. El me pide que sea su alumno y me dijo hace uno o dos días, de manera risueña, que libraría una batalla con Mr. West, salvo que abandonara todos sus derechos para conmigo*»⁽⁸⁾.

Los comentaristas de arte han estado a menudo de acuerdo con Isham en cuanto a que Morse admiraba a Allston, pese a su diferencia de temperamento y de educación. La herencia de Morse, sin duda alguna, era la del austero intelectual puritano, mientras que la de Allston, era la de la graciosa Carolina patricia. Pero decir que Morse tenía un hermano que hallara momentos de holganza para leer la Biblia dos veces antes de morir —a los tres años y diez meses— como se deleita en manifestar Isham⁽⁹⁾, no sólo no es exacto, sino que tampoco es representativo del pasado de Morse.

Los Morse eran naturalmente, piadosos; pero eran también lo suficientemente liberales en sus simpatías como para gustar del sur, justamente de esa parte meridional de la que provenía Alistan. Ya se habían sentido a gusto en la costa de Carolina y el propio Morse se iba a encontrar en una región simpática en la cual podría comer y beber, andar en bote, cazar y dedicarse al arte. No sólo Morse pudo convertirse en un buen caroliniano, sino que a Allston también le fue posible hacerse un buen residente de Nueva Inglaterra. Pues éste había ido a la escuela en Newport y al colegio nacional en Cambridge y se había casado con una muchacha perteneciente a una reputada familia de Boston. Era un hombre temeroso de Dios, aun comparado con los pobladores de Nueva Inglaterra y pronto se destacaría por su santidad. Era acaso más imaginativo, más liberal en sus hábitos, porque, después de todo, era doblemente artista, pues cultivaba la pintura y la poesía. Pero

^{xv} "Los señores Leslie, Morse y Allston —decía el Port Folio (serie 3, IV, 88) , una revista mensual de Filadelfia, en julio de 1814—, prometen convertirse, después de que hayan desaparecido sus grandes predecesores, en los West, los Copley y los Trumbull de su época."

se parecían mucho, en cuanto a sus iras prontas, a su impulso generoso y a la camaradería.

Morse admiraba abiertamente a su maestro. Esta vez su afecto no era un sentimiento momentáneo, pues veinte años después pudo todavía decir: «Voy hacia Allston como un corneta se dirige hacia el sol» ⁽¹⁰⁾.

En el otoño de 1813, Morse llevó su equipo de pintura a Bristol, una ciudad comercial que no hubiera elegido para residir, salvo con la esperanza de lograr ganancias materiales. Se estableció cerca de la casa de Harman Visscher, un comerciante amigo de los Van Rensselaers, de Nueva York, y a quien ya conocía. Otro comerciante norteamericano, el hermano de Miss Russell, que vivía en la casa más hermosa de Charlestown, fue lo suficientemente atento como para permitirle que hiciera un retrato de su hermana y brindarle la oportunidad de conocer tan bien a su hija Lucy hasta el punto de llegar casi al «viejo juego de enamorarse» ⁽¹¹⁾. Bristol resultó provechosa ese otoño, y prometía mayores satisfacciones.

Le preocupaban mucho sus entradas. En Bristol le había sido posible reducir sus deudas mensuales con Mr. Bromfield, de la cantidad usual de veintidós libras esterlinas, a cerca de trece con diez chelines. Con el estímulo de sus nuevos patrones esperaba poder mantenerse durante su estada en Inglaterra. Sus padres le enviaron mil dólares por año, durante sus tres años de permanencia en Gran Bretaña, al cabo de los cuales pudo persuadirlos de que le remitieran otros mil, para quedarse un año más, no obstante la depresión económica que se observaba en la patria de Shakespeare^{xvi}.

Pero ese verano enteróse de que si deseaba trasladarse a Francia tendría que hacerlo por sus propios medios. Y no encontraba placer en descubrir la manera de ahorrar algunos centavos. Despreciaba a George Parkman^{xvii}, hijo de un próspero comerciante de Boston, quien se alardeaba de que viviría en Londres, como estudiante de medicina, por la suma de seiscientos dólares por año. Lo desdeñaba porque nunca se rehusaba a aceptar cuando lo invitaban a comer; porque caminaba cinco o siete kilómetros para desayunarse con él y Leslie; por «discutir» con la lavandera por cinco centavos y por sus ropas raídas... Morse regresó a Bristol en el

^{xvi} La madre se lamentaba ante Richard de que "la guerra, la guerra. Qué es lo que no ha hecho. *"Hasta privamos de nuestra botella de Sidra, ay, ay"*. junio 18, 1813, COLG.

^{xvii} El Parkman del famoso asesinato del Colegio Médico, de Harvard.

verano, con la esperanza de ganar lo suficiente para permanecer algún tiempo en Europa y de una manera que no atentara contra su dignidad. Esta vez lo acompañaba Allston.

Sin embargo, por seis meses, ese verano y otoño, Bristol los abandonó a ambos. El inconveniente —explicaba— estribaba en que eran norteamericanos. En el círculo estadounidense de Allston no había, sin duda alguna, estúpidos espías, amenazas de pérdidas de propiedad, internados durante el transcurso de la contienda, ni protestas por los honores que recibían. Pero las medidas irracionales eran inevitables. El coronel Trumbull atribuyó su fracaso en Inglaterra, en esa época, a la hostilidad nacional. Pocas guerras crean más resentimiento que las civiles, y un conflicto anglo-norteamericano revestía tal carácter.

La desgracia los siguió a Londres. Justamente una semana antes de que Allston se instalara en su nuevo hogar, falleció su esposa, revés que lo dejó alelado. Al día siguiente, Morse lo juzgó casi privado de la razón. Leslie y Morse lo atendieron cariñosamente y junto con John Howard Payne fueron los únicos que lo acompañaron en el velorio y en el sepelio.

Su nueva morada, pues, se convirtió en un hogar de tristezas, de modo que Leslie y Morse lo persuadieron para que se alojara en la casa de ellos. Y pocos a poco fueron tratando de arrancarlo de su estado enfermizo. No obstante, el rudo golpe produjo en él un efecto hondo, se inclinó cada vez más hacia la beatitud, fue confirmado en la Iglesia de Inglaterra e hízose por demás sensible a la pureza.

El mismo año en que murió Ann Channing Allston, su hermano, William Ellery Channing, comenzó a dirigir una gran escisión dentro del seno de los congregacionalistas. Puede haber sido nuestro hombre quien haya determinado la fecha en que comenzó el largamente esperado conflicto. Se dice que encontró en *La Vida* de Theophilus Lindsey, de Thomas Belsham, una lista de los Ministros de la iglesia de Nueva Inglaterra que pertenecían a la secta herética unitaria, y le comunicó la novedad a su padre ⁽¹²⁾. Sea como sea, el doctor Morse halló el libro y se sirvió de él como base para lanzar un rudo golpe contra los clérigos mencionados en la obra: era justamente la documentación que necesitaba. El doctor Channing tomó la defensa de los unitarios y el proceso de división entre el congregacionalismo estaba en marcha antes de finalizar el año 1815.

La llegada de la paz para una generación que apenas había sabido lo que ella significaba, proporcionó a los londinenses grandes espectáculos. En abril de 1814, esperando ser el primero en enviar la noticia a sus padres, Morse les había escrito informándoles de la entrada de los aliados en París y de la deportación de Napoleón. Algunos días después, entre las banderas, cintas y laureles de Piccadilly, miró hacia el balcón de un hotel y vio a la reina («si no se le llamara reina —escribió— podría muy bien ser una vieja desagradable.»⁽¹³⁾), la duquesa de Oldenburg, hermana del emperador Alejandro de Rusia, y al príncipe Alejandro. Entre descargas de artillería y gritos de *¡Vivent les Bourbons!* vio a Luis XVIII, el primer rey de Francia, después de la Revolución, que pasaba en un carruaje. Se abrió camino con destreza hasta debajo del balcón en el que iba a aparecer el monarca. Cuando por fin apareció el soberano ante la multitud, su sonrisa lo cautivó de manera tal que no pudo resistir la tentación de unir su voz al grito de *¡Vive le Roi!* Durante ese verano de visitas de gala entre los dignatarios aliados, el norteamericano calculó el número de veces que había visto huéspedes reales. El emperador Alejandro batió el «record» con el número de catorce.

A comienzos del año siguiente, la paz llevó también el regocijo a través del Atlántico. Los Estados Unidos y Gran Bretaña dieron término a la guerra de una manera indecisa, acerca de la cual los historiadores todavía no se han puesto de acuerdo. El conflicto terminó tal como había comenzado: con acontecimientos significativos que tuvieron lugar después de haberse tomado las decisiones que ellos podrían haber afectado. Si el telégrafo de Morse hubiese podido enviar de inmediato las noticias de la paz al general Jackson, éste no se habría cubierto de gloria en la victoria de Nueva Orleáns y, por lo tanto, nunca habría llegado a ser presidente de la república. Pero Morse estaba satisfecho con la paz, aun sin la victoria de la pintoresca ciudad de Luisiana. Porque opinaba que los Estados Unidos habían cobrado carácter en su conducción de la lucha. Ninguna nación europea, y muchísimo menos Gran Bretaña, desearía ahora enfrentarse con la Unión.

En su patria, en la reunión de Town Hill, la noticia de la paz congregó a la gente para oír la palabra del pastor Morse:

—*La feliz noticia de la paz, por tu gracia, ¡Oh Dios!, ha saludado nuestros oídos...*

¡Oh, cuán dulce es tu gracia; nos devuelve la vida! ⁽¹⁴⁾.

Pero la acción de gracias por la paz pronto pareció vana. El mundo hastiado de la guerra se maravilló cuando Napoleón reunió otra vez un ejército entusiasta y siguieron los pálidos «cien días»...

El 26 de junio le llegó a Morse, en Londres, la noticia de Waterloo. Pocos días más tarde, cuando se agitaban los rumores de que los aliados habían vuelto a penetrar en París y a apoderarse de Napoleón, Morse estaba cenando en casa de Wilberforce, con Macaulay, Grant y sus dos hijos, y Robert Owen, de Lanark. Hablaban de manera vehemente, aguardando el estampido de los cañones en Hyde Park, que anunciarían —otra vez— la virtual terminación de las hostilidades.

Wilberforce, desconfiando de los rumores, exclamó repetidas veces:

— ¡Es demasiado bueno para que sea cierto! No puede ser exacto.

Se refirió luego a la esperanza en una paz mundial. Después de la cena, en la sala, Morse sentóse al lado de una ventana que miraba hacia el parque. De pronto oyó el ruido sordo de un cañonazo. Sus compañeros no lo percibieron. Volvió a oír una nueva descarga. Convencido de su significado, llamó a Wilberforce. Corriendo hacia la ventana, el viejo la abrió a tiempo para escuchar la siguiente descarga, con absoluta claridad.

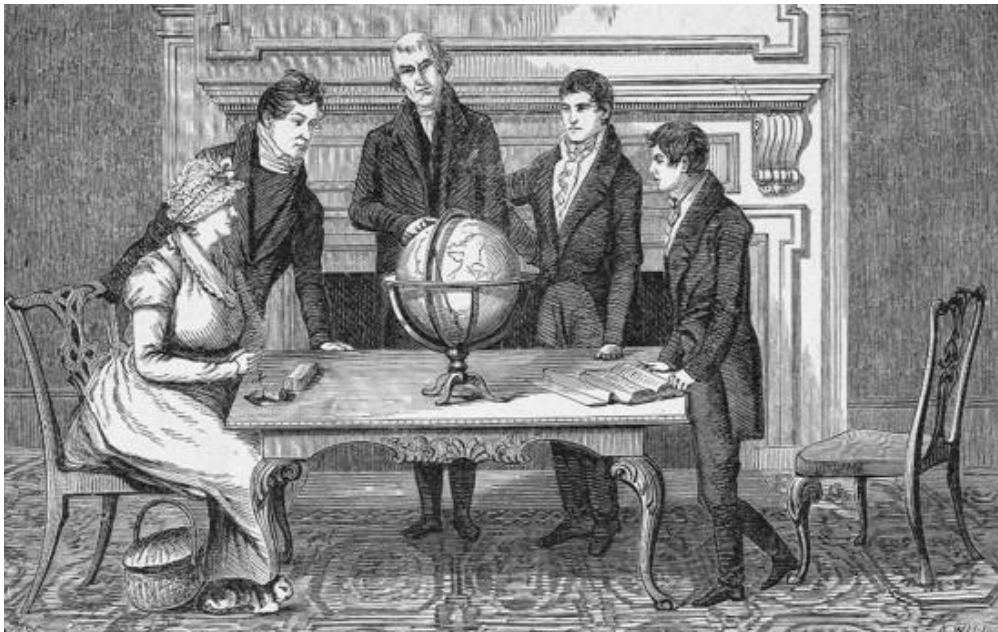


Figura 4. GRUPO DE FAMILIA, Por Morse, 1810. Esta acuarela inconclusa —su primer intento de pintar un grupo— se la obsequió Morse a su niñera Nancy y ella, a sus amigos de Charlestown. Muchos años más tarde, Morse encontró satisfactorios los retratos de su padre, de su madre y de Richard (extremo derecho), pero el suyo, a la izquierda de su padre, y el de Sidney, desagradables. (Museo Nacional de EE. UU.)

Permaneció quieto unos instantes, en silencio; las lágrimas le caían por las mejillas. Luego, sin pronunciar una palabra se dio vuelta para abrazar a su esposa e hijas, y estrechó la mano de todos los que se hallaban en la sala ⁽¹⁵⁾.

Habiéndose enterado de la paz, nuestro hombre se sentía ansioso por trasladarse a Francia. Durante más de un año había tenido la intención de hacerlo. Ahora parecía posible. A sólo uno o dos días de viaje de París se encontraban los tesoros artísticos del mundo y, contrariamente a la exposición menor de Londres, estaban a su disposición para que los usara. La vida es más barata en la capital francesa —les dijo a sus padres—. No tenían por qué temer que las tentaciones de la ciudad lo corrompieran, porque un hombre de veintitrés años tenía ya sus hábitos establecidos. Bromfield le advirtió que no viajara sin permiso de Charlestown. Durante varios meses aguardó la respuesta de sus padres, pensando que ellos habrían recibido la carta en la que les preguntaba acerca de su traslado, pero que se rehusaban a contestarle. A comienzos de 1815, llegó, por fin, la carta de su padre, en la que le advertía que no se fuera, teniendo en cuenta que a partir del otoño próximo tendría que sostenerse por sus propios medios y que, si tenía esto presente, podía decidir por sí mismo.

El hijo resolvió que el momento favorable para emprender su viaje había pasado irremisiblemente. Ya estaba, pues, proyectando su regreso a los Estados Unidos. Porque era posible que ignorara que su padre ya había enviado a París a Joel Barlow, ministro norteamericano en Francia, el pedido de que vigilara al pintor. Si Morse hubiera ido a París, ¿quién sabe si acaso Barlow lo hubiera inducido, hacia los inventos, como lo había hecho con Robert Fulton?

Dos años después de su éxito con Hércules, tomó parte en otro concurso, celebrado en la Academia Real, para pinturas de tema histórico. El presidente de dicha institución, West, lo alentó diciéndole que, aunque partiera para su patria antes de

finis de 1815, en que el jurado discerniría los premios, su obra figuraría de cualquier modo en el concurso.

El tema que eligió había figurado frecuentemente en los vasos griegos: Júpiter sentenciando a Marpesa, para elegir el amor del inmortal Apolo o del mortal Idas. Las figuras estaban colocadas de manera exagerada, los árboles diseñados en forma audaz y el colorido era brillante. El conjunto presentaba un aspecto de ruda magnificencia, en el estilo histórico que gustaba el autor, y que defendían West y Allston.

La contribución más notable que ha hecho West a los anales del arte ha sido en obras históricas; en su Muerte de Wolfe, por ejemplo, revolucionó las normas convencionales al pintar al general y a los que lo atendían, con las ropas que en realidad usaban. Tanto West como Allston desdeñaban para sus alumnos el retrato. Este temía que Morse, cuando regresara a su país, «no lograra alcanzar un nivel más elevado que el de un famoso pintor de retratos», pues tenía la convicción de que le sería posible llegar más lejos, aunque le resultara difícil ⁽¹⁵⁾. Leslie estaba ya demostrando su interés en una especialidad de la pintura, en la que iba a alcanzar fama: la ilustración de escenas de obras teatrales y novelas.

Morse, sin embargo, apenas necesitaba el consejo de sus amigos, pues ya antes de ir a Europa deseaba ser pintor de temas históricos, y ahora estaba seguro de que, sin duda, ése sería su fuerte. «No me sentiré feliz hasta que pueda trabajar en la rama intelectual del arte —escribía a su hogar—. Los retratos nada tienen de ello; los paisajes poseen algo; pero el tema histórico da con plenitud la nota intelectual»⁽¹⁷⁾. Sus padres podrían haberle advertido, con sano criterio, que el encargo de retratos era lo más que podía esperar en un país en el que el ambiente artístico no ofrecía posibilidades. Pero él esperaba que merced a la influencia de su familia le sería dado conseguir el encargo bien remunerado de la pintura de una iglesia o un salón, por dos mil o tres mil dólares. Si el público podía abonar esas sumas por un entretenimiento corruptor, que desaparecía en un día, ¿por qué no le iba a ser posible hacerlo por un placer intelectual y por el apoyo a los pintores?

«No me refiero a *pintores de retratos* —escribió de manera extravagante—; si no pensara en algo más elevado que ser un pintor de retratos de primera categoría, hubiera elegido una profesión muy diferente. Mi ambición es contarme entre los que

competirán con el esplendor del siglo XV; rivalizar con el genio de un Rafael, de un Miguel Angel o de un Ticiano; mi ambición es formar parte de la constelación de los genios que en estos instantes están surgiendo en este país; deseo brillar, no con una luz reflejada por ellos, sino esforzarme por lograr mi luz propia y más resplandeciente» ⁽¹⁸⁾.

Hacia mediados de julio había terminado su Juicio de Júpiter, se le habían terminado sus haberes y hallábase preparado para retornar a su hogar. Partió desagradado. Pese a las gestiones de West, el consejo de la academia se rehusó a consentir que participara en el concurso, salvo que se quedara en el país para recibir el premio personalmente. Después de estudiar la pintura, West le aconsejó que no se fuera. Y la carta que le dio Allston para que le entregara a su padre, era igualmente alentadora. ¿Qué más podría pedir cualquier padre?

Londres, agosto 4 de 1815.

Estimado señor:

No puedo permitir que mi joven amigo emprenda su regreso sin un testimonio que, por más innecesario que sea en vista de la cordial recepción de que lo han hecho objeto los amigos que lo conocen suficientemente, sin embargo, demuestre mi estima por su persona y el interés que me he tomado en su bienestar. Algo que me causa no poca satisfacción es poderlo felicitarle sinceramente por algo que los padres religiosos deben apreciar por sobre todo: que el hijo regrese de una de las ciudades más peligrosas del mundo, con la moral sin una mancha.

Esto, en verdad, debe ser causa de tierna satisfacción para usted, porque demuestra que los fundamentos que le ha inculcado en su mente han sido demasiado firmes para que pudieran ser sacudidos aun por los asaltos de los que han sido adiestrados para ello y han logrado proporciones enormes en el ejercicio de la inmoralidad; porque esto puede decirse, sin caer en la falsedad, de multitud de residentes de esta metrópoli.

Con respecto a los progresos que ha hecho en la órbita artística, estoy seguro de que las muestras que lleva consigo (Apolo Marpesa e Idas) justificarán la expectación de sus amigos. Ese cuadro iba a ser presentado el próximo invierno a la Academia Real, para aspirar al premio. Pero esto sólo podía

hacerlo en caso de que permaneciera aquí hasta noviembre, para hacer un esquema durante ese tiempo, lo cual le daría derecho a presentarse como candidato, una simple formalidad de la que podrían y debieran hacer caso omiso. Pero ellos se resisten a toda clase de mejoras... por temor a la innovación. Lamento muchísimo su desagrado, pues tengo varias razones para pensar que habría tenido éxito: su cuadro es muy superior a cualquiera de los que he visto presentados en tales ocasiones. Si encuentra aliento será un gran pintor.

Antes de terminar debo expresarle el sentimiento profundo que me ha causado la bondad demostrada en ocasión de la desgracia que he sufrido. De él y de mi joven amigo Leslie he recibido todas las atenciones que una persona dolorida puede aceptar de caracteres benévolos y compasivos como los suyos. Fueron conmigo bondadosos cuando realmente necesitaba de bondad.

Le ruego que presente mis respetos a la señora Morse, y créame respetuosamente

Suyo

W. Allston ⁽¹⁹⁾

Morse tenía cierto derecho para abrigar los sueños magníficos con que abandonó la capital británica, porque el cálido testimonio que llevaba para su padre estaba escrito por quien era juez severo.



Figura 5. AUTORRETRATO — 1808 ó 1809 Miniatura en marfil, pintada en Yale (Academia Nacional de Dibujo, Nueva York)

Llegó a Liverpool un día antes de cumplir cuatro años de haber partido de los Estados Unidos. Poco quedaba en él del exquisito esteta de sus días de colegio. Tenía aún sus ondas castañas dispuestas de manera descuidada sobre la sien, en su reciente autorretrato; sin embargo, no era esto lo que había subrayado en su pintura, sino los labios gruesos, la mandíbula amplia, la nariz larga y recta, el porte firme de su cuello y sus hombros, y el semblante inequívoco. Decía que su rostro era «de facciones menudas»; pero su audacia era corno la de su lengua y su pluma. Los años pasados en Gran Bretaña lo habían tornado firme; hablaba de manera

categoría, ponderaba abiertamente, criticaba concienzudamente, se daba con generosidad. Cuando pensaba en su arte soñaba con poder sostenerse a sí mismo en Bristol y proyectaba ganar dinero con el trabajo que le proporcionara el emperador de Rusia o, ahora, mientras cruzaba el Atlántico, consideraba la posibilidad de que se le encargaran obras de miles de dólares y rivalizar con Ticiano. En cuanto a extravagancias, se había hecho más norteamericano que nunca, durante su estancia en Gran Bretaña.

Después de consultarlo fue, probablemente, que el historiador de arte, Dunlap, escribió, varios años después, que Morse había consagrado sus años pasados en Inglaterra al estudio de la pintura histórica, salvo «dos o tres retratos, pintados aprisa con el fin de estudiar cabezas» ⁽²⁰⁾. Es indudable que volcó su pasión en Hércules y en el Juicio de Júpiter. Pero, sin embargo, realizó no pocos retratos, entre ellos, los de Leslie, John Howard Payne, Zerah Colburn, el genio matemático, James Russell, dos o tres de un «caballero» de Bristol, a razón de diez guineas cada uno; dos autorretratos, uno al aceite y el otro a lápiz y tinta. Además, ha quedado registrada su intención de pintar otros dos: los de Stephen Van Rensselaers, miembro de una familia distinguida de Nueva York, y Elisha Goddard, estudiante de medicina, de Boston, y socia de unos amigos del pintor, Parkman y Cushing. Otras obras «no intelectuales» eran sus dos paisajes, de diez guineas cada uno, para Mr. Breed, de Liverpool, probablemente Richard Breed, agente comercial de su padre; sus ilustraciones a la manera de Leslie, de la Dorotea del Quijote, y un álbum de dibujos, titulado Caballero con armadura. Es probable que ninguna pintura histórica haya quedado sin registrarse, pero sí muchos retratos y paisajes de ese período.

Durante su estada en Gran Bretaña había progresado mucho, particularmente en dibujo y modelo. Había logrado ya aprender lo que muchos de los artistas norteamericanos residentes en el Viejo Mundo en esa época, y aun Copley, nunca supieron: cómo evitar los tonos violentos y sin relieves, mediante un modelo generoso, de sombras transparentes y de armonioso colorido. Su preferencia por las tonalidades ricas era ya visible. Sus obras, si empleaban un lenguaje pictórico grandilocuente, eran menos rígidas.

El prestigio de que investía a un artista la experiencia adquirida en Europa era auténtico en esa época y todavía imprescindible para la carrera distinguida de un

pintor. Nuestro hombre había estado con los mejores maestros que hayan conocido los artistas estadounidenses —si no realmente los mejores— y regresado imbuido de su gracia. Pocos de los que estuvieron en contacto con él, en su profesión, comenzaron con la ventaja que representa tener un padre de nombre distinguido, una educación obtenida en los mejores colegios de Nueva Inglaterra y estudios en el exterior. Acaso Leslie se le acercaba en este sentido, pero se exiló en Inglaterra; posiblemente también Rembrandt Peale y Vanderlyn; mas no Inman, Jarvis, Durand, Cole, Sully, Jocelyn o Cummings.

El desengaño que tuvo por fin por el rechazo de su Júpiter no lo agobió. Cuando se embarcó en el Ceres tenía grandes esperanzas en el éxito de su carrera, dentro de las fronteras de su patria. Catorce días esperó el barco en el puerto de Liverpool, junto con otras doscientas embarcaciones. Por fin el viento infló las velas de todos los barcos al mismo tiempo. Desde la cubierta del Ceres, el artista observó que los veleros se dispersaron gradualmente y, al caer la noche se alejaron a gran distancia en el horizonte. Hacia la mañana se había levantado un fuerte viento y de inmediato comenzaron las molestias del mareo.

Las tormentas y la calma alternadas rodearon al pequeño barco durante un mes y veintiocho días. El vigesimonoveno día Morse asentó en su diario de viaje estas palabras:

Miércoles, 18 de octubre. Anoche fue noche de vela para todos nosotros. Lluviosa, brumosa... Una terrible tensión, entre la sensación de alegría exquisita ante la esperanza de ver pronto a nuestro hogar y la de sombría aprensión de que unas pocas horas pudieran llevarnos a la muerte.

19:30 horas. ¡Alabado sea Dios Se acaba de dar la alegre noticia de ¡Tierra! ¡Oh!, ¿quién puede imaginar los sentimientos que ahora experimentamos? El infeliz condenado al patíbulo, que en el momento en que debe morir recibe la conmutación de su pena, puede mejor que nadie darse cuenta del estado de nuestro espíritu.

La tierra a que arribamos es Cabo Cod, que dista dieciocho kilómetros y medio. ¡Alegre, alegre es la idea! Esta noche, probablemente, estaremos en Boston. Marchamos a razón de siete nudos.

21:30. Estamos a la vista de Manomet.

22:00, Estamos a la vista del cabo Ana.

23:00. Vemos las luces de Boston.

Una en punto. ¡MI HOGAR! ⁽²¹⁾.

Capítulo 5

Errante

La blanca casa parroquial, bajo los olmos de Town Hill, permanecía casi idéntica. Nancy dirigía aún los quehaceres de la cocina en su forma precipitada. Prince todavía lo llevaba al doctor Morse de aquí para allá, para conferenciar sobre la estrategia ortodoxa. La señora de Morse, que se acercaba ya al medio siglo de vida (ahora insistía en los géneros floreados llamativos, para sus vestidos), volcaba cariño y consejos en sus hijos con el calor de siempre. El hermano Ricardo, indispuesto e incierto acerca de sí mismo, estaba en la casa y fuera de ella, mientras estudiaba para ser Ministro de la iglesia, en Andover. El emprendedor Sidney estaba lanzando un diario en Boston. Los dueños de la mayoría de los periódicos bostonianos, como muchas de las personas adineradas de la capital del Estado de Massachusetts, eran partidarios del camino fácil del unitarismo. Sidney, con la ayuda de Nathaniel Willis y Jeremiah Evarts, con quien el doctor Morse había editado la revista mensual religiosa titulada *Panoplist*, publicaba ahora el semanario *Recorder* para establecer el equilibrio en favor de la ortodoxia.

Habiendo logrado dominar a los unitarios en su parroquia, el doctor Morse podía consagrarse más libremente a sus hijos. Así como apoyaba el periódico de Sidney y la búsqueda para Richard de un púlpito, alentó los esfuerzos de su hijo mayor para establecerse como artista. Juzgaba a Boston como un medio excelente para las bellas artes. Allston y Finley podrían establecer allí una galería para que realmente la ciudad se convirtiera en ambiente acogedor del arte.

Morse percibió la fuerza unida de una familia que lo respaldaba. Encontrándose en su hogar, en los Estados Unidos, hallando que los federalistas estaban bastante debilitados por el curso desagradable que seguía la guerra, rápidamente dejó de

lado la controversia con sus padres. Además, su carrera le exigía todas sus energías.

Cuando el Hércules agonizante llegó de Gran Bretaña, el doctor Morse le hizo colocar marco, exhibiéndolo en un salón alquilado en Boston; pensaba enviarlo a Filadelfia y posiblemente a Charlestown, pero antes de que llegara allí el artista, la exposición había fracasado.

Dos meses más tarde, la tela fue exhibida nuevamente, esta vez en las habitaciones del autor. Cerca de la librería de Mallory, en la que cinco años antes trabajaba entristecido, había logrado ahora instalar un estudio, que pagaba su padre. En el periódico *Recorder*, de su hermano, invitaba al público con un aviso de este tenor:

EXPOSICIÓN DE CUADROS DE MORSE

Joy's Buildings, Cornhill-Square ⁽¹⁾

Al artista, más bien que a sus creaciones, le demostraban los que concurrían una atención cortés. El senador James Lloyd, federalista amigo de su padre, fue el primero en presentarlo a los círculos elevados de la ciudad, en los cuales podría hallar protectores. El halago del reconocimiento de la sociedad fue al comienzo satisfactorio, pero algo más necesitaba. Al final del invierno ni un habitante de Boston había comprado un cuadro ni le había encomendado ninguna obra, mientras que las entradas de la muestra no cubrían la mitad de los gastos.

El doctor Morse observaba al artista que sentía la mano fría de la indiferencia y lo veía apocarse. El padre, temeroso, envió un pedido al senador Lloyd:

«Consideramos extremadamente crítica su situación actual. ... Si fracasa en su objetivo de obtener medios económicos que le permitan completar sus estudios en Europa, temo enormemente que abandone el Estado en que ha nacido, con una sensación que lo haga resolverse a permanecer el resto de sus días como un aventurero en Europa, en Filadelfia o Nueva York, o que, después de las esperanzas que ha acicateado con los esfuerzos realizados últimamente, y el gasto que ha ocasionado a sus padres, se doblegue su espíritu y se ahoguen sus ambiciones, y, como no está capacitado para buscar otra profesión, se hunda definitivamente. Acaso mi temor sea

demasiado exagerado; pero, conociendo y habiendo observado su carácter desde niño, creemos que no lo es. Porque él es hijo de nuestras esperanzas. Es afable, cariñoso, obediente, bondadoso, agradecido y generoso en sus sentimientos —no es derrochador ni se inclina a ningún vicio— y es amante entusiasta de su patria, de sus conquistas científicas y particularmente de sus bellas Artes... Todo lo que necesita para inspirarse con energía en la práctica de su profesión, para continuar con sus mejores esfuerzos, y conservar todo su talento..., es simplemente patrocinio.»⁽²⁾.

Para tener ocupación, el artista pintó los retratos de sus hermanos, de su abuela Breese y de su abuelo Morse. Para despertar la atención hasta le obsequió una pintura al editor de Boston, Nathan Hale. Una noche, mientras fumaba su «cigarro solitario», le pareció que su esperanza de regresar a Londres, con Allston y Leslie, se estaba desvaneciendo. En la primavera envió su Hércules a Filadelfia, a una exposición. En julio abandonó una de sus dos habitaciones, y la restante, en agosto. Durante ese período de indiferencia podía haberse reconcentrado en sí mismo; amargado contra lo cerrado del gusto de los norteamericanos, o podía haberse «hundido finalmente», como temía su padre. Pero éste ignoraba su flexibilidad o su versatilidad. En ese año crucial —el de sus veinticinco años— demostró que no era el joven común, de nacimiento feliz y de educación esmerada. Porque fue durante ese año de reveses que eligió esposa; se abocó seriamente a la práctica de una de las ramas de su arte —la de los retratos—, que antes había desdeñado, pero que iba a ser la que lo conduciría a la cresta de la ola de su profesión en los Estados Unidos, y fomentó un invento que le granjearía una reserva de experiencia para coronar la labor de su vida: el telégrafo. Y era aún más versátil de lo que el público imaginaba. Muchos han olvidado que ese año, gozando con su descubrimiento de nuevas fuerzas, se consagró a la idea de ser arquitecto o aun teólogo.

Con el calor del verano, los caminos del interior de Boston estaban secos. Nuestro héroe partió para el norte. Si los clientes no iban a su estudio, tendría que ir a buscarlos. En New Hampshire abundaban los paisajes, pero su verdadero objetivo —por más poco dispuesto que pudiera haber estado para admitirlo— era el dinero. En

la Unión, esto significaba que tendría que pintar retratos. Su padre le había abonado la senda mediante útiles cartas de presentación.

A comienzos de agosto se presentó en Concord. En «la calle», como llamaban a la única carretera de la aldea, encontró la casa de madera del pastor Mc Farland; cuadrada y blanca, de cómodas proporciones, con un techo de cuatro aguas y un espacio detrás para la cocina. Para Finley, como hijo de un pastor, la morada era familiar, tanto en su aspecto exterior como en su disposición interna. Era tan sitio público como la posada «Stickney» que quedaba frente a ella. Durante los días feriados, en el invierno, durante el intervalo entre la mañana y el servicio religioso de la tarde, se reunían los concurrentes a los mítines, que iban de sitios distantes del pueblo y se congregaban al calor de la casa parroquial para comer los alimentos que llevaban en cestas. Todos los clérigos que visitaban la capital de New Hampshire hacían escala en la casa parroquial. Y, aparentemente, Morse también lo hizo. El doctor Mc Farland conocía a la familia del artista por intermedio del *Panoplist*, al que juzgaba un sano periódico calvinista; mientras que su esposa, una Kneeland de Boston, había escuchado a menudo los sermones del doctor Morse en el púlpito de Old South. Los Mc Farland consintieron de inmediato en presentar al joven artista a la sociedad de Concord. Desempeñaron bien su papel.

Antes de dos semanas de permanencia en Concord comió en casa de Samuel Sparhawk, en la que el Upper Bank —del que éste era cajero— tenía instaladas sus oficinas. El edificio poseía una tradición romántica. Cuando fue construido, treinta años antes, el dueño, Daniel Livermore, lo hizo edificar ligeramente fuera de la línea de la calle. Por entonces cortejaba a una de las hijas del juez Walker, y deseaba que estuviera oblicuo veintidós centímetros con respecto a la línea de edificación en un extremo, de modo que por la ventana pudiera ver hasta la calle en que vivía el juez. En esa misma casa comenzó ahora el galanteo de otra hija de la generación siguiente. Allí encontró Morse por vez primera la nieta del juez, Lucrecia Pickering Walker. Décadas más tarde, el artista regresó a Concord para observar nuevamente la morada.

El hecho de que Lucrecia fuera la beldad del pueblo no lo desalentó. El primer Walker que se instaló en Concord había sido su primer Ministro religioso y el constructor de la primera casa de dos pisos. Su hijo, el juez Timothy Walker, vivía

aún en esa finca, situada en el extremo norte. Frente a la de él, detrás de una hilera de olmos, se hallaba una casa muy similar a la parroquial, hogar del hijo del juez Walker, el abogado Charles Walker. Cinco hijos tenía el doctor Charles Walker, a quienes pronto conoció Morse: Charles, «alumno del penúltimo año de Cambridge, excelente estudiante y un joven agradable»; Susan, «una bonita muchacha de unos quince años»; Augustus, «de cerca de doce años y alumno en la Academia Exeter»; Timothy, «de alrededor de seis años, tan turbulento como un oso y temo que demasiado consentido», y Lucrecia ⁽³⁾.

Pronto Concord le resultó agradable al artista. En tres semanas había ganado cien dólares con sus pinturas. Pero no era todo.

«Aquí tengo otros atractivos, además del dinero —escribió a su casa—. ¿Conocen a los Walker? Charles Walker, hijo del juez W., que tiene dos hijas, la mayor de las cuales muy hermosa, amable y de una disposición excelente. Tal es su reputación aquí. Le he interrogado de manera particular al doctor Mc Farland acerca de la familia y su contestación ha sido satisfactoria en todo sentido, salvo que no profesan la religión. El es un hombre de familia y de gran fortuna; a esto último ustedes saben que yo nunca atribuyo importancia primordial, pero es satisfactorio enterarme de ello, por la profesión que tengo.

«Puede ser que me haga vanas ilusiones, pero creo que podría ser un pretendiente satisfactorio...

«No hay todavía por qué apresurarse, pues la joven no tiene más que dieciséis años...^{xviii} Por supuesto que esto lo digo entre ustedes y yo, ya que podemos no llegar a nada; tengo cierta experiencia en ese sentido» ⁽⁴⁾.

Mientras estaba en el colegio, dos muchachas lo habían atraído. Ann Davenport, de Stamford, y Jeannette Hart, de Saybrook; pero había decidido de manera resuelta que el amor debía rendirse ante la pintura. En Bristol (Inglaterra), tan sólo un año antes, enamorado de la hija de su protector, James Russell, había determinado que «el amor y la pintura son amigos pendencieros, y que la casa de mi corazón es demasiado pequeña para que quepan ambos» y «echado de la puerta al señor

^{xviii} Tenía diecisiete, pues habla nacido el 15 de julio de 1799.

Amor» ⁽⁵⁾. Pero ahora el señor Amor entraba en la casa de su corazón por la puerta del frente y era bien recibido.

Los Walker se enteraron pronto de sus intenciones. Durante su estancia en Concord los visitó frecuentemente, y el reticente Mr. Walker y su parlanchina esposa lo alentaban invitándolo una y otra vez a tomar el té y a cenar.

A todo el mundo preguntaba de su Lucrecia. ¿Era una coqueta? ¿Era de carácter afable? Y en todos lados recibía las mismas respuestas, y su propio conocimiento de ella también lo satisfacía. Era delgada, de cabellos oscuros, de color subido, vivaz; el orgullo de Concord. Y, sin embargo, modesta hasta el punto de ser tímida, franca y comunicativa. Casi recién el último año de su estada en Concord, Morse se aventuró a expresarle sus sentimientos. Sabía que no lo rechazaría. Empero, se deleitó con que, en lugar de contestarle con palabras oscuras que lo hubiesen atormentado, le respondió de manera tímida pero franca que experimentaba idénticos sentimientos. Estaba dispuesta a aguardar dos o tres años. En Concord, el artista dejó su amor y también ocho retratos. Entre ellos puede haber estado el del tío de Lucrecia, Samuel Sparhawk, a quien pintó como un yanqui enfermizo y sin gracia. Pero su parecido era tan auténtico que los pobladores de Concord quedaron sorprendidos. ¡Podían conocerlo a simple vista! Eran pequeños retratos realizados en cartón de encuadernar y pintados débilmente. Tenían que estar ejecutados de esa manera, pues le habían abonado sólo quince dólares cada uno por siete de ellos, y por el octavo sólo diez, porque el dueño del retrato había conseguido que cuatro personas le encargaran trabajos al artista.

Cien dólares no era una entrada suficiente. El y Lucrecia no podían «subsistir mucho en el aire», según le recordaba buenamente su madre. Y agregaba: «Recuerda que se necesitan muchos cientos de dólares para hacer hervir la olla y para que continúe haciéndolo» ⁽⁶⁾.

De Concord se dirigió al oeste, hacia Walpole, y luego siguió por el norte de Connecticut, hasta Windsor, en las orillas del Vermont. Allí pintó seis retratos por quince dólares cada uno, uno pequeño por tres dólares y uno por alojamiento y habitación... ¡Hasta allí había llegado la fama de la belleza de Lucrecia!

Mucho antes de haber ido a Hanover, oyó el ruido de la guerra que estaba atormentando a ese pequeño pueblo. Los apoderados del Colegio Dartmouth

acababan de destituir a su presidente Wheelock. Los federalistas se pusieron de parte de los apoderados y del nuevo presidente: Francis Brown. Los demócratas apoyaron a Wheelock. La legislatura de esta tendencia aprovechó la oportunidad para intentar la reorganización del colegio privado y convertirlo en una universidad popular del Estado, con Wheelock como presidente. Una de las pocas autoridades del viejo colegio que defendió la nueva universidad fue su tesorero, el juez Woodward, cuñado de Wheelock. La transferencia de los sellos y documentos del colegio a la nueva universidad fue más tarde motivo de una famosa declaración de Daniel Webster ante la Suprema Corte, en la causa del Colegio Dartmouth.

Cuando se acercó al desdichado pueblo, escena de la lucha que dos instituciones libran por la misma propiedad y los mismos estudiantes, Morse pensó sacar provecho de la disputa. En la inmensa tela que había traído de Gran Bretaña pintaría todas las figuras envueltas en la disputa: las autoridades, los apoderados y los estudiantes; la terminaría en una semana y pediría cinco mil dólares por el trabajo. Luego regresaría al hogar en coche y avergonzaría a Sidney con sus miserables diecinueve lectores diarios de su periódico Recorder. Cinco mil dólares por semana equivalen a sesenta mil por año. En diez años, pues, ¡tendría dos millones seiscientos mil dólares! ...

Pronto se encontró en Hanover pintando modestamente retratos individuales. Habiendo aprendido a ser menos parcial que en Gran Bretaña, logró ejecutar pinturas, tanto la del juez Woodward, traidor al colegio, como, un poco más tarde, del presidente Brown, enemigo de Woodward. No pasó mucho antes de que se conformara con la perspectiva de reunir dos mil o tres mil dólares por año; lo que — pensaba— podría tolerarse, aunque la suma se hallaba bien lejos de los dos millones seiscientos mil dólares.

Hacia el mes de octubre se hallaba de vuelta en Concord, tan feliz de ver a Lucrecia como siempre. Había llegado el momento de comunicar a los padres de la muchacha su compromiso formal. Ignoraba cómo debía hacerlo. ¿Qué diría? ¿Podría dirigirse a ellos por carta? Escribió a sus padres para que lo aconsejaran, y, luego de consultar con su prometida, preparó cuidadosamente la carta:

Mañana del lunes, 14 de octubre de 1816.

Señor Charles Walker, Estimado señor:

Después de varios intentos infructuosos de vencer mi timidez de manera tal que me permitiera comunicarme con usted o con la señora Walker, acerca de un asunto de tanta importancia para usted y la familia, por fin me aventuro a hacerlo por carta; Renunciando a todo preámbulo, expresaré brevemente que en mi primera visita a Concord, conocí a su hija Lucrecia; su belleza y simplicidad de maneras atrajeron de inmediato mi atención, y, una vez que la conocí me percaté de que su carácter, educación y conocimientos eran iguales a sus atractivos personales; quedé casi inconscientemente prendado de ella; en contactos posteriores, me di cuenta que mis atenciones no eran desatendidas; y es con su consentimiento, estimado señor, que ahora le informo que nuestro afecto es mutuo, tal como usted podrá enterarse de modo indudable por sus propias palabras, si usted le pregunta a ella. Desde el comienzo de nuestro afecto creí mi deber enterar de ello a mis padres y he tenido la satisfacción de contar con su entera aprobación.

Siendo de tan reciente data mi relación con su familia, comprendo que mi carácter, educación y conocimientos sólo pueden ser conocidos parcialmente por usted; para que se informe de ellos, estimado señor, debo remitirlo a quienes me conocen y a los que recurro con la certidumbre de que sus manifestaciones serán absolutamente satisfactorias para usted y su familia. Mientras tanto, señor, le ruego el favor de permitirme visitar a su familia para continuar mis atenciones hacia su hija y asimismo darles a usted y su familia la oportunidad de que me conozcan mejor personalmente.

Aguardaré su contestación en la tienda de Mr. Thacker, con suma ansiedad.

Con mi más elevado respeto

Su más obediente y humilde servidor

Samuel F. B. Morse.

Envió la carta a mediodía y quedó esperando en suspenso. Durante la tarde, Mr. Walker le pidió que lo fuera a ver. Hacia las 17 se había retirado regocijante: «¡Todo ha salido satisfactoriamente! Alabado sea quien nos proporciona todas las buenas dádivas» ⁽⁷⁾. Sí, sus bendiciones realmente caían en abundancia sobre él, aunque

esa primavera había tenido que abandonar todas sus esperanzas de hacer carrera como pintor de temas históricos. Porque había dado muestras de poder lograr una entrada razonable, trabajando como retratista, y conquistado el amor sincero de la muchacha elegida.

Cuando regresó a su hogar, Finley se encontró con que Ward Stafford, que había sido una vez compañero de habitación de Richard, en Yale, había estado manteniendo conferencias en la sala de la casa parroquial. Jeremiah Evarts, director del *Panopolist*, y Samuel Worcester, pastor de Salem, le dijeron al comienzo al primero de los citados que las escuelas religiosas dominicales no se adaptaban para Nueva Inglaterra. El funcionamiento de escuelas de cualquier clase en el primer día de la semana parecería una profanación del domingo. Pero Stafford los convenció. En octubre de 1816, la Escuela Dominical de Charlestown, una de las primeras de Massachusetts, abrió sus puertas, con Finley como inspector y Sidney como uno de los maestros ⁽⁸⁾.

Pocas semanas después, Finley se hizo miembro de la iglesia ⁽⁹⁾, posiblemente como consecuencia de su experiencia en la escuela dominical. En años siguientes no habló de su conversión y estas circunstancias han quedado ignoradas. El doctor Morse escribió, encantado con su hijo mayor: «Finley parece estar activo en religión» ⁽¹⁰⁾. Lo mismo no podía decir en cuanto a Richard, aunque estaba estudiando para ser Ministro de la iglesia; ni tampoco de Sidney, pese a que dirigía un periódico religioso. Los hermanos menores estaban muy intranquilos por sus almas; cavilaban sobre lo que significaría adelantarse a la comunión; trataban acerca de su impureza. Finley simplemente había considerado, orado y se había adelantado.

Su conversión no fue fría. Su experiencia lo había convencido de que no amaría enteramente a Lucrecia hasta que le inculcara la necesidad de realizar un cambio similar. En enero, la muchacha fue a Charlestown para conocer a la familia de Morse. Allí la instó a que se diera cuenta de su «falsa paz». La rutina cotidiana del examen de conciencia sería de ayuda; él lo había comprobado. «Escribe tus pensamientos en una hoja de papel —le dijo a la muchacha—, para poner frente a ti hasta los más secretos. Formúlate preguntas como éstas:

«¿Qué he hecho hoy?»

«¿No he tenido tal o cual pensamiento?»

«¿Cómo he rezado?; ¿he pedido sinceramente ciertos favores divinos o ha existido un deseo secreto de que algunos de ellos no se realicen?»

«¿Me siento agobiada por el pecado o recé como los hipócritas fariseos?»

«¿He recibido hoy favores divinos por los cuales no me he sentido agradecida?»

El examen de conciencia lo consideraba la única seguridad; pero Lucrecia, como Richard y Sidney, estaba atormentada por él. Después de varias semanas pasadas en Charlestown, bajo la dirección de Finley y su padre, la muchacha de diecisiete años llegó a enterarse de lo depravado de su alma. Se impuso de que lo que ella había juzgado inocente hasta entonces ahora parecía pecaminoso. La muchacha se hallaba acongojada, casi agonizante.

Finley enteróse de sus sufrimientos, pero, no obstante, su amor exigía que le proporcionara el dolor de esa experiencia. Desde Portsmouth le escribió a su prometida:

«Podría halagarte, querida, como algunos lo hacen; podría decirte que tu carácter afable y tu correcto proceder te congraciarían con Dios; que sólo necesitas continuar tal como hasta ahora, viviendo con decoro, siendo caritativa y nada tendrías que temer. Así, pues, te engañaría y tú podrías amarme más sinceramente; pero piensa, querida, en el papel que yo haría; podría ver a quien amo tan tiernamente descansando sobre una base tan falsa (lo cual, si cumplo con mi deber, debiera ser rechazado) y podría vivir con ella durante toda la vida, y cuando la muerte nos separara, saber por una verdad tremenda, que si yo me salvo, nos separaríamos para siempre. ¿Podría amarte, querida, si fuera capaz de proceder así?»⁽¹¹⁾.

Los métodos para salvar el alma eran tema de conversaciones acaloradas en las sobremesas en Boston durante esos días, pues la controversia unitaria estaba en todo su apogeo. Iglesia tras iglesia abandonaba a los trinitarios congregacionalistas por los nuevos unitarios congregacionalistas. En Charlestown, puesto que los liberales no podían obtener el favor absoluto de toda la iglesia, renunciaron a ella para formar una propia. El doctor Morse se convenció a sí mismo de que la

purificación sería saludable. Pero no resultaba fácil abandonar a los viejos amigos. Hasta la familia del médico renunció. Y Miss Russell, la bondadosa madrina que durante años ya pasados había llenado los bolsillos de Finley con dulces y frutas, también lo hizo. Resultaba alentador para el doctor Morse, en ese momento de prueba, que Finley fuera de pensamiento «serio». Porque, si se inclinaba al *jeffersonismo*, por lo menos había sido respetuoso en cuanto a no seguir al presidente de los Estados Unidos en la herejía unitaria.

Durante el invierno, el artista pintaba a menudo en Portsmouth. Lucrecia tenía muchas amigas allí, pues su madre procedía de dicho punto. Por desgracia, algunos de los Pickering eran unitarios y, por lo tanto, afectos al cotillón y a las partidas de naipes. Y, peor aún, uno de ellos, el esposo de la tía de la muchacha, era Nathan Parker, Ministro religioso que trataba de lograr adeptos unitarios. Morse se esforzó por marchar en buenos términos tanto con éste como con Putnam, el pastor ortodoxo amigo de su padre. Pero se encontró con que ambos no marchaban lo suficientemente bien juntos como para responder a su pedido vehemente de instalar un colegio dominical.

Como pintor, si no como teólogo, podía aún comprender tanto a los unitarios como a los congregacionalistas. En Portsmouth pintó retratos del «tío» Parker y del profesor Pearson, vigoroso gestor de las instituciones ortodoxas de Andover. El cuadro de éste poseía un vigor notable. Un rostro rubicundo y un fondo rojo difuso proporcionaban un colorido abundante; la cabeza maciza, los ojos hundidos, la nariz larga y recta, el gesto atrevido de la boca, suavizado con una expresión de bondadosa comprensión, eran suficientes para imprimir a la tela un interés irresistible. Mientras esta pintura de estilo enérgico hacía contraste con la de Parker, que era de rasgos tenues; mientras que el efecto de una dependía de la fuerza de su composición, el de la otra estribaba en la riqueza de su colorido y en la habilidad y delicadeza de su diseño, pues Parker era joven y melancólico. El pintor comprendía la psicología de ambos, tanto el carácter dinámico de Pearson, como el del diminuto Parker, y a ambos les dio la interpretación que correspondía.

Pronto llegó a creer que la preocupación por el alma de los hombres era más fundamental para su naturaleza que la simple pintura de sus rostros. Desde su casa le escribió una vez a su prometida:

«Ansío verte, querida; tengo... algo que comunicarte de gran importancia, pues se refiere a nuestras perspectivas futuras; es nada menos que una oportunidad en mi profesión, para la Divinidad; por ahora no deseo comunicártela, querida; se trata de un tema que requiere las mayores deliberaciones y concienzuda búsqueda de los designios divinos; todos mis amigos más sensatos, entre ellos muchos de los principales teólogos del país, los profesores de Andover, etcétera, me aconsejan que acepte; espero ser dirigido de arriba».

Desde ese momento y durante treinta años, la vida de Morse iba a ser la búsqueda de una carrera.

Como si para Lucrecia no hubiese sido suficiente enterarse de que iba a ser la esposa de un Ministro de la iglesia, continuó leyendo la carta y percatóse de que se casaría con un Ministro episcopal.

«Estudiaré —le decía su futuro marido— probablemente en Andover un año y el resto en el Colegio Episcopal que acaba de inaugurarse en Nueva York. Varias son las razones, querida, para ser clérigo episcopal (debo decidir sobre la divinidad) y te las expondré cuando te vea» ⁽¹²⁾.

Su viraje hacia esa tendencia religiosa fue facilitado por su asistencia frecuente a los servicios anglicanos, en Gran Bretaña; por su contacto con los Allston, que habían entrado a una congregación de la religión oficial inglesa, y por su amistad con Samuel Jarvis, uno de los fundadores del nuevo Seminario Teológico General Episcopal, de Nueva York. Según le dijo a Lucrecia, todos sus amigos lo alentaban hacia esa profesión. En la confusión que a la sazón existía en cuanto el congregacionalismo, algunos miraban con envidia el método de una iglesia jerárquica. Sin embargo, para uno que se tildaba de *jeffersoniano* y que iba a convertirse en un acérrimo anticatólico, la facilidad para saltar de una iglesia congregacionalista a una de política jerárquica era significativa.

La tendencia entre los líderes del pensamiento de Nueva Inglaterra, de la generación de nuestro hombre, se inclinaba más bien hacia el unitarismo que hacia la iglesia episcopal. Con la disciplina del viejo calvinismo todavía flotando en sus

espíritus, y la alegre libertad de la nueva fe que les abría los ojos, Parker, Emerson, Thoreau, Fuller y Channing se introdujeron en la época clásica de Nueva Inglaterra. Si el artista de Charlestown hubiese sido influenciado por esta tendencia, en años posteriores podría haberse contado en los movimientos políticos más progresistas que el nativismo y la defensa de la esclavitud. Tal como era, pudo romper más fácilmente con sus padres en política y en la forma de la religión que en las doctrinas.

Cierto día, el profesor Spring se encontró con Richard en el patio del Seminario de Andover y, con lo que éste llamó «uno de sus ¡ah, ah!», observó:

—¡Ca!, he oído decir que el pintor piensa ser Ministro.

El profesor, con bastante poco tino, le recordó a su interlocutor la fama de inconstante que tenía su hermano ⁽¹³⁾.

No ha quedado registrado si el profesor Spring tuvo más de un «¡ah, ah!» por la tentativa que el artista hizo en materia de arquitectura. Con su audacia característica, Finley determinó, en el que fue probablemente su primer concurso de arquitectura, competir con el propio Charles Bulfinch en el trazado del plano de un edificio para el seminario en Andover. Bulfinch lo ganó. Pero el pintor no se sintió satisfecho con extenderse solamente hasta la arquitectura y la teología. Durante los mismos seis meses creó la «bomba Morse».

Desde marzo ⁽¹⁴⁾, Sidney y Finley habían pasado sus noches en Charlestown probando pequeños modelos de lo que ellos llamaron de manera jocosa «Bomba de válvulas, patentada, metálica, de dos bocas, secadora de océanos y sembradora de diluvios» ⁽¹⁵⁾. Era un intento de perfeccionamiento de la bomba impelente, que sería de utilidad para los barcos, para incendios o fuelles de herreros. Cuando sus amigos la vieron en el patio de la casa parroquial, probada con la bomba de la señora de Morse, juzgaron la idea vendible y adaptable para abaratar las bombas de incendio, de mano. Aunque primeramente sólo habían solicitado la patente en los Estados Unidos, pronto los hermanos comenzaron a soñar con las ganancias que podrían obtener en Europa. Se pusieron de acuerdo para reservar tales derechos para la madre. El doctor Morse encargóse de escribir a Londres, a Bromfield y a un amigo que se hallaba en París, para ofrecerles que sirvieran de agentes para la

consecución de las patentes europeas ⁽¹⁶⁾. Lo mismo que el *Recorder* y la geografía, la bomba fue una empresa común de la familia.

El invento era producto de la colaboración de «la liebre» y «la tortuga». Siempre se referían a él como «nuestro invento», de modo que la patente norteamericana fue extendida a nombre de ambos ⁽¹⁷⁾. Probablemente el que jugó el papel más importante en el diseño y en el perfeccionamiento de la máquina fue Sidney; pero estaba claro que la labor especial de su hermano fue la de hacer los dibujos que se emplearon para las solicitudes de patentes, y además, se iba a mostrar aún más activo en gestionar las ventas. Se les había prometido que si el aparato resultaba, desde Andover, Hanover y Concord les enviarían órdenes de compra.

Los hermanos lograron hallar un capitalista que les adelantó alrededor de cinco mil dólares, a quien tendrían que abonarle el tercio de las ganancias que produjeran las ventas. Pero sólo una aplicación de la bomba obtuvo grandes ventas. Al verano siguiente, la «pequeña máquina para calles y jardines» se vendió tan rápidamente a veinte dólares que los mecánicos apenas podían dar abasto a la demanda. Pero al capitalista de las bombas de incendio se le pagó tan sólo doscientos dólares del dinero que había adelantado; precio pagado por la que probablemente fue la única máquina que se vendió, una remitida a Concord.

Mientras tenía aún esperanzas de lucrar con ese invento, Finley le escribió a Lucrecia: «*Es indudable que a los inventores nos cuesta ganar el dinero. Me parece que no aceptaré los vejámenes, las dilaciones y las contrariedades, por los que he pasado, para duplicar lo que he pensado obtener de ellas*» ⁽¹⁸⁾. Los experimentos relacionados con la bomba y con los diseños de barcos a vapor le proporcionaron suavemente, el requisito necesario para el inventor: la paciencia, cosa que, por naturaleza, no poseía.

Cierto día, en el mes de setiembre, cuando el año de seminario estaba por comenzar, mantuvo con sus padres y amigos una larga conversación sobre su futuro. Luego le escribió a su prometida: «Han llegado a la conclusión de que teniendo en cuenta mi disposición de espíritu, que nunca fue la de un estudiante, y el tiempo que he pasado practicando en mi profesión actual, que se lo considera suficiente, no sólo para que me proporcione lo necesario para vivir, sino también para convertirme en un hombre de fortuna, y, de tal modo, permitirme hacer bien

en ese sentido, y, asimismo, considerando que durante los siete u ocho años últimos he adquirido maneras de vida en una profesión absolutamente diferente y que son la antítesis de las que debería adquirir si estudiara teología; digo, considerando estos hechos y muchos otros, han llegado a la conclusión de que no es mi deber cambiar de profesión».

Las personas dotadas de capacidad para muchas actividades siempre hallan dificultad en decidirse por una. Pero a nuestro hombre le resultó doblemente arduo debido a que sabía que muchos de sus amigos no habían olvidado todavía su fama de inconstante. «Sin embargo, querida —le urgía a Lucrecia—, no digas que no voy a estudiar Teología, ni siquiera a tus amigos más íntimos, porque todavía tengo la intención de considerar esta posibilidad; deseo que digas a este respecto que estoy muy indeciso en cuanto a seguir o no mi profesión; que no voy a ingresar en la Institución de Andover este año; que probablemente pase el invierno en Charleston (Carolina del Sur) o en algún punto del sur; y que es tu opinión que continuaré probablemente en mi profesión. Di esto, querida, o se pensará que soy el ser más inconstante del mundo y ciertamente mi conciencia me acusa constantemente de algo así; es realmente cierto que a menudo soy demasiado precipitado, demasiado confiado y demasiado -categórico cuando pienso en algún nuevo plan».

Conocía perfectamente sus debilidades. Pero su conciencia de ellas no le podía restar su fe en el invento. «Vamos a probar nuestra Nueva Máquina, que responde a todas las esperanzas —agregó; la tenemos en nuestro establo» ⁽¹⁸⁾.

Los escasos encargos de pinturas le habían dado tiempo para pensar en la teología, en la arquitectura y en la invención. Estas dos últimas habían sido dejadas de lado, y ahora los pocos pedidos de bombas le dieron tiempo para considerar el estado de su carrera profesional. ¿Por cuánto tiempo se contentaría con cobrar quince dólares por cada retrato?

Cuando recién había regresado de Europa abrigaba la esperanza de retornar al Viejo Mundo, después de una corta permanencia en su patria, para completar sus estudios. Sin embargo, no había tenido el éxito suficiente en el campo de la pintura, como para poder satisfacer ese deseo. Había trazado descabellados planes de dirigirse a las Indias Occidentales, a Haití, para lograr fáciles ganancias. Pero también los había abandonado. Sin embargo, continuó con la idea razonable de

emigrar al sur del país, para estar entre quienes aceptaban las bellas artes como una contribución al arte de la vida.

Tal vez existían más relaciones familiares entre los austeros clérigos y educadores de Nueva Inglaterra; pero menudeaban no poco entre la aristocracia de Carolina del Sur. Porque unos años antes el doctor Morse había sido pastor, durante un breve lapso, en Midway, en el Estado de Georgia. Mientras tanto, los muchachos estaban en el colegio, y para restablecer su salud, él y su esposa habían pasado el invierno en Charlestown. Durante la estada allí fueron atendidos por el mayor general C. C. Pinckney, de Pinckney Island; el doctor Lemuel Kollock, de Savannah, y los Legarés, de la Johns Island, vinculándose asimismo con el médico de Beaufort, doctor James E. B. Finley, tío de la señora de Morse.

El doctor Finley vivía ahora en Charleston. Su familia mantenía correspondencia nutrida con los Morse. En 1816 Finley había sido invitado a trasladarse a Carolina, para ejercer su profesión y vivir con los Legarés. Algunas de las amistades en ese Estado norteamericano, de su profesor Allston, habían vivido en Boston y habíanse reunido con Morse. Y una de ellas, John Ashe Allston, le hizo pensar que el sur sería un sitio generoso para el desarrollo de sus actividades. En el otoño de 1817 Morse escribió al doctor Finley para pedirle consejo en cuanto al viaje de su hijo, siendo alentado para que pasara el invierno en Charleston.

Hasta el momento de su viaje lo absorbieron infinidad de deberes. Al partir le escribió a Lucrecia: «De todo se ha agolpado a mi alrededor: retratos y máquinas, bombas y fuelles, y varios modelos de diversas cosas, la escritura de cartas, las visitas y los preparativos para viajar por mar y por tierra» ⁽²⁰⁾. Mientras viajaba hacia la zona meridional de su país, la bomba logró superioridad. En New Haven le mostró un modelo de ella a sus ex profesores Benjamín Silliman y Jeremiah Day — este último sucesor de Dwight en el cargo de presidente de Yale—, y al nuevo catedrático Eli Whitney. Silliman la exhibió en una de sus clases; el presidente de la mencionada institución educacional escribió una carta de recomendación, en la que expresaba que unía «la simplicidad de su construcción a la eficaz seguridad contra el desgaste producido por el roce», y Whitney, ya famoso por su desmotadora de algodón, redactó una prudente nota aprobándola ⁽²¹⁾.

Tanto en New Haven como en Nueva York, Finley trató de hallar un agente para su bomba, lográndolo en la «ciudad de los rascacielos», mas no en la otra. Todo este asunto pronto lo fastidió, pues pocos eran los beneficios, y las dificultades muchas. Sin embargo, hubiera continuado con él, de haber podido subordinarlo a su arte. En el momento en que llegó a Nueva York, tenía la impresión de que de todas las actividades en las que sabía que podría triunfar, la pintura sería la que le permitiría independencia.

Capítulo 6

Inviernos en el sur

Lleno de expectativa, se instaló en casa del tío Finley, en la calle King, cerca de Battery, rodeada por las viviendas de los principales hacendados, abogados y comerciantes de Carolina, a muchos de los cuales fue gustosamente presentado por los parientes de su esposa.

Pueden haberle agradado el calor benigno del verano sureño, que era por demás agradable; la exuberancia de las enredaderas y los árboles, colgando sobre las paredes de los jardines; el limpio campanario de San Miguel, que siempre se destacaba por sobre la ciudad, o el andar balanceado de los negros. Pero nadie llegaba para encargarle un retrato. Los pobladores de Charleston, que figuran entre los que más protegen al arte en los Estados Unidos, aguardaban que demostrara pruebas de su habilidad antes de encomendarse a sus pinceles. Los días se dilataban de manera aburridora. ¿Durante cuánto tiempo podría aguardar? Habiendo perdido su confianza en la protección generosa de los sudistas, pudo haber resuelto, en su desesperación, como refiere su amigo Dunlap ⁽¹⁾, pintar un retrato del doctor Finley en homenaje a su hospitalidad, y ausentarse para su hogar. Si ésa fue su intención, la ocultó a Lucrecia y a sus padres.

Sea que el rápido cambio en sus asuntos resultó o no de la exhibición de su retrato del tío Finley, lo cierto es que antes de finalizar su tercera semana de permanencia en la cálida ciudad meridional, la constante afluencia de pedidos para que ejecutara retratos lo llevó a decisiones impetuosas. Le escribió a su prometida, diciéndole que

el próximo otoño la llevaría a Charleston, luego de casarse. Ella consintió, con una condición, que denunciaba la comprensión que tenía de su novio: si es que en esa época «no has trazado otro plan» ⁽²⁾.

Hacendados, comerciantes, jueces, clérigos y generales se dirigían al joven yanqui para encargarle retratos. En menos de dos meses había registrado en sus libros ochenta pedidos, ¡muchos de ellos a sesenta, setenta y ochenta dólares cada uno! ¡Una magnífica ventaja sobre los mezquinos quince dólares de sus compatriotas de Nueva Inglaterra! Calculando que podía ganar mil dólares por mes, según esa escala de precios, mientras que el negocio incierto de las bombas requería «una persona de educación por completo diferente de la mía», se dedicó decididamente a pintar retratos de los miembros de las mejores familias de Carolina, que, según parece, se congregaban en su estudio de la calle King, sobre el negocio de Mr. Aubin ⁽³⁾.



Figura 6. LUCRECIA PICKERING WALKER. Esposa del artista, que dijo de ella: ¡Su belleza y la simplicidad de sus maneras, atrajeron desde el principio mi atención!— (Obra de Morse). (Cortesía de Herbert L. Pratt).

John Ashe Allston, de Georgetown^{xix}, que poseía cuadros de West y Vanderlyn, y sabía perfectamente lo que era una buena obra, le ofreció doscientos dólares por un retrato de tamaño natural de su hija Sarah. El general C. C. Pinckney propúsole que ejecutara uno de su hermano, el general Thomas Pinckney, por la suma de trescientos. El coronel William Drayton le pidió que pintara el suyo, por igual cantidad. Un yanqui se había puesto de moda en la metrópoli sudista.

Si terminó cincuenta y tres retratos antes de aprontarse para marchar a su hogar, en mayo, tal como lo había asegurado, debe de haber pintado, sin duda, bastante

^{xix} Ciudad de 17.500 habitantes, de los cuales 15.500 eran esclavos, según escribió Finley a su padre, para que incluyera el dato en el diccionario geográfico.

aprisa ⁽⁴⁾. Aun así, su alto nivel de calidad, en cuanto al parecido que registraban con sus modelos, la comprensión de ellos y su técnica directa, indican que su labor se acercaba a la madurez.

Con esquemas de retratos para completar y una billetera con más de tres mil dólares, regresó al norte para pasar allí el verano. Un año antes, el contar con dinero hubiera significado su regreso a Europa. Ahora se encaminaba a su hogar a prepararse para la boda.

Desde Charlestown la abrumaba a Lucrecia con preguntas. ¿No se podía preparar lo mismo en Charlestown que en Concord? ¿Qué le asignaría el padre como dote? (a esto se referían en sus cartas como «una pregunta sobre cierto asunto»). ¿Iban a ir los padres a Concord para la boda? ¿Se realizaría ésta a la mañana o a la tarde? ¿Adónde irían ese día? «¿A qué distancia se halla Amherst, querida? (no te rías ahora); tú me prometiste informarme acerca del camino, las posadas, etcétera, etcétera» ⁽⁵⁾. A medida que se acercaba el 1 de octubre —día fijado para la boda—, las respuestas de ella eran más cariñosas y a menudo engorrosamente evasivas.

Por intermedio de Lucrecia, Morse enteróse del ridículo fracaso de las bombas. En abril, Concord había adquirido, por intermedio de Mr. Sparhawk, una bomba para incendio, que los diarios del pueblo describían como «un nuevo invento de Mr. Morse ..., obtenida a casi la mitad del precio normal, es decir, de ciento cincuenta a doscientos dólares. Requiere menos trabajo manual y lanza el agua a una distancia tan grande y en cantidades semejantes a las comunes» ⁽⁶⁾. Cuando llegó la máquina, fue probada en el patio de la casa de Mr. Sparhawk, y no echó ni una gota de agua. Lucrecia oyó los sarcasmos que decían los espectadores y, creyendo que Finley se «divertiría un poco» con ello, le escribió diciéndole que un hombre había dicho lo siguiente: «Sería mejor que Mr. Morse se concretara a sus pinceles, entonces haría cosas lo suficientemente buenas» ⁽⁷⁾. Algunos meses más tarde, en una libreta de notas de la familia apareció una anotación que rezaba: «La máquina ha sido devuelta de Concord» ⁽⁸⁾.

El 2 de setiembre, el joven yanqui calculaba que cruzaría el puente en dirección a Boston, para recibir el correo del martes, de Concord, dos o tres veces más solamente. «Cuento los días con impaciencia —escribió--, veintiocho días desde hoy... Bueno, querida, el 10 del actual le hablaré al secretario del ayuntamiento

para que publique las amonestaciones del casamiento de Samuel F. B. Morse, de Charlestown, con Lucrada Pickering Walker, de Concord (New Hampshire). ¿Qué dice la dama?; ¿está dispuesta?, ¿no hay temores?, ¿no desearía un tiempo más para decidir si ama al caballero que suscribe? En cuanto al caballero, creo que ha decidido apropiarse de ella «para mejor o para peor», y correr el riesgo de que ella sea pendenciera, dispuesta a regañarlo, colérica o algo por el estilo. Desearía saber la opinión de la dama» ⁽⁹⁾.

Su respuesta se hizo esperar. Cuando pasaron dos semanas sin saber nada de ella, el artista se sintió atormentado. No podía pintar. Pero trataba de disculparla, pensando que su silencio obedecía a un error del correo. Mas llegaba otro correo y tampoco recibía carta. Entonces sólo podía pensar que estaba enferma. Durante casi tres semanas guardó silencio. Todos sus planes para fin de mes cayeron, pues, en la confusión. Y luego, por fin llegó el suave toque a su herida:

«¿De modo que el próximo domingo se leerán las amonestaciones a Mr. Samuel F. B. Morse y tú deseas saber si la dama ha decidido si ama al caballero citado? Extraña pregunta, puesto que sabes que la dama lo ha decidido hace dos años y desde entonces lo ama; pero, ¿cómo es que ese caballero puede fría y deliberadamente correr el riesgo de que ella sea pendenciera o colérica y de tal manera, pues, sea atormentado y molestado, y tenga el consuelo de reflexionar que esa unión ha sido realizada para toda la vida?; joh, querido!, si pienso que alguna vez pudiera ser tal tormento para ti, querido Finley, me estremecería al pensar en ello y no desearía que tu felicidad se depositara a mi custodia» ⁽¹⁰⁾.

La novia le había contestado un poco tarde y la carta había sido demorada en la entrega.

Cerca de dos años después de haber enviado su primera carta a Miss Walker, en Concord, envió su última:

Charlestown, setiembre 16 de 1918.

Miércoles por la mañana.

Queridísima Lucrecia:

Acaban de entregarme tu carta, que había sido demorada por el correo; te agradezco por la prontitud, querida, y a mi vez comienzo casi a lamentar por la carta que te escribí la semana pasada, puesto que ha causado a mi querida Lucrecia, tanta tristeza...

El proyecto que sometes a mi juicio de casarnos por la mañana, queridísima, te percatarás, es al que yo estaba más inclinado en mi última carta, y sólo mencioné el otro, para que tú consideraras, me agrada que hayas decidido por el que tú tenías; estaré contigo, querida, probablemente a fines de la próxima semana, piensa sólo, querida, en qué tiempo tan breve; ¿estarás realmente contenta de verme, amor, cuando compruebes que tu Finley va a «censurarte»? Tú sabes, querida, que te ama, y temo que de manera demasiado vehemente para su tranquilidad; si no amara a su Lucrecia, no se habría sentido tan intranquilo al no saber nada de ella; De modo, pues, que consientes en que nos casemos el 19 de octubre dices que tu padre deberá ir a Ph (Portsmouth) ese día, como la ceremonia tendrá lugar a la mañana temprano no le impedirá su viaje; porque tendremos que partir temprano para poder llegar a tiempo a Amherst; (no digas a nadie querida la ruta que tomaremos) ...

No me has dicho en tu carta querida si tu padre recibió mi carta enviada por el mismo correo con el último pedido de que hablara sin demora al secretario del ayuntamiento de Concord para publicarnos allí; ¿había tiempo? El próximo lunes obtendré aquí el certificado.

Piensa sólo, queridísima, en que tu próxima carta será la última, como L. P. W. Esta W tendrá que darse vuelta en esta forma (M.) y ésta también es probable que sea la última a Miss Walker; ¿puedes concebir esto? Casarse, querida, es un acontecimiento alegre y sin embargo solemne, no puedo dejar de sentir una alegría, y podemos sentirla legítimamente; nuestro bendito Salvador honrará con su presencia una cena de bodas, y por lo tanto protegerá nuestras alegrías en esa ocasión.

Querida, que tu carta sea larga, y dime todo lo que tengas que expresarme antes de verme; y ahora ¿cómo voy a terminar mi propia carta sino asegurándote querida muchacha que el amor de tu Finley no ha disminuido, y

que éste pronto le dará pruebas del mismo cuando la tome en sus brazos como su querida compañera y esposa para toda la vida? ... Recuerda que tu Finley te ama tan ardientemente como siempre, si no más. Créeme querida Lucrecia,

Tuyo hasta que la muerte nos separe como dice el proverbio.

Finley .

PD. Irá a C.—d en birlocho probablemente el sábado, nos casaremos el miércoles o jueves para ir a Amherst el lunes, pasaremos la noche, luego viajaremos lentamente a Stafford Springs, nos detendremos allí un poco, luego acaso volvamos a Concord, y más tarde a nuestro hogar ⁽¹¹⁾.

Ambos escribían en hojas de tamaño oficio, pero sus letras no eran parecidas. La de él era firme, precisa, rápida, de un estilo de persona que está acostumbrada a manejar sus manos en la tela o en el caballete del dibujo. La de ella, descuidada, corrida.

Concord, setiembre 21 de 1818.

Mañana del lunes.

Queridísimo Finley:

He decidido sentarme y contestar tu última y cariñosa carta antes de ocuparme en algunos de los deberes del día que me esperan para que no ocurra algo que me lo impida, y sabiendo demasiado bien lo desagradable que sería para mi querido y cariñoso Finley si no puede tener noticias de su Lucrecia y sus importantes e interesantes angustias. Querido, no pude descansar hasta que cumplí con mi deber hacia ti.

Recibí tu última el viernes a la noche, y hubiese deseado decirte el placer que proporcionó a tu Lucrecia, y no pude dejar de besarla repetidas veces, por amor a la persona querida que la escribió. En mi alegría había olvidado por completo que mi querido Finley me había acusado tan liberalmente como lo hizo en su última carta, y sólo pude sentirme feliz de que el momento de reunirnos se hallaba tan cerca...

Mi padre recibió tus líneas, y tus deseos fueron cumplidos de inmediato, y al siguiente domingo tu nombre junto con los de los doctores Chadbourne y

Long y de no recuerdo qué otras personas fueron mencionados. Mary desea que te diga que el doctor Mc Farland ha suprimido la palabra «obediencia» en la ceremonia matrimonial, oh, de paso Charles nos reprocha muchísimo por casarnos de mañana...

Querido, debes regresar ciertamente de Springs por el camino de Concord, ¿no podrás? Bueno, queridísimo debo terminar, todos mis amigos se unen a mí en un recuerdo cariñoso de ti y los tuyos, por falta de tiempo he dejado muchas cosas por decir, nuevamente te aseguro mi cariño más vehemente, lo que estoy segura no dejaron de existir después de que haya perdido el nombre de Walker.

Esperando el momento feliz de abrazarte pronto me despido

Tuya con creciente cariño querido Finley

Lucrecia Pickering Walker ⁽¹²⁾

La fecha de la boda fue adelantada al martes 29 de setiembre ⁽¹³⁾. A pedido de los Walker, los padres del novio no asistieron, pues en otra oportunidad podrían ser atendidos de manera más conveniente. A la mañana temprano, en la sala que miraba al norte del hogar de los Walker, el pastor Mc Farland bendijo la boda.

Lucrecia era la segunda Walker de Concord que iba a ser esposa de un hombre cuyo nombre se divulgaría como inventor. La primera había sido la esposa de Benjamín Thompson, que más tarde se hizo famoso como conde Rumford.

Hacia las nueve, los novios iban en un birlocho, rumbo a Amherst (New Hampshire). Los caminos estaban en malas condiciones, pero a la noche ya habían logrado recorrer cincuenta y cinco kilómetros; al día siguiente se zarandeaban por el camino, rocoso hacia arriba y hacia abajo de la colina, que llevaba a lo largo del valle Souhegan, a través de Wilton, en camino a New Ipswich, cerca de la línea de Massachusetts. Habían tratado de continuar hacia Massachusetts, pero oyeron decir que los caminos eran confusos y que no había posadas a lo largo de la ruta, de modo que al tercer día regresaron, llegando a Concord al cuarto. Permanecieron varias semanas allí y en Charlestown, y el 12 de noviembre se embarcaban en Nueva York.

El viaje terminó pronto. La goleta pasó entre Fort Moultrie y la James Island y atracó en Charleston. Mientras la tripulación comenzó a descargar los barriles de ron, cerveza, sidra, carne, harina y arenque, Morse y su esposa bajaron al muelle. Pronto encontraron a los Finley y atendiendo a sus consejos solícitos, se instalaron en la casa de pensión de la señora de Munro, de la calle Church, en la que pagaban diez dólares por semana. La casa fue para ellos tan hogar como el que siempre tuvieron.

Muy pronto fueron colmados de atenciones por la hospitalaria gente de Charleston. Los Legarés los invitaron a cenar, la excéntrica señora de Yates convidó a Lucrecia a hacer una cabalgata y la señora de Keith escribió a la familia de Morse diciéndole que la esposa del pintor era *«una mujercita encantadora y todos los que se han hecho amigos de ella se sienten muy agradados con sus maneras. Estoy encantada de que le agrade Charleston — y particularmente porque vuestro hijo pronto tendrá que estar mucho más aquí, teniendo un trabajo tan continuado»* ⁽¹⁴⁾.

Lucrecia se vestía bien; notablemente bien, aun para Charleston. Aunque, como decía Finley, todos sus vestidos habían sido hechos «en Boston, bajo la dirección de la madre», su hermano Richard, que ahora estaba enseñando en Savannah, opinaba que su «trousseau» denunciaba extravagancia y ostentación ⁽¹⁵⁾. Finley, al oír tales palabras, se sintió sorprendido y posiblemente no poco agradado. En cierta ocasión, en que ella estaba sentada tomando el té, Morse fue de pronto sorprendido por su pose ⁽¹⁶⁾ y le hizo un dibujo a «crayón». Vestía una muselina mullida, con mangas sueltas tomadas con cintas en los hombros y en los codos. De la mano derecha le colgaba un abanico. Sus facciones eran regulares y amable su expresión, y la ligera inclinación de su cabeza y la fuerza de sus dedos, sugerían un delicioso y animado reposo. Parecía estar contenta y Finley creía que lo estaba, pues escribió a su hogar lo siguiente: «Se ha puesto más corpulenta y robusta, y nos hallamos tan felices uno con otro como posiblemente lo desean ustedes» ⁽¹⁷⁾.

Cuando Finley dejaba a Lucrecia por la mañana, sólo tenía que caminar por la calle Church una corta distancia y por la callejuela de San Miguel para su estudio. Su domicilio era en la calle Broad, pero las ventanas y la entrada privada daban a la callejuela, a la sombra del campanario de San Miguel.

Con mayor frecuencia que antes le encargaban retratos. Poco después de su llegada elevó su precio, del mínimo de sesenta dólares a ochenta, y asimismo lo buscaban las personas interesadas. A fines de enero pronosticó que tendría que volver nuevamente el próximo invierno, para cumplir con los compromisos pendientes. Hacia fines de febrero declaró que todavía hallaría mucho trabajo si pasaba en Charleston cinco o seis inviernos más. A comienzos de ese mes registró encargos por valor de tres mil dólares, desde su llegada; un mes más tarde, tal suma elevóse a cuatro mil doscientos noventa y cinco. Esa fue la temporada que justificó sus manifestaciones posteriores en el sentido de que un año pasado en la ciudad sureña le había proporcionado una ganancia neta de nueve mil dólares.

Poco después recibió por vez primera el apoyo del gobierno. Cuando el presidente Monroe anunció que pasaría por la ciudad en la primera gira presidencial a través del país, después de la de Washington, el ayuntamiento votó unánimemente la suma de setecientos cincuenta dólares para que Morse pintara su retrato ⁽¹⁸⁾.

En abril, cuando el presidente se hallaba en la ciudad asistiendo a los bailes, representaciones teatrales, fuegos artificiales y desfiles militares que se organizaban en su honor, el Concejo le pidió que posara. El primer mandatario se rehusó alegando falta de tiempo, pero el artista mantuvo con él una larga entrevista, en el transcurso de la cual le sugirió que posara en Washington, en el otoño.

¡El deleite del trabajo! Sus días errantes parecían desaparecidos para siempre. En sus momentos de éxito estaba enterado de otros artistas menos afortunados. Opinaba que su notable triunfo había atraído a la ciudad de Carolina del Sur a tres artistas neoyorquinos ⁽¹⁹⁾. Consideraba al pintor bostoniano Alvan Fisher talentoso y digno de apoyo, e invitó tantas veces a su cuarto al escultor, pintor y abogado John S. Cogdell, que éste exigió pagar a medias el alquiler del mismo.

Hacia el mes de junio, quedándole aún varias órdenes sin cumplir, los Morse partieron para el norte. Lucrecia esperaba un niño.

Ese verano, Charlestown se hallaba en general muy poco animado. Cuando se había instalado, se le había advertido al doctor Morse que sólo mediante la moderación podría terminar con la insolencia de la congregación. Pero el padre del artista no era el hombre indicado para esa labor. Su voz y sus maneras amables lo hacían apto para llevar la paz al seno de la feligresía, pero la controversia era propia de su

carácter. No se callaría por más impopular que lo hiciera su federalismo y su inclinación hacia los que defendían las normas ortodoxas. Cuando el presidente Dwight visitó a Charlestown, en 1796, observó que «la desunión quita mucho del placer de la vida, que de otro modo podría hallarse en un sitio tan encantador» ⁽²⁰⁾. Ese año las disputas dentro del seno de la iglesia habían ocasionado la demora del pago del sueldo del pastor y éste amenazó con renunciar a su cargo, amenaza que reiteró en 1803. Al año siguiente, los feligreses se negaron a abonar sus contribuciones, salvo que se los obligara por medio de la ley. Con el movimiento que surgió para no contribuir con las cuotas de apoyo a las iglesias, y hacia la teología liberal, el descontento creció, mientras que, debido al establecimiento de una sociedad unitaria en el pueblo, la iglesia perdió a sus miembros más prominentes y adinerados: Russell, Hurd, Gorham y Bartlett.

El doctor Morse recordó muy bien la profecía de uno de sus profesores de Yale, cuando enteróse de que sería Ministro de la iglesia. «Al comienzo la gente lo mimará —le había dicho el profesor—; le dirán: «Pobre gatito, pobre gatito». Luego se enfriarán y sólo dirán: «Gato, gato». Y, por fin, musitarán: «¡Zape!» ⁽²¹⁾.

Los descontentos que permanecieron en la iglesia se consagraron, como decía la señora de Morse, a «buscar todo lo malo» en su pastor ⁽²²⁾. En el invierno de 1819, veinticinco miembros firmaron un pedido para que renunciara el doctor Morse. Entre otras cosas, se quejaban de que el pastor dedicaba demasiado tiempo a sus geografías. ¡Nuevamente fue condenado un Morse por su versatilidad!

Las noticias no sorprendieron a Finley. Desde el sur había escrito a su padre:

«Es lo que podía esperarse de la gente de C (harlestown) ... No puedo dejar de desear que nada pueda ocurrir para detenerte más tiempo en ese nido de víboras y conspiradores .. . ¿Por qué no vienes a Charleston? Aquí hay un buen campo para hacer cosas útiles, un clima agradable, especialmente para personas de edad avanzada, y están también tus hijos; porque has de saber que pienso seriamente establecerme aquí. Lucrecia se siente a gusto y yo creo que me resultaría ventajoso permanecer todo el año; a Richard le será dado hallar placer aquí, si lo desea, y Edwards puede venir y ser obispo, presidente o profesor de alguno de los colegios... Un soldado veterano como papá podría ser de gran utilidad aquí en la infantería de la hidra unitaria» ⁽²³⁾.

Afligido, incierto acerca de si huía de su deber de combatir el mal, el doctor Morse rindióse finalmente, por lo menos en cuanto a que dejó su puesto. Finley y Lucrecia habían estado en el hogar durante varias semanas cuando el doctor Morse anunció su renuncia en el púlpito de la iglesia, el 29 de agosto de 1819.

Cuando la plenitud de los olmos de Town Hill nuevamente se había reducido a unas siluetas muertas, Finley preparóse para volver al sur. Esta vez sabía que cuando regresara, ese hogar de sus veintiocho años ya no tendría las familiares hileras de libros de texto en el escritorio de arriba o los retratos de las personas de su familia colgados en el *livingroom*. Porque ya sabía que su familia había decidido trasladarse a New Haven, para huir de las disputas verbales con los unitarios que despreciaban la misión y de los trinitarios que desdeñaban la geografía. El artista dejó a su esposa en Concord, con su criatura de dos meses, llamada Susana. En su camino solitario lo acompañaron su preocupación por la situación económica de su familia y la ira hacia las «víboras» de Charlestown.

Para cumplir su compromiso con la ciudad de Charleston de pintar el retrato del presidente, se detuvo en la capital de los Estados Unidos. El arreglo para la labor era claro. Instaló su caballete en la Casa Blanca, en una habitación próxima al despacho del presidente. Pero los momentos que el presidente podía posar eran muy breves: diez o veinte minutos cada vez. Una vez Morse preparó su paleta a las diez en punto y esperó hasta las 16 a que el primer mandatario pudiera dejar sus tareas; en diez minutos, cuando el artista creía que ya estaba reflejando en la tela la expresión correcta, los llamaron a la mesa. No obstante, le agradaba su estada con el presidente y en su compañía no sentía la más mínima incomodidad. Almorzó con la familia tres veces, a menudo tomó el té con ella y se hizo la corbata en una de las salas de la esposa del primer gobernante. Opinaba que la señora vestía de manera muy lujosa pero con buen gusto. Y, cuando el doctor Morse, buscando el apoyo del gobierno para estudiar las necesidades de los indios, se entrevistó con ella en Washington, unas semanas más tarde, se la describió a su esposa como «muy hermosa y más o menos de tu edad y estatura, querida» ⁽²⁴⁾. Una vez que la pintura estuvo empezada no necesitó más que cinco días de permanencia en la Casa Blanca. A la familia le agradó su obra; el presidente la prefirió al retrato que le

había hecho Stuart, y su hija quiso un duplicado para ella. Morse escribió orgulloso a su hogar relatando su éxito. Después de un mes de estada en Washington, abandonó satisfecho la ciudad, deteniéndose en Fredericksburg, Richmond, Raleigh y Fayetteville.

Fue un viaje desdichado. En el coche hacía tanto frío que al principio, cuando cerró los ojos, las pestañas se le congelaron contra las mejillas. En Fayetteville halló que el mejor hotel era «una cueva». De allí hasta Charleston, el coche parecía haber sido hecho para que fuera incómodo, pues dentro la lluvia y la niebla mojaban los asientos, y el techo goteaba. La noche era tan oscura que ni siquiera podía ver los caballos blancos del coche; a medianoche, el coche chocó contra un árbol, rompiéndosele la vara. Pasó la noche en vela y fue recompensado con un desayuno horroroso, en una choza de madera, que le costó setenta y cinco centavos de dólar. Por fin en Charleston, tuvo la ardua tarea de enfrentar a los Finley. Se enteró de que el doctor Finley, después de llamar a su habitación, en la que estaba enfermo, al joven orador Robert Young Hayne^{xx} y escuchar su promesa de que iba a ser un hijo para la señora de Finley, había muerto varias semanas antes. Cuando visitó a la viuda y a los hijos sintióse intranquilo.

«El momento en que ellos me vieron —le escribió a su esposa— estallaron en llantos y quedaron callados; nunca me he sentido más deprimido que en ese instante, hastiado por un viaje cansador y sin dormir, encontrando a tía y a mis pequeños primos en otra casa y de luto; tía está tan cambiada que apenas la conocí, y todo me recordaba la desaparición de tío; esto también, agregado a la ausencia de mi querida Lucrecia; en casa de la señora de Munro, la habitación en que dormimos, almorzamos y cenamos, los lugares por los que caminamos, todo, todo me hacía sentir, querida esposa, más triste; sentí anticipadamente lo que podía ocurrir, si la muerte nos separara a nosotros» ⁽²⁵⁾.

Durante dos temporadas había prosperado en el sur. Y durante dos más continuó entrando en la sociedad de Carolina. Pero esta vez con un éxito menor y creciente soledad. Extrañaba la dirección de su tío Finley. Sentíase deprimido entre las

^{xx} La señora de Finley era tía de Hayne, lo mismo que, por cortesía, lo era de Morse. Por su primer casamiento era Mary Peronneau Young, probablemente la señora de Robert Young que cuidó a Hayne cuando era niño. Véase South, Carolina History and Geogr. Mag. V, 170-4 (1904); XXV, 36 (1924), y P. H. Hayne: *Lives of Robert Young Hayne and Hugh Swinton Legaré* (Charleston, 1878), p. 10. La pintura de Morse de su primo político Hayne, delinea el encanto que ya lo había hecho, a la misma edad de Morse, presidente de la Legislatura de Carolina del Sur.

personas a quienes había conocido Lucrecia y que le pedían que ella regresara. Por suerte, durante la tercera temporada, Richard estaba predicando en la iglesia presbiteriana de Johns Island, a unos cuarenta y cinco kilómetros al sur, y ocasionalmente iba a la ciudad.

En la nueva sala de exposición de Finley, en la calle Board, pendía de la pared un retrato de la hija de John Ashe Alston, Sara, con un complejo paisaje de fondo. Finley le había prestado a la pintura especial cuidado, para agradar a su padre; y al hacerlo se percató de que también satisfacía a Washington Allston y a Gilbert Stuart^{xxi}. En el primer piso, pasando una puerta que decía «privado», ubicábase una habitación oscura, en cuya esquina extrema tenía una ventana que dejaba pasar luz sólo por sus vidrios de arriba. Allí, detrás de un biombo de gasa negra, estaba el caballete de Finley ⁽²⁶⁾.

A éste no le preocupaba que- su subsistencia dependiera del éxito brillante de unos pocos habitantes de Carolina que extraían sus fortunas del trabajo de los esclavos. Aunque su padre fue un defensor de los negros de Boston, el hijo aceptaba la presencia de los siervos con indiferencia. Podía haber más negros que blancos en Charleston, pero, por supuesto, no había par qué pintar sus retratos; además, el artista no acostumbraba a inspirarse en escenas de la vida cotidiana. De manera accidental, hablaba de los hombres de color, considerándolos sirvientes perezosos. Para él no ofrecían un problema. Y llegaría el momento en que sería un publicista de los que escribían en pro de la esclavitud.

Aunque artista, cuando los juicios sobre el sur comenzaron a tomar forma en su mente, éstos eran de moralidad personal más bien que de belleza. A menudo eran opiniones que lo mismo las podía haber formado en Concord, Boston o Nueva York. Si en el hogar del director del Courier, Willington, se sacaban las cartas para jugar, tenía buen cuidado de pedir que una de las damas lo entretuviera tocando el piano. Cuando su prima Mary Finley estaba por concurrir a su primer baile, tuvo temores

^{xxi} Allston dijo que la pintura haría "buen papel aun en la Somerset House". J. B. Flagg: *Life and Letters of Washington Allston* (Nueva York, 1892), p. 161. Stuart se declaró complacido tanto con su concepción como con su realización; se dice que su ponderación hizo que el cuadro se popularizara tanto que su autor tuvo que hacer varias copias. *Godey's Magazine*, 213 (1846) . Cuando el *Courier*, de Charleston, anunció, el 22 de junio de 1820, que la obra se exhibía en las habitaciones de Morse, transcribió una descripción detallada de ella, del *New England Galaxy*: "Mr. Morse ha logrado construir... un fondo de temas nuevos y poéticos. La tela muestra las ruinas de una arquitectura venerable —gótica, destruida y cayéndose; recargada de hiedras y adornada con la lozanía de la naturaleza— con el bosquejo de un cielo azul entre ellas. Es realmente una idea feliz, y esperamos que impulse a otros a... abandonar las graciosas columnas griegas, pero sin significado y rectas."

de que la muchacha careciera de firmeza de carácter como para no engreírse por las lisonjas. Todos los Finley —Mary, Ann, Rush y Peronneau— eran para él demasiado frívolos ⁽²⁷⁾. Otras de sus opiniones se referían claramente al sur. Le parecía que los domingos eran respetados de manera menos estricta que en Nueva Inglaterra; las fiestas religiosas eran poco frecuentes y los Ministros menos respetados; los duelos inspiraron de inmediato su reprobación.

En general aceptaba las normas más elevadas del sur y se sentía tan bien —opinaba— como una persona religiosa se sentiría en cualquier lado. En tanto que continuara el apoyo y que pudiera tocar el piano de vez en cuando con sus primas en lo de Finley, comer ostras con Cogdell o hablar sobre el futuro arte con el miniaturista local Charles Fraser, estaba contento con la perspectiva de llevar a su esposa a Charleston en uno o dos años más, para establecerse de manera permanente.

Sin embargo, durante la tercera temporada disminuyeron sus trabajos; y en el transcurso de la cuarta se paralizó por completo.

Previendo la borrasca que se aproximaba, después de una lucha entre «el piloto, señor Orgullo» y «el piloto, señor Razón», el primero fue echado a pique porque Razón «puso el timón firme»: abandonó su pensión cara, en lo de la señora de Munro, y se fue a vivir a su estudio, que ahora se hallaba nuevamente en la callejuela de San Miguel. Su vida se hizo tan económica como cuando vivía con Leslie en Londres.

En una carta a su esposa, le decía: «Nos levantamos un poco después del amanecer, es decir, a las 6:30 y Henry (Pratt)^{xxii} prende el fuego y pone el agua para el té; una vez vestidos, levantamos las camas y arreglada la habitación en orden, el té está listo (porque tomamos té de desayuno), luego rezamos (éste no es, en modo alguno, el beneficio menor que hemos obtenido en nuestra nueva manera de vida); más tarde vienen las labores de la mañana, hasta las 15, en que uno de los negros nos trae el almuerzo en una gran bandeja de madera, lo deja y se retira; nuestro almuerzo consiste de un bistec o a veces un pollo asado, un poco de arroz y unas papas; con esto nos hallamos en excelente estado de salud como para

^{xxii} Henry Pratt ingresó en la feligresía de Charlestown como chico para los mandados, el 29 de marzo de 1818. Impresionado por su sentido y su talento para la pintura, Finley lo mandó llamar más tarde como ayudante y le prometió darle lecciones.

trabajar después del almuerzo; luego viene el trabajo de la tarde, y por la noche tomamos té, pan común, manteca y té; nuestra leche para el té y el desayuno es una pinta que nos traen por la noche, que me permite tomar un vaso con pan antes de acostarme; termino el día rezando, arreglamos nuevamente las camas y nos acostamos. Ahora conoces, pues, detalladamente, todos los pormenores de nuestro modo de vivir; nunca me he sentido mejor de salud y creo que encuéntrame lo suficientemente bien y me consuelo con algunas auto negaciones considerables, pensando en que me cuido para mi familia querida y que bien pronto podré permanecer con ella para siempre» ⁽²⁸⁾. Sabiendo muy bien lo que era la buena vida, podía, no obstante, privarse de ella y progresar.

Pero, ¿para qué permanecer en Charleston si fracasaba el trabajo y si tenía que escribir continuamente acerca de la «chatez de los negocios», y de la «pobreza que avanza» y de las «dificultades del presupuesto»? ⁽²⁹⁾. El mercado del algodón y el arroz estaba tan inactivo que resultaba difícil cobrar las cuentas. Aun después de rebajar el precio de sus retratos se vio obligado a escribir tristemente:

«No me hacen nuevos encargos; recibo respuestas frías y dilatorias de las personas a quienes escribo y que se han anotado en mis listas de clientes; doy menos satisfacción a los que he pintado; los que antes me prestaban mayor atención se muestran ahora menos interesados en mi labor y ninguno entre muchos dice «bueno» ⁽³⁰⁾.

Ya había dejado de estar en boga.

Los últimos días pasados en Charleston se los agrió una viuda adinerada, la señora de Ball, a quien le había hecho un retrato de tamaño natural, por la suma de seiscientos dólares, sin marco. Durante el verano, en el norte, Trumbull y Vanderlyn lo habían ponderado. El artista lo exhibió en Charleston, en su habitación, y los que conocían a la señora murmuraron tonterías como ésta: «es su imagen exacta». La propia interesada, que concurrió al estudio rodeada de sus numerosos hijos, lo vio eventualmente. De inmediato expresó su satisfacción por la obra, y los niños, hasta el más pequeño, al ver el cuadro dijeron: «mamá». Pero a los cinco minutos se sintió descontenta y deseó que no se hubiera hecho el cuadro. Se dio vuelta hacia el de Sarah Alston, que pendía de la pared, y dijo:

—Este es hermoso. —Y mirando nuevamente el suyo, agregó—: Este es horrible.

De pronto se percató de lo que le faltaba. Insistió en que nunca le había agradado el color marrón, mirando el cortinado que hacía de fondo. Prefería el púrpura.

Con cierto esfuerzo, Morse le dijo que lo pintaría de ese color. Volvió a hacer otra objeción. No podía tolerar el color de la guitarra. Y tampoco era la forma exacta del instrumento. ¿No podía alterarse?

Recordando que había copiado exactamente el instrumento, el artista musitó:

—Sí, señora.

—¿No podría pintarle una cadena de oro alrededor del cuello?

—Sí, señora — contestó el pintor, con hastío.

Una vez que estuvo pintada la cadena, la dama pidió que pospusiera la fecha de pago. Respondiendo a las protestas de Finley, llegó a la conclusión de que la obra no se le parecía y nunca pagó todo su importe ⁽³¹⁾.

Antes de terminar el mes de febrero, el momento culminante de la temporada social, anunció por medio de los periódicos que en cuatro semanas más abandonaría definitivamente la ciudad. La amenaza le llevó sólo unos pocos clientes. Observó especial cuidado para agradar a los que concurrieron a su estudio y tuvo la plena conciencia de que había pintado mejor que cuando llegó al sur; mas sin ningún fin evidente. El haber hallado una nueva academia de arte, en la que él, Cogdell y Joel R. Poinsett eran directores ⁽³²⁾, no trajo ningún cambio. En abril abandonó las costas de Carolina para mejorar, dejando tras de sí retratos que desde entonces han sido atesorados.

Capítulo 7

«El recinto del Congreso»

Toda la familia buscó gradualmente la tranquilidad en New Haven, ciudad en la que el unitarismo todavía no había penetrado. Lucrecia, después del fallecimiento de su segundo hijo, fue allí, de Concord, con su pequeña Susana. Después de haber abandonado el *Recorder* —que no producía beneficios—, Sidney había estudiado

para ser ministro en Andover, pero ahora se retiraba al hogar de New Haven. Richard también lo hizo, procedente de Johns Island, y por fin Finley, como el apoyo de los sudistas había desaparecido, llegó asimismo de Charleston. Hacia la primavera de 1821, un padre disgustado amparaba a tres hijos, de treinta, veintinueve y veintiséis años, todos sin entradas regulares.

Lucrecia opinaba que su nuevo hogar era paupérrimo. Era una casa de campo, construida tan baja que en el sótano, los días de tormenta, las verduras y los barriles de sidra flotaban en las aguas barrosas. La única virtud que podía ostentar era su vecindario: la calle Temple, cerca del prado. Hillhouse, senador nacional y padre de un poeta amigo del artista, vivía al lado de su casa. Al otro lado residía la vieja familia amiga del profesor Silliman. Y pronto mudóse cerca Noah Webster.

Por más humilde que fuera su casa, las visitas eran frecuentes. Asiduamente tenía que reponer la existencia de «quince buenas sábanas de algodón, cuatro buenos lienzos y cuatro trozos de género hecho a mano» ⁽¹⁾, para recibir a los ocasionales fieles de Charlestown que pasaban por la ciudad. Para el desayuno tenían que tener sidra y pasteles de alforfón; para el almuerzo, cangrejos; budines rellenos servidos en la porcelana blanca y dorada, para las visitas que fueran a la hora del té.

Apenas conseguían el dinero para el alquiler y muchísimo menos para recibir huéspedes. Las entradas que le proporcionaban los feligreses ya no existían. La casa parroquial era tan sólo un recuerdo triste. Hasta la venta de la geografía había disminuido. Las vehementes disputas del doctor Morse habían pasado a la prensa y la familia la agobiaba; porque, después de todo, ésta era la que no le permitía poseer un hogar propio.

No era que los hombres carecieran de iniciativa. Todos, excepto Finley, estaban ocupados en tareas literarias. Día tras día, el doctor Morse los pasaba encorvado sobre sus informes acerca de los indios; Richard, empeñado en la revisión del diccionario geográfico de su padre, y Sidney, en la de la geografía.



Figura 7. WASHINGTON SALA DUNKIN. Su esposo, Benjamin F. Dunkin fue en un tiempo Presidente de la Corte de Carolina del Sur. (Obra de Morse). (Cortesía de Mrs. Aiken Simons)

Finley también estaba consagrado a su labor creadora. Luego de contribuir a la fundación de una academia de arte de Charleston, pronto imaginóse en el papel de fundador de una institución similar en New Haven. Antes de regresar a su hogar ya había redactado las clases que daría en su colegio. Pero la academia nunca abrió sus puertas. Continuó, pues, con sus retratos aunque soñaba con pintarlos de la

manera notable en que lo hacían West y Allston. Por cuatrocientos dólares había hecho una casa de madera portátil, un estudio para pintar, como él lo llamaba, que podía agregarse a la casa de familia o llevar al jardín a voluntad. Allí, no sólo pintaba sino que trabajaba en su nuevo invento, una máquina para esculpir en mármol, diseñada, como muchos inventos similares de esa época, para hacer reproducciones de estatuas a máquina en lugar de con el escoplo.

De la sala de pintar, salpicada con pintura y llena de polvo del mármol, Finley iba a la casa y se encontraba con Richard, con su rostro a menudo sombrío; con Sidney concretando su intercambio social a su escritorio, su madre bordando para el día en que pudiera pronunciar mi amén al informe de su esposo sobre los indios. Hasta a la hora de almuerzo, los muchachos que llevaban pruebas de la imprenta para corregir, interrumpían a la familia. En el *livingroom*, tratando de hablar con Lucrecia sobre el día en que pudieran tener un hogar propio, descubría una y otra vez que la casa era como la vía pública. Porque el hogar de los Morse palpitaba con la necesidad, la fuerza creadora y la ambición. Podía ser un poco serio, aun algo desdichado, pero él prefirió juzgarlo fuera de lo común.

Uno de sus amigos más erráticos era el poeta y geólogo James Gates Percival.

— ¿Es un hombre astuto? —le preguntó a Percival una vez un neoyorquino, refiriéndose a Morse. En las pocas palabras que hemos cambiado, me ha agradado. De cualquier manera, su rostro es atrayente, no buen mozo, pero sí encendido e intelectual. ¿He acertado? ⁽⁴⁾.

Percival se hallaba en uno de sus acostumbrados momentos huraños.

—No tengo un solo amigo aquí —le replicó, desde New Haven—; ni ninguno con quien sea compañero. Últimamente he llegado a tener cierta intimidad con Morse, mientras él hacía un retrato de mi rostro. Su juicio no está muy lejos de la exactitud. Es un buen artista y su mente está por encima del nivel común» ⁽⁵⁾.

El poeta gustó tanto del retrato que persuadió al artista de que se lo llevara a un editor para que lo reprodujera en una nueva edición de sus poemas.

Varios de los retratos de Morse eran de autoridades del colegio de Yale y de sus amigos. Después de que el juvenil profesor de ciencia, Alexander Fisher, se perdió en una tormenta, cerca de Irlanda, a pedido de sus amigos de la facultad, Morse hizo de él un retrato en una pose melancólica, sobre un fondo de un cielo oscuro,

relámpagos centelleantes y mar embravecido. Pintó al presidente Jeremiah Day y a su vecino Eli Whitney, a quien luego recordaría frecuentemente en años posteriores. Trazó asimismo un retrato de otro vecino: Noah Webster, tan estimado que en 1828 apareció en el frontispicio del primer diccionario del célebre filólogo estadounidense, habiendo sido reproducido en ediciones subsiguientes durante cerca de un siglo. Dos de sus mejores retratos los pintó para De Forest, comerciante norteamericano que en un tiempo había residido en Sudamérica y que a la sazón intentaba lograr el reconocimiento de la nueva República Argentina. Estudios fieles, honestos y penetrantes, que revelan un vigor recio en el esposo y una gracia consciente en la esposa.

Pero pronto notó que los trabajos en New Haven también disminuían. El plan de constituir la academia había fracasado; la máquina de esculpir el mármol no estaba todavía lista para patentar; un proyecto para usar troncos de palmito para la limpieza del arroz no había madurado aún. Frecuentemente se hallaba en compañía del profesor Silliman, en su casa; en las exploraciones arqueológicas, en los Berkshires y Adirondacks ⁽⁶⁾, o a veces estudiaba con él en su laboratorio. Pero los experimentos con cámaras fotográficas y con las últimas baterías parecían no llevar a ninguna meta. Se sumergió otra vez en su fuente de proyectos.

No pocos artistas se hallan maravillados de la recepción otorgada a las pinturas de Granet en el interior de la capilla de los capuchinos, en Piazza Barberini (Roma). Cobrando una entrada de veinticinco centavos, fue un éxito de exposición, fenómeno notable en la historia del arte estadounidense. Los pintores, pues, se sintieron movidos a imitarlo. Tres copias de sus pinturas fueron exhibidas en Nueva York solamente, una de ellas por el distinguido Thomas Sully, de Filadelfia. Otros norteamericanos, ex alumnos de West en el estilo histórico, estaban exponiendo con éxito regular. Alrededor de esa misma época, Rembrandt Peale ganó cerca de nueve mil dólares en trece meses, con la exposición de su *Cortejo fúnebre*, y John Trumbull obtuvo tres mil por una breve muestra en Boston. Las obras de estos artistas eran complejas, concebidas de una manera descriptiva a la que Morse deseaba consagrar su vida.

¿Si los interiores extranjeros, como los de Granet podían despertar el interés del público norteamericano —se preguntaba el artista—, no lo lograría el interior de las

salas del Congreso de Washington? ⁽⁷⁾. ¿No experimentaría cada espectador un placer al reconocer por lo menos una de las personas representadas en la pintura, el parlamentario de su región? Una pintura del Congreso constituiría un medio de volver, después de seis años de trabajar en retratos, a su primer entusiasmo y, al mismo tiempo, una manera de obtener una ganancia considerable, que le permitiría por fin instalar un hogar para su esposa.

A comienzos del invierno de 1822 se trasladó a la capital de su país. Visitó al presidente Monroe, a los miembros del Congreso y a su antiguo rival, Charles Bulfinch, que a la sazón era arquitecto de la rotonda que iba a unir la Cámara de Representantes y la de Senadores del Capitolio. Por medio de ellos, logró que se le facilitara una habitación próxima a la Cámara de Representantes, de manera que, una vez que estuviera listo para hacer los retratos individuales de los miembros, ellos podrían fácilmente entrar a la habitación para posar.

Primero pintaría la Cámara de Representantes, con sus miembros y la Suprema Corte, con los jueces; luego compondría el Senado y finalmente los miembros del Poder Ejecutivo.

Así como había descubierto que las arrugas del rostro de la madre se suavizaban a la luz de una vela, así también se percató de que la Cámara de Representantes quedaría más atrayente a la luz de treinta lámparas en la inmensa araña. El grupo de ochenta figuras extrañas, del mismo tamaño y de idéntica importancia, no era fácil, como tampoco resultaban desprovistas de dificultad la cúpula irregular y la hilera curvada de las bancas.

«He tenido un gran tropiezo para lograr la perspectiva de mi cuadro —escribió el propio artista—. Pero he vencido y logrado mi propósito^{xxiii} (*). Después de haber diseñado tres veces la mayor parte, borré todo nuevamente. He observado, varias veces, desde el amanecer hasta las 23 horas, tratando de resolver un solo problema» ⁽⁸⁾.

En pocas semanas comenzó a llamar a su improvisado estudio, a los legisladores. A través de la pared les era posible escuchar a los demás que hablaban en el recinto, de manera que cuando se elevaba el tono de las voces en los debates acerca de los

^{xxiii} «La vista de Morse, del majestuoso y espléndido recinto es matemáticamente perfecta», dijo el *National Intelligencer*, de Washington, el 16 de febrero de 1822.

bancas norteamericanos, los canales o el reconocimiento de las nuevas repúblicas sudamericanas, podían regresar a él para defender sus puntos de vista.

El diseño de los legisladores pronto agotó las energías del artista. «*Ahora me encuentro en vena —escribió una vez— y debo salir con la mía*»⁽⁹⁾. Y lo hizo. Porque ni para descansar se detenía. Se levantaba al despuntar el día; terminaba su desayuno y las oraciones mucho antes de que la campana llamara a sus tareas a los obreros del Capitolio. Hasta las 13 horas trabajaba en su obra y recibía a los legisladores que tenían que posar —acaso Van Rensselaer, Randolph o Joel Poinsett— durante dos horas a cada uno.

Luego almorzaba, en quince minutos. Durante las últimas horas de la tarde, otras personas de las que iban a posar —acaso los directores del *National Intelligencer*, Gales y Seaton, o los jueces Marshall y Story— lo hallaban con una taza en una mano y un lápiz en la otra. Su amigo Prime declara que estaba tan absorbido por su empresa, que una noche confundió la luz de la luna que penetraba en su habitación con la del sol, y se levantó comenzando su labor⁽⁹⁾. Según le escribió a su esposa, su jornada de trabajo era de catorce horas. Atribuía su invariable salud a su vida ordenada y a las comidas sanas.

El doctor Morse también se hallaba ese invierno en Washington, listo por fin para presentar su informe sobre los indios al secretario de Guerra, Calhoun. Finley tuvo apenas tiempo para verlo, pero la presencia frecuente de su padre en la barra de la Cámara, a la espera de oír la lectura de su informe, le sugirió seguramente la idea de incluirlo en la tela. A su lado, en la barra, pintó al profesor Silliman, y para representar el interés del doctor Morse en los indios, un jefe «Pawnee»^{xxiv} que a la sazón visitaba la capital de los Estados Unidos^{xxv}. Morse firmó así su cuadro de manera tan eficaz como la que demostró al colocar su nombre en el ángulo inferior del lado izquierdo.

A medida que crecía el número de los diseños de los legisladores, aumentaba también su placer en la creación. Además, notaba que los miembros del Parlamento

^{xxiv} Tribu de indios norteamericanos. — N. del T.

^{xxv} El doctor Morse cuenta una historia acerca de ese jefe, en *A Report to the Secretary of War... on Indian Affairs*, finalmente editado en New Haven, en 1822 (pp. 247-8), para ilustrar su tesis de que las indios tienen dotes morales. Cuando el jefe era joven, su tribu se preparó una vez para quemar en la pira a una india de otra tribu. En el momento en que la horrible escena se iba a producir, él la arrebató en sus brazos y huyó a caballo con ella. Después de dejarla con los suyos, regresó, esperando que lo recibieran de manera hostil. Pero su gente no le hizo ninguna objeción a su proceder, conceptuando el hecho como obra del Gran Espíritu. Desde ese día entre los "pawnees" no hubo más sacrificios humanos.

concurrían con agrado a su improvisado estudio para posar, y a los que no les solicitaba que fueran, pedían ellos de ir. En una carta a su hogar decía: «*Cada día me proporciona mayor aliento, al pensar que ésta será más popular que cualquiera de las obras antes expuestas*» ⁽¹⁰⁾. Obtenía también ganancias adicionales haciendo retratos pequeños de los miembros del Parlamento, por veinte dólares, cosa que efectuaba mientras tomaba los apuntes para la obra que realizaba. A fines de febrero, el padre lo describió como «*muy alentado, con buen espíritu; tiene hechas sesenta y tres cabezas, y ha adelgazado por el trabajo*» ⁽¹¹⁾. En dos semanas más ya estaba listo a partir para su hogar, con apuntes de más de ochenta miembros del Parlamento y funcionarios del Congreso, además de jueces de la Suprema Corte.

Lo mismo que cuando había pintado el retrato del presidente Monroe, dos años antes, había sido bien recibido en la capital federal de la república norteamericana. Agradeciendo atenciones, había pedido a Hillhouse que enviaran al presidente del Estado de Virginia una docena de plantitas de los famosos olmos de New Haven. Y a Mr. Bulfinch, el mismo que había proyectado el capitel de la primera iglesia de Charlestown y un edificio en el patio del colegio de Andover, le obsequió con una forma de su Hércules. La suerte le jugó una broma a la pequeña estatua. Fue enviada de New Haven en barco, cuidadosamente envuelta, como escribió la señora Morse, con «*un mantel viejo que le pasa por debajo*» ⁽¹²⁾, junto con manteca y salchichas para el doctor Morse. El barco se varó en los hielos del Potomac y parte de la carga fue arrojada por la borda. La manteca y las salchichas se echaron a perder, según escribió el doctor Morse, pero «*el calco está guardado, ileso, en lo de Mr. Bulfinch, que dice que lo cuidará mucho*» ⁽¹³⁾. Lo cuidó mucho, permitiendo que quedara en un sótano lleno de tierra en el Capitolio. Años más tarde, cuando Morse se hallaba desenrollando unos hilos en el sótano para un experimento telegráfico, la encontró en un estante.

Era el único de los seis calcos que quedaban. Hoy se halla en la colección de Yale. Viajando día y noche, Finley y Henry llegaron al hogar, con sendos resfríos, el 16 de febrero. Exhausto como se hallaba aquél, su madre sólo vio la necesidad de descanso «para que se restablezca». Por fin pudo trabajar en su enorme tela, con el estímulo de su esposa y la reconvención de su madre. Fue precisamente mientras consagraba casi todo su tiempo a trabajar en una obra por la que no podía esperar

el cobro de un centavo hasta que estuviera enteramente lista, y en el momento en que las finanzas de la familia no daban signos de equilibrarse, que Finley tuvo un gesto glorioso. Entregó quinientos dólares a Yale para la ampliación de la biblioteca. Pero por todos lados oía decir que conquistaría fama y fortuna con su obra ⁽¹⁴⁾. En Boston se pronosticó que exhibiéndola allí solamente podía reunir tres mil o cuatro mil dólares. En el otoño alquiló en dicha ciudad unos salones para exposición. La gran obra exhibióse brevemente a comienzos del invierno de 1823, en New Haven ⁽¹⁵⁾. El 11 de febrero, el autor y Henry arribaron a Boston. Los Jocelyn despacharon por barco de New Haven «los planos-clave y las descripciones», y *El Recinto del Congreso*, embalado, con un peso de seiscientas cuarenta libras, llegó por trineo. Tan pronto como se lo ubicó convenientemente, el artista pidió a Allston que abandonara el trabajo en su gran *Belshazzar* para que viera su obra. Le dijo que era magnífica y luego, tal como escribió Morse, «*me sugirió algunas pequeñas correcciones que puedo hacer en dos días*». Como de costumbre, el artista aceptó el consejo del profesor a quien idolatraba y pospuso la fecha de la apertura de la muestra hasta que pudiera introducir los cambios. Esperó que el retraso en la inauguración de la exposición estimularía la curiosidad ya existente.

Recién el 22 de febrero el *Columbian Centinel* insertó por vez primera este aviso:

*PINTURA DE MORSE
DE LA
CÁMARA DE REPRESENTANTES, DE WASHINGTON
en la que figuran
OCHENTA Y OCHO RETRATOS.
Se exhibe actualmente en la Tienda de Doggett,
de la calle Market.
La muestra funciona todos los días de 9 a 17 horas*

*Entrada: 25 centavos — Clave y Descripción: 12 1/2 centavos. Las entradas de
temporada cuestan sólo: 50 cts.*

H. C. Pratt, Agente ⁽¹⁶⁾

Cuando se inauguró la exposición, a Morse le pareció que todo prometía constituir un éxito.



Figura 10. RECINTO DEL CONGRESO. Por Morse (1821-1823). Extremo izquierdo, Gales y Seaton, los reporteros de la Cámara; contra la pared de atrás y frente al ala izquierda, los jueces de la Suprema Corte, el presidente Marshall y el juez Story, a la derecha del grupo, Jedidiah Morse, Benjamin Silliman y un jefe «Pawnee»

El primer día concurrieron más de cien personas. Si los concurrentes hubieran dispuesto de doce centavos y medio más, para adquirir una clave y una descripción de la obra, hubieran leído lo siguiente:

El recinto de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos es, sin duda, uno de los salones legislativos más espléndidos del mundo.

La cúpula está ornamentada con imitaciones pintadas de paneles hundidos, con flores en el centro de cada uno.

El águila en el friso de arriba del sitio donde se ubica la silla del presidente, es de diez pies de un ala a la otra. Las columnas, de veintiocho pies de altura, son de brecha, un hormigón obtenido de varias clases de piedras, de diversos colores y tamaños.

Entre las columnas y detrás de ellas hay cortinas de terciopelo de lana escarlata, con flecos amarillos.

La hora elegida es la del atardecer, mientras los miembros se reúnen para la sesión de la tarde. Los retratos fueron tomados en Washington hace cerca de un año. Cada persona posó para su realización, con excepción del Honorable William Lowndes, cuyo retrato fue tomado desde la barra.

El fin principal de la obra no es tanto presentar retratos individuales de parecido fiel, como exhibir al público una exacta representación del recinto del Congreso nacional, con sus decorados y muebles, y de su labor durante las sesiones. Si las personas que en ella aparecen son reconocidas fácilmente por sus amigos, por su parecido, entonces el conjunto de la pintura habría llenado el objetivo del artista.

New Haven, febrero 1, de 1824.

Saml. F. B. Morse ⁽¹⁷⁾.

Morse observaba al público mientras estudiaba la obra y de cuando en cuando miraba la clave. Pronto se sintió alentado para abrir la exposición también a la noche, y permitir que Henry instalara lámparas de aceite con reflectores de lata que mantenían la sala en una oscuridad a tal punto que el candelabro que se veía en la pintura resultaba la luz más fuerte de la habitación.

Los líderes de la opinión de Boston iban a ver la obra. Richard Henry Dana, que a la sazón se había asociado con Bryant^{xxvi} y Allston para la publicación de cuentos y poemas, se mostró satisfecho con la pintura. Después de que William Ellery Channing la vio, Allston convenció al campeón del unitarismo para que escribiera un artículo periodístico ponderándola. El vicegobernador, William Phillips, y el juez

^{xxvi} Celebrado poeta y publicista, nacido en Cummington (Massachusetts), el 3 de noviembre de 1794. Autor de "Las Praderas", "El Campo de Batalla" y otras obras. Como Whittier, Longfellow, Emerson, Whitman y Lowell, escribió frecuentemente condenando la esclavitud de los negros. — N. del T.

Josiah Quincy, futuro presidente de Harvard, hizo que los federalistas repararan en los legisladores. El ex senador Harrison Gray Otis reconoció a casi todas las personas que figuran en la tela, sin valerse de la clave. Amigos de otros tiempos reaparecían para expresarle su sostenido interés: Alvan Fisher, Jeremiah Evarts, del *Panoplist*, y Nathaniel Willis, del *Recorder*.

Muchas personas de Charlestown cruzaron el puente para ver la obra de Finley; entre ellos, el ocupante de la casa parroquial de Town Hill, el pastor Fay, el diácono Tufts y el ex legislador Gorham. Pero aun los que no fueron a Boston difícilmente pudieron haber permanecido ajenos a los desmesurados elogios que la prensa le dedicaba a la obra del joven artista; al nuevo diccionario geográfico, al atlas y a la geografía del doctor Morse, que recién acababan de llegar a las librerías de Boston; a la defensa periodística que hacía Sidney de su padre, en la posesión del título de «padre de la geografía norteamericana», o a los extractos del informe del jefe de la familia sobre cuestiones indias.

A medida que transcurrían las semanas, la exposición de la obra *El Recinto del Congreso* halló una competencia eficaz acaso en otra pintura que rivalizaba con ella, expuesta por Henry Sargent, un ex discípulo de West y Copley; en el museo de «animales vivos», o en los conciertos de las sociedades Händel y Haydn, o en la caracterización de Rolla, por Wallack, en *Pizarro*.

El interés por la muestra en las habitaciones de Morse disminuía.

Después de su llegada a New Haven, durante las últimas tres semanas de marzo, las entradas disminuyeron de manera regular, de menos de setenta dólares en una semana, a menos de treinta en la siguiente y casi veinticinco, y un día lluvioso sólo concurrieron tres personas. La deuda al dueño de casa crecía.

Después de haberla expuesto durante cerca de siete semanas, el 12 de abril ⁽¹⁸⁾, Henry dejó de proveer madera para la estufa y envolvió el cuadro. Allston le escribió expresándole su adhesión:

Boston, abril 15 de 1823.

Estimado señor:

... Difícilmente pueda decirse que su obra haya obtenido todavía un éxito justo. Si la muestra no ha sido para usted provechosa económicamente, ha

logrado, sin embargo, grandes elogios. Creo que todas las personas pertenecientes a las clases elevadas han estado a verla, y, según mis informes, sólo existe una opinión concerniente a ella: que hace honor a su autor. He oído comentarios de muchas personas, que la juzgan importantísima, y nadie ha declarado un juicio contrario. La admiran particularmente los mejores críticos, tales como Mr. Dutton, Mr. Codman, Dana y otros cuyas opiniones son muy respetadas en los círculos en que actúan. Es realmente tan popular entre ellos que no me puedo explicar cómo no ha rendido beneficio económico, excepto por la circunstancia de que las clases modestas deben haberse quedado con el deseo de verla, y como ellas constituyen la mayor parte de la población de la ciudad, las entradas tienen que ser por fuerza pequeñas, si ellas no concurren. Mas no creo que lo mismo pueda ocurrir en otras grandes ciudades, como Nueva York, Filadelfia, Baltimore y Charleston. La clase modesta de esas ciudades, si no estoy equivocado, está más acostumbrada a visitar sitios de recreo público, y supongo que los que están acostumbrados a concurrir a ellos hallarán placer en contemplar el cuadro. Además, recién comienza a exhibirse. Tenga esperanzas, pues. No dudo de su éxito...

He escrito el otro día a Leslie y, entre las varias cosas que le dije de su obra, le expresé que si usted estuviera en Londres lo asociaría a mí. Cuando lleve su cuadro a Nueva York, le escribiré a Mr. Verplanck, que es muy amigo mío, para que lo anuncie bien en los diarios.

Cordialmente,

W. Allston.

Mientras Boston podía vanagloriarse de ser la cuna de Allston, la capital de los puritanos todavía no había hallado la oportunidad que el doctor Morse y Finley habían buscado durante años. Nueva York había sacado ventaja a ésta, como centro de las bellas artes. Así, pues, en Nueva York la obra El Recinto del Congreso fue exhibida ante un público que sabía elegir entre muchos temas seductores ejecutados por artistas competentes. Rembrandt Peale había abierto una exposición en la que exhibía su celebrado Cortejo fúnebre. La obra presentaba una caverna

sombría, con las figuras imponentes de la muerte entronizada y de las víctimas de su imperio, la guerra, la desolación, la pobreza y el terror, por un lado; y el placer, los crímenes y las enfermedades, por el otro; todo esto, en una tela de tamaño mayor que la de Morse, logró una impresión sorprendente en el público moralista. Con su copia de La capilla capuchina, de Granet, Thomas Sully estaba todavía disfrutando de los destellos de su gloria.

Thomas Birch, pintor de una empresa marítima de Filadelfia sacó partido del tema de un famoso naufragio, en su *Pérdida de Albión*. En realidad, sólo una de las obras que se exhibían no era de inspiración histórica. Tres años después de la muerte de West, cuatro de los artistas que exhibían sus producciones en esos momentos — Morse, Sully, Vanderlyn y Peale, que habían sido discípulos suyos— mostraban entonces el estilo histórico que él tanto amaba, mientras que la única pintura que no seguía esa ruta era un retrato del artista desaparecido, realizado por sir Thomas Lawrence.

Además de controlar el curso dudoso que seguía su obra, los Morse tenían otras preocupaciones en Nueva York. Como en Boston, acababan de llegar a las librerías nuevas ediciones del atlas y del diccionario geográfico. Pero, más aún, Sidney, ayudado por Richard, estaba editando un semanario religioso, semejante al que antes dirigía, el Recorder, de Boston. El primer número del *Observer*, de Nueva York, consignaba la noticia de la llegada del cuadro de Morse. Y el primero en que aparecía el aviso incluía también la noticia de que la obra La Cámara de Representantes, de Henry, se hallaba expuesta en la calle Fulton 144, cerca de Broadway. Era propio que las noticias acerca de Morse aparecieran en las primeras tiradas del *Observer*, porque su vida se iba a reflejar en el famoso semanario de su hermano durante casi medio siglo.

La empresa de los dos hermanos menores avanzaba a pasos agigantados, a medida que la lista de suscriptores aumentaba lentamente. Pero la aventura del mayor amenazaba hacer crisis. Las entradas semanales eran inferiores a las recaudadas en Boston. Una ominosa nota editorial, insertada en la edición del 4 de julio acompañaba la noticia de que eran los últimos días que se mantendría la muestra. Decía: «Sólo queremos señalar que el trabajo y los gastos que ha costado al artista han sido mal remunerados en Nueva York» ⁽¹⁹⁾.

Después de mantener abierta la exposición durante cerca de siete semanas, Finley anunció que se clausuraría el 16 de julio ⁽²⁰⁾. Dos días más tarde, Percival le escribió a un amigo de Nueva York:

«Te diré una cosa sub rosa. La exhibición de la obra de Morse del Recinto del Congreso (¿la has visto?; si no lo has hecho es ya demasiado tarde), le ha costado ciento diez dólares. ¡No digas esto en Gath! En ella trabajó dieciocho meses e invirtió en su ejecución varios cientos de dólares, y ahora tiene que pagar «con largueza» al público para que vaya a verla. Allston dice que es una obra maestra de perspectiva y color. ¿Quién escribiría o pintaría cualquier cosa buena para semejantes elegantes vulgares como los nuestros? Por mi parte, estoy cansado de acariciar los perros. Ahora voy a comenzar a darles puntapiés. Creo que entonces me emplearán mejor. Si algún pintor de letreros hubiese pintado solamente a Nettleton^{xxvii} mientras predica el despertar, y lo hiciera circular por todo el país, se llenaría los bolsillos. Lo mismo le ocurriría a Morse ⁽²¹⁾.

¿Había dicho la verdad Percival? ¿Había fracasado la ingeniosa obra de Morse porque, no obstante representar fielmente el tema, carecía de ese rasgo de imaginación que desea el público? ¿O era que el artista no tenía nada que comunicar, ninguna moral que enseñar? Pocos pintores, aun en esa época de preceptos, podían haber tenido puntos de vista más apasionados en cuanto a la conducta social o religiosa, que nuestro hombre. Por alguna razón evitó pintar escenas de la historia litúrgica o aun tocar temas morales.

Posiblemente las figuras representadas en la tela eran demasiado pequeñas. Acaso su tema era demasiado norteamericano y común para una época en que el gusto literario y artístico dependía de Europa^{xxviii}. Ninguna de las otras obras que a la

^{xxvii} Morse había pintado a ese popular evangelista cuando éste, como estudiante de teología en Yale, estaba a cargo de la despena del Colegio.

^{xxviii} Bastante irónicamente, cuando Leslie expuso la pintura años más tarde, en Gran Bretaña, pensó que hubiera sido más popular en los Estados Unidos, A Morse le escribió lo siguiente: "Me deleita su color y su efecto, y aún mas el manejo de las figuras, la vigorosa personalidad que les ha impreso a todas, siendo pequeñas como son y la manera perfectamente natural con que están agrupadas. El carácter de la obra en general es el del arte más puro, y el modo exento de artificios o afectación de toda la especie, es una cualidad verdaderamente rara y, a mi juicio, muy grande. Lo único que lamento es que haya empleado tanto talento en un tema semejante que, deberá comprender, no pueda. Llegar a despertar tanto interés en este país como en los Estados Unidos." Setiembre 13 de 1828, LC.

sazón se exponían en la ciudad de los rascacielos, era de inspiración estadounidense.

Se descartó una nueva exhibición, de modo que su plan de pintar la Cámara de Senadores y la sala de la Casa Blanca fue asimismo abandonado. Sin embargo, abrigaba todavía otros proyectos para 'sacar partido de su obra magna; pero, una vez llegado a su hogar, en New Haven, consagró creciente atención a su máquina para esculpir mármol. Su pintura histórica no le permitiría instalar un hogar para su esposa e hijos; todavía subsistía en él la esperanza de que la máquina lo lograría. De lo contrario, tendría que retornar a la pintura de retratos, pues al fin y al cabo, era éste su punto fuerte; ya que comprendía exactamente el carácter de las personas que pintaba, la aristocracia astuta, sin gracia, cómoda y moral de la época.

Pero New Haven se estaba tornando campo estéril para el artista. Por eso pensó en Nueva Orleáns —sin saber que allí residía Audubon, que deseaba pintar pájaros y lograba sólo una entrada mísera pintando retratos— y también en Nueva York.

No fue el deseo de viajar lo que alejó al artista del hogar de sus padres. Mientras se hallaba en Albany buscando trabajo como retratista, le escribió a Lucrecia una carta (agosto 16), en la que se expresaba en esta forma: «El andar errante se hace para mí cada vez más fastidioso. Sólo la necesidad urgente me lleva por esta senda. Por ello no me juzgues apocado; persistiré en este camino, penoso como es, porque me separa de mi querida esposa y de mi familia, hasta que la Providencia me indique claramente que mi deber es retornar.»

Sus pocos días en Albany fueron penosos. Logró únicamente tres retratos —aunque menudearon las promesas— y uno de ellos fue realizado en calidad de obsequio: el del terrateniente Stephen Van Rensselaer. Durante varios días careció de trabajo. No consiguió ni cuadros ni estatuas mediante cuyas realizaciones poder lograr dinero. Varias familias se comportaron de manera solícita, mas eso fue todo. Para el artista, la falta de trabajo constituyó una tortura.

Sin embargo, Albany era un punto ventajoso, desde el cual le era dado observar los efectos de la terminación del canal de Erie. Ya había visto los enormes depósitos de frutas, granos y madera que habían llegado a dicho punto desde que el canal fuera librado al tránsito, y que aguardaban su traslado a Nueva York. Tenía la ventaja de

conocer a varios de los más eminentes gestores del canal. Era portador de una carta de recomendación de su padre para Elkanah Watson, a quien no tardó en hacerle un retrato. El canciller Kent, miembro de la Cámara de Representantes que defendía la inversión de dinero para la defensa, en lugar de para la apertura del canal, dijo:

—Si debemos tener la guerra o el canal, me inclino a que tengamos este último.

El principal de todos los gestores del canal, DeWitt Clinton, hacía tiempo que era amigo no político del doctor Morse^{xxix}. Durante su estada en Albany, Finley fue invitado frecuentemente para que lo visitara. Sea que Morse supiera o no que él había cortado con la intelectual Nueva Inglaterra, estaba enterado, sin duda, por su experiencia de Albany, de que el predominio económico de Nueva Inglaterra había desaparecido y que, en cambio, surgía la estrella de Nueva York.

«Nueva York no recibe el influjo de abundancia del canal occidental —le escribía a su esposa el 27 de agosto—. Pero en el transcurso de uno o dos años lo percibirá y me resultará ventajoso ser conocido de antes por sus pobladores, como pintor. Se necesita cierto tiempo para llegar a ser conocido en una ciudad como Nueva York. El coronel T. (rumbull) también se está poniendo viejo y no hay ningún artista de cultura suficiente como para ocupar su sitio en la presidencia de la Academia de Artes. Logrando mayor nombradía entre el público de Nueva York, ejerciendo mi talento para descubrir los mejores métodos de estimular las artes y escribiendo sobre ellas, podría ser posible que me nombraran para ocupar su puesto, en cuyo ejercicio podría tener una oportunidad mejor de hacer algo por las artes en nuestro país, lo que constituye mi objetivo.»

Se apresuró a regresar a su hogar, en New Haven, por unos pocos días. Mas la pobreza lo obligó nuevamente a separarse de su esposa. Con timidez, Lucrecia había confesado que estaba tan interesada que no podía aconsejarle que eligiera entre Nueva York o Nueva Orleáns, y ahora, por supuesto, estaba contenta con la decisión. Por lo menos su esposo estaría lo suficientemente cerca como para ir al hogar durante las «temporadas flojas» y por visitas breves. Todos debemos hacer

^{xxix} Cuando el doctor Morse iba en viaje al oeste, para realizar su estudio sobre los indios, partió de Utica con Clinton en el "*Clinton's big ditch*" (*La gran zanja de Clinton*). Mientras el gobernador se entretenía en los sitios de desembarco, su compañero aprovechaba la oportunidad de recoger datos geográficos.

—Usted es como un recipiente exhausto —le gritó a uno de los informantes del geógrafo, mientras abandonaba el lanchón—. El doctor lo ha secado." RCM a la señora JM, junio 19, 1820, COLG.

sacrificios —le dijo ella- «y los sacrificios que estamos obligados a hacer actualmente en la sociedad de cada uno de nosotros, espero que serán compensados cuando te sea posible quedarte de modo permanente en el seno de tu querida familia; ¡qué placer tendré en darte la bienvenida allí! Mi salud no marcha muy bien; ¡mi espíritu, ídem!» ⁽²²⁾.

Una vez más alejóse de Lucrecia, de los niños y de sus padres. Se embarcó para Nueva York, con la intención de convertirse en el artista más famoso de la ciudad.

Capítulo 8

La realización llega tarde

En la conquista de Nueva York había agotado todo su entusiasmo y energías. Había «avisado, visitado, sugerido y rogado» ⁽¹⁾ a sus amigos, todo con poco provecho. Su amigo Van Shaik había sido lo suficientemente generoso como para solicitarle dos ilustraciones de escenas de Sketch Book, de Irving; pero el alquiler y su sostenimiento pronto agotaron el importe de ese trabajo. Charles Walker le había pedido un retrato del abogado con quien estudiaba, el orador irlandés Thomas Addis Emmet. Charles había pensado que esta labor podría traer como consecuencia la ejecución de una serie de retratos de profesionales de la ciudad, pero los pedidos para ello no llegaron.

También había entrado en contacto con algunos colegas, quienes estuvieron de acuerdo en que Nueva York se encauzaba demasiado apresuradamente hacia la conquista del dinero, como para desear gastarlo. Mientras tanto, otras posibilidades de ganar habían fracasado, pues otra persona había patentado el principio en el que se basaba su máquina para esculpir. Su *Recinto del Congreso* había sido expuesto por otro agente, en Albany, Hartford y Middletown, y también había fracasado. Para economizar estuvo durmiendo en su estudio de Broadway, contrariando los deseos de su esposa. La crisis se produjo cuando le hurtaron el sombrero, pues al comprar uno nuevo gastó sus últimos cinco dólares y perdió al mismo tiempo la confianza. Pero de pronto se reveló para él una nueva luz acerca de su tela histórica: podría acaso despertar mayor curiosidad a los mexicanos que a sus compatriotas. Y, así

como Rubens había pintado algunos de sus mejores retratos mientras era embajador en Londres, él podría producir sus obras más logradas actuando como agregado a la legación norteamericana en México.

En Washington rondó por los pasillos del Capitolio, aguardando para cambiar algunas palabras con quienes le habían conseguido su puesto de agregado del ministro norteamericano que se nombraba por vez primera en México, con el anciano terrateniente Van Rensselaer, con Robert Y. Hayne, pariente de la tía Finley, cuyo encanto subyugante tan bien había transportado a la tela en Charleston, y con Joel R. Poinsett, cuya elección para primer ministro fue acertada.



Figura 9a. BENJAMIN SILLIMAN. Por Morse, 1825. (Cortesía de la Galería de B. Artes de la Univ. de Yale).

Era entonces la primavera de 1824, año de elecciones presidenciales. El partido Federalista había desaparecido y dentro del conglomerado del Democrático Republicano se delineaban las divisiones que iban a transformar la «era de buenos sentimientos en un surgimiento turbulento de la gente común.

Estuvo brevemente en New Haven, mientras Susana y Charles jugueteaban a su alrededor, y se despidió de su madre. Lucrecia lo acompañó en barco de vuelta a

Nueva York, por dos días, antes de que se separaran por dos o tres años, acaso más, pues entonces lo ignoraban.

Luego el artista se embarcó para las costas de Jersey, pasando después a una diligencia, más tarde a otro barco, a través del Delaware y finalmente por diligencia de nuevo a través de Filadelfia y Baltimore.

El nombramiento del ministro mexicano jugó también su papel en el engaño de los candidatos. El presidente Monroe ya le había ofrecido el puesto al general Jackson para quitarlo de la escena, pero el militar norteamericano se percató del ardid y rehusó a aceptarlo. Luego, un día en que Finley se hallaba en el recinto de la Cámara de Representantes, el legislador Edwards, de Illinois, que finalmente fue nombrado ministro, acusó de fraude a uno de los más prominentes candidatos a la presidencia, el secretario del Tesoro, Crawford. Los integrantes del sector de éste, exigieron que Edwards guardara disciplina parlamentaria, sus preparativos para partir hacia México fueron detenidos y el viaje de todos los integrantes de la misión quedó sumido en la incertidumbre. Morse buscó a sus consejeros. Poinsett le recomendó que se trasladara al país del sur sin ser ministro; otros lo urgieron para que regresara a su hogar y aguardara; no faltando quienes le aconsejaron que rechazara por completo su idea de ir. El presidente le informó que la partida del ministro sería pospuesta por lo menos por cinco o seis semanas.

Regresó, pues, a su hogar, con su esposa, sus hijos y sus padres, soñando todavía con las minas de oro mexicanas. Durante algunas semanas abrigó todavía esperanzas; luego enteróse de que, valiéndose de ciertas maniobras; a Edwards se lo había hecho renunciar a su puesto, anulando todos los nombramientos que se habían efectuado para la legación.

El fracaso de la ida a México fue simplemente el de otra de sus extravagancias. Los sueños le daban vuelta en su cerebro febril: un estudio sobre Cornhill, una bomba productora de riquezas, apoyo generoso en las Carolinas, una escuela de arte en New Haven, una máquina para esculpir copias de grandes estatuas, la conquista de la presidencia de la Academia Norteamericana, facilitada por el propio presidente Trumbull... Pero cada uno de estos sueños demostraba su vitalidad y con el correr del tiempo, al envejecer, aunque menos pertinaz, continuaba siendo un soñador.

Volvieron sus días de errabundo. Siguió la tonada caprichosa de la búsqueda de retratos: por Nueva Brunswick, Nueva York y New Haven, hacia el norte, camino a lo de sus parientes, en Concord y Portsmouth; hasta el este, hasta Portland, y de vuelta a Hartford y al hogar.

Cuando Lafayette abandonó Francia para visitar por cuarta y última vez los Estados Unidos, no lo saludó el tremolar de ninguna bandera. La policía y el rey Borbón no lo habrían permitido. Pero al otro lado del mar se le acordó otro tratamiento.

Ocho buques a vapor, embanderados, escoltaron a su barco mientras llegaba a la bahía de Nueva York. Multitudes en el Battery lo vitoreaban, tañían las campanas, rugían los cañones. El general desembarcó en Castle Garden, en una escalera construida especialmente, decorada con banderas y laureles. En la Municipalidad, el intendente Paulding le dio la bienvenida como a uno de los aceptados padres de América.

Al día siguiente, mientras la canción La bienvenida de Lafayette se vendía en las calles, se propuso que el Concejo Deliberante le pidiera que posara para que se le tomara un retrato que se ubicaría junto con los de tamaño natural, de Washington, Clinton, Jay y Hamilton, en la Municipalidad. En el entusiasmo del momento, el Concejo aceptó.

Mientras el general francés efectuaba una gira por el país, además de las numerosas invitaciones que recibía, los artistas se disputaban el honor de pintar su retrato. Vanderlyn, J. W. Jarvis y James Herring solicitaron formalmente al Concejo que se les acordara el privilegio.

Pronto se sumaron otros: Sully, Waldo, Inman, Ingham y Morse ⁽²⁾.

Morse había ido nuevamente a probar su suerte en la ciudad. Otra vez había instalado su estudio en el bajo Broadway, cerca de la calle Wall, en la que había nacido su madre.

En la disputa para lograr la honrosa labor, nuestro hombre llevaba una ventaja: su sociabilidad y sus maneras afables. Aunque en un solo período de su vida, su historia es esencialmente la de la amistad —el momento en que estaba con Cooper en París— era sociable por excelencia. Cultivaba las amistades de sus padres y de sus hermanos. Conocía a los artistas de la metrópoli mejor de lo que se conocían entre ellos, que habían estado en la misma ciudad durante muchos años.

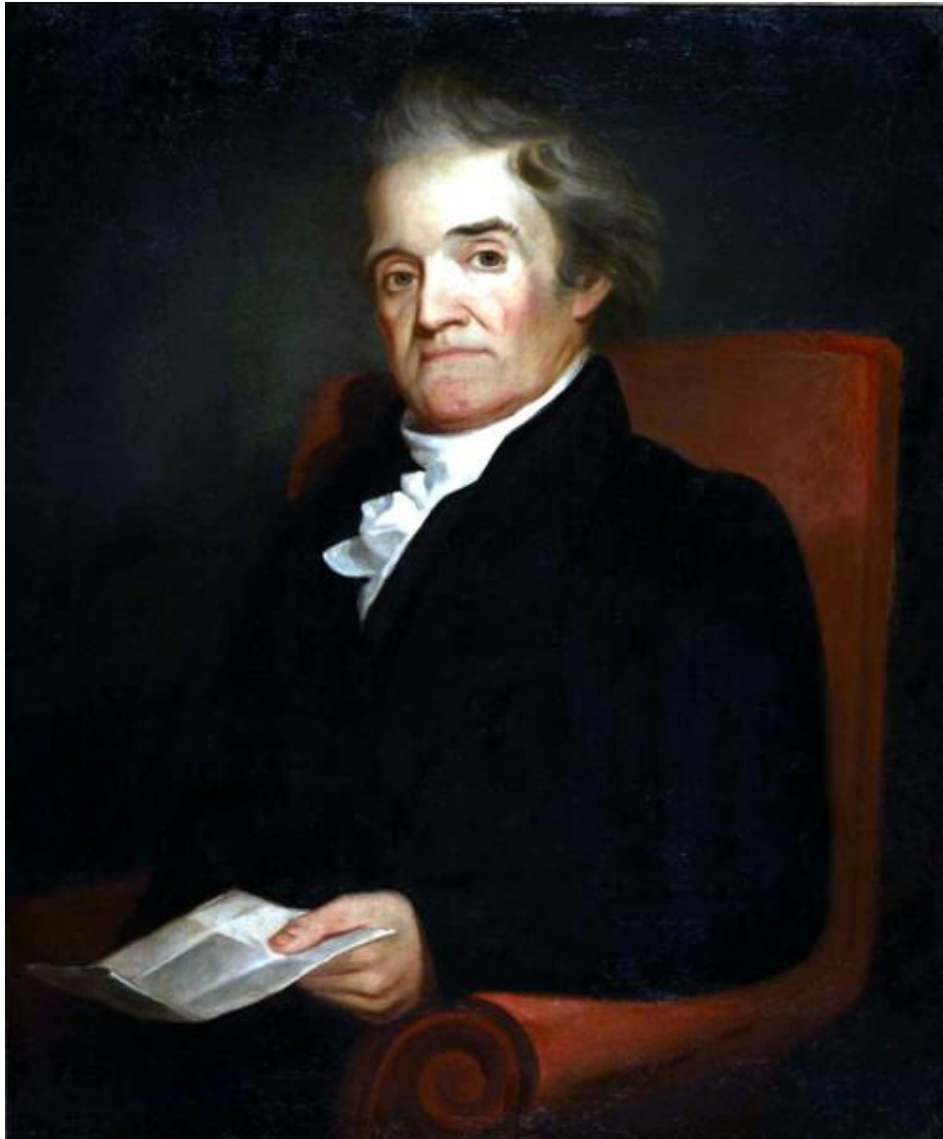


Figura 9b. NOAH WEBSTER — Por Morse, 1823. (Cortesía de Mrs. Howard Field).

Cualquiera que pudiera ser un compañero para el chispeante Allston, el malhumorado Coleridge, el erudito Silliman o el errático Percival, podía agradar en los salones de los comerciantes de Nueva York, los líderes de la sociedad de la urbe, cuyo nivel moral era como el del artista. Sus gustos sociales eran aristocráticos y su inclinación política, con bastante frecuencia, conservadoramente democrática, como la suya. Sus hogares proporcionaban el fondo de la vida intelectual y artística de la metrópoli; para los poetas Hillhouse, Halleck y Bryan; para los novelistas Cooper y el joven autor Dana, y para los críticos, Dunlap y Verplanck.

Cuando su tela Recinto del Congreso se expuso en Nueva York, Hillhouse lo había presentado a Isaac Lawrence, un comerciante adinerado. Merced a los buenos oficios del mencionado poeta, Morse había hecho retratos del comerciante, de su suegro, del doctor Beach, y había conocido a su hijo, William Beach Lawrence, el futuro experto en leyes internacionales.

Tal como dice Dunlap, por medio de Isaac Lawrence logró el pintor el favor del Concejo Deliberante, y también merced a su ayuda conoció a Philip Hone, rematador retirado, que ya poseía el retrato del canciller Kent, ejecutado por Morse. Philip Hone era miembro del comité de concejales, constituido para la recepción de Lafayette. Un mes antes de que la comisión se expidiera, Morse estaba pintando el retrato de la hija del hermano de Philip, Isaac. «Estoy ocupado pintando el retrato de tamaño natural de la hijita de Mr. Hone —escribía el artista a su casa—, una linda niña de la edad de Susana... La pintaré con un gato en sus faldas, como si fuera un niño; con una toalla debajo del hocico del animal y una gorra en la cabeza, mientras la chica le da de comer con una cuchara» ⁽³⁾. Y así lo hizo, en una pintura deliciosa, que Horacio Greenough comparó con las obras de sir Thomas Lawrence. Al mismo tiempo pintaba un retrato de la esposa de Elisha King, que también era miembro del Concejo y del comité para la recepción del general y político francés. Al poco tiempo, Morse oyó decir que había sido elegido para hacer el retrato del marqués. Cobraría por lo menos setecientos dólares y acaso mil, y tendría que dirigirse a la capital norteamericana para tomar las primeras poses. Sin saber la veracidad de sus palabras, escribió a su hogar una carta en la que decía: «Lo único que temo es que me privará de mi querida Lucrada» ⁽⁴⁾.

En enero de 1825 le pareció por fin posible pensar en instalar un hogar propio para su esposa e hijos. «Cuando considero la forma maravillosa en que se están sucediendo las cosas para lograr el gran acontecimiento tanto tiempo ansiado —el de permanecer constantemente con mi querida familia—, la alegría anticipada borra todos los sentimientos desagradables y miro hacia adelante, hacia la primavera de este año, con las perspectivas deliciosas de ver a mi querida familia establecida de manera permanente conmigo en nuestra propia casa alquilada aquí» ⁽⁵⁾. Era muy desagradable estar completamente apartado de Lucrecia, pero, además, la familia se lamentaba de que ella estuviera en New Haven. «El arreglo de que tus dos

familias vivan juntas en New Haven —declaró el hermano Richard—es malo y los peligros inevitables» ⁽⁶⁾. Pero por fin se vislumbraba una salida para esa situación.

A fin de mes estuvo en su casa durante algunos días, con su esposa, a quien le leía una biografía de Lafayette, y su hijo recién nacido, «Fin». Madre e hijo se hallaban bien.

Morse llegó a Washington el 7 de febrero y se alojó en el mismo hotel con Lafayette: el Gadsby's. Ese día, su padre le escribió estas palabras: «Tu querida esposa está convaleciente. No la apresuraremos para que abandone su alcoba esta temporada; los niños se encuentran sanos y juguetones como cuando tú los dejaste... Suponemos que hoy comenzarás el retrato del marqués» ⁽⁷⁾.

Esa tarde, Lucrecia se levantó, como de costumbre, para que le arreglaran la cama. Habló en forma animada de estar pronto con su esposo, en su propia casa, en Nueva York; al volver a la cama, tembló un poco y se recostó sobre la almohada. En cinco minutos, en el momento en que el doctor Morse entró en la habitación para visitar, como de costumbre, a la enferma, había expirado ⁽⁸⁾.

Al día siguiente —martes—, Morse fue a ver a Lafayette. Recordaba que había oído decir que sus facciones carecían de relieves: la frente inclinada, los ojos saltados, la nariz ancha. ¡No! ¡Eran nobles! Las facciones y el carácter estaban perfectamente en consonancia. Ambos mostraban —pensó el artista— la firmeza y la solidez que lo distinguían.

«Este es el hombre que ahora está frente a mí; el mismo hombre —pensó mientras le escribía a su esposa fallecida— que sufrió en el calabozo de Olmütz; el mismo que juró la nueva Constitución para tantos millones, mientras los ojos de miles estaban fijos en él (y que está tan admirablemente descrito en la vida que te leí poco antes de partir), el mismo que gastó su juventud, su fortuna y su tiempo },ara efectuar (bajo la protección de la Providencia) nuestra feliz Revolución; el amigo y compañero de Washington, el terror de los tiranos, el sostenedor firme y sólido de la libertad, el hombre cuyo amado nombre ha resonado de un extremo al otro del continente, alrededor de quien todos se congregan para verlo, a quien todos se deleitan en homenajear; ¡este es el hombre, el mismísimo hombre!»

Casi se enardeció de emoción cuando el general le estrechó la mano y le dijo:

—Señor, me siento en extremo feliz de conocerlo, y particularmente en esta ocasión⁽⁹⁾.

Se pusieron de acuerdo para reunirse al día siguiente, para desayunarse juntos y efectuar la primera pose.

El segundo día después del fallecimiento de su esposa —todavía ajeno a la desventurada noticia— pasó una tarde alegre en una recepción del presidente.

Los votos para la presidencia se habían dividido de tal manera entre Jackson, Crawford, Clay y John Quincy Adams, que ninguno de ellos logró mayoría, de modo que la decisión quedó en manos de la Cámara. Y el voto de ésta había resultado casi empatado, a tal punto en realidad, que, como dice el relato de Van Buren, la elección de Adams era incierta sin la ayuda del anciano legislador Van Rensselaer. Cuando comenzó el cómputo, éste todavía no se había decidido; rezó, abrió los ojos, miró un voto de Adams anulado y tirado a sus pies y, considerando esto un signo de Dios, votó por Adams. En la recepción de la Casa Blanca, Monroe felicitó a Adams, que se hallaba en excelente espíritu, según pudo observarlo el pintor. Notó, asimismo, que el general Jackson se acercó al presidente electo y le estrechó cordialmente la mano. Entonces pensó que el general norteamericano aceptaba la derrota como un hombre. También se hallaba presente el vicepresidente electo, Calhoun, y, naturalmente, el marqués.

La estada de Morse en la capital estadounidense tocaba a su fin cuando recibió la noticia de la desaparición de su esposa. Lafayette le dijo que nadie podía comprender mejor sus sentimientos que él, porque el político francés también había perdido a su joven y hermosa esposa.

Al día siguiente, el pintor partió para su hogar. En New Haven enteróse de que el sepelio habíase efectuado varios días antes y que el cadáver descansaba al lado de los de dos de sus cinco hijos.

Repetidas veces le había dicho a su esposa que el Señor se la había enviado y que El también se la llevaría cuando lo creyera conveniente. Le había declarado que ambos tendrían que estar dispuestos a despedirse con calma, aun jubilosamente, creyendo que la eternidad los aguardaba y los reuniría. Sin embargo, su ida prematura no le fue fácil de sobrellevar. La familia temía mientras lo observaba luchar para recuperar el equilibrio. Cuando halló entre sus papeles y en su diario

pruebas evidentes de que ella tenía fe y hallábase preparada para morir, en cierto modo se consoló. Pero aun entonces sus hermanos temían que se abandonara demasiado a su congoja.

Dejándoles sus niños sin madre a Nancy y a su abuela, regresó a Nueva York. El bálsamo de la labor le sirvió para aliviar su tristeza. Los trabajos surgían copiosamente, acaso porque la gente comprendía que su necesidad de labor era ahora más urgente que lo que antes había sido el apuro económico. Continuó trabajando en el retrato de Lafayette, cuando el marqués se hallaba en la populosa ciudad, siendo agasajado por el nuevo intendente Philip Hone. Ese año terminó el retrato de la sobrina del alto funcionario municipal, recibió de la Municipalidad el encargo de que ejecutara el retrato de John Stanford, capellán de la casa de caridad, y posiblemente también el de William Paulding, el ex intendente. También pintó el retrato vigoroso y bello de su amigo William Cullen Bryant; el vivaz del gobernador Clinton, el triunfante clérigo, en la unión de las aguas del lago Erie con las del Atlántico, y uno sensitivo, representando a su vecino Benjamín Silliman.

Naturalmente, así como fue ése un año de éxito, en cuanto a la consecución de encargos para efectuar obras, también lo fue en su vida social. Porque el artista era uno de los fieles de Cooper que se reunieron una noche en un pequeño reservado del restaurante de Wiley, que el autor de *El último de los Mohicanos* apodaba «La guarida», situado en la esquina de las calles Wall y New. Todos subrayaban el ingenio de Cooper: Percival, Hillhouse y Halleck, poetas de no poca consideración; el coronel Stone, director del *Commercial Advertiser*, de Nueva York; el joven escritor Richard Henry Dana, y, por supuesto, el siempre observador Dunlap. Hacia fin de año, Morse fue invitado a ingresar a The Lunch, un club fundado por Cooper. Entre los que pronto adhirieron se contaban Halleck, Brevoort, Dunlap, Sands, Vanderlyn, Jarvis y Durand.

Morse estaba orgulloso por la elección. En una carta a su casa, decía: «Una sociedad literaria, que admite a sus socios únicamente por voto unánime y que ha rechazado la entrada de muchas personalidades literarias respetables, me ha elegido como miembro, junto con los poetas Hillhouse y Bryant. Esto indica simpatía hacia mí, por decir lo menos, y finalmente me traerá ventajas que no dudo. «¡Deo Gloria!»⁽¹⁰⁾

Durante unos meses de ese año vivió con un amigo, el doctor Mathews, futuro presidente de la Universidad de Nueva York, que se estaba por casar con una señorita de Hone. Hacia la primavera había progresado tanto en su profesión que decidió que ya podría tener su casa propia. Eligió una al lado de la de Isaac Lawrence, en la parte alta de la ciudad, en la calle Canal. Por fin, a pocos meses de la desaparición de Lucrecia, estaba en condiciones de proporcionarle lo que ella más había ansiado: una casa propia.

Capítulo 9

Fundando la academia nacional

Al promediar el año 1825 Morse invitó a sus amigos artistas a su nueva casa a comer frutillas con crema, por simple entretenimiento, esperando halagarlos en sus maneras raras.

Su casa de la calle Canal era estrecha. La cocina y probablemente el comedor estaban en el sótano; su alcoba, en el tercer piso. En el primer piso se ubicaba la sala y el salón de exposición. En el segundo, el estudio y la sala para sus estatuas, hechas, sin duda, con su máquina para esculpir el mármol, y para su gran «maniquí» el modelo que usaba en los retratos ⁽¹⁾. La casa demostró tener suficientes comodidades como para recibir a la hora del desayuno al gobernador Clinton y al regidor local, después de la fiesta de la apertura del canal de Erie.

Como las reuniones se sucedían unas a otras en la casa del artista, sus amigos respondían a su franco huésped. Iban a reconocer sus intereses comunes en derrumbar la dirección de la Academia Norteamericana de Bellas Artes, y estaba en marcha un movimiento significativo en la historia del arte de los Estados Unidos.

Por fortuna, las ambiciones del pintor, de reemplazar al presidente Trumbull en su carácter de líder reconocido de los artistas neoyorquinos, coincidían ahora con el desagrado que los estudiantes de arte de la academia sentían por aquél, que era, sin duda, un buen pintor. Morse se había sentido a menudo halagado cuando el presidente le había ponderado sus obras. Pero aquél había comenzado su activa carrera mientras era soldado, pintando escenas de la Revolución Norteamericana, y

todavía continuaba dedicándose a ese tema; estaba amargado y reconcentrado en sus maneras. La organización de su academia hizo que continuara así. Desde su fundación, esa institución —hacía veinte años— había estado bajo el control de protectores del arte, más bien que de los artistas. Muchos de los accionistas y aun de los directores no eran artistas. Era una institución para artistas, pero de comerciantes e integrada por comerciantes.

Los estudiantes se hallaban particularmente molestos por la distribución de las horas de estudio. Cuando llegaban al edificio de la academia, ubicado en el parque City Hall, a la hora de apertura —las 6 de la mañana— o aun a las 7, frecuentemente se les prohibía la entrada y a veces se los insultaba si se atrevían a golpear la puerta. Pero sucedió eventualmente el incidente inevitable que coaligó a todos los estudiantes y a los artistas más viejos.

Una mañana, cerca de las 8, cuando el tuerto Dunlap llegó como de costumbre al edificio de la academia, dos estudiantes, Cummings y Agate, encontraron la puerta todavía cerrada. Dunlap les aconsejó que se quejaran ante las autoridades de la institución. Le contestaron con hastío que era inútil hacerlo, y se retiraron.

Luego apareció el presidente, Trumbull, y, al oír las manifestaciones de Dunlap, se expresó en ásperas palabras no contra el portero, sino contra los estudiantes.

—Deben recordar que los mendigos no serán electores — dijo.

El incidente trascendió a los círculos artísticos. Cummings envió un petitorio a la academia, y Morse, por su parte, invitó a su casa a algunos artistas para considerar los medios de apoyar a la institución. El resentimiento latente estalló. Finley aconsejó que los artistas de Nueva York organizaran una asociación propia.

Hasta entonces ellos no habían constituido un organismo propio ni contaban con un sitio para reunirse. Pese a su hospitalidad, muchos artistas no se conocían entre ellos. Sin embargo, poco después, en la noche del 8 de noviembre, llevaron a efecto la primera reunión de artistas que tuvo lugar en la ciudad. Con Durand como presidente y Morse en calidad de secretario, se organizó la Asociación de Dibujo de Nueva York, de la que nuestro hombre fue nombrado presidente. Entre los miembros se contaban Inman, Durand, Cummings, Agate, Dunlap, Wright, Danforth, Town, Morton, Ingham, Cole y Maverick.

Una noche alteróse el desarrollo normal de una sesión nocturna de la asociación. Unos cuarenta estudiantes se hallaban trabajando, —el número de sus miembros se había duplicado y luego triplicado en el curso de unas pocas semanas—, cada uno con su lámpara de aceite y los materiales de dibujo sobre la mesa. Trumbull irrumpió de manera atrevida en la habitación, se dirigió directamente hacia el sitio del presidente y, mirando en derredor en forma autoritaria, llamó con una seña a Cummings, que esa noche estaba a cargo del establecimiento. Le dijo que hiciera que todos los estudiantes firmaran en el libro de asistencia de la Academia Norteamericana, como estudiantes de la institución. Cummings se rehusó a hacerlo, lo saludó y retiróse a hablar con sus amigos. Los estudiantes decidieron ignorar la orden del presidente y continuar dibujando. El satisfecho caballero aguardó unos instantes y luego, haciendo notar que dejaba el libro para que lo firmaran, abandonó la sala de la misma manera arrogante en que había entrado.

Los artistas volvieron de su asombro, los diversos grupos que estaban formados hablaron entre ellos seriamente durante algunos minutos, y dieron principio a las deliberaciones como la Asociación del Dibujo.

«¿Tenemos alguna relación con la Academia Norteamericana de Artes? —se preguntaron.

—Ninguna, en absoluto» —respondiéronse ⁽²⁾.

Resolvieron por fin informar a la Academia que deseaban afiliarse a ella, si garantizaba proporcionar a los artistas una colaboración mayor en su dirección.

Mientras ambas sociedades nombraron comités en unión, sus conclusiones comunes nunca han sido seguras. Se estableció claramente que para calmar a los estudiantes, en la nueva elección se elegirían seis artistas para la junta de directores de la academia. La asociación, sin embargo, insistió después en que el comité de la academia había acordado usar de su influencia para elegir los artistas determinados que nombraría la asociación, mas aquélla negó tal acuerdo y ciertas pruebas apoyaban su proceder ⁽³⁾. Sea como fuere, la asociación tenía suficiente confianza en la elección de sus miembros elegidos para pagar cien dólares a la academia a fin de habilitar cuatro de ellos, para actuar como accionistas. Los otros miembros de la asociación, Morse y Dunlap, eran ya accionistas.

La noche antes de la elección, Cummings y el tuerto Dunlap caminaban por el parque City, cuando una anciana, que parecía una mendiga, se acercó a ellos, les entregó un papel y desapareció. Era una carta anónima, y decía que debido a las intrigas de algunos de los directores, sólo dos de los artistas propuestos por la asociación serían elegidos.

Advertidos por personas desconocidas, los artistas se apresuraron a contestar a la mañana siguiente, por medio de la prensa, con una amenaza en el sentido de que todos los nombrados debían ser elegidos o de lo contrario ninguno de ellos actuaría. Según Cummings, Dunlap fue el que propuso este proceder ⁽⁴⁾, pero éste ha sido atribuido a Morse ⁽⁵⁾. Es evidente que la noticia periodística tuvo su aprobación y la de todos los que estaban en la lista de candidatos de la asociación, porque suponía hablar por lo que ellos harían y los acontecimientos demostraron que lo hizo.

Resulta un poco extraño que cuatro de los integrantes de la lista de candidatos de la asociación fueran derrotados. La votación habría sido aún más desastrosa si los accionistas hubiesen sabido que la noticia insertada en los periódicos había sido redactada como consecuencia de una sola carta anónima. Los dos candidatos de la asociación elegidos fueron Durand y Morse, y renunciaron muy pronto.

Si el comité de la academia, tal como la asociación lo sostenía, había ejercido su influencia para elegir la lista completa de ésta, la noticia aparecida en los periódicos despertó poca fe en ese comité. En semejante terreno no se podía elaborar una unión eficaz. ¿Podían los artistas haber juzgado la situación como desesperada y adoptado las medidas para desembarazarse de las obligaciones de la academia? Probablemente, no. El dinero significaba tanto para ellos que no hubiesen sacrificado cien dólares al tesoro de la academia, para habilitar a sus candidatos sin beneficio alguno. La noticia periodística fue probablemente sólo un proceder de mal gusto y de política errónea. Sin embargo, Morse siempre insistió en que era «breve, sobria y respetuosa» ⁽⁶⁾.

Tal como el pintor veía la situación, la única salida lógica para los artistas era ahora la formación de una academia propia. En la reunión siguiente de la Asociación de Dibujo de Nueva York propuso que sus miembros eligieran quince académicos profesionales, que serían luego directores perpetuos de lo que deseaba llamar la Academia Nacional de Artes y Dibujo. Habiendo sido adoptados sus consejos, el 16

de enero de 1826 la asociación eligió a los siguientes primeros académicos: Morse, Inman, Durand, Ingham, Dunlap, Cummings, Wright, Danforth, Town, John Frazee, William Wall, Edward Potter, Hugh Reinagle y Garlando Marsiglia. Morse fue elegido presidente y Morton secretario.

El líder de la nueva academia la presentó al público con esta firme declaración:

«La Academia Nacional de Artes y Dibujo ha sido fundada al calor del principio de sentida común, de que toda profesión conoce perfectamente las medidas que son necesarias para su propio progreso» ⁽⁷⁾.

Fue ése un rudo golpe para los protectores del arte, que no sólo controlaban la Academia Norteamericana, sino también tenían ventaja sobre la vida de todos los artistas de Nueva York.

Tal como él mismo lo manifestó más tarde, Trumbull sintió «sombríos síntomas de ruina» ⁽⁸⁾. Su academia trató en todo lo posible de reconquistar a los jóvenes artistas de la metrópoli. Por vez primera hizo más confortables las aulas, aumentó los volúmenes de la biblioteca y dio instrucciones a sus alumnos.

Hasta sus propias estatuas parecían condolerse por el golpe asestado por Morse. Como dijo un comentarista, se duplicó la agonía de Laoconte^{xxx}, y Apolo, mirando ceñudo, parecía exclamar: «¡Mr. Morse! ¡Mr. Morse!, ¡lo haré pagar esto!» ⁽⁹⁾. Pero Trumbull y sus estatuas sufrieron en vano.

En mayo se inauguró la primera exposición de la Academia Nacional, terminada la cual efectuóse una recepción privada. Los académicos, con escarapelas blancas en sus ojales, saludaron a los invitados, en el segundo piso de la casa de Broadway y Reade Street y los ubicaron en una habitación de no más de veinticinco pies por cincuenta, iluminada, como ellos destacaban orgullosamente, con mecheros de gas. La muestra fue sumamente ponderada, pero dejó un déficit de ciento sesenta y tres dólares.

Al año siguiente rectificaron la política seguida en la exposición, para que contrastara más con la de la Academia Norteamericana. Siempre que alguien preguntaba si uno había visto la muestra de la Academia Norteamericana, era un chiste establecido contestar: «No, la vi el año pasado» ⁽¹⁰⁾.

^{xxx} Sacerdote troyano fiel a Apolo, a quien mataron, junto con sus dos hijos, dos serpientes enviadas por los dioses helenos. — N. del T.

La Academia Nacional logró simpatía mediante su insistencia en el sentido de que todas las obras expuestas debían ser de artistas vivos únicamente y que nunca hubieran expuesto sus obras en la ciudad. La segunda exposición anual rindió más de quinientos dólares, arriba de ochocientos la tercera y la cuarta superó los mil dólares. Los artistas se habían puesto a prueba a sí mismos, contra la tradición y la fortuna de la academia más antigua.

Durante los años de desarrollo lento de la Academia Nacional, Morse, que continuaba siendo presidente electo, defendió a los artistas contra las burlas de la vieja academia, que habían recrudecido. Como dijo el corresponsal de un diario, él y sus amigos estaban «proclamando su propia fama» al dirigir «dardos mortales a la institución progenitora» ⁽¹¹⁾. El propio Trumbull fue mezclado en el debate periodístico e inadvertidamente pagó el mejor tributo a la dirección de nuestro hombre, pues dijo que la separación era obra suya; él fue «el autor y el que realizó todo el plan» ⁽¹²⁾.

A través de discursos, panfletos y cartas a los diarios, el artista abrió fácilmente el camino a través de la primera controversia pública. Había aprendido bien ese arte, de su padre; acaso demasiado bien. El resultado de su defensa, sin embargo, y de las series de conferencias históricas en el Ateneo de Nueva York, fue acrecentar su concepto tanto de los artistas como del público. Por vez primera había demostrado ser un hábil organizador.

Un orgullo no disimulado se deslizaba en las conversaciones con sus hermanos y en las cartas a su casa. Su persona y la academia estaban ahora inseparablemente unidas. Comenzaba a veces a hablar de su propia dirección y terminaba ponderando la brillantez de una muestra en la Academia Nacional. O empezaba refiriéndose a las crecientes entradas de la institución, para concluir aludiendo a la esperanza de que pronto contaría con recursos suficientes como para regresar al Viejo Mundo, para completar los estudios que había dejado inconclusos hacía más de una década. Su sagacidad se hacía más patente cuando expresaba que su academia había presentado «la mejor exposición en su género, que se había visto en la ciudad» ⁽¹³⁾; mientras que la Academia Norteamericana exhibía solamente «trastos execrables» ⁽¹⁴⁾.

Cummings sugirió un motivo nada improbable para su orgullo: con la posible excepción de Washington Allston, no había artista en esa época, en los Estados Unidos, con mayores ventajas, por su cuna, por su educación y por los viajes realizados, que Morse.

Capítulo 10

Descubriendo la versatilidad

Día tras día permanecía en su labor, desde las 7 de la mañana hasta las 24 ó 1 de la madrugada, interrumpiendo una hora solamente para comer. A veces, a fin de semana, se hallaba tan nervioso que le temblaban los miembros y el resto del cuerpo. Estaba tan ocupado, que su retrato de Lafayette, interrumpido por el fallecimiento de su esposa, permanecía después de un año todavía sin terminar; por ello su familia comenzó a espolearlo. Poco antes de partir para su patria, Lafayette posó por última vez. Pero entonces las tareas de la academia lo absorbían de manera tal que el retrato permaneció inconcluso. «Muchas veces he resuelto dejar de lado todo lo demás y terminarlo —escribió a su casa el 10 de mayo de 1826—, pero algo inesperado me lo ha impedido desde el comienzo, obligándome a dilatar la fecha de su terminación... Ahora me llaman cincuenta personas».

Pocas semanas después, Finley volvió a dejar su paleta para correr al lado del lecho de su padre, en New Haven. El doctor Morse falleció inmediatamente, y desapareció de la vida del artista un hombre que había sido el autor de la primera geografía norteamericana, fundador de la Junta de Comisionados de las Misiones Extranjeras y protector del Seminario de Andover, pero que iba a ser más conocido como padre de Finley.

De regreso en Nueva York, el presidente de la Academia Nacional trabajó con tal firmeza que en pocas semanas el retrato del general francés estaba colgado en la Municipalidad, donde desde entonces ha sido el símbolo de la gratitud de la ciudad de Nueva York a Francia, y, según dicen algunos, por su punzante melancolía, la expresión también de los pesares que lo afligían a su creador mientras lo pintaba.

El aplauso que recibió por su Lafayette y por su elección para presidente de la academia lo alentó a creer que ahora tenía una situación regular. Pero, si así fue,

¿de qué le serviría? Estaba solo. Después de la muerte de Lucrecia había llevado a su pequeña Susana a vivir consigo, sólo para darse cuenta que no podía cuidarla. Ahora que su padre se había ido, le pidió a su madre que se trasladara a la populosa ciudad y llevara los otros tres chicos; pero ella prefirió la tranquilidad de New Haven, sabiendo, además, que Nueva York no era el sitio indicado para las criaturas.

Se ha dicho que a Morse no le interesaban ahora las mujeres, porque Cooper lo describió una vez «tan juguetón como un célibe» ⁽¹⁾. En realidad, dentro de los tres años de la desaparición de su esposa, un asunto amoroso se mezcló en su trabajo. Esa primavera le propuso matrimonio a una dama. «Estarás ansiosa por conocer el resultado del asunto... —le escribió a su madre, en una carta a la cual alguna alma caritativa le ha raspado las palabras fundamentales—; es infructuoso; se cumplirá la voluntad de Dios» ⁽²⁾. Otras cartas describen la historia de su afecto y de sus esperanzas desvanecidas. Pocos días después, su hermano Richard le escribía a Sidney: «El asunto amoroso de Finley está terminando en A» ⁽³⁾, refiriéndose probablemente a Albany. Más tarde aún, Finley escribió a su confesor de Albany, De Witt Bloodgood: «¿Hay más de uno que se oponga? Es esto algo sobre lo cual realmente necesito información; me agradecería saber si su desavenencia está sancionada por otros de sus amigos o parientes; no estoy enterado de que es éste; pero si en su conversación puede usted, directa o indirectamente, conseguir alguna información en este asunto, le estaré muy agradecido, y también si alguno está dispuesto favorablemente. ¿Puede usted averiguar la edad exacta de cierta dama, cosa que yo nunca supe?» ⁽⁴⁾. Varios años después, le volvió a escribir a Bloodgood: «Mi profesión es la de un mendigo; existe por la caridad... Usted sabe que dos veces he sufrido el fracaso en un asunto en el que predomina el corazón, una vez por lo menos debido a mi profesión y cualquiera sea el motivo ostensible del fracaso en la otra oportunidad, creo que la causa podría encontrarse remotamente, si no inmediatamente, en lo mismo. Ni tampoco es irracional la objeción que se opone. Una profesión como la mía está llamada a parecer, y en realidad es, por motivos del apoyo que se le presta, precaria; padres, hermanos, etcétera, la miran con sospechas y se hace objeción, naturalmente, a cualquier relación familiar con ella»

⁽⁵⁾.

Al juzgar sus entradas, «padres, hermanos, etcétera» no se equivocaban. La idea que él pensó ampliamente justificada, de tomar una gran casa y buscar esposa, no le proporcionaba la entrada que él esperaba. Puede haber marchado a la vanguardia de los artistas de Nueva York, pero hubo momentos, después de haber terminado su Lafayette, que se dispuso a trabajar y no hallaba labor.

Buscaba impacientemente trabajos. Escribió al *Observer*. Trató de vender su viejo «estudio». Habló de negociar su *Recinto del Congreso*. Remató muchos de sus libros y amenazó con no pintar más obras históricas. Ansioso por un hogar, incierto acerca del porvenir de su carrera, se tomó crecientemente irritable. Cuando desde el hogar, de New Haven, les mandaron pedir dinero, su hermano Richard apenas se atrevió a contarle.

Su madre y sus hermanos comenzaron a preocuparse más que nunca por él. Con la muerte de su padre y el lento progreso de la lista de suscriptores del *Observer*, era molesto que Finley continuara pidiéndoles prestado. Abandonó su casa grande, de la calle Canal, para alquilar unas habitaciones —un dormitorio y dos salas, en la calle Murray, cerca de Broadway— que eran más caras que la casa^{xxx}. Un mes después todavía estaba en deuda con sus hermanos. A ellos les parecía que era incapaz de trazar sus planes, con el cuidado y la regularidad necesarios para asegurarse una entrada continuada. «He perdido la esperanza de verlo jamás rico o aun tranquilo pecuniariamente merced a sus propios esfuerzos» — había escrito Sidney ⁽⁶⁾. Machacaban esto ahora que él se hallaba en mala situación económica. En su manifestación había suficiente grado de verdad como para que él casi lo creyera toda su vida. Ellos aseguraban que tenía reputación y capacidad para el trabajo regular, pero, cuando las deudas de su padre llegaban a más de once mil dólares y él mismo vivía de los préstamos, ¡deseó ir a Europa!

Estas quejas traían la sombra de la división de la familia, ante los ojos de la madre. Con su mano ahora temblorosa, ésta suplicaba para que guardaran la armonía, si es que los hijos no deseaban que ella se fuera a la tumba acongojada. Finley trató de reconquistar la buena disposición de sus hermanos y envió a su casa un pagaré endosado por Charles Walker, por más de setecientos dólares.

^{xxx} El hecho de que en el lustro 1820-25, en que figuró en la guía de Nueva York, tuvo cinco domicilios diferentes, refleja la intranquilidad que experimentaba.

La paz familiar no se restauró muy rápidamente. Poco después de exigirle a Finley la promesa de que nunca más firmaría un pagaré, su madre falleció. Ella había sido su propio calor, ocupada hasta el final en la confección de pasteles, budines y el cuidado de los hijos de Finley. El verano anterior había rehusado una invitación para visitar a unas amigas por este motivo: «A la edad de sesenta y un años tengo tres niñitos sin madre que cuidar, además de tres hombres jóvenes solteros a quienes hasta ahora nunca les ha faltado mi cuidado en casa o fuera de ella» ⁽⁷⁾. Derrochaba su encanto, tanto en su austeridad como en su cariño.

La primera exhibición de danzas francesas en los Estados Unidos estuvo a cargo de madame Hutin, que se presentó, casi desnuda, en el nuevo teatro Bowery, de Nueva York, en febrero de 1827.

Esa noche, todas las damas de la primera hilera de palcos abandonaron la sala, indignadas. Mientras que la prensa diaria dijo: «Ella nunca guarda secreto de sus encantos» o «dejó a muchos caballeros de la platea en el éxtasis más extraordinario» ⁽⁸⁾, la prensa religiosa de Nueva York y la profana de muchos puntos del resto del país protestó abiertamente. El Observer marchó a la cabeza, vertiendo unos tonantes juicios morales.

Los días de reveses en sus gestiones y en sus pinturas coincidieron con la llegada de madame Hutin, y Morse se lanzó apasionadamente a formar parte de la cruzada del Observer, convirtiéndose en uno de sus principales articulistas ⁽⁹⁾. Siempre había sido escéptico en cuanto a la influencia del teatro, y ahora que la danza francesa invadía la relativamente limpia escena norteamericana, llegaba a la conclusión de que el arte teatral no admitía reforma. En un llamado a las mujeres estadounidenses, decía: «Que sea pros-crita para siempre esa institución que se ha atrevido a insultar a ustedes» ⁽¹⁰⁾.

En la metrópoli del Imperio Británico, el Parlamento había autorizado sólo dos teatros. New Haven los prohibió por completo.

Pero Nueva York había establecido ya cinco o seis, sin ningún control sobre los espectáculos que se representaban. Según Morse, los diarios de la ciudad fomentaban la aceptación de la danza inmoral, ensalzando el público «respetable» que concurría a ver la nueva «poesía del movimiento». ¿No tenían sentido de la responsabilidad los directores de los periódicos de Nueva York?

Con creciente entusiasmo hablaba Morse de la fundación de un diario que obligaría a los periódicos ofensivos a elevar el nivel de su calidad. Arthur Tappan, que antes era aprendiz con el tío de Morse, Josiah Salisbury, en Boston, y que ahora se dedicaba al comercio de sedas, y que más tarde iba a ser famoso como líder abolicionista, apoyó financieramente la propuesta, pidiéndole a Morse que redactara un plan ⁽¹¹⁾. Desde la redacción del Observer, Richard escribió a su casa lo siguiente: «Dos mil ejemplares del primer artículo (de Finley), titulado «Madame Hutin – Teatro Bowery», reproducido junto con los fragmentos de la última edición... los ha ordenado M. A. (rthur) T. (appan) y serán distribuidos con la propaganda del nuevo diario. Finley está escribiendo los planes; me mostró algunos de los tópicos que va a contener; se llama «Journal of Commerce» ⁽¹²⁾.

El artista encontró en su nuevo papel una liberación. Al día siguiente le escribió a Sidney esta carta:

Nueva York, marzo 20 de 1827.

Querido hermano:

Me encuentro bien de salud, pero a veces me siento desalentado por la falta de trabajos; no me han encargado ningún retrato, les he dicho a mis amigos, mas todo ha sido sin resultado y me encuentro perdido, casi sin saber qué rumbo tomar; sin embargo, en este momento, el papel que se me ha llamado a desarrollar en el Observer parece ser mi deber; llevar a la atención del público el carácter licencioso del teatro y lograr éxito realizando ese esfuerzo, no son una recompensa y un consuelo pequeños, en un momento de desagrado en cuanto al asunto financiero y me siento satisfecho de que mientras me encuentre ocupado en beneficio de Dios, El no sufrirá por mi deseo... Mientras tanto, tolérame, sabiendo, como podrás, que haré todos los esfuerzos para enviarte el primer dinero que pueda conseguir.

En cuanto al Diario Nuevo, existen todas las probabilidades de que constituya un éxito, los volantes saldrán mañana y de la energía que despliega. Mr. T. y según los informes que trae de diversos sectores de la ciudad, todo está preparado para un diario semejante.

Mr. T. está sumamente ansioso por conseguir un hombre hábil para que se haga cargo de la dirección y sería de desear que tú pensaras en ello.

Con respecto al hecho de que yo sea el autor de esos sueltos... es importante que en estos momentos permanezca en el anónimo...

Tu Hermano Cariñoso Finley ⁽¹³⁾

La orden de que su nombre permaneciera oculto se cumplió demasiado bien, porque el papel que desempeñó en la organización de un periódico que ha tenido una carrera notable durante más de una centuria ha sido olvidado hasta este momento. El escribió el artículo sobre el teatro, que fue el que dio origen a la proposición de organizar un nuevo diario. Redactó los planes para éste. Ya hemos señalado los poderosos indicios que existen de que fue él quien eligió el nombre de *Journal of Commerce*, que figuran en las cartas de Richard, y años más tarde el propio artista dijo: «Yo, de acuerdo, escribí e imprimí el plan y le puse el nombre de «*Journal of Commerce*» ⁽¹⁴⁾.

Los volantes ⁽¹⁵⁾ prometían que el nuevo diario excluiría no sólo avisos de teatro sino también de lotería y que, para evitar la violación del descanso del domingo, imprimiendo el diario en ese día, los lunes el periódico saldría tarde. Aseguraba que en cuanto a la oportunidad y a la autenticidad de las noticias, la publicación no sufriría, comparada con las demás de la ciudad.

Cuando Sidney declinó hacerse cargo de la dirección, Finley dirigió la correspondencia que llevó al nombramiento de William Maxwell, un abogado de Virginia ⁽¹⁶⁾. La primera edición apareció el 1 de setiembre de 1827. Después de un corto período en que el diario estuvo bajo la dirección del mencionado abogado y de Horace Bushnell, pasaron a dirigirlo David Hale y Gerard Hallock, procedentes de un hogar pío de Nueva Inglaterra y, como Sidney, ambos habían escrito en el *Recorder*, de Boston. Por intermedio de los hermanos Morse conservaron sus simpatías hacia el periódico.

En el *Journal of Commerce* fue que el artista publicó su respuesta a la *North American Review*, en defensa de la Academia Nacional. Cuando partió al extranjero, se le solicitó que fuera corresponsal exclusivo. Más tarde halló en sus columnas apoyo para sus ambiciones políticas. Se enorgullecía del ingenio de Hale y Hallcock

para conseguir noticias; del barco que tenían para alcanzar a los buques provenientes de Europa y recoger las nuevas, antes de que llegaran a puerto; de sus relevos de caballos para Washington, que superaban a otros de la ciudad.

En algún sitio, en una de las fiestas en Albany, un pintor perteneciente a una familia de la aristocracia se encontró con una inglesa de su misma clase. La delicadeza de la señora de Basil Hall se sintió ultrajada por las abundantes posadas de los Estados Unidos, los caminos intransitables, la curiosidad impertinente, los espantos y las mujeres que no resistían un examen de sus trajes de noche. Mientras tanto, languidecía por las finuras que había conocido en Londres y Madrid. «Últimamente me he encontrado aquí —escribía a su casa en el otoño de 1827— con un pintor norteamericano, un tal Mr. Morse, que siente absolutamente esa falta de sus compatriotas, y se sintió encantado de encontrar una persona a quien expresarle esto. Ha pasado varios años en Gran Bretaña y percibe de manera notable el contraste de esta sociedad trafagante y lucrativa, con la que allí tuvo el gusto de frecuentar, y suspira por la comunidad de pensamiento que en su patria no puede esperar hallar»^{xxxii} (17). Si la señora de Hall entendió que Morse no abrigaba dudas acerca de las virtudes de la sociedad europea, se equivocaba.

Ese otoño, mientras se hallaba en Albany, tuvo una experiencia de la delicadeza de espíritu que podía florecer aún en los yermos norteamericanos. Moss Kent, hermano del rector Kent, le llevó a su posada varios volúmenes de manuscritos, explicándole que eran obra de una muchacha delicada y hermosa que había fallecido a los diecisiete años. Como el magistrado le habló del encanto melancólico de la autora, Morse se preparó para tener en cuenta generosamente su aprecio sentimental. Sin embargo, a medida que leía los manuscritos, su inclinación a protegerla desaparecía, y por un poema protestó: «¿Puede ser éste obra de una muchacha de catorce años?» Cautivado por la exquisita sensibilidad de los poemas, declaró que debieran publicarse. Eso era precisamente lo que Kent aguardaba que le dijera, y le pidió que los editara, cosa que en el calor del momento el artista aceptó. Después

^{xxxii} No sólo se publicaron sus cartas, sino también las de su no prohibido esposo, el capitán Hall. Ellos provocaron lo que la señora Trollope llamó un grito de guerra en todas las aldeas norteamericanas. Como su esposa, el capitán manifestó un juicio singularmente bueno acerca de Morse. En una serie de cartas, editadas por Bloodgood, el amigo del artista, escribió: "En pintura, los yanquis están haciendo maravillas... ¿Necesito nombrar a Newton, Alston, Leslie, Sargeant, Vanderlyn y Morse, todos los cuales han estado en el extranjero?... Hay una nueva institución en Nueva York, la Academia Nacional... que... ha logrado gran apoyo y se halla en manos de hombres hábiles." *An Englishman's Sketch Book* (Nueva York, 1828), pp. 189-90.

de todo, ¿no se llamaba acaso Lucrecia? Su belleza morena, su pureza, su muerte prematura, ¿no eran como las de su Lucrecia?

Lucrecia Davidson era la preferida de los padres, de gustos literarios y de medios económicos desahogados. Cuando Kent cayó bajo su hechizo, obtuvo permiso para ser su tutor y llevarla de su hogar de Plattsburg al colegio de Emma Williard, en Troy. Con poca fe en sí misma, la «pequeña Safo» componía sola, y si alguien cometía el error de observar sus inconclusos versos, ella caía en un instante, de sus éxtasis, en la desesperación y los quemaba o los abandonaba para siempre sin terminarlos.

Dentro de los dos años de su desaparición, Morse había efectuado la selección de los poemas y trazado un esbozo biográfico de la autora. Bajo un contrato cuya alusión a las ganancias era secreta, realizado por Kent y Morse ⁽¹⁸⁾, los Carvill, de Nueva York, lanzaron el volumen, con el título de Amir Khan. Morse le envió ejemplares de él a sir Walter Scott, a Felicia Hemans y a Robert Southey. Se suponía que el artista conocía a Southey, pero la redacción de la nota a él no nos da ningún indicio de que existiera tal amistad.

Mayo 1 de 1829.

Al doctor Robert Southey

Me he tomado la libertad de pedirle que acepte el volumen que acompaña a ésta.

No puedo sino sentirme orgulloso de que una persona que se ha tomado un interés tan profundo en el genio joven de White, pueda hallar algo para agradecerle en los destellos de genio que surgen y florecen en el yermo, en la forma de una mujer de facciones de exquisita belleza, y que falleció, como White, cuando se hallaba en su período de surgimiento.

Southey le contestó en un artículo de once páginas, en la Quarterly Review, de Londres. Siguiendo la sugestión que Morse le hacía en su carta, comparó a Miss Davidson con Kirke White y también con Thomas Chatterton. Parafraseó y citó generosamente el esbozo biográfico y la crítica de Morse, concluyendo con palabras

que más tarde Edgar Allan Poe dijo que eran el doble de lo que la autora necesitaba para establecer su fama en la Inglaterra temerosa de los Estados Unidos.

«Estos poemas —declaraba Southey— acusan suficiente originalidad, aspiración, energía consciente y creciente vigor como para asegurar cualquier expectación, por más pletórica de esperanzas que sea, que pudieran haber abrigado el protector, los amigos y parientes de la poetisa desaparecida» ⁽¹⁹⁾.

Desde entonces creció la boga de las obras de Lucrecia Davidson. El rector Kent le escribió a su hermano Moss: «La atención que le presta el London Quarterly a las producciones de Miss Davidson debe ser muy satisfactoria para ti y tus amigos. Ha confundido a todos aquí y ellos se sienten avergonzados de conocer mejor su obra» (20). Jared Sparks sumó su voz al coro de los elogios, y la popular crítica Catharine Sedgwick empleó sus cartas para trazar un cuadro completo de su vida ⁽²¹⁾.

Después de varias ediciones de sus poesías, Poe escribió: «El nombre de Lucrecia Davidson es familiar a todos los lectores de poesía. Habiendo muerto a los diecisiete años, ha llegado a ser no menos famosa y, ciertamente, no más, por su genio precoz, que por sus tres biografías memorables: una por Morse, presidente de la Sociedad Norteamericana de Artes; otra por Miss Sedgwick y una tercera por Robert Southey». Fue también el autor del Crimen de la calle Morgue quien pronunció el certero juicio de que sus poemas poseían «sentido poético», mas no «vigor poético... Y al expresarnos así sólo sorprenderemos a los tontos» ⁽²²⁾.

A comienzos de 1827, Morse partió para el norte, a lo de su tío Arthur Breese, de Utica, en busca de descanso y quizá de algunos trabajos pictóricos. Mientras dormía la hija de éste, de diecisiete años, alguien le dio una serenata en su ventana. La muchacha no se despertó. A la mañana siguiente, mientras se lamentaba de haber perdido el placer de escucharla, Morse conversó con ella en tono de broma, acerca de su versatilidad.

—Prima —le dijo—, soy escultor, lo mismo que pintor, algo músico ¡y puedo escribir poesía!

Ella estaba perfectamente enterada de que sabía pintar, pues les estaba haciendo un retrato y sendas pinturas a sus padres. Pero, ¿era realmente capaz de escribir poesías?

—Dame un tema —insistió— y mañana te entregaré los versos. —Toma el de la serenata — le sugirió la jovencita.

A la mañana siguiente el artista compuso los versos, que la chica conservó toda su vida. Estaban escritos a la manera de Miss Davidson:

*Venid vosotros que a la hermosa doncella conocéis,
Y a preparar la serenata me ayudaréis...
Escoged la flauta suavemente inspirada,
La corneta melodiosa, el generoso laúd,
El violón no debéis olvidar
Y el alegre caramillo.
Y el grave fagot; escoged también el pífano,
Cuyas melodías rivalizan en armonía,
Mezclándose en el misterio con las palabras
Que se confunden con el canto de los pájaros!...
¡Suavemente!, ejecutad ahora la sinfonía,
Ejecutad tan dulcemente, para que las tonalidades compitan
En suavidad con las notas mágicas
Oídas en sueños; música que flota
Tan animada,' que bien puede parecer
Con acentos etéreos en sus sueños.
¡Una canción de origen tan misterioso,
No se sabe si viene del cielo o de la tierra!
¡Tocadla!, mi amada dormita todavía.
¡Tocadla!, ella no se despierta por la emoción
De alegría producida por acentos tan suaves.
Pero la fantasía los torna alegres y turbulentos.
Ahora la música declina profundamente;
Es el suspiro de las bosques de pino,
O las cascadas caprichosas, o las aguas agitadas.
Ahora, mientras el tono se hace grave o agudo,
Es el susurra del arpa de Eolo,
Las dinámicas de las violones, ora suaves, ora fuertes;*

*Es el espíritu cantando en una nube
Pasajera. Desaparece gradualmente
Con tal suavidad que ella apenas puede decir
Que se ha ido; ¡escuchad!, se ha perdido, ella la teme;
¡Escuchad! y pensad nuevamente que ella escucha
Como gotas de rocía formando una corriente;
Para ella todo esto es un sueño dichoso,
Una canción de ángeles exaltados en la luz
¡Suavemente!, ¡fuera! ¡Hermosa, buenas noches!*

Poco después, el poeta en ciernes se encontró en Nueva York con sus amigos Gulian C. Verplanck y Robert C. Sands, que estaban recogiendo material para el segundo número de la recopilación anual que iban a publicar junto con Bryant. Le pidieron a Morse que colaborara.

—Si esto se adapta —les contestó, sacando del bolsillo una copia del poema—, está a disposición de ustedes ⁽²³⁾.

Pocas semanas después, sin la más mínima confusión, le solicitaron que preparara una ilustración del poema. Y al poco tiempo apareció «La Serenata» en *The Talisman* for 1828, acompañado de un grabado que representaba una torrecilla cubierta por una vid, ante la cual los trovadores ejecutaban a la luz de la luna. Pero el primer poema que dio a luz fue, asimismo, el último, porque acertadamente encauzó su pluma fácil hacia otras formas que se adaptaban admirablemente a su vigor y a su lógica; hacia los temas políticos, la denuncia de las injusticias sociales, la defensa de la academia y eventualmente su telégrafo.

Morse tenía ahora una reputación que perder. Ya no podía emprender excursiones en busca de trabajos pictóricos, tales como aquella que lo llevó de Portsmouth a Portland, para encontrarse solamente con que dos probables clientes se hallaban afuera y que un tercero no tenía «más gusto que una vaca» ⁽²⁴⁾. Estaba aprendiendo a confiar en amigos y parientes de los Estados del norte, tales como sus tíos Arthur, de Utica, y Samuel, de cerca de Sconandoa. Con la dirección de ellos, esos veranos había pintado en Utica, Sconandoa, Cazenovia, Whitesboro, Trenton Falls, Cherry Valley y Cooperstown.

En el verano de 1829 estuvo en el norte, durante una larga permanencia, en Cooperstown, en la margen del lago Otsego. Cooper ya había bautizado al lago con el nombre de «espejo reverberante» y puso en circulación una serie de tradiciones que exaltaban al pueblito. El novelista no se hallaba a la sazón en el pueblo; tres años antes había sido enviado por «The Lunch» a Europa, habiendo sido despedido con un gran banquete. Pero había allí otras personas a quienes conocía el artista, de entre las que se destacaba el futuro general John A. Dix, que antes había cortejado a la belleza morocha de Concord, Lucrecia Walker, pero que ahora no conservaba rencores contra su ex rival.

Después de la visita, la señora de Dix escribió diciendo que estaba un poco asustada con Morse, «considerando que sólo lo he visto dos veces antes, además de haber estado en Europa y ser miembro de la moda predominante, lo mismo que de sociedades literarias y filosóficas. Es sumamente agradable y constituye la admiración de las damas jóvenes de aquí, no obstante ser viudo con tres hijos, y que le asomen algunas canas entre sus cabellos. Hace retratos admirables, a veinticinco dólares» ⁽²⁵⁾. En la sociedad, Morse era una persona muy festejada, aunque condenaba algunos de sus proceder.

Desde el prado de Apple Hill, la casa de los Dix, el artista pintó un paisaje encantador. Al pie de la colina, a lo lejos, está situado el nacimiento del Susquehanna, el «espejo reverberante», circundado por colinas distantes. A una distancia media se observa un carro que cruza un puente. Del primer plano se eleva, en una curva suave, la silueta de un delgado pino, recortada contra un cielo luminoso. Cerca del árbol, en el prado, se ve a dos mujeres, que posan con una delicadeza exquisita. Acaso era el encanto de la obra o tal vez la ausencia relativa del tono marrón —que prevalece de manera tan característica en sus paisajes y en los de sus amigos—, lo que hacía tan atrayente a la composición pictórica. Dix estaba entusiasmado, pero el autor ya había conseguido comprador: su amigo, el editor Bloodgood. Recién al paso de muchos años, la obra, uno de los mejores paisajes del artista, pasó a manos de la familia Dix.

Al abandonar Cooperstown estaba por fin dando término a sus proyectos de finalizar sus estudios en Europa. La pobreza había sido lo único que años antes le había impedido cruzar el Canal de la Mancha, de Gran Bretaña a Francia. Ahora contaba

con el apoyo pecuniario que le reportarían sus trabajos en el Viejo Mundo, para los que había sido apalabrado.

Sin tales estudios había logrado realizar muchas cosas, pero la mayoría de ellas pertenecían a otros terrenos, no al arte. Su versatilidad, unida al tiempo desocupado con que contaba, producían en él una liberalidad sorprendente, tanto en las sendas generalmente ligadas al espíritu —hacia la poesía, la crítica literaria y los inventos—, como dentro de las fronteras por lo común relacionadas con lo exterior— hacia la dirección de los hombres, la política, la oratoria firme, audaz e informativa.

El artista había revivido su interés, aparentemente como un demócrata de Clinto⁽²⁶⁾, en lo que su madre hubiera llamado «venenos políticos»⁽²⁷⁾. Actuaba como secretario de actas de una biblioteca, el Ateneo de Nueva York⁽²⁸⁾. Continuando con su interés en la ciencia, escuchó al profesor James Freeman Dana pronunciar sus brillantes conferencias ante el público del Ateneo⁽²⁹⁾, sobre electromagnetismo, que dos años antes había sido descubierto en Europa. Entre el auditorio del citado profesor se hallaban, desconociéndose mutuamente, tres personas que iban a unir sus fuerzas para adaptar el electroimán a las necesidades humanas: Morse, Joseph Henry y Leonard Gale.

La electricidad estaba ahora tan en su mente que en una conferencia sobre arte, a manera de ilustración, se le ocurrió describir el paso de una corriente eléctrica por un alambre⁽³⁰⁾. No es de extrañar, pues, que James B. Longacre, de Filadelfia, uno de los mejores grabadores del país, haya dicho que su conversación era «rica e instructiva», particularmente en el tema de las artes, pero, asimismo, «en casi todos los temas»⁽³¹⁾. Sin embargo, nuestro hombre no estaba contento con su práctica profesional, aunque fuera el primer artista de Nueva York. Estaba convencido, no sólo de que no progresaba en el arte, sino también de que declinaba. A los treinta y ocho años, con sus cabellos tomándose grises y arrugas profundas alrededor de su boca, creía que aún le sería dable aprender.

Económicamente se desenvolvía con mayor soltura. Después de abandonar su casa grande, vendió sus muebles y adornos a sus hermanos, y todavía les adeudó novecientos cincuenta dólares. Su hermano Richard, con seguridad determinó cuidar de que no le pidiera más dinero prestado, cosa que Finley fue lo

suficientemente bueno como para olvidar en los días de riqueza que lo aguardaban.. Por fin vendió su Recinto del Congreso por mil o mil cien dólares, a Sherman Converse, para que lo expusiera en Londres. De esta suma, empleó cuatrocientos dólares en pagar una deuda a Arthur Tappan, del Journal of Commerce, y el resto lo abonó a sus hermanos. Pero las diferentes personas que le encargaron que realizara en Europa algunas pinturas, fueron las que le hicieron posible su ida al extranjero. La lista de sus protectores incluía a muchos hombres de negocios de Nueva York: Phillip Hone, Myndert Van Schaik, Stephen Van Rensselaer, G. G. Howland y Moses H. Grinnell. También figuraban en ella Moss Kent, Charles Carvill, el cuñado del artista, Charles Walker; el secretario de la Academia Nacional, J. L. Morton; el primo de Morse, Stephen Salisbury, de Worcester; el médico más conocido de la ciudad, el doctor Hosack, y Bloodgood, editor de Albany.

Algunos de los protectores dejaban librado al criterio del artista la elección del tema; otros especificaban sus deseos. Los precios de las obras oscilaban entre treinta y quinientos dólares. Se propuso partir, con el total de dos mil ochocientos dólares que le habían ofrecido y con la esperanza de que, después de haber estudiado nuevamente pintura histórica en Europa, el Congreso le encargaría la pintura de los paneles de la rotunda, que Bulfinch casi había completado en el Capitolio.

Retiró a sus hijos del cuidado de Nancy. La pequeña Susana halló hogar durante un tiempo con su tía y tocaya Susana Walker Pickering, en Greenland, New Hampshire. Los muchachos, Charles y el retraído «Fin», fueron instalados en el hogar de los hermanos del pintor (Richard se había casado entonces). Con la situación económica y la familia relativamente arregladas, partió de Nueva York para su gran gira, en noviembre de 1829.

Capítulo 11

Un puritano en busca de belleza

Lo más significativo de su estancia de dos semanas en París fue la noche pasada con Lafayette. Era la primera vez que veía al general, después de haber pintado su

retrato, cinco años atrás. La reacción clerical y de los emigrados recientemente, lo había obligado a abandonar su banca en el Parlamento. Pero ahora, aunque de veinticinco millones de franceses sólo podían votar quince mil, una tendencia liberal entre los electores lo había restituido a su puesto, y era nuevamente una voz importante en el coro de descontentos. En una de sus soirées, el marqués lo conoció de inmediato, lo tomó de ambas manos y le pidió insistentemente que visitara su lugar de nacimiento, La Grange. Al pintor le pareció que el general y político francés contaba entonces con el respeto de los mejores hombres de Francia; pero no podía saber que en su próxima visita a la Ciudad Luz sería el símbolo del orden en una época de caos.

Impaciente por ponerse a trabajar, emprendió viaje a Dijón. La fatiga del traqueteo del coche durante tres días y dos noches fue compensada por la presencia de una hermosa pasajera. Ella no hablaba inglés ni él francés, pero esto no fue óbice para que pasaran momentos de deleite tratando de entenderse mutuamente.

En Dijón detúvose para descansar y evitar de viajar en domingo. Aunque familiarizado con los servicios religiosos anglicanos desde la época de su estancia en Londres, puede haber estado poco enterado del ritual católico hasta el momento en que en dicha ciudad francesa concurrió a una iglesia de esa religión y primero registró sus impresiones que iban a convertirse en la década siguiente en la fuente emocional y real de muchos de sus libros y panfletos políticos. Enterado por el propietario de su casa de que no había Ministro protestante en la ciudad, concurrió a una iglesia católica, avanzó hacia el altar, entre los fieles arrodillados, en el que se oficiaba un funeral. «La ceremonia era larga y complicada, pero apenas había algo en ella que fuera imponente —escribió—; su falta de espíritu era tan manifiesta, en particular en la conducta de algunos de los concurrentes, que parecía una broma solemne. Una persona especialmente, que parecía enorgullecerse de la manera en que vociferaba el Amén, dirigía la mirada al grupo de fieles, pestañeaba y reía con varias personas, y me extrañó que no fuera advertida y censurada por el sacerdote, por la extravagancia de sus maneras y su forma de gritar del modo más irreverente, terminando con una carcajada ⁽¹⁾.



LAFAYETTE — Por Morse, 1825. Estudio realizado para el retrato de tamaño natural encargado por la Corporación de Nueva York. (Biblioteca Pública de N. York).

Ese mismo día, durante el almuerzo, un organillo tocó vales para él y otros turistas norteamericanos. Pero juzgó que la música no era apropiada para el domingo. El coche en que viajaba llegó a Aviñón en domingo. En esa vieja residencia de papas tampoco había servicios religiosos protestantes. Estudió en la catedral a los fieles por las muestras que daban de su devoción.

«Lejos estoy de decir que no había algunos que realmente eran devotos, por más difícil que sea convencerse de ello; pero debo manifestar que todo a su alrededor, lejos de alentar el fervor religioso, estaba calculado de modo de neutralizarlo» ⁽²⁾.

Aun en el espíritu de un artista devoto, que una vez intentó profesar el sacerdocio en una iglesia ritualista, Dios y la belleza no estaban unidos espontáneamente. La música, el color, la riqueza de las piedras, sólo alejan al espíritu de la contemplación de lo eterno, guiándolo al mero encanto de los sentidos. Así juzgó que debía ocurrirles a los fieles. La música en la misa de la mañana y el coro de voces masculinas que esa noche pasó bajo su ventana, lo conmovieron; sin embargo, evitó entregarse a la belleza sensual. Porque necesitaba algo más en domingo. Necesitaba una instrucción religiosa más sobria y positiva.

A través de la lluvia y los rayos de la luna, su coche ascendió y pasó por tumultuosas cataratas, hacia los pintorescos Apeninos. En las dilatadas laderas la arcilla parduzca matizaba con la marrón y la amarillo oro. En el fondo, la pizarra azul y gris se mezclaba con verde y púrpura; los picos más distantes eran de profundo azul ultramar. Al terminar el cruce de las montañas, el coche descendió al río Vara. El viajero se divirtió al observar la sangre fría con que las «mujeres de la clase más inferior» ⁽³⁾ se levantaban las polleras arriba de las rodillas para vadear el río.

Más de cinco semanas después de haber abandonado París, vio a la distancia la cúpula de San Pedro, a las 9 de la mañana. Hacia las 14 horas el coche había entrado en Roma, la ciudad que Morse, como artista, llegó a amar y, como religioso y ciudadano yanqui, a detestar.

Alojado en Vía Preffetti 17^{xxxiii}, pronto se abocó al trabajo en las galerías del Vaticano, con espíritu elevado, pensando en la perspectiva de pasar más de un año realizando los encargos pictóricos que lo habían llevado al Viejo Continente. No parecía del todo imposible que pudiera complacer a quienes habían financiado su viaje.

Más tarde visitó otras galerías, observando por vez primera muchas grandes pinturas. Los comentarios que insertaba en su libro de notas eran a menudo atinados y seguros, como los de un pintor que ha logrado su propio estilo.

En el Palacio Colonna halló una pintura con sorprendente armonía en sus colores. Era un retrato del siglo XVI de uno de los miembros de la familia Colonna, realizado por Pablo Veronés y titulado Cuadro verde. Estaba pintado a un solo color y le

^{xxxiii} Una placa conmemorativa de Morse fue colocada en ese sitio a fines del siglo pasado.

demostró al artista que una pintura hecha en una sola tonalidad podía lograr armonía en sí misma. Tal como le relató a su amigo Dunlap años más tarde, estaba frente a esa obra cuando formuló su teoría del valor de la distribución del color en la pintura ⁽⁴⁾. Anotó en su libro:

«Una cortina en el fondo, verde violento, tinte medio; mangas, suaves; chaqueta, que está en una masa de luz, lo mismo que las luces da la cortina, SUBIDA; cuello blanco, la luz más alta, in suave!!!» ⁽⁵⁾.

A medida que estudió la obra, le surgió el principio: para el equilibrio en la pintura, las luces más altas debían ser suaves, lo mismo que el medio; la masa de luz subida, el reflejo violento y la sombra negativa. Esos valores y color en la pintura, mantenidos en una relación fija, le parecían de acuerdo con lo natural.

Cuando el tiempo le ofreció la oportunidad, probó su teoría. Colocó una bola blanca en una caja rayada de blanco. El punto de luz más elevado en la bola parecía suave, en comparación con el resto de su color. Repitió el experimento con bolas de color naranja, en cajas del mismo color, y con bolas y cajas azules. El resultado era idéntico. Continuaba probando su teoría. Una pintura de Rubens lo había impresionado como poseedora de un sentimiento «astuto»; examinándola se percató de que la desarmonía provenía de las sombras. Según su teoría, ellas debieran ser de tono negativo, en cambio en esa pintura eran violentas.

El Ticiano y el Veronés eran sus coloristas preferidos. Sólo los admiró más cuando sus amigos lo instaron a que estudiara a Landi, un artista italiano contemporáneo de esa época, para adquirir habilidad en el color. «He oído a sus compatriotas elogiar de manera extraordinaria —escribió Morse— a Landi, el caballero Landi, como el más grande de los coloristas modernos. En ninguna de sus obras hay un atenuante, ninguno que pudiera colocarlo a la altura de los pintores de letras más comunes de los Estados Unidos...



LAFAYETTE. Por Morse. Retrato de tamaño natural encargado por la Corporación de N. York.

Si el descuido total del arreglo, si el desparramo chillón del rojo, el azul y el amarillo sobre el cuadro, todos luchando por el predominio, si el cutis color cuero variado por los colores de la tiza, sin realismo ni profundidad en las tonalidades; si todo eso, digo, constituye buen color, entonces el color en ellas está finamente administrado. Pero si Landi es un colorista, Ticiano y el Veronés nunca más serán admirados» ⁽⁶⁾. En escultura, consideraba al danés Bertel Thorwaldsen el artista más grande de su época, como también lo hacían muchos estadounidenses del período. Philip Hone le

había encargado que pintara cualquier retrato que eligiera. ¿Qué mejor que el del escultor? Thorwaldsen aceptó.



Figura 8. «PEQUEÑA SEÑORITA» HONE, 1824-1825. Probablemente la sobrina del alcalde Philip Hone. (Obra de Morse). (Cortesía de Mrs. Edward Bok)

Habiéndolo encontrado una noche, Morse lo describe como un hombre aparentemente de edad avanzada, con «abundantes cabellos grises, desparramados desordenadamente sobre la frente y las orejas. Su rostro tiene un notable acento

norteño; de ojos gris claro y cutis grueso» ⁽⁷⁾. Agradado por el afable caballero, deseó pintar su retrato.

Los que se consideraban a sí mismos guardianes del gusto acusaban a menudo al artista danés de ser un imitador de la escultura griega. Pero Morse no se contaba entre los norteamericanos que levantaban su voz en pro de una escultura desembarazada de la influencia clásica. Después de estudiar sus obras, llegó a la conclusión de que el escultor había nacido «en la mejor época del arte griego; imbuido del espíritu de ese período y produciendo con sus propios recursos obras emparentadas con esa escuela» ⁽⁸⁾. Al norteamericano le pareció que Thorwaldsen tenía especial cuidado en no mostrar demasiada atención para con él. Para su regocijo, el escultor lo invitaba a salir a caminar por las noches. Desgraciadamente, sin embargo, se sentía alejado del fino pensamiento crítico del artista danés por el curso que siguieron los arquitectos de Babel.

Cinco meses después de haber posado por primera vez, Thorwaldsen le expresó al pintor el placer que le produjo el retrato terminado. Remitido a Mr. Hone, su autor no vaciló en decirle que era una excelente obra. El ex intendente estuvo de acuerdo en ello, como más tarde lo hizo el rey de Dinamarca.

Cuando Hone examinó en la Academia Nacional de Dibujo, en su debida oportunidad, algunas de las obras de Morse y Cole, inspiradas en temas europeos, llegó a la conclusión de que el sol resplandeciente de Italia no había caldeado su imaginación artística. Escribió diciendo que en sus pinturas no había poesía y que «su prosa consistía en líneas rectas, que parecen haber sido estiradas hasta el máximo para formar un soga de colgar ropa». No obstante, estaba «bien al tanto de los principios de su arte» y «pinta buenos retratos, de un parecido notable; el retrato del rector Kent es muy bueno y el de Thorwaldsen, excelente» ⁽⁹⁾.

Este último retrato estuvo colgado en la galería del patricio Hone, en primer término, en la casa de frente al parque de la Municipalidad, luego, después de 1837, en la parte alta de la ciudad, en su nueva mansión, ubicada en Broadway y Great Jones. Allí quedó, en una de las mejores colecciones privadas, al lado del Rector Kent, también de Morse, de su estudio de Lafayette y junto a pinturas de muchos de los compañeros del artista de Nueva Inglaterra: Cole, Leslie, Ingham, Dunlap, Gilbert, Stuart Newton y Rembrandt Peale. Un cuarto de siglo después de haber

pintado el retrato del escultor danés, su autor hizo una visita a su tumba y museo, en Copenhague. La hospitalidad que le proporcionó el rey Federico VII le inspiró el deseo de obsequiarle el retrato de Thorwaldsen. Años después de la muerte de Hone, la obra pasó a manos de John T. Johnston, el primer presidente del Museo Metropolitano de Arte, quien había abonado la suma de cuatrocientos dólares por ella, vale decir, cuatro veces el importe que recibió de su creador. Enterado del deseo del artista, Johnston le rogó que lo aceptara en calidad de obsequio. Por fin el artista le presentó su amado Thorwaldsen al rey de Dinamarca, quien lo aceptó como el mejor retrato del gran escultor danés.

Los días de Morse transcurrían entre las pinturas del Vaticano y del Palacio Colonna, y en visitas a las inagotables colecciones de obras de arte de la Ciudad Eterna. Ocupaba sus noches concurriendo a menudo a conciertos, representaciones teatrales y operísticas; en soirées ofrecidas por artistas o protectores del arte, y en paseos por las colinas o las ruinas de Roma.

En los teatros no observó mujeres desenfundadas como las que concurrían a las salas en Gran Bretaña y los Estados Unidos. No era que en Roma hubiera menos vicio; no —escribió—; la prostitución en la Unión, deforma la superficie, como la risa; aquí todo el sistema está descompuesto hasta sus bases. Le parecía que sin el teatro miles de romanos morirían de tedio por deseos de pensar o más bien deseos de tener en qué pensar. El teatro ocupaba en sus mentes el lugar que debieran haber llenado la teología y la política. Por supuesto que el gobierno apoyaba al teatro, pues no deseaba que la gente pensara. «Pero, ¿qué tenemos que hacer nosotros en los Estados Unidos con el teatro? ¿No tenemos toda clase de temas abiertos a la discusión o la conversación? ¿No es acaso cierto que la religión, la política y la ciencia sufren libremente los embates de sus enemigos y, por lo tanto, requieren el tiempo de todos los hombres inteligentes para que las estudien, comprendan y defiendan, adquiriendo ellos mismos fuerzas en la verdad?»⁽¹⁰⁾.

El norteamericano no juzgaba que el drama fuera un arte. Para él, el teatro era simplemente una distracción, tanto de la vida práctica como del goce de la felicidad hogareña. Pese a su herencia de recelo hacia todo lo que tuviera atingencia con el histrionismo, conoció suficientemente al teatro en Nueva York, Londres y Roma

como para poder hablar de él con autoridad. Porque era demasiado curioso para ignorarlo.

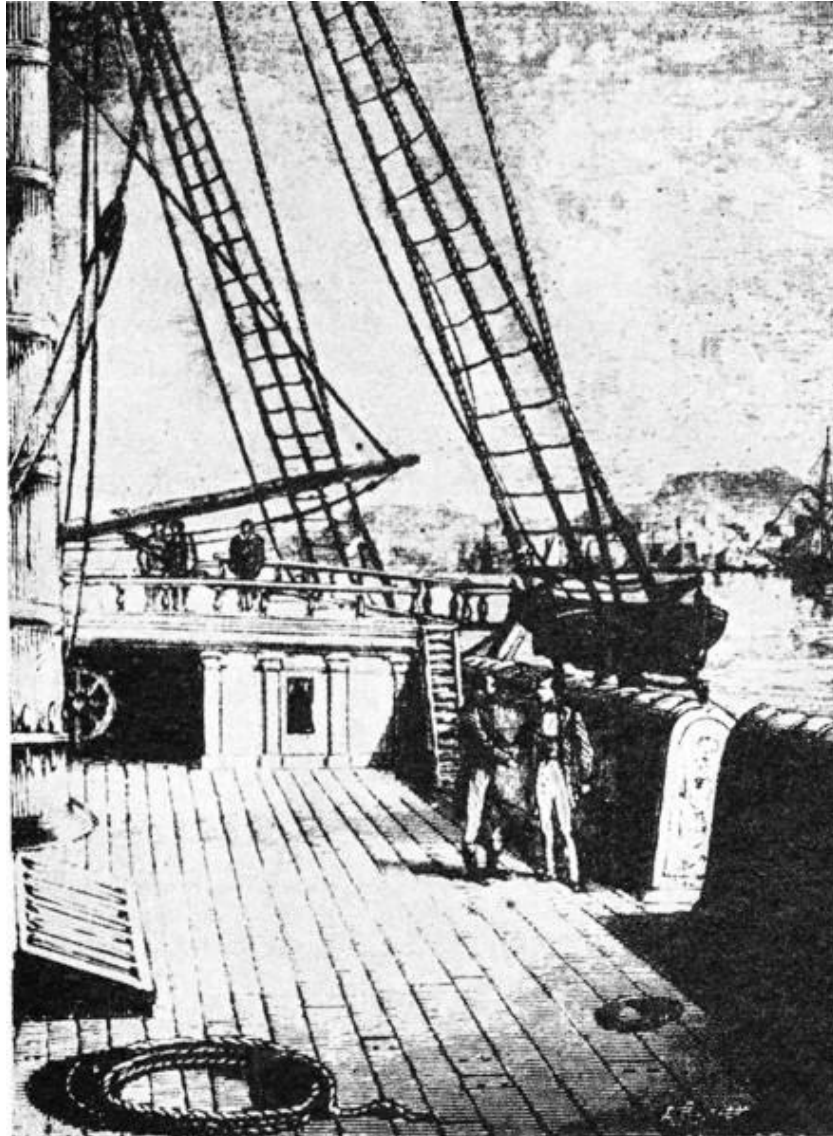
En la sociedad cosmopolita de Roma halló oportunidades admirables para discernir las actitudes nacionales hacia los extranjeros. En materia de amistad, un inglés, según pudo observar, no saludaba a nadie, salvo que se le pidiera que lo hiciera; lo trata a uno como si fuera una silla o una mesa. Un francés saluda respetuosamente a todos los que se encuentren en una sala, conversa amistosamente y luego los olvida. Excepto que medie algo que lo evite, un norteamericano lo conocerá a uno después de verlo una sola vez; puede ser demasiado confiado, pero es más generosamente sincero que los otros dos. La franqueza yanqui constituía el ideal de afabilidad para el artista, a medida que se acostumbraba al ambiente romano.

Pasando algunas noches con Thorwaldsen o James Fenimore Cooper, desataba sus bromas sobre una taza de café en el Callé Greco, de atmósfera saturada de humo, por el cual pasaron en diversas épocas Reynolds, West, Turner, Keats e Irving ⁽¹¹⁾. O caminaba por las colinas que se elevaban por sobre la ciudad, con John Chapman, el joven pintor de Virginia, o Theodore Woolsey, más tarde presidente de Yale. Una clara noche de junio se deslizó solo de su alojamiento. Caminó pausadamente, pasando por el Foro en ruinas y el Arco de Tito, y penetró en el Coliseo; allí experimentó una sensación de felicidad, regocijándose en profundo reposo. A veces se entregaba de buen grado a sus amigos y gastaba excesivamente sus recursos; algunos momentos amargos los pasaba solo.

En las mañanas frescas del verano de Roma las calles y los cafés se hallaban animados. A mediodía cesaba el bullicio, pues los comercios y las casas se cerraban. La ciudad dormitaba. El calor era diferente del que había soportado en su patria, aun en Charleston. El sol tostaba la piel; sus rayos le hacían doler los ojos. Aunque los atardeceres constituían un alivio, no eran tan refrescantes como las excursiones a las afueras de la ciudad.

La mayor parte del mes de mayo la pasó con sus amigos en una alegre jira por el Tíber y Anico hasta Tívoli y Subiaco. Cabalgaban en burros o trepaban las colinas, con los equipos de pintura colgados a sus espaldas como mochilas. A menudo se detenían para pintar trovadores, pastores o mujeres campesinas, porque mientras la gente del pueblo de su patria —sirvientes negros o pescadores yanquis— no eran

dignos de su atención, como de la de muchos artistas norteamericanos, consideraba pintorescos a los campesinos italianos.



MORSE DESPIDIÉNDOSE DEL CAPITÁN DEL «SULLY». Cuando se le pedía un cuadro del «Sully», del que parece no existir ninguno, Morse indicaba este trabajo imaginativo de «Les Merveilles de la Science», de Louis Figuier. (París, 1867-69).

Su don de entusiasmo pronto halló campo de expansión en Subiaco. Mientras caminaba por un bosque de acebos, en los campos de un convento, llegó a la conclusión de que había hallado el sitio ideal para su retiro. Extendió su mirada por las montañas cubiertas por bosques y recordó la similitud con la fresca y abigarrada campiña de su país. A la distancia, los altos picos se tornaban de color gris; las

colinas cercanas mostraban unos senderos tortuosos y descendentes, por los que marchaban manadas de ovejas cual una senda en movimiento. Ni siquiera el soroco que soplabla caluroso de los desiertos africanos lograba perturbar su tranquilidad. Pronto encontró el sitio apropiado para realizar uno de sus pocos paisajes. Campesinos ataviados con trajes pintorescos, frente a una capilla de piedra, en un risco escarpado; árboles mecidos por el viento, en una garganta en el frente; a la derecha del paisaje y en el fondo, la ciudad de Subiaco, sobre una colina. Ya tenía una composición, que más tarde completó en Roma, intensificando el contraste entre las figuras oscuras del frente y las colinas brumosas que asoman por detrás, poetizando las siluetas de los árboles que se observaban en la garganta. Aunque la fuerza de la severa capilla resta equilibrio a la pintura, Capilla de la Virgen en Subiaco ⁽¹²⁾ demuestra que la belleza agreste de los Apeninos había penetrado su ser.

Ese paisaje fue uno de los tantos que envió a los Estados Unidos durante el año y medio de estada en Italia, durante la cual no olvidó a la Academia Nacional. A Morton, su secretario, le envió varias estampas, mencionando a Thorwaldsen entre los donantes, y una carta de presentación para su amigo el conde Hawks le Grice, como corresponsal literario de la Academia en Italia. Durante varias semanas después de haber partido de Nueva York, Morse había considerado la aceptación de la corresponsalía del Journal of Commerce, pero declinó el ofrecimiento juzgando que el tiempo que necesitaría para redactar sus cartas estaría mejor empleado trabajando con sus pinceles. Empero, no le faltó tiempo para enviar correspondencia al Observer y aun para hacerle llegar al doctor Hosack gajos de las vides de Pergolese y Pizzutello.

Protestante, Morse sabía que entre los fieles italianos, era considerado un alma perdida. Y él mismo se encontraba a gusto entre los protestantes que juzgaban a los católicos de la misma manera. Sea que pudiera ser tildado o no de irremisiblemente prejuiciado hacia los católicos, no podía ser acusado con justicia de ignorancia de sus formas de culto y jerarquía.

Frecuentemente presenciaba las ceremonias católicas y lo hacía hasta con avidez durante las fiestas de Pascua, poco después de su llegada a la Ciudad Eterna. El 18 de marzo concurrió a la ceremonia de entregarles las mitras a los cardenales; al día

siguiente, en la Basílica de San Pedro, tuvo oportunidad de presenciar una procesión de cardenales besando los pies de San Pedro; el 21 del mismo mes en la Chiesa Nuova^{xxxiv}, asistió a la representación de una ópera sacra; el 24, en la Chiesa di Minerva, observó la fiesta de la Anunciación. El 28 del citado mes, Domingo de Pasión, no pudo concurrir a la iglesia a la mañana porque tenía dolor de muelas (el dentista que le extrajo la muela «tuvo la conciencia de cobrarme tres dólares, pero luego aceptó dos»)⁽¹⁶⁾; por la tarde concurrió a la misa, se dirigió a la Basílica de San Pedro para ver las cruces cubiertas con velos y los cuadros, y ascendió los ciento treinta y cinco escalones, pasó al lado de la multitud de mendigos, hasta la Trinità dei Monti, para escuchar su favorito coro de monjas. El 2 de abril volvió a escuchar el conjunto vocal y una misa de canonización. El Domingo de Ramos, el 4, después de la misa oficiada en la Capilla Sixtina, se unió a la procesión que paseó el lecho augusto en el que yacía el cuerpo de un cardenal que iba a ser sepultado. El miércoles y el jueves de Semana Santa fue a la Basílica de San Pedro. Pasó el Viernes Santo con unos amigos, tratando de hallar la misa más pintoresca; oyeron cantar el exquisito Miserere en la iglesia de San Silvestre, en Capite, y después de almorzar fueron a la Trinità dei Pellegrini para presenciar la ceremonia en que se lava los pies a los peregrinos.

Cualquiera que hubiese tenido la oportunidad de asistir a tal variedad de ceremonias religiosas y de haber visitado tantas iglesias habría recogido no pocas enseñanzas. Pero estas ceremonias eran en su mayor parte las que se efectúan en los días santos, y las iglesias estaban ubicadas en la ciudad en que tienen asiento los papas. Y Morse era un observador perspicaz. En su diario anota el color de las sotanas de los sacerdotes, el número de velas, la expresión de los fieles y los detalles de los movimientos en el altar.

No ha quedado registrado que lo acompañaran otras personas que no fueran almas desconfiadas y similares a la suya, como Cooper. ¿Nadie había entonces que pudiera explicarle las ceremonias? En su diario rara vez emplea la terminología católica. ¿No comprendió entonces las ceremonias, como cree un estudioso del catolicismo?⁽¹⁴⁾. Pero hacía tiempo que estaba familiarizado con el colorido ritual, porque con él se había puesto en contacto en la simpática compañía de sus amigos,

^{xxxiv} Iglesia Nueva. — N. del T.

en la iglesia de Gran Bretaña. En Roma se entrevistó con varias autoridades eclesiásticas. Un cardenal combatió vigorosamente sus puntos de vista religiosos; y más tarde mantuvo correspondencia y entrevistas con personajes de la iglesia ⁽¹⁵⁾. Por intermedio de su amigo inglés, el conde le Grice, mantuvo una agradable entrevista con el cardenal Weld ⁽¹⁶⁾; se hizo amigo del hijo del conde Spencer, que hacía poco hablase convertido al catolicismo y a la sazón vinculado al Colegio Inglés de Roma; con él mantuvo largas conversaciones sobre la conversión religiosa ⁽¹⁷⁾. Con su despierta curiosidad, probablemente Morse pidió una explicación de cada una de las ceremonias que no entendía. Que su diario no registre sus observaciones en lenguaje católico; que en la misa no viera el cuerpo y la sangre de Cristo, sino tan sólo los movimientos de los sacerdotes en el altar, demuestran únicamente que la interpretación de esa religión no lo conmovía. Y no podía ser de otro modo, pues para él no era verdadera.

Así, pues, entre los tesoros de la Capilla Sixtina, delinea de manera tosca la ceremonia:

«La procesión comienza a las 10:30. Una cruz con dos velas, una a cada lado. Los cardenales regresan durante el canto del coro; se despojan de sus atavíos y aparecen como de ordinario, con traje morado y armiño. Ponen incienso en el incensario. Libro de rezos. Muchos ayudan en la ceremonia de abrir un libro. El cardenal dice tres o cuatro palabras en un tono lento y penoso. Uno, en el medio de la sala, lee en un libro, con tono lento, penoso y de chico de colegio. Gran trabajo para traer de nuevo el libro. Canto, que en su mayor parte es monótono y pesado» ⁽¹⁸⁾.

Como un chico petulante, parece gozar con faltar el respeto a la autoridad. Habla de los sacerdotes gruesos, de su elocuencia que sonaba como el agua gorgoteando al salir de una botella de cuello estrecho y de un funeral oficiado con gran alegría. Las monjas pasando en procesión le parecían risibles; los sacerdotes en las fuentes de agua bendita distraían su tiempo en juegos y desfiguraban el panorama con sus trajes rústicos. Al Papa le hizo un tímido elogio por la resistencia de sus nervios. En junio, el día de San Pedro, en medio del usual *«canto del coro, las mismas innumerables reverencias y genuflexiones, el mismo incensar y cambio de*

vestiduras, y el mismo bullicio alrededor del altar.» Todo lo nuevo que pudo hallar en la ceremonia «fue el constante movimiento alrededor del Papa, besándole los pies y las manos, ayudándolo a levantarse y a sentarse nuevamente, alcanzándole y quitándole almohadones, túnicas, tiaras y mitras, y mil otras cosas que hubieran encolerizado a cualquier otro hombre de nervios débiles, si es que no lo habrían matado»⁽¹⁸⁾.

Aun fuera de la iglesia no pudo huir de su influencia funesta. Una mañana, en las galerías del Vaticano, observó a un monje que estaba mirando los cuadros. De pronto, éste saludó al artista y le ofreció un poco de rapé. Contestando el saludo, Morse aceptó; de inmediato el monje le solicitó una limosna. Cuando después de seis meses de permanencia en Italia, observó que no podía pedir una copa de agua en una choza, sin que le contestaran: *«Qualche cosa, signore»*, recordaba a los mendigos habituales que había visto y, como muchos norteamericanos residentes en Italia, culpaba a la iglesia romana de rodear a la mendicidad con una aureola de respeto⁽²⁰⁾.

Cierta vez, mientras pintaba en la calle, en Subiaco, pasó delante de él una de las usuales procesiones que entonan sus cantos, integrada por monjes, sacerdotes y familiares.

«Muchos de los que iban en la procesión, escribió, eran tan sucios, barbudos y andrajosos como no se pueden encontrar en otro lado; pero algunos de los capuchinos eran muy pintorescos; sus largas barbas les otorgaban grandeza y dignidad... No pude sacarme el sombrero mientras pasaban; si fuera simple cortesía no hubiera tenido inconveniente, pero esto habría significado aquiescencia en lo que juzgo idolatría y, por supuesto, no puedo hacer semejante cosa en la calle. Si entro a la iglesia, entonces me veo obligado a sacarme el sombrero como signo de educación, y si permanezco en ella, los curas estarían en su derecho si me obligaran a arrodillarme o a abandonar el templo; pero en la calle poseo mis derechos como extranjero; ningún hombre tiene la facultad de mezclarse en mis derechos de conciencia»⁽²¹⁾.

Poco después, un hombre realmente se mezcló. Mientras el artista se hallaba presenciando otra procesión religiosa, en una calle de Roma, un soldado le volteó el

sombrero. Mas no hubo desagravio. Sólo pudo reflexionar que no debía culpar al soldado; la religión de fuerza que ordenaba que los hombres debían descubrirse, era la única culpable del ultraje ⁽²²⁾. Sin embargo, ni entonces ni cuando consideró el intento del gobierno de apaciguar las discusiones sobre política y religión, analizó el vínculo de la iglesia romana con el Estado.

Como miembro de la iglesia protestante, desconfiaba del ritual católico y de su influencia; mas como artista amaba mucho de él. El Jueves Santo, el desdén del hombre religioso fue relegado a un lado por el amor del artista hacia el fausto. Desde las gradas más altas de la Basílica de San Pedro observó al Papa, vestido con su túnica bordada de dorado, mientras aparecía en un balcón, ante una enorme multitud de civiles y soldados. El Sumo Pontífice hizo los signos de la bendición, levantóse y extendió sus brazos bendiciendo, mientras la muchedumbre se arrodilló, rugió el cañón en el castillo de San Ángel y repicaron las campanas en toda la vecindad. Al artista le pareció la ceremonia más imponente que había presenciado en toda su vida.

¿Qué otra institución católica europea, si no mundial, sostenía obras de arquitectura, de escultura y de pintura como lo hacía la iglesia romana? Por ese apoyo, Morse no podía menos que sentirse agradecido. Empero, no le era dado desligarse de su tradición puritana: ¿no allanaba el arte el camino hacia la devoción? Ponderaba el empleo de cuadros en las iglesias protestantes.

Cuando se acercaba el momento de expirar su estada en Italia, visitó la catedral de Milán. Su belleza lo llevó a preparar una declaración, resultado de meses de reflexión, sobre el conflicto entre su amor a la belleza y su temor a ella dentro de la iglesia.

«¡Qué admirablemente urdidas —escribió— están todas las partes de este sistema para cautivar la imaginación! Es una religión de la imaginación; todas las artes de la imaginación están puestas a su servicio; la arquitectura, la pintura, la escultura y la música han brindado sus encantos para subyugar los sentidos e imponerse sobre el entendimiento, sustituyendo las verdades solemnes de la palabra divina, que están dirigidas al entendimiento, por lo ficticio de la poesía y los engaños del sentimiento. El teatro es una hija de esa madre prolífica de las abominaciones y un descendiente digno de su

progenitora. Se pretende que ambos enseñan lecciones de moralidad y de modo semejante, por el efecto escénico y la pantomima, y los frutos son casi idénticos».

A veces me siento hasta constreñido a dudar de la legitimidad de mi propio arte cuando me percato de su prostitución, si no fuera porque estoy totalmente persuadido de que el arte en sí mismo, cuando se lo destina para sus fines genuinos, constituye uno de los correctores más grandes de la grosería y gestores del refinamiento. Desde que he estado en Italia, me he sentido impulsado a pensar frecuentemente en lo propio que sería colocar cuadros en las iglesias para fomentar la devoción. Tengo, en verdad, varios motivos para inclinarme en favor de la práctica si consulto únicamente los intereses aparentes del arte. No abrigo la menor duda de que los cuadros pueden ejercer efecto y lo han ejercido realmente sobre algunos, para incitar las emociones y, considerada de manera abstracta, la práctica no sólo carecería de males sino que sería útil; pero, sabiendo que el hombre se pierde por su imaginación más que por ninguna otra de sus facultades, lo considero tan peligroso para sus mejores beneficios, que prefiero sacrificar los intereses de las artes, si existe algún antagonismo, antes que correr el riesgo de poner en peligro lo que frente a ello todo lo demás no merece ser considerado ni por un instante» ⁽²³⁾.

En Italia, Morse el artista no mostraba hostilidad hacia la Iglesia Católica, pero Morse el religioso sí. En Francia iba a hallar una base más sólida para su hostilidad, que la del religioso.

A comienzos de 1830, había pasado por París, cuando la Ciudad Luz estaba aún tranquila. En julio, el rey Borbón Carlos X había dado motivo para que se desatara la revolución en que se unieron las fuerzas de la burguesía y el proletariado, al insistir de manera estúpida en encadenar la prensa libre.

El burgués liberal Lafayette fue quien usó de su prestigio, de su edad y de sus antecedentes militares para evitar un conflicto entre las dos partes triunfantes. Persuadió al proletariado revolucionario para que aceptara al monarca liberal y constitucional, Luis Felipe. Con la bandera tricolor flameando al tope de los edificios públicos franceses, los liberales de todos los países cobraron aliento, y Metternich observó cuidadosamente la situación de la Europa inquieta, desde Viena, la

ciudadela de la autocracia. Los belgas se rebelaron con éxito del dominio riguroso de los holandeses. Los liberales asustaron a los reyes de Sajonia y Hannover con darles constitución a sus pueblos. Alentados por una larga amistad con los liberales franceses, los liberales de Polonia se unieron a la revolución, levantándose contra el autocrático zar Nicolás I de Rusia. Buscando el apoyo de Luis Felipe, los liberales de los Estados Papales de Italia central iban pronto a rebelarse contra su gobernante temporal, el Papa. Morse sintió interés, de inmediato, tanto en la rebelión polaca como en la italiana, de comienzos de 1831.

A principios de febrero, escuchó y aun estuvo de acuerdo con muchos conceptos del sermón del hijo del conde Spencer, cuando el cañón de San Ángelo anunció la elección del Papa Gregorio XVII, a cuya coronación asistió.

Como el nuevo Papa era partidario de la política de Metternich, su elección provocó la unión de los italianos al movimiento liberal. Las noticias de la rebelión en el territorio del Sumo Pontífice, en Bolonia y Ancona, y en el ducado de Módena, le llegaron al artista el 10 de febrero. Dos días más tarde observó el temor reflejado en los rostros de los transeúntes y oyó decir que los extranjeros estaban amenazados. Transcurridos tres días más, se hallaba todavía en duda acerca de los propósitos de la rebelión. *«Algunos dicen que es para privar al Papa de su poder temporal —y algunos católicos parecen pensar que su religión prosperará mejor por esto—; otros, que se trata de un plan, gestado durante largo tiempo, para colocar a toda la Italia bajo un solo gobierno, dividido en muchos Estados federativos, como en la Unión»* ⁽²⁴⁾. Pronto enteróse de que el Papa deseaba promulgar una constitución, pero que los cardenales se oponían. La falta de informaciones precisas que se observaba en Roma irritaba al artista. Por la noche, los centinelas le gritaban a su paso por las calles:

—Chi vive?

A lo que él replicaba:

—Il Papa.

Con ello serenaba su conciencia, pensando en la personalidad respetable del Sumo Pontífice.

La ayuda mezquina de Francia resultaba sumamente desagradable para los rebeldes. Mientras que Luis Felipe envió apenas una guarnición a la ciudad limítrofe

de Ancona, en rebeliones anteriores, la ayuda extranjera al papado llegó de Austria de manera generosa. Sin embargo, los rebeldes avanzaban en Roma y los extranjeros comenzaron a abandonar la ciudad. Las galerías artísticas se cerraron. Afortunadamente, Morse había completado su programa de pintura en la Ciudad Eterna, y a mediados del mes de febrero estaba ansioso por viajar a París. Proyectó un viaje pausado por el norte, durante el cual se detendría para pintar en las galerías de Florencia, Milán y Venecia. Pero antes de que el cónsul norteamericano anunciara que se podía viajar libremente, había llegado el mes de marzo. Con poca dificultad, junto con otros dos artistas yanquis y algunos italianos, tomaron un coche para que los transportara hasta Florencia, a través de las líneas militares.

Al segundo día de viaje llegaron al cuartel general de los ejércitos del Papa. Se los detuvo, de manera cortés, no más de una hora, pues en esos instantes aguardábase librar una batalla. Cuando cruzaron la parte superior del Tíber dejaron atrás a la guardia avanzada de esas fuerzas. Esperando ansiosamente la aparición del ejército que durante varias semanas había mantenido a Roma alarmada, marcharon a través de un kilómetro y medio de territorio neutral, pasando frente a numerosas casas abandonadas y enfrentándose luego con un grupo de dragones, que enarbolaban la bandera tricolor.

—Siamo Americani — les gritó Morse cuando el coche se detuvo.

Se les dio vía libre.

Pero pronto un grupo de oficiales les dio voz de alto otra vez. Los italianos que viajaban en el coche exhibían escarapelas tricolores en sus sombreros y la conversación tornóse natural y amistosa. Los oficiales parecían diestros y valientes. Morse les deseó éxito con todo entusiasmo.

En la próxima ciudad, los viajeros hallaron nutridos pelotones de tropas, que demostraban un elevado espíritu. En un restaurante, unos soldados dirigieron un brindis a Morse y a sus amigos, al cual los norteamericanos correspondieron.

Alrededor de las 18, el coche arribó a Terni y se acercó a una posada. Enterado de que habían llegado unos yanquis, el general Sercognani, jefe del ejército revolucionario, se acercó a ellos y finé presentado. La posada era su cuartel general. Les estrechó la mano cordialmente, complacido de encontrarse con ciudadanos de un país que tanto se ha destacado en los anales de la libertad,

invitándolos a pasar la noche con él. Cuando trataron de ubicarse, se oía un bullicio enorme. Los soldados se hallaban agrupados en el vano de la puerta y oficiales entraban y salían aprisa.

A la hora de la comida, Sercognani los presentó a un caballero cortés, el barón Stettin, que había viajado por los Estados Unidos. Morse comprobó que hablaba inglés correctamente, enterándose de que había sido primer ministro de Jerónimo Bonaparte, rey de Westfalia.

—Usted tal vez se sorprenderá de encontrarme aquí, en el cuartel de un general revolucionario — le dijo el barón.

Su interlocutor admitió que se hallaba desconcertado.

—Bueno —dijo—, le contaré con sinceridad por qué estoy aquí. Los hijos del ex rey de Holanda, Luis Bonaparte, están en ésta, y sus amigos, ansiosos de que no los vaya a comprometer su situación, me han enviado para que los convenza de que regresen.

Tanto el pintor como sus amigos estaban sorprendidos de que los hermanos de Bonaparte lucharan por la libertad de Italia. «No pudimos menos que aplaudir — escribió más tarde— la devoción y la audacia del joven noble, por una causa que toca de manera tan honda todas nuestras simpatías por los italianos, largo tiempo oprimidos.»⁽²⁵⁾ Morse iba, más tarde, a conocer y admirar a uno de esos hermanos como Luis Napoleón, emperador de Francia.

La noche siguiente, en Florencia, los norteamericanos se hallaban más allá del dominio de los ejércitos revolucionarios. La noticia de que ellos habían hablado con el general revolucionario, en Terni, llegó antes que los viajeros, y el cónsul estadounidense tuvo que dar complicadas explicaciones a la policía local.

El viaje había excitado hondamente a nuestro hombre. Cuando se estableció para quedarse con sus colegas norteamericanos, el escultor Horacio Greenough, resumió sus deliberaciones: «Gustosísimo terminaré mis estudios en Italia y regresaré a Francia, en donde por lo menos estaré mejor ubicado para recibir noticias de casa y todavía más contento de pisar una tierra en la que se entiende y aprecia la genuina libertad. En nuestra patria leemos lo que se dice del despotismo, pero a éste no se lo puede conocer en toda su aspereza hasta que uno lo siente y comprueba su influencia en todo lo que nos rodea... El resultado de mis observaciones se resume

en esto: que el espíritu de la libertad es la verdadera religión, ejerciendo su fuerza moral en una población educada. El patriota de nuestro país, para actuar con altura moral, debe estimular la religión y la educación. Estos principios, actuando juntos, se compensan de manera saludable. Porque la religión (pues puede existir aparte de la educación) se halla en peligro de degenerar en superstición, que es una tiranía ... Y la educación, sin aquélla, está expuesta a sustituir las teorías desenfundadas y las especulaciones del ingenio, por las simples y comunes reglas del juicio del cristianismo y, de tal manera, poner en peligro esas mil restricciones secretas y morales... que sólo la religión puede conferir, y que toda la legislación humana, con la sabiduría acumulada a través de las épocas, nunca podrá proporcionar... Hay dos modos de gobernar a la humanidad, a saber: por medio de la fuerza física y mediante la moral; la primera es despótica; republicana, la restante. ⁽²⁶⁾.

Una vez que abandonó Florencia, dirigióse a Bolonia, luego a Ferrara y en barco, por el Po. Durmió en una cabaña, entre bichos y una caja de queso de fuerte olor, pasando de inmediato a Venecia, dentro de los dominios de la despreciada Austria. Los malos olores de los canales y las tormentas casi cotidianas lo enfermaron. El 4 de julio se hallaba embargado por un ataque de nostalgia. Por sobre una taza de café reflexionaba con un compatriota sobre el contraste entre la pestilencia, el hambre y las guerras de Europa, y el paraíso terrenal de los Estados Unidos, el único sitio alegre de la tierra. Sentía anhelo por regresar a su patria.

Mas no podía marchar aprisa por Suiza. Lo atraían sus paisajes. Un domingo observó la salida del sol, desde la cima del Rigi. Sus compañeros regresaron a dormir, pero él permaneció solo, contemplando la luz del día que se tornaba cada vez más clara. Meditó sobre el hecho de que miles de personas habían sentido excitar en ellas su amor a la belleza en ese mismo sitio, sin que a nadie se le hubiese ocurrido pensar en el Ser que la había creado, en su bondad y en su fuerza, ni tampoco en su deber para con Él.

«Privado como estoy por las circunstancias, de los privilegios de este día en la reverencia pública, tengo, sin embargo, en la cima de esta montaña, un sitio de culto privado como no lo había poseído durante algún tiempo. Estoy solo en esta montaña, rodeado de una escena que debo adorar; débil, realmente, debe ser esa fe que, en este día y ante tal escena, no eleva su corazón de la naturaleza hasta el

Dios de la naturaleza» ⁽²⁷⁾. Su experiencia con el catolicismo había fortalecido su fe en la elevación de la belleza. En la naturaleza, por lo menos, podía llevar al culto de Dios.

Capítulo 12

Lafayette, el liberal

Desde que Morse había estado en París, ni una gota de sangre había corrido por debajo de los puentes del Sena. Un rey traidor había sido expulsado del trono y colocado en su lugar un monarca constitucional. El viejo héroe de dos continentes, Lafayette, tenía a la sazón una autoridad inferior solamente a la del rey.

Morse fue pronto a vivir cerca de lo del general, tomando unas habitaciones con Greenough, que acababa de llegar a la Ciudad Luz para ejecutar un busto del marqués.

De cumbre en cumbre de las montañas, por «despacho telegráfico» ⁽¹⁾ como llamaba Morse a los mensajes enviados por el sistema de semáforos, acababan de llegar a París las noticias de la caída de Varsovia. Siempre entrometida, Austria, no sólo había aplastado la revolución italiana, sino que ayudaba a sojuzgar a los polacos. Pero éstos, luchando todavía valerosamente para liberarse del zar, solicitaron ayuda a Francia y Gran Bretaña. Mas el amparo no llegaría. Los ministros franceses se excusaron alegando que Polonia estaba encerrada por los gobiernos autocráticos de Rusia, Prusia y Austria. Los liberales franceses fueron provocados, y Morse tuvo oportunidad de presenciar una silbatina de la muchedumbre al ministro de Asuntos Extranjeros.

Habiendo ido a visitar a Lafayette, Morse fue introducido en su dormitorio. El general —que vestía un robe de chambre— se apresuró a ir a recibirlo; tomándolo de las dos manos, le expresó afectuosamente su placer al verlo de regreso de Italia. De inmediato el artista le interrogó si había esperanzas para Polonia.

—¡Oh, sí! —respondió el marqués—. Su causa no es todavía desesperada. Se conserva íntegro su ejército. Pero la conducta de Francia y en especial la de Gran Bretaña ha sido débil y culpable. Si el gobierno inglés hubiera mostrado por lo

menos la disposición de unirse al de Francia en medidas vigorosas para apoyar a los polacos, a estas horas habrían logrado su independencia»⁽¹⁾.

El gobierno de Luis Felipe le desagradaba ya a Lafayette, quien, se decía abiertamente, había coronado al nuevo monarca, calmando a la muchedumbre con su oportuno epigrama:

—He aquí el rey que necesitábamos; es el más grande de los republicanos.

A Morse le pareció que el general mostraba tanta frescura en su rostro y firmeza en su andar como cuando había estado en los Estados Unidos. Juzgó al anciano hombre de Estado de manera muy similar a lo que lo había hecho con Wilberforce; ambos eran líderes políticos que pasaban sus días elaborando planes benévolos.

Como la situación de los polacos preocupaba más al marqués que la de los italianos, a sus protegidos norteamericanos les ocurrió lo mismo. Desde los Estados Unidos llegaban generosas contribuciones para la causa polaca. Debido a que sus deberes políticos lo imposibilitaban de distribuirlas personalmente, sin abandonar responsabilidades, las pasaba a un comité constituido por sus amigos estadounidenses, del que era líder Cooper.

El autor de *El último de los Mohicanos* acababa de llegar de Roma y se había alojado en una casa de la calle Saint-Dominique. Generalmente, el escritor norteamericano se levantaba a las 8, leía los diarios, tomaba el desayuno a las 10, escribía en su escritorio hasta las 13, iba al Louvre para bromear un poco con Morse sobre sus pinturas, regresaba a su hogar a las 18, para comer con su esposa e hijos, y por la noche conversaba con el artista y con Greenough. Los miércoles no sólo éstos iban a su casa, sino también los miembros del Comité Polaco-norteamericano, cuyas reuniones iniciaba el propio Lafayette con anécdotas de sus gloriosos días pasados en los Estados Unidos.

El comité deseaba entregar los fondos en manos propias de los polacos que trataban de huir de la venganza de los rusos, emigrando de Polonia a Prusia. El joven Samuel Gridley Howe sería el agente para realizar el trámite. Uno de los adictos a Lafayette —que lo había seguido en la marcha revolucionaria hacia el Hotel de Ville, gritando: «*Vive Lafayette! Vive la Liberté!*»—, inquieto por el peligro que acechaba a la causa verdadera, ya había aceptado gustoso la responsabilidad de ir a Prusia.

Una vez que Howe entregó casi todos los fondos a los polacos residentes en Alemania, fue arrestado en Berlín. Albert Brisbane, un joven norteamericano que andaba en busca de la fórmula para lograr la sociedad perfecta (quien, como Greenough le dijo a Morse, había ido a la capital germana «para reparar su metafísica después del bombardeo que había recibido en tus manos») ⁽²⁾, supo del arresto y, como en Berlín no había ministro norteamericano, notificó al ministro Rives, de París. Junto con Cooper visitó a aquél para solicitarse una acción rápida. Recién a los veinte días de haberse enviado desde la capital francesa el correo con los documentos en los que se intentaba probar que la misión de Howe no revestía carácter político, Morse enteróse de que éste había sido puesto en libertad. Sin que se le promoviera juicio ni se le devolviese el pasaporte, fue escoltado hasta la frontera.

Cuando cumpliése el primer aniversario de la revolución polaca, los refugiados en París de esa nacionalidad, se reunieron en una sala adornada con banderas de Polonia, Francia y los Estados Unidos. Se hallaban presentes los miembros de los comités Norteamericano y Franco-polaco, y entre ellos, Morse, que miraba emocionado a los melancólicos compañeros. Muchos eran soldados «quemados por el sol y vencedores de veinte batallas»; otros eran nobles, hombres de ciencia, intelectuales o artistas. Casi todos habían dejado miembros de sus familias a merced del opresor ruso. Se mostraban tristes y sólo a intervalos dejábanse arrastrar por el entusiasmo común. Como más tarde lo explicó el artista, mientras estaban comentando el sorprendente arresto de M. Chodsko, uno de los distinguidos líderes revolucionarios, por el gobierno francés, *«los presentes se dieron vuelta hacia la puerta y de inmediato hizo su aparición el general Lafayette, vestido con el uniforme de la guardia nacional polaca, guiando a M. Chodsko, que también usaba las mismas ropas. La sorpresa fue tan grande como alentadores los saludos que siguieron a la entrada del líder. Antes de que terminaran las felicitaciones y las explicaciones transcurrieron algunos minutos. El general Lafayette, en medio de las aclamaciones, tomó asiento; a su derecha ubicóse M. Niemoiowski, presidente del último gobierno polaco en Varsovia, mandatario de la nación en su postrer esfuerzo, y que ahora presidía al pequeño grupo de compatriotas que quedaba; y a su izquierda, el doctor Howe»* ⁽³⁾.

La amistad entre los miembros del Comité Polaco-norteamericano se mantuvo mucho después de haber sido éste disuelto. Sin embargo, Morse no se inclinaba a compartir las ideas de Brisbane o Howe. No podía seguirlo en su apoyo a las asociaciones unitarias de Boston, ni en las ideas abolicionistas de su esposa, Julia Ward Howe. Tampoco le era dable acompañar a Brisbane entre esos fogosos integrantes de la «falange», que iban a introducir la utopía entre los norteamericanos de mediados del siglo pasado. Pues su teología ortodoxa y su inclinación social aristocrática lo inhibían para guiar su pródigo entusiasmo hacia el cauce del abolicionismo o del fourierismo. Sus simpatías se emparentaban más bien a las de Cooper o el propio Lafayette.

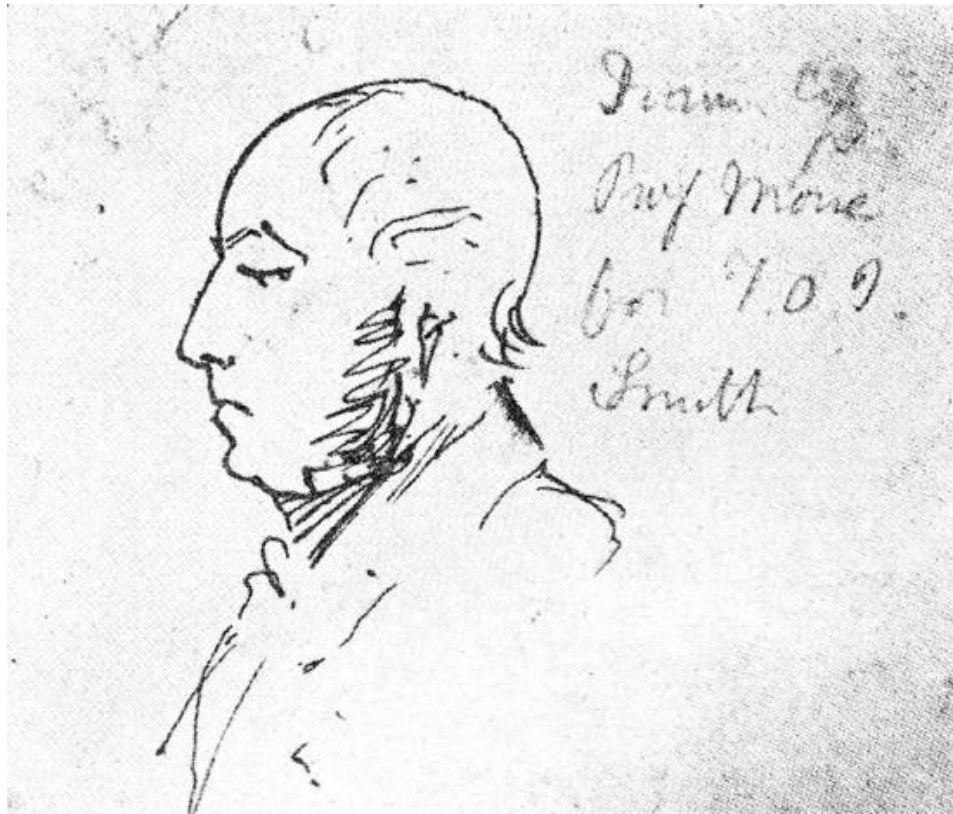
Aquel celebrado escritor norteamericano se hallaba en contacto directo y constante con Morse. Sea que el Comité Polaco realizara sesiones o no, el artista pasaba «casi todas las noches en su casa, en compañía de su «encantadora familia» y por las tardes, «con la misma regularidad con que llega el día» ⁽⁴⁾, Cooper estaba en el Louvre, observando a su amigo mientras trabajaba en sus copias. El literato yanqui se encaramaba a horcajadas en uno de los asientos y dirigía al artista mientras trabajaba.

—Pinta aquí, Samuel —le decía—, más amarillo. La nariz es demasiado corta. Los ojos, muy pequeños. ¡Cáspita! ¡Si yo hubiese sido pintor, qué cuadros habría hecho! La gente estaba tan acostumbrada a ver a Cooper revoloteando alrededor, como él mismo decía, que su cara era tan conocida como cualquiera de las de Van Dyck que pendían de las paredes. Con la seguridad con que Cooper le decía que la exposición de sus pinturas «debía realizarse» ⁽⁵⁾, Morse olvidóse de la infortunada gira de su *Recinto del Congreso*. Todos los norteamericanos sabían de la existencia del Louvre, pero pocos podían visitarlo. ¿No pagarían gustosos por ver unos cincuenta de los mejores cuadros del famoso museo, copiados fielmente en grandes telas? Mientras tanto, aprendía las notables diferencias de estilo de los maestros.

De la «encantadora familia» de Cooper, la hija mayor, Susana, tenía diecinueve años. Tal vez Greenough pensaba en ella cuando le dijo al pintor que esperaba que se casara pronto. Cooper debía haber rechazado ya un ofrecimiento de Morse cuando Greenough le escribió en estos términos al artista: «Te felicito por tu sana conciencia con respecto al asunto que sabes. En cuanto a que permanezcas soltero,

está muy bien que lo pienses durante el interregno; pero un hombre sin un amor verdadero es como un barco sin lastre, como un cuchillo de un solo filo, como una sola hoja de una tijera, un flechazo en la cabeza ⁽⁶⁾. Que el rechazo no haya afectado a su amistad, es un hecho digno de destacar ⁽⁷⁾.

Morse aprendió a conocer a Cooper, que sentía verdadera pasión por el «auténtico vino del Rin»; que llegó casi al éxtasis cuando descubrió el castillo encantador que describía en su nueva novela, Heidenmauer; que creyó vivir de manera más intensa cuando, en busca de sensaciones según el aceptado modo romántico, tomó una vela, erró por los corredores de un viejo convento en el Rin, y finalmente se encerró en una habitación con «imágenes de santos, crucifijos, luz difusa, ventanas que se sacudían ruidosamente en la soledad» ⁽⁸⁾.



FRANCIS O. J. SMITH. Dibujo por Morse, de su socio en el telégrafo. (Instituto Smithsonian, Washington) .

Pero era a otro Cooper a quien admiraba el artista: el del Comité Polaco, el que desacreditaba la iglesia católica romana, el que sentía desagrado por la arrogancia

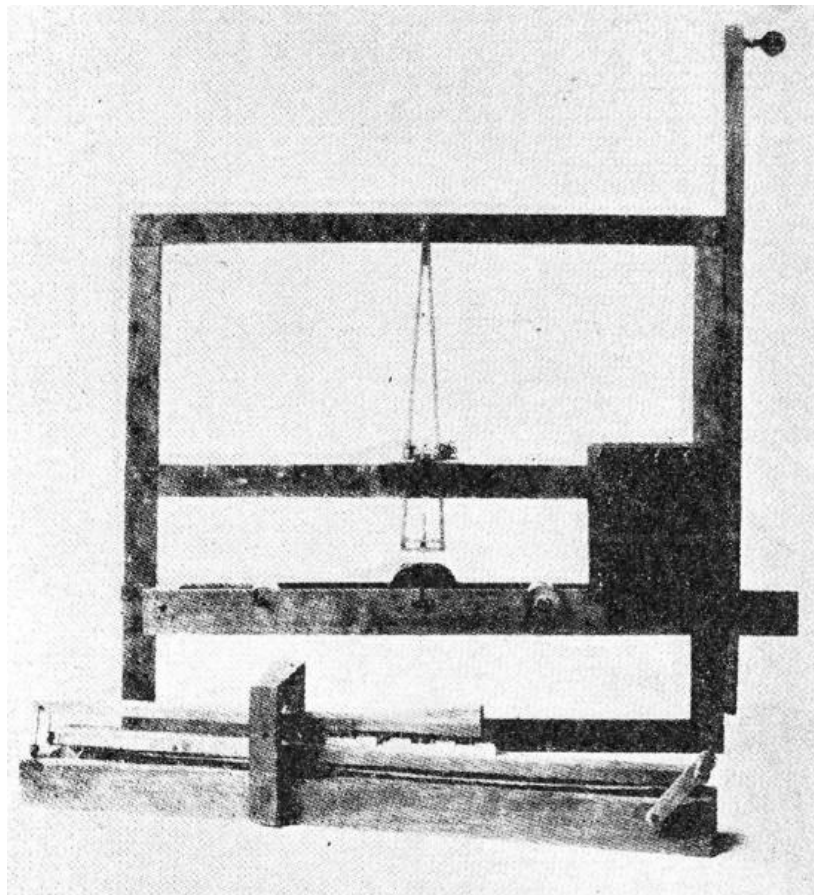
de los ingleses, el republicano que hacía una mueca de desprecio ante los títulos de nobleza y «otras cursilerías que agradan a los niños grandes de Europa» ⁽⁴⁾, el que proporcionó información a Lafayette para que refutara el cargo de que los Estados Unidos eran el país que imponía impuestos más onerosos del mundo y a quien se le agradeció por ello siendo reconocido en la Cámara de Diputados como «un escritor de ficción bien conocido» ⁽⁹⁾. Cooper era el padrino político de Morse.

Una noche, Morse encontró a la esposa de Cooper y a su hija mayor, Susana, llorando por un artículo aparecido sobre el escritor en un periódico de Nueva York. A Morse le causaba no poca pena el hecho de que todo norteamericano que en Europa era escarnecido por su fe en los Estados Unidos, tenía que ser, como él mismo decía, «calumniado y mal comprendido en su patria» ⁽¹⁰⁾. No le costaba trabajo captar el curso seguido por las relaciones del novelista con el público de su patria, pues ambos, pese a su desagrado hacia la sociedad seleccionada, eran acusados de ser aristócratas hasta la medula.

Si Cooper era su padrino político, Lafayette era, en igual sentido, su padre. En la atmósfera del anticlericalismo francés, el pintor convirtiéndose, en política, en el defensor de la doctrina de las ideas innatas. Muchas influencias se sumaban para ello: la larga línea de sus antepasados protestantes, el contacto durante su infancia en Nueva Inglaterra con las personas temerosas del Papa, los acerbos sermones de su padre sobre los católicos bávaros iluminados, su creciente conciencia de sí mismo como norteamericano y protestante en Italia, y norteamericano y liberal en Francia, y su lealtad hacia Lafayette. Pero sobresalía la influencia del general y político.

Poco después de su llegada a Italia, Morse conversó, en una fiesta ofrecida en casa de Lafayette, con Odilon Barrot, que había conducido a Carlos X al exilio; con Salverte, literato y diputado, famoso por sus ataques al clericalismo y a los jesuitas; y los exilados de la derrotada Italia: la princesa Belgiojoso, patriota apasionada, y el general Sercognani, líder revolucionario que se había mostrado tan atento con él en su viaje a Roma. En su relato acerca de la fiesta, Morse agregó que había estado escribiendo un «artículo sobre la situación de Italia, antes y después de su revolución reprimida.» Puede haber recogido información de la princesa y de Sercognani o acaso de los cardenales con los que se encontró en Roma, además de su propia experiencia. «He obtenido mis informes de las autoridades más

recomendables —explicó-- y, por lo tanto, puedo garantizar la veracidad de sus afirmaciones; se las he facilitado al general Lafayette, que ya ha aludido a ellos en la Cámara de Diputados. ⁽¹¹⁾.



APARATO TELEGRÁFICO DE MORSE — 1837. Arriba, el registrador rectangular original, empleado por Morse, con un bastidor como armazón y un mecanismo de reloj para mover su cinta. Abajo, el transmisor o «portrule» es una reproducción. (Museo Nacional de EE. UU. — Washington).

Doce días después de que Morse se refirió a esa fiesta, Lafayette pronunció un discurso en la Cámara, sobre las condiciones reinantes en Italia. Defendiendo lo que anteriormente había hecho la ocupación francesa por Italia, dijo: «*Contemplan los monumentos que hemos erigido, los caminos que hemos abierto, el éxito con que derrotamos al sistema de bandolerismo, que había sido restaurado con mayor audacia que nunca, y que realmente debe existir en un país gobernado por los sacerdotes y por una aristocracia contraria a toda idea liberal.*» ⁽¹²⁾. Tal vez Morse

se refirió a estas palabras cuando dijo que Lafayette había aludido a su artículo sobre Italia, pues a menudo las citaba, y tradujo los pasajes principales más literalmente: «El robo existiría siempre, en realidad, en un país gobernado por sacerdotes y aristócratas, enemigos de todo sentimiento de libertad»^{xxxv (13)}.

Es probable que el artículo de Morse contuviera algunas de esas conclusiones, como el que había escrito desde Florencia para el *Observer*. Había dicho que todas sus observaciones de la revolución de Italia lo llevaron a la «conclusión» de que el espíritu de la libertad es el de la auténtica religión ejerciendo su fuerza moral sobre una Población educada. Careciendo de educación moral, la religión en Italia estaba degenerando en «la superstición», que es la tiranía.⁽¹⁴⁾

Lo que no aparece en las pocas cartas que Morse escribió desde París, es lo que opinó Lafayette cuando el artista presentó su informe sobre Italia y, con su manera clara de hablar, se refirió a los peligros de la «superstición. religiosa». Sin embargo, cuatro años más tarde, Morse escribió diciendo que Lafayette lo había advertido en cuanto al hecho de que la «libertad norteamericana sólo podía ser destruida por el clero papista». La advertencia fue colocada por el autor de un libro en su título, y Morse, que era el editor del volumen, comentó: «Puede no ser impropio expresar que la declaración de Lafayette sobre el lema en cuestión fue repetida por él a más de un norteamericano. La última entrevista que tuve con Lafayette, en la mañana de mi partida de París, en la que demostró su usual preocupación por los Estados Unidos, hizo también la misma advertencia; en una carta que recibí pocos días después, en El Havre, aludió a todo el asunto, con la esperanza de que yo hiciera conocer a mis compatriotas el verdadero estado de cosas en Europa»^{xxxvi (15)}.

Lafayette no era creyente católico. Era, en realidad, hostil al catolicismo, tanto en su carácter de religión de estado, como en calidad de fuerza política. Era uno de los pocos liberales de 1830, que recordaba los días en que la iglesia corrompida y arrogante había sido el puntal del viejo régimen, y todos los hijos de protestantes eran considerados ilegítimos pues juzgábase ilegal el matrimonio no católico. En realidad, se había opuesto al clamor en pro de un culto de la razón, que reemplazara al cristianismo; el intento de establecer una iglesia nacional sólo lo

^{xxxv} El *Constitutionnel*, de París, en su edición del 21 de setiembre de 1831, transcribe en esta forma las palabras: "Le brigandage, en effet, subsistera toujours clans un pays gouverné par des prêtres et des aristocrates, ennemis de tente idée génèreuse."

^{xxxvi} La carta, impresa completa en Prime, pp. 234-5, es demasiado general para que aclare la cuestión.

había condonado de manera renuente; empero, mientras su esposa era una católica piadosa y él mismo había sido educado como tal, es dudoso que haya tomado alguna vez la primera comunión y probable que no haya recibido la extremaunción (16).

Su fe era un liberalismo romántico en el cual su exigencia de la libertad religiosa constituía el corolario de su resistencia hacia los monopolios, las tiranías o los privilegios de cualquier índole. Apoyaba la separación de la Iglesia del Estado, según la forma norteamericana y, de acuerdo con ello, luchó contra la influencia política de la Iglesia Romana. Utilizaba la frase: «las intrigas del partido apostólico y aristocrático» ⁽¹⁷⁾. Sin embargo, mientras Morse estaba todavía en París, Lafayette dijo también en la Cámara que si los trapenses ingleses de Francia fueran comprendidos cabalmente no serían «más peligrosos para usted que lo que son los jesuitas de Georgetown para los Estados Unidos» ⁽¹⁸⁾. Morse intentó explicar con empeño las relaciones de su cita, valiéndose de sofisterías, pero no lo logró. Además, la afirmación de que «la libertad norteamericana puede ser sólo destruida por el clero papista» excluye la posibilidad de que otros enemigos bien conocidos de Lafayette —los monopolios, la tiranía o la aristocracia— podrían ser los primeros en destruir la libertad estadounidense; esta afirmación va más allá de lo que ahora pueda decirse con certeza acerca de las convicciones de Lafayette.

El empleo por Morse de las citas de Lafayette no fue negado durante muchos años. Dos años hacía que el general político francés había fallecido cuando Morse afirmó por vez primera su autenticidad. Cooper no la negó y ninguno de los amigos norteamericanos de Lafayette la desmintieron, por lo menos según se desprende de la correspondencia de Morse. No fue sino hasta 1855, cuando el anti catolicismo, como parte de un movimiento nativista, había logrado gran cantidad de votos en el país, que un católico declaró por vez primera que las citas habían sido fraguadas por Morse, apoyando su afirmación en una glosa tomada de un libro francés que el artista ni siquiera podía haber tenido noticias de que hubiera sido publicado ⁽¹⁹⁾. Las discusiones por medio de los periódicos hicieron que muchos norteamericanos le enviaran cartas a Morse, en las que afirmaban haber oído que Lafayette expresara advertencias similares durante su última visita a la Unión. Morse presentó ante el

público algunas de estas afirmaciones; sin embargo, no podían dar valor a la cita, pues había sido recordada a la sombra de una opinión pública caldeada.

Cualquier cosa que Lafayette haya dicho, lo cierto es que la relación de Morse con él y su círculo fortaleció la convicción del pintor de que la Iglesia Romana, como organización, se oponía a lo que él consideraba liberalismo, tanto en los países en que la Iglesia y el Estado estaban unidos —caso de Italia— como en los que habían sido violentamente separados, como en Francia.

«Hablando, ora en broma, ora en serio» ⁽²⁰⁾, para emplear la frase de Greenough, éste y Morse, y a veces Cooper, pasaban horas divertidas en sus habitaciones. Una vez mezclaron lo serio con la «broma», en una promesa caprichosa que Greenough escribió en la portada de un diccionario de bolsillo francés-inglés:

«En el año 1833, S. F. B. Morse y H. Greenough serán en la ciudad de N. Y. los mejores y más alegres compañeros.—Dado en la Rue de Surrenne, N° 25, 1831. — En noviembre, sin fuego y en momento melancólico» ⁽²¹⁾.

Una vez terminado su busto de Lafayette, Greenough regresó a Florencia y le escribió a Morse contándole de sus deudas, sus amores y su deleite con la poesía. Con todo su estro, Greenough admiraba la constancia y la ecuanimidad de Morse. Con tal de estar en la «pequeña y cómoda habitación» de éste, era capaz de afrontar hasta el cólera, el horror que por vez primera en la historia azotaba a Francia, arrebatando quinientas vidas diarias en París solamente... «Te pido perdones por cualquier ligereza que en mí te haya ofendido —le rogó cuando supo que Morse iba a regresar a los Estados Unidos—. Créeme, surgen del hecho de que tan raramente encuentre alguien con quien pueda mostrarme natural y sincerarme, sin temor de que me fallen nunca la buena fe o la bondad» ⁽²²⁾.

Con la partida de Greenough, Morse pronto le habló de su pasado a su nuevo compañero de pieza, un joven estudiante de arte georgiano, Richard W. Habersham. Le contaba de sus días en una buhardilla de Londres, con Leslie; de su interés por la Iglesia Romana, en Italia; de su teoría del color. Si los recuerdos del joven, años después, eran exactos, le habló también de sus planes futuros.

Los lunes, en que el Louvre permanecía cerrado, los compañeros de habitación iban a menudo de excursión al campo. El lunes, Morse fue solo. Durante esa semana,

dos o tres veces no estuvo en su puesto acostumbrado, en la galería. Habersham no le preguntó el motivo de su ausencia, pero el sábado por la noche, cuando estaban sentados leyendo, Morse rompió el silencio:

—Los correos en nuestro país son demasiado lentos —dijo—; este telégrafo francés es mejor, y sería superior en nuestra atmósfera clara de lo que es aquí, en que la mitad del tiempo la niebla oscurece el cielo.

Habersham rióse del nuevo interés que le revelaba Morse. Pero éste agregó que a invitación de un funcionario francés había examinado el sistema de semáforos y que se le había encendido la imaginación. Le dijo a su joven amigo que el semáforo era mejor que el sistema de correo. Y añadió:

—Pero éste no será lo suficientemente rápido. El rayo nos serviría mejor ⁽²³⁾.

Uno se pregunta si Morse hubiese continuado esforzándose en vano en el telégrafo, si hubiera sabido que Claude Chappe, que introdujo el telégrafo de semáforo en Francia, había sido tan acosado por sus rivales que se había suicidado hacía unos veinte años.

En presencia de Cooper, su esposa, Susana y Habersham, en el hogar confortable de la rue Saint-Dominique, Morse continuó dando rienda suelta a su fantasía de que una chispa eléctrica podía usarse para un telégrafo. Todos ellos lo recordaron. A Cooper le pareció un vuelo demasiado elevado para un artista sereno, hablar del envío de mensajes en alas de un rayo, y se lo manifestó a su familia. Pero Morse continuó hablando sobre lo que Franklin y Roger Bacon habían hecho en electricidad; le contó a Habersham la transmisión del sonido debajo del agua o por medio de teclas y alambres, como en el piano, o merced a una serie de tiros de cañón, como cuando la noticia de la apertura del canal de Erie fue enviada a través del canal. Ellos recordaban, después, que quedó pensativo durante todo el tiempo que permaneció en Francia ⁽²⁴⁾, pero el propio Morse nunca pudo recordar más que su estudio del sistema francés de semáforos ⁽²⁵⁾.

Por fin su pintura ecléctica estaba casi completa que podía terminarla en su casa. Mientras daba los últimos toques a su copia de *Mona Lisa* tal vez se maravilló de la flexibilidad que permitió a Leonardo da Vinci ser pintor e inventor. Estaba casi enfermo por la intensa labor de las últimas semanas; empero, apenas podía pensar en el largo viaje de regreso a su patria sin la oportunidad de trabajar nuevamente

en su pintura; pero no tenía el presentimiento de que el viaje lo llevaría a convertirse en el Leonardo estadounidense.

El incidente que iba a mudar el curso de su vida tuvo lugar porque en el barco reunióse con las personas que necesitaba. Sus amistades habían conspirado para que no se encontrara con ellas. Cooper lo urgió a que aguardara hasta la primavera y regresara a los Estados Unidos con su familia. Thomas Cole le pidió que se embarcara desde Florencia con él. Lafayette, enterado de que iba a partir el 1 de octubre, a bordo del Sully, le dijo que si esperaba hasta el 10 podría contar con la agradable compañía del comodoro Biddle y un grupo de jóvenes de Filadelfia. Pero un joven a quien Morse conocía como el doctor Jackson, «hijo del doctor Jackson, de Boston», que había estado «estudiando sin descanso, día y noche, el cólera» ⁽²⁶⁾, en París, también había arreglado sus asuntos para viajar en el Sully. Sea que la decisión de Morse haya tenido alguna relación con la de Jackson o no, la verdad es que se sostuvo firme en su decisión de partir de El Havre el 1 de octubre.

Poco antes de abandonar París, visitó a Lafayette para recibir sus instrucciones. ¡Cuán diferente era la Francia de 1832, vista a través de los ojos de Lafayette, de la que se había esforzado en ver tras la niebla, desde las rocas de Dover, cerca de dos décadas antes! ¡Entonces había juzgado a los franceses los enemigos de toda la humanidad! El «brutal» Napoleón había dado lugar por fin al heroico Lafayette. Si la última revolución francesa había sido algo así como una comedia sediciosa y la burguesía mundana ya había forzado nuevamente a Lafayette y a su círculo hacia el partido de la anti-administración, la bandera tricolor ondeaba todavía al tope de los edificios públicos de Francia y el general, a los setenta y tres años era una figura casi tan heroica como cuando a los veinticinco años había regresado de su primera aventura norteamericana. Su joven amigo era todavía un anglófilo, pero ahora era también un francófilo moderado y, más que esto, por su experiencia europea, de nuevo un protestante y un norteamericano absolutamente convencido. Con confianza, Lafayette le encargó a su protegido que proporcionara a los Estados Unidos una visión correcta de lo que había estado ocurriendo en el Viejo Mundo, y lo despidió.

Partió de París apresuradamente para Londres, donde permaneció el tiempo suficiente como para posar ante Leslie, para su pintura Sterne recuperando sus

Manuscritos de los *Bucles de su Mesonera*, y volvió a cruzar el Canal de la Mancha para emprender en El Havre un viaje trascendental.

Capítulo 13

El viaje en el «Sully»

Octubre 1° fue la fecha fijada para el viaje. Al día siguiente, el Sully estaba todavía en el puerto, mecido por el viento, y los pasajeros buscaban impacientemente compañeros con quienes departir.

Cooper le había advertido a Morse del viaje de una persona de su círculo. «Me han dicho que es posible que tengas a Mr. Rives de compañero de viaje —le había escrito el novelista—. Retócalo un poco» ⁽¹⁾.

Como ministro norteamericano en Francia, Rives había ayudado a lograr la liberación del doctor Howe, a pedido de Morse y Cooper. Por más buen discípulo de Jefferson que pueda haber sido, no era de la clase de Cooper y Lafayette. Se había opuesto a los esfuerzos de Cooper para demostrar mediante estadísticas que el gobierno republicano de los Estados Unidos costaba a su pueblo menos que las monarquías europeas.

«Sí —había encontrado Morse tiempo para escribirle a Cooper desde el Sully—, me acompañan Mr. Rives y su familia, Mr. Fisher, Mr. Rogers, Mr. Palmer y su familia, además de un camarote lleno de personas. ¿Qué haré con semejante colección anti estadística?» ⁽²⁾.

Cinco días más tarde, se levantó viento del sudoeste y el barco comenzó a moverse del puerto.

Los primeros días transcurridos en el mar, se deslizaron como muchos otros viajes del Sully. La espuma se colaba hacia arriba de la proa y caía por sus costados rugosos; el viento gemía en su cordaje, hora tras hora; los pasajeros que no habían sido atacados por el mareo paseaban por la cubierta, comían, paseaban nuevamente y de noche dormían con tanta tranquilidad como cuando, pocos meses antes, Emma Willard había escrito su famoso poema sobre el Sully:

*Y dormiré calma y tranquila,
En la cuna del mar mecida.*

El pequeño paquete se bamboleaba como siempre en su tarea de surcar los mares en vaivén, hacia un horizonte que se alejaba constantemente.

Sin embargo, hacia la mitad del océano, cuando un pasajero intentó audazmente terminar con el horizonte, ese viaje ya no fue como todos los demás. El Sully se convirtió en un barco histórico.

Por entonces, Morse estaba ya en buenos términos con la «colección de anti estadísticos», acaso solamente porque no hablaban de política. Al terminar de almorzar ⁽³⁾, la conversación de sobremesa recayó en los experimentos de Ampere con el electroimán. Una de las personas del grupo —Morse recordó que era Mr. Fisher, un abogado de Filadelfia— interrogó si la fluencia de la corriente eléctrica no se retrasaba por la longitud del alambre.

De manera negativa contestó el doctor Charles T. Jackson, el joven moreno, de cara redonda y conversación animada, que había hallado los estudios de laboratorio más remunerativos que su práctica médica en Boston y que a la sazón regresaba de continuar sus estudios bajo la égida de los mejores profesores de París. La electricidad pasa instantáneamente a través de cualquier longitud de alambre. Franklin ha hecho pasar la electricidad a través de varios kilómetros de alambre —recordó—, pero no observó diferencia de tiempo entre el toque de un extremo y la chispa en el otro^{xxxvii}.

—Si esto fuera así —dijo Morse, como más tarde lo recordó—y la presencia de la electricidad pudiera hacerse visible en cualquier parte que se desee del circuito, no veo motivo por qué las noticias no podrían ser transmitidas instantáneamente por la electricidad, a cualquier distancia ⁽⁴⁾.

Morse habló como si la idea acabara de ocurrírsele ⁽⁵⁾.

Nadie se percató de su reflexión. Jackson observó tan sólo que podría ser correcto y continuó describiendo cómo los magnetos podían ser usados para producir chispas. Tuvo la suerte de que nadie, ni en ese momento ni en ningún instante del viaje, le dijo a Morse que su observación no era nueva. Probablemente ninguno de los

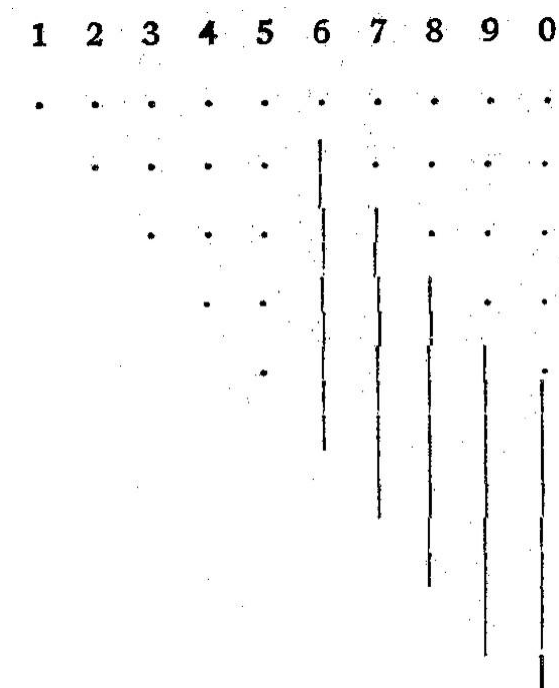
^{xxxvii} Morse dudó más tarde de que Franklin hubiera realizado alguna vez ese experimento

presentes —ni siquiera el doctor Jackson— pudo haberle informado que la posibilidad de la comunicación instantánea mediante la electricidad había sido ya sugerida por varios sabios europeos y por más de uno de los Estados Unidos. Porque de tal manera se le permitió que acariciara su plan con la tranquila certidumbre de que era absolutamente suyo. Su creencia de que había concebido una idea original lo excitó y lo mantuvo insomne durante muchas noches, revolviéndose en la cama.

Morse no ignoraba los principios básicos de la electricidad ni tampoco el relativamente nuevo asunto del electromagnetismo. Las conferencias de los profesores Day y Silliman, en Yale, habían estimulado su curiosidad en las baterías voltaicas. Durante la época en que era vecino del profesor Silliman, lo ayudaba a veces en su laboratorio y puede haberse enterado del descubrimiento reciente de Oersted y Schweigger de los efectos magnéticos de la corriente eléctrica en agujas. En Nueva York había sido amigo íntimo de Dana, entusiasta del electromagnetismo. Lo había escuchado pronunciar sus primeras conferencias en los Estados Unidos, sobre el descubrimiento de Sturgeon del electroimán en forma de herradura. Para ser un hombre de ciencia, los conocimientos de Morse de la electricidad eran insuficientes; para ser un pintor, tenía una noción extraordinaria de ese extraño «fluido» que era conocido sólo en unos pocos laboratorios y que todavía no rendía beneficios para el hombre común.

Ahora tenía pensados los hechos esenciales para llevar a cabo los medios de transmitir las noticias al papel mediante la electricidad. Sabía que ésta podía pasar a través de alambres de longitud considerable, sin disminución aparente de la corriente; que una barra de hierro flexible podía magnetizarse instantáneamente, pasando la corriente a través de alambres enrollados alrededor de ella, y que era dado efectuar una fuerza mecánica suficiente en el electromagneto para levantar un peso considerable. Pero más esencial para el desarrollo de su idea que el conocimiento de la ciencia, eran las fuerzas creadoras que poseía, que podían ver relaciones y posibilidades; su habilidad manual; su constancia, y su habilidad para organizar, todo lo cual había desarrollado durante sus años de experimentos con su bomba, la máquina para esculpir el mármol, su presidencia de la academia y su obra pictórica.

Comenzó a consultar a sus compañeros de viaje. Le informó de algunos de sus planes al doctor Jackson ⁽⁶⁾. Contó a Rives acerca de sus progresos y cuando el ministro le sugirió algunos obstáculos le contestó con confianza. Era «de lo más constante en la búsqueda» del asunto de la comunicación por medio de la electricidad —recordaba Mr. Fisher— y «el único que pareció dispuesto a llevarla a la prueba práctica» ⁽⁷⁾. «Cada una de las dificultades le eran sugeridas como obstáculos —le pareció al capitán William Poll—, hasta que «saliendo de su primer estado rudimentario a través de diferentes grados de perfeccionamiento», la idea estaba pareciendo «madurada hacia la obtención de un instrumento asequible» ⁽⁷⁾. Siguiendo con el hábito ordenado que había desarrollado durante sus viajes por Europa, Morse comenzó a registrar sus ideas en el libro de notas ⁽⁸⁾. Sabía que sería de desear grabar de manera permanente las noticias que serían enviadas por medio de la electricidad. Se le ocurrió que los guarismos podían ser usados en el código con mayor facilidad que las letras, en razón de su número más reducido. En las diversas combinaciones podían representar directamente a las palabras. Anotó un sistema posible en puntos y rayas:



En su mente formó un diccionario de palabras representadas por varias combinaciones de números. Luego probó su código en un mensaje que comenzaba en esta forma:

.. | ————— | |

Siguió el mensaje con esta traducción:

215	56	15
Guerra	Holanda	Bélgica

Un vocablo que había escrito en el mensaje no figuraba en el código en puntos y rayas. Era, evidentemente, irregular; se trataba de un nombre propio, Cuvier. En el mensaje que escribió había colocado los números debajo, en lugar de encima como en las otras,, y ubicado un punto después de cada número, en esta forma:

Cuvier
1.6.8.5.4.3.

Ningún código útil podía proporcionar las combinaciones para todos los nombres propios; de un modo u otro, las letras debían ser transmitidas lo mismo que las palabras completas. La manera cómo resolvió el problema en ese momento no está clara; tal vez haya determinado que cada guarismo seguido de un punto representara a una letra, mientras que los números sin ellos simbolizaran a las palabras completas.

Continuó ensayando con otro código. Representó otra vez los cinco primeros números mediante puntos, pero los cinco siguientes, por puntos correspondientes con espacios adicionales. En su libro de notas escribió:

Un solo espacio separa a cada uno de los cinco primeros números. Dos espacios separan a cada uno de los cinco últimos. Tres espacios separan a cada número completo.

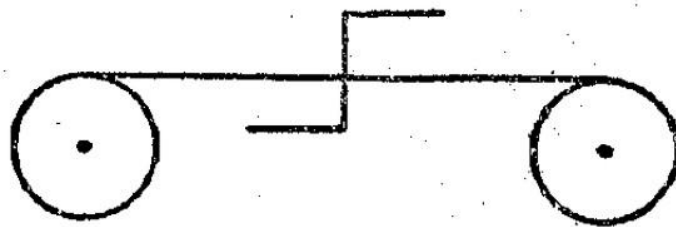
De ese principio podían realizarse las combinaciones más útiles de puntos y rayas o puntos. ¿Pero, cómo se iba a transmitir el código? Trabajó en el problema como lo hubiera hecho con un nuevo retrato, buscando las combinaciones de pinturas que producirían el color y el valor deseados. Para transmitir puntos y rayas o ambos, necesitaría un solo circuito o, para la transmisión doble, se requerirían dos circuitos. ¿Cómo se iba a regular la fluencia de la electricidad que produciría a intervalos propios los puntos y las rayas? Dibujó, una serie de tipos de dientes de sierra, así:



Los dientes levantarían una palanca que cerraría el circuito. Por supuesto que contemplaba el empleo de un solo circuito.

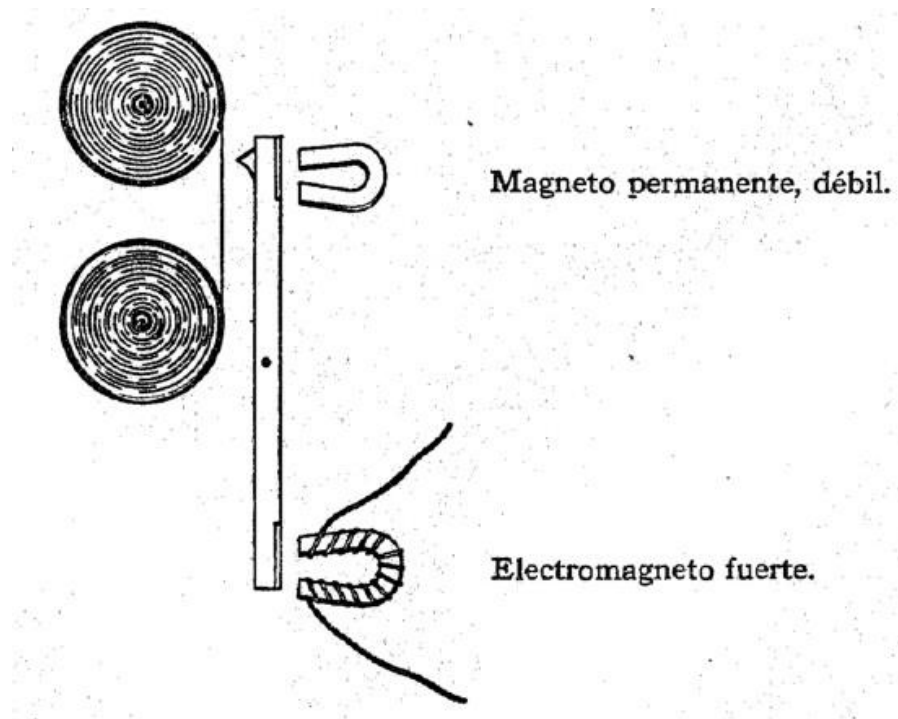
Los hilos transmisores irían por debajo de tierra, pues en su libro de notas diseñó unos tubos de arcilla de diferentes clases, por los que pasarían los hilos.

Con el doctor Jackson habló detenidamente acerca de un método para marcar los puntos y las rayas. Las chispas eléctricas lanzadas cuando se interrumpe un circuito podían utilizarse para marcar sobre un papel en movimiento y preparado químicamente. Este dibujo indica de manera evidente su proyecto:



Le preguntó al joven doctor, como químico, qué preparaciones efectuadas en el papel podrían ser afectadas por la chispa, de manera que dejara una marca en él. Jackson le sugirió ciertas preparaciones que se adaptarían y acordó hacer experimentos con Morse en el asunto, cuando tuvieran la oportunidad, una vez que hubiesen llegado ⁽⁶⁾.

Sin embargo, la manera de marcar en el papel quedó registrada en su libro de notas. Esta empleaba el nuevo electroimán para marcar el papel con un lápiz o una lapicera, sin ninguna preparación química. Mientras que eventualmente dejó de lado muchos de los planes que figuran en su libro de notas, el diseño de este modo de registrar las palabras puede reconocerse en todas partes del mundo como instrumento esencial en el registro telegráfico. Era un diseño que pudo haber hecho con la ayuda de las personas que lo acompañaban en su viaje, pero sin servirse de ningún libro de consulta, sin la ayuda de un magneto, palancas o hilos para realizar los experimentos; hizo el dibujo creyendo que era no sólo el primero en usar el electromagnetismo para transmitir noticias, sino también el primero en servirse de la electricidad. La idea esencial surgió en su cerebro como Minerva:



El magneto fuerte, al electrificarse, movía la manecilla y un lápiz colocado en el otro extremo de ésta tocaba una cinta de papel en movimiento. El magneto débil serviría tan sólo para hacer volver la manecilla a su posición.

El artista estaba alborozado. No estaba lo suficientemente enterado de los principios abstractos de la electricidad como para comprender los obstáculos inmensos que existían entre el mecanismo simple y la trasmisión eficaz de un mensaje a través de

una larga distancia. Si el doctor Jackson o algún otro de los pasajeros que lo acompañaban conocían esas dificultades, no se las mencionaron. Pensó que por vez primera en la historia había tomado la palabra «telégrafo —entonces empleada para referirse en particular a los telégrafos de semáforos— y colocado a su lado el vocablo «eléctrico». ¡Telégrafo eléctrico! Sorprendería al mundo con su invención. Olvidó lo impaciente que había estado por trabajar en su Galería del Louvre; la importante misión que le había encomendado Lafayette; los errores de la «colección de anti estadísticos». Y acaso también el fracaso de la bomba y de la máquina para esculpir el mármol, y que una vez había escrito a Lucrecia estas palabras: «Es indudable que a los inventores nos cuesta ganar el dinero. Me parece que no aceptaré los vejámenes, las dilaciones y las contrariedades por los que he pasado, para duplicar lo que he pensado obtener de ellas». Cuando el Sully recogió sus velas en el puerto de Nueva York, el 16 de noviembre de 1832, estaba determinado a trabajar de inmediato en su nueva concepción.

—Bien, capitán —le declaró Morse con jactancia—, si oye hablar del telégrafo uno de estos días, como la maravilla del mundo, recuerde que el invento ha sido hecho a bordo del buen barco Sully ⁽⁵⁾.

Capítulo 14

Nacido anticipadamente

Apenas el errabundo había saludado a sus hermanos, en el desembarcadero de la calle Rector, cuando les contó su visión de los hilos extendiéndose alrededor del mundo. Mientras caminaban por las familiares veredas de ladrillo rojo, hacia las casas de Richard y Sidney, en East Broadway, extrajo de su bolsillo el libro de notas. ¡Con estos pequeños dibujos —exclamó— sorprenderé al mundo!

En pocos días estaba derramando gotas de metal líquido en la carpeta de la sala del frente de la casa de su cuñada Louisa. No es de extrañar, pues, que ésta recordara largo tiempo que él fundió el tipo dentado de su telégrafo en su estufa.

Sidney, su compañero en la empresa de la bomba, le ofreció espontáneamente su ayuda en la tarea, que esta vez creía que en realidad les proporcionaría una fortuna. Recordándole a Finley que el hilo era barato, le insistió en que utilizara

veinticuatro circuitos: uno para cada letra del alfabeto. Por más complejo que el mecanismo para el circuito simple pudiera ser, Finley afortunadamente reconoció la simplicidad como su virtud primerísima y se concretó a su decisión originaria, adoptada a bordo del Sully.

El deleite de sorprender a sus hermanos desapareció con el choque de la vigorosa ciudad, con su polvo, sus cerdos revolcándose en las cunetas, su profano clamor por el dinero y la grandeza, sus huecas discusiones sobre el gusto, cuando no le prestaba al arte la atención suficiente como para tener una sola galería pública. Sus asuntos personales le impedían dedicar mucho tiempo al bosquejo del telégrafo. Sus hijos estaban dispersos, sin hogar. La academia apilaba vergonzosamente honores para sus propios miembros. Su pintura inconclusa del Louvre requería atención. Después de algunos días, los documentos no aluden, en el curso de tres años, a los remiendos de su tipo de magneto encorvado o a la tensión de hilos alrededor de la casa de su hermano.

Si Morse hubiera estado ocupado constantemente en la pintura; la concepción del telégrafo podría haberse revuelto en su mente y luego desvanecido. La necesidad fue responsable justamente ahora por la demora en el desarrollo del invento. Sin embargo, «durante esa época —escribió muchos años después— no perdí en ningún momento la fe en lo viable del invento, como tampoco abandoné la intención de probarlo tan pronto como pudiera dominar los métodos» ⁽¹⁾.

La pobreza se interponía nuevamente en sus sueños. Hasta el recurso de tener fe en su telégrafo pudo habérsele negado. Si había hablado con Cooper acerca de la comunicación instantánea con París, y si entonces tenía fe en su concepción, es extraño que no le haya escrito hablándole de ello. Si aún creía que sorprendería al mundo, es raro que no les haya escrito al respecto a personas como Greenough y Bloodgood, con quienes mantenía correspondencia. Es extraño que Dunlap no sugiera ni una indirecta sobre ello en su diario, junto con sus múltiples actividades: la academia, la pintura, la literatura y su oposición al Papa.

Cuando la historia de su invención se había incorporado al acervo de la leyenda norteamericana, Morse leyó una vez en un diario de Nueva York una reseña de los años inmediatos a su llegada en el Sully. Decía: «Sus amigos lamentaban que un lapso tan breve hubiera convertido a un amigo genial en un hombre sombrío e

insensible. Estaba absorbido por un gran descubrimiento que iba a conmover y a bendecir al mundo. No pensaba, no sentía, carecía de facultad para cualquier cosa o para cualquier persona, hasta que el telégrafo convirtiéndose en una realidad y fue colocado, sin disputa, al lado de los grandes inventos de la época». Morse escribió de manera sardónica en el margen: «Algo exagerado. ¡Ja, ja!» ⁽²⁾.

En realidad, durante cinco años antes de que el telégrafo le absorbiera su tiempo, se dedicó a pintar, a dirigir la academia y a corregir la decadencia política de Nueva York. Esos años merecen algo más que estar empeñados por su labor en el telégrafo. Pues cumplieron su papel en la historia de los Estados Unidos.

Morse sabía bien que los artistas norteamericanos que partían para el extranjero no podían esperar un feliz retorno a su país, en una nación todavía sin cultivar; y él no constituía la excepción. No era en modo alguno ese «hombre más alegre del lugar» que había esperado ser. «Creo que a veces tienes un acceso de esplín —le escribió a Cooper—; es raro que no lo tengas, con tu temperamento. Confieso muchos ataques de esta desagradable enfermedad... Tú tendrás, sin duda, esplín cuando recién llegues, pero cuanto más permanezcas en el extranjero más grave será la dolencia» ⁽³⁾.

Durante el primer año de su llegada tuvo muy pocas entradas, quizá ninguna, ganada con su trabajo. Estaba económicamente exhausto. Su pausado viaje de Italia, a través de Suiza, la región del Rin y París, lo había podido realizar gracias al pago que recibía de sus hermanos por sus cartas publicadas en el Observer. El ofrecimiento de una habitación en casa de sus hermanos constituyó un alivio.

En realidad, había sido honrado con el nombramiento de profesor de escultura y pintura en la nueva Universidad de la Ciudad de Nueva York. El doctor Matthews, presidente de la institución, era gran amigo suyo. La Universidad, que acababa de abrir sus puertas ese otoño, no tenía aún edificio; compartía con la Academia Nacional el Clinton Hall, el popular sitio de estudios, construido después de que Morse fue a Europa, por la *Mercantile Library Association* (de la cual era, por supuesto, miembro), y ubicado cerca del parque de la Municipalidad. Se sintió orgulloso con el nuevo título, y cuidó de que se lo colocaran después del nombre en los documentos oficiales. Al año siguiente rechazó el ofrecimiento de dictar una serie de conferencias, por falta de tiempo para redactarlas de manera que

estuvieran a la altura de la Universidad. Se rehusó a solicitar la cátedra de dibujo en West Point, aun cuando pudiera haberse sentido seguro de lograrla con sólo pedirla, y no obstante haber estado tan bien remunerada como para hacer que Leslie regresara de Londres. Pero el juicio de Morse era más prudente que el de sus compañeros de habitación. Leslie y su novia inglesa encontraron que West Point resultaba inadaptable y en un año, después de una «merienda» en su honor, ofrecida por la Academia Nacional, partieron para la más apreciativa Gran Bretaña. Y Morse, aunque pudo no haber tenido alumnos universitarios durante su primer año, en su oportunidad se vinculó íntimamente a la vida de la Universidad, logrando grandes ventajas. Todavía no sabía que su cátedra quedaría registrada en la historia como la primera de bellas artes en los colegios norteamericanos, ni que algún día se lo llamaría en los anales de la Universidad su «profesor más famoso» ⁽⁴⁾. Mientras tanto, no se esperaba que dictara las clases regularmente en Clinton Hall, o recibiera retribución, excepto en forma de gratificaciones pagadas por los estudiantes.

Durante meses después de su llegada a Nueva York trabajó en su Galería del Louvre y luego, cuando por fin exhibió esta obra en unas habitaciones ubicadas sobre la librería Carvills, de Broadway, en Pina, fue un fracaso. Era una buena pintura, sin duda. Cooper había esperado mucho de ella, y gustó a sus amigos de Nueva York.

«No puedo desearte nada mejor —le dijo Leslie— que logres tanto éxito en tu exposición como has conseguido en su realización» ⁽⁶⁾. Dunlap asistió varias veces a su exposición y escribió una encomiástica crítica periodística ⁽⁶⁾. La pintura continuó en exhibición, en Nueva York, durante varias semanas, produciendo la insignificante suma de quince dólares en una semana; luego se expuso brevemente en New Haven, después de lo cual fue guardada como un fracaso rotundo, repitiendo la historia de El Recinto del Congreso.

Cuando regresó de Europa la primera vez, Morse, entonces un joven de veinticuatro años, se encontró desesperado en los Estados Unidos, y ahora se hallaba en el mismo estado de espíritu, siendo un profesor de cuarenta y un años. Como la vez anterior, no estaba solo en su amargura. Después de una ausencia de su patria de veintiún años, Leslie había esperado en vano hallarla más bondadosa hacia los artistas. Los amigos de Dunlap se enteraron de que éste, a pesar de ser

entusiastamente venerado, pasaba privaciones, y planearon la realización de una función teatral a beneficio suyo, pero los escrúpulos de Morse impidieron su asistencia. Mucho antes había regresado Allston a Boston —quien fue saludado en todos lados como un gran maestro—, para encontrarse con que la necesidad lo iba a apremiar. Durante dos décadas trabajó en su gran La fiesta de Belshazzar, protestando mientras andaba sin rumbo: «¡Puedo pintar en medio de la aflicción, pero no en medio de las deudas!» ⁽⁷⁾.

Hasta en el relativamente culto este del país, Morse tuvo la sensación de ser un pionero. Cooper le dijo que ellos habían nacido con treinta años de anticipación. Esto era para Morse expresarse demasiado suavemente. «Desde mi llegada me han dicho varias veces —le escribió a Cooper— que he nacido con un siglo de anticipación en cuanto a las artes en nuestro país. A lo que he contestado que, de ser así, trataré de reducir ese lapso a la mitad. Cada vez me afianzo más en la idea de que tengo tanto que hacer por el arte con el lápiz como con la pluma, y si puedo en mi época ilustrar al público para allanar el camino de los que me sigan, no sé si habré servido la causa de las bellas artes de manera tan eficaz como pintando cuadros que podrían ser apreciados un siglo después de mi muerte» ⁽⁸⁾. Si Morse hubiera podido prever que cien años después de su llegada a Nueva York, uno de los museos más grandes del mundo iba a abrir una exposición dedicada enteramente a sus pinturas, nunca se habría complicado con hilos y baterías.

«No hay nada nuevo en Nueva York... —le escribió nuevamente a Cooper— excepto que ya no existe la misma gente que anda detrás del dinero, ni las mismas casas incendiadas, ni los mismos cerdos sueltos por la calle... Ven preparado para encontrar muchas, muchísimas cosas diferentes en gustos y maneras de tus propias maneras y gustos. El buen gusto y las buenas maneras no se destacarían si todos a nuestro alrededor poseyeran los mismos modos» ⁽⁸⁾.

Morse y Cooper eran ambos demócratas *jacksonianos*. Como muchas otras personas de diversas edades, habían luchado por el pueblo, pero no deseaban pertenecer a él.

La primera vez que ahora utilizaba su pluma en público fue en ocasión de otro hito en la lucha entre la Academia Nacional de Dibujo y la Academia Norteamericana. La Academia Nacional lo había reelegido lealmente presidente durante sus tres años de

ausencia del país. Sin embargo, en parte debido a su alejamiento, la Academia había experimentado días opacos. El secretario, Morton, y Thomas Cole, le habían escrito diciéndole que su presencia era necesaria para impedir que los académicos eligieran un número alarmante de empleados de categoría entre ellos mismos. El propio Morse había contribuido a la desorganización aceptando obsequios para la Academia que eran remitidos a Nueva York con enormes gastos de flete. Aun así, la Academia Nacional se hallaba en mejores condiciones que la Norteamericana. El reinado de Trumbull se habría derrumbado cuando le fue quitado su antiguo sitio en el Parque de la Municipalidad, si el doctor Hosack no le hubiera construido un nuevo edificio. Pero Hosack ahora le susurraba a Morse que Trumbull no insistiría en ser presidente de una Academia unida y nuevamente el movimiento en pro de la unión estaba en marcha. Ambas academias nombraron comités para proyectar las condiciones. Aunque Trumbull prohibió una reunión de los directores de la Norteamericana, ésta se celebró.

La noche del mitin de los directores de la Norteamericana, se iban a reunir los representantes de ambas academias en el campo neutral de la casa del doctor Hosack —el doctor era protector de casi todos los artistas de la ciudad—, para escuchar la decisión. Morse, Durand, Cummings y Dunlap informaron que la Academia Nacional había aceptado las condiciones. Luego del mitin de los directores de la Norteamericana, llegó el propio Hosack para informar que Trumbull, prevenido de las condiciones, los había denunciado al comienzo de la reunión y los directores habían ordenado que el discurso se imprimiera y detuvieran toda negociación ulterior.

El consejo de la Academia Nacional solicitó a Morse que con testara al discurso de Trumbull. Casi un mes después, Dunlap anotó en su diario: *«Hoy leí el estudio de Morse del discurso de Trumbull. Lo analiza completamente; pero, ¿quién lo leerá?»*⁽⁹⁾.

La Academia Norteamericana estaba entonces moribunda, y cuando falleció su protector, el doctor Hosack, ella también expiró. La Academia Nacional adquirió en remate sus propiedades.

«La adversidad y la necesidad de defensa común nos ha unido —recordó Morse a su Academia en un discurso presidencial—. Ahora la PROSPERIDAD nos pondrá a

prueba, la cual, como lo demuestra la experiencia, requiere mayor valor moral que la adversidad» ⁽¹⁰⁾. Todavía quedaban muchas labores que realizar para la academia, en Clinton Hall, y los miembros eligieron a Morse para que las ejecutara durante los próximos años.

Escribía en nombre de la academia, redactaba la crítica del Bravo, de Cooper ⁽¹¹⁾, defendía la causa de Cooper en la controversia financiera francesa ⁽³⁾ o protestaba contra el nombramiento como encargado de negocios en París de un norteamericano del que recordaba que era contrario a Lafayette ⁽¹²⁾, pero todos estos escritos le rendían poco o ningún beneficio pecuniario y aunque podían ayudar al futuro de las artes y de las instituciones norteamericanas, no lograban resolver el problema personal de Morse frente a su situación de pobreza. Después del descorazonamiento que le produjo la muestra de su Galería del Louvre y tal vez con posterioridad al fracaso de otro galanteo, le escribió desesperado al generoso DeWitt Bloodgood: «La esperanza puede revivirme de alguna manera en el futuro. Pero ahora tengo más sufrimientos... de los que antes he experimentado; me encuentro en perfecto estado de salud física y, sin embargo, me resignaría a pensar que algo de orden fisiológico no marcha bien para producirme tal arraigada convicción de desesperación. No, Bloodgood, las causas son tangibles, palpables; mi profesión es la del mendigo; existe por la caridad. ¿No he probado esto a diario? ... Bueno, tú dirás, ¿qué te propones hacer? Vivir, si puedo; perdurar a través de la vida, ahogar toda aspiración que vea o sienta que pueda obtener, en pro de la calidad del arte, pero que durante veinte años han estado al alcance de mi vista mas no de mi mano. Mi vida de poesía y ficción ha terminado» ⁽¹³⁾.

Poco después se encontró por vez primera con él un joven estudiante de arte, que estaba próximo a partir para Europa en viaje de estudios.

—¿Así que desea ser artista? —le interrogó Morse—. ¡No hará su gusto? ¡No hará su gusto! ⁽¹⁴⁾.

Morse había esperado vender su Galería del Louvre a Cooper por la suma de dos mil quinientos dólares. El novelista regresó a Nueva York, pese al consejo en sentido contrario que le había dado Morse —le había dicho que Nueva York era demasiado mercantil para llevar una vida confortable y le recomendó más bien Filadelfia o Boston—, y Morse le halló una casa para él en la calle Bleecker.

Morse y Dunlap lo visitaban frecuentemente y pronto se dio cuenta de que Cooper no adquiriría su obra. Cuando Morse recibió una oferta de George Clark, de Cooperstown, le escribió una carta a éste, en la que le decía: «Últimamente he cambiado mis planes respecto a esta obra y a mi arte en general; en consecuencia, puedo disponer de ella a un precio mucho más reducido. Necesito dinero para continuar con mis nuevos planes» ⁽¹⁵⁾. Morse era demasiado delicado para contarle a Dunlap que había vendido la pintura, a Clark, por mil doscientos dólares.

Un mes después, Greenough envió a Morse una carta desde Italia que puede aclarar su cambio de planes. «Tu carta presentándome a Mr. Bryant me fue entregada por este caballero... —le escribió—. Me appena enterarme de que te has concretado a la pintura de retratos». Morse había decidido nuevamente abandonar la pintura del estilo de El Recinto del Congreso y Galería del Louvre, el estilo histórico que él consideraba la rama más elevada del arte. «Y en cuanto a que te estés poniendo viejo —continuaba Greenough—, debo pensar que te encuentras algo nervioso, porque estoy seguro que puedes confiar en tus veinte años activos, con mayor seguridad que la mayoría de los jóvenes» ⁽¹⁶⁾.

Durante ese año de desesperación —su cuadragésimo tercero de vida—, Morse pintó gratuitamente, para que lo grabara Durand, una tela que Bloodgood llamó «lo mejor que jamás has hecho» ⁽¹⁷⁾ y que, según la propia persona pintada, William B. Sprague, el vigoroso clérigo de Albany, recibió aprobación mundial. Durante el transcurso de ese mismo año, Dunlap publicó su indispensable historia del arte norteamericano, en la que dice que Morse progresó, durante su estada en el extranjero, «en todas las ramas de la pintura, hasta un grado tal que me ha sorprendido tanto como me ha agradado» ⁽¹⁸⁾. Y en esa misma época, Allston escribió al autor de ese libro: «Me alegro de enterarme de tu juicio sobre el progreso artístico de Morse. Conozco lo que hay en él tal vez mejor que nadie. Si sólo pusiera de manifiesto todo lo que posee, demostraría valores que hoy muchos no sospechan» ⁽¹⁹⁾.

Y lo hizo, mas no en pintura, ni tampoco inmediatamente en telegrafía.

Capítulo 15

Nativo norteamericano

Una nueva ráfaga de nativismo azotaba otra vez al país. Sopló primero con fuerza en 1834 por el incendio de un convento en Charlestown, donde Morse había vivido anteriormente. Cesó una década más tarde, con los desórdenes de Filadelfia, durante los cuales la policía empleó por vez primera el telégrafo de Morse. Su centro hallábase en Nueva York, ciudad en la que Morse era uno de sus líderes.

La fuerza del nativismo residía en las ciudades del norte y del este. Durante la tercera década del siglo anterior desembarcaron allí cien mil extranjeros incultos y en el transcurso de los dos lustros siguientes, un número cinco veces mayor. Las autoridades europeas lanzaban hacia los Estados Unidos a los indigentes y criminales, como una manera fácil de deshacerse de ellos; la mayoría de los indigentes que ya mantenían las ciudades del este, eran extranjeros. Los irlandeses se amontonaban en las ciudades en las que los barcos los descargaban. Deseosos de trabajar por cualquier jornal y en las condiciones que fueran, muchos de ellos amenazaban la posición de los obreros establecidos. «Ningún irlandés necesita pedir», era un cartel familiar. Los viejos ciudadanos se resistían a compartir con los recientemente naturalizados el orgulloso nombre de norteamericanos.

Además, muchos de estos desaseados recién llegados eran miembros de una secta cuyas formas, órdenes secretas y filiación política en la autocrática Europa habían aprendido a temer los antepasados de muchos estadounidenses. Figuras encapuchadas entrando y saliendo de los conventos perturbaban la mente en paz de los descendientes de ingleses, escoceses, escoceses-irlandeses, holandeses y hugonotes. A medida que crecía el número de inmigrantes, aumentaba también la confianza en la iglesia romana. Cuando ésta comenzó a objetar la lectura en los colegios públicos de versiones de la Biblia no aprobadas por ella, los protestantes musitaban los nombres de Lotero, Calvino y Knox. Una disputa entre el vicario de una iglesia católica de Filadelfia y el obispo local dramatizó la diferencia en organización entre los católicos y protestantes evangelistas. Los vicarios exigían como derecho democrático la facultad de elegir sus pastores y colocar las propiedades de sus iglesias a su nombre. Después de una controversia acalorada, que se extendió durante muchos años, el obispo local refirmó su autoridad. A

muchos norteamericanos les parecía que la jerarquía extranjera, alentada desde Roma, les había negado sus derechos naturales. Los periódicos religiosos dirigían el movimiento para excitar a los libres Estados Unidos contra la dominación católica. Mientras Morse absorbía el escepticismo europeo de Lafayette, surgió la primera sociedad contra el papismo organizada en la Unión, la Asociación Protestante de Nueva York.

Mientras desde los púlpitos evangelistas comenzaron a pregonar la reforma por el norte, los inmigrantes se mantuvieron apartados. Los reformadores pronto los acusaron de oponerse a la templanza, a los derechos de las mujeres, a la abolición de la esclavitud y todos los otros principios caros a la conciencia de los pobladores de Nueva Inglaterra. Con el aumento del odio, los nativos llamaban a los recién llegados indigentes, hurtadores de puestos, opuestos al progreso y papistas.

Finalmente, los viejos electores agregaron el cargo de abusar de los privilegios políticos. Los inmigrantes naturalizados —en particular los irlandeses— vendían sus votos a los caudillos políticos de ambos partidos. Siempre había habido maquinaciones políticas entre los respetables líderes políticos de Nueva York: los Clinton, los Hone, los Paulding, los Lawrence y los Clark; pero habían sido tramadas de manera cortés por sobre las mesas de comidas. Ahora la vida política parecía estar próxima a abandonar los comedores para dirigirse a las alcantarillas, y los nativistas fueron provocados para incorporarse a la política en defensa propia. Hicieron su primer intento de salvar a la ciudad del gobierno del populacho, presentando a Morse como candidato a intendente.

Hombre de fe, pintor, inventor y organizador de artistas, Morse se había hecho ahora también sensible a lo que concebía como las necesidades externas de su ciudad y de su país. Su visión política era limitada, pero considerando el alcance de sus intereses, es notable que haya tenido alguna conciencia política. El Leonardo norteamericano se acercaba al desarrollo completo de otra de sus muchas habilidades.

Desde que abandonó el estímulo de Lafayette y Cooper, en París, había cobrado conciencia política. Observó con ansiedad la renuncia del Estado de Carolina del Sur a obedecer las leyes federales, movimiento éste encabezado por Robert Y. Hayne y Calhoun. Su terminación rápida lo satisfizo. «Los europeos, al juzgamos —le escribió

a Lafayette—, no tienen en cuenta la gran masa del pueblo, bien instruida en cuanto a sus propios derechos y a los de sus vecinos; esa gran masa instruida por una religión de persuasión, no de fuerza» ⁽¹⁾. Le escribía con libertad a Lafayette porque había hablado con él sobre su tema favorito de la necesidad de una religión de persuasión sobre la base de un gobierno libre. Creía que el general lo comprendía.

Al año siguiente de su llegada de Europa —1833— alentó al patriota italiano Piero Maroncelli, que estuvo preso en la fortaleza austríaca de Spielberg, para que escribiera sobre el gobierno papal, diciendo que era el peor del mundo.

En la primavera de 1834 indagaba acerca de la fuerza política de John England, obispo católico de Charlestown, de quien antes había hecho un retrato.

Y antes de terminar el año, Dunlap descubrió de pronto que la tarea principal del presidente de la Academia Nacional consistía en rechazar al papismo.

Se dice que su primera obra nativista, *Conspiración Extranjera contra las Libertades de los Estados Unidos*, era una causa del incendio de Charlestown ⁽²⁾. Su acalorada protesta contra la intriga católica puede haber despertado la ira de Lyman Beecher, y el sermón en Boston del doctor, «El diablo y el Papa de Roma», a su vez, puede haber incitado a los pillos de la ciudad a prender fuego al convento. Así, pues, la denuncia de Morse de los designios secretos de la jerarquía católica puede haber sido una causa del incendio del convento en la misma ciudad en la que su padre había denunciado a los Católicos Iluminados bávaros. El propio Morse creía que la violencia había sido provocada desde dentro del convento. La superiora había amenazado con que diez mil irlandeses echarían abajo las casas de Charlestown si se perjudicaban las propiedades del convento. Opinaba que su arrogancia había puesto al populacho en movimiento. De un diario recortó una carta abogando por las reuniones para honrar a las monjas del convento profanado y a la «inocencia femenina» que ellas representaban. Descartando el pedido, escribió en el margen: «Otro asunto de los jesuitas» ⁽³⁾.

Morse puede haber sido una fuerza indirecta, no sólo respaldando a la tragedia de Charlestown sino también a la carrera pública de esa llama colorida del movimiento nativista, María Monk. Morse creía en ésta. No sabía del testimonio de su madre de que a la edad de siete años ella se había golpeado con una pizarra en la cabeza y desde entonces se había mostrado dada a contar «mentiras». Su revelación

comprometedora de los horrores de la vida del convento en Montreal aparecieron por vez primera en el *American Protestant Vindicator*, del «clérigo» Brownlee, un periódico que acababa de publicar en folletín la obra *Conspiración Extranjera*, de Morse. El disparatado relato había sido preparado para su publicación por los redactores del *Vindicator*, incluyendo a Theodore Dwight, sobrino de Dwight, el presidente de Yale y amigo de Morse ⁽⁴⁾. Titulado *Las Terribles Revelaciones de María Monk*, apareció en forma de libro en enero de 1836. Cinco meses después, Morse envió a Cooper una segunda edición del volumen, diciéndole que las nuevas pruebas incluidas en él, particularmente el plan de las habitaciones del convento, probaban que María no era una impostora ⁽⁵⁾. Hasta dos meses después, su amigo Cooper creía que él confiaba en María. Escribió a Greenough contándole sus temores de que «Morse está por casarse con una cierta Miss Monk, y cuando lo veas te ruego que le hables del asunto. Temo que la prole de semejante célibe como él y una que está bajo el dominio monástico como la Monk, que, dicho sea de paso, ha sido también monja, podría demostrar ser una progenie adaptada sólo para el coro de la capilla Sixtina» ⁽⁶⁾.

Los anticatólicos le solicitaron por dos veces a Morse que figurara entre los árbitros propuestos de la disputa pública acerca de si su Miss Monk realmente procedía de un convento de Montreal o, como muchos ya sospechaban, de un asilo para prostitutas ⁽⁷⁾. Los investigadores visitaron personalmente el convento de Montreal. Uno de ellos, descrito por un poeta satírico, halló en sus supuestas horribles cavernas no huesos humanos sino babosas y papas, y al abandonar el convento, aseguró a las monjas:

¡Hermanas!... ¡el juicio ha terminado! Vosotras sois vírgenes, tan puras como siempre os habéis mostrado ⁽⁸⁾.

Sin embargo, fue sólo mediante el pleito judicial por el producto de sus libros, que la relatora de «mentiras» fue eventualmente declarada impostora ante la ley. Después de ser arrestada por carterista, algunos años después, falleció en un hogar para prostitutas.

En su naciente fe en Miss Monk, Morse tenía compañeros tan distinguidos como muchos de los directores protestantes de Nueva York y los hermanos Harper, que

editaron clandestinamente la primera edición de su libro ⁽⁹⁾. Aun durante la campaña para las elecciones de 1836, cuando muchos protestantes de Nueva York y Montreal ya la habían denunciado, todavía creía en ella.

Como muchos movimientos populares, el nativismo fue acompañado por el fraude y la violencia. Morse, sin saberlo, los instigaba. Aunque carecía de juicio, hizo una contribución —notable por su honestidad— al mejor aspecto del nativismo: el intento de introducir el orden en la política violenta y corrompida de la ciudad.

Mientras figuraba como candidato a alcalde, en el fuego de la controversia acerca de María Monk, tuvo dos documentos de campaña propios y eficaces. Uno fue su panfleto Peligros inminentes, un examen del encono de la ciudad por el problema de los inmigrantes. Primero fue publicado como una serie de cartas en su propio periódico, el Journal of Commerce. El otro, Conspiración Extranjera, apareció primeramente como folletín en el semanario más o menos presbiteriano de su hermano, el Observer, de Nueva York, y pronto fue reproducido en los periódicos congregacionalistas, metodistas y baptistas, en los dos principales diarios nativistas, el Vindicator y el Downfall of Babylon, y en otras publicaciones ⁽¹⁰⁾. En forma de libro fue dado a la estampa primero en 1835; luego, cuando aspiraba a ser alcalde, en su cuarta edición, publicado por Van Nostrand y Dwight, que a la sazón eran los que patrocinaban a María Monk; dieciséis años más tarde, su séptima edición, y muchos años después de su muerte, en su última edición. Su primera gran obra fue también la más leída. Era un documento vigoroso para el nativismo, pues procedía de una persona cuyo nombre era respetado, y de una pluma enérgica aunque ampulosa, bien interiorizada de los medios tonos del vocabulario antipapista. Su advertencia fue lanzada desde la prensa nativista, halló eco en los púlpitos protestantes y repercutió en la prensa diaria hasta que hizo sensación.

El autor fue correctamente presentado a sus primeros lectores como un eminente artista recién llegado de Roma ⁽¹¹⁾ y «un norteamericano que ha residido durante largo tiempo en Italia y Austria» ⁽¹²⁾, pues fue durante esa gran jira que desarrolló las fuentes emocionales para sus escritos nativistas. Ahora le era posible fortalecer sus fuentes de hechos mediante la lectura general, merced al empleo de documentos y por las observaciones sobre el papel de los inmigrantes en la vida de Nueva York.

Morse sólo pudo oponerse al catolicismo en el terreno religioso. Tenía una fe firme en su calvinismo. Practicaba diariamente sus devociones. Pensaba en sus propios triunfos y fracasos, en términos religiosos. Constantemente urgía a los demás a que tuvieran fe.

Tenía convicciones demostradas desde tiempo atrás en cuanto a la teología y el ritual. Sin embargo, diferenciándose de los anticatólicos de la escuela del Vindicator, se enorgullecía de no mezclarse con los principios religiosos de los católicos. Ni ridiculizaba ni razonaba, como muchos nativistas, contra la confesión, la transubstanciación, el celibato de los sacerdotes y la hiperdulía.

Argüía más bien contra el catolicismo romano como sistema político. Decía que su jefe era un gobernante temporal y autocrático.

Por naturaleza se oponía a la libertad religiosa y civil. Despótico en su organización, es antidemocrático y antirrepublicano, y, por lo tanto, no puede coexistir con el republicanismo norteamericano ⁽¹³⁾.

Si un católico estadounidense cree en la democracia —argumentaba Morse—, lo hace pese a su iglesia. No se valía del argumento a menudo eficaz de que dondequiera que el catolicismo fuera lo suficientemente fuerte, se convertía en una iglesia-Estado, en una institución antinorteamericana, y que en todos lados posee una política no democrática, simplemente porque es jerárquica. Tal vez no lo hacía porque recordaba que la iglesia de su padre, en Charlestown, había estado sostenida por las contribuciones hasta no hacía mucho tiempo; que su padre había apoyado la introducción de los presbiterianos en la congregación gobernada por sí misma de Nueva Inglaterra, y que él mismo asistía ahora a los servicios de los presbiterianos y hasta una vez había intentado entrar de clérigo episcopal.

Estaba enterado sólo de manera vaga del significado de la política clerical ⁽¹⁴⁾. Juzgaba al catolicismo no democrático principalmente porque tenía sus raíces en la monárquica Europa.

En Viena, la ciudad central de la Santa Alianza de Metternich, Friedrich von Schlegel, estudioso y agente del gobierno austríaco, declaró en una serie de conferencias en 1828, que la monarquía y el catolicismo eran interdependientes y ambos opuestos al republicanismo de los Estados Unidos. En esa misma ciudad, tan sólo un año después, anotó Morse, y bajo el patrocinio de la familia real, a pedido

de un obispo norteamericano, se organizó la Fundación Leopold para catolizar a los Estados Unidos. Morse creía que el verdadero propósito de la sociedad no era religioso. Conocía muy bien la manera cómo Austria había ayudado al Papa a reprimir la revolución liberal en Italia y cómo aquel país había colaborado con Rusia para reprimir la libertad de Polonia. ¿No era natural que Austria intentara también degradar a la república, que era una inspiración constante para los pueblos oprimidos de Europa? ¿Y qué era más natural, puesto que la Unión era inaccesible para los ejércitos austríacos, que Austria intentara atar a los Estados Unidos mediante su propia iglesia? Ese era el propósito que escondía la Fundación Leopold —apuntaba Morse—, el enorme aumento de inmigrantes católicos y el correspondiente aumento de la arrogancia de los católicos residentes en la patria de Lincoln. Esa era la «conspiración extranjera» que veía.

Deploraba el crecimiento de los clanes entre los católicos; la ola de disturbios entre extranjeros y nativos, en las grandes ciudades; la existencia de las guardias de O'Connel, una división militar irlandesa en Nueva York, porque en todo esto veía una amenaza al orden civil. Habiendo observado que los sacerdotes se mezclaban en las elecciones, acusó a los dos grandes partidos de propiciar su intervención para obtener votos entre sus feligreses.

—Los jesuitas no son tontos —insistía—. Dicen que apoyan a la democracia, como Judas apoyó a Cristo. Sus métodos son como los de esos déspotas europeos que presionan hasta el extremo las medidas democráticas según el principio de que los extremos se tocan. Sobreviene la anarquía, y entonces la masa del pueblo, que siempre ama el orden y la tranquilidad, se une de inmediato en apoyo de la fuerza para protegerse; y el despotismo acaso en otra forma, pero concertado de antemano, reasume su reinado de hierro. Italia y Alemania nos brindan ejemplos a diario ⁽¹⁵⁾.

Declaró que ignorantes y apegados al clan, los católicos permanecían bajo el control de los sacerdotes. «Los curas pueden negar esto, pero no les es dable entender nuestras instituciones y la iglesia tampoco las quiere. Los curas católicos deben hacer públicas sus actas, como lo hacen los protestantes. La inmigración debe ser restringida. La naturalización de los ciudadanos debe presentar mayores dificultades. ¡Ciudadanos! ¡No voten por los católicos!» Las acusaciones de Morse,

muy leídas, ayudaron a que cristalizara el sentimiento vago contra los católicos y contra la inmigración, y de tal manera aumentó la atracción del nativismo. En Nueva York le dieron impulso para concretar la acción contra la influencia «extranjera» en la política local.

Una controversia suscitada entre los irlandeses y los miembros de la Asociación Protestante de Nueva York dio lugar a la formación de la primera organización política del nativismo y de la ciudad. El propósito de la asociación y de su periódico, el *Vindicator*, era atacar al papismo en términos religiosos. Los católicos fueron invitados a asistir a una reunión de la asociación y a discutir la compatibilidad del papismo y la libertad civil. Según el *Vindicator* ⁽¹⁶⁾ y dos diarios no religiosos, el exaltado *Sun* —de un centavo— y el reposado *Journal of Commerce* —de seis centavos— (17), los visitantes irlandeses demostraron su punto de vista negativo en el asunto, disolviendo la reunión de manera violenta. Dos semanas más tarde, los nativistas organizaron varios barrios de la ciudad para las elecciones de la primavera de 1835. Los demócratas estaban atemorizados. Los ciudadanos naturalizados eran generalmente de esa filiación, pero el partido necesitaba también el apoyo de los nativos. ¿El asunto del nativismo echaría fuera del partido a los pocos nativos? Los demócratas acusaban a los «whigs»^{xxxviii} de haber alentado al nativismo para dividir a la democracia. Sin embargo, en las elecciones, los «norteamericanos» no figuraron en la gran batalla entre los «whigs» y los demócratas. El alcalde demócrata, Cornelius Lawrence, bajo un nuevo estatuto el primer alcalde elegido por voluntad popular en Nueva York, resultó electo para un segundo período.

Los demócratas tenían razón. El nativismo era un aliado natural de los «whigs», descendientes de los federalistas. En el verano siguiente fue organizada la Asociación de Nativos Norteamericanos, que comprendía a toda la ciudad. Mientras hacía hincapié a los irlandeses como un clan, se oponía a la elección para cargos públicos de cualquier persona nacida en el extranjero o católica, fundándose en que han prestado juramento al Papa. Aunque la asociación incluía a los que pretendían permanecer en ambas viejas creencias políticas, estaba apoyada por un diario «whig», el *Morning Courier and Enquirer* (de seis centavos), de James Watson

^{xxxviii} Partido de la Independencia, en 1776, centralista, predecesor del actual Partido Republicano. — N. del T.

Webb, el mismo periódico que, con el apoyo de Philip Hone, había dado su nombre a los «whigs» el año anterior. Y en las elecciones de noviembre, para la renovación del Congreso, los «whigs» apoyaron al candidato norteamericano, ganando juntos el cuarenta por ciento de los votos de la ciudad. El Partido Demócrata conservó su posición sólo reduciendo el número de «extranjeros» en su lista de candidatos. En la primavera de 1836 los nativistas solicitaron al alcalde Hone que fuera candidato de ellos, con la esperanza de que obtendría también el apoyo oficial del Partido «whig». Aquél declinó el ofrecimiento alegando, no el desacuerdo con sus puntos de vista, sino falta de tiempo ⁽¹⁸⁾. Pasando de un «whig» a un demócrata, los norteamericanos solicitaron a Morse que se presentara como candidato. Primero se rehusó. Pero a un pedido de que reconsiderara su resolución, contestó públicamente:

Abril 6 de 1836.

Al Señor Anson Willis, Presidente del Comité de la Asociación Democrática Nativa Norteamericana y a los Caballeros del Comité.

Señores: En cumplimiento de vuestra urgente solicitud instándome a que reconsidere la decisión a la que llegué, declinando mi candidatura... he prestado al asunto otra consideración y, si, en opinión de la asociación, es correcta mi interpretación de los principios generales que gobiernan a la Asociación Democrática Nativa Norteamericana, en tal caso juzgo un deber hacer el sacrificio que se me solicita, y ponerme a vuestra disposición.

He considerado que la Asociación Nativa Norteamericana esté integrada, como su nombre lo denota, por verdaderos demócratas, demócratas norteamericanos en el sentido cabal del vocablo; en consecuencia, que sus miembros reconocen gustosamente el gran principio fundamental de gobierno, según el cual el Pueblo es y debe ser supremo; que el poder emana legítimamente sólo de él...

Que, por lo tanto, y de acuerdo con la práctica establecida de la democracia, de adoptar el sentido del pueblo en las distintas cuestiones de la política nacional, el asunto se coloca ahora, no meramente ante los ciudadanos de Nueva York, sino frente a todo el pueblo estadounidense, sea que resulte o no

conveniente que las leyes de naturalización se alteren de manera de poner punto final a los males que sufren nuestras instituciones democráticas y protegerlas contra los peligros que las amenazan por el influjo de una población viciosa e ignorante; peligros acrecentados por la organización de esos extranjeros en todo el territorio; peligros todavía más aumentados por los movimientos políticos actuales del mundo civilizado y las manifestaciones públicas así como las secretas, en los Estados Unidos, de las Asociaciones Extranjeras en Europa, asociaciones afiliadas de extranjeros en todo el país. Que la Asociación no tiene la intención de interponerse a ningún derecho de los ciudadanos naturalizados, pero está determinada a mantener su propio derecho, en común con todos los Nativos Norteamericanos, de elegir a quienes desee y, por consiguiente, de escoger ciudadanos nativos solamente para actuar en los diversos departamentos del gobierno y ellos determinan esto, no sólo por la necesidad de seguridad de los ciudadanos nativos, sino también por la seguridad y felicidad de todos los ciudadanos naturalizados que están realmente incorporados a la Democracia Norteamericana. Que los miembros de la Asociación asociados con los propósitos mencionados, no puedan rendir su opinión de hombres o medidas, como ahora lo mantienen los dos grandes partidos políticos que dividen al país, sino que, perteneciendo algunos a uno y otros a otro de estos partidos, están de acuerdo en renunciar, por ahora, a sus diferencias, para lograr un objetivo común y encontrarse en el terreno común para resistir un mal que amenaza una destrucción común.

Señores, si estos puntos de vista que mantengo están de acuerdo con los de la Asociación, repito que estoy a su disposición para cualquier ubicación en la que vosotros creáis que yo pueda fomentar el bien general...

Saml. F. B. Morse ⁽¹⁹⁾.

Un mitin de masas de los nativos norteamericanos convino en aprobar su candidatura para la alcaldía; resolvió que la elección de Morse para tal cargo era «un buen presagio de éxito; la mano que ha quitado el timón a los jesuitas, será dura para castigar a los enemigos de nuestro país» (20). Los norteamericanos

habían nombrado a un profesor de colegio, presidente de una academia de arte conocida en toda la república, familiarizado con la sociedad intelectual y literaria del país. Sus ideas, si no la organización política que ellos representaban, eran aceptadas por los ciudadanos acomodados de Nueva York.

Como en noviembre, los «whigs» esperaban apoyar los candidatos para alcalde presentados por los nativos norteamericanos. Sin embargo, dos días antes del nombramiento, el periódico «whig» Morning Courier and Enquirer, consagró su editorial a Morse. Mientras los «whigs», incluyendo al director Webb, habían tenido la intención de apoyar a Morse, «se descubrió que es amigo y sostenedor de Martín Van Buren y (estaba) astutamente impuesto a los honestos miembros del partido que lo nombró, por unos pocos arteros hombres de Van Buren que han logrado influencia en sus consejos» ⁽¹⁶⁾. Cuando los norteamericanos dejaron de lado a Hone para inclinarse al demócrata Morse, perdieron mucho del apoyo que podían haber esperado de sus numerosos amigos «whigs». Su elección de un demócrata fue una medida poco política.

Sorprendidos por su descubrimiento, los «whigs» hicieron su propio nombramiento para la candidatura a la alcaldía recién el día anterior a que comenzara la votación de tres días. Eligieron a Seth Greer, el contratista que acababa de terminar el edificio de la Universidad, en la plaza Washington, y del que Morse ya se había quejado de que su «aula era un baño de lluvia perfecto» y su chimenea no tiraba ⁽²¹⁾.

Morse se había obstinado. Era demasiado honesto para renunciar a su fe democrática por los votos de los «whigs». El último día de la votación publicó esta valiente carta:

Nueva York, abril 7 de 1836.

Al Señor William Frost.

Señor: Gustosamente accedo a su pedido de manifestar más explícitamente mis puntos de vista con respecto a la próxima Elección Presidencial. Usted ha sido bien informado en cuanto a mi preferencia por Mr. Van Buren para la Presidencia. Siempre he admitido esta preferencia, pero ésta es una subordinación a los principios que son superiores para cualquier hombre o grupo de hombres. A estos principios estoy consagrado, pero no a Mr. Van

Buren o cualquier otro hombre. No puedo apoyar de manera consistente a ningún hombre para un puesto oficial, que no defienda abierta y valientemente el objeto de la Asociación Democrática Nativa Norteamericana...

Saml. F. B. Morse ⁽²²⁾.

Al candidato norteamericano no se le hacía propaganda en otro sentido que por sus puntos de vista nativistas, y los periódicos democráticos, que apoyaban al candidato establecido, Lawrence, no le prestaban atención a su candidatura. La elección de alcalde, cuyo cómputo se hizo días después, dio este resultado:

Lawrence	Demócrata regular	16.101
Geer	«Whig»	5.989
Alexander Ming	Demócrata antimonopolista	2.712
Morse	Nativo Norteamericano	1.496 ⁽²³⁾

Cooper halló para Morse cifras mejores que las publicadas en la prensa de Nueva York.

— ¿Qué piensas de Morse para alcalde? —le preguntó a Greenough—. Logró en realidad mil ochocientos 'votos para ese serio y responsable cargo, hace poco tiempo, y hubiera sido elegido, de haber conseguido dieciocho mil más ⁽⁶⁾.

La candidatura de Morse había sido por lo menos un inconveniente para los «whigs»: el *Courier and Enquirer*, de Webb, se lamentaba de que Geer podía haber resultado electo si no hubiese presentado la candidatura tan tarde. Sin embargo, en la lucha para el control de la Alcaldía, los «whigs» y los norteamericanos se unieron y ganaron. Los «whigs» no podían hacer un movimiento eficaz sin el apoyo de los norteamericanos. Estos habían demostrado su fibra política presentando por vez primera un candidato independiente. Pero todavía no habían logrado que el problema de los inmigrantes fuera el asunto más importante de la política local. Y, pese al apoyo con que contaban, no podían hacer aprobar por el Congreso leyes inmigratorias más estrictas.

El brusco rechazo de los votantes de su ciudad no descorazonó a Morse. Durante el verano y el otoño defendió a dos víctimas de la autocracia extranjera y religiosa. Una era un alemán liberal y protestante, cogido por el temor de los jesuitas; la otra, un joven sacerdote francés.

El interés de Morse en Clausing, el liberal germano, fue muy divulgado por la prensa, en julio, con relatos del suicidio del joven en Battery Park. Durante el otoño anterior, Clausing había oído hablar de Morse, como autor de Conspiración Extranjera. Se dirigió al defensor de la libertad para solicitarle lo ayudara a publicar su manuscrito sobre la persecución de los agentes de Metternich. Morse se puso inmediatamente en guardia por si se trataba de un impostor. Supo que el joven acababa de llegar de realizar estudios en Heidelberg y del exilio en Francia; que carecía de recomendaciones y que utilizaba los nombres de Lewis Clausing y Heningen. Sin embargo, lo recomendó a un director de diario.

Clausing halló trabajo en la ciudad, como impresor del Allgemeine Zeitung. Pero el 23 de noviembre le escribió a Morse diciéndole que se sentía molesto porque su diario había caído bajo la influencia del doctor Julius, un agente prusiano que lo perseguía. «El doctor Julius, que viaja por los Estados Unidos con el pretexto de visitar las diferentes prisiones, etcétera, ha estado y se encuentra aún muy ocupado en tratar de perjudicar, no sólo a las personas a quienes los déspotas de Europa temen ver nuevamente, en algún momento, en el teatro político en esa parte del mundo en lucha, sino también contra las instituciones de este país, hasta donde sus amplias relaciones se lo permitan. Una muestra de sus maquinaciones puede hallarse en tres números del Allgemeine Zeitung, en los que habla de los emigrados germanos y en particular de la Asociación Nativa Norteamericana contra la Influencia Extranjera. Yo mismo tendré que sufrir por esas restricciones, que pueden juzgarse necesarias de aplicarse sobre los derechos de los inmigrantes, pero comprendo que algo debe hacerse para defender el último refugio de la libertad en este mundo de opresión». Clausing le pedía a Morse que le consiguiera un puesto en la redacción del Observar o en algún otro diario cuyos directores fueran «protestantes y patriotas auténticos».

Morse pensó que Clausing sólo imaginaba que los designios de los jesuitas se dirigían contra él. Lo instó para que permaneciera en su puesto, y para que

distrajera su mente sensible le envió unas entradas para conferencias en la Universidad y para la exposición que se realizaba en esos instantes en la Academia Nacional. Le deseó que «disipara la idea de que pudiera ser esencialmente perjudicado por maquinaciones secretas contra él» ⁽²⁴⁾.

En junio, desolado y melancólico, Clausing visitó a Morse en la Universidad. Este trató de despejar sus temores y hacerlo entrar en razón. Fue inútil. Clausing le entregó al prudente profesor varios papeles suyos: su pasaporte, diplomas, unas cuantas cartas y el manuscrito en que describía la persecución por los jesuitas y los agentes del gobierno, que había tenido la esperanza de publicar, Morse los estudió y los conservó ⁽²⁶⁾. Incluían una lista de una revista germana en la que constaban ciento treinta y seis refugiados políticos perseguidos por la autoridad de Metternich. El número 16 era Clausing. Morse ya no pudo dudar de que en Nueva York los jesuitas, otros agentes de la Santa Alianza y los «más notables partidarios del espionaje» ⁽²⁶⁾ perseguían a los jóvenes alemanes en sus oficinas, en las piezas de sus casas y en las pensiones, tal como lo afirmaba Clausing.

Cinco días más tarde, en el preciso instante en que Morse le consultaba a Cooper el caso ⁽²⁷⁾, el joven atormentado se suicidó. A Morse le pareció que la persecución había llevado al joven a perder el equilibrio, lo que le hizo ver complots en cualquier trivialidad y lo indujo a buscar alivio en la muerte. Los diarios del 4 de julio anunciaron el suicidio. Con la ayuda de Morse, el Journal of Commerce publicó una complicada historia sobre ese «genio en la flor de la vida», que había muerto víctima de la persecución religiosa y política. El artículo fue mencionado en el Observer y en los principales periódicos nativistas, como el Vindicator y el Downfall of Babylon ⁽²⁸⁾; un diario de Georgia lo comentó, cayéndole al «famoso... candidato «Nativo Norteamericano» a la alcaldía de Nueva York» por ser un «bobo» al no comprender que Clausing se encontraba en estado de insania, y le aconsejaba que retornara al arte» ⁽²⁹⁾. Morse escribió a varias personas que conocieron a Clausing, solicitándoles consejo sobre la publicación del manuscrito. Por un lado, un profesor de Harvard, Charles Beck, liberal germano refugiado, le negó detalles sobre las actividades republicanas de Clausing en Alemania, y, por otro, el refugiado y colega de Beck en Harvard, el gramático Charles Follen, apoyó las afirmaciones de Clausing ⁽³⁰⁾.

Morse editó el manuscrito de Clausing, con el título de El estudiante germano proscripto. Su prefacio no afirmaba que los detalles fueron exactos, pero sí que el argumento principal era válido. Obró con viveza al no atestiguar todo. Cuando pronto entró en una controversia periodística sobre la autenticidad del relato de Clausing, fue obligado a admitir pequeños errores ⁽³¹⁾.

Un misterio similar rodeó al sacerdote católico francés que también había puesto un manuscrito en manos del simpático profesor. Morse lo conocía personalmente, pero se rehusó a dar su nombre o a describir su vida en los Estados Unidos, puesto que ofendería a sus parientes católicos del sur de Francia. Al publicar su trabajo autobiográfico, Confesiones de un sacerdote católico francés, Morse atestiguó francamente que el autor era lo que declaraba ser. No había otra prueba que la suya.

Tanto el sacerdote francés como Clausing, aunque usaban términos vívidos, escribieron como si desearan agradar a los prudentes nativistas. Pero las Confesiones de un sacerdote católico francés describían los peligros del celibato, el encarcelamiento de las muchachas en los conventos de monjas y la buena vida de los sacerdotes. Con la publicación de este relato íntimo, Morse ya no podía aparecer ante el público solamente como político anticatólico. Atacaba prácticas católicas que tenían muy poca derivación política.

Aunque Morse se acercaba más al protestantismo evangélico que su truculento padre, todavía se preocupaba primeramente por el catolicismo tal como aprendió a verlo a través del prisma de los liberales franceses. El exponente principal de la misión protestante para convertir a los católicos, el Vindicator, no lo aceptó nunca realmente como líder evangélico. Sus oficinas y las de sus sostenedores, la Asociación Protestante de Nueva York, se hallaban instaladas en la calle Nassau 142, justamente sobre las del Observer. Morse debe haber conocido a sus directores, puesto que frecuentemente se hallaba en el edificio; sin embargo, fue sólo por respeto a las relaciones civiles del catolicismo que Morse aparecía reflejado en las páginas del Vindicator como líder nativista. Mucho después de que el Vindicator hubiera publicado su Conspiración Extranjera, dicha publicación mencionaba la edición encuadernada como un estudio valioso de los efectos civiles del papismo para los que no estuvieran interesados en los efectos religiosos. Citaba

su interés en Clausing y colocaba su nombre entre los árbitros propuestos para resolver la veracidad de las manifestaciones de María Monk. Pero lo mantenía alejado de la política, sin reparar ni en sus campañas para la alcaldía.

Al año siguiente de los esfuerzos realizados para elegir a Morse, los nativistas de Nueva York propusieron para alcalde a Aarón Clark, que durante largo tiempo había sido regidor «whig». Los «whigs» lo apoyaron. La unión impulsó fácilmente a la ciudad. Lograron instituir medidas para restringir la entrada de inmigrantes indeseables, lo que fue suficiente para suscitar los ataques enconados del ídolo de Morse: el presidente Van Buren. Pero los victoriosos «whigs», olvidando pronto la unión, absorbieron a los nativistas. No fue sino hasta 1841 que los nativistas se resolvieron a adoptar una acción política independiente.

Morse había estado ocupado en las mejoras del telégrafo y realizado un viaje a Europa mientras en Nueva York se sucedían las elecciones tumultuosas, y en los barrios bajos de la ciudad se hacinaban aún más inmigrantes. El gobernador Seward despertó de pronto a los nativistas y con ellos a Morse. En un párrafo breve de su mensaje anual de 1840, Seward proponía el establecimiento de colegios en los cuales los niños recibieran instrucción de profesores de su propia lengua y religión. Con esta propuesta como punto de partida, los católicos adelantaron su demanda de dinero oficial para sus propios colegios privados. Los colegios comunes de Nueva York se sostenían, en general, con fondos del Estado, administrados por una sociedad privada y no sectaria, que bajo la influencia de la mayoría protestante permitía la lectura de la Biblia del Rey Jacobo. Muchos católicos se sentían obligados a no enviar sus hijos a esos colegios. La inevitable «cuestión del colegio» fue un asunto importante en la elección del año siguiente. Los «whigs» locales siguieron al gobernador Seward en la búsqueda de votos «extranjeros»; pues ya no se iban a unir más con los nativistas. Habiendo perdido muchos de los votos «whigs», los norteamericanos pudieron esta vez afrontar la presentación de un candidato demócrata.

La presentación de Morse fue hábilmente disputada. Seis días antes de la elección se efectuó un mitin en el North American Hotel, significando representar el Partido Norteamericano de la ciudad. La reunión arribó a la conclusión de que el partido estaba controlado por una camarilla de hombres corrompidos. En lugar de seguir los

procedimientos constitucionales solamente nueve hombres... habían constituido... (un) comité nominativo, y presentado el nombre de Samuel F. B. Morse ante el público como candidato.» Los miembros «lamentan hondamente que un hombre tan respetable como Samuel F. B. Morse sufra el engaño de tres o cuatro hombres de poca o ninguna influencia... Y, mientras repudiamos su presentación... le ofrecemos nuestros mejores esfuerzos para presentar su candidatura para nuestra legislatura o para el Congreso, en el otoño, cuando sus servicios puedan ser empleados mucho más ventajosamente, para el afianzamiento de los principios de los nativos norteamericanos.» El anuncio de ese repudio fue publicado recién la mañana antes de la votación ⁽³²⁾.

Los sostenedores de Morse sabían con anticipación del repudio. Retrucaron el mismo día con una noticia idéntica aparecida en el demócrata Evening Post y en el «whig» American:

¡CUIDADO, NORTEAMERICANOS! ¡EL CANDIDATO NORTEAMERICANO NO SE
HA RETIRADO! SAMUEL F. B. MORSE.

Una treta y falsedad de la oposición aparecerá afirmando que nuestro candidato se ha retirado. Esto es falso; una treta del partido... ⁽³³⁾.

Los tres días de votación habían sido ahora reducidos a uno. Ese día —abril 13— fue amargo para Morse. En el Express, de la mañana, y en el Commercial Advertiser, de la tarde, apareció esta carta fraguada:

Nueva York, abril 12 de 1841.

Estimado señor: Viendo la discordia entre los amigos del Partido Nativo Norteamericano, y que no puede llevar a resultados satisfactorios la presentación de candidatos separados en esta elección, he llegado a la conclusión de renunciar como su candidato.

S. F. B. Morse.

Debido a la confusión, sólo cien votos ostentaban el nombre de Morse en sus boletas. El único concejal demócrata que había apoyado la demanda por las escuelas católicas fue derrotado. De otra manera, los demócratas ganaron.

La prensa denunció o se compadeció por los candidatos infortunados según la tendencia del partido. El demócrata *Evening Post*, de William Cullen Bryant, acusó a cinco o seis «whigs», del Partido Norteamericano, de haber rechazado la candidatura de Morse, «un hombre muy digno y afable». «Cuando los norteamericanos no sucumbieron ante esa treta —continuaba el *Post*— los «whigs» recurrieron a un fraude todavía más ruin.» La carta fraguada «cumplió su cometido»⁽³⁴⁾. Los diarios «whigs» vieron a Morse a través de otro cristal. Para el *Tribune*, de Nueva York —de Horace Greeley y de tres días de existencia—, Morse trataba de ayudar a los demócratas merced a una «deshonrosa estratagema»⁽³⁵⁾. Para el ex nativista *Courier and Enquirer*, Morse era «uno de los Loco Focos (es decir, demócratas) más devotos e inescrupulosos de la ciudad.» Y agregaba: «¡Este hombre, que una vez escribió un libro contra el incremento de la religión católica en los Estados Unidos!, está ahora en contacto con un partido que, sea dicho para su desgracia, ¡brega por introducir las luchas religiosas en nuestras contiendas políticas!»⁽³⁶⁾. Uno de los diarios «whigs» que habían publicado la carta fraguada, el *Commercial Advertiser*, de Stone, se disculpaba diciendo que Morse era un caballero de pies a cabeza: «Es más: es un hombre de genio y de talento, ambos bien cultivados. Como profesor del arte divino de la pintura, su fama es bien conocida, mientras que su prosa pulida demuestra su saber. Es, además, un caballero de gran integridad y pureza de carácter. Pero con todas estas elevadas cualidades de intelecto y de educación, su política es en cierto modo errónea y no podemos apoyarlo para el puesto de alcalde... ¿Pero, por qué un hombre como él desea embarcarse en el mar tempestuoso de la política? Si siquiera supiera lo ansiosos que estamos nosotros por salir de él»⁽³⁷⁾.

Morse declinó retirarse de la política para agradar a los «whigs». Su dirección fue el mes siguiente apreciada otra vez por los nativistas al ser elegido presidente de la nueva Unión Protestante Norteamericana. En Albany todavía no se había tomado ninguna decisión respecto a la cuestión de los colegios. El nuevo grupo nativista tenía la esperanza de unir a todos los que se opusieran a la reversión de los fondos de las escuelas comunes para propósitos sectarios⁽³⁸⁾. La unión se preparaba para observar las elecciones del otoño para la renovación del cuerpo legislativo, donde la cuestión volvería pronto a ser votada otra vez.

A medida que la elección se aproximaba, ningún diario apoyaba al pedido católico. El sentimiento nativista flotaba dentro de los dos viejos partidos. Hasta los demócratas fueron obligados a reducir el número de sus candidatos extranjeros y católicos. Un mitin irlandés en masa los denunció en ese sentido. Pocos días después, los católicos, exasperados, bajo la dirección del presuntuoso obispo Hughes, celebraron una reunión importante en Carroll Hall, donde dieron un voto de confianza a los candidatos demócratas que prometían apoyo a su programa de colegios y para los otros funcionarios trazaron un programa católico ⁽³⁹⁾. Este paso, sin precedentes entre los católicos norteamericanos, fue combatido de inmediato por la Unión Protestante. Puesto que los católicos actuaban francamente como unidad política, la Unión Protestante determinó también tener su propio candidato. Las candidaturas sectarias apenas figuraban en la elección. Los candidatos católicos recibieron dos mil doscientos votos; cuatrocientos setenta los protestantes, y los «whigs» y los demócratas, alrededor de quince mil. Los candidatos «whigs», excepto los que contundieron con los demócratas que habían recibido el apoyo de los católicos, fueron elegidos por cerca de doscientos noventa votos ⁽⁴⁰⁾.

En otros sitios del Estado, en los que la cuestión de los colegios no era agitada, ganaron los demócratas, logrando el control de la legislatura del Estado.

Pronto fue aprobada por la legislatura una ley de compromiso colocando a los colegios de la ciudad de Nueva York bajo el control laico del Estado, porque los demócratas estaban ansiosos por reconquistar el voto de los católicos. Sin embargo, los nativistas recuperaron pronto el control de la situación. Los «whigs» de la ciudad repudiaron al gobernador Seward por firmar la ley. El simpatizante nativista, Stone, director del Commercial Advertiser, fue elegido superintendente de los colegios del Estado; eligióse una mayoría protestante para la recientemente formada junta de los colegios de la ciudad; y en éstos continuó leyéndose la Biblia del Rey Jacobo. Pronto los demócratas fueron castigados por dividirse hacia los sectores nativo y extranjero.

Por fin, en 1844, los nativistas lograron llevar sus propios candidatos a la victoria. Eligieron un alcalde, James Harper, contra la oposición, tanto de los demócratas como de los «whigs». En otros sitios lograron idéntico éxito. Y ese otoño ejercieron una influencia en el nombramiento de Theodore Frelinghuysen, rector de la

Universidad de Nueva York, como candidato a la vicepresidencia en la fórmula «whig», con Henry Clay integrándola.

El fuego nativista ardió temporariamente por los disturbios de Filadelfia de 1844. Por esa época, en que Morse se hallaba en Washington dirigiendo la construcción de su primera línea telegráfica, fue mencionado otra vez como posible candidato y se lo llamó como árbitro del comité ejecutivo del Partido Norteamericano ⁽⁴¹⁾. Pero entonces ya no figuraba en calidad de líder político.

Como muchos nativistas de ese período, Morse consagraba a la sazón todo el tiempo que le quedaba libre, a la contestación misionera de la amenaza católica. En 1840 ayudó de manera importante a la formación de la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil en Italia, que más tarde se convirtió en la Alianza Cristiana. En un discurso en la Capilla del Seminario de la Unión, en University Place, afirmó que era propósito de la sociedad divulgar «la luz intelectual y religiosa», en un país que durante centurias había sido «el asiento de una obscuridad mayor que la egipcia y... de los vapores pestilentes que penetran aun hasta nuestras fronteras» ⁽⁴²⁾. Por intermedio de la correspondencia en inglés e italiano, Morse siguió el progreso de la sociedad, en Italia, abriendo escuelas y distribuyendo copias de folletos, la Biblia, y la explicación supe natural de la Re forma, de D'Aubigné. De manera similar, a medida que las tropas norteamericanas se diseminaban por México (era un ardiente expansionista), alentó a la Sociedad Norteamericana de Folletos para que hiciera propaganda en favor de ellos ⁽⁴³⁾. Su interés en las misiones trajo como consecuencia que se le pidieran contribuciones. El secretario de la Sociedad Protestante Norteamericana, heredera de la Asociación Protestante de Nueva York, le escribió: «Conocemos su liberalidad hacia la Sociedad de Folletos, la Alianza. Cristiana, etcétera. No haremos hincapié en forma irracional acerca de este asunto... Si usted no tiene dinero a disposición, alguna participación en el telégrafo...» ⁽⁴⁴⁾. Poco después de haberle llegado este llamado, la Alianza Cristiana, que trabajaba en Italia, otra sociedad que lo hacía en Francia y la Sociedad Protestante Norteamericana, que trabajaba en la Unión, se unieron con el nombre de Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera, dedicada a combatir el papismo con las misiones. Morse apoyó la unión y eventualmente llegó a ser uno de sus

directores. Hacia 1854, empleaba ciento veinte misioneros y vendedores de folletos religiosos.

Aun antes de morir, el veleidoso público olvidó a Morse, el nativista, por Morse, el perfeccionador del telégrafo. Mediante las nuevas ediciones de sus obras y de sus cartas a los diarios, continuaba insistiendo en que era un nativista. Pero la prensa laica había llegado entonces a la conclusión de que recordar a los norteamericanos que la iglesia católica era antidemocrática, resultaba intolerante, y poner dique a la inmigración constituía, sin duda, un mal negocio para una nación que se expandía.

Capítulo 16

Pintando arcos para telegrafía

En el otoño de 1835, Robert G. Rankin, abogado, caminaba por la parte este de la plaza Washington, cuando oyó que lo llamaban. Dándose vuelta, vio por sobre un cerco, un brazo que se estiraba. Inmediatamente reconoció al canoso profesor Morse, parado frente al edificio gótico que acababa de terminarse para la Universidad de Nueva York. Morse tomó a Rankin del brazo.

—Me agradecería que subiera hasta mi santuario y examinara una pieza mecánica —le dijo el profesor, según recordó Rankin—, la cual, si no le inspira confianza, por lo menos no le causará risa.

Subieron al tercer piso. Morse acababa de recibir el nuevo título de profesor de literatura, de artes y dibujo; entonces dictaba clases regularmente y tenía derecho a utilizar una gran sala. Sin embargo, pagaba, además, trescientos veinticinco dólares por año, por cinco habitaciones más. Una era la pieza en el piso más alto, en la torre orientada hacia el noroeste, y que miraba a la plaza Washington; las otras, eran las ubicadas inmediatamente debajo de aquella ⁽¹⁾. Allí Morse pintaba, enseñaba, escribía, dormía y comía. Para ocultar su pobreza, llevaba los comestibles a sus habitaciones, después del atardecer, y preparaba su propia comida. Una crítica de un diario, referente a sus pinturas, pronto se refirió a las producciones «brillantes» de la «escuela de artistas que se ha formado en la Universidad de Nueva York» ⁽²⁾. Entre ellos había varios de sus propios alumnos, incluso Daniel

Huntington^{xxxix}. Su influencia llevó a muchos artistas conocidos al edificio de las torres, entre ellos, Abbey, Homer, Johnson e Inness, y eventualmente hizo que a la parte de cerca de la plaza se la conociera como Greenwich Village, el hogar de los artistas bohemios.

Desde el corredor del tercer piso, tres puertas llevaban a las habitaciones de Morse. Una de ellas tenía una placa de bronce que decía: «S. F. B. Morse» ⁽³⁾. Morse hizo pasar a Rankin. Allí, el visitante vio por vez primera lo que parecía un pequeño órgano de tubos. Además, alrededor de la pieza, observó una serie de herramientas, rollos de hilo, botellas con productos químicos y partes de baterías galvánicas.

Bueno, profesor, ¿en qué está usted ahora? —exclamó—. ¿Magnetismo, electricidad, música?

— ¿Ve usted esos rollos? —le contestó el profesor. Bueno, contienen un hilo entero... ¿Ve usted allí esa batería? Este, el polo positivo; éste, el negativo; ambos conectados con ese teclado.

Luego comenzó a describir sus instrumentos.

Tan pronto como se había mudado a sus nuevas habitaciones, Morse había comenzado a hacer nuevamente experimentos con el telégrafo. Había sido alentado, probablemente, por la oportunidad, y por la esperanza de aumentar las entradas que le producían sus escritos nativistas.

Cada llave en el instrumento transmisor, tal como Morse lo había desarrollado, era una palanca. El extremo de cada una de éstas, un conductor que golpeaba contra un disco en el cual había conductores de metal levantados a distancias diferentes y prolongadas. El contacto producía impulsos eléctricos en un hilo, saliendo del disco; un largo impulso por cada contacto, con un largo conductor de metal levantado; uno corto por cada conductor de metal poco levantado y ninguno por cada espacio entre las partes levantadas. Este diseño de impulsos eléctricos era registrado por un receptor electromagnético, en un punto distante en el hilo, como una línea ondeante

^{xxxix} Entre los alumnos de Morse, que vivían en el edificio de la Universidad en esa época, además de Huntington, alumno desde 1833 hasta 1835 o desde 1835 hasta 1836, según varias afirmaciones atribuidas a él, figuraban John William Wilgus, alumno desde 1833 hasta cerca de 1836, y un tal Loomis; Cornelius Ver Brych, alumno en 1835, que vivía en la calle Sullivan, frente a la plaza. Otros alumnos anteriores fueron Henry C. Pratt, desde 1818 hasta 1823; Frederick S. Agate, en 1824; William Page, en 1826; Robert Pratt, en 1828, y un tal Field, en 1824. Entre cerca de 1833 y 1840, los alumnos fueron: Richard William Hubbard, W. J. Bolton y Robert Bogle. En momentos que no se conocen con precisión, sus alumnos fueron: David Hunter Strother, C. U. C. Burton y George Harvey.

que podía leerse como puntos, rayas y espacios. La forma del transmisor era diferente del modelo de tipo de metal que había propuesto en el Sully. Sin embargo, para registrar empleaba el mismo recurso y el mismo plan de un código de puntos y rayas, y un solo circuito, propuesto en el Sully.

—Bien, profesor —razonó por fin Rankin—, ¿tiene usted un excelente plan! Teóricamente es exacto, pero prácticamente útil sólo como un adorno ⁽⁴⁾.

En otoño fueron invitados al laboratorio otros amigos. El profesor Henry B. Tappan gozó oyendo las palabras que él había facilitado, al final de la habitación, leídas en una tira de papel colocada en el instrumento que estaba en el otro extremo de -la pieza.

Daniel Huntington, Cooper, el comodoro Shubrick y Paul Cooper también vieron funcionar el aparato de Morse ⁽⁵⁾. Puede haber sido entonces que Cooper le dijo al inventor que él, como norma, nunca desaprobaba ningún nuevo invento, por más absurdo que le pareciera. Pues manifestó que había visto al pintor e inventor Robert Fulton, cuando pocas personas creían que los barcos a vapor serían un éxito, habiendo aprendido la lección ⁽⁶⁾.

En enero de 1836, Leonard D. Gale, profesor de ciencias, visitó las habitaciones de Morse y vio por vez primera el telégrafo funcionando. De su descripción detallada ⁽⁷⁾, de la que unos meses más tarde hizo un estudiante universitario ⁽³⁾ y de los recuerdos del propio Morse ⁽⁸⁾, se desprende que el inventor había descartado entonces el transmisor «pequeño órgano de tubos», por ser demasiado rudimentario y vuelto al modelo concebido originariamente en el Sully. Puso en uso por vez primera el tipo dentado que había hecho inmediatamente después de desembarcar del Sully, tal como él ha dicho, «antes de principios del año 1836» ⁽⁹⁾.

Su instrumento de imprimir era todavía primitivo. Había clavado un bastidor contra el costado de una mesa común. En una barra que atravesaba por el medio del esqueleto, había atado un electroimán que se conectaba con el transmisor por un hilo. Desde la parte superior del esqueleto suspendió una palanca cuyo centro estaba cerca del electroimán y cuya base sostenía un lápiz. A medida que el magneto se electrificaba tiraba la palanca hacia éste, moviendo el lápiz. Mientras el papel se movía lentamente, tirado por un viejo engranaje de reloj, el lápiz marcaba en él una línea quebrada, como una serie de V. Cada vértice hacia abajo de la V

podía leerse como un punto, los largos intervalos entre los puntos, como espacios; y cuando el electroimán se electrificaba un poco más que para hacer los puntos, el lápiz marcaba una V con una base ancha, así:

_/

que podía leerse como una raya.

Como era pobre, empleó el bastidor y relojes viejos como materiales de construcción. Hacia fin de año, cuando su alquiler aumentó a ochenta dólares por habitación, se vio obligado a cambiar sus cuatro habitaciones por una, que dividió y probablemente sub-alquiló a sus alumnos ⁽¹⁰⁾. No podía hacer frente al gasto de un buen equipo o un trabajo hábil. Aun cuando hubiese tenido dinero, las casas de Nueva York no poseían electroimanes, baterías o hilos para electricidad. Sus instrumentos eran tan primitivos que no quería mostrados, por más que creyera en la posibilidad final del telégrafo ⁽¹¹⁾.

Pero continuaba sus experimentos. Ese mismo año logró registrar por la aplicación directa de la corriente eléctrica en un papel preparado químicamente, experimento que había discutido con el doctor Jackson a bordo del Sully. Más pronto se mostró satisfecho de que su modelo de registro magnético fuera de mayor eficacia ⁽⁹⁾.

Los rumores de las prácticas misteriosas que se llevaban a efecto en el edificio de la Universidad, se difundieron. Cuando en el Clinton Hall el presidente pasó entre los estudiantes de la Academia Nacional, señalando los defectos de sus dibujos, ellos se lamentaron a espaldas suyas de que una persona de tanto talento empleara el tiempo en experimentos fútiles. Hasta sus amigos susurraban que una «desilusión lastimosa» se había apoderado de él. En la plaza Washington, los estudiantes universitarios movían la cabeza, significando desesperanza; uno de los mejores artistas del país —decían— estaba sacrificando su genio a una quimera ⁽¹²⁾.

Ellos no comprendían que uno de sus propósitos en la telegrafía —acaso el propósito esencial —era poder lograr una entrada que le permitiera pintar a gusto. Aunque pasaba largas horas con hilos y baterías y no obstante haber presentado su candidatura para alcalde esa primavera, la concepción de su futuro estaba todavía atada a la pintura.

Ese verano llegó el primer indicio de que el Congreso podría dar un golpe de frente a su carrera de artista. John Quincy Adams, desalojado de la presidencia por el advenimiento de la gente de Jackson, era todavía miembro de la oposición en la Cámara. El Congreso había nombrado por fin un comité asociado, uno de cuyos integrantes era Adams ⁽¹³⁾, para nombrar cuatro pintores para completar las decoraciones del interior de la rotonda, la gran cúpula del centro del Capitolio, entre la Cámara de Representantes y el Senado. El comité eligió a siete artistas para que ejecutaran los bocetos, y Morse no figuró ni siquiera entre los siete.

Cayó en la desesperación. Como presidente de la Academia Nacional y como artista que se había ejercitado en la pintura histórica, abrigaba la esperanza de que sería elegido. El apoyo a su pedido le dio esperanzas. Allston, el gran maestro, habiendo declinado un encargo, había recomendado a Vanderlyn, a Sully y a Morse. El *Mirror*, de Nueva York, semanario artístico y literario influyente, lo mencionó junto con Weir, Sully, Inman y Neagle como el artista más recomendable, después de Allston. Y los señores Jarvis y Preston, presidentes del comité mixto, eran favorables a él ⁽¹⁴⁾.

Con la noticia de que el plan de los bocetos había sido abandonado, sin embargo, sus esperanzas comenzaron a decrecer. Durante todo el verano aguardó una contestación de Washington. En febrero llegó la noticia, cuando ya era muy tarde para ir al sur, como había proyectado, para suavizar el rudo golpe. El comité pasó por sobre el presidente de la Academia Nacional para elegir tres miembros: Inman, Chapman y Weir; y para elegir a Vanderlyn ⁽¹⁵⁾, el único de los cuatro que, como Morse, tenía experiencia en el terreno de la pintura histórica.

Y, como si la herida en sí mismo no hubiese sido suficiente, Adams le echó sal en ella. Inman le escribió una carta al presidente Van Buren, renunciando a su cargo, en favor de Morse ⁽¹⁶⁾; directores de diarios que antes habían expresado su extrañeza de que éste no hubiese sido nombrado, ahora instaban a que se le pidiera que ocupara el sitio de Inman ⁽¹⁷⁾. Aunque lo humillaba tener que ser sustituto de Inman, volvió a abrigar esperanzas. Pero Van Buren no aceptó la renuncia de Inman, y éste, a pedido especial de Adams, finalmente ocupó el cargo.

Morse creía que el responsable de esa humillación era Adams. Más tarde, escribió: «Me ha matado como pintor, y lo ha hecho con intención; pero hay uno más

poderoso que él, que tiene reservado para mí un camino que toda la perspicacia de los enemigos de mi padre y los míos, si los tengo, no podrán prever. Que Dios lo perdone como lo hago yo» ⁽¹⁸⁾. El doctor Morse había mantenido una relación cordial con el presidente John Adams, pero John Quincy Adams se había alejado de la senda de su padre, convirtiéndose en unitario y antifederalista. Tal vez Adams —el más joven— no había perdonado nunca a Finley el hecho de ser hijo del campeón de la ortodoxia y el federalismo.

Según una historia de dudosa veracidad, Adams tenía un motivo particular de animosidad. Había presentado una resolución a la Cámara, en el sentido de que se debiera permitir a los artistas extranjeros que intervinieran en el concurso para la realización de las pinturas del Congreso, alegando que no había ningún artista norteamericano competente. Por supuesto que los artistas estadounidenses se encolerizaron, publicando una respuesta cáustica, aparecida en el *Evening Post*, de Nueva York. Adams creía que Morse, acostumbrado a defender a los artistas en la prensa, había redactado ese artículo. En realidad, Morse no se enteró de la publicación hasta que se la leyó James Fenimore Cooper, porque él había sido su autor. De modo, pues, que puede haber sido Cooper la causa de la enemistad de Adams hacia Morse y de la pérdida del encargo^{xl} ⁽¹⁹⁾.

Morse meditó tristemente. Durante los últimos años, en su carrera artística habían menudeado los fracasos: su exposición de la obra Galería del Louvre, que había resultado un fiasco; los intentos desesperados para hallar comisiones de obras, lo hicieron pensar amargamente que el artista vive de la caridad; a la edad de más de cuarenta años, los padres de la mujer a quien amaba lo habían rechazado porque no contaba todavía con una entrada regular, y ahora una esperanza que lo había mantenido durante más de una década se derrumbaba. Amenazó con renunciar a la presidencia de la institución artística y abandonar por completo el arte.

Sus amigos estaban alarmados al verlo perder su fibra. Thomas Cole escribió diciéndole: «A ti debe nuestra Academia su existencia y su actual prosperidad, y si en el futuro llega a ser una gran institución, tu nombre estará siempre unido a su grandeza. Pero, si nos abandonas, mucho me temo que el edificio se derrumbe» ⁽²⁰⁾.

^{xl} Adams pareció haber olvidado a tiempo su rencor. Aunque había sido presidente, le dijo al reverendo R. R. Gurley: "Fulton y Morse han hecho más por su país y por la raza humana, merced a sus descubrimientos, que lo que podrían esperar realizar cualquiera de los doscientos presidentes que se sucedan." De Gurley a Morse, junio de 1845; en el *Journal of the Telegraph*, del 16 de junio de 1871.

Allston le aseguró a su ex alumno que él había trabajado obstinadamente para conseguirle la comisión oficial. «Pero no permitas, amigo, que este fracaso te abata —le escribió—. Todavía tienes a tu alcance la facultad de hacer saber al mundo lo que eres capaz de hacer. Desecha eso de tu mente, pues, y proponte pintar mejor, precisamente por eso. ¡Que Dios te bendiga!» ⁽²¹⁾.

Pero su reanimación parecía imposible. Enfermó. Ni siquiera Cole o Allston podían sacarlo de su estado de ánimo sombrío:

Nueva York, marzo 20 de 1837. Estimado Cole:

Tu carta me encuentra, por supuesto, afligido por la decisión tomada en Washington.

Nada haré a prisa, pero no encuentro la manera de evitar mi ida de Nueva York. Actualmente pienso, por supuesto, en New Haven, y en la seguridad de mis hijos, y por último en mí mismo.

Debo abandonar, por lo menos de manera temporaria, la ciudad en la cual durante siete años de mi vida he sido obligado por las circunstancias a buscar los medios de vivir, no en la metrópoli, sino en el país. No hago cargos a nadie, ni individual ni colectivamente; aquí me he encontrado con muchos amigos bondadosos y tengo no pocas amistades que se terminarán no sin pesar, particularmente entre los artistas y con la academia, que es mi preocupación más penosa; pero pasémoslo por alto. A ella le deseo lo mejor y que la experiencia de las ventajas de la unión de un sentimiento y de un espíritu de conciliación evite todos los males que ustedes parecen prever por mi renuncia a la presidencia. En realidad, puede ser mejor para la institución; por lo menos, me es posible ver algunas ventajas. Se logrará la incorporación de algunos amigos, muchos de los cuales acaso se mantienen alejados de ella debido a mi presencia...

Tu amigo como siempre

Saml. F. B. Morse ⁽²²⁾.

Pocos días después, Cummings y Morton fueron a su habitación de la Universidad, en la que se hallaba enfermo, llevándole noticias. Ellos, junto con otros artistas y protectores del arte, iniciarían una subscripción para reunir —decían— tres mil

dólares para que él pintara una obra de carácter histórico, sobre el tema que eligiera.

En un instante abandonó su achatamiento.

—¡Nunca he visto ni he leído de semejante acto de generosidad profesional! — exclamó ⁽²³⁾.

Entre los colegas que contribuyeron, se encontraban los que le llevaron el mensaje, Cummings y Morton, los tres miembros de la Academia que habían sido elegidos por el comité del Congreso: Inmann, Weir y Chapman; dos de sus alumnos: William Page y George Harvey; y otros veteranos como Cole, Durand, Ingham, Sully y Dunlap ⁽²⁴⁾.

Pensó de inmediato en el tema que había escogido para pintar en la rotonda del Capitolio. Después de todo, jiba a pintar la firma del pacto en el Mayflower!^{xli}, aunque se le pagarían tres mil dólares, en lugar de diez mil... Les dijo que podía hacerla del mismo tamaño, como si hubiera estado destinada para la rotonda.

Repuesto de pronto de su enfermedad, decidió continuar como presidente de la Academia y emprender una gira de investigación a Plymouth. Todavía le era dable pasar con rapidez, del estado de desesperación al de alborozo intenso...

Si las exigencias crecientes de su aventura en el terreno de la telegrafía no hubieran ahogado entonces su ambición de pintar el Mayflower, hubiese hecho bien y su herida habría cicatrizado. Aun cuando hubiera continuado pintando nada más que retratos, podría haberse repuesto, porque contaba con la confianza de sus amigos de la Academia y la simpatía generosa expresada en cartas, que, como él decía, procedían de «los más distinguidos artistas y aficionados del país y de Europa» ⁽²⁵⁾. Pero, debido a que ahora el telégrafo exigía su atención, su interés en la pintura disminuyó. Recordaba, pues, el rechazo para ejecutar las pinturas del Capitolio, como el fin de su carrera artística. Muchos años más tarde escribió sobre su una vez amada compañera, la pintura: «Yo no la abandoné, ella me abandonó a mí» ⁽²⁶⁾. Sin embargo, hasta un año después de su rechazo por el Congreso, había escrito de manera diferente. Luego manifestó: «Deseo, tan pronto como me sea posible, eximirme de los cuidados que requiere el Telégrafo, para dedicar mi tiempo, con

^{xli} Nombre del barco en que viajaron los peregrinos de la congregación de John Robinson, que el 11 de diciembre de 1620 desembarcaron en un puerto, en la costa este de Massachusetts, al que llamaron Plymouth, por ser éste el nombre del punto desde el que se habían hecho a la vela. — N. del T.

mayores energías que nunca, a la realización de mi Pintura, y para bien de la Academia y de las Artes» ⁽²⁷⁾. Aun entonces el pintor estaba bastante animado. No fue sólo Adams con su golpe, sino el telégrafo con sus sostenidas exigencias de tiempo y atención, lo que finalmente lo mató como pintor.

Capítulo 17

Los socios Gale, Vail y «Fog» Smith^{xlii}

Al mismo tiempo que los periódicos informaban del encargo de las pinturas de la rotonda, daban la sorprendente noticia de un nuevo telégrafo francés, inventado por Gonon y Sorvell. La nueva llevó a Morse y a sus amigos a creer que su invento había sido pirateado de alguna manera.

A una predicción del *Observer*, en el sentido de que el telégrafo enviaría cien palabras de Nueva York a Nueva Orleáns en media hora, el hermano de Morse, Sidney, agregó un comentario vago que fue la primera noticia pública sobre el telégrafo de Morse. «Un caballero amigo —decía— sugirió hace varios años un telégrafo eléctrico. Evidentemente —continuaba— las noticias podían enviarse por medio de hilos, empleando veinticuatro de ellos para representar las letras del alfabeto» ⁽¹⁾.

Sidney no divulgó ninguno de los secretos de su hermano; en verdad, su referencia a los veinticuatro hilos, aunque no fue intencionada, parece que guió a un rival por la senda equivocada.

En la creencia de que otro telégrafo eléctrico estaba llamando la atención, Morse se mostraba entonces ansioso por completar la realización de su invento. Hasta ese instante no existe indicio de que haya recibido apoyo financiero, mecánico o científico en sus experimentos; pero ahora se aseguró la ayuda del profesor Gale, que antes del verano era copropietario de los derechos de su telégrafo ⁽²⁾.

Leonard Gale procedía de una familia de Massachusetts. Pero, contrariamente a los otros socios en el telégrafo, era tan prudente que no se podía reconocer como hijo de Nueva Inglaterra. Después, de obtener un título en el Colegio de Médicos y

^{xlii} Niebla en inglés. — N. del T.

Cirujanos, en Nueva York, —1830—, enseñó allí durante un año, y cuando se fundó la Universidad, fue colega de Morse, como profesor de geología y mineralogía. Considerando la importancia del papel que desempeñó en la historia del telégrafo, conquistó una fama sorprendentemente exigua; esto debe obedecer, en parte, a que fue el único de los cuatro socios que no dejó un cúmulo de documentos para utilidad del investigador de la historia. Siguiéndolo a través de la serie de crisis que integran la primera parte de la historia del telégrafo en los Estados Unidos, uno llega a la conclusión, sin embargo, de que habría podido desempeñar un papel dramático si no hubiese sido demasiado modesto.

De aquí en adelante resulta difícil distinguir la contribución de Morse de la de sus compañeros. Según el arreglo que habían establecido, cualquier invento o perfeccionamiento del telégrafo que realizara uno de ellos, se convertiría en propiedad común. Siempre llamaron a su instrumento «el telégrafo de Morse»; todos los procedimientos legales estaban extendidos a nombre de Morse; como la idea original había sido suya, Gale y los demás socios permitieron que sus contribuciones al perfeccionamiento de la misma fueran conocidas como suyos. Aunque Gale se hubiera considerado enteramente autor de alguno de los recursos, habría dudado en insistir en ello, pues tal proceder podría haber logrado un efecto adverso en los intereses del telégrafo de Morse, en el espíritu del público.

Como todos los inventos, el telégrafo de Morse fue un producto social. La idea había sido desarrollada a través de miles de años de la historia de la humanidad. Los descubrimientos, en los que se basaba de manera directa, habían sido realizados por otros en la anterior centuria y en la década precedente. La conversación con sus amigos, a bordo del Sully, lo había hecho pensar a Morse en el asunto. Sin embargo, la concepción en sí misma y su antigua forma mecánica le pertenecían. El único telégrafo que conoció fue el de Gonon y Sorvell, que en realidad era puramente del tipo de semáforo. Morse había realizado muchas conquistas propias. Hoy sería recordado en los anales de la invención, aunque no hubiese ido más lejos. Pero logró mucho más con la ayuda de sus socios.

Como dice Gale, fue a comienzos de su amistad con Morse, probablemente en 1836, que comentaron por vez primera los principios. del relevador.

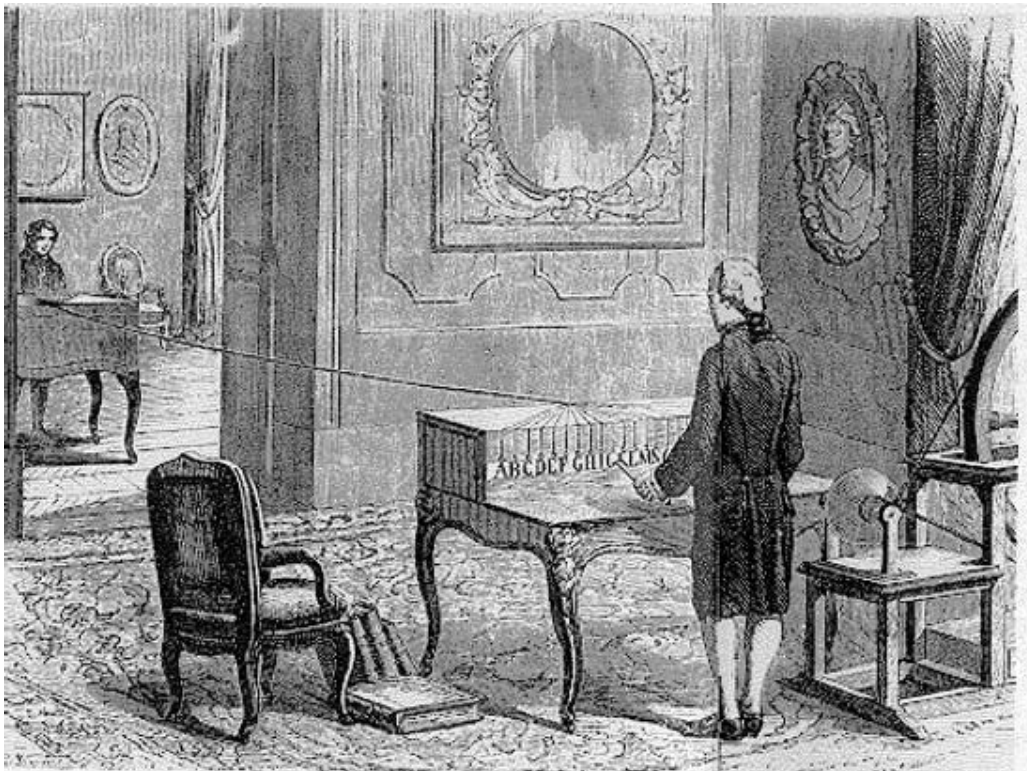
Gale recordaba haberle manifestado a Morse su creencia de que el telégrafo no funcionaría ni a una distancia de treinta y cinco kilómetros. Pero —replicó Morse—, si un magneto, a una distancia pequeña moviera una palanca, entonces esa palanca podría cerrar y abrir un segundo circuito «en el globo y a su alrededor» ⁽³⁾.

Según afirmaba Gale, en la primavera de 1837 Morse le mostró por vez primera en detalle su plan del relevador, y después éste fue parte del sistema telegráfico ⁽⁴⁾. Existen ciertas pruebas en contra ⁽⁵⁾, pero la realidad parece ser que la concepción de Morse del relevador fue independiente, aunque, como no había probado sus instrumentos telegráficos con hilos suficientemente largos como para que los relevadores fueran útiles, no conocía aún su valor. Hacia la época en que estaba en funcionamiento la primera línea Morse entre las ciudades, se supo que el principio del relevador era sólo necesario para servicio o circuitos locales.

El servicio principal que rindió Gale a Morse fue llamar su atención sobre los estudios del profesor Joseph Henry, de Princeton. Más familiarizado que Morse con el conocimiento científico de la época, Gale era, además, amigo de Henry. Pero es sorprendente que Morse, interesado en el telégrafo durante varios años, no conociera un artículo escrito por Henry y aparecido en el *Journal*, de Silliman, en enero de 1831, referente a la posibilidad de un telégrafo eléctrico. Es tanto más notable cuanto que Morse había hablado acerca del tema con Silliman, desde que hizo su viaje en el Sully ⁽⁶⁾.

Antes de que Morse hubiera viajado en el Sully, Henry, en Albany, había hecho sonar una campana a la distancia, mediante la electricidad, y comprendido el valor de su experimento para la trasmisión de mensajes. Si el recurso simple de Henry —una armadura colocada de manera que golpeará una campana al ser atraída por un electroimán (el principio del timbre común)— era un telégrafo, es discutible; el propio Morse no admitiría que Henry hubiera inventado un telégrafo. Pero si los telégrafos que transmiten sonidos han de ser considerados como tales —y eran la forma común de ellos en la época en que murió Morse—, el invento de Henry era un telégrafo: transmitía noticias a distancia, mediante señales. El invento de Henry puede, por lo tanto, llamarse el primer telégrafo electromagnético. Pero Henry no estaba interesado en el telégrafo como tal; su preocupación era tan sólo por sus posibilidades teóricas.

En su artículo del *Journal*, de Silliman, Henry señaló que sus proposiciones para aumentar la intensidad de la electricidad y la fuerza de los electroimanes sería de utilidad para un telégrafo eléctrico como el que el inglés Peter Barlow había ofrecido en 1824. Cuando Morse leyó finalmente el artículo de Henry, se sorprendió de que nadie hubiera pensado en un telégrafo eléctrico antes que él. Y, en realidad, Henry se equivocaba al decir que fue Barlow quien había propuesto por vez primera un telégrafo que funcionara por electricidad galvánica; Ampère lo había hecho primero. Y ya en 1774, en Ginebra, había sido puesto en práctica por Lesage un telégrafo eléctrico de frotamiento.



Telégrafo electrostático (1774) de Georges Lesage "especialmente multiplexado"

Puede haber sido un hecho feliz que Morse haya ignorado que otros hombres de ciencia antes que él hubieran hecho algunos experimentos con el telégrafo. Si en el Sully hubiese sabido que Barlow había declarado imposible la telegrafía debido a la disminución de la corriente a través de largas distancias, podría haber abandonado de inmediato sus investigaciones. Su ignorancia protegió, pues, su fe, y lo llevó

asimismo a aferrarse a sostener su originalidad, la que, una vez acumuladas las pruebas, no pudo defender.

Gale conocía, por el artículo de Henry, lo que Morse necesitaba. Sabía que la batería de una sola cavidad que usaba Morse, generaba mucha electricidad (corriente), más bien que mucha intensidad eléctrica (voltaje). Para transmitir la electricidad a distancia se necesitaba intensidad, más que cantidad, y aquella podía ser aumentada mediante el empleo de una batería de muchas cavidades, más bien que de una sola, y aumentando también las vueltas de hilo alrededor de un electroimán. Habiendo efectuado los cambios aconsejados por Gale, Morse advirtió que podía enviar un mensaje a través de cien pies de hilo; luego a través de doscientos y en noviembre de 1837, a través de dieciocho kilómetros de hilo, instalados en el aula de Gale. ¡Hasta él mismo se sorprendió de que su telégrafo funcionara tan bien! La información de Henry fue indispensable, pues sus sugerencias eran nuevas. Sin embargo, sea por su grandeza de alma o por cualquier otro motivo, no intentó servirse de ellas para su lucro. Mientras Morse, como hombre de su época, se preocupaba por la relación entre el conocimiento y las necesidades del individuo, Henry no parecía ser de otro mundo; permitió que su calvinismo lo hiciera delicadamente sensible a las críticas, temeroso de la riqueza y feliz con el éxito en la ciencia abstracta. Su gran contribución a la telegrafía no fue su invento del primer telégrafo electromagnético —hecho que ni siquiera mencionó en público durante los años que duró la controversia judicial sobre el invento del telégrafo—; fueron sus descubrimientos en la ciencia pura, que por intermedio de Gale y Morse se incorporaron como parte del sistema de éste.

Las noticias de otros telégrafos presentados en Europa estimularon los experimentos que se realizaban en la Universidad.

Durante el verano de 1837, Morse visitó cabo Cod, Plymouth, Boston y la Sociedad de Anticuarios, de Worcester, para recoger datos históricos sobre la firma del pacto del Mayflower. Después de su llegada —el 27 de agosto— escribió la primera carta que se conserva, en la que menciona su telégrafo. Estaba dirigida a Catherine Pattison, una muchacha a quien admiraba con un afecto protector y a la que ocasionalmente visitó en Troy.

«Mi telégrafo, en sus partes esenciales —afirmaba—, ha sido probado, para mi propia satisfacción y la de los hombres de ciencia que lo han visto; pero su mecanismo (el cual, por su carácter peculiar, me he visto obligado a hacer yo mismo) es imperfecto y antes de perfeccionarlo tengo motivos para temer que otros países aprovechen la idea y me hurten el derecho sobre él y sus beneficios. En los últimos diarios extranjeros recibidos hay indicios de ello.»

Al día siguiente escribió diciendo que había oído hablar en Inglaterra, Francia y Alemania, de sistemas que podrían competir con el suyo ⁽⁷⁾. Ya en el mes de mayo habían llegado noticias a los Estados Unidos, del telégrafo de Charles Wheatstone y William Fothergill Cooke, procedentes de Gran Bretaña, a través de un artículo aparecido en el *Journal of the Franklin Institute*, aunque Morse puede no haberlo visto. Su creciente fama lo obligaba a leer lo que el resto del mundo hacía en el terreno del telégrafo. Probablemente también había oído hablar de Edward Davy, pues ese mismo mes, éste había protestado contra el otorgamiento de una patente inglesa a Wheatstone, basándose en que su telégrafo era semejante al suyo en muchos aspectos.



Vista Alegórica Mostrando la Universidad de Nueva York, por Morse, 1835-1836

Puede haber tenido noticias asimismo del telégrafo de Gauss y Weber, luego perfeccionado por Steinheil, y que a la sazón conmovía a Alemania. Cualquier cosa que haya sabido, es imposible, empero, que supiera que los telégrafos de Wheatstone, Davy y Steinheil eran de aguja magnética, y no como el de él, electromagnético. Es improbable porque escribió diciendo que en el extranjero no habían realizado nada que él ya no hubiera concebido en 1832 ⁽⁸⁾.

Azuzado por el temor de que toda su obra no arribara a nada y liberado de muchos de sus trabajos pictóricos por un pánico financiero, trabajaba con presteza. El 28 de agosto le escribió a su condiscípulo, Henry Ellsworth, administrador de patentes, para que le informara sobre las solicitudes. El 2 de setiembre se reunió con las personas de quienes iba a recibir apoyo financiero. Ese día efectuó un ensayo, en la Universidad, en presencia de varios profesores, con mil setecientos pies de hilo. Por accidente, un joven amigo, Alfred Vail, penetró automáticamente en el aula y observó que un lápiz en un bastidor de madera garrapateaba una línea quebrada, cosa que la impresionó ⁽⁹⁾.



ALFRED VAIL. El socio de Morse en el telégrafo, a quien se pretende adjudicar el honor de haber ideado el Código Morse. (Fotografía del Museo Nacional de EE. UU.).

Alfred Vail había sido alumno de la Universidad hasta el año antes, y conocía a Morse porque era uno de sus profesores. Durante un tiempo dio la casualidad de que se alojaban en la misma casa. Ellos creían haber concurrido a la misma iglesia, la Presbiteriana de la Calle Mercer. Ambos pertenecían a la categoría peculiar de demócratas que eran a la vez nativistas. Vail había adquirido la costumbre de entrar, al pasar, al aula de Morse.

Incierto en cuanto a sí mismo, Vail se interesaba un día por una cosa y luego por otra. De cuando en cuando trabajaba en la fundición de hierro de su padre, en Morristown (Nueva Jersey); hacia 1835, había adquirido habilidad en la mecánica como para incorporarse al Instituto de Mecánica, del que entonces Gale era secretario. fue presidente de la Sociedad Euclidiana, uno de los dos cenáculos que

daban el tono a la Universidad, y en tal carácter pagó a Morse sesenta dólares por una de sus pinturas, probablemente la ridícula *Vista Alegórica Mostrando la Universidad de Nueva York*.

Sin embargo, hacia la época en que se graduó, en 1836, Vail había decidido estudiar para Ministro. Luego estuvo enfermo y descorazonado (era hosco por naturaleza); hacia la primavera siguiente solicitó trabajo en los centros fabriles de Filadelfia, y en el verano, a la edad de veintinueve años, todavía se hallaba en esas condiciones. Después de haber visto funcionar el telégrafo de Morse, Vail regresó a su casa de pensión, cerró la puerta, se tiró sobre la cama y se entregó a meditar sobre los grandes resultados que seguirían a la introducción del aparato. Tomando un atlas, trazó las líneas importantes que surcarían el mundo.

Pocos días más tarde regresó a la Universidad y habló con Morse sobre el problema de la distancia. Gale evocó que fueron las explicaciones de Morse sobre el relevador, lo que decidió a Vail a interesarse en la invención, mientras éste recordaba haber comprendido que si un magneto trabajaba a una distancia de quince o dieciocho kilómetros, no había problema. Vail carecía de fondos, pero, por intermedio de su padre y de su hermano George, le ofreció a Morse proporcionarle el dinero, los materiales y el trabajo. El 23 de setiembre de 1837 acordó construir a sus expensas un modelo de telégrafo para exhibirlo ante las autoridades de Washington, y otros modelos para ayudar a la consecución de patentes en el extranjero. En pago recibiría la cuarta parte de los derechos del invento. Los inventos de cualquiera de las partes, relacionados con el telégrafo, se convertirían en propiedad común de toda la empresa ⁽¹⁰⁾. Gale, Vail y Morse estaban ahora asociados. El socio que se iba a mostrar igualmente dinámico para fomentar el telégrafo y difamar a Morse, todavía no había sido descubierto.

Poco después Morse envió a Washington un pedido preliminar para patentar su invento. Se trataba de una inscripción previa, en la oficina de patentes, especificando lo que tenía intención de patentar una vez completado. Vail abonó el derecho de matrícula: treinta dólares. El 6 de octubre, el administrador de patentes, Ellsworth, acusó recibo del pedido de inscripción previa, que iba en perfecto orden. En el *Observer*, de su hermano, y en el periódico en cuya organización colaboró, el *Journal of Commerce*, aparecieron a la sazón informaciones detalladas sobre su

telégrafo; pero el pedido de inscripción previa constituye la primera descripción minuciosa de su creación. Detallaba en seis párrafos los aparatos que empleaba para transmitir y registrar las noticias por medio del electromagnetismo. Primero, un sistema de signos según el cual las palabras estaban representadas por números; éstos, por marcas que podían ser puntos, líneas o pinchazos; 1, por una marca; 2, por dos marcas similares, y así sucesivamente, hasta 9, por nueve marcas similares. Segundo, una serie de tipos dentados como los que había diseñado cuando desembarcó del Sully. Tercero, un trasmisor para contener el tipo. Cuarto, el péndulo registrador, marcando en hojas de papel que podían encuadernarse en volúmenes para que constituyeran un archivo permanente. Quinto, un diccionario de palabras y números ordenado alfabéticamente. Sexto, un modo de colocar hilos aisladores, en el aire, en «columnas», al nivel del suelo, en tubos o bajo tierra, en la misma forma ⁽¹¹⁾.

No subsisten pruebas de que Morse haya dudado en pedir patente de privilegio, como lo había hecho con otros inventos. El acuerdo en compartir sus derechos con Gale y Vail apenas habría tenido valor sin la suposición de que la patente sería obtenida. Pero más tarde, probablemente cuando la patente sirvió de base para un avariento monopolio, sobre el cual él no tuvo control, Morse sintió la presión de los que preguntaban por qué había patentado su invento. «Personalmente, en esa época, sentía indiferencia hacia la consecución de patentes de privilegio — recordaba—. Más me preocupaba que el invento resultara un éxito y que se me reconociera como su creador. Mis amigos me instaron a que solicitara la patente de privilegio, y el argumento que pesó en mí para pedirla, fue que sólo ofreciendo un interés pecuniario podría obtener los fondos necesarios para que el invento llegara a ser de utilidad pública, y esto era exacto. Si yo lo hubiese dado al público, como desde entonces han supuesto que sea el proceder más magnánimo, otros habrían pretendido ser sus inventores, introduciéndole algunas modificaciones superficiales, y obtener, tanto el honor como el provecho» ⁽¹²⁾.

El grado de «honor y provecho» que obtuvo el dueño de una patente que dependía de los descubrimientos de incontables hombres, vivos y ya desaparecidos, no se menciona en las declaraciones de Morse; en su debido tiempo aceptó pacientemente la concepción básica de los derechos de la patente. Pero merece

alguna recompensa por emplear los descubrimientos de otros en una combinación útil y, como Fulton, la merece aún más por sus molestias en la campaña en pro de su adelanto, que siguió luego.

Durante el mismo mes —setiembre de 1837—, Morse hizo también su primer esfuerzo para llevar su invento a la atención del gobierno. En el mes de febrero, la Cámara de Representantes había interrogado a Woodbury, secretario del Tesoro en el Ministerio de Van Buren, para que informara sobre la conveniencia de establecer un sistema de telégrafo en los Estados Unidos. Woodbury publicó una circular solicitando información acerca de los métodos telegráficos posibles.

El 27 de setiembre, Morse contestó señalando como ventajas de su sistema el tamaño de su equipo transmisor y receptor, la facilidad del registro de las noticias transmitidas, su secreto, su independencia de la hora, del día y del tiempo, y su bajo costo, comparado con el de los semáforos. Desde el principio creyó que su sistema debería ser adquirido por el gobierno, preferentemente por intermedio de la Dirección de Correos ⁽¹³⁾.

Al secretario Woodbury le sometieron cinco proposiciones para instalar redes telegráficas; cuatro semafóricas y una eléctrica: la de Morse. Recién a fin de año Woodbury informó sobre ellos a la Cámara.

En el transcurso del mes de setiembre de ese mismo año, Morse fue apuñalado por la espalda. Una de las personas a quienes había consultado en el Sully se presentó como participante del invento de su telégrafo.

Desde el viaje que efectuó, Morse había visitado en diversas oportunidades a Jackson, en Boston. Pero no le había proporcionado ninguno de los detalles de sus experimentos.

La puñalada la lanzó Jackson mediante una carta. La escribió diciéndole que había visto varias noticias concernientes a «*nuestro*» telégrafo, en la prensa diaria, «*pero observo que mi nombre no figura ligado al descubrimiento*». Se mostraba seguro de que él triunfaría, porque —continuaba Jackson— «*hay muchas maneras de enviar informaciones a distancia, tal como la de emplear veinticuatro hilos y otros tantos magnetos*». Pronto trató de hacer experimentos con ese método, y mientras tanto aguardaba a que Morse corrigiera las informaciones sobre «*nuestro*» telégrafo, para otorgarle el crédito debido (14).

Posiblemente no fue una simple coincidencia el hecho de que la única característica del telégrafo, que mencionaba Jackson, era precisamente la que citábase en el número del *Observer*, en que por vez primera se informaba del telégrafo de Morse. Por desgracia para Jackson y para el *Observer*, Morse no contempló nunca el uso de veinticuatro hilos. Si Jackson hubiera ayudado a Morse de manera importante, es inconcebible que no haya sabido que él siempre había preferido un solo circuito y que todo su sistema del empleo de números en un código se basa en tal principio.

Morse replicó en una carta redactada de manera sobria:

«...siempre he dicho, al referirme a mi telégrafo, que a bordo de un barco, en una conversación científica sostenida con usted, concebí la idea de un Telégrafo Eléctrico. ¿Exigirá usted realmente algo más o podré adjudicarle otra cosa, con justicia? Tengo que agradecerle en forma similar a los profesores Silliman y Gale; hacia el primero estoy obligado en la misma forma, y en cuanto a usted y a éste, estoy más que nada en deuda por la ayuda sustancial y eficaz en muchos de mis experimentos. Si alguien tiene derecho a llamarse coinventor, por las sugerencias que me ha hecho, es el profesor Gale, pero él prefiere no reclamar derechos de esa clase.»

El doctor Jackson había sugerido el curso de la idea que llevó a Morse a hacer su primera observación, a bordo del Sully, en el sentido de que mediante la electricidad, se podían enviar noticias. Pero la observación misma, tal como ahora lo sabía Morse, no era original, y no dio por resultado el telégrafo. Mientras que a sugerencia de Jackson, Morse aceptó realizar un experimento con él, no original, de marcar con una chispa en un papel preparado con sales, cada vez que Morse lo visitó a Jackson en Boston lo encontró *«urgentemente ocupado»* en otros asuntos. La sugerencia de Jackson no había sido nunca probada; no tenía relación con el telégrafo, tal como Morse lo había desarrollado ⁽¹⁵⁾.

Más tarde, el doctor Jackson aumentó sus exigencias. Mientras que primero se refirió al telégrafo llamándolo *«nuestro»*, hacia noviembre pretendía ser el inventor principal y poco después el inventor ⁽¹⁶⁾. El aumento mismo de sus pretensiones sugiere abiertamente lo infundado de su demanda. Además, el doctor Jackson sostenía que los pasajeros del Sully atestiguarían en su favor, cosa que nunca

hicieron. En realidad, su testimonio era contrario a él. Morse solicitó declaraciones del ministro Rives, a la sazón senador por Virginia; del capitán Pell, de Charles C. Palmer y de J. Francis Fisher. Palmer no contestó, pero su hermano Frederick testificó eventualmente a favor de Morse. Los demás, Rives, Pell y Fisher, en respuesta, reconocieron la idea como propiedad de Morse y manifestaron que *«éste les parecía el único de los que se hallaban a bordo con un interés suficiente como para abocarse al desarrollo de la idea»* ⁽¹⁷⁾.

Pero, aunque los pasajeros del Sully no hubiesen expresado su testimonio, las palabras de Jackson no podían mantenerse en pie contra las de Morse. Este era dogmático por naturaleza, pero a la vez escrupuloso; Jackson, por el contrario, había llegado a hacerse conocido por sus afirmaciones dudosas, en interés propio. Después del descubrimiento del éter para la anestesia en operaciones quirúrgicas, por Morton, y del algodón pólvora, por Schönbein, Jackson había reclamado la propiedad de ambos descubrimientos. Sus afirmaciones fueron discutidas. Pasó sus últimos años envuelto en una controversia violenta; se debilitó su mente, y murió siete años más tarde en un hospital de insanos. Era brillante, ambicioso y versátil, pero tenía una falsa concepción de sí mismo.

Mientras tanto, todos los que abrigaban algún rencor hacia Morse podían remover el puñal que Jackson le había clavado en la espalda.

Durante el otoño de 1837, los tres socios, Gale, Vail y Morse, se hallaban ocupados en la preparación del telégrafo para exhibir *«sus fuerzas ante las autoridades»* ⁽¹⁸⁾. Estaban seguros del éxito en Washington, si los instrumentos funcionaban bien.

En la Universidad, Gale y Morse aplicaban el principio de Henry, usando muchas vueltas en los magnetos y en las cavidades en las baterías. Los resultados eran satisfactorios; sorprendentemente satisfactorios. Y, al mismo tiempo, Morse estaba compilando, con bastante aburrimiento, un diccionario de palabras y números.

En el *Speedwell Iron Works*, a unos cuarenta y cinco kilómetros de Nueva York, Vail supervisaba la fabricación de nuevos instrumentos y de hilos de cobre, de dimensiones nuevas. Morse iba a menudo a Morristown a visitar a Vail. Cuando no tenía trabajo en la fábrica, pintaba retratos de miembros de la familia y enseñaba pintura a una de las mujeres. Cuando enfermaba por sus trastornos biliares, heredados de su padre, la madre de Alfred lo cuidaba solícitamente.

A fines de diciembre, cuando juzgó que los aparatos ya estarían listos como para trasladarse a Washington, todavía estaban sin terminar. El 6 de enero —según se dice— estaban recién terminados. Morse y Vail los probaron y luego llamaron al juez Vail, padre de Alfred, que se precipitó desde su casa a la fábrica.

Alfred estaba preparado en el transmisor; Morse en el registrador. Alfred le pidió a su padre que escribiera un mensaje. El juez escribió en un trozo de papel estas palabras: «*Quien aguarda con paciencia no pierde*». —Si puedes enviar esto -dijo, entregándole el papel a su hijo— y Mr. Morse leerlo en el otro extremo, me convenceré.

La frase fue transmitida lentamente, produciendo el tic tac del registrador; Morse la tradujo en números y finalmente en palabras. Al leer nuevamente los vocablos que él mismo había escrito se alborotó de entusiasmo. De inmediato deseaba partir para Washington, para esforzarse en lograr la aceptación del invento por el Congreso ⁽¹⁹⁾. Los Vail eran del partido político de Van Buren y abrigaban la esperanza de que el Parlamento los escucharía.

Pocos días después, según el *Jerseyman*, de Morristown, cientos de ciudadanos de esa localidad vieron por vez primera el funcionamiento del telégrafo:

EL TELÉGRAFO ELECTROMAGNÉTICO DEL PROFESOR MORSE

Es con cierto grado de orgullo —lo confesamos— que tenemos la suerte de anunciar por vez primera el éxito completo de ese maravilloso mecanismo y que cientos de nuestros ciudadanos fueron los primeros en presenciar sus resultados sorprendentes... Otros pueden haber sugerido la posibilidad de transmitir noticias mediante la electricidad, pero ésta es la primera demostración práctica de la transmisión y registro permanente. La fama del profesor Morse... debe, por lo tanto, basarse en el mismo fundamento que la de Fulton ...

La comunicación que hemos visto transmitir, a través de una distancia de tres kilómetros y medio, fue la siguiente: «Los vagones ferroviarios acaban de llegar; trescientos cuarenta y cinco pasajeros».

Esas palabras fueron traducidas a números del diccionario; éstos fueron colocados en el tipo del Telégrafo, en casi el mismo tiempo que se emplea de

ordinario en la colocación de los mismos en una imprenta. Fueron luego transmitidas completamente por el Trasmisor, en casi menos de un minuto; cada golpe de la palanca del Trasmisor en un extremo se marca en el registro del otro, instantáneamente, a una distancia de más de treinta y cinco kilómetros. Hemos observado la chispa, en un extremo, y la marca del lápiz, en el otro; ambos funcionaban de manera tan simultánea como si la palanca misma hubiera hecho la marca. Las marcas o números se leían con facilidad y por medio del Diccionario eran traducidas en palabras ⁽²⁰⁾.

Pocos días después los socios se preparaban para la primera invitación a realizar la exhibición. Cuando habían colocado los instrumentos en el aula de geología de Gale, en la Universidad, la primera prueba fracasó. Alfred Vail le escribió a su hermano George diciéndole que las pruebas realizadas durante varios días no fueron satisfactorias, y que *«en el transcurso de ellas, el profesor M. estaba bastante indispuerto; está absolutamente resuelto a trabajar con su propio nombre, a tal punto que ha hecho imprimir con su nombre quinientas invitaciones en blanco, por tu cuenta»* ⁽²¹⁾.

Lo que molestaba a Morse, además de la tarea de enviar quinientas invitaciones y los desarreglos insignificantes de su maquinaria, aparece en una carta que dirigió el mismo día a Catherine Pattison, la muchacha a quien escribía, en Troy:

«La condición del inventor no es, realmente, envidiable —escribió—. Existe sólo una circunstancia que la hace tolerable en todo sentido: el pensar en que el prójimo podrá beneficiarse con sus descubrimientos. Al principio, si él realmente ha hecho un descubrimiento, lo que, como el propio término lo indica, significa que antes fue desconocido del mundo, choca con la incredulidad, la oposición y aun la mofa de muchos que lo miran con una especie de lástima, como si estuviera un poco fuera de sí, si no completamente loco. Y mientras el invento madura, él tiene el alivio de pensar, en medio del descorazonamiento que enfrenta por los pequeños fracasos, que, si por cualquier motivo no logra obtener el resultado final, se expone más bien al ridículo que a la simpatía de sus amistades, las que se mostrarán prontas a atribuir su fracaso a falta de ese sentido, tan común, en

el cual, por derivación, ellos abundan, y que los defiende de las consecuencias de cualquier desilusión.

Pero usted acaso pensará que hay una compensación en los honores y las ganancias que aguardan al inventor que logra éxito, al que realmente demuestra haber hecho un descubrimiento importante. Pero no es así. Disgustos de otro orden lo esperan después de haber vencido las dificultades propias de su faena. Muchos aparecen dispuestos a arrebatarse el premio o por lo menos a pretender una participación, tan pronto como parece seguro el éxito de un invento, y el honor y el provecho quedan aún por conquistarse»
(22)

Según reza la leyenda, Cummings, tesorero de la Academia Nacional, se encontraba entre la elegante muchedumbre que presenció la exhibición dos días más tarde — enero 24—, en la Universidad. Como Cummings acababa de ser nombrado en un puesto militar, uno de sus amigos propuso como mensaje para trasmitirse por el telégrafo, una orden en gran escala para que se adaptara a la ocasión: *¡Atención, el Universo, Por Reinos, media vuelta!*

Según se dice, fue enviado ese mensaje en lo que pronto se llamaría «código Morse». Muchos años después, la familia de Cummings donó al Museo Nacional de Washington una hojita de papel con ese mensaje. A menudo se ha dicho que es el primero trasmitido en código Morse, que se conserva.

Desgraciadamente, varios hechos demuestran que el mensaje no pudo haber sido enviado el 24 de enero de 1838. Estaba escrito en un código que no se empleó hasta más tarde ⁽²³⁾; marcado en cuadruplicado, práctica que, según escribió Morse durante la primavera siguiente, acababa de ser adoptada por Vail ⁽²⁴⁾; difícilmente pudo haber sido enviado en honor de un nombramiento militar recientemente hecho a Cummings, pues los archivos de la milicia del Estado de Nueva York, en Albany, muestran que éste no recibió ningún nombramiento militar, desde el verano de 1836 hasta la primavera de 1839 ⁽²⁵⁾. En el relato del propio Cummings acerca de su mensaje no afirma que haya sido enviado el 24 de enero de 1838, sino simplemente que fue remitido cuando acababa de recibir su ascenso militar.

Lo cierto en cuanto a la exhibición en el edificio de la Universidad, es que el telégrafo registraba entonces símbolos que representaban directamente a las letras. «El profesor Morse ha mejorado recientemente su manera de marcar —decía el *Journal of Commerce*, informando sobre la exhibición— prescindiendo completamente del diccionario telegráfico y empleando letras en lugar de números; puede transmitir diez palabras por minuto» ⁽²⁶⁾. El código Morse había nacido.

El Código Morse			
	Antiguo 1838	Norteamericano 1844	Internacional
A	...	.—	.—
B		—...	—...
C	. ..		—.—.
D		—..	—..
E	.	.	.
F		.—.	..—.
G	.. .	—.—.	—.—.
H			
I	.—	..	..
J	.. .	—.—.	.—
K	—.—	—.—	—.—
L	—	—	.—...
M	—..	—	—
N	—.	—.	—.
O	..	..	—
P			.—.—.
Q	..—.	..—.	—.—.
R	..	. ..	.—.
S	.—.		.—.
T	—.—.	—	—
U	.—	..—	..—
V	—	...—	...—
W	..—	.—	.—
X	—	.—...	—...—
Y	.—		—.—.—
Z	.—.		—...—

Aunque Morse apenas se dio cuenta de ello, en su código había poco de nuevo. El origen del código de dos elementos para enviar mensajes puede trazarse, por lo menos, hasta el empleo por los griegos de las antorchas encendidas, alternadamente oscurecidas y encendidas; hasta el código de dos elementos para representar el alfabeto, tan remoto como el alfabeto de Francis Bacon, del año 1605; hasta los códigos para usar en telégrafos eléctricos; hasta el del francés Lhomond, de 1787. Probablemente el primer alfabeto telegráfico que se ha conservado es el del barón ruso Schilling, inventado en 1832 (el año en que Morse concibió un código de palabras y números, que él creyó era el primero). El alfabeto de Schilling —para emplearse en un telégrafo de aguja— estaba compuesto por dos elementos: vueltas de la aguja a izquierda y derecha. El primer código telegráfico compuesto de puntos y rayas parece haber sido el de Morse, de palabras y números, de 1832; pero el primer alfabeto telegráfico integrado por puntos y rayas sería el concebido en Alemania, en 1836, por Steinheil. El código Morse (o más correctamente, el alfabeto Morse) de 1838 era nuevo sólo en sus combinaciones propias de puntos y rayas.

Después de un acucioso estudio de la influencia de las letras en el uso ordinario y de los errores en las transmisiones, Morse y sus colaboradores modificaron, en 1844, la combinación, y en esa forma, como «*Morse norteamericano*», el código se ha hecho clásico en los Estados Unidos y el Canadá. En su forma alterada, como «*continental*» o «*Morse internacional*», ha quedado establecido para la telegrafía nacional fuera de los Estados Unidos y para la telegrafía internacional en todas partes del mundo.

Desde setiembre, Vail era socio de Morse. Desde entonces habían ocurrido diversos cambios en el sistema telegráfico —en particular, la introducción del código Morse—. ¿Cuál fue la participación de Vail en el sistema? En el libro de notas utilizado en su viaje, en el Sully, Morse dejó constancia de su intención de usar puntos, rayas y espacios en su código telegráfico.

Los símbolos representarían a los números y éstos, a su vez, a las palabras. Su anotación especial del nombre propio «Cuvier» puede indicar que pensó en la necesidad de que algunos números representaran a las letras, más bien que a las palabras; pero aun así, no existe indicio de que esa línea de pensamiento lo llevara

al empleo de puntos y rayas directamente, en lugar de letras. Además, no existen pruebas de que en 1832 mezclara los puntos entre las rayas; en su libro de notas las usa sólo después de los puntos, para significar que el número deseado era cinco dígitos más elevado; esto es, usó una raya después de un punto, para denotar que el número era 6 en lugar de 1; una raya después de dos puntos, para señalar que el número era 7, en lugar de 2, y así sucesivamente. Está claro que hasta el 13 de enero de 1838, en Morristown, Morse y Vail usaron en general puntos, rayas y espacios en representación de los números, y que hacia el 24 de enero, en Nueva York, se valieron de ellos, para simbolizar a las letras; que hasta el 13 de enero generalmente no mezclaban rayas entre puntos, pero que hacia el 24 del mismo mes ya lo hicieron.

Estos hechos parecerían denunciar que Morse o Vail, o ambos, podrían haber concebido el código durante ese lapso de once días. Sin embargo, no es probable que haya podido descartar un código y concebir otro e introducirlo, tan sólo en once días. Y hay indicios de que Morse consideró el empleo de un alfabeto de letras, más bien que de números, antes de 1838. En su historia del telégrafo, publicada en 1845, Vail señala que Morse inventó el tipo dentado para las letras, en 1832. Morse niega tal cosa, diciendo que fue recién en 1835 que lo concibió para letras, en lugar de para números. «*La fecha del código completo —escribió, debe, por lo tanto, fijarse en 1835, y no en 1832, aunque en esta última fecha el principio del código estaba desarrollado*»⁽²⁷⁾. Si ha sido así, él puede haber inventado el alfabeto antes de encontrarse con Vail y de que Steinheil hubiese perfeccionado el suyo. Otras manifestaciones posteriores de Morse, así como dos cartas, una fechada en enero de 1838 y la otra poco más tarde, indican que él puede haber trabajado en el alfabeto mucho antes de que en realidad fuera puesto en uso. Ciertas notas tomadas por el propio Morse y que carecen de fecha, demuestran que en cierto período se ocupó en constatar las letras que se emplean con mayor frecuencia y, por lo tanto, requerían representarse mediante símbolos susceptibles de transmitirse en el menor tiempo posible, y una nota escrita en 1870 describe las evoluciones que sufrió el alfabeto, antes de ser empleado, en enero de 1838 ⁽²⁸⁾. Una carta que Vail escribió desde Washington, en 1838, indica con bastante claridad que Morse por lo menos colaboró de manera considerable en el perfeccionamiento del alfabeto. «*El*

funcionamiento de la máquina no resultó tan satisfactorio como lo había sido en Nueva York, escribió Vail el 7 de febrero, por esta razón el profesor Morse había inventado un nuevo plan de alfabeto y dejado de lado el diccionario» (29).

Por otro lado, en su historia del telégrafo, Vail no afirma que el código fuera suyo — en realidad, lo atribuye a Morse ⁽³⁰⁾, aunque en su libro reclama de manera específica otros títulos. Además, sus cartas y diarios, examinados por quienes han intentado promover una causa contra él, no registran demandas en ese sentido. En realidad, mucho antes de que el telégrafo se hubiese convertido en una gran industria, él había advertido que si reclamaba como suyo alguno de sus recursos técnicos perjudicaría los intereses de los que lo patentaron, incluyéndose a sí mismo. Pero no aceptó como válida tal advertencia. A una persona le respondió que consideraba que su contrato con Morse no le impedía gozar del reconocimiento público por los aportes con que había contribuido. *«Este acuerdo con Morse y otros —escribió— no me excluye del honor de ser considerado el inventor de algo que inventé. Además, ¿por qué no fía así especificado en el convenio? Este supone que yo podría inventar o introducir mejoras en el Telégrafo; no me impide el honor, pero me quita el derecho exclusivo de propiedad de tal mejora; sin embargo, el contrato está concebido de tal manera que hace que el invento constituya una unidad y la propiedad de sus patentes se extiendan a nombre del profesor Morse; así fue determinado y tal es su alcance»* ⁽³¹⁾. Vail afirmó su derecho a hablar. En su historia del telégrafo arriesgó algunos otros derechos de menor cuantía, pero sus amigos no han proporcionado ninguna prueba escrita en el sentido de que él misma se haya propuesto obtener derechos sobre el código Morse.

Cuando Vail murió, sus descendientes lo hicieron. Pero la única prueba directa que pudieron ofrecer fue la declaración de un hombre que en la época en que el código fue inventado era un muchacha de quince años ⁽³²⁾. Empero, en 1911, un nieto inscribió en la lápida de Vail, en el cementerio de Morristown, estas palabras:

Inventor del alfabeto telegráfico de puntos y rayas

Los sostenedores de Morse exigieron que la iglesia borrara la inscripción, en honor a la verdad. Las autoridades de ella se negaron a hacerlo, alegando que la lápida era

propiedad de la familia de Vail ⁽³³⁾. Acaso esto haya sido atinado, pues si en homenaje a la verdad se corrigieran todos los epitafios, ¿cuántos subsistirían tal como han sido concebidos? Probablemente Vail merece crédito por varias mejoras de orden mecánico que hicieron que el telégrafo constituyera un éxito. Es posible que haya sido él quien, en 1844, sustituyó un punzón romo, que Morse había utilizado en sus primeros registros, por un lápiz o una lapicera. En una nota adjunta a un modelo original, Vail escribió: «*No he proclamado públicamente mi derecho como primero y único inventor, porque he deseado mantener la unidad pacífica del invento, y debido a que, según el contrato suscripto con el profesor Morse, no podía patentarlo*» ⁽³⁴⁾. Sostenía haber sustituido el transmisor y el tipo de metal, por la llave ⁽³⁵⁾, mediante la cual se han enviado y continúan transmitiéndose millones de mensajes por los telégrafos de Morse en todo el mundo.

La contribución de Vail al telégrafo ha sido genuina. Era, sin duda, mejor mecánico que Morse. Honesto, aunque a regañadientes,, y fiel a sus compromisos. Morse lo honró debidamente cuando dijo: «*Si Fulton tuvo a un Livingston para que lo ayudara en sus primeros desvelos, yo tuve a Vail's (sic)^{xliii} para que me secundara en los míos*» ⁽³⁶⁾. Sin embargo, Vail parece haber pensado que su mayor contribución en forma directa fue su sustitución del punzón por una lapicera o lápiz. «*Aunque algunos pequeños detalles del telégrafo, inventados por mí, escribió, no me han sido adjudicados públicamente, a saber: la manera de registrar por el corte del papel*» ⁽³⁶⁾

Es incuestionable que Vail merece un sitio de honor en la historia del telégrafo, pero, puesto que ni siquiera se había encontrado con Morse hasta que el telégrafo ya había funcionado, aunque de manera imperfecta, su sitio debe ser de menor importancia que el de Morse.

Vail se irritaba a veces contra el dogmatismo y la inclinación de Morse a enfermarse siempre que había trabajo. Cuando estaban por partir juntos para Washington, Vail escribió a su hermano George: «*El profesor M. se siente mejor y tal vez estará ansioso porque participemos con él en los honores, etcétera*» ⁽³⁷⁾. Dos días más tarde, George le rogaba a Morse que «*tuviera paciencia con A. (Ifred) .. Se irrita con*

^{xliii} El autor deja constancia de que su cita es textual, pues Morse incurre en un error al decir: "...yo tuve a Vail's...", empleando el apóstrofe y la s, siguiendo al nombre de su colaborador, forma que en inglés denota posesión. — N. del T.

facilidad». Pero Vail nunca rompió con su profesor. Durante el propio período en que hacía sus grandes contribuciones al telégrafo, escribió a su socio, el 19 de marzo de 1838, de manera efusiva: «*Profesor Morse, creo que si alguna vez soy digno de algo, tendré que atribuírselo todo a su bondad*».

En febrero, cuando se hallaban camino a Washington, los dos telegrafistas se detuvieron en Filadelfia para exhibir sus instrumentos ante un comité del Instituto Franklin; fue ésa la primera vez que una institución científica examinaba el telégrafo de Morse. El comité de ciencias y artes del mencionado establecimiento adoptó el informe de los técnicos y más tarde lo sometió al juicio del secretario del Tesoro, Woodbury. Era un informe favorable.

Decía que resultaba difícil establecer la cuestión de originalidad entre los diferentes telegrafistas. «*El celebrado Gauss tiene actualmente en funcionamiento un telégrafo para comunicar señales entre la Universidad de Göttingen y su observatorio magnético, que se halla en su vecindad. Mr. Wheatstone, de Londres, ha estado durante algún tiempo ocupado en experimentos con un telégrafo eléctrico. Pero el proyecto del profesor Morse es, hasta donde el comité se halla informado, por completo diferente de cualesquiera de los inventados por otras personas, que funcionan imprimiéndole direcciones diferentes a una aguja magnética*» ⁽³⁸⁾.

Con el aliento cordial del Instituto, Morse y Vail siguieron viaje hacia Washington. Desde el 2 de setiembre ellos habían exhibido lo que Durand llamó «maravilla de truenos y relámpagos» ⁽³⁹⁾ en presencia de testigos cada vez más importantes; primero, ante asistentes ocasionales, en la Universidad; luego, en presencia de conjuntos más numerosos de personas, en Morristown, Newark y Nueva York; más tarde, ante los sabios del Instituto Franklin y ahora frente a un comité de la Cámara de Representantes. ¡Qué diferencia de los días en que Morse llevaba la comida a su habitación, por las noches, y sufría las ásperas mofas de los estudiantes! Ahora se consideraba camino a que el Congreso votara una abultada suma para la instalación de una línea telegráfica de miles de kilómetros.

La Comisión de Comercio de la Cámara de Representantes invitó a Morse a que exhibiera su telégrafo en sus propios salones del Capitolio. Esta Comisión, de la que era presidente el astuto representante del Estado de Maine, Smith, era la junta a la que se había referido el informe del Tesoro sobre la proposición del telégrafo al

gobierno, incluyendo la carta de Morse. Todavía no se había tomado ninguna medida acerca del asunto.

Parecía que todos iban a ir a ver el telégrafo a las salas de la Comisión de Comercio: miembros del Congreso, ministros extranjeros, hombres de ciencia...

—Va a llegar el fin del mundo — oyó Vail que decía alguien.

—¿Dónde se detendrán el progreso y los descubrimientos? — interrogaban otros, asombrados por los nuevos ferrocarriles y ahora por los rayos transmitiendo palabras.

—Ahora se ha terminado con el tiempo y el espacio — fue el pronóstico de un visitante ⁽⁴⁰⁾.

Su comentario iba a estar en labios de millones de personas.

Cuando el senador Calhoun vio la maravilla, llamó a una docena de colegas para que hicieran lo propio. El presidente de la Comisión de Patentes, Ellsworth, pensó que el Congreso votaría una suma de dinero para la instalación del telégrafo, pues juzgó que en Washington nada había producido jamás semejante conmoción. Vail había oído tantas expresiones de admiración, que estaba seguro de que sus padres no le creerían cuando se las refiriera.

Morse experimentaba agrado, pero se mantenía en guardia. Quizás había observado que algunos miembros de la Cámara de Representantes, como Millard Fillmore, presentáronse en la sala, observaron el telégrafo y se retiraron sin que les causara impresión alguna. Y, sin duda, recordaba que había estado con anterioridad en la capital de la Unión, en procura de dinero, y regresado con las manos vacías. Había permanecido muchos días pintando en el Capitolio, pero su *Recinto del Congreso* resultó un fiasco. Había abortado su intento de conseguir un nombramiento en México. ¿Fracasaría el inventor como lo había hecho el artista y el pretendiente a un puesto oficial? Morse le propuso a Smith, presidente de la Comisión de Comercio, un plan para que el gobierno ejerciera el control sobre el telégrafo, que indica su sentido de la responsabilidad social, lo mismo que su deseo de fama y ganancias. Desgraciadamente, no comprendió lo que hacía cuando le propuso el proyecto a Smith, un joven frío, de treinta y dos años, hijo del propietario de una posada. Morse sabía claramente ahora que el telégrafo se convertiría en un instrumento para el bien o para el mal: según quién ejerciera su control. Para evitar que cayera

en poder de especuladores, propuso que el gobierno obtuviera un derecho sobre él, y que bajo restricciones propias, otorgara franquicias para líneas privadas y construyera líneas para su propio uso, con el fin de contrarrestar el efecto de las privadas ⁽⁴¹⁾.

Pero lo que temía Morse ocurrió. El telégrafo cayó en manos de especuladores y entre ellos precisamente el hombre a quien él le había expresado sus temores: el representante Smith. A muchas personas y a diversas situaciones creadas debe culparse de ello: a las preocupaciones de personas obcecadas por la posesión de dinero y tierras, inexpertas en el control social del invento; a la ceguera del Congreso ante el significado del primer empleo de la electricidad para propósitos comerciales; a la pobreza de Morse y, como consecuencia, a su incapacidad para mantenerse firme hasta que el Parlamento pudiera penetrar el valor de su patente. Sobre los hombros de Smith, como sobre los de cualquier otro hombre, recae tanta responsabilidad porque no se hayan tendido de inmediato las redes telegráficas a través del continente y por la condición relegada en que se lo mantuvo.

Poco después de haberle escrito a Smith, Morse fue invitado a exhibir su telégrafo ante el presidente y el gabinete. El 21 de febrero, el «nativo norteamericano» que había perdido votos porque admitió que era «partidario de Van Buren», exhibió su «maravilla de truenos y rayos» en presencia de Mr. Van Buren; del secretario del Tesoro, Levi Woodbury; del secretario de Guerra, Joel R. Poinsett; del director general de Correos, Amos Kendall (que más tarde iba a ser íntimo amigo del inventor), y de otros miembros del gabinete.

En pocos días, Morse descubrió que el presidente de la Comisión de Comercio, Smith, creía que su telégrafo tenía vastas posibilidades y deseaba asociarse a la empresa.

Francis Ormand Jonathan Smith (cuyas iniciales sus socios cambiaron luego, de manera mordaz, por «*Fog*»)^{xliv} ya se había cruzado antes en el camino de Morse. Como el artista-inventor, provenía de Nueva Inglaterra. Había nacido en Brentwood (New Hampshire), en 1806. Así como Morse había concurrido a Phillips. Andover, Smith había asistido a Phillips Exeter. Hacia 1822 estudiaba leyes en Portsmouth con Ichabod Bartlett, a quien Morse conocía, pues le había hecho retratos en 1817,

^{xliv} Niebla. — N. del T.

1824 o en ambas fechas, así como a su hermano, Levi Bartlett, comerciante de Boston casado con una hermana de Mr. Walker, padre de Lucrecia. Tanto él como Smith conocían a Levi Woodbury como abogado de Portsmouth; en su carácter de secretario del Tesoro, contaba con la oposición más tenaz de parte de Smith.

En 1823, el padre de Smith, Jonathan, trasladóse a Woodfords, cerca de Portsmouth (Maine), para instalar una posada. Entonces o poco después, Smith siguió a su padre, llegando a Maine, como un compañero político dijo más tarde, sin cinco dólares o igual cantidad de honestidad, y continuó sus estudios de leyes. A la edad de diecinueve años fue admitido en el tribunal de justicia. Poco después escribió un panfleto contra la lotería, ponderando al Estado de Nueva York por haber adoptado recientemente leyes rígidas ⁽⁴²⁾. A la luz de los acontecimientos futuros, sus escrúpulos parecen haber sido pura hipocresía.

Hacia 1828 había adquirido su primera verdadera posición en Portland, y expresado su intención de casarse con Junia Bartlett, de Kingston (New Hampshire), prima segunda política de Lucrecia Walker, la esposa de Morse. En 1831, a la edad de veinticuatro años, pasó a ocupar una banca en la Legislatura de Maine; en dos años más era presidente del Senado de Maine y representante electo. Cuando recién llegó a Washington, un ex senador de Maine advirtió al vicepresidente Van Buren: — Smith es, sin duda, un joven de considerable talento, tacto, astucia, habilidad, laboriosidad, gran perseverancia y es ... vengativo ⁽⁴³⁾.

Sus primeros amigos íntimos en Washington fueron Franklin Pierce, el futuro presidente, y Benjamín B. French, un poeta con ansias de vida, empleado de la Cámara de Representantes y tío de Daniel Chester French. Cuando el hermano de French consideró la idea de asociarse en un negocio con Smith, French confesó conocer poco sobre los asuntos de Smith. Pero le aseguró a su hermano que el propio Smith «es sin excepción, el hombre más activo, perseverante y enérgico que he conocido... Siempre encontrarás en él un amigo cálido y cordial. Cuando se interesa en algo, no anda con medias tintas y a la inversa; es lo que el doctor Johnson llamaría una persona que sabe odiar» ⁽⁴⁴⁾.

Si cuando los primos políticos se encontraron por vez primera en Washington, Morse hubiera leído los diarios, habría sabido que la actuación de Smith estaba siendo sometida a una investigación, por parte de una comisión de la Legislatura de

Massachusetts, por sospechosas operaciones bancarias ⁽⁴⁵⁾. Si Morse se hubiera tomado la molestia de solicitar informes en Maine, se hubiese enterado de que Smith estaba construyendo una grotesca mansión en Westbrook, en los alrededores de Portland, con una cúpula, una ostentosa biblioteca, con alojamiento separado para el servicio y fuentes en el jardín; habríase impuesto que Smith paseaba con su Junia de y hacia Portland en un cabriolé importado, con un cochero negro (que, contaba Smith a sus electores, había sido sirviente de John Quincy Adams, en el tribunal de St. James), sentado sobre un paño con flecos de oro y plata ⁽⁴⁶⁾.

Morse necesitaba un ayudante para organizar la empresa del telégrafo. Necesitaba un hombre de fortuna. Necesitaba de alguien que pudiera guiarlo a través de las intrigas de Washington. Pero no era buen juez ni de los asuntos comerciales ni de los hombres. No sabía o no le interesaba que Smith fuera un aristócrata advenedizo, sospechoso como banquero y como político. El parloteo de Smith sobre amigos comunes y parientes de New Hampshire, su conversación pulida y amable, y su entusiasmo por el invento convencieron a Morse de que él era el ayudante que necesitaba; Vail y Gale también se persuadieron de ello.

Desde el comienzo, la relación de Smith con el telégrafo fue desagradable. Tanto él como Morse sabían perfectamente que resultaría ofensivo para la moral pública que él, como socio en el asunto del telégrafo, apadrinara la ley del telégrafo. El propio Morse declaró mucho después, en un pleito del telégrafo, que Smith se había convencido de tal manera de la utilidad del telégrafo, que «*abandonó su banca en el Congreso y consagró su interés al invento*» ⁽⁴⁷⁾. Un socio posterior de Morse agregó a su declaración que éste insistió en que Smith dimitiera ⁽⁴⁸⁾.

El acuerdo entre Smith y Morse no contenía tal cláusula. fue firmado en marzo y el 6 de abril Smith presentó a la Cámara, con incomprensible entusiasmo, una ley para asignar la suma de treinta mil dólares para la construcción de noventa y dos kilómetros y medio de líneas telegráficas ⁽⁴⁹⁾. El 14 de abril recién votó el Congreso la licencia para que Smith permaneciera ausente de la Cámara desde el 14 de mayo hasta que la Cámara entrara en receso ⁽⁵⁰⁾. Pero Smith no renunció; en realidad abandonó el cargo público, dejando a los ciudadanos de su distrito virtualmente sin representación durante varios meses. A fin de año regresó a Washington para

terminar su período, utilizando nuevamente su situación en las finanzas públicas para apoyar el telégrafo, del cual era copropietario.

El informe de Smith al Congreso —abril 6— contiene dos patrañas. Asevera que Morse ya había obtenido una patente de su telégrafo, afirmación falsa que servía para lograr la aprobación del invento por el gobierno. Citaba al mismo tiempo una carta de Morse, fechada el 15 de febrero de 1838, en la cual éste declaraba que los derechos los poseían él mismo, Gale y los Vail. Ninguna otra persona se mencionaba. Que el informe citara el nombre de algunos de los propietarios, sin agregar que su creador era copropietario, era un engaño completo.

Smith comprendía su postura falsa. Valiéndose de eufemismos, llamaba a su posición «eventual». Ya en enero de 1839 insistía aún en que su propiedad no debía ser todavía registrada en la oficina de patentes ⁽⁵¹⁾.

Sea que Morse haya admitido de buena gana o no la traición de Smith a su cargo público, permitió que él redactara el informe; que se reincorporara al Congreso para terminar su período, y que ocultara su relación en el asunto del telégrafo. La cooperación de Morse en las atrocidades de Smith sólo pueden calificarse de lapsus moral. Es ésta tanto más infortunada cuanto que sucedió en el preciso momento en que el conocimiento de la corrupción de Smith podría haber evitado que Morse introdujera en la historia del telégrafo a una de sus figuras más siniestras.

Los cuatro socios fijaron en un contrato formal su participación en la propiedad. En los Estados Unidos ésta acusaba la proporción siguiente: Morse, 9; Smith, 4; Vail, 2 (George Vail no figuraba como socio, sino por intermedio de su hermano), y Gale, 1.

Fuera de la Unión era como sigue: Morse, 8; Smith, 5; Vail, 2, y Gale, 1. Vail y Gale deseaban reducir sus participaciones esperando que Smith conseguiría rápidamente una entrada de dinero efectivo para la empresa. Smith iba a prestar sus servicios como abogado; Vail y Gale, como técnicos. Smith estuvo de acuerdo en abonar el costo de la obtención de patentes en el extranjero, incluyendo sus propios gastos y los de Morse, de un viaje de tres meses por Europa, partiendo en abril (para tal propósito fue que Smith obtuvo licencia en el Congreso); estos gastos se le reembolsarían si las patentes extranjeras rendían beneficios y en el momento en que ellos fueran percibidos. Morse y Vail solos sufragarían todos los gastos

relacionados con el perfeccionamiento del mecanismo o la obtención de patentes en los Estados Unidos. Cualquier mejora mecánica que fuera creada por uno de los socios se convertiría en propiedad común. Sin el consentimiento de todos los socios no se suscribiría contrato alguno relacionado con el telégrafo ⁽⁵²⁾.

El 2 de abril, Morse obtuvo el pasaporte para viajar a Europa. El 7 del mismo mes registró en la oficina de patentes ⁽⁵³⁾ un nuevo detalle de su invento e inmediatamente solicitó que la emisión de su patente fuera pospuesta para poder tener en Europa la ventaja técnica de no haber asegurado una patente en ninguna otra parte ⁽⁵⁴⁾. La Cámara no consideró el proyecto del telégrafo antes de que él emprendiera viaje; el proyecto no obtuvo ni siquiera una segunda lectura. Los miembros del Congreso podían haberse maravillado del nuevo invento, pero no estaban dispuestos a arriesgar su reputación votando asignaciones para lo que sólo podía ser un engaño, particularmente en tiempos difíciles.

Morse no sabía en qué momento estaría nuevamente libre para continuar su carrera pictórica. Cuando hizo sus planes para visitar Europa por tercera vez, escribió una carta reveladora a su amigo Cummings, el tesorero de la benevolente asociación que había prometido recolectar tres mil dólares para él, para que pintara una gran obra histórica. Si Cummings hubiera incluido en la edición impresa de esa carta, que envió a los que se habían suscripto para aportar dinero, todas las palabras escritas por Morse, se le podía haber ahorrado a éste una disputa pública. Las palabras que no aparecen en el texto mencionado, figuran aquí entre paréntesis:

T. S. Cummings

Tesorero de la Asociación, etcétera.

Circunstancias relacionadas con el Telégrafo, inventado por mi en el año 1832, requerirán mi atención durante un tiempo indefinido, y estoy a punto de partir para Europa, principalmente por asuntos relacionados con este Invento. Al mismo tiempo, en verdad, tengo pensado realizar algunos estudios vinculados con la Pintura, que la Asociación me ha encomendado que ejecute para ella. No obstante, no debo ocultar a los caballeros que tan generosamente constituyeron la Asociación, que pueden surgir circunstancias relacionadas con el Telégrafo, que me impongan como deber de primerísima

importancia para mí y para mi país, suspender por una temporada (y acaso eventualmente renunciar) la comisión con que me han honrado. Mientras dure este compás de espera, tengo que solicitar que no se realicen los pagos trimestrales hasta que regrese de Europa, en el otoño, en cuya época podré, sin duda, poner en conocimiento de ustedes el curso que pueda ser aconsejable seguir. Si es posible, deseo cuanto antes sentirme aliviado de las zozobras del Telégrafo, de modo de tener tiempo para dedicarme mis tenazmente que nunca, a la ejecución de mi Pintura y en beneficio de la Academia y de las Artes.

(No necesito decir que si ocurriera algo que me impidiera cumplir con el encargo de la Asociación, estoy, por supuesto, obligado a reembolsarles el dinero que ya me han adelantado). Con sincera estima, su amigo y servidor

S. F. B. Morse.

Universidad de la Ciudad de Nueva York

Marzo 15 de 1838⁽⁵⁴⁾.

Como de costumbre, sus habilidades lo encauzaban hacia tantas direcciones, que le resultaba difícil seguir una senda recta. Recién ahora creía que le sería posible abandonar la pintura para consagrarse al mundo de cabildeos, leyes de patentes y contratos, y, sin embargo, regresar al arte cuando lo deseara.

Capítulo 18

Burocracia en el extranjero

Esta vez Morse no iba a Europa como estudiante de los viejos maestros del arte. Esta vez, a la edad de cuarenta y siete años, con su rostro que se había tornado afilado y contraído, con un cutis más oscuro que nunca y sus cabellos grises, parecía él mismo un maestro. En realidad, en los Estados Unidos el reconocimiento le había llegado con lentitud. La prensa —subordinada a Europa de una manera servil que él, como nativista, despreciaba— todavía derivaba sus juicios básicos en materia literaria, artística y científica, de la extranjera. Hasta para convencer a la

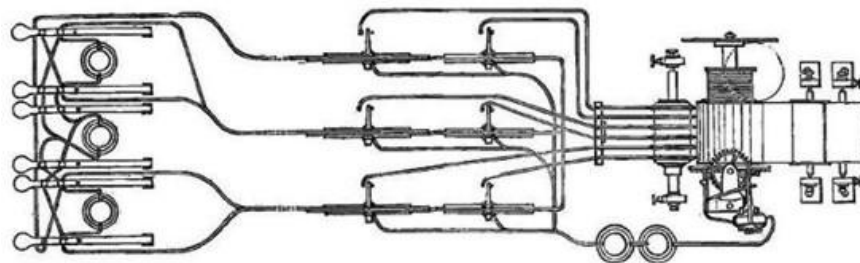
Unión de que había inventado el «telégrafo Morse», sabía que le sería necesario luchar con sus rivales en su propio terreno. Tenía confianza. Iba a llevar su «maravilla de truenos y rayos» a Londres y a París, de donde emanaban los juicios científicos del mundo. Demostraría que el estudiante norteamericano de arte, de 1812 y 1830, habíase convertido, en 1838, en un maestro del telégrafo.

Habiéndose embarcado con Smith, en mayo, arribó a Londres a mediados de junio, junto con «embajadores y princesas..., carteristas y mendigos» ⁽¹⁾ que se reunían para celebrar la inauguración de la era victoriana. En compañía de Leslie presenció, en la Abadía de Westminster, la ceremonia en que una muchacha de diecinueve años era coronada reina de un imperio. Cualquiera que fuera entonces su concepto del papel de Gran Bretaña en la historia, en el momento de abandonar ese país, Morse opinaba que los ingleses eran tan obstinados como siempre.

Comenzaron las gestiones para conseguir una patente. Pagó los derechos en las mismas oficinas, llenó el formulario de inscripción previa en la oficina del fiscal de la Corona y descubrió que los dos socios, Wheatstone y Cooke, y Edward Davy disputaban su solicitud. En la oficina de patentes observó los detalles del telégrafo de Wheatstone y quedó convencido de que el suyo era diferente y mejor. Oyó decir que el telégrafo de Davy estaba en exhibición en la Exeter House, de la Strand, y pagó su chelín para verlo.

Aparte del suyo, el de Davy fue el primer telégrafo que vio.

Estaba colocado en una habitación miserable, pequeña, oscura y llena de tierra, que su inventor había alquilado algunos meses antes para presentar ante el público su creación. Como Morse, esperaba que el gobierno adquiriera su telégrafo y lo incorporara al sistema de la oficina de correos.



Vista de planta del Receptor de Davy 1838

Y también como él, se había encontrado con que el gobierno actuaba con lentitud, y había entablado promisorias conversaciones con los jefes comerciales y del ferrocarril. Exhibía ahora su telégrafo para que presuntos interesados pudieran comprobar que en realidad funcionaba, pero que no se enteraran demasiado de la manera en que lo hacía. Morse pensó que el telégrafo de Davy era en algo semejante al de Wheatstone. Ambos empleaban varios circuitos. Eran telégrafos de aguja y, por lo tanto, más bien visuales que registradores de las palabras. Sin embargo, en el receptor de Davy, mientras las agujas se apartaban por la corriente magnética, movían pequeñas cintas de papel y revelaban las letras iluminadas una por una. El transmisor de Davy era un teclado de doce teclas, similar al «pequeño órgano de tubos» que Morse había usado una vez. El visitante norteamericano llegó a la conclusión de que el telégrafo de Davy era aún más complicado que el de Wheatstone. En una lucha justa estaba seguro de que lograría conquistar la patente inglesa y el mercado británico.

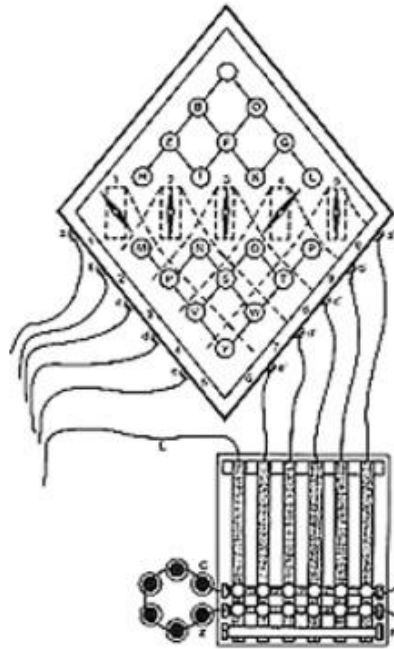
Empero, sus competidores estaban bien afianzados en su posición. Wheatstone no era profesor de pintura, sino de filosofía experimental. Ya se había hecho conocer por sus investigaciones en acústica y óptica, y en particular por su determinación, merced al empleo de un espejo giratorio, de la velocidad a que marcha la electricidad a través de los conductores. Con la ayuda de William Fothergill Cooke, ya había asegurado su patente un año antes, el 27 de julio de 1837. Davy era químico, con menos reputación como hombre de ciencia que Wheatstone, pero hija de un padre de prósperas amistades comerciales. Cuando Wheatstone se presentó por vez primera a solicitar la patente de su invento, Davy protestó, alegando que sus aparatos eran similares. El fiscal de la Corona decidió que los inventos eran esencialmente diferentes y le aseguró la patente a Wheatstone. Pero cuando Davy solicitó la suya, el fiscal de la Corona se percató de que, en suma, eran muy similares. Por fin, el asunto fue sometido al juicio de Michael Faraday, profesor de la Institución Real, quien llegó a la conclusión de que los telégrafos eran suficientemente diferentes como para que se les otorgara patentes separadas. El mismo día en que le otorgaron la patente a Davy, éste le escribió a su padre lo siguiente:

«He tenido noticias de la solicitud de patente presentada por una persona llamada Morse. Cooke y Wheatstone se han opuesto a este pedido y yo haré lo mismo, de modo que uno de los dos logrará detener su trámite. Ambos estamos ahora igualmente interesados en mantener alejado del campo a un tercer rival, y esto puede ser útil, después de los inconvenientes y la disputa»⁽²⁾.

Morse llevó audazmente un modelo de su telégrafo a un examen a realizarse en el despacho del fiscal de la Corona, sir John Campbell, que no le prestó atención. Lo único que le interesó fue que el *Mechanics Magazine*, de Londres, en su edición del 10 de febrero de 1838, había «publicado» el telégrafo de Morse⁽³⁾ y que, por lo tanto, lo invalidaba para obtener la patente. Morse protestó, alegando que el artículo se limitaba a describir los resultados de su telégrafo, más no el proceso de su mecanismo. Pero sir John reiteró que había sido «publicado» y negó su solicitud. Mientras se efectuaba el examen de su invento, en la antecámara del fiscal de la Corona, Morse encontróse con su formidable rival, Wheatstone. Se presentaron ellos mismos y Wheatstone invitó de inmediato a su colega al King's College, para que observara su telégrafo.

Morse concurrió y quedó agradado con el tímido y joven profesor. Lo halló «de pensamiento lo más liberal... un hombre de genio nada común»⁽⁴⁾. En su aspecto y maneras era sorprendentemente parecido al profesor Gale.

Su telégrafo era también interesante, más no dominante. Lo que Morse había dicho hacía tiempo en cuanto a la superioridad de su creación sobre la de su colega, aun lo juzgaba de tal manera.



Telégrafo de Sir Charles Wheatstone y Sir William Fothergill Cooke (1837)

El telégrafo de Wheatstone, al operar merced a cinco agujas magnéticas que apuntaban a las letras del alfabeto, era visual; el suyo registraba permanentemente. El del físico británico empleaba doce hilos; de cuatro se valía el suyo, esto es, dos circuitos individuales, para una transmisión de dos conductos. Morse juzgaba que, en general, su aparato era de mecanismo mucho más simple; pero no explicó el funcionamiento a su rival.

Cuando Wheatstone le dijo que había pensado por vez primera en el telégrafo en 1832 ⁽⁵⁾, Morse debe haberse sentido desconcertado. En ese año, en el Sully, creyó que era la única persona que había juntado las palabras «eléctrico» y «telégrafo». Sin embargo, ahora no sólo comprendía que Barlow había concebido tal idea en 1824, abandonándola por impracticable, y que Henry había pensado que el plan de Barlow era práctico, hacia 1831, pero que como en su caso, otro la había concebido en 1832 y gradualmente la había hecho practicable; puesto que ni Wheatstone ni Morse habían publicado sus ideas hasta muy recientemente —si es que lo habían hecho—, ambos eran inventos independientes. Morse había recorrido un largo camino, aun desde el verano anterior, en que creía que todos los telégrafos

eléctricos tenían que haber sido pirateados del suyo. Empero, creía aún que el creado por él era el único invento práctico.

El juicio de Morse hacia el suave y joven rival fue atrevido; ya no con el atrevimiento de la juventud, sino con el atrevimiento de la fuerza, la paciencia y la fe.

«Su Telégrafo es realmente un instrumento mecánico ingenioso y hermoso — le escribió a su hermano—, pero no es tan simple como el mío, y, salvo que mis rivales de aquí hayan descubierto mi método, de los que lo han visto en los Estados Unidos, quienes pueden estar capacitados para describirlo (y ellos no están evidentemente enterados) y adaptar el mío a su nueva patente, los desalojaré de inmediato. De cualquier manera, tendré la satisfacción de saber que mi invento es el que prevalecerá por sobre todos y será adoptado de modo general. Que con él me beneficie pecuniariamente o que me proporcione nombradía, es algo que aún permanece incierto»⁽⁴⁾.

En la creencia de que el fiscal de la Corona le había negado injustamente el pedido de patente, redactó, con la ayuda de Smith, una carta solicitando que lo examinaran de nuevo. Afirmaba que la única publicación de su invento, efectuada en Gran Bretaña, no describía el funcionamiento del mismo, y desafiaba a sus rivales a explicar su funcionamiento con la ayuda del artículo o mediante cualquier otra información que poseyeran. Juzgaba que ellos no podrían hacerlo y que su fracaso sería la prueba de que su invento no había sido «publicado». Escribió un argumento hábil y razonado cuidadosamente⁽⁶⁾. Se le acordó un nuevo examen.

Apareciendo otra vez frente al fiscal de la Corona (futuro autor de un libro del que se ha dicho es una de las publicaciones más censurables de Gran Bretaña, titulado *Lives of the Chancellors*),

Morse se enteró para su pesar de que él no había tenido tiempo de examinar su carta. Mientras hablaba, sir John la tomó, tamborileó descuidadamente sobre ella, y luego le preguntó a su visitante si no había tomado medidas para asegurar una patente en los Estados Unidos. Morse contestó de manera afirmativa.

—Los Estados Unidos son grandes —le replicó— y usted debiera estar satisfecho con la patente adquirida allí.

Con toda la deferencia debida, Morse le opuso el argumento de que ésa no era la cuestión que iba a someter a la decisión del fiscal de la Corona. La cuestión era tan sólo si existía algún obstáculo legal que le impidiera conseguir patentes de privilegio en Gran Bretaña.

Sir John se mantuvo en su posición primitiva, tal como Morse lo ha dejado registrado. Dijo que el invento había sido publicado y, por lo tanto, se le negó el pedido ⁽⁷⁾.

El fiscal de la Corona se había valido de subterfugios para llegar a su decisión. No había apelación, salvo que se dirigiera directamente al Parlamento. Y así liquidó el asunto.

El fiscal de la Corona se permitió un argumento, aunque incorrecto. Cuando mencionó que Steinheil, de Munich, había inventado un telégrafo de un solo circuito, agregó:

—Es probable que lo haya tomado del suyo ⁽⁴⁾.

En París, Morse se encontró con que Wheatstone ya había logrado obtener una patente. Pero, por más influencia que hubiese tenido en Gran Bretaña, Wheatstone en Francia no persuadía. El norteamericano consiguió pronto una patente. Después de su experiencia con la «ley pirata» inglesa, se sintió agradecido por la liberalidad francesa ⁽⁸⁾; es decir, sintióse agradecido hasta que comprendió que para continuar con su patente durante más de dos años, su invento debía ponerse en funcionamiento efectivo en Francia. Para realizar tal cosa, tendría que lograr rápidamente la atención del público.

François Arago, el ilustre director del Observatorio Real y secretario permanente de la Academia de Ciencias, vio un día el telégrafo de Morse en funcionamiento y quedó encantado con el invento.

Sin otro motivo que su interés generoso, pronto arregló para que Morse fuera invitado a exhibirlo ante los concurrentes a la sesión del 10 de setiembre de la Academia. Como Morse no hablaba bien francés, Arago aceptó explicar su mecanismo. Estaba eminentemente capacitado para hacerlo, pues poco después de que Oersted descubriera que las agujas eran susceptibles a la influencia de la corriente eléctrica, Arago y Ampère, en 1821, habían descubierto que una barra o una aguja en un rollo de hilo a través del cual pasara la corriente, se magnetizaban.

Este fue uno de los descubrimientos fundamentales para el telégrafo. Era, pues, adecuado que Arago apoyara a Morse.

Alrededor del «hall» de la Academia, Morse arregló sus rollos de hilo. En una mesa, ante los más distinguidos hombres de ciencia de Europa, entre ellos el barón Humboldt y Gay-Lussac, Morse colocó el registrador, tal como lo había hecho en la fábrica de Morristown.

Explicando los instrumentos, Arago señaló francamente a los académicos los problemas que permanecían sin solución. Suspender los hilos en el aire —dijo— parecería imposible, porque los expondría a la acción del tiempo. Algún punto de una línea entre París y Burdeos, durante una estación lluviosa, estaría expuesta a una tormenta de rayos. Por otra parte, el introducirlos en la tierra —agregó— presentaría mayores inconvenientes para repararlos.

Morse hizo funcionar el aparato.

— *¡Extraordinaire! ¡Tres admirable!* — oyó que decían de todos lados.

La manifestación prudente de Arago no distrajo la atención de los académicos de las posibilidades de la máquina norteamericana. Cuando terminó la exhibición, el barón Humboldt levantóse, tomó a Morse de la mano y lo felicitó efusivamente. Los académicos se agolparon alrededor de la mesa. El telégrafo norteamericano absorbió la sesión íntegra ⁽⁹⁾.

Difícilmente Morse podía haber aguardado un reconocimiento mayor. Seguramente que impresionaría a la opinión norteamericana. Y atraería la atención de los capitalistas y del gobierno francés.

Mientras Morse gozaba del aplauso que siguió a la exhibición, el director de telégrafos del gobierno, Alphonse Foy, fue a ver el invento norteamericano para «marcar sus puntos y rayas». Tal como decía Morse que sucedió con todos los franceses que observaron su mecanismo, Foy quedó encantado. Le dijo al inventor que él estaba haciendo investigaciones en el terreno del telégrafo, pues el gobierno estaba a punto de construir uno, y lo urgió para que consiguiera una carta de presentación para el ministro del Interior, de cuyo departamento dependía el telégrafo.

Morse llevó una carta elogiosa del ministro norteamericano, Lewis Cass, al despacho del ministro del Interior. No entrevistó sino al secretario. Pocos días después visitó nuevamente a Foy, que había redactado entonces un informe para el ministro.

—He examinado cuidadosamente —dijo el director de telégrafos— los sistemas de Steinheil, Wheatstone y varios otros inventores, franceses y germanos, y he informado que, después de pacientes investigaciones, juzgo el suyo mejor.

Morse vio por fin la posibilidad de una prueba inmediata de su telégrafo.

—El obstáculo de este telégrafo sería el gasto —agregó Foy—. Costará diez veces más que el sistema común.

—Será veinte veces mejor —replicó el inventor ⁽¹⁰⁾.

Había tenido la esperanza de que los Estados Unidos fueran la primera nación en erigir una línea telegráfica eléctrica. Pero, antes de que actuara el Congreso o el gobierno francés en su telégrafo o en el de cualquier otro, Baviera tuvo ese honor; su gobierno había acordado construir una línea de telégrafo según el sistema de un solo circuito y aguja, de Steinheil. El ministro del Interior todavía no había recibido a Morse.

Mientras tanto, una empresa privada estaba construyendo también telégrafos de aguja. Los diarios informaban que Wheatstone construía una línea en Bélgica y su socio Cooke otra en Gran Bretaña. Morse estaba ahora ansioso por que se construyera su línea, con el auspicio del gobierno o de empresas privadas; para dar valor a su patente francesa tendría que construirla pronto. Entró en conversaciones con los directores del ferrocarril de trece kilómetros, recientemente construido con capitales de Rothschild, entre París y Saint-Germain.

Mientras aguardaba la acción, desarrollaba una aplicación de su telégrafo para indicar mediante el sonido la presencia de un tren en cualquier punto de la vía, sobre el principio de los posteriores telégrafos de policía y bomberos. Aseguró una patente francesa para su proyecto ⁽¹¹⁾. Cuando mostró su plan a los directores de Saint-Germain, éstos parecieron dudar debido al costo de la preparación y colocación de los hilos. Morse apoyó el sistema de colocarlos en el suelo. Cuando uno de los directores le dijo que estimaba en treinta y seis *sous*^{xlv} por metro el costo de la preparación y colocación de los hilos, le propuso un método para reducirlo a

^{xlv} Antigua moneda francesa, que equivale a cinco centavos. El término se emplea hoy en Francia, en lenguaje coloquial. — N. del T.

menos de catorce. «*Envuelvan el hilo con algodón —aconsejó Morse—, pásenlo por asfalto líquido, hagan una trenza con los cuatro hilos necesarios, pasen la trenza por asfalto líquido y luego colóquenla en un tubo de plomo, enterrándolo en una zanja*». Si hubiese sabido las molestias que un método similar le iba a aparejar en los Estados Unidos, habríase alegrado de que los directores no adoptaran fácilmente su propuesta.

Mientras el gobierno y los directores de Saint-Germain perdían el tiempo con él, oyó decir con satisfacción que el telégrafo había sido tema de broma en un teatro local y que los dos inventos de que más se hablaba eran éste y el daguerrotipo. Los curiosos lo seguían ahora hasta sus modestas habitaciones.

Durante un tiempo, Morse había vivido con Mellen Chamberlain, un señor de Filadelfia, adinerado, con quien él y Smith habían celebrado un contrato para exhibir el telégrafo en Prusia, Austria y el Cercano Oriente. Cuando Chamberlain comenzó su gira, Morse alquiló unas habitaciones con Edward N. Kirk, el Ministro de la recientemente fundada iglesia norteamericana, en París, que pronto se iba a convertir en uno de los líderes del nativismo.

En sus «deliciosas habitaciones», en el tercer piso del N° 5 de la rue Neuve-des-Mathurins, Morse arregló sus aparatos. En la sala instaló el registrador; en el dormitorio, una de las nuevas baterías de Daniel y su «corresponsal», como había decidido llamar a su trasmisor, y en el pequeño corredor, entre una y otra, el modelo de telégrafo para ferrocarril. El reverendo Mr. Kirk tenía muchas amistades en París, hablaba correctamente francés y, por lo tanto, era un compañero útil y simpático. Los martes por la tarde generalmente estaban en su casa.

Los que subían los tres tramos de escaleras para ver el motivo de las murmuraciones, pertenecían a la constelación de las personas con títulos e influencia. Se encontraban entre ellas: el conde Remboutot, prefecto del Sena; M. Jounaid, bibliotecario del rey; el coronel Lasalle, edecán del rey, y su esposa; el general Charenon, gobernador de Polonia, impuesto por Napoleón; M. Fremel, director de faros; los directores del ferrocarril de Saint-Etienne, los miembros del Instituto, profesores, directores de periódicos, diputados, pares, duques y duquesas.

Los visitantes se mostraban deleitados y efusivos a la manera francesa. Un funcionario del telégrafo, M. Morán, observó con incredulidad mientras Morse manejaba uno de sus aparatos transmisores, una horquilla de dos dientes. De pronto, M. Morán tuvo una profecía sobre el significado del nuevo telégrafo eléctrico. Con una exclamación de asombro levantó la horquilla ante la concurrencia y dijo, en francés:

— ¡Contemplad la horquilla más potente que la de Neptuno, destinada a un triunfo mayor, aunque tiene un diente menos que la suya! —Y dándose vuelta hacia Morse, agregó, en un inglés bastante defectuoso—: ¿No se siente usted glorioso, señor, de ser el autor de ese maravilloso descubrimiento?

Morse ha registrado con satisfacción ese episodio ⁽¹²⁾.

Varios nobles ingleses ascendieron los tres tramos de esas escaleras: lord Aylmer, ex gobernador general del Canadá, y su esposa; lord Edgin, a quien Morse recordaba de los días de estudiante en Londres, como «el celebrado conservador, no depredador (como ha sido llamado calumniosamente) de los mármoles de Fidias» ⁽¹³⁾, y el joven conde de Lincoln. Morse no vaciló en poner en claro ante ellos el contraste entre la facilidad en la obtención de la patente en Francia y en Gran Bretaña. Acaso la eficacia de su comparación llevó al conde de Lincoln a invitarlo de manera insistente para que lo visitara cuando pasara por Londres, de vuelta para su patria. Lord Aylmer llegó a sugerir, tal como lo recordó Morse, que se solicitara al Parlamento que le acordara la patente por un decreto especial. Con la ayuda de sus nuevos amigos parecía haber posibilidad.

Otro visitante de la exhibición en la sala y el dormitorio era el barón Meyendorf, agente del zar para informarle sobre los inventos útiles. Meyendorf quedó sorprendido de inmediato por el invento norteamericano. Le contó a Morse que había estado en tratos con M. Amyot, un inventor francés, para la construcción de redes telegráficas en Rusia. Le insinuó que si Morse y Amyot podían ponerse de acuerdo para coordinar sus trabajos, de inmediato arreglaría las cosas para construir una línea del telégrafo Morse fuera de San Petersburgo. El agente del zar llevó a Amyot a presencia de Morse, y el inventor francés confesó su deleite con el invento. Morse acordó que Amyot lo ayudara para introducir el telégrafo en Rusia y

que ambos cobrarían por la instalación de la línea. «¡Qué conducta diferente de la de Jackson!», escribió Morse ⁽¹⁴⁾.

La próxima vez que Morse vio al barón le presentó un cálculo, de setecientas noventa y cuatro libras esterlinas para instalar una línea de treinta y siete kilómetros, excluyendo los gastos de transporte, zanjeo y asfalto. «*Digamos ochocientas libras esterlinas —le aconsejó el barón—, y con los extras, mil, y agregue el importe del pasaje de ida y vuelta a los Estados Unidos*». Morse proyectaba regresar a su patria para comenzar los preparativos y luego viajar a Rusia con el fin de supervisar la labor. Acordó con el barón que se le pagaría al gobierno la mitad de los abonos que el telégrafo pudiera producir en un lustro.

—Someteré esto inmediatamente a mi gobierno —concluyó el barón ⁽¹⁵⁾.

Su gobierno estaba representado casi absolutamente por Nicolás I, el mismo zar a quien Morse despreció por haber suprimido a la libre Polonia en 1830.

Ahora Morse estaba aguardando noticias de las resoluciones del Congreso de su patria, del ministro del Interior o del ferrocarril de Saint-Germain, de Francia, de Mellen Chamberlain, del Cercano Oriente, del Parlamento británico y del zar de Rusia. Abundaban las posibilidades, pero no las realidades.

Cuando inesperadamente regresó Smith solo a los Estados Unidos, en octubre, llevó el mandato de Morse para besar el suelo norteamericano. Porque Morse estaba triste por el deseo vehemente. Las probabilidades de éxito eran brillantes, pero recordaba el fracaso de otras perspectivas para lograr lo que ahora parecía desear más que nunca: un hogar en el que pudiera vivir con sus hijos. Cuando enteróse de que sus hermanos estaban construyendo un nuevo edificio para el *Observer*, le dirigió a su hija Susana una carta patética.

«Dile a tu tío Sidney que te cuide bien —le escribió— y que me permita tener como mía una pequeña habitación en un rincón de arriba de su nuevo edificio, en la que pueda colocar una cama, una silla y una mesa, para poder tener un pequeño sitio al que pueda llamar hogar. Allí haré tres banquetas de madera, una para ti, otra para Charles y una tercera para Finley, y te invitaré a la casa de tu padre» ⁽¹⁶⁾.

Sabía que sus niños necesitaban en los años de formación, un padre o una madre. La herida que había dejado la desaparición de Lucrecia parecía sangrar diariamente. A veces lo apenaba —le escribió a su hermano— *«de manera tal como para hacerme perder casi la razón, aunque pocos de los que me rodean sospecharían mi estado de ánimo»* ⁽¹⁷⁾.

En sus momentos de soledad iba a pasar por frente a la casa en la que había vivido Cooper cuando ambos eran miembros del círculo de Lafayette. ¡Qué diferentes eran ahora las cosas! Cooper hallábase en Cooperstown, Lafayette había fallecido y Luis Felipe, colocado en el trono por el general y político francés, había enterrado el liberalismo. Entonces él había sido un pintor seguro de su profesión y a la espera de un comienzo feliz en el ámbito de la pintura histórica, cuando regresara a los Estados Unidos. Pero ahora su carrera artística era incierta.

En Londres había estado en una exposición realizada en la Academia Real; pero en París no dedicó un instante a las muestras artísticas ni se ocupó de ellas en sus cartas; nuevamente amenazaba con abandonar su presidencia y su cátedra cuando regresara a su hogar. Por el momento, por lo menos, sus esperanzas dependían del telégrafo y parecían ciertamente precarias.

Las inconexas conversaciones con el gobierno y con los directores del ferrocarril de Saint-Germain continuaban. Se preguntaba si la demora no era en parte culpa suya. Las constantes reprimendas con sus padres y hermanos en los días de prodigalidad lo habían compenetrado que no era hombre apto para los negocios. Pero, más que todo, culpaba al carácter francés de *«promesas, apariciones y fracasos»* por la dilación ⁽¹²⁾. *«Encuentro demoras en todas las cosas —explicaba—; por lo menos, así me parece a mí, que poseo un desarrollo demasiado vigoroso del órgano norteamericano de «ve adelante, actividad» para sentirme cómodo bajo sus efectos atormentadores. Un francés debería tener tantas vidas como un gato para lograr, con sus procedimientos dilatorios, los mismos resultados que puede alcanzar un yanqui en su sola vida»* ⁽¹⁸⁾.

Pasaban las semanas, los meses. París arrojaba laureles a las habitaciones ubicadas en el tercer piso. Pero el inventor no podía vivir de laureles. Necesitaba apoyo material. Necesitaba la oportunidad de realizar su obra telegráfica. Ilusoriamente las frutas nutritivas sólo rozaban sus labios, se iban y los volvían a rozar...

Con la paciencia que puede esperarse en el ser humano, visitó ocho o diez veces al Ministro del Interior sin siquiera poder entrevistarse con el secretario. Eventualmente llegó a comprender que cuando los directores del ferrocarril le prometieron arreglar algunos detalles «*en unos pocos días*», emplearon la expresión francesa que significaba unas semanas. Cuando le pidió al ministro Cass que le aconsejara la manera de urgir al gobierno o al ferrocarril para que resolvieran, aquél le contestó que la dilación era la enfermedad universal y que el único remedio para ella era la paciencia. Pero resultaba difícil tener paciencia cuando había abrigado la intención de permanecer tan sólo tres meses en Europa. «*Me he estado ocupando últimamente demasiado de los rayos —escribió «la liebre»—para sentirme cómodo viajando lentamente de vuelta*» ⁽¹²⁾.

Los directores del ferrocarril de Saint-Germain aguardaban la palabra del ministro del Interior en cuanto a si el monopolio que el gobierno ejercía del telégrafo les permitiría instalar un telégrafo, si es que realmente deseaban que lo hicieran. Por fin, Finley comprendió que el gobierno tenía la intención de no resolver nada. Ni consentiría probar el nuevo telégrafo ni diría si alguna compañía privada podría hacerlo. La esperanza de que las cámaras pudieran obligar al gobierno a que resolviera, se desvaneció cuando el ministro renunció y el Parlamento fue disuelto por dos meses a la espera de que se efectuara una nueva elección. Sin obtener una resolución del gobierno o de las compañías privadas, su patente caducaría en unos meses. La liberalidad de las patentes francesas era aparente. En su efecto, eran tan estrictas como las británicas. No había, pues, necesidad de quedarse en París.

En Europa dejó tres esperanzas. Dos eran lejanas: el éxito de la gira de Chamberlain por el Cercano Oriente y la posibilidad de lograr una patente inglesa por resolución del Parlamento. La tercera, la de instalar una línea en Rusia, la juzgaba más posible. Esta exigía que regresara a su hogar para arreglar los asuntos familiares y preparar el equipo, pues estaría en Rusia hacia el 15 de julio.

Siete meses de reconocimiento generoso en París lo convencieron de que Europa estaba enterada de que su telégrafo era el mejor. Pero al abandonar la Ciudad Luz con una sola promesa para construir una línea telegráfica y todavía sin estar firmada, resultaba desconcertante enterarse de que Wheatstone y Cooke, en Gran Bretaña y Bélgica, y Steinheil, en Baviera, ya estaban construyendo líneas.

En Londres, el conde de Lincoln lo invitó a que exhibiera el telégrafo en su casa de Park Lane. Asistieron a la demostración, lord Elgin, Henry Drummond, miembros del Parlamento, lores del Almirantazgo y miembros de la Sociedad Real. Elgin, Lincoln y Drummond le insistieron que se quedara en la capital británica el tiempo suficiente para promover una resolución del Parlamento. Pero los obstáculos parecían insalvables: la dilación parlamentaria, la oposición de Wheatstone y acaso otros; el prejuicio nacional y el peso de la resolución anterior contra él adoptada por el fiscal de la Corona. La perspectiva de Rusia lo atraía; aguardaba la resolución favorable del zar, que llegaría alrededor del 10 de mayo. Considerando los hechos de que tenía conocimiento, su decisión fue atinada. Prefirió la relativa probabilidad de la aventura rusa a la relativa improbabilidad de la victoria parlamentaria.

Poco después de llegar a su patria, en abril, enteróse de que Mr. Chamberlain se había ahogado en un accidente, en el Danubio, desapareciendo con él los datos de cualquier gestión que hubiese realizado ⁽¹⁹⁾. El 10 de mayo todavía no había recibido noticias del consentimiento del zar. Difirió su plan de viajar a Rusia para el año siguiente. Luego llegaron noticias de que el zar Nicolás se rehusaba a suscribir el contrato, sin duda debido a que el telégrafo, como medio de transmitir noticias podía resultar subversivo ⁽²⁰⁾. Todas las esperanzas de construir una línea telegráfica en Europa habían dado por tierra.

Su gira había resultado un éxito brillante en honor suyo y del hijo de su cerebro, pero pocas veces los honores han sido más vacíos.

Capítulo 19

Daguerrotipista

Cuando en París el telégrafo y los «dibujos» de Daguerre eran comentados como los inventos más maravillosos de la época, Morse juzgó conveniente conocer al físico francés. Pocos días antes de partir para los Estados Unidos, solicitó permiso para ver las misteriosas planchas de cobre en las cuales, por vez primera en la historia, el hombre había logrado fijar las imágenes de la naturaleza. Daguerre consintió.

En la Unión todavía no se había publicado ninguna descripción del método de Daguerre, ni siquiera de sus figuras. Recién en enero había anunciado su invento, confiando su método tan sólo a distinguidos hombres de ciencia como los que Morse conoció en la academia, Arago y Gay-Lussac. Como Morse, pertenecía a ese grupo selecto en el cual figuraban Fulton y el relativamente desconocido Audubon, que a sus trabajos científicos unía sus obras pictóricas. Fulton había sido el primero en exhibir panoramas en París. Daguerre había empleado un sistema similar para divulgar pinturas. En su sitio de exhibición, «el Diorama», un piso giratorio conducía a los espectadores frente a una serie de pinturas. Con transparencias, aberturas y empleo diestro de la luz delante y detrás de sus pinturas, obtenía una impresión de realidad sorprendente. Habiéndose interesado en los efectos de luz mediante su diorama, Daguerre había hecho experimentos durante varios años para fijar las imágenes volcadas por una cámara oscura en planchas de cobre impresionables a la luz, preparadas con materiales químicos. En colaboración con Niepce, había logrado por fin éxito en lo que los hombres de ciencia hacía tiempo que estaban empeñados. Daguerre le mostró sus «Daguerrotypes»^{xlvi}^{xlvi} como Morse los llamaba al principio. Morse juzgó que eran como grabados de aguatinta. En claroscuro, más bien que en color, parecían «obras de Rembrandt perfeccionadas.» Morse recordaba que cuando vivía cerca del profesor Silliman había ensayado la posibilidad de fijar imágenes y la había abandonado por imposible ⁽¹⁾.

Aunque las planchas más grandes de Daguerre eran de sólo siete pulgadas por cinco, los detalles visibles maravillaron a Morse. Estaba seguro de que ninguna pintura se le aproximó nunca. En una plancha —una escena callejera— podía ver de manera vaga las letras de un cartel. Mediante un microscopio le era dado leer todas las letras del anuncio. Mirando otra plancha a través de una lente, Morse vio en la imagen de una cabeza de araña, de un tamaño no mayor que un alfiler, una minuciosidad en su estructura, cuya existencia juzgó que no se había conocido hasta entonces. Predijo que el descubrimiento abriría nuevas sendas a la

^{xlvi} En francés, *daguerreotype*. En los Estados Unidos primero se acentuaba a veces la segunda e, pero pronto se omitió su pronunciación. Que inmediatamente después de su introducción, el *Journal of Commerce*, de Nueva York, haya advertido que se pronunciara "*dar-ger-rou-táip*", denuncia la ascendencia de Nueva Inglaterra de sus directores y sugiere la manera en que Morse debe haber pronunciado ese vocablo.

^{xlvi} La palabra se escribe hoy, en inglés, *daguerreotype*. — N. del T.

investigación, con resultados tan sorprendentes como cuando el microscopio recién se puso en uso.

Al día siguiente, Daguerre le devolvió la visita. Ascendió los tres tramos de la escalera y pasó una hora examinando el telégrafo. Mientras expresaba su deleite por el invento norteamericano que rivalizaba en popularidad con el suyo, el fuego consumía su diorama, su casa, las planchas y las notas de años de experimentos.

La reseña de la visita de Morse al diorama y su destrucción apareció en el *Observer*, de su hermano, del 20 de abril de 1839. «En el mismo barco que trajo la carta citada más arriba —agregaba Sidney, el director del periódico— llegó también su autor. De él hemos obtenido algunas informaciones sobre ese descubrimiento tan interesante, que en este momento no podemos detallar.» Morse puede haber conocido el procedimiento de Daguerre; sin embargo, no existen datos directos que lo prueben ⁽²⁾.

Su carta, en la que describe el daguerrotipo, fue el primer informe ofrecido sobre ese instrumento por un norteamericano. Lo reprodujeron los diarios de todo el país ⁽³⁾.

Una vez en su patria, el presidente Morse hizo que la Academia Nacional tomara nota de la contribución de Daguerre al arte. Cuando propuso al físico francés para miembro honorario, la moción fue aprobada con «violento entusiasmo». Aparentemente los académicos compartían el punto de vista del presidente, en el sentido de que el daguerrotipo «*terminaría con los pintarrajos fragmentarios y descuidados que pasan por sutiles y penetrantes; esas obras que poseen un mero efecto general sin detalles, pues los detalles muy de relieve destruyen el efecto general*» ⁽⁴⁾. El 20 de mayo, Morse informó a Daguerre de su elección. Refiriéndose al intento de los ingleses de dar publicidad a un descubrimiento diferente debido a Talbot, Morse le aseguró que en los Estados Unidos su nombre «*solo estará ligado al brillante descubrimiento que justamente lleva su nombre*». Morse sabía muy bien que los socios tratan de hurtar sus derechos al inventor. Terminaba ofreciéndole sus servicios gratuitos para efectuar una exhibición de las planchas en Nueva York ⁽⁵⁾.

Poco después, el Parlamento francés aprobó una ley para recompensar a Daguerre, quien aceptó dar a conocer su procedimiento y cualquier mejora que introdujera. En retribución, el gobierno resolvió acordarle una pensión de seis mil francos y una de

cuatro mil a los herederos de Niepce, que hasta su muerte había estado asociado con el físico francés. El inventor fue liberado de la necesidad. Si los Estados Unidos hubiesen hecho por Morse lo que Francia hizo por Daguerre, aquél habría cambiado una vida plagada de celos de rivales, descrédito de sus propios socios y recriminaciones de la prensa, por una vida tranquila, ya sea continuando sus experimentos en el terreno del telégrafo o volviendo a la pintura. Pero el telégrafo, por su propia naturaleza, se prestaba mejor para las patentes que el daguerrotipo, y la teoría del gobierno norteamericano no contemplaba la ayuda directa a los inventores. Sólo cuando ya es demasiado tarde el inventor norteamericano es sacado de su pobreza.

Daguerre cumplió su acuerdo con el Parlamento permitiendo que Arago describiera el procedimiento, el 19 de agosto, ante la Academia de Ciencias. En pocos días, los parisienses de mentes mecanizadas comparaban entusiasmados el número de manchas de sus planchas de cobre con el de las casas que veían por las ventanas.

Uno de los primeros transatlánticos a vapor, el *British Queen*, llevó la descripción del procedimiento a los Estados Unidos. Con su llegada, el 20 de setiembre de 1839, comenzó la historia de la fotografía en la Unión.

El 30 de setiembre, el *Morning Herald* anunció que dos días antes había sido efectuado el primer daguerrotipo en los Estados Unidos. Era una vista de Broadway, que mostraba la Astor House y la Iglesia de San Pablo, y exhibióse en el negocio, en Broadway, del doctor Chilton, químico. El daguerrotipista era Mr. Seager, un inglés. El 3 de octubre, Seager notificó en el *Herald* que daría una conferencia en el Instituto Stuyvesant sobre *«el daguerrotipo o arte de imprimir en pocos minutos, según el método de Mr. Daguerre, las hermosas imágenes de paisajes, arquitectura, interiores, etcétera.»* Para convencer a la gente de la importancia del asunto, agregaba: *«Los siguientes hombres de ciencia me han autorizado para que los cite como personas familiarizadas con el procedimiento y sus resultados extraordinarios: el presidente Duer, del Colegio de Columbia; el profesor Morse; el caballero James R. Chilton y el caballero Jno. L. Stephens».*

Puesto que el artista-inventor conocía a Seager, Robert Taft, el historiador de la fotografía en los Estados Unidos, ha supuesto que si el propio Morse reclamaba el honor de haber hecho el primer daguerrotipo en los Estados Unidos, debió haber

protestado por las afirmaciones de Seager. En ausencia de cualquier indicio de protesta de parte de Morse, Taft asigna correctamente el honor a Seager. Una carta del propio Morse apoya su proceder. El 28 de setiembre, el *Journal of Commerce* informó: «*El profesor Morse nos mostró ayer los primeros frutos del invento de Daguerre, puestos en práctica en este país. Era una vista perfecta y hermosa, en escala pequeña de la nueva iglesia unitaria y los edificios que la circundan. Los colores no son lo vivos que podrían ser, pero comprendemos que este defecto puede remediarse con facilidad*». Morse leyó el artículo, y el 30 del mismo mes, el *Journal of Commerce* publicó su pronta respuesta, que aquí reproducimos por vez primera:

Señores:

En vuestra mención, esta mañana, del espécimen de dibujo Fotográfico por el sistema de Daguerrotipo que mostré a ustedes, utilizaron la frase «primeros frutos del invento de Daguerre en este país» (sic), esto puede significar que soy el primero en presentar estos resultados del procedimiento que acaba de revelar Mr. Daguerre al Instituto de Francia. Si hay algún mérito en presentar por vez primera en este país tales resultados, ese mérito creo que pertenece a Mr. D. W. Seager, de esta ciudad, quien ha obtenido algunas producciones durante varios días en el negocio de Mr. Chilton, en Broadway. El espécimen que exhibí a ustedes era mi primera producción.

S. S. S.

Samuel F. B. Morse

Setiembre 28. ⁽⁶⁾.

La sincera carta de Morse establece la prioridad de Seager.

Dieciséis años más tarde, Morse recordó las penosas circunstancias bajo las cuales hizo su primer daguerrotipo. «*En cuanto se fabricó el aparato —comenzó— empecé a hacer experimentos con él*». En otra ocasión afirmó que él había hecho la primera cámara de daguerrotipo construida en los Estados Unidos^{xlviii (7)}.

^{xlviii} Se dice que esa cámara es la que ahora se exhibe en el Museo Nacional de Washington. Es una enorme caja de madera con una lente (hecha en París) que asoma del centro de un lado. También se dice que es la primera cámara construida en los Estados Unidos. En el mismo museo hay una más pequeña, que pasa por haber sido hecha para Draper.

«El mayor obstáculo con que tropecé fue la calidad de las planchas — continuaba—. Obtuve en la ferretería el cobre plateado común, en rollos, que naturalmente estaba muy delgadamente cubierto con plata e impuro. Todavía no había podido comprobar la veracidad de las revelaciones de Daguerre. El primer experimento coronado por el éxito fue una vista de la iglesia unitaria, tomada de la ventana, en la escalera, obtenida desde el tercer piso de la Universidad de Nueva York. Esto, por supuesto, fue antes de construirse el edificio del hotel de Nueva York, fue en setiembre de 1839. El tiempo, si recuerdo bien, en que la plancha estuvo expuesta a la acción de la luz en la cámara, fue alrededor de quince minutos. Los instrumentos, materias químicas, etcétera, estaban estrechamente de acuerdo con las indicaciones del primer libro de Daguerre... Un caballero inglés, cuyo nombre se me escapa en este momento, pero que, según creo, vive actualmente en México, consiguió un ejemplar del libro de Daguerre, casi en la misma época que yo, y comenzó también sus experimentos»⁽⁸⁾.

Ese otoño y ese invierno fueron momentos críticos para las perspectivas fluctuantes de la vida de Morse. Sus años de esfuerzo con el telégrafo no le rendían más que una reputación satisfactoria entre los pocos que entendían esas cuestiones y desdén entre los que las ignoraban. La universidad se dividió por una divergencia entre los miembros de la facultad y el porfiado rector Matthews, lo que dejó al profesor de literatura, de artes y dibujo con pocos alumnos y obligó a casi todos los profesores titulares, incluso a Gale, a renunciar. Vail estaba muy ocupado en Morristown y en la fábrica de Baldwin, Vail y Hufty (que más tarde se iba a convertir en la fábrica de locomotoras de Baldwin), en Filadelfia. Smith había sido completamente derrotado el año anterior en su campaña para la gobernación de Maine y el pánico financiero le había hecho perder sus inversiones en las tierras del oeste; la construcción de su magnífica mansión, en los bosques de Portland vaciló. Gale no podía ir con frecuencia a Nueva York desde su nuevo puesto en el Colegio Jefferson, de Misisipí. El, Vail y Smith no contribuían con nada al costo de la construcción de los instrumentos del telégrafo, que Morse deseaba exhibir ante los miembros del

Congreso. Su aparente indiferencia le llevó a pensar si un esfuerzo para interesar al Congreso sería, ese año, digno del gasto.

La depresión financiera que comenzó en 1837 —la más terrible que han conocido los Estados Unidos— había afectado a casi todas las empresas, públicas o privadas y el Congreso constituía una represa para el Tesoro más firme que nunca. Con todo esto, tenía pocos deseos de apoyar ahora el telégrafo, reconquistar la clientela para sus obras pictóricas o, aunque la oportunidad se brindaba, de escribir en el *Observer*. Se aferró más bien a los experimentos para perfeccionar el telégrafo, a las actividades nativistas, a sus pocos alumnos de la Universidad y a sus responsabilidades en la Academia. Dirigió también su franco entusiasmo hacia la nueva profesión: el daguerrotipo.

De diversas maneras explicó los propósitos de su nueva empresa. En una conferencia que en la primavera de 1840 pronunció sobre el daguerrotipo, en la Academia Nacional, declaró que su interés radicaba en descubrir el efecto de ese arte nuevo, sobre las bellas artes ⁽⁹⁾. Al año siguiente, en respuesta a un pedido para que pintara un cuadro, dijo: «*Mi objetivo último es la aplicación del daguerrotipo para acumular, para mi estudio, copias de mis telas*» ⁽¹⁰⁾. En una carta escrita en 1855 afirmó que se había hecho profesional para reintegrarse el dinero que habían insumido sus primeros experimentos ⁽⁸⁾. Pocos días antes, en una carta escrita para una historia del telégrafo, expresó: del daguerrotipo «*extraigo una pequeña renta para librarme de las deudas y para gastar en la construcción de instrumentos nuevos y perfeccionados para el telégrafo, el tiempo libre que me proporcionan los días sombríos*» ⁽¹¹⁾.

Es indudable que cada uno de los propósitos declarados fueron exactos para él en uno u otro instante. Se hizo profesional para sufragar los gastos de sus primeros experimentos; luego, una vez abonados, intentó reunir fondos para lo que todavía miraba como el objetivo último: su reintegro a la pintura; pero las circunstancias lo obligaron, en cambio, a emplear ese dinero para el perfeccionamiento de su telégrafo. Así como el deseo de pintar lo tentó a hacer una incursión en el terreno del telégrafo y eventualmente lo llevó a convertirse en la figura más señera de la historia del telégrafo en los Estados Unidos, así también lo guió hacia el daguerrotipo y eventualmente a convertirse, como ha dicho Mathew Brady, en el

primero que tuvo éxito en la introducción, en los Estados Unidos, de ese «arte raro» (12).

Morse figura entre los que se les ha adjudicado el honor de haber hecho los primeros daguerrotipos en la Unión. Otros son John W. Draper, que ocupó el puesto de Gale en la Universidad de la ciudad de Nueva York, y Alexander Wolcott, de Nueva York.

Daguerre le había dicho a Morse que no se podían tomar retratos porque las personas no se quedaban quietas. Todas las planchas de Daguerre eran entonces temas de naturaleza muerta o paisajes expuestos por quince o veinte minutos, como eran todas las primeras producciones norteamericanas. Por supuesto que los entusiastas se preguntaban si Daguerre no era demasiado parco; Arago mismo había pronosticado que sólo un pequeño progreso haría posibles los retratos. Como retratista, Morse se mostró naturalmente inclinado, acaso demasiado, para el bien inmediato de su profesión. Más tarde no pudo recordar si él o Draper habían hecho el primer retrato.

La fecha más antigua que Taft acepta positivamente para un retrato de Draper, es diciembre de 1839. Sin embargo, la fraseología de la carta de la que extrae la fecha no excluye una fecha anterior: «*El primer retrato que obtuve en diciembre último — escribió Draper en junio de 1840— fue con un cristal de anteojo absolutamente común*». ⁽¹³⁾ A los de Wolcott, un fabricante de instrumentos, Taft le adjudica una fecha anterior. En una carta, de marzo de 1840, Wolcott escribió que había hecho su primer retrato en octubre. Varios años después, el socio de Wolcott dijo que fue hecho el 7 de octubre.

El título que se le adjudica a Morse depende en gran parte de su carta de recuerdos de 1855:

«He obtenido ahora los resultados de estos experimentos tomados en setiembre o comienzos de octubre de 1839. Eran retratos de tamaño natural de mi hija sola y también en grupo con algunas de sus jóvenes amigas. Fueron tomados afuera, en la azotea de un edificio, a pleno sol y con los ojos cerrados. El tiempo fue de diez o veinte minutos. Más o menos en la misma época, el profesor Draper logró tomar retratos, aunque no= puedo decir si él o yo logramos realizarlos primero de modo satisfactorio» (3).

Taft opina que Morse está prácticamente eliminado como contendor, por dos razones. Primero, porque admitió en la carta mencionada más arriba que Draper puede haber sido el primero, en lugar de él, y luego debido a que el 16 de noviembre de 1839, le escribió a Daguerre diciéndole que había hecho experimentos con su procedimiento, «*con un éxito mediocre*» ⁽¹⁴⁾. Esa carta dice en parte: «*Desde que he visto sus resultados admirables, el día antes de su desastrosa pérdida, he sentido por él un interés absorbente y adquirí el primer folleto que recibieron los libreros norteamericanos, conteniendo una exposición de su procedimiento. He estado realizando experimentos, pero con un éxito mediocre, debido, en gran parte, según creo, a la falta de buenas lentes. Desearía enviarle en esta oportunidad algunas muestras de los resultados obtenidos, pero no me atrevo a hacerle llegar ninguna de las que tengo. Le remitiré el primero que haya logrado algún grado de perfección.*»

¿Intentaba decir Morse que no había realizado ningún daguerrotipo digno de tal nombre? ¿O simplemente se expresaba con modestia francesa al escribir al inventor del nuevo arte? Esa carta no indica el éxito que haya podido lograr con retratos o cualquier clase de daguerrotipos, antes del <:16 de noviembre. Y tampoco sabemos el éxito obtenido por una imagen de Wolcott, el 7 de octubre. Sin embargo, esta fecha, para Wolcott figura como la primera razonablemente auténtica que puede adjudicarse a su retrato.

La fecha precisa más antigua de los experimentos de Morse en el terreno del daguerrotipo aparece en su libro de notas de enero y febrero de 1840, que aún no se ha publicado ⁽¹⁵⁾. Parece ser el único diario de uno de los antiguos daguerrotipistas.

Las partes que aquí extractamos son en su mayoría una reseña de los experimentos de Morse con la supervisión de François Gouraud, quien llegó a Nueva York, de París —según él lo afirmaba—«como amigo y discípulo de Mr. Daguerre... con el encargo de introducir en el Nuevo Mundo el conocimiento perfecto de... «El Daguerrotipo» ⁽¹⁶⁾. A la llegada de Gouraud, a fines de noviembre, Morse le ofreció que realizara una exhibición en su habitación, sin abonar alquiler. Hacia el 4 de diciembre,

Gouraud había preparado la exposición de los daguerrotipos, incluyendo dos tomados por el propio Daguerre, e invitó a figuras de la ciudad, tales como el periodista Hone y las autoridades de la Academia Nacional. De inmediato, Gouraud comenzó a cobrar un dólar de entrada a la exposición y un poco más para escuchar sus conferencias sobre el proceso de captar las imágenes. Sus figuras eran mejores que las producciones norteamericanas. El era moreno, despierto y agradable. Pronto logró sensación.

En el libro de notas no hay indicaciones de que Morse sospechara de Gouraud, excepto en sus posteriores agregados. Estos, que se reconocen por su escritura diferente, los consignamos aquí en notas al pie.

El libro garrrapateado indica que Morse y Gouraud seguían las indicaciones -de Daguerre^{xlix}.

El primer daguerrotipo que Morse registra en su libro de notas fue uno de la Municipalidad, en cuyo interior se ve su retrato de Lafayette. Aparentemente tomó la vista desde el edificio del *Observer*, que sus hermanos acababan de terminar, cerca del Clinton Hall, en la intersección de las calles Beckman y Nassau.

Martes 14 de enero de 1840. Hice ensayos con M. Gouraud. No hay nada particular en el pulimiento, excepto que el proceso de someter al ácido es más importante de lo que había supuesto, y requiere mayor delicadeza en su ejecución. Una gota de solución de ácido tocó accidentalmente la superficie de la plancha de M. Gouraud. Este pronosticó que producirla un resultado particular, cosa que sucedió, pues la plancha en esa parte se afectó más rápida mente por el yodo y, mientras el resto de ella se cubrió de un color amarillo oro, la parte que tenía demasiado ácido se tornó púrpura y azul, y una sacada de la cámara se hizo borrosa, con una nube densa en proporción

^{xlix} Brevemente, éstas consisten en cinco pasos, a saber:

1. Púlase con polvo una plancha de cobre cubierta de plata; límpiase con algodón mojado en aceite de oliva, frotando en redondo y de izquierda a derecha. Desparrámese de la misma manera ácido nítrico diluido; échese polvo y límpiase de nuevo; caliéntela, enfríela de nuevo y vuélvala a pulir; aplíquese el ácido tres veces.
2. Colóquese la plancha en una caja en la que se esté evaporando yodo; cuando la superficie de la plancha esté cubierta por una sustancia color amarillo oro —no debe ser amarillo claro ni tan oscuro que llegue a violeta— sáquese en una habitación oscura.
3. Colóquese la plancha en la cámara oscura, enfóquese y expóngase.
4. Colóquese la plancha en una caja, expuesta al vapor del mercurio calentado. Cuando el calor del mercurio llegue a 140° Fahrenheit, retíresela del calor; cuando la temperatura descienda a un término medio entre 131° y 113° Fahrenheit —siempre que la imagen haya aparecido en la plancha— retíresela.
5. Para fijar la imagen, báñese la plancha en una solución de sal o, mejor, en una de hiposulfito de soda.

a medida que el color pasaba de amarillo a azul. El proceso de yodarla duró alrededor de diez minutos. Mi plancha no había sido limpiada después de verter el ácido, y donde éste no se había esparcido de manera adecuada, la luz era azulada y se observaba una nube del mismo color, en una parte de la sombra.

Colocó la plancha en la cámara, siete minutos y medio antes de las 15 horas. M. G. dijo que el tiempo necesario eran veinticuatro minutos; el cielo estaba nublado y el objeto principal en el campo que abarcaba la perspectiva, era la parte de atrás del edificio de la Municipalidad (de piedra arenisca roja); la impresión resultó aceptable, exceptuando los defectos mencionados más arriba. Le pedí que me explicara en qué se basaba para calcular de antemano el tiempo que requería la impresión. Dijo que me facilitaría una tablaⁱ. Era un cálculo complicado, que yo creía sólo serviría en las primeras pruebas para acercarse a un buen resultado, pero es muy probable que nadie pueda estar seguro, en la primera prueba, de cómo saldrá ninguna vista. Será necesario sacrificar la primera plancha, teniendo siempre lista otra para sacar partido de la experiencia de la primera, para corregir el tiempo en la segundaⁱⁱ. Las luces sobre las partes del paisaje o de otros objetos,' por supuesto, se imprimen primero; si los objetos son oscuros o el día nublado, demorará más tiempo.

Su última frase, aun incluyendo el «por supuesto», sugiere que todavía pensaba según la teoría del daguerrotipo.

Probablemente después, Morse agregó, con fecha 17 de enero, lo siguiente: «*Mr. Seager se ha enojado con M. Gouraud*».

ⁱ Nota de Morse: "Nunca me la dio".

ⁱⁱ Nota de Morse: "como lo sugiere Daguerre".

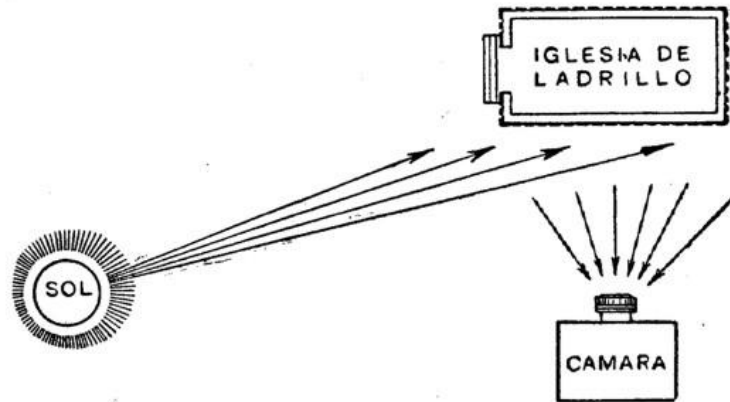


Figura 21

Al día siguiente anotó: «M. Gouraud y el doctor Chilton vinieron para asistir a la lección de Mr. Gouraud». El doctor Chilton —el químico—, como hemos anotado, vendió entradas para las conferencias de Mr. Seager. Convirtiéndose en el principal realizador de daguerrotipos.

Las notas escritas el 18 de enero, decían:

Las planchas preparadas como de costumbre, con ácido, etcétera; el ácido mejor desparramado completamente, que como en la plancha anterior, pero los bordes y una pequeña parte de la plancha no estaban bien mojados por el ácido; el yodo atacó a estas partes más vigorosamente, y una vez completado; como consecuencia, esas partes resultaron oscuras. Puse la plancha en la cámara, dos minutos antes de las 15 horas; el sol brillaba de manera límpida, pero en su mayoría los objetos estaban envueltos en sombras. Predominaba el color gris por sobre todos los objetos, salvo la iglesia de ladrillo, que aparecía roja bajo los rayos del sol cayendo oblicuamente, en esa forma, hacia la calle Barclay.

Tiempo requerido en la cámara: dieciséis minutos fue buena para todos los objetos en la sombra; las luces un poco exageradas.

Mr. G. subrayó, respecto a los interiores, que a veces no se obtenía una prueba en la primera exposición en el baño de mercurio, sino a una segunda y tercera, y en un caso, el de Madame Giroux, cuatro veces, lo que dio por resultado una buena pruebaⁱⁱⁱ.

ⁱⁱⁱ Nota de Morse: "estas son todas las instrucciones de Gouraud".

Giroux era el nombre de una firma comercial de París a quien representaba Gouraud y que estaba relacionada con Daguerre. Si al decir «*Madame Giroux*» se refiere a un retrato hecho por Gouraud antes de venir a los Estados Unidos, estaría fechado por lo menos muy a principios de noviembre. En una publicación efectuada al año siguiente, Gouraud declaró que en París Mr. Susse hizo retratos satisfactorios, colocando a las personas con los ojos cerrados, en exposiciones de quince o veinte minutos, y que más o menos en la misma época, Abel Rendy había descubierto un método para obtener retratos mediante poses tan breves, que las personas podían permanecer con los ojos abiertos; Gouraud afirmaba que él había probado el método de Rendy antes de abandonar París ⁽¹⁷⁾. Existen algunas pruebas de que Gouraud tenía razón en su referencia a Susse y de que sus retratos figuran entre los primeros satisfactorios en la historia ⁽¹⁸⁾.

Una «explosión» interrumpió las instrucciones de Gouraud. Parece que Morse construyó por su cuenta otro aparato para daguerrotipos y que con él sacó un retrato del edificio de la Municipalidad, que la prensa juzgó igual a las obras de Daguerre. Gouraud aprovechó la oportunidad para dar a publicidad una carta insultante. Expresó que estaba contento de enterarse del éxito de Morse, como lo estaría por el de cualquiera de los «amateurs» que habían estudiado con él ⁽¹⁹⁾.

En respuesta, Morse explicó que había roto con Gouraud cuando se percató de que aquél no tenía nada que enseñarle. Debía más bien sus experimentos en daguerrotipos a Daguerre, a través de sus instrucciones dadas al profesor Drape y al doctor Chilton ⁽²⁰⁾.

Como su disputa a través de la prensa subía de punto, Morse la llevó hacia un terreno ligeramente menos personal, insistiendo en que Gouraud estaba rebajando el nombre de Daguerre. «Mucho antes de la llegada de M. Gouraud —escribió Morse—, el brillante descubrimiento de M. Daguerre... fue saludado por todos con admiración... Ahora ¿es posible que M. Daguerre pudiera haber enviado un amigo suyo, un alumno suyo, para imprimir a su descubrimiento un aire de charlatanismo, trocando en disgusto la corriente de admiración por su generosidad y la de su país por el espléndido obsequio dado al mundo, viéndolo asociado a semejante agente de su aparato? ¿M. Daguerre ha intentado brindar al mundo un descubrimiento y

obligarse a revelarlo, en todos sus detalles particulares, y luego ocultar ciertos secretos para pregonar la mercancía en todo el país a un dólar por persona?» ⁽²¹⁾.

Como anteriormente su padre, Morse tenía sus maneras de hallar una buena salida a la lucha en cualquier asunto que emprendiera. En arte había encontrado a Trumbull; en religión, a los unitarios; en moral pública al teatro y a la lotería; en política, a los católicos; en el telégrafo, a Jackson, y ahora, en el terreno del daguerrotipo, había hallado a un astuto joven francés.

Cuando recién llegó a Nueva York, la prensa había ponderado a Gouraud de manera extravagante. Hasta el *Observer* se había anticipado en sus alabanzas, prodigándoselas. Lo llamaba «un caballero de tacto» ⁽²²⁾. Verdad es que señalaba que tenía «cartas de presentación satisfactorias», de los señores Alfonse Giroux y Compañía, de París, «a quienes únicamente» Daguerre «ha dado la autorización de su nombre, en la construcción de todos los aparatos del daguerrotipo.» La compañía había anunciado que para precaverse contra el fraude, Gouraud establecería un depósito de sus instrumentos en Nueva York. «Resulta halagador saber —concluía el *Observer*— que *«nuestros artistas y hombres de ciencia pueden estar seguros de la autenticidad del aparato dirigiéndose a una agencia debidamente acreditada»* ⁽²³⁾.

Cuando Sidney escribió el comentario del *Observer* puede haber estado pensando en su hermano como uno de los artistas y hombres de ciencia a que se refería. Pero es probable que Morse no tuviera la intención de comprar su equipo en ningún sitio indicado. Sin duda, no le agradaba que dijeran que una sola clase de instrumento era la adecuada. Además, mediante un acuerdo con el gobierno francés, Daguerre había dado sus derechos al mundo.

Quizás el hecho de que Gouraud vendía asimismo artículos de toilette, en sus exhibiciones, le parecía a Morse degradante para el nombre de Daguerre. Y acaso conocía también su proyecto de publicar el Manual del daguerrotipo, del que se ha dicho es el primero lanzado en los Estados Unidos. No era una obra original, con excepción de notas adicionales en los retratos, tal vez tomadas, en parte, de Wolcott y Draper ⁽²⁴⁾ y no era sustancialmente diferente de una de las traducciones del folleto de Daguerre publicadas en Londres en 1839; en realidad tenía párrafos enteros idénticos.

Si Morse hubiera sabido lo que decía la carta rival de Gouraud acerca de él, habría sido más simple desenmascararlo. Gouraud partió de Nueva York para, Boston el 26 de febrero, cinco días después de haber publicado su *j'accuse* en la prensa, dejando sus maletas como garantía por no haber abonado el alquiler. En Boston le embarcaron los instrumentos de exhibición por orden legal; le pidió dinero prestado a un huésped del hotel en que vivía y no se lo devolvió; partió de Boston también sin abonar el alquiler. Mientras tanto, la controversia seguía su curso. Después de consagrarse a tomar vistas de las Cataratas del Niágara, combatió a su socio en los tribunales del Alto Canadá. Pronto fue demandado por decirle estúpido a un maestro de escuela. En 1843 se presentó en quiebra, en Nueva York, y al año siguiente fue acusado por registrar la propiedad de un método para memorizar, sin citar debidamente las fuentes de las que había tomado su sistema. Pero mientras tanto había logrado producir tal impresión con su excelente exhibición de planchas y sus maneras atrevidas, que pudo conquistar el apoyo de no pocos directores de diarios. Varios meses después de partir de Nueva York, Gouraud envió al Commercial Advertiser lo que el Advertiser, de Nathan Hale, de Boston, calificó de «notable comunicación». Era una carta de un funcionario del ministerio de Instrucción Pública, de Francia, que, según decía Gouraud, había creado un nuevo método para tomar retratos en daguerrotipo. Decía:

París, abril 25 de 1840.

Estimado Gouraud:

... Como me lo sugerías, esta mañana he ido a ver a M. Daguerre. Le pregunté si había recibido tus dos cartas, y le expresé la contrariedad y la ansiedad que experimentas debido a su silencio...

Me dijo: «Tengo motivos para estar ofendido con M. Gouraud. Últimamente he recibido una carta de un señor llamado Morse, presidente de la Academia Nacional, de Nueva York, en la que me informa que M. Gouraud se ha presentado en los Estados Unidos como enviado mío para especular con el Daguerrotipo y que lo ha hecho de una manera indigna, una manera deshonrosa para mi invento. Dudé de creer en ese informe, pero como al mismo tiempo recibí un diploma de miembro honorario de la ACADEMIA NACIONAL, de Nueva York, suscripto por Mr. Morse como PRESIDENTE, pensé

que estaba obligado a dar crédito a la información realmente sorprendente que me proporcionaba. Por lo tanto, he desautorizado a M. Gouraud, como era mi deber hacerlo, en una carta escrita a Mr. Morse con tal propósito».

Afortunadamente, querido amigo, no hay nada ofensivo para ti en la desautorización de Daguerre; te manifiesto esto casi con sus palabras textuales. El escribió a Mr. Morse diciéndole que no había enviado a los Estados Unidos a ninguna persona para especular en su nombre con su descubrimiento; que realmente había alentado y ayudado con su consejo y experiencia a todos los jóvenes de talento que se dedicaban al estudio y perfeccionamiento del daguerrotipo; que había advertido a Gouraud como uno de los más entusiastas y constantes; pero que no había autorizado a nadie para que explotara su nombre y comprometiera su reputación.

Entonces le pedí permiso a M. Daguerre para interrumpir sus palabras y expresarle mi sorpresa e indignación... porque vi en un momento que el título de miembro honorario de la ACADEMIA NACIONAL había sido otorgado a M. Daguerre por ese Mr. Morse, sólo para dar a sus calumnias mayor efecto y asegurar para ellas un triunfo más eficaz...

Tu amigo sincero,

Abel Rendu ⁽²⁵⁾.

Gouraud creyó haberle asestado un rudo golpe a Morse, al publicar esta carta, y convenció por lo menos al Advertiser, de Boston, y al American, de Nueva York.

Morse obtuvo la información de que Daguerre había desautorizado a Gouraud, según una carta que el mismo Gouraud había publicado. Al contestarle en el Evening Signal, Morse negó que la Academia hubiera acordado un honor a Daguerre para apoyar una campaña de difamación de Gouraud y lo probó señalando que el físico francés había sido elegido miembro honorario de la academia seis meses antes de que Gouraud llegara a los Estados Unidos. Además, negó que hubiera escrito algo a Daguerre sobre Gouraud ⁽²⁶⁾.

Antes de que Gouraud pudiera leer la carta de Morse en Boston, anunció que la traducción de la carta de Rendu contenía tres errores. El director del Advertiser, de Boston, Nathan Hale (cuyo hijo, Edward Everett Hale, estaba aprendiendo con

Gouraud el nuevo arte), atestiguó la honestidad de la nueva traducción de Gouraud después de haber visto el original de Rendu. La afirmación de Daguerre, en el sentido de que había recibido «una carta procedente de una persona llamada Mr. Morse» fue traducida como «una carta de una persona llamada Mr. Morse». La frase una carta «en la cual me dice», fue traducida como una carta «en la cual se dice». Y una carta recibida «al mismo tiempo», notificándole el nombramiento de miembro honorario de la academia fue traducida como «casi al mismo tiempo» ⁽²⁷⁾.

Aunque las correcciones pueden haber sido demoradas con la esperanza de que Morse cayera en un lenguaje extravagante, sirvió, en realidad, para dar valor a su respuesta. Y pronto Morse tendría otras justificaciones.

Precisamente la persona de quien dependía Gouraud para su defensa, Abel Rendu, fue el testigo de Morse. Rendu estaba en relación con la firma Giroux y Compañía, que era la que patrocinaba a Gouraud. Cuando éste no hizo los pagos debidos a los Giroux, los citados comerciantes enviaron a Rendu a los Estados Unidos para que desautorizara a Gouraud como agente de ellos. Al llegar a Nueva York, Rendu informó a Morse que, confiando en Gouraud como amigo, había visitado a Daguerre y que, contrariamente a las «correcciones» publicadas por Gouraud había entendido que Daguerre había recibido una carta de Morse difamando a Gouraud. No sabiendo nada de Morse, salvo por intermedio de sus enemigos, confesó Rendu, le había enviado a Gouraud una carta que no imaginó que se publicaría nunca. Rendu escribió que había sacado a Gouraud de la condición de vida más baja, proporcionándole medios de vida, tanto en Francia como en los Estados Unidos. Pero ahora estaba enterado de que el hombre era indigno de su confianza, y rogaba a Morse que aceptara sus disculpas ⁽²⁸⁾.

«Discúlpeme, señor —escribió Morse a Nathan Hale, con comprensible amargura—; creo que mi reputación en esta comunidad, conquistada en treinta años, me debiera haber protegido, en mi propio país, de los efectos de las calumnias injustas de un irresponsable aventurero extranjero, que ya ha sido desenmascarado públicamente en esta ciudad y más tarde desautorizado en su propia patria. ⁽²⁹⁾.

La controversia no terminó con animosidad de parte de Morse. Varios meses después, cuando lo que le había parecido una vez de gran trascendencia ya no le interesaba, Morse visitaba las Cataratas del Niágara. Mientras firmaba el libro de

entradas del hotel, advirtió la presencia de Gouraud. A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, uno de sus amigos con quienes había ido a las Cataratas, le dijo que acababa de mantener una larga conversación con Gouraud y que estaba arrepentido. Morse le contestó que él no guardaba animosidad alguna contra Gouraud, y después del desayuno encontró al «charlatán» en el corredor. Poco más tarde, mientras Morse le dijo a él mismo que no era reprochable sino digno de lástima, Gouraud le expresaba:

—Usted es realmente un cristiano.

«Y ahora, ¿quién crees que fue mi cicerone a través de todos los sitios interesantes del paraje? —le escribió Morse a su hermano—. Jamás adivinarás. ¡Nada menos que Francis Gouraud!... Está trabajando bien aquí; se ha establecido en gran escala; está tomando vistas de las Cataratas; ha hecho algunos progresos importantes en los aparatos, para los cuales intenta obtener una patente, que en su empeño en enmendar lo que ha ocurrido, me los ha confiado enteramente. En suma, de todo lo que he visto y oído acerca de él, puedo decir que han habido muchos malentendidos respecto a su persona. Es indudable que ha sido imprudente y debe culparse a sí mismo por muchas de sus inquietudes, pero no es la persona que las circunstancias nos llevaron a creer que era. Muchas concesiones deben hacerse por los hábitos de educación y el temperamento, y yo las haría por él. Tengo motivos para creer que esos informes que afectaban a su persona moral son falsos; su esposa e hijos están aquí con él; me asegura que en eso fue burdamente calumniado por Rendu y temo que éste no sea lo que creía; una persona honorable y correcta. ¡Cuán prevenido se necesita estar con estos extranjeros!» ⁽³⁰⁾.

Las personas que encargaban retratos entraban con dificultad al estudio de techo de vidrio que los profesores Morse y Draper habían instalado en el piso alto del edificio de la Universidad. Aunque el sol inundaba el estudio, a través de los vidrios, los profesores a menudo no estaban satisfechos; iluminaban con más fuerza a las personas que posaban, por medio de espejos, tratando a veces de aliviarlas de los reflejos colocando de por medio un vidrio azul. Si Morse y Draper seguían las instrucciones de Gouraud, tenían que indicarles a las personas las ropas que convenía que usaran y la manera de colocar las piernas. A los hombres les pedían que se vistieran con saco gris, pantalones de un tono un poco más oscuro y, como

contraste, chaleco con fondo de fantasía y de color vivo; a las mujeres, que tuvieran la modestia de vestirse de negro, rojo o verde. Y les hacían colocar la cabeza «en un círculo de hierro, adaptado al respaldo de la silla y «colocar» los brazos «a voluntad» ⁽¹⁹⁾. Si Morse y Draper abrieron el estudio ya en marzo, entonces, sin duda, tenían a sus clientes todavía bajo el sol y los espejos por más de cinco minutos, porque en ese mes Seager publicó una tabla del tiempo que debían posar, en la que figuraba cinco minutos como el lapso más breve posible, siempre que el tiempo fuera óptimo y en la hora mejor del día ⁽³¹⁾. Sin embargo, hacia el verano, Draper había reducido las poses a sesenta y cinco segundos.

Sarah Anne Breese, de Utica, la heroína de «Serenata», el poema de Morse, recordaba que su circunspecto primo, de ojos castaños, le hizo pasar un momento incómodo frente al ojo de su cámara. «Estábamos en Nueva York —escribió—, y para complacer a nuestro primo, el hombre de ciencia, pasamos casi todo un día en la azotea de la Universidad, que había sido arreglada especialmente para aprovechar la luz de manera que no fuera disminuida por los edificios de los alrededores... La iluminación era intensificada por medio de espejos fijados en el techo y que reflejaban la luz del sol.

«Permanecimos sentadas allí, expuestas al sol del mediodía, durante horas, con nuestros cutis curtidos realmente y a menudo nos caían lágrimas por las mejillas. ¡Salimos literalmente «con lágrimas en los ojos!» fue un horroroso castigo difícil de olvidar.

Después de varios fracasos, el profesor Morse logró efectuar un retrato tolerable» ⁽³²⁾.

Hacia la primavera de 1841, más o menos en el momento en que Morse presentaba por segunda vez su candidatura a la alcaldía, un diario anunciaba que «los retratos en daguerrotipo se toman en el estudio del profesor Morse, con la corrección más perfecta, en un segundo, es decir, de modo tan rápido como el que requiere el aparato de la lente para abrirse y cerrarse nuevamente» ⁽³³⁾. El daguerrotipo había hecho progresos rápidos.

En esa época, Draper, especialmente interesado en la teoría óptica, se había separado del estudio, y Morse trabajó con su propio nombre. George Prosch continuaba proporcionándole aparatos. Samuel Broadbent, de Filadelfia, lo ayudó

hasta cerca de agosto de 1841 y luego Mr. Young, un amigo del profesor Avery, del Colegio Hamilton, ocupó su lugar. Eventualmente, Morse tuvo otro estudio «de vidrio» arreglado por él, reemplazando gran parte del techo del edificio del Observer con claraboyas. Prometió a sus hermanos abonar los quinientos dólares que les había costado el trabajo, cuando ganara en su estudio; sin embargo, cuando los ganó, como lo hizo pronto, los empleó en otras cosas.

Al estudio de Morse —en el que se mezclaban cámaras, baterías, aparatos de daguerrotipos y rollos de hilo de electricidad—concurrían los estudiantes del nuevo arte. Su prestigio como presidente de la Academia Nacional, como telegrafista, como amigo de Daguerre y como contendor de Gouraud, le llevó gran número de jóvenes que estaban dispuestos a pagar la cuota de veinticinco o cincuenta dólares, con la esperanza de hallar en el daguerrotipo el camino de salida de la depresión económica. Entre sus alumnos figuraban algunos que se iban a contar entre los más celebrados dentro de la profesión: T. W. Gridland, conocido como el primer profesional del oeste de los Alleghenies; Edward Anthony, que más tarde fue fundador de una famosa casa de artículos fotográficos, y Mathew Brady, que mediante las lecciones de Morse comenzó una carrera que lo llevó a hacer daguerrotipos o fotografías de todos los presidentes, desde John Quincy Adams hasta Mc Kinley, exceptuando solamente a William Henry Harrison^{liii}.

Morse tenía más alumnos que cualquier otro daguerrotipista de la época.

Cuando los Estados Unidos inauguraron su primera Feria. Mundial, en 1853, en el *Crystal Palace* de la calle 42, de Nueva York, el daguerrotipo ya había alcanzado el cenit. La muestra probó de manera incuestionable que la Unión marchaba a la vanguardia del mundo en el nuevo arte. Solamente en Nueva York, un centenar de profesionales hacían daguerrotipos al precio de alrededor de dos dólares y medio cada uno. Pero la fama de Morse como daguerrotipista era todavía bien conocida. Sus alumnos se contaban entre los líderes de la profesión. Aunque se había dedicado, probablemente, al arte por dos años solamente ⁽³⁴⁾, se le solicitó que

^{liii} Entre los alumnos de daguerrotipo, de Morse, durante el año 1840, se contaban D (2) G. Johnson, de Nueva Orleans; Thomas L. Smiley, de Filadelfia; un tal Mr. Twight, cuyas cuotas abonaba Charles Avery, del Codelfia, y Joseph Fennel, del Colegio Bowdoin. El mismo año, los profesores de ciencias de Avery, del Colegio Hamilton, y Eben N. Horsford, de la Academia Femenina de Albany, lo consultaron. Durante el año 1841, Charles Taylor escribió desde Charleston diciéndole que no podía abonar sus lecciones todavía porque había fracasado como profesional, y el profesor F. A. P. Barnard, de la Universidad de Alabama, que pronto iba a anunciar perfeccionamientos en el daguerrotipo, y más tarde sería presidente del Colegio Columbia, le solicitó que lo aceptara como alumno.

actuara como jurado en un concurso de daguerrotipistas; fue invitado a adquirir una participación en las patentes norteamericanas de Talbot y a apadrinar la nueva cristalografía; se le pidió la opinión acerca de la autenticidad del extraordinario procedimiento de fotografía en colores, de Levi Hill —que el primer periódico dedicado a la fotografía, el *Daguerrean Journal*, declaró que estaría al nivel en importancia del descubrimiento original de Daguerre y al telégrafo de Morse— y su respuesta desfavorable fue desgraciadamente respetada ⁽³⁵⁾. La exposición del *Crystal Palace* no sólo incluyó la mejor colección de daguerrotipos jamás reunida, sino también ejemplos de imágenes captadas en papel, que podían ser reproducidas de manera ilimitada, «*talbotipos*», colodiones y cristalografías. Al año siguiente, éstos se habían hecho populares y el momento de auge de los daguerrotipos había tocado a su fin.

El arte de pintar miniaturas había desaparecido y la pintura de retratos, la única rama de la pintura que le había resultado provechosa a Morse, había entrado en la curva de su declinación. La época en que los pintores de retratos eran una necesidad para la vanidad de cualquier familia respetable, había dado sitio al momento en que cualquier familia podía abrir una caja de felpa para mostrar la superficie brillante de un daguerrotipo. Y ahora, a su turno, pronto iba a dar paso a la época en que casi todos, ricos y pobres, podían pagar un retrato de la criatura en su primera sonrisa. Cuando el daguerrotipo había casi desaparecido, Morse era aún recordado como daguerrotipista, en parte, sin duda, porque había conquistado nombradía en otro terreno. Hasta la época de su muerte era conocido en los periódicos especializados como el padre de la fotografía norteamericana.

Capítulo 20

Sanción del Congreso

El autor de «*Leñador, perdona ese árbol*», fue también acreedor de una pregunta que irritó a Morse. Habría sido suficientemente enojosa si Morris la hubiera susurrado bajo uno de los árboles de la plaza Washington, que tanto amaba, pero prefirió divulgarla en las páginas dinámicas del *New—York Mirror*, de su propiedad.

«LA CABINA DEL MAYFLOWER, DE Mr. MORSE

Cuando las cuatro pinturas que se colocarían en la rotonda del Capitolio fueron confiadas a Weir, Inman, Vanderlyn y Chapman, los amigos de Morse expresaron su profundo desagrado porque a éste no se le había encargado una de ellas. Se inició una suscripción para procurar un cuadro de Morse del mismo tamaño que el propuesto para la rotonda. E... Nosotros mismos figuramos entre los suscriptores. No habiendo oído hablar durante más de un año de la pintura, se nos ha ocurrido preguntar qué ha sido de ella. ¿Está Mr. Morse ocupado en ella? ¿Y cuándo estará terminada?» ⁽¹⁾.

Por la prensa diaria, Morris estaba perfectamente enterado de que Morse había estado ocupado en otras actividades durante los cuatro años que siguieron a la propuesta para pintar el Mayflower. Sabía que al profesor de arte se lo reclamaba como inventor de un telégrafo interesante, aunque no usado. Estaba enterado de que recientemente se había consagrado a los daguerrotipos como profesional y que esa primavera había presentado su candidatura a alcalde, pero de cualquier modo, había formulado la pregunta.

El semanario de Morris era leído entre los artistas y escritores, de modo que Morse tenía que contestar. «¿Cómo era que el político e inventor había sobrepujado al artista?» —se preguntaba a sí mismo—. Al recordar su regreso de Europa, en 1832, a bordo del Sully, había tenido conciencia por vez primera de su habilidad para ejecutar una gran obra pictórica. La decisión contraria adoptada lo había apocado. Comenzó a preparar una respuesta. Pero se sentía cada vez más molesto. ¿Eran jactanciosas sus palabras? ¿Era correcta una contestación pública?

El encargo de pintar el Mayflower —comenzó diciendo en su contestación al *Mirror*— «ha constituido un antídoto suficiente contra cualquier sentimiento herido, que el rechazo por una Comisión del Congreso, pudiera suponerse que produjera, porque sugiriera incompetencia de mi parte». Sin embargo, los suscriptores le habían proporcionado sólo alrededor de quinientos dólares en un año, comparados con cerca de dos mil que se les abonó a los pintores de la rotonda. Además, las entregas le llegaron con creciente dilación y muchos de los que pagaban lo hacían con enorme esfuerzo. Luego, una carta del secretario del Tesoro lo alentó a pensar

que dentro del término de un año, al vender su telégrafo al gobierno, podría contar con amplios medios para continuar con sus pinturas. Empero, el gobierno abandonó la idea de adquirir su invento, y sus perspectivas en Europa habían fracasado de manera similar. Mientras tanto, perdió sus usuales fuentes de ingreso, en Nueva York, y no le fue posible trabajar en la pintura aun cuando había abandonado la esperanza inmediata de lograr éxito con su telégrafo. En mayo último había desistido por completo de su intención de pintar el Mayflower, y comenzado a ahorrar para reembolsar los quinientos diez dólares adelantados por la asociación⁽²⁾.

Examinando su carta, llegó a la conclusión de que revelaría mayor tacto devolviendo el dinero sin replicar públicamente a Morris. Y pronto lo hizo. Con sus primeros pagos envió a los suscriptores una circular impresa, en la cual declaraba, de manera desafiante: «Un sentido de la obligación pecuniaria, es para mí, de todas las cosas, la más fatal para la independencia del pensamiento absolutamente necesaria para un libre ejercicio de las fuerzas más elevadas.»⁽³⁾

De inmediato comenzaron a llegar los recibos. Procedían de Chapman y Weir, los pintores de la rotonda; de Fenimore Cooper, de Thomas Cole y de la viuda de William Dunlap; de uno de sus antiguos protectores artísticos, R. V. DeWitt, que escribió: «*Una cosa puedo decirle: que me agrada su independencia demostrada en la Circular, y que espero pronto nos proporcione una pintura como puede y debe realizarla*»⁽⁴⁾.

Hasta la compra de estampillas de correo afectaba de manera notable sus finanzas. Había abandonado la pintura para encontrarse con que el telégrafo no le proporcionaría ni siquiera para vivir.

Uno de sus alumnos de pintura hablase atrasado en su pago trimestral de cincuenta dólares. Morse entró un día en su habitación y le dijo:

—Bueno, Strother, muchacho, ¿cómo andamos de dinero?

— ¡Ca!, siento decirle que he tenido un inconveniente, pero aguardo una remesa de dinero la próxima semana.

— ¡La próxima semana! —repitió Morse—. Para entonces habré muerto.

— ¿Muerto, señor?

—Sí, muerto de hambre.

El muchacho quedó atónito.

— ¿Le serían de alguna utilidad diez dólares?

—Diez dólares me salvarían la vida; es todo lo que harían.

El profesor y el alumno almorzaron juntos.

—Esta es mi primera comida en veinticuatro horas —le dijo Morse, cuando terminaron—. Strother, no se dedique al arte. Significa mendicidad, pues su vida depende de gentes que nada saben de él ni les importa de usted. Un perro de casa de familia vive mejor. La propia sensibilidad que estimula al artista en sus obras lo mantiene vivo para sufrir.⁽⁵⁾

Cuando un estudiante de arte eligió una de las habitaciones en la torre noroeste del edificio de la Universidad, el conserje lo llevó a una pieza en la que el muchacho vio figurillas, bustos y modelos cubiertos de telarañas, lienzos polvorientos de cara a la pared, cabos de pinceles esparcidos por el suelo. El único indicio de trabajo era lo que a él le parecían «unos dibujos de «crayón» ejecutados de manera magistral y pequeños y deliciosos estudios de color, pinchados en la pared».

—Tendrá a un artista de vecino —le dijo el conserje—, aunque últimamente no está mucho aquí; parece que se está haciendo un poco negligente; está perdiendo el tiempo en un invento tonto, una máquina mediante la cual espera enviar mensajes de un sitio a otro. Es un excelente pintor y andaría bien si se concretara a su trabajo.

Cuando el conserje le dijo que el pintor era Morse, el joven quedó sorprendido. ¡La presidencia de la Academia Nacional le parecía la meta más encumbrada a que podía aspirar un artista!⁽⁶⁾

Mientras tanto, los rivales del artista «negligente» lo estaban aventajando. Hacía tiempo que Steinheil había logrado el apoyo de los reyes bávaros. Wheatstone y Cooke tenían una empresa de telégrafos privada, organizada en interés propio y hacia fines de 1842 había en Inglaterra cerca de trescientos setenta kilómetros de líneas en funcionamiento. Además, estaban comenzando una campaña en los Estados Unidos.

Justamente año y medio después de que se hubieran opuesto a otorgarle la patente a Morse en Gran Bretaña, Wheatstone y Cooke tuvieron la audacia de sugerirle que les consiguiera una patente en los Estados Unidos y les cediera la mitad de los

derechos de su patente estadounidense, si es que tenía una. En compensación, ellos le ofrecían la mitad de sus derechos norteamericanos. ⁽⁷⁾ Morse vaciló. Pidió consejo a Smith. Resultó provechoso que la contestación final fuera negativa, pues el sistema de Wheatstone no ha sido nunca usado de manera general en Europa. Si los intereses de los dos telégrafos más promisorios se hubiesen mancomunado, sin embargo, ¿quién sabe lo diferente que habría sido la historia del telégrafo!

Desgraciadamente, por el sentido de la seguridad de Morse, Wheatstone y Cooke hallaron otros medios de buscar una patente estadounidense y la obtuvieron antes que él. Aunque previamente había inscripto de manera provisoria su invento, no había hecho gestión alguna posterior, creyendo que el tener una patente en cualquier país le impediría obtenerla en Europa. Finalmente consiguió su patente, el 20 de junio de 1840, ocho días después de Wheatstone y Cooke. En su pobreza, resultaba alarmante comprobar que sus rivales ingleses podían gastar miles de dólares en los preparativos para poner su telégrafo en uso, en los Estados Unidos, y tan amargo que ninguno de sus compañeros le pudiera proporcionar fondos para hacer frente a la amenaza de los ingleses. Ellos conocían bien el peligro. Smith expresó la ventaja de los británicos de manera cínica que anticipó lo que sería su relación con Morse. *«El dinero es la única influencia sólida que puede competir con el dinero —contestó— y tiene el poder, pese a las consideraciones de orden moral, de hacerse escuchar, sentir y obedecer dondequiera que se lo dirija».* ⁽⁸⁾

En el transcurso de los días tristes, Morse se aferró a su visión de los hilos telegráficos alrededor del mundo. Tuvo paciencia con Vail y Smith, sabiendo que sufrían financieramente durante la larga depresión. Citaba el viejo refrán: *«Abandonar las esperanzas enferma el corazón».* *«Es cierto —agregaba, escribiéndole a Smith— y yo he llegado a comprender el sentido exacto de ello. Nada más que la conciencia de poseer un invento que marcará una época en la civilización humana y que contribuirá a la felicidad de millones de personas, me hubiera sostenido durante muchas y tan dilatadas pruebas de paciencia para perfeccionarlo».* ⁽⁹⁾

No lo descorazonaba que ni los adinerados ni los poderosos se prestaran a apoyar su telégrafo. Los años de desaliento en el arte y la política le habían inculcado poca fe en el juicio de los hombres de posición.

Su fe religiosa lo sostenía. Y lo ayudaba también el aliento de uno de los hombres de ciencia más respetados de su tiempo: el profesor Joseph Henry, de Princeton. Pocos días después de que Morse regresara de su gira por la invencible Europa, Henry escribió sobre su confianza en que «no existen dificultades en el camino, sino las que la inventiva y la actividad pueden obviar». ⁽¹⁰⁾

Cerca de tres años más tarde, Henry no había visto todavía el invento de Morse puesto en práctica. Pero, de las conversaciones y descripciones del autor sabía los progresos que éste había realizado, y ahora le daba más que nunca su aprobación. Le envió una carta en tal sentido, que continúa siendo una prueba de interés generoso, de un hombre de la ciencia teórica, en la aplicación práctica de una teoría que él mismo había ayudado a perfeccionar.

Colegio Princeton, febrero 24 de 1842

Estimado señor:

He tenido el agrado de enterarme de que usted ha hecho una nueva solicitud al Congreso respecto a su telégrafo. Espero sinceramente que logre convencer a nuestros representantes de la importancia del invento. Quizás encuentre en ello alguna dificultad, puesto que para muchos el telégrafo electromagnético está relacionado con varios proyectos químicos que constantemente se presentan al público y particularmente con los planes, tan populares hace uno o dos años, para la aplicación de la electricidad como fuerza motriz en las artes. Desde el comienzo he afirmado que todos esos intentos son prematuros y realizados sin un conocimiento exacto de los principios científicos. Sin embargo, en lo que respecta al telégrafo electromagnético, el asunto es por completo diferente. La ciencia está plenamente madura para esta aplicación y no abrigo la menor duda de que, si se le proporcionan los medios propios, el éxito del invento será absoluto.

La idea de enviar noticias a distancia mediante la acción de la electricidad ha sido sugerida por varias personas, desde la época de Franklin hasta hoy; pero hasta hace pocos años o desde los descubrimientos importantes del electromagnetismo, todos los intentos de llevarlo a la práctica han resultado necesariamente infructuosos. Sin embargo, la mera sugerión de un plan de

esa índole es un asunto por el cual se puede reclamar poco crédito, puesto que podría surgir naturalmente en la mente de cualquier persona familiarizada con los fenómenos de la electricidad; pero llevarlo adelante en el momento propicio, en que el desarrollo de la ciencia puede proporcionar los medios del éxito seguro, y trazar un plan para encauzarlo hacia la práctica, son los fundamentos de un justo derecho de reputación científica, lo mismo que de apoyo público.

Más o menos al mismo tiempo que usted, el profesor Wheatstone, de Londres, y el doctor Steinheil, de Alemania, propusieron planes de telégrafos electromagnéticos, pero difieren tanto del suyo como la naturaleza del principio común lo permite; y, salvo que algunas mejoras esenciales hayan sido introducidas últimamente en estos proyectos europeos, preferiría el inventado por usted. Con mis mejores deseos...

Sinceramente suyo

Joseph Henry ⁽¹¹⁾.

Así, pues, un hombre cuyos descubrimientos básicos ayudaron a que el telégrafo fuera posible, deja registrada su creencia de que Morse no era un simple mecánico, como algunos iban a decir, sino un inventor que merecía el aplauso tanto popular como científico. Y el mismo Henry llegó a decirle a Chilton, amigo de Morse, que el telégrafo era el instrumento más hermoso e ingenioso que jamás había visto ⁽¹²⁾.

Los experimentos le llevaban a Morse mucho tiempo, serenando la tensión de la espera y brindándole nueva fe en sus inventos.

Aun en 1840 le escribió a una persona que había visto el telégrafo en París, diciéndole que entonces apenas lo conocería ⁽¹³⁾. Su aspecto exterior había cambiado, mas los principios eran los mismos que había esbozado en su libro de notas, a bordo del Sully.

El 18 de octubre de 1842 remó desde Battery a través del puerto de Nueva York, hasta la Isla del Gobernador, tendiendo un hilo revestido de alquitrán, betún y goma. Esa tarde se comunicó perfectamente desde Battery a la isla. Creyó haber enviado por vez primera señales eléctricas a través de un cable submarino. Lo mismo que le había ocurrido en el Sully, estaba contento en su ignorancia. No sabía

que Pasley, en Gran Bretaña, y O'Shaughnessy, en la India, ya lo habían hecho, en 1838 y 1839 ⁽¹⁴⁾.

A la mañana siguiente, el Herald anunciaba que en el Castle Garden, en Battery, se haría la demostración de un invento revolucionario. Sin embargo, a la mañana temprano, cuando Morse acababa de colocar la línea para que funcionara bien nuevamente, fracasó. Sobre la línea se hallaban siete vapores; pronto comprendió lo que ocurría. Uno de ellos había levantado el cable con el anda; los marineros, ignorando qué clase de alga marina sería, lo cortaron. La muchedumbre que se había reunido a mediodía para presenciar la demostración «revolucionaria» se dispersó burlándose y en la creencia de que una vez más los neoyorquinos habían demostrado ser demasiado crédulos ⁽¹⁵⁾. Durante las noches en vela, Morse filosofaba.

Pocas semanas después logró cruzar un canal con hilos telegráficos. Y más o menos en la misma época, descubrió, con la ayuda de James C. Fisher —que había sido nombrado profesor suplente de la Universidad—, que dos o más corrientes podían pasar por un hilo al mismo tiempo sin impedimento. El interés de los hombres de ciencia y sus propios experimentos, evidentemente lo alentaban.

Durante cuatro años había estado solicitando al Congreso que votara una partida de fondos para efectuar una prueba en gran escala de su telégrafo. «*Durante casi los dos últimos años —acababa de escribir, en setiembre— he consagrado todo mi tiempo y mis magros recursos, viviendo de una mera pitanza, negándome todo placer y aun el alimento necesario, para reunir una suma de dinero que me permitiera llevar mi Telégrafo ante el Congreso, en un estado que me asegurara éxito para la empresa común*» ⁽¹⁶⁾. Trató de conseguir el apoyo del capital privado, más sin hallarlo. Durante el último año hizo un convenio con el legislador Isaac N. Coffin, para darle el cinco por ciento de la suma que el Congreso votara para él, pero Coffin también fracasó.

En esos instantes, Washington estaba en una situación amistosa. La mayoría «whig» del Congreso se inclinaba a favorecer la realización de mejoras internas y, por lo tanto, el apoyo de una prueba del telégrafo. Los socios no lamentaban que el presidente Tyler, sin embargo, se hubiera hecho demócrata, porque Smith, Morse y los Vail militaban en esa tendencia política. En la última elección, mientras que el

juez Vail votó por Harrison y Tyler, sus hijos continuaron fieles a la tradición de la familia. Tyler se demostró tan amistoso hacia Smith que se rumoreaba que éste podría ingresar al gabinete como jefe de Correos. En materia de mejoras internas, el presidente no dio señales de haber fijado una política. No obstante la depresión y los intentos de Tyler de introducir economías, Morse creía entonces que el Congreso aprobaría su ley, y el presidente la firmaría si por lo menos uno de los socios de la empresa del telégrafo pudiera estar en Washington.

En el otoño les solicitó nuevamente a los Vail fondos para poder viajar a la capital de la Unión. Pero ellos no contaban con recursos para ello. Contrariando el consejo de sus hijos, el juez Vail había invertido dinero en la construcción del ferrocarril local y los hijos tenían sus haberes comprometidos en la fábrica de locomotoras Baldwin, que, como todos los capitales de industrias de mercancías estaban bloqueados por la depresión. Morse deseaba enviar al profesor Fisher, de la Universidad de Nueva York, a Washington, en atención a la influencia de que gozaba ante el Congreso. Y el inventor conocía también su propio valor en el Parlamento. Porque poseía allí muchísimos amigos, una manera segura de dirigirse a los extraños y un sentido exacto de la publicidad. De algún modo logró obtener fondos para partir juntos para Washington, en el mes de diciembre.

Morse tuvo buen cuidado de que la vida en la capital fuera económica. La primera semana tomaron habitaciones en el American Hotel, a dieciséis dólares y medio por habitación y desayuno para ambos. Luego, Morse halló una habitación para él por cinco dólares por semana y algo más tarde, el administrador de patentes, Ellsworth, condiscípulo en Yale, y padre de una hermosa muchacha, lo alojó en su casa. De inmediato comenzó a rumorearse que Morse estaba comprometido y por casarse.

Lo mismo que veinte años antes, cuando exhibía su Recinto del Congreso, se encontró con que el Capitolio tenía una serie de proyectos. Justamente entonces, Edward Anthony, que una vez había sido alumno suyo, estaba utilizando las habitaciones de la Comisión de Asuntos Militares, del senador Benton, para realizar daguerrotipos de todos los miembros del Congreso. A él se le permitió de nuevo que utilizara las habitaciones de la Comisión de Comercio de la Cámara, y esta vez, también las de la Comisión de Asuntos Navales, del Senado. Comenzó a desenvolver los hilos, para conectarlos en las dos habitaciones.

Pronto los dos equipos de instrumentos repiqueteaban en ambas habitaciones de las comisiones, con los hilos conectados a través de las cúpulas del edificio. Las demostraciones que cuatro años antes habían resultado tan dramáticas para los no iniciados, se repitieron. «*La mente está escasamente preparada —comentó el National Intelligencer sobre la exhibición— para seguir aun en teoría los poderosos resultados que pronto seguirán*» ⁽¹⁷⁾. Dos miembros del Congreso y un reportero dieron un día sus nombres a Morse en una de las habitaciones y luego pasaron a la otra. Cuando entraron, el operador telegráfico a cargo de la transmisión, a quien ellos no habían visto antes, anunció sus nombres a una muchedumbre. El reportero llegó a la conclusión de que todos estaban convencidos del valor del telégrafo; la única pregunta que se formulaban era sobre lo que insumiría la instalación de sus redes ⁽¹⁸⁾. Pero el reportero confundió la nerviosidad con la confianza. Un escéptico miembro de la Comisión de Comercio, Caruthers, «whig» de Tennessee, sólo se convenció cuando Morse —sin duda con el corazón en la boca— envió correctamente estas palabras: «Tyler merece ser colgado» ⁽¹⁹⁾. Otros de los visitantes no estaban convencidos en absoluto. El senador Smith, de Indiana, confesó más tarde que había estado estudiando el rostro del inventor en busca de rasgos de insania ⁽²⁰⁾.

Morse tuvo nuevamente el placer de ver el informe favorable de la Comisión de Comercio de la Cámara. En diciembre, Ferris, representante de Nueva York ante la Comisión, revisó la lista sorprendente de personas que recomendaban el invento de Morse y propuso que se destinaran treinta mil dólares para probar el telégrafo, construyendo una línea con la dirección directa del inventor y la supervisión general del director de Correos ⁽²¹⁾.

Cuando Greenough y Morse se encontraban en Europa habían estado de acuerdo en que el Congreso contribuía muy poco para retener a los artistas estadounidenses en su patria. Había ocurrido lo inesperado y el Congreso encargó a Greenough que modelara una estatua de Washington. Desde Italia había emprendido viaje para dirigir la instalación de la estatua, en el centro de la rotonda, encontrándose con que era tan pesada que amenazaba hundirse en el suelo. Ahora solicitaba se le acordaran cinco mil dólares para colocarla en un pedestal, frente al Capitolio. Pero la administración de Tyler se enorgullecía de las economías y su solicitud parecía no tener esperanzas de aprobación. Juzgaba asimismo que la de Morse seguiría el

mismo camino. «El pobre Morse se halla aquí con su hermoso y mágico telégrafo — le escribió a su hermano—. No me explico cómo continúa abrigando esperanzas de que votarán treinta mil dólares, ahora que se proponen disminuir el presupuesto de West Point y reducir los sueldos de la marina. Concorre generalmente a la Cámara»⁽²²⁾.

Mientras Morse aguardaba en la galería de la Cámara de Representantes, se preguntaba día tras día si sus esperanzas no se derrumbarían como había ocurrido cuando en esa misma galería había pintado a su padre, al profesor Silliman y a un jefe indio. Una y otra vez, mientras pasaba frente a la rotonda y veía los espacios en la pared, en los cuales había esperado colocar la gran obra de su vida, debe haberse preguntado si a John Quincy Adams, que todavía era miembro de la Cámara, aún lo separaría su rencor. También debe haberse preguntado si surgiría en el debate alguna oposición a su nativismo o si, como había sucedido cuatro años antes, la Cámara olvidaría simplemente pasar su proyecto al Senado. Esperaba lograr la victoria, pero en sus cincuenta y un años de vida había conocido muchas derrotas para poder abrigar confianza.

«Todo parece favorable —escribió a sus hermanos el 6 de enero—, pero no quiero pecar de confiado, pues ignoro lo que pueden estar haciendo secretamente en contra. Creeré que ha sido aprobado cuando vea estampada la firma del presidente, mas no antes»⁽²³⁾.

Le rogó a Smith que fuera a Washington para apoyar el asunto. Pero éste hallábase ahora ocupado en la dirección de un periódico rural⁽²⁴⁾, cuidando su hacienda y otros bienes efectivos y pronunciando alocuciones en las sociedades agrícolas. Cuando Morse se enteró de que Smith realmente no iría a la capital, le contestó en una carta de notable sobriedad:

Washington, D. C., enero 13 de 1843

Estimado señor:

Acabo de recibir la suya del 4 del corriente y lamento muchísimo que no se encuentre aquí, como yo lo esperaba, porque mi pedido se halla ahora en una situación en que usted podría ser de gran ayuda para toda la empresa.

He tenido una participación bastante desigual en las preocupaciones, los riesgos y los gastos para llevar adelante esta empresa...; he sido obligado a hacer todo, tanto en la invención como en imponerla en el público, por mi propia cuenta y riesgo, mientras que los beneficios que resultaren tendrían que dividirse entre todos ustedes. Advertirá en qué forma desigual recae esto sobre mí y con espíritu justiciero y honrado no dudo que ajustará estos asuntos como es debido.

Mi proyecto ha sido sometido a la Comisión en pleno del Estado de la Unión, y todos los días espero que sea llevada a discusión, pero usted conoce lo que es esperar una resolución del Congreso. Los Vail no me han facilitado dinero alguno, el doctor Gale no puede hacerlo y yo me encuentro aquí con todos los centavos que tengo; ha venido conmigo el profesor Fisher, que me ha sido de suma ayuda en la exhibición del funcionamiento del Telégrafo y porque ha visitado a muchos Miembros con quienes tiene amistad personal. Yo abono sus gastos, de modo que la dilación en resolverse mi proyecto está gravitando de manera seria sobre mí. En pocos días más habré agotado todos mis recursos pecuniarios y carecerá hasta de medios para abonar el pasaje de vuelta a casa.

Si el momento más oscuro se avecina, la luz del día debe estar cerca, y me inclino a creer que es así, porque este oscuro panorama tiene su lado brillante. En ninguna parte encuentro oposición; por el contrario: hallo sentimientos generosos hacia mí y favorables y aun entusiastas respecto al Telégrafo. En todos lados me informan que mi proyecto será aprobado. ¡El único indicio de posible oposición es que algunos Miembros de Maine puedan oponerse! En pocos días podrá decidirse la cuestión. He sabido por algunos Miembros que el Senado no demorará en aprobarlo, tan pronto como lo haga la Cámara...

Sinceramente suyo

Semi. F. B. Morse ⁽²⁵⁾.

El muchacho inconstante de Andover y Yale se había convertido en un ejemplo memorable de perseverancia. Hasta Smith se percataba de ello. «Desde que llegó

de Europa —admitía en su contestación a aquella carta— suyo ha sido todo el gasto, suya la faena de mantener en el invento la llama de la vida, de la esperanza y la utilidad» ⁽²⁶⁾.

A medida que Morse observaba desde la barra las sesiones de la Cámara, aumentaba la tensión. ¡Había tantos miembros del Congreso que tenían que hablar para halagar a los electores!, como decía Morse, «decir politiquerías», que su proyecto no estaba todavía sometido a discusión. El había asistido a debates para acusar al inconstante presidente Tyler, sobre la multa impuesta a Andrew Jackson por su administración de la ley marcial en Nueva Orleans, en 1815; y sobre los arrestos de negreros norteamericanos cerca de África, por navíos británicos. Le parecía que se desperdiciaba el tiempo de la gente. Se encontraba en situación —extraña en él— de preguntarse si procedía de manera correcta.

«¿Estoy en el camino del deber? —se preguntaba confundido—. Me siento deprimido cuando pienso que el poco dinero que traje está a punto de agotarse; que si nada pudiera hacerse para apresurar al Congreso, me encontraré en estado de desamparo; que acaso tenga nuevamente que ser una carga para mis amigos hasta que sepa hacia dónde dirigir mis manos. Sólo mitiga mi estado la absoluta confianza que tengo en Dios, y es lógico que así sea» ⁽²⁷⁾.

Toda su vida parecía depender de la aprobación de su proyecto. «Si se convertía en ley —le escribió a su amigo Cogdell, de Charleston— tengo una labor que desarrollar en la organización de mi sistema Telegráfico para el país, que puede llevarme el resto de mi vida» ⁽²⁸⁾. La pugna era del empleo de la vida y el honor, contra la miseria, hasta que hallara una nueva labor. O por lo menos, eso era lo que a él le parecía. Olvidó que cuatro meses antes había manifestado que, tan pronto como el telégrafo estuviera establecido, sus socios en esa empresa lo bromearían por haber pintado en vano ⁽⁹⁾. «Mi historia ofrecerá una serie de conflictos, fracasos, juicios y éxitos —le escribió a Cogdell— y, sin embargo, ¿quién se halla exento de ellos, en una forma u otra?»

Estudió resignación, pero resultó ser irritable. Era más fácil decir «Hágase Tu voluntad», que sentirlo, y él sabía que no lo sentía completamente. Al terminar el mes de enero, la tensión se hizo progresivamente insostenible. Sabía que la terminación de las sesiones —marzo 3— no se hallaba distante.

Un día, a comienzos de febrero, le contó a un amigo toda la historia de su infortunio y lo conmovió hasta las lágrimas.

Poco más tarde —febrero 21—, los miembros del Congreso leyeron en el *National Intelligencer* nuevas pruebas del apoyo señalado al proyecto de Morse. Benjamín Silliman, con quien Morse había estudiado electricidad en Yale, le escribió a su alumno antes no promisorio: «*Tengo fuerza como para impulsar un voto vacilante; puede ser precisamente el que incline la balanza en su favor*». Ese mismo día, Morse se hallaba en la barra de la Cámara, cuando por fin el proyecto fue aprobado. Durante la mañana, la Cámara consideró las pensiones de la Guerra Revolucionaria; en las primeras horas de la tarde, John Quincy Adams habló sobre las deudas del Estado; después de un breve debate sobre los reclamos de tierras en Arkansas, Millard Fillmore hizo la moción de que la Cámara pasara a deliberar. Poco antes de llegar a Washington, Morse vio a Fillmore, en Nueva York, y cambió su irresolución hacia el telégrafo por la creencia de que podría triunfar. Habiendo sido aceptada su moción, Fillmore sugirió qué se considerara el proyecto de pensiones en la armada. Mr. Adams podía haberle recordado ahora a Fillmore su promesa, en el sentido de que cuando tuviera la palabra se la cedería a él, para hacer la moción de que se enviara por vez primera un ministro norteamericano a la China. Pero Adams no lo hizo, lo que dio oportunidad al novelista John P. Kennedy, sucesor de Smith como presidente de la Comisión de Comercio, para pedirle a Fillmore que le cediera a él la palabra para proponer el proyecto del telégrafo. Fillmore estuvo de acuerdo, con la condición de que, si comenzaba el debate, Kennedy no insistiría en su moción. Kennedy luego hizo la moción para que supervisara los gastos del telégrafo el secretario del Tesoro, más bien que el director de Correos. La enmienda fue aprobada.

Cave Johnson, de Tennessee, insistió en que, puesto que el Congreso iba a dar impulso a la ciencia, debería fomentar la ciencia del mesmerismo^{liv} en Washington. Mr. Johnson no imaginaba que iba a ser él quien eventualmente administraría el telégrafo de los Estados Unidos.

^{liv} Doctrina del magnetismo animal, presentada por Francisco Antonio Mésmer, médico alemán (1733-1815). — N. del T.

Houston, de Alabama, interrumpió para proponer que junto con el magnetismo y el mesmerismo, se incluyera en el proyecto el millerismo^{iv}.

Stanly, de Carolina del Norte, dijo que no oponía objeción a que se incluyera el mesmerismo, siempre que el caballero de Tennessee, fuera el motivo del experimento. (Al llegar a esta altura de la sesión, el *Congressional Globe* agregó: «Risas»).

Mr. Johnson replicó que no hacía objeción, siempre que míster Stanly fuera el telegrafista. («Grandes risas»).

Morse se recostaba, en tensión, contra la baranda de la barra.

Mr. Mason se dirigió al presidente para excluir las enmiendas fuera de orden por no ser de buena fe y, por lo tanto, lesivas para el espíritu de la Cámara.

El presidente, Winthrop, de Massachusetts, contestó que no le correspondía juzgar los motivos que habían movido a los miembros a introducir enmiendas. Dijo:

Se requeriría un análisis científico para determinar en qué medida el magnetismo del mesmerismo es análogo al que se empleará en el telégrafo. («Risas»).

Un reportero se acercó a Morse.

—Tengo un dolor de cabeza terrible — le dijo Morse, llevándose la mano a la frente.

—Es que está ansioso.

—Tengo motivos para estarlo, y si usted supiera lo importante que es esto para mí, no se extrañaría. He consagrado siete años a su perfeccionamiento, y esto es todo lo que poseo: si triunfa, soy un hombre hecho; si fracasa, estoy arruinado (29).

Mientras tanto, veintidós miembros votaron en favor de la enmienda del proyecto, para incluir el mesmerismo y el millerismo.

Habiendo sido descartada la enmienda, la Cámara votó rápidamente, sin que sus miembros se separaran para hacerlo, para que se informara el proyecto del telégrafo, de la Comisión en pleno, a la Cámara. Inmediatamente después, Mr. Adams le preguntó por qué M. Fillmore no le había dado la palabra para apoyar su proyecto sobre la China ⁽³⁰⁾. Pero el ex enemigo de Morse ya había dejado pasar la oportunidad de interrumpir el progreso de su proyecto, si, realmente, tenía alguna intención de hacerlo. Morse ya no escuchaba. Sus amigos lo rodearon, exclamando

^{iv} Una secta que entonces pronosticaba la segunda llegada de Cristo, en 1844

que la primera crisis había pasado. Algunos admitieron que habían aprobado el proyecto en atención a él, más bien que porque abrigaran confianza en el invento.

Dos días más tarde, Durand, el pintor, escribía acerca de Morse a un amigo que le había preguntado cuándo estaría el inventor en condiciones de devolverle un empréstito que le había hecho. Morse *«ha estado todo el invierno en Washington — le contestó Durand—tratando de manera vehemente de introducir su telégrafo al Congreso... Sin embargo, me temo que el Tío Sam se mostrará a prueba de fuego en este caso y que su infortunado Ahijado regresará como vino, con la excepción de haber insumido el sueldo de setecientos dólares de la A. N. D. (Academia Nacional de Dibujo), con poco beneficio para las Bellas Artes y reducidas perspectivas para tu pagaré de cincuenta dólares»* ⁽³¹⁾.

Sin embargo, ese mismo día, Mr. Kennedy presentó nuevamente su proyecto, esta vez para su tercera leída. Alguien pidió que se debatiera y no pocos miembros del Congreso se levantaron de sus bancas para evitar la responsabilidad de que se votara la aceptación de un aparato que no entendían. Morse hallábase en la parte de atrás del recinto. Estuvo allí cerca mientras se contaban los votos que decidirían su suerte. Trató de mantenerse firme, pero los números danzaban ante sus ojos. Anuncióse el resultado. Morse apenas sabía lo que sucedía. Fish lo ayudó a sentarse.

Mr. Adams no votó. Entre los que se opusieron al proyecto contóse Cave Johnson, de Tennessee. Entre los que lo apoyaron, Kennedy, Fillmore y Winthrop; mientras que Wallace, de Indiana —padre del autor de Ben Hur— fue derrotado para su reelección poco después, por haber votado para que se gastara el dinero del pueblo en ese absurdo ⁽³²⁾.

Cuando Morse se reanimó, analizó los votos. Setenta representantes no habían sufragado, margen amplio para vencer su débil mayoría de ochenta y nueve contra ochenta y tres. Había logrado mayoría de todos los Estados situados al norte del Potomac, incluyendo, después de todo, a Maine, pero exceptuando New Hampshire, conquistó el voto de cuatro Estados occidentales: Ohio, Indiana, Michigan y Luisiana, y perdió el de uno: Arkansas; no conquistó ninguno de los nueve Estados sureños. Tuvo éxito, pues, en los Estados— comerciales favorables al progreso interno.

Su mayoría de seis en la Cámara podría ser tan útil como un millar, si llegaba al Senado. Estaba un poco temeroso cuando escribió a Vail sobre el progreso hacia la victoria: «Durante dos años he consagrado todo mi tiempo y mi dinero, sin la ayuda de otros propietarios (excepto la obtención del hierro de los magnetos para los últimos instrumentos conseguidos por usted) para imponer nuestra empresa. Los medios para sufragar los gastos, para cuyo pago he reunido todos los centavos que poseía en el mundo, casi han desaparecido ahora. Si, por cualquier motivo, el proyecto fracasara en el Senado, regresaría a Nueva York con medio dólar en el bolsillo ⁽³³⁾.

Ocho días solamente quedaban antes de que el Senado clausurara su período de sesiones. Tenía una infinidad de asuntos que tratar. Su proyecto no sólo podía ser rechazado si llegaba a tratarse, sino que corría el riesgo de que no lo fuera. Cuando llegó el último día de sesión, todavía contaba más de ciento cuarenta proyectos antes que el suyo.

Como el propio Morse lo relató después ⁽³⁴⁾, el 3 de marzo estuvo todo el día en el Senado. Cuando encendieron las lámparas le pareció que su proyecto no podría ser tratado antes de que se clausurara la sesión. Consultó con sus amigos senadores y le contestaron que se preparara para cualquier desengaño. Ya no pudo tolerar más la tensión y se retiró a sus habitaciones, convencido de que su proyecto estaba perdido; de que regresaría a su hogar sin tener ningún trabajo, y de que durante un, año le sería imposible progresar en su contribución al mundo. En el hotel se percató de que después de abonar su cuenta le quedaría lo suficiente para pagar el pasaje del ferrocarril y le restarían unos treinta y siete centavos y medio de dólar. Tal como él lo recuerda, se despojó de sus temores, en su largamente ensayado camino de fe, y durmió como un niño.

A la mañana, cuando fue a tomar el desayuno, lo llamó un sirviente. Una joven había ido a verlo. Era Annie Ellsworth, la risueña hija del administrador de patentes, con quien hasta la hija de Morse creía que estaba comprometido. Expresó su sorpresa por la visita tan temprano.

—He venido a felicitarlo — le dijo ella.

— ¿De veras? ¿Por qué?

—Por la aprobación de su proyecto.

— ¡Oh, no, joven amiga! Usted está equivocada; estuve en el Senado hasta que encendieron las lámparas y mis amigos senadores me aseguraron que no tenía probabilidades.

—Pero —replicó la muchacha— es usted el que está equivocado. Mi padre estuvo en la prolongada sesión, a medianoche, y presencié cuando el presidente estampaba su firma en el proyecto. Le pregunté a papá si podía venir a darle la noticia y me dio permiso para hacerlo. ¿Soy la primera en decírselo?

Durante unos instantes, Morse no pudo hablar.

—Sí, Annie —dijo por fin—. Usted es la primera en comunicármelo. Y ahora le haré una promesa: el primer despacho telegráfico en la línea completa de Washington a Baltimore será suyo. Algunas pruebas apoyan la graciosa historia de Morse. El 3 de marzo, Greenough escribió lo siguiente a su hermano: «No se puede decir lo que el Congreso hará o no. Hoy ha aprobado el proyecto de Morse y el mío, y ambos por una mayoría apreciable» ⁽³⁵⁾. Cerca de un año más tarde, Morse escribió diciendo que Annie había sido la primera en informarle «la aprobación final del proyecto» ⁽³⁶⁾. Y, eventualmente, la muchacha envió en realidad el primer mensaje formal por la primera línea telegráfica.

Empero, otra prueba niega ese momento de la historia. Investigadores minuciosos han refutado algunas de estas pruebas. Han descubierto una carta de Morse a Smith, en la que le dice que el proyecto acababa de ser aprobado. La carta está fechada el 3 de marzo. Pero ellos asumen la suposición de que debe haberla escrito el 4 de marzo y en su nerviosidad la fechó mal. Sin embargo, de ser así, resulta extraño que en la carta diga que el presidente no ha firmado el proyecto, puesto que se supone que Annie le contó que había sido suscripto. Además, según el *Congressional Globe* ⁽³⁷⁾, su proyecto no fue aprobado el 3 de marzo, cuando las luces fueron encendidas, sino en la sesión de la mañana de ese día, cuando se suponía que él estaba todavía en la Cámara de Senadores, y según el Diario de Sesiones ⁽³⁸⁾, el presidente anunció la firma del proyecto no a última hora sino en las primeras de la noche.

Morse no habría tejido una historia sin fundamento ninguno. Simplemente no recordaba bien veinte años después del acontecimiento. Puede ser que Annie le

haya llevado sólo la noticia de la firma del presidente Tyler o que le haya transmitido la noticia del voto del Senado, en la mañana del 3 de marzo.

Pero, sea como fuere, Morse había logrado el éxito. *«Se alegrará al enterarse, sin duda —le escribió a Vail—, de que mi proyecto ha sido aprobado por el Senado, sin que pase a cuarto intermedio y sin oposición, de modo que la empresa del Telégrafo comienza a parecer clara. Desearía verlo en Nueva York, después de mi llegada, que será probablemente a fines de la próxima semana. Tengo otras cartas que escribir, de modo que discúlpeme por la brevedad de ésta, que si es corta es por lo menos agradable»* ⁽³⁹⁾.

Pocos días después, Morse obtuvo cincuenta dólares prestados por su ex alumno de daguerrotipo, Edward Anthony, y compróse un saco y un pantalón (40). Gozaba de buen crédito...

Capítulo 21

«¡Lo que ha creado Dios!»

Como todos los funcionarios recientemente nombrados, el superintendente de telégrafos de los Estados Unidos enfrentaba demandas de pago de sus sostenedores. Aunque sus socios habían hecho muy poco para transformar el proyecto del telégrafo en ley, iban a celebrar una conferencia en Nueva York el 21 de marzo, presionando para que entrara en funcionamiento. Morse no era un hombre de negocios. Era bastante inhábil para administrar treinta mil dólares en la construcción de lo que antes nunca había sido construido en los Estados Unidos. Pero todavía más difícil era apaciguar a sus compañeros. Se estaba poniendo a prueba a sí mismo, así como al telégrafo.

Ya había consultado con la persona que tendría que administrar la suma votada por el Congreso para el telégrafo, el secretario del Tesoro, Spencer. De los dos métodos de colocar los hilos, a los que había hecho mención en su carta de 1837 al secretario Woodbury, prefería ahora —según le había dicho al secretario Spencer— colocarlos bajo tierra. Como lo explicó más tarde, era preferible el sistema subterráneo porque lo juzgaba más barato, y debido a que sabía que Wheatstone

tenía veinticuatro kilómetros de líneas, en Gran Bretaña, funcionando satisfactoriamente de esa manera. No se sabe con certeza si estaba enterado que Wheatstone tenía también tendidas redes telegráficas en postes ⁽¹⁾.

Ya le había propuesto al secretario que nombrara como colaboradores del superintendente a los profesores Gale y Fisher, «que durante largo tiempo me han ayudado en mis experimentos» ⁽²⁾. Por alguna razón, hacia la época de la reunión de Nueva York, Morse estaba convencido de que Vail también había estado largo tiempo ligado a sus experimentos y merecía un nombramiento.

Fisher ofreció supervisar la preparación de los hilos; puesto que el colegio de Mississippi, en el cual enseñaba Gale, había cerrado sus puertas, éste podía realizar la labor que Morse quisiera, y Vail deseaba fiscalizar la manufactura de los instrumentos, a tres dólares por día más gastos de viaje ⁽³⁾.

Afortunadamente, el secretario Spencer no bacia hincapié en que Morse fuera nativista. Como secretario del Estado de Nueva York, bajo el gobierno de Seward, Spencer había presentado un proyecto de arreglo de la escuela, que el nativista Morse había combatido. Pero ahora Spencer había nombrado sin hacer objeciones, a Morse como superintendente, con dos mil dólares anuales de sueldo, y a Fisher y a Gale ayudantes suyos, con mil.

Por desgracia, no se le aseguró ningún sueldo oficial al más ambicioso de los socios, el yanqui de Maine. De acuerdo con los términos originales de la sociedad, Smith prestaría servicios a sus socios de manera gratuita. También lo harían Vail y Gale. Pero éstos argumentaron que prestar servicios a Morse como superintendente de telégrafos de los Estados Unidos no sería lo mismo que prestarlos a Morse como socio; de acuerdo con esta teoría, juzgaban razonable aceptar una entrada oficial. Sin embargo, Smith no había cursado estudios técnicos. El telégrafo de los Estados Unidos no nombró abogados. Sólo podía esperar, pues —y acontecimientos posteriores indican que Morse lo alentaba a que tuviera esperanzas—, lograr que el Congreso le asignara una partida para arreglar contratos para Morse.

Realizada la organización, el superintendente preparó un aviso para los diarios de Boston, Nueva York y Baltimore llamando a una licitación para la provisión de alambre de cobre números 15, 16 y 18, a suministrarse en veintiocho días; para cubrir con algodón retorcido el hilo, en noventa días, y para cerca de setenta y cinco

kilómetros de caño de plomo, de media pulgada de diámetro interno, a proveerse en veintiocho días ⁽⁴⁾.

Desde su regreso de Europa, Morse había aprendido que la tierra podía utilizarse para completar un circuito; las licitaciones requerían sólo la mitad del importe que de otro modo habría demandado. Aguardó las licitaciones en las oficinas del Observer, de sus hermanitos, en Nueva York.

Mientras se publicaban en los diarios los avisos de licitaciones, el superintendente se dedicó al trazado de las líneas. En consulta con el secretario Spencer, ya había decidido que la mejor ruta sería entre el edificio del Capitolio, donde estaban cerca los miembros del Congreso, que podrían comprar su patente para el gobierno, y la populosa ciudad de Baltimore, que distaba sólo unos setenta y cuatro kilómetros. Después de estudiar las rutas posibles determinó que la más indicada sería la del ferrocarril de Baltimore a Ohio, que databa de quince años atrás. Luego de una ligera oposición de parte de la junta de directores, el presidente McLane acordó el permiso, siempre que el telégrafo no «interfiriera» en las operaciones normales de la ruta ⁽⁵⁾. En consulta con Gale y Vail, Morse acordó hacer que Smith descubriera lo que McLane quería significar al decir «interfiriera» con las operaciones normales y redactó un convenio.

A fines de abril, las licitaciones estaban listas para que el secretario del Tesoro las leyera para su aprobación. James E. Serrel, inventor de una máquina para fabricar caños de plomo, que Morse, Gale, Vail y Smith habían visto y aprobado, presentó el presupuesto más reducido para caños, de los cinco ofrecidos. Todos los presupuestos estaban bien por debajo del cálculo que Morse había hecho al secretario, cosa que agradó a ambos.

La licitación para cavar zanjas —es decir, para introducir los hilos en la tierra— se solicitaría junto con las demás. Morse dio a Smith la oportunidad de arreglar el contrato para esa labor. Este le propuso el convenio a Levi S. Bartlett, hermano de su esposa y el primero de los varios parientes a quienes iba a vincular al telégrafo. La inmediata adhesión de Smith hacia Bartlett y el hecho de que éste le cediera más tarde sus derechos, bajo contrato, sugerían que el ex miembro de la Legislatura de Maine deseaba ser contratista, sirviéndose del nombre de Bartlett como pantalla. Morse puede no haberse percatado al comienzo de esta maniobra. Sin embargo,

cuando Smith envió desde Portland su contrato, Morse declinó su aceptación porque el gasto sería justamente lo que él había estimado: «No parece correcto que ésta sea la suma exacta presentada en el cálculo». Dijo que se hubiera sentido satisfecho si en lugar de los seis mil ciento veinte dólares fueran sólo seis mil (6). Morse puede haber sospechado ya que Smith, habiendo rechazado una entrada legal de la dirección del telégrafo, estaba dispuesto a lograrse una entrada ilegal.

Tal vez con la esperanza de apaciguar a Smith, Morse intentó que los gastos de su viaje como abogado del telégrafo de los Estados Unidos fueran abonados por el gobierno. El secretario Spencer resolvió en contra de tal proceder. «Si se deseaba el consejo legal —le escribió a Morse—, debiera haberse solicitado al Ministerio. Siendo Mr. Smith uno de los propietarios del Telégrafo, como lo ha manifestado usted, no puede ser imparcial. Los servicios no son de la naturaleza contemplada, en la sanción del Congreso» ⁽⁷⁾.

En junio, Morse y Bartlett suscribieron el contrato para cavar las zanjas, tal como lo había arreglado Smith. Adelantóse la fecha de la terminación del trabajo, al 14 de diciembre, aproximándola a lo que Morse había solicitado. Sin embargo, la escala de pagos se fijó en ciento cincuenta y tres dólares cada mil ochocientos cincuenta y dos metros, lo cual, en setenta y cuatro kilómetros, ochenta metros, importaba seis mil ciento veinte dólares, la cantidad exacta que había calculado originariamente Morse.

A Ezra Cornell le agradaba caminar. Le agradaba hacerlo porque era más barato y porque podía elegir su propio rumbo. Iba caminando cuando halló la senda de la fortuna, con la que se construyó la Universidad Cornell.

Como mecánico, Cornell no había logrado amasar fortuna en Ithaca (Nueva York). Contrariado, había adquirido los derechos exclusivos de la venta de los arados Barnaby & Mooers, en Georgia y Maine. Los granjeros de Georgia se mostraron inmovibles. Pero los yanquis de Maine, aunque ya tenían lo que ellos admitían que eran los mejores arados de la Unión, deseaban aún otros superiores. Un verano, persuadió al director del Eastern Farmer, Smith, de que probara un nuevo arado en su granja de Westbrook y atestiguara los resultados en su periódico. Más tarde, ambos se hallaban juntos en una muestra en Readfield; Smith haciendo una invocación de oratoria vacía a los granjeros para que se elevaran sobre su nivel

social y político, y Cornell demostrando las bondades de su arado ⁽⁸⁾. El verano siguiente, Cornell se hallaba otra vez rumbo a Maine. Caminó desde Ithaca hasta Albany en cuatro días, y de Boston a Portland, en dos y medio. En esta última ciudad visitó de inmediato al director Smith en las oficinas de lo que entonces era el Maine Farmer.

Encontró al director arrodillado en el centro de la habitación; a su lado tenía el modelo en madera del arado, y el piso mostraba marcas de tiza. Estaba explicando el diseño de un arado a un fabricante, quien, por sus muecas bonachonas, demostró a Cornell que dudaba de los conocimientos de Smith.

Este levantóse.

—Cornell —dijo, según el nombrado lo recuerda—, usted es justamente el hombre que deseaba ver. He estado tratando de explicarle al vecino Robertson una máquina que deseo hacer, mas no puedo lograr que me entienda.

Le explicó que deseaba un arado que dejara la tierra a cada lado del surco, de manera que otra máquina pudiera volver a cubrirlo. Díjole que era para colocar bajo tierra los hilos del telégrafo.

Cornell observó las muestras de caños por los cuales iban a pasar los hilos y comprendió de inmediato que Smith no necesitaba dos máquinas, sino una sola. Hizo un esquema del diseño y se lo mostró. El hilo se desenrollaría de un carretel colocado en el arado y pasaría al suelo directamente detrás de la reja del arado; otro instrumento del arado volvería la tierra al surco, cubriendo el caño. A la mañana siguiente, Smith proporcionó al joven vendedor de arados los materiales y sitio en un negocio de máquinas, de Portland.

Cuando Cornell construyó el modelo, Smith le pidió a Morse que fuera al este para verlo. Según los recuerdos de Cornell —que inspiran poca confianza—, el 19 de agosto los probaron en la granja de Westbrook, de Smith, cerca de Forest Home. Ocho bueyes tiraban del arado, guiados por un irlandés, empleado para tal propósito. Mientras los tres yanquis observaban, el irlandés blandía la picana y los bueyes tiraban en marcha forzada. Alarmados, Morse y Smith se olvidaron del arado. Cuando se detuvieron los bueyes, aquéllos se hallaban confundidos al ver que el caño había desaparecido del carrete. Cornell les aseguró, tal como lo manifestó más tarde, que éste estaba donde debía estar: en el suelo. Dudando,,

Smith se dirigió al irlandés pidiéndole que cavara la tierra para ver si estaba allí. Así resultó. Toda su extensión había sido enterrada perfectamente. De inmediato, Smith (sin duda, en nombre de Bartlett) contrató al ingenioso Cornell para que colocara con su máquina los caños en la línea Washington-Baltimore. Se afirma que Morse regresó a Nueva York convencido del éxito de los hilos subterráneos ⁽⁹⁾.

Durante un lapso muy breve, las perspectivas del telégrafo continuaron siendo satisfactorias. El 10 de agosto, ciento once kilómetros de hilos estaban listos en los carretes: la longitud de hilos más grande de que jamás dispuso Morse. A invitación de Morse, se hallaban presentes los profesores Renwick, del Colegio Columbia; Ellet, del Colegio Columbia, de Carolina del Sur, y Draper y Fisher, de la Universidad de Nueva York. Por vez primera, Morse usaba una de las baterías continuas, la de Grove, perfeccionamiento de la de Daniel. El resultado fue muy compensador; de manera inesperada, la batería movió el magneto receptor perfectamente a través de ciento once kilómetros de hilo, sin un circuito adicional. Con la ayuda de los otros profesores, Morse realizó cuidadosos experimentos para descomponer la fuerza de la corriente. Los resultados —así lo creyó— confirmaban la ley descubierta en 1826 por Ohm, un solitario profesor de gimnasia de Colonia, de que la corriente iguala al voltaje dividido por la resistencia.

«La deducción práctica de esta ley —concluía Morse en un informe al secretario Spencer— es que, según mi plan, puede establecerse con certeza una comunicación telegráfica a través del Atlántico. Aunque ahora parezca sorprendente, llegará el momento en que este proyecto se realice» ⁽¹⁰⁾. Eran éstas palabras atrevidas para que las pronunciara quien aún no había probado su telégrafo a una distancia mayor de ciento once kilómetros y sólo a manera de prueba.

Pero los inconvenientes pronto se dieron cita. En setiembre, Serrel estaba todavía atrasado en el envío del caño con el hilo embutido. Cornell no comenzó a cavar las zanjas hasta el 21 de octubre, cuando faltaban sólo cuarenta días para que todo el trabajo de zanjeo tuviera que estar terminado. Pero Serrel enviaba todavía los caños con una lentitud tal que retrasaba a Cornell. Disgustado, Morse se dirigió a Smith para que hiciera un nuevo contrato para la fabricación de caños. Según los términos del nuevo convenio, celebrado con los hermanos Tatham, el precio de los restantes sesenta y un kilómetros de caño sería mil ciento setenta y seis dólares

con doce centavos menos de lo que iba a cobrar Serrel ⁽¹¹⁾. Smith sugirió que la diferencia se la acreditaran entre Morse y él. Morse vaciló, preguntándose si la propuesta era honesta. Finalmente acreditó al gobierno la mitad que le habría correspondido según la proposición de Smith, y dejó que éste procediera de la manera que creyera conveniente ⁽¹²⁾.

El sorprendente arado de Cornell colocaba los caños más rápido de lo que los plomeros soldaban los extremos de cada uno. Por lo tanto, recién cuando Cornell había colocado dieciséis kilómetros de ellos, desde Baltimore hasta cerca de la estación de Baltimore y Ohio, en Relay (Maryland), Vail y sus electricistas advirtieron que el caño de Serrel, hecho según un proceso que los socios habían aprobado, era defectuoso. Justamente cuando la empresa parecía en marcha, quedó en una posición ridícula.

Morse caminó por los rieles del ferrocarril hacia donde Cornell seguía aún a su arado y el grupo de ocho mulas.

—Mister Cornell —lo llamó, y éste detuvo el arado—. ¿Puede usted idear alguna excusa aceptable para detener el trabajo durante algunos días? Deseo realizar algunos experimentos antes de que continuemos colocando más caños y no quiero que los periódicos digan que la labor se ha detenido ex profeso.

Cornell no ignoraba que el hilo no había sido aislado debidamente, de modo que aguardaba un pedido semejante y estaba preparado para ello.

—Sí, puedo —contestó.

Volvióse y llamó a los arrieros:

—¡Eh, muchachos! Azoten a las mulas; debemos colocar otro tramo de caño antes de marcharnos.

Los arrieros hicieron restallar los látigos y el arado surcó la tierra, sacó el caño inservible del carrete, lo enterró y lo cubrió. Cornell aguardó su oportunidad. Mientras Morse observaba, lanzó su arado de modo que dio contra la punta de una roca y se hizo pedazos ⁽¹³⁾.

Morse había ganado tiempo —así lo esperó— para salvar lo que restaba de su plan. Mientras que el caño de Serrel había sido hecho estirando los lingotes de plomo blando sobre un mandril en el cual estaban los cuatro hilos que encerraría, en el caño de Tatham se colocarían mientras éste estuviera aún caliente. Morse pidió al

profesor Fisher, que había probado el caño de Serrel, que informara si estaba probando debidamente el de Tatham. Su labor consistía en cerrar uno de los extremos de un trozo de caño, hacer el vacío por el otro lado y comprobar si éste se mantenía. Fisher le contestó que lo estaba haciendo según las instrucciones. Sin embargo, agregó que había esperado que el caño de Serrel demostrara ser inservible ⁽¹⁴⁾. Se mostraba escéptico en cuanto a la prueba que Morse había indicado, como lo estaba Cornell ⁽¹⁵⁾ o bien había oído informes en ese sentido. Hacia mediados de diciembre, cuando la colocación de los caños iba a completarse, Cornell había reconstruido su arado y colocado un kilómetro y medio del caño de Tatham. Una vez probado, demostró tener defectos, probablemente porque estaba tan caliente cuando colocaron el hilo, que quemó el aislante.

Vail y Morse estuvieron de acuerdo en que ambos métodos de manufacturar los caños podrían haber sido equivocados, pero que Fisher debiera haber descubierto los defectos mucho antes. Parecían ignorar la posibilidad de que la prueba misma estuviera mal. Tristes conferencias se sucedían unas a otras en la Cámara de Relay, en Maryland, donde se encontraban Morse, Vail y Smith.

Morse despidió a Fisher, pero, desgraciadamente, en su bondad, no le dijo el motivo. Le expresó que el invierno que se aproximaba detenía el zanjeo. En respuesta, Fisher se mostró insolente. Entonces Morse se vio obligado a manifestarle que su prueba ineficaz «casi arruinó toda la labor» ⁽¹⁶⁾. Pero, asimismo, se tomó la molestia de recomendarlo a Gale para que le diera un puesto en la fábrica del suegro de éste, en Nueva York. Gale lo ubicó, pero de inmediato éste y Fisher tuvieron una disputa y Fisher se fue, amenazando con revelar los secretos de los que dependía la fábrica.

Al mismo tiempo que Morse despidió a Fisher, perdió otro colaborador. Gale renunció —tal como lo explicó—, porque la enfermedad de su suegro hacía imprescindible su control de la fábrica de Nueva York. Gale conservaba la confianza de Morse, pero justamente ahora, en los momentos más difíciles de la empresa, sólo Vail y Smith lo acompañaban. Y pronto también separóse Smith de la sociedad. Cuando se comprendieron perfectamente los defectos del caño, Morse resurgió nuevamente de la certidumbre del fracaso. Sin mencionar ninguna razón, le escribió a Smith diciéndole que el zanjeo debía suspenderse hasta la primavera,

continuando sólo los trabajos hasta completar un breve tramo cerca del Capitolio, para que el Congreso pudiera ver el telégrafo en funcionamiento ⁽¹⁷⁾.

Smith —por intermedio de Bartlett— se rehusó a obedecer. Insistió en que había comenzado el trabajo de zanjen más tarde de lo que especificaba el contrato, pero a pedido de Morse; después de haberlo hecho, tuvo que estar sometido a constantes dilaciones porque no le enviaban caños. Ahora el gobierno le había solicitado que transfiriera todos sus medios de labor, desde el sitio que le había indicado Morse, para trabajar en otra parte de la línea; y después de haber hecho una parte inconexa de las zanjas, se le ordenaba que suspendiera las obras hasta la primavera, cuando, según el contrato, todos los trabajos debían estar listos. Amenazó con reclamar una indemnización ⁽¹⁸⁾.

Morse se sentía vencido. Se sentía más exhausto que nunca. Estaba casi anonadado cuando no pudo ir a ver a su hija Susana, que partía de Nueva York a Puerto Rico.

Smith propuso como solución que Morse lograra la aprobación del secretario del Tesoro para que se le hiciera un adelanto de dinero a Bartlett. Morse declararía que tenía comprobantes de éste por pagos de dinero efectuados en concepto de trabajos realizados, por la suma de cerca de cinco mil dólares. La diferencia de tres mil dólares entre esa cantidad y la que en realidad Morse le había abonado por la labor efectuada, sería adelantada a Bartlett en compensación por el inconveniente sufrido por la demora. Entonces éste terminaría la faena en la primavera. Sin embargo, el inventor se rehusó firmemente a certificar al gobierno el pago a Bartlett por trabajos hechos —única base sobre la cual el contrato le otorgaba el derecho para entregar a aquél algún dinero—, cuando a la verdad no estaban realizados todavía.

«Consecuente con cualquier consideración de honestidad —le dijo a Smith, sin ambages—, no puedo pedir al secretario del Tesoro que apruebe un acuerdo que viola la verdad abiertamente» ⁽¹⁹⁾.

Smith juzgó que Morse no había entendido la naturaleza del acuerdo propuesto. Este estaba redactado en forma de artículos que serían agregados al contrato antiguo, de modo que en su efecto constituían un nuevo contrato. En el nuevo contrato se declararía ex presamente que Morse sólo adelantaría el dinero a Bartlett teniendo en consideración lo que éste había perdido según los términos del viejo convenio. Aquél completaría luego el trabajo, en la primavera, de acuerdo con las

nuevas cláusulas. ¿En qué estribaba la deshonestidad, si para ajustarse al viejo contrato Morse tenía que realizar algo que no estaba estipulado en el viejo, pero sí en el nuevo convenio? Smith propuso que se celebrara una reunión en el edificio del Tesoro, «para decidir finalmente si nuestras mutuas relaciones pueden conservarse o si deben romperse para siempre» ⁽²⁰⁾.

La acritud de Morse sólo se justifica si ya sospechaba que Smith era un estafador, cosa que, en efecto, ocurría. Ya habían sostenido una disputa por el contrato original celebrado con Bartlett y por la división de la diferencia entre su importe y el del convenio con Tatham. Ahora, irritado por el disgusto que le ocasionaron los caños erróneamente contruidos y por la incertidumbre en cuanto a las perspectivas futuras, se manifestaba en franca acusación. La eterna disputa entre los socios había comenzado, en realidad, tan pronto como tuvieron que manejar dinero. Smith *«parece completamente descuidado y obra como un loco —escribió Morse a su hermano—, y todo, ¿para qué?... Sus ganancias en el contrato. Hinc illa lachryma»* ⁽²¹⁾.

En los diarios aparecían comentarios mordaces, y con razón. Se discutía el contrato con Bartlett; el suscrito con los hermanos Tatham había sido anulado por una orden de Morse, en el sentido de que suspendieran el envío de sus caños defectuosos; Gale había renunciado, Fisher fue destituido y Smith actuaba con desenfreno. Y lo que más debe haber herido a Morse: Vail había exigido esta vez un aumento de sueldo y pronosticaba el fracaso. «Tuve una conversación con el profesor Morse —escribía aquél en su diario— y le manifesté que mis honorarios no cubren mis gastos. Me ha prometido que expondría mi caso al secretario y que mi sueldo sería aumentado inmediatamente a doscientos cincuenta dólares. No puedo estar de acuerdo con la manera en que conduce las finanzas del Telégrafo, dudo si alguna vez se lleva a la práctica su experimento y me encuentro confundido para decidir si debo o no permanecer en el puesto del gobierno. Hay muchas ineficacias en el control de esto. Mucha indecisión y la economía mal proyectada...

Temo que la suma asignada por el Congreso se extinga sin que se realice una prueba y que la desgracia completa siga a todos los interesados» ⁽²²⁾. Durante los años posteriores, Morse evitó de manera prudente referirse a la falta de adhesión de Vail en esa emergencia, pero no es posible que la haya pasado por alto. Varios

meses después, en una carta, le decía a su hermano: «Hasta Mr. Vail, que desde el comienzo se ha aferrado a mí, se siente como si me fuera a abandonar en la más negra oscuridad» ⁽²³⁾.

Morse vivía en una pesadilla de incertidumbre. Había perdido la esperanza de que los hilos subterráneos pudieran ser usados, aun si el dinero que quedara alcanzara para repararlos y colocarlo. Temiendo que el rumor del fracaso pudiera llegar a la ola del ridículo popular, lo que habría hecho imposible la continuación del trabajo, aunque los problemas de orden técnico se vencieran, escribió una carta prudente al *Journal of Commerce*. Sabía que no podría hablar con sinceridad. Tampoco le sería dado distraer la atención del fracaso merced al anuncio de nuevos planes, pues no los tenía. Escribió diciendo que hasta entonces no había dificultades intrínsecas y que en ese instante, lo avanzado de la temporada impedía la prosecución de los trabajos ⁽²⁴⁾.

A través de la «más negra oscuridad», Morse conservaba la confianza del secretario Spencer. Cuando el inventor solicitó el nombramiento de Cornell para que lo ayudara, con un sueldo de mil dólares por año, el secretario lo hizo. Si Bartlett deseaba un nuevo contrato —informó el secretario a Morse— no veía motivo para que el gobierno estuviera obligado a acceder a su pedido, tanto más cuanto que Bartlett había decidido ceder sus derechos a un tercero. El gobierno asumirá las consecuencias de las pérdidas de Bartlett —dijo— y le reembolsará en la forma usual, una vez que éstas se determinen ⁽²⁵⁾.

Morse y Smith no hicieron esfuerzos por continuar sus «relaciones mutuas» de manera amistosa. Por el contrario: éste se embarcó en una campaña consecuente para difamar su sociedad. Si Morse había abrigado dudas acerca de la clase de hombre que era, ya no cabían. Smith le dijo al secretario Spencer que Morse había intentado defraudar al gobierno valiéndose del contrato celebrado con Tatham, convenio en el que precisamente Morse había acreditado al gobierno la mitad de la suma que se ahorraba, mientras que Smith quedóse con la otra parte; Smith hasta llegó a amenazar con llevar el contrato para que se debatiera en el Congreso. Como uno de los propietarios del telégrafo, le informó a Morse que se oponía a que Vail recibiera cualquier suma de dinero, en pago de sus servicios al gobierno, porque, en el contrato original de sociedad, había ofrecido sus trabajos gratuitamente a la

empresa hasta que se vendiera la patente. Informó a los socios su opinión de que la línea no quedaría completa con la suma acordada por el Congreso. No encontrando a Morse lo suficientemente perturbado.

Smith lo acusó de haber cargado partidas indebidas a sus cuentas del viaje a Europa en 1838-1839, cuyos gastos Smith estaba obligado a pagar según el contrato de sociedad. Morse se defendió con habilidad y contrarrestó sus afirmaciones exigiendo compensación por sus trabajos en el Viejo Mundo, pues permaneció allí más tiempo del que estipulaba el convenio, debido a que Smith se lo solicitó. Cuando éste lo acusó de ingratitud, le replicó con amargura que el cargo carecía de fuerza al proceder de una persona que *«durante mis horas de pruebas más duras no perdió la oportunidad de atacarme, incapacitarme y acosarme»* ⁽²⁶⁾.

Viendo que Smith deseaba lanzar vituperios, Morse se comunicaba con él sólo por carta. Por desgracia, la comunicación continuaba siendo necesaria, pues no había manera de excluirlo de la sociedad mientras durara la patente. «Fog» Smith era como la niebla del puerto de Portland: fría, implacable, penetrante. Ni las gestiones de los amigos con quienes estaba Morse, el administrador de patentes, Ellsworth, su esposa y su hija Annie, podían compensar su influencia funesta. Como siempre que se hallaba disgustado, Morse cayó enfermo.

Cuando fue abandonado el método de los hilos subterráneos, se habían insumido en los trabajos veintitrés mil dólares de los treinta mil acordados por el gobierno, y, sin duda, Smith y Vail no eran los únicos que aumentaban la irritabilidad de Morse pronosticando que la obra no podría terminarse sin más fondos. Pero tenía la esperanza creciente de que merced a algún nuevo método podría realizarla dentro de los límites económicos acordados. Para ahorrar dinero, en febrero, abandonó su oficina del telégrafo en el Observar, de Nueva York.

Mientras tanto, Cornell intentaba descubrir si el hilo defectuoso guardado en el sótano de la oficina de patentes podría ser salvado; y tanto Vail como Cornell leían en las bibliotecas del Congreso y de la oficina de patentes cuanto les era dado hallar cerca del telégrafo en Europa. Vail descubrió en un diario inglés que Wheatstone y Cooke, habiendo encontrado dificultades en el empleo de hilos subterráneos, los habían colocado sobre postes, y persuadió a Morse de la importancia de su descubrimiento. Este podía ya haber discutido el empleo de ese

sistema. Pero desechó la idea por entender que Wheatstone había llegado a la conclusión de que los hilos subterráneos resultaban mejor. Ahora aceptó cambiar su plan —afirma Cornell—, antes de fines de marzo ⁽²⁷⁾. En realidad, Morse había insertado avisos en los diarios de Washington, el 7 de febrero, solicitando setecientos postes.

Con la fiscalización de Cornell y Vail se extrajo el hilo de los caños defectuosos, vendiéronse éstos, y los hilos fueron reconstruidos con algodón empapado en goma laca, y enrollados nuevamente.

Al promediar el mes de marzo los obreros estaban haciendo pozos a lo largo de las vías del ferrocarril, desde Washington hacia el norte. Morse supuso alegremente que eran los primeros postes de telégrafo de la historia de los Estados Unidos. Nuevamente se hallaba feliz en su ignorancia. En 1826 1827, Dyar había colocado postes de telégrafo en Long Island. Sin embargo, su telégrafo, registrado por descomposición química, y su intento resultaron fallidos. En abril se colocaban los postes del telégrafo de Morse: el primer telégrafo electromagnético de la historia de la Unión. Fueron colocados a lo largo de la vía del ferrocarril, de manera que iban a hacerse familiares a todos. Se colocaron rápidamente, a sesenta metros de distancia uno de otro; eran de castaño sin descortezar, de veinticuatro pies de alto. Mientras que detrás de la escena, Vail reservó su entusiasmo para su colección de minerales, y la guerra entre Smith y Morse continuaba encarnizada, al lado de las vías del ferrocarril se elevaban los símbolos de la victoria próxima.

El 9 de abril, los hilos dobles alcanzaron a cubrir una distancia de once kilómetros ciento doce metros, al norte de Washington, y en dos o tres segundos contestóse desde Washington una pregunta telegrafiada desde el extremo de la línea ⁽²⁸⁾. Cuando pocos días después la línea extendióse veintidós kilómetros más, Morse le expresó a un reportero que ya estaba tan acostumbrado a telegrafiar a sus ayudantes que a veces se olvidaba y comenzaba a hablarles en voz alta ⁽²⁹⁾.

Afortunadamente para el telégrafo, estaban a punto de realizarse en Baltimore las convenciones nacionales de los «whigs» y de los demócratas. Con su sentido de la publicidad, Morse advirtió las posibilidades dramáticas de una carrera entre su línea telegráfica y el ferrocarril, para divulgar las noticias de la candidatura a presidente en Washington.

El 1 de mayo, día en que comenzaba la convención de los «whigs», los hilos telegráficos llegaron a la unión de las vías de Annapolis, cerca de cuarenta y tres kilómetros de Washington. Cuando llegaran las noticias de Baltimore por tren al cruce de vías de Annápolis, Vail telegrafiaría esto inmediatamente a Morse, que se hallaba en el Capitolio.

A las 15.30 horas llegó un tren al cruce, con delegados de Baltimore a la convención, que gritaban:

—¡Tres vivas por Henry Clay!

No era extraño que Henry Clay fuera candidato a la presidencia. Todos lo esperaban. Pero un hombre poco conocido, Theodore Frelinghuysen, había sido elegido como candidato a la vicepresidencia. Mientras la gente se mofaba de su tontería, Vail trasmitió las noticias a Morse.

Este se hallaba casi solo en la sala del Capitolio cuando ante sus ojos surgieron las palabras perfectamente marcadas en la cinta. Según un testigo ocular, una vez terminado el repiqueteo del telégrafo, se puso de pie y dijo:

—La convención ha terminado. El tren de Washington a Baltimore acaba de llegar al cruce de vías de Annápolis, con esa noticia, y mi ayudante me ha teleografiado la manera en que está integrada la fórmula.

Hizo una pausa y agregó:

—Clay y Frelinghuysen la integran.

El pequeño grupo que lo rodeaba formuló un reparo.

—Es fácil adivinar que Clay encabeza la fórmula —dijo uno de sus integrantes—. Pero Frelinghuysen; ¿quién diablos es Frelinghuysen?

—Yo sólo sé —dícese que contestó Morse— que esto es lo que me telegrafía mi ayudante, desde el cruce de vías de Annápolis, donde ha obtenido la noticia hace unos instantes ⁽³⁰⁾.

Es improbable que tales hayan sido las palabras de Morse, pues éste sabía perfectamente quién era Frelinghuysen. Porque no sólo era un destacado nativista sino también rector de la Universidad de Nueva York, de la que Morse era aún profesor. Por suerte, han sobrevivido relatos más auténticos de mayores victorias que pronto iba a obtener el telégrafo.

Aun con menos éxito, a Morse y a Vail les estaba resultando difícil llevarse bien. «El profesor Morse es tan inestable y tan lleno de caprichos —escribió Vail al día siguiente de enviar la noticia del resultado de la convención del Partido «Whig»—. Cambia con mayor frecuencia que el viento y a veces parece ser en extremo pueril. De pronto se exalta hasta el cielo y luego se empantana de nuevo. Para marchar bien con él se requiere una paciencia benedictina» ⁽³¹⁾.

Cuando pensaba en Smith, el inventor se mostraba invariablemente desalentado. «El profesor Morse se encuentra otra vez deprimido —anotó Vail pocos días después en su diario—. Dice que Smith no permitirá que el Congreso haga nada con respecto a la nueva asignación. El proyecto del profesor M. es desistir de ello. Dejará que expire la patente y, si el gobierno la adopta y lo remunera por ella, no contemplará las necesidades del profesor Gale y de mí. Pero no le dará a Smith ni un centavo» ⁽³²⁾.

Hacia el 24 de mayo la línea telegráfica había sido construida sin exceder el presupuesto acordado por el Congreso y funcionaba en orden. Había llegado, pues, el momento de cumplir su promesa con Annie Ellsworth. Con la ayuda de su madre, la muchacha eligió el primer mensaje formal que se trasmitía a través del primer tramo de una línea telegráfica electromagnética en el mundo.

Annie escogió una frase de una profecía del viejo adivino Balaam^{lvi}. Los israelitas, que no hacía mucho habían salido de Egipto, acamparon en el valle del Jordán. En una montaña, parado frente a una hoguera de sacrificio, un rey enemigo intentó obligar a Balaam a maldecir a su propio pueblo. Balaam se rehusó. Al hacerlo pronunció su profecía:

*Seguro es que no hay hechizo contra Jacobo,
Ni adivinación contra Israel.
Puede decirse, con esta época de acuerdo,
De Jacobo e Israel:
«¡Lo que Dios ha creado!»*

Morse invitó a sus amigos a la sala de la Suprema Corte, en el Capitolio. Tenía listos sus instrumentos. Miss Annie le entregó una hojita con las palabras que había

^{lvi} Profeta de Moab, que pronosticó los grandes destinos del cristianismo, — N. del T.

elegido. Y Morse, en el código que lleva su nombre, transmitió un despacho que indicaba al mundo que el telégrafo suyo era ahora una realidad. Ese mismo día envió a su hermano un breve relato del acontecimiento:

Washington, mayo 24 de 1844.

Querido Sidney:

¿Podrías publicar algunos hechos relacionados con el Telégrafo, en términos populares, en el Journal of Commerce? Como, por ejemplo:

EL TELÉGRAFO ELECTROMAGNÉTICO TRIUNFANTE

Hemos tenido el placer de enterarnos que el experimento del Telégrafo basado en el sistema del profesor Morse, que ha logrado despertar un interés tan profundo en todo el país y que ha sido construido entre Washington y Baltimore con el patrocinio del gobierno, ha sido realizado exitosamente. El viernes 24 del corriente transmitióse la primera Frase, de Washington a Baltimore, y en las siguientes circunstancias: Mientras se hallaba ocupado durante la última sesión en urgir ante el Congreso la consideración de su invento, el profesor Morse enteróse de la noticia de la aprobación final del proyecto, por intermedio de la hija del distinguido administrador de patentes. El profesor Morse, en retribución de la comunicación de la noticia tan grata, le prometió que la primera frase que se transmitiera por el Telégrafo, de Washington a Baltimore, sería dictada por ella. Cumpliendo con dicha promesa, transmitió la frase siguiente, letra por letra, en un minuto, y fue recibida su transmisión, en Baltimore, en el mismo tiempo: «¡Lo que ha creado Dios!» Nada podía haber sido más apropiado que esa exclamación devota, en el tal acontecimiento, en que un invento que ha despertado semejante admiración y sobre el cual ha habido tanto escepticismo, surge de la tierra de las visiones para convertirse en realidad... ⁽³³⁾.

El mismo se creía maravillosamente exaltado por haber sido elegido instrumento de una revelación divina. Pero se convenció más de ello cuando los hombres se levantaban para arrebatarse para ellos una participación en el patrocinio divino.

Fue muchos años antes de que la historia de la transmisión del primer mensaje fuera conocida por todos los colegas que sabían leer. Empero, más que el primer

mensaje o la noticia de la convención de los «whigs», el informe de la convención del Partido Demócrata fue el que abrió su senda a través de la ignorancia y la indiferencia. Mientras la atención pública se concentraba una vez más en Baltimore, el telégrafo hizo milagros en el seno mismo de la convención.

En Baltimore, Cornell y Vail tenían instalados sus instrumentos en el tercer piso del depósito del ferrocarril, en la calle Pratt. En Washington, Morse estaba ubicado en una habitación debajo de la Cámara de Senadores; había fijado en la rotonda un tablero con las noticias y las anunciaba por la ventana de la habitación.

Cuando los delegados se reunieron en Baltimore, al día siguiente de la transmisión del primer mensaje, Van Buren era el candidato principal. Alguien telegrafió desde Baltimore preguntando quién era el favorito de la capital en esos instantes. Morse sabía que era Van Buren, cosa que no le agradaba. Unas semanas antes, cuando el presidente Tyler propuso la anexión de Texas, lo que mucha gente juzgaba que significaría la guerra con México, Van Buren anunció que se oponía a ella.

Morse era un expansionista; apoyaba a Lewis Cass, de Michigan, a quien había conocido cuando era ministro norteamericano en Francia, y que, como él, era decididamente expansionista y esclavista. No obstante, el inventor admitía que el telégrafo debía ser imparcial. Envío respetuosamente el mensaje: «Aumentan las acciones de Van Buren».

El primer día de la convención, Vail telegrafió al Capitolio diciendo que se había hecho una moción para adoptar la mayoría de dos tercios solicitada para la elección de candidatos. Luego de un debate acalorado, el segundo día, Vail telegrafió informando que se había acordado la regla de dos tercios contra la oposición de los partidarios de Van Buren. El sur, irritado por la resistencia de Van Buren a que se extendiera la esclavitud a Texas, desertaba de su causa.

Luego comenzó la excitación. Morse anunció por la ventana que Van Buren había logrado mayoría en la primera votación, mas no los dos tercios necesarios. Su rival más próximo era Cass. En la segunda votación, Morse tuvo la satisfacción de informar que Van Buren perdía votos. Esta tendencia continuó hasta la séptima votación, en que Morse informó a los atónitos miembros del Congreso que lo rodeaban, que Van Buren sólo contaba noventa y nueve sufragios contra ciento veintitrés favorables a Cass. En la octava votación figuró un nuevo candidato:

James K. Polk, de Tennessee, un expansionista poco conocido, que obtuvo cuarenta y cuatro votos.

Los senadores habían estado leyendo en voz alta, en el Senado, los boletines de Morse. Los «whigs» aparentaban estar indiferentes; los demócratas hacían caso omiso de los pedidos de silencio del presidente. Pero la novena votación conmovió a todo el Senado. Vail llevó un registro de los despachos:

MORSE. — Mr. Simons está hablando sin quórum en la Cámara, sobre el proyecto de pensiones.

VAIL. — Sí.

MORSE. — Mr. Choate ha informado al Senado...

VAIL. — El voto emitido será casi unánime para J. K. Polk. Se han restablecido la armonía y la unión.

MORSE. — ¿Es exacto, o un mero rumor?

VAIL. — Aguarde hasta que llegue la votación.

Cuando los despachos estuvieron listos en el Senado, como dijo Cornell, «los truenos y los relámpagos continuaron iluminando hasta que estalló la tormenta... con tal furia que movió y arrastró un cuarto intermedio».

Los miembros del Congreso se reunieron alrededor de la ventana de la habitación de Morse.

El registrador del telégrafo repiqueteó de nuevo: «*Polk ha resultado elegido candidato unánimemente. Se lanzaron tres vivas en la convención para restablecer la armonía*» ⁽³⁴⁾.

Los senadores y representantes que estaban al lado de la ventana de Morse acogieron las noticias —decía el National Intelligencer— como los antiguos recibían respuesta de un oráculo. Los demócratas quedaron al comienzo sin habla. Reanimados de pronto, lanzaron tres vítores por James K. Polk y, llamando a Morse a la ventana nuevamente, lanzaron vítores a Samuel F. B. Morse.

En la convención de Baltimore, pocos minutos después, un delegado de Nueva York se dirigió a la presidencia:

—Señor presidente: el telégrafo ha anunciado la elección de Mr. Polk a nuestros amigos de Washington, y tengo el placer de informar a la convención que tal elección es bien recibida. Con el permiso de la convención, leeré el despacho.

Hubo gritos de:

—¡Lea, lea!

Polk era el primer candidato desconocido que elegía una convención nacional y saber cómo había sido recibido en el Capitolio resultaba importante.

El delegado tenía en la mano una cinta de papel del telégrafo, de varios metros de longitud, en la cual las noticias estaban registradas en puntos y rayas.

Leyó:

—«Tres vivas por James K. Polk y tres por el telégrafo.»

Aplausos frenéticos llenaron la sala de la convención ⁽³⁵⁾.

Como un gesto hacia los partidarios de Van Buren, la convención eligió vicepresidente al senador Si/as Wright, de Nueva York. En ese momento Wright se hallaba en Washington, en el Capitolio. Vail envió la noticia a Morse, quien se la transmitió a Wright. En respuesta, éste le solicitó al inventor que telegraficara diciendo que rechazaba el nombramiento. Morse envió el mensaje a Vail y éste, a su vez, se lo hizo llegar al presidente de la convención, quien lo leyó pocos minutos después de la votación. Los miembros de la convención se sorprendieron nuevamente. Le solicitaron por telégrafo que reconsiderara su decisión. Y por telégrafo también volvió a rehusarse. Y, mientras la todavía incrédula convención enviaba en tren una comisión a Washington, para que se cerciorara de que el telegrama le había informado correctamente a Wright, nombró en su reemplazo a G. M. Dallas, de Pensilvania.

El telégrafo había triunfado. En Baltimore, cientos de personas importunaban a Vail solicitándole permiso para entrar en su oficina, para poder decir que habían visto el telégrafo. En Washington, Morse experimentó el placer más hondo cuando el congresal Cave Johnson, de Tennessee, que una vez había solicitado que la asignación votada para el telégrafo fuera dividida con su mesmerismo, se adelantó hacia él y le dijo:

—Señor, he cedido. Es un invento sorprendente ⁽³⁶⁾.

Las noticias de las votaciones y del papel desempeñado por el telégrafo en la comunicación de sus resoluciones, circularon en la prensa de la nación. Morse juzgaba que difícilmente podía tomar un periódico, en el que no hubiera alguna referencia laudatoria a su telégrafo. En un diario nativista, de Nueva York, leyó lo que decía del orgullo del director porque él, «cuyas realizaciones en el mundo de la ciencia harán que su nombre pase a la posteridad, aun en el viento del rayo, es un ciudadano norteamericano —un neoyorquino—, pero, más que todo eso, distinguido... e identificado con el primer movimiento y organización del Partido Nativo Norteamericano» ⁽³⁷⁾. Leyó en el Herald, de Nueva York: poco más se hizo en Washington durante la convención, pero observen el «boletín del profesor Morse»; su telégrafo, declaraba el Herald, «no sólo marca una época en la trasmisión de noticias, sino que ha creado en el pensamiento... una nueva conciencia» ⁽³⁸⁾. El telégrafo produjo un «efecto eléctrico» en Washington, apuntaba un diario de Utica; el telégrafo —concluía— es, «incuestionablemente, el invento más grande de la época» ⁽³⁹⁾. Aunque Morse había pretendido durante doce años que el telégrafo sorprendería al mundo, mucha gente estaba sólo ahora convencida de que no era un engaño. Los «whigs» y los demócratas que se reunieron alrededor de Morse, en el Capitolio, uniéronse por lo menos en un sentimiento —dijo el *National Intelligencer*—; uniéronse en «una mezcla de deleite y admiración» por el telégrafo ⁽⁴⁰⁾.

Los estadounidenses se enorgullecían de su inventiva y de su gusto por los nuevos experimentos. Pero durante doce años habían ignorado el «invento más grande de la época». Doce años y, sin embargo, muchos de ellos recién abrían sus ojos lo suficiente como para maravillarse. Los yanquis avanzaban en gran número rumbo al oeste, arrancando de la tierra a quienes ellos llamaban pueblos inferiores. Pero un instrumento capaz de suavizar la emigración hacia el oeste había estado en discusión durante doce años y aun ahora nadie se atrevía a invertir dinero en él. Ahora se maravillaban los norteamericanos. Apenas enterados de que la mayor utilidad del telégrafo se encauzaría hacia la ruptura de las barreras entre las naciones, se preparaban a saludar al inventor como «héroe» norteamericano.

A su manera, el inventor también estaba maravillado. ¡Qué extraordinario era que él, un artista, hubiese sido elegido para revelar al hombre el significado de la

electricidad! ¡Qué maravilloso que él hubiese sido escogido para convertirse en un maestro en el arte de controlar el «fluido» seductor, que se conocía desde los días en que los griegos electrizaban el ámbar, pero que antes no había sido aplicado a los fines del hombre común! «¡Lo que ha creado Dios!». Como Jehová había creado a través de Israel, ahora Dios creaba a través de él.

«Esa frase de Annie Ellsworth fue dictada de manera divina —le escribió a su hermano—, porque está en mi mente día y noche. «¡Lo que ha creado Dios!». Es Su obra, y sólo El podría haberme llevado tan lejos en mis esfuerzos y permitido triunfar sobre los obstáculos, materiales y morales, que se me oponían.

«Que el elogio no sea para nosotros, no para nosotros, sino para Ti, ¡oh, Señor!»

«Ahora comienzo a temer los efectos del favor público, de miedo que vaya a inflamar ese orgullo y autosuficiencia que habita en mi pecho lo mismo que en el de los demás y que, ¡ay!, está tan pronto a encenderse con la chispa más ligera de elogio. Me siento realmente satisfecho y es lógico que me regocije, pero que me regocije con temor, y deseo que un sentido de subordinación y creciente obligación al Dador de todos los bienes y perfectos dones, me conserve humilde y circunspecto...

«Mr. S. todavía me perturba... Le ruego a Dios que me dé espíritu de justicia para tratar con él»⁽⁴¹⁾.

Capítulo 22

En el fuego de la fama

La responsabilidad por la prueba de la línea ya había socavado la genialidad acostumbrada de Morse. A Fisher lo había abandonado de manera abrupta. Con Smith había comenzado una guerra imprudente, aunque valiente. Se llevaba mejor con Vail, pero, especialmente después de que el viento cálido de la publicidad sopló sobre ellos, hasta él pasó por días despreciables de poner en duda las actitudes de su amigo. Poseyendo el sentido de una persona que ha conocido a hombres de diferentes categorías, el inventor comprendía algunos de los peligros que lo

acechaban. Había comenzado a rogar que el favor público no encendiera el orgullo en su corazón. Probablemente comprendía que desde la terminación de la prueba de la línea telegráfica, los descarriados propósitos de los cuatro poseedores de la patente se ponían progresivamente en juego.

Los celos corroían, sin duda, a los Vail. Alfred descendió hasta la pequeñez al anotar lo siguiente: «*El profesor Morse... sabe perfectamente bien que le sería difícil trabajar en el telégrafo sin mí*» ⁽¹⁾. Sugería que Morse ignoraba la manera de telegrafiar, aun como el nuevo operador, Henry J. Rogers; y Vail y Rogers se mofaban de su jefe mientras se enviaban telegramas por su pretensión de originalidad:

VAIL. — «El profesor Morse dice que mi plano de escalera lo proyectó él el invierno pasado».

ROGERS. — «¡Ah, ah!» ⁽²⁾.

Vail se quejaba una y otra vez de la demora de Morse en registrar en la oficina de patentes la asignación de su participación en las patentes. «*Si tiene algún motivo que impida hacerlo —escribió Vail en su diario— no es franco para determinar una objeción buena y válida. Resulta desagradable que se evada de un asunto de tanta importancia para mí y la familia que tengo a mi cargo*» ⁽³⁾. En pocos meses Morse hizo la asignación, para satisfacción de Vail. Pero más de un año después, George recordó a su hermano que, pese a sus pedidos repetidos, no le había asignado a George la mitad de los derechos en el telégrafo de Alfred. Mientras tanto, George aconsejó a éste que se refrenara y se mostrara más amigo de Morse, como medida política. Mientras que pocos días más tarde, George escribió a un posible comprador del telégrafo: «*A ningún hombre respeto más que al profesor Morse*» ⁽⁴⁾, ahora escribía a Alfred: «*He visto al profesor Morse cuando estuve en Nueva York. He llegado a la conclusión de que nada podríamos obtener sin su amistad e influencia. Si él prefiere ir contra nosotros, estamos perdidos. Y por lo tanto te recomendaría que le hagas cualquier concesión, excepto en materia de nuevos descubrimientos, que ahora deberías guardar en secreto*» ⁽⁵⁾. Pocos días después, continuaba: «*Lamento muchísimo que el profesor M. vacile por un momento en acordarnos lo que nos corresponde... Ansiaba fama y la ha conquistado. Sus ayudantes tampoco carecen de necesidad de fama, y todavía pueden casi conseguirla junto con la suya.*

Muchos reclaman para ti todo el honor, excepto la idea original; pero no la exijas hasta que tengamos en nuestras manos con seguridad nuestra participación. Los descubrimientos importantes tienen que mantenerse apartados del público. Podríamos ocupar un sitio mayor que una oficina de 8 x 10. Primero asegura tu posición en este país. Y haz esto pronto, pero no demuestres ansiedad» ⁽⁶⁾. Los socios estaban cogidos en un mar encrespado de celos y voracidad.

Consciente de que se lo arrastraba a una vorágine, Morse llegó a la conclusión de que se sentiría bien desembarazándose de la ligazón comercial del telégrafo. No estaba interesado en los beneficios que podrían rendir los contratos para la construcción de líneas. Deseaba vender los derechos de su patente y obtener sus ganancias sobre la venta, dejando la responsabilidad en la organización de compañías y construcción de líneas para otros. Si podía retener sus derechos hasta que los especuladores privados tuvieran que suplicar una participación, sabía que ganaría más. Pero ahora le era posible utilizar dinero efectivo. Lo que deseaba de manera más vehemente era vender sus derechos al gobierno de inmediato. Pues sería más fácil que venderlos en partes a empresas privadas. Además, creía en el principio de la propiedad del gobierno sobre el telégrafo. Siempre había tenido esta idea, aun antes de 1837, en que por vez primera propuso su utilización por el gobierno.

Vail y Gale también se hallaban ansiosos por desligarse de responsabilidades económicas. Pero Smith no lo estaba. Tenía visiones de grandes fortunas y se le iban las manos hacia ellas. Deseaba concertar un contrato con el gobierno para construir líneas telegráficas.

Vail, Morse y éste por sí y en su carácter de apoderado de Gale, hacían cálculos erróneos. Smith podría celebrar contratos para la construcción de líneas en algunas regiones —decían—, pero si tal ocurría, ellos no aceptarían la responsabilidad financiera o moral. Sugerían en cambio otras alternativas:

- 1. Proponemos vender al gobierno la Patente, por una suma determinada.*
- 2. Venderemos al gobierno el Telégrafo para su uso, dejándonos el derecho de vender los derechos a otros.*
- 3. Venderemos el derecho de construir, a tanto por kilómetro.*

4. Dejaremos que el gobierno prosiga las obras y construya una determinada extensión de líneas y que especifique el beneficio que se nos acordaría por el uso de ellas ⁽⁷⁾.

Las negociaciones con el gobierno comenzaron con las audiencias ante una comisión del Congreso. Cornell y Smith presentaron cálculos del costo por kilómetro de la línea telegráfica. Por desgracia, sus cálculos no concordaban: los de Smith eran más elevados ⁽⁸⁾ y pusieron entre él y Morse serios inconvenientes. El director de patentes, Ellsworth, ocasionó una «explosión» al encargarse de aconsejar a Morse que vendiera los derechos al gobierno, a razón de cincuenta dólares cada mil ochocientos cincuenta y dos metros, suma ésta inferior a la contemplada por Vail y por Smith. Vail consintió en aceptar, después de arrancar a Morse la promesa de que, si el gobierno realizaba la compra, su salario sería aumentado, y Morse obtendría tan sólo la cuarta parte de las ganancias que lograran de la venta de un folleto sobre telegrafía que iban a publicar. Smith, además, era inexorable. Aunque un año antes, en el *Maine Farmer*, había declarado que Ellsworth era tan responsable de las realizaciones en agricultura y mecánica como cualquier hombre en los Estados Unidos ⁽⁹⁾, ahora le escribía a Morse: «Si usted indujera a su amigo Ellsworth a que se ocupara de sus propios asuntos, no tendríamos inconvenientes; de otro modo, nunca saldremos de las dificultades» ⁽⁸⁾. La disputa del contrato de Bartlett desaparecía de la escena, para dar lugar a otra. *«Su fe cristiana, lo mismo que la mía, se pondrá a prueba —escribió Morse a Vail ese mismo día— en la «explosión» que acaba de tener lugar. Me presentaré esta mañana a la comisión. Mr. S. me ha escrito una acalorada carta acusando a mi amigo Mr. Ellsworth, en los términos más oprobiosos. Teniendo esto en cuenta, semejantes sentimientos no pueden sino cubrir los designios más oscuros hacia todos nosotros»* ⁽¹⁰⁾. Día tras día, Smith socavaba la fe de Morse en los hombres.

Las negociaciones marchaban de manera vacilante. El Congreso pasó a receso en la primavera de 1844, sin adoptar ninguna resolución. Abrigando aún la esperanza de que el gobierno podría adquirir el telégrafo, los propietarios viéronse obligados a recurrir a las empresas privadas.

Dos proposiciones les hicieron al mismo tiempo J. Reese Fry y Edward Fry, del North American, de Filadelfia; comenzaron negociaciones para instalar una línea entre ese importante centro industrial y Nueva York. Mientras continuaban las conversaciones con los Fry, Morse respondió a una consulta de un agente de Baltimore, ofreciendo vender sus derechos en la suma de cien mil dólares y dando un margen de comisión para el agente, de diez mil dólares. *«Tengo la certeza plena —le escribió a Smith, explicándole su ofrecimiento— de que ése no es el valor total, ni tampoco la mitad de lo que debiera recibir; pero, para tener mi mente libre para el control general y la extensión del sistema, y para perfeccionarlo, despreocupado de detalles económicos, renunciaré a la perspectiva de una remuneración mayor, pero más lejana»* ⁽¹¹⁾. Aparentemente, ahora deseaba verse desembarazado de asuntos financieros, no para retornar a la pintura, sino para perfeccionar su telégrafo. Estaba dispuesto, sin duda, a hacer grandes sacrificios para liberarse. Pocas semanas después, Vail se rehusó a vender su participación de dos dieciséis ayos de los derechos de la patente, por menos de cincuenta mil dólares. Según esa misma tarifa, Morse hubiera pedido para sus nueve dieciséis ayos el doble de lo que solicitó. Los Vail acordaron hacer ofertas al presunto comprador de Baltimore, sin enterarlo a Morse; Alfred Vail y Morse trataron de ocultar a Smith que Gale pensaba vender su participación a Henry Rogers. Pero todas las proposiciones dieron por tierra, y los propietarios continuaron en la vorágine de las sospechas.

Al principio, los pobladores de Washington se preguntaban cuánto les costaría el envío de bultos por telégrafo. Pero pronto estuvieron un poco más enterados. Iban al Capitolio o más tarde hasta las escaleras externas de una casa particular, en la calle Séptima, en procura de noticias sobre los tumultos católicos de Filadelfia, ocasión en que la policía utilizó las líneas de Morse, antes de servirse de las de Wheatstone, en Inglaterra; sobre la elección que llevó a Polk a la Casa Blanca; para observar el progreso de un juego de ajedrez telegráfico, en que un jugador estaba en Washington y el otro en Baltimore, y que, según creía Morse, había precedido en varios meses a todos los juegos de ajedrez practicados en Gran Bretaña. Iban también a enviar despachos. Una familia que había oído decir que uno de sus miembros había sido muerto en Baltimore, preguntó por telégrafo la veracidad del rumor, y en diez minutos fue aclarado. El ferrocarril de Baltimore y Ohio usó la

«línea rayo» para despachar trenes, los hombres de negocios para certificar cheques y los periódicos para recoger las últimas noticias.

La utilidad evidente del telégrafo era el argumento principal que esgrimían para el proyecto del Congreso, en el cual basaban los propietarios de la patente sus esperanzas ahora menguadas. Exigía la extensión del telégrafo a Nueva York, en casi las mismas condiciones en que había sido instalada la primera línea. Morse sería otra vez superintendente.

Todo el invierno Morse hizo antesala en el Congreso, como lo había hecho muchas veces antes. En enero le pareció que la cuestión de Texas estaba absorbiendo la atención por encima de todos los demás asuntos. En febrero se presentó una proposición para que la Cámara le solicitara que ideara un método telegráfico para recoger los votos. Fue ridiculizada. Sin embargo, poco después, Morse entró en conversaciones, en tal sentido, con Pratt, presidente de la comisión de Edificios Públicos. Por mil quinientos dólares ofreció construir en el centro de las bancas de la Cámara de Representantes un armazón luminoso, colocando allí para cada miembro una tarjeta sobre la que se apoyara una aguja magnética y conectar los hilos desde cada banca a cada tarjeta. Para dejar registrada su aprobación o su negativa, cada miembro sólo tendría que dar vuelta para uno u otro lado una manivela colocada en su banca ⁽¹²⁾. Morse esperaba, sin duda, que mediante ese proyecto la Cámara ahorraría tiempo, que podría dedicar a su proyecto de extensión del telégrafo.

Fue nuevamente el último día del período de sesiones, que el Congreso finalmente se ocupó de la compra y extensión del telégrafo. En lugar de aumentar la línea telegráfica votó apenas la suma de ocho mil dólares para continuar los trabajos del tramo Washington-Baltimore, y transfirió su administración, del Tesoro a la Dirección de Correos. Con el advenimiento de la administración de Polk, al día siguiente —marzo 4 de 1845—, Morse pasó a estar bajo la supervisión del director general de Correos, Cave Johnson, estadista que una vez había propuesto que el mesmerismo y el magnetismo compartieran el apoyo del Congreso. La responsabilidad por la extensión del telégrafo permaneció en la precaria posesión de los cuatro socios. Sus advertencias al Congreso habían quedado en agua de borrajas: la patente del telégrafo permanecía en manos privadas y la tendencia hacia el monopolio especulativo era inevitable.

Fue también el 4 de marzo que el ex director de Correos ofreció eximir a Morse del peso de todas las responsabilidades económicas que gravitaban sobre sus hastiados hombros. Amos Kendall propuso la venta de los derechos del telégrafo de Morse, ya fuera al gobierno o a los capitalistas, con una comisión del diez por ciento. En Kendall —un hombre de ojos penetrantes y delgados labios—reconoció Morse a la persona en quien podía confiar.

La primera época de su vida ofrecía una semejanza sorprendente con la de Morse. Como él, había leído de niño las geografías del doctor Morse, inventado una bomba, roto con los federalistas y sus correligionarios, y casado —en el otoño de 1818— con una mujer que murió pocos años más tarde, quedando viudo con varios niños. Como él también, había nacido en un hogar de congregacionalistas, de Massachusetts, abandonado el congregacionalismo por otra secta calvinista, y permanecido toda su vida férvidamente anti unitario.

De Massachusetts, Kendall partió para Kentucky, con el fin de enseñar y practicar leyes, pero se convirtió, en cambio, en un ardiente director de periódico jacksoniano, a quien los «whigs» aprendieron a llamar «el Robespierre de los Estados Unidos». Cuando Jackson llegó a la presidencia, lo nombró en un puesto inferior, en el Tesoro. Merced a sus escritos políticos llegó a ser, como dijo Harriet Martineau, «la fuerza motriz de la administración». Jackson lo nombró, eventualmente, director de Correos, puesto que ejerció durante un tiempo suficiente como para permitirle saldar las deudas de la repartición. Hacía poco que había adquirido una granja, al noreste del Capitolio (desde entonces se convirtió en el patio del Colegio Gallaudet) y en Washington dirigía una revista demócrata: el Kendall's Expository.

Su concepción del futuro del telégrafo difería sustancialmente de la del director de Correos que actuaba a la sazón, Caye Johnson. Kendall esperaba que el telégrafo llevara a la ruina a todos los diarios de amplia circulación, como el National Intelligencer y el Journal of Commerce. Juzgaba que se limitarían a la ciudad en que se publicaban, porque cuando llegaran por tren los grandes diarios, los periódicos locales ya habrían recibido las noticias con antelación por telégrafo.

Corno el Congreso no había acordado la extensión del telégrafo a Nueva York, Morse determinó confiar sus derechos a un político inteligente: Kendall, y urgió a

Vail y a Gale para que obraran en el mismo sentido. Su decisión —le escribió a Gale— *«fue aconsejada por nuestro amigo más sensato, debido particularmente a los actos de Smith, que es el mismo de siempre. Mr. Kendall consagrará casi todo su tiempo a ese asunto; hemos hecho esto, como ustedes verán, por su interés en que nuestra venta se haga a doscientos mil dólares, por todos los derechos de la patente. No corremos riesgo y contamos quizá con el hombre más competente del país para dirigir tal empresa»* ⁽¹³⁾. Vail y Gale se unieron a él en su cesión de los derechos a Kendall, para que se los administrara.

¡Smith retuvo sus derechos y los empleó para exigir del director de Correos, Johnson, la cuarta parte de los ocho mil dólares acordados por el gobierno para sufragar los gastos de la línea telegráfica Washington-Baltimore, porque era dueño de igual porcentaje de la patente! Kendall entendió perfectamente a Smith, pero, como su asentimiento era necesario para los contratos, determinó trabajar con él, y durante un tiempo lo logró de manera hábil.

En abril celebróse el primer contrato para la construcción privada de una línea telegráfica entre Washington y Mobile. Aunque sus términos se anunciaron en los diarios, con la esperanza de que estimulara el interés, Kendall no tenía fe en la otra parte del contrato.

En mayo, la unión débil de Smith y Kendall llevó a la formación de la Compañía de Telégrafos Magnéticos, la primera compañía telegráfica que logró éxito. Los primeros suscriptores de sus acciones eran con preferencia empresarios de casas de expresos o propietarios de diligencias que habían quedado fuera de sus negocios por el advenimiento del ferrocarril. Sin embargo, en la primera compañía, los propios telegrafistas figuraron a la vanguardia. Smith era holgadamente el más fuerte accionista de la primera compañía, con un total de dos mil setecientos cincuenta dólares. Y varios de sus asociados eran accionistas; su amigo B. B. French, empleado de la Cámara de Representantes; su cuñado, Charles Monroe y otros parientes, J. J. Haley y Eliphalet Case. Kendall adquirió acciones por valor de quinientos dólares y fue presidente. Aunque su sueldo anual como superintendente de la nueva compañía sólo sería del doble de esa cantidad, Cornell hizo la primera inversión de su famosa carrera: quinientos dólares. Charles Page, amigo de Morse e inspector en la oficina de patentes, se anotó con quinientos dólares, pero luego

llegó a la conclusión de que era indecoroso que un empleado de esa repartición tuviera intereses en una compañía que dependía de patentes, y nunca abonó la suscripción. El banquero de Washington, William W. Corcorán, que luego hallaría una galería de arte para colocar la tela El Recinto del Congreso, de Morse, suscribióse con mil dólares para su firma ⁽¹⁴⁾. El total de acciones colocadas ascendía solamente a quince mil dólares, pero se libró una suma doble para los suscriptores que pudieran surgir, y treinta mil dólares más para los propietarios de la patente, por el derecho de usar el telégrafo.

Durante las semanas siguientes surgía una compañía tras otra. El 5 de agosto, Kendall le informó a Morse que se habían constituido compañías para instalar líneas telegráficas de Nueva York a través de Albany, a Buffalo, y de Nueva York a Boston. Estaban en trámite asimismo otras negociaciones. *«Se ha hecho un arreglo con el caballero Henry O’Rielly —agregaba Kendall— mediante el cual él se ha comprometido a instalar una línea telegráfica occidental, a través de Pensilvania o Pittsburgh, ramificándose a San Luis y los Lagos. Se albergan dudas de que realice algo»*.

Kendall percatóse pronto de que O’Rielly no carecía de energía. Mientras tanto, Kendall y Smith ofrecieron adquirir los derechos de la patente de Morse, pero ninguno de los dos presentó los cien mil dólares que él todavía pedía ⁽¹⁵⁾. Y ahora las líneas de Buffalo a Nueva York y de ahí a Washington proporcionaban a los propietarios de las patentes la mitad del valor de sus acciones, y la línea entre Boston y Nueva York, más de la mitad. En acciones, por lo menos, Morse era un hombre de fortuna.

En cuanto la formación de las compañías telegráficas pareció asegurar su libertad de la pobreza, y la habilidad de Kendall para tratar con Smith prometió asegurar su libertad de los altercados con sus socios, Morse partió para Europa, para penetrar de nuevo en el mundo de las disputas. Impaciente, deseaba saber con certeza que los progresos en el exterior no amenazaban el éxito en su patria. Partió al día siguiente del informe favorable de Kendall.

En el momento en que marchaba para el Viejo Mundo, los diarios proclamaban que su telégrafo podía hallar un rival en el invento de otro ciudadano de Nueva Inglaterra: Royal E. House, de Vermont. Kendall aconsejó astutamente a su cliente

que examinara uno de los telégrafos de la Cámara de Representantes para comprobar la eficacia con que llenaba la exigencia de imprimir las letras romanas, y si era necesario, para efectuar un acuerdo con la Cámara, para aprovechar sus mejoras. Llegaría el día en que estaría mejor enterado, pero ahora Morse sólo experimentaba desprecio por el telégrafo de la Cámara. *«No debe abrigar temores —le escribió a Smith—. Está demostrado matemáticamente que no es de utilidad, comparado con el mío»* ⁽¹⁶⁾.

En Europa mostró la misma certeza. En Gran Bretaña visitó una oficina de telégrafos, la de su principal rival, Wheatstone, y arribó a la conclusión de que aun con un número reducido de hilos, era «difícil de manejar y complicado» ⁽¹⁷⁾. Ambos hombres se habían tornado interesados desde su entrevista cortés, en 1838. Entonces Morse había respetado el sistema de Wheatstone, aunque creía que el suyo era superior. Ahora, con una posición que defender, dependiendo tanto su honor como sus acciones de la preeminencia que mantuviera su propio invento, era menos gentil en sus juicios. Entonces había escrito que el invento de Wheatstone databa de la misma fecha que el suyo: 1832. Ahora mencionaba el año 1837 como la más antigua data que podía pretender Wheatstone para su invento. Entonces había reconocido francamente que la de Wheatstone era una creación independiente de la suya; ahora, en una declaración para una historia francesa del telégrafo, afirmaba que «tal vez él estaba equivocado al suponer que Wheatstone había tomado sus ideas» ⁽¹⁸⁾. Cuando examinó una de las líneas de Wheatstone, en los Países Bajos, descubrió que éste había desarrollado un telégrafo que empleaba una rueda de trinquete para hacer los signos visibles. ¡De inmediato Morse pretendió que el recurso era suyo porque le daba fuerza un electromagneto! Continuaba creyendo que su sistema era más simple y rápido, lo que en realidad era exacto; y porque registraba, lo que pronto iba a demostrar, ser una ventaja sólo debido a que el aparato registrador podía adaptarse para recibir las transmisiones por sonido. Comprendió que Wheatstone, a su vez, pensaba que el sistema norteamericano era «impracticable y absurdo» ⁽¹⁸⁾.

El sistema de Wheatstone no era preferido en Francia. «El podrá cantar en su propio gallinero —escribió Morse desde París— pero el gallo francés canta aquí» ⁽²⁰⁾. Y el gallo estadounidense cantó un poco también. Con la dirección de Bréguet, el

gobierno tenía en funcionamiento una línea experimental de París a Ruán. En compañía de su amigo Foy, que era todavía administrador de los telégrafos del gobierno, Morse inspeccionó la línea. De inmediato reconoció como suya también la línea de Bréguet, porque aunque mecánicamente no se parecía —era semejante al nuevo sistema de rueda de trinquete, de Wheatstone, y se leía observando las manecillas que señalaban las letras ubicadas en un cuadrante—, funcionaba por fuerza electromagnética. Morse llegó a la conclusión de que transmitiría sólo cerca de doce signos por minuto, mientras que el suyo propalaría sesenta, y, con algunos perfeccionamientos mecánicos, ciento cincuenta. Luego Foy le dijo que no entendía perfectamente el sistema de Bréguet; que podría transmitir treinta y ocho signos por minuto. Pero Morse continuaba «cantando...»

El gobierno francés estaba nuevamente por adoptar un sistema telegráfico para emplearlo en forma general. El venerado Arago, el mismo físico que lo había presentado por vez primera a la Academia de Ciencias, en 1838, era ahora presidente de la comisión encargada de resolver. Con amigos en París, con el apoyo de los diplomáticos norteamericanos, con el éxito de setenta y cinco kilómetros de líneas telegráficas, y contratos para dos mil cuatrocientos kilómetros más en los Estados Unidos, Morse podía presentar una buena foja de servicios para apoyar su propio sistema. Lo exhibió nuevamente ante la Academia y luego ante la Cámara de Diputados.

Su cuarta gira europea fue como la tercera: todo resultó infructuoso, menos los elogios. La Compañía Telegráfica Comercial General, de Londres, de la que Morse había esperado que adoptara su sistema, le dijo que lo prefería a los demás. Arago estuvo de acuerdo. Hamburgo lo recibió de manera tan jubilosa que él sintióse seguro de que su telégrafo sería adoptado allí. Mientras tanto, un amigo exhibía en Viena su aparato; el príncipe Metternich, que sin duda ignoraba que la sexta edición —corriente en ese entonces— de su Conspiración extranjera lo tildaba de archienemigo de los Estados Unidos, explicó de manera entusiasta al emperador, el funcionamiento del telégrafo de Morse, y el emperador expresó su placer al ver funcionar un invento del que tanto había oído hablar. Pero, como anteriormente, Europa no le proporcionó al norteamericano ni beneficios ni patentes; podía usar su instrumento sin obligación legal hacia él y hasta entonces ni siquiera había decidido

hacerlo. Recién más tarde su viaje produjo frutos. Al año siguiente, su sistema fue adoptado formalmente por el gobierno austríaco y por el francés no lo fue hasta 1856.

Gestionando la adopción del telégrafo en Europa, Morse ya no era ni artista creador, ni escritor, ni inventor. Sin embargo, todavía se formó delicados juicios de la gente y de los países. En una aldea holandesa sintióse desagradado por el aseo tan notable que destruía la animación natural de los niños; animóse cuando vio a lo largo de las orillas de un lago unos juncos intactos. En Francia confesó que le agradaba la cortesía, aun la ficticia, porque «si es que a uno lo tienen que engañar, prefiero serlo de una manera educada y cortés» ⁽²¹⁾. Como hombre, sus juicios eran tan hermosos como siempre. Como inventor, su pensamiento apenas se hallaba preparado para la nueva verdad; era cerrado en defensa de sus derechos legales, de sus inversiones monetarias y de su reputación.

En su patria, Morse encontró a sus lugartenientes Vail y Cornell enfadados. Cuando la línea de Baltimore a Nueva York llegó a orillas del Jersey, Vail intentó comunicarse desde Filadelfia con Cornell, que se hallaba en el extremo de la línea, en Fort Lee. En Filadelfia, Vail empleó uno de los electroimanes de Morse, como de costumbre, cerrado en una caja de manera que nadie pudiera descubrir su diseño. Empleando su propio magneto, como dijo Cornell, recibió los signos transmitidos por Vail, pero éste, empleando el magneto de Morse, no recibía los de aquél. Durante tres días, Vail correteó a lo largo de la línea, desde Filadelfia, buscando algún desperfecto en el hilo. Cada cuatro kilómetros, su galvanómetro indicaba que el hilo estaba ileso. Aún sin descubrir una rotura, llegó exhausto a Fort Lee. Cornell le dijo que usaba su propio magneto. Vail juró que el nuevo magneto nunca entraría en la oficina de Filadelfia.

Morse unióse a Vail para cerrar el paso a Cornell. Cuando supo que éste trataba de vender sus magnetos para usarlos en la línea de Morse, de Nueva York a Buffalo, escribió al jefe de la línea diciéndole que el magneto de Cornell estaba obstruido (como en realidad lo estaba) e impedido por los derechos de la patente. «*Debe refrenar sus sentimientos —le escribió Morse a Vail—. Es imposible pasar en la actualidad sin él, y la violencia de su oposición sólo le creará a él simpatías. Además, puede perjudicarnos mucho. Mi opinión sobre sus procedimientos no es*

más favorable que la suya, pero debemos aguardar una oportunidad más propicia para liberarnos de él» ⁽²²⁾.

Morse estaba irritable. Era enojosa la insubordinación de Cornell; al mismo tiempo, se hallaba ocupado en lograr que se reeditara su patente para incluir la discutible pretensión de derecho exclusivo sobre los telégrafos electromagnéticos, e intentaba vanamente ayudar a conectar la línea en Fort Lee con la que cruzaba el Hudson y terminaba cerca de la casa de Audubon, en la parte alta de Manhattan, utilizando hilos por debajo del agua o colocados en grandes postes (el Scientific American recomendaba suspender los hilos sobre el río desde globos aerostáticos) ⁽²³⁾. Quizá fuera debido a su irritabilidad que no se había hecho ahora amigo de Audubon, mientras hacía experimentos sobre métodos para cruzar el río en el lavadero de la casa de éste ⁽²⁴⁾.

Como sustituto del magneto de Cornell, Morse introdujo uno diseñado sobre el que empleaba Bréguet en su línea París-Ruán.

En Washington, el día de Navidad, Charles Page —que había fabricado una modificación del magneto de Morse, quien puede haberle comprado el permiso para usarlo como propio⁽²⁵⁾, estaba en la oficina del telégrafo. Los magnetos de Bréguet eran pequeños.

Colocando uno en un magneto de Morse, éste anunció: «*Hay una laucha sobre un elefante*». Page estaba satisfecho. El nuevo magneto era, no sólo convenientemente más pequeño, sino también más fuerte y barato que su propia modificación del de Morse. Declaró haber sido éste el regalo de Navidad más agradable que había recibido en toda su vida. Morse se conmovió por su ingenuidad ⁽²⁶⁾. Sin embargo, pronto introdujo en sus líneas magnetos del modelo de Bréguet, sin confesar públicamente su deuda hacia el autor. Legalmente no tenía la obligación de hacerlo. Pero aun en una carta dirigida a Arago, en la que acusaba a Bréguet de haber adoptado su sistema, y se refiere a su reducción del magneto a un tamaño muy pequeño, no admite esa deuda ⁽²⁷⁾.

Los nuevos magnetos de Bréguet desplazaron inmediatamente a los de Cornell, de modo que enjuiciar a éste era innecesario. Cornell y Morse, sin embargo, aun después, se vigilaron mutuamente de cerca. Aquél siguió controlando la construcción de las líneas de Morse y aumentando sus inversiones monetarias en las

que se diseminaban a través de Nueva York y la región de los Grandes Lagos. Cuando Kendall y Smith llegaron a la conclusión de que ya no podían trabajar juntos, Cornell apareció como aliado de éste, contra Kendall, Vail y Morse.

Mientras tanto, para prevenir otra amenaza que surgiera del seno de la creciente familia del telégrafo, los propietarios de la patente ordenaron que cualquier instrumento de sus líneas tendría que ser aprobado por Morse o Vail. Además, amenazaron con enjuiciar a quienquiera que construyera aparatos para uso en cualquier línea telegráfica que empleara el sistema electromagnético ⁽²⁸⁾. No es de sorprender que un grito popular de «monopolio», alimentado por los vituperios de la Cámara de Representantes y de otros competidores, surgiera contra los propietarios de la patente.

A Morse le parecía un misterio que Dios lo hubiese guiado a estudiar pintura durante tantos años y luego, de pronto, lo detuviera levantando una barrera en su camino. Ahora, de manera más misteriosa aún, la barrera contra la cual una vez había golpeado infructuosamente parecía que de súbito le abría paso.

Poco antes de partir para el Viejo Mundo había abandonado la presidencia de la Academia Nacional. Figuraba aún como profesor de arte en el catálogo de la Universidad de Nueva York, y en todos lados se lo llamaba «profesor», pero no tenía alumnos. En su última visita a París no visitó ni una vez el Louvre. Sus amigos artistas se alejaron de él. Cuando Allston felicitó a su alumno por la aprobación por el Congreso de su proyecto de construcción de la primera línea, Morse respondió que todavía no abandonaría la pintura, «sino que la perseguiría, aun con el telégrafo, y así la alcanzaría por fin» ⁽²⁹⁾. Poco después murió Allston. Morse fue a Cambridgeport a visitar a la familia, y el cuñado de su profesor, Richard Henry Dana (padre), le dijo:

—Usted no sabe... con qué cariño hablaba siempre Allston de usted y permítame que agregue el juicio elevado que tenía de su potencialidad artística ⁽³⁰⁾.

El tuerto Dunlap también había muerto. Y asimismo Inman. Pero la mayoría de los otros compañeros artistas de Nueva York —Cole, Cummings, Durand, Morton y Huntington— todavía trabajaban afanosamente en la Academia. Morse escribía

ahora raramente; se había desvinculado del alegre círculo de artistas y autores «Knickerbockers»^{lvii} que había conocido durante su primera estancia en Nueva York. La muerte de Inman fue lo que lo llevó nuevamente al arte. El panel de Inman en la siempre interrumpida serie de la rotonda del Capitolio, permanecía sin terminar. «Se está haciendo una moción para que me encarguen la Pintura de la Rotonda —le escribió Finley a su hermano Richard—; no he movido un dedo en el asunto, ni pienso hacerlo. Después del rudo golpe que he recibido como Pintor, al rechazárseme mis pedidos anteriores, nunca más me colocaré en el camino para que se me repudie nuevamente. Si se me ofreciera la Pintura, empero, aceptaría»⁽³¹⁾. Juzgaba que Dios había interrumpido su obra pictórica, para que dirigiera su atención al telégrafo. Pero ahora estaba completa su parte en la obra de dar el telégrafo al mundo. «Y en el momento en que todo lo esencial para su éxito ha sido realizado —le escribió a su hermano Sidney—. El ha ordenado que los acontecimientos se sucedan de manera tal que vuelva de nuevo mis pensamientos a mi casi sacrificado Isaac»⁽³²⁾.

Todavía era superintendente de la línea Washington-Baltimore; había ayudado en los detalles de la construcción de la de Nueva York a Filadelfia y colaborado en los detalles de la erección de muchas otras. Aún se irritaba por los elogios desmedidos de los periódicos a sus rivales. Hubiera necesitado un tirón para arrancarlo de estos enredos, pero él sabía que su invento podía ahora mantenerse solo. Porque los que invertían dinero lo apoyaban y por su propio beneficio cuidarían de que sus derechos fueran protegidos. Kendall haría el resto.

Habiendo excitado su vieja pasión, al pronunciar conferencias sobre arte en Washington y Baltimore⁽³³⁾, estaba preparado, como lo había manifestado desde sus primeros ensayos en el terreno del telégrafo, para retornar a su profesión.

Pasaron semanas y meses mientras aguardó una vez más a que el Congreso determinara su carrera. En el mes de mayo, en Washington, sus amigos se unieron para elevar un pedido en su favor. Los amigos de sus días de pintor respondieron, entre ellos Durand, que a la sazón era presidente de la Academia; Cummings, Chapman, Morton, G. C. Verplanck, Philip Hone, DeWitt Bloodgood y aun el aturdido director del New York Mirror, George P. Morris⁽³⁴⁾. Con la dirección de Vail, el

^{lvii} Descendientes de una de las primeras familias holandesas que se establecieron en Nueva York y, por extensión, el término se aplica a las familias. de abolengo. — N. del T.

retrato de su hija Susana —completado en 1837 y hasta donde se sabe, su última gran pintura—pendía en la rotonda del Capitolio, como una demostración de su potencialidad como pintor. Mientras que sus amigos podían gestionar su retorno a la pintura, él no hizo nada de su parte. Porque no deseaba ser humillado otra vez.

Mientras aguardaba, anticipando que podría reconquistar nuevamente a voluntad su habilidad en el manejo de los pinceles, ayudó en la instalación de los hilos telegráficos en una nueva zona. Hacia el verano de 1846, la ciudad de Nueva York estaba unida a Boston, Filadelfia y Washington, por líneas telegráficas; Filadelfia lo estaba, no solamente por la línea principal, sino ahora también con Harrisburg, y una línea hasta Pittsburgh estaba construyéndose, como asimismo otras adicionales. De acuerdo con un convenio celebrado con él, Livingston y Wells, de Nueva York, inauguraron la primera línea telegráfica en América británica, entre Toronto y Hamilton, el 19 de diciembre de 1846 ⁽³⁵⁾. Poco después, Yale, cuyas autoridades habían llegado una vez a la conclusión de que nunca sería un alumno útil, le había conferido el título de doctor en Leyes (que Morse interpretaba como doctor en líneas de rayos^{lviii}). Un diario de Nueva York comentaba: ¿No es el telégrafo «lo más conspicuo de la época? ... Como neoyorquinos, estamos orgullosos del doctor y también del edificio en cuyos «halls» silenciosos fue arreglado y perfeccionado ese mecanismo hermoso e ingenioso. La Universidad tiene mucho de qué enorgullecerse... Mientras que en Gran Bretaña, con ayuda del gobierno se ha logrado poner en funcionamiento, con gran trabajo, trescientos veinticinco kilómetros de líneas telegráficas... los Estados Unidos, con su empresa privada, tienen ahora funcionando perfectamente dos mil trescientos cincuenta kilómetros. Esa es la empresa estadounidense» ⁽³⁶⁾. Resultaba profundamente satisfactorio observar el renombre creciente y la divulgación de sus líneas a través del continente, pero estaba listo para abandonar el telégrafo por la pintura.

Más de dos años después de haber expresado su deseo de aceptar la comisión, recibió la noticia de la decisión del Congreso, por intermedio de un amigo de Washington: «Hoy acabo de enterarme de que, con su usual discriminación y justicia, el Congreso ha votado la suma de seis mil dólares para que el panel lo pinte el joven Powell. El comprometió, a todo Ohio y todos votaron fervientemente.

^{lviii} El título de doctor en leyes se abrevia en inglés L.L.D. y "doctor en líneas de rayos" se dice: "Lightning Line Doctor". De ahí la interpretación. —N. del T.

Nadie esperaba que resultara la cuestión. Entiendo que Nueva York estaba por usted» ⁽³⁷⁾.

Morse dejó que el Congreso decidiera su futuro. Su amor por el arte había perdido su poder por sobre todos sus otros amores. A la edad de cincuenta y cinco años dejaba perder su última oportunidad de convertirse nuevamente en creador. De manera patética volvió a la controversia del telégrafo.

Capítulo 23

Un victoriano toma esposa

Al comienzo, Morse y O' Rielly se mostraban respetuosos aun en sus disputas. Este no había cumplido en el tiempo estipulado su contrato con los propietarios de la patente de Morse para la construcción de una línea de Filadelfia a Harrisburg y Pittsburg. Pero, más importante que esto, él y los propietarios de la patente tenían ciertas diferencias en cuanto al convenio. Este otorgaba a O' Rielly derechos para «una línea» de Filadelfia a Pittsburg, y de allí, a través de Cincinnati, a San Luis y las ciudades principales de los Grandes Lagos. Empero, le daba también el mismo privilegio no para «una línea», sino para «cualquier línea más allá de Pittsburg, hasta cualquier punto de importancia comercial» ⁽¹⁾. O' Rielly, expansivo y ambicioso, interpretó el contrato en el sentido de que podía establecer, en el número que deseara, compañías independientes en la zona al oeste de Pittsburg. Los propietarios de la patente, por el contrario, insistían en que el significado de la frase «una línea» era mantener el control en una compañía, en interés de la eficacia del servicio telegráfico. La disputa fue llevada al tribunal de justicia de Filadelfia, en febrero de 1847.

Smith solicitó que se anulara el contrato, porque O' Rielly lo había violado. Sin embargo, Morse deseó llegar a un arreglo. Opinaba que abandonarlo, aunque legalmente defendible, sería moralmente equivocado. Pensó que O' Rielly había demostrado ser un hombre de grandes energías, pero, circunstancias infortunadas, solamente habían impedido la terminación de la línea de Pensilvania, en el plazo estipulado. Los propietarios de la patente solicitaron que su participación en las

acciones de cualquier compañía que estableciera, O' Rielly pudiera aumentarse de un cuarto a la mitad, si se continuaba el contrato. Morse estaba dispuesto hasta aceptar esa exigencia «si ellos llevaran a cabo la unidad que deseábamos» ⁽²⁾.

Pero la inclinación de Morse a transigir desapareció con la decisión de la corte. El juez excluyó el caso, basándose en un tecnicismo y, apartándose de cualquier requisito legal, comentó que creía que O' Rielly había interpretado correctamente el contrato.

Irlandés inquieto, a la edad de veintiún años O' Rielly era director del Daily Advertiser, de Rochester, que se dice fue el primer diario publicado al oeste del Hudson. Siendo demócrata y uno de los importantes propulsores de la agricultura y la canalización, fue nombrado por Kendall jefe de Correos de Rochester. Ahora estaba en marcha hacia la dirección de un gran «imperio» telegráfico, e iba a morir, sin un centavo, en una mísera casa de Nueva York.

Pocos días después, Morse vio en los diarios que O' Rielly estaba por construir líneas telegráficas, según los términos del mismo contrato, de Buffalo a Chicago y de San Luis a Nueva Orleans.

«Por favor, ¿quiere decirme qué significa todo esto? —le interrogó a Kendall—. ¿Es consecuencia de la decisión de Filadelfia el dar a O' Rielly y a sus Socios la construcción de todos los telégrafos de la Unión?... ¡Ay!, confieso que mi respeto hacia la forma en que se aplican las leyes se ha conmovido bastante con la última decisión. Advierto que no hay seguridad. Nunca he sido más engañador y la consecuencia es que dudo de todo y de si, según la ley, poseo algún derecho» ⁽³⁾.

Hacia el mes de setiembre, los propietarios de la patente habían decidido proceder como si el contrato con O' Rielly hubiese sido anulado. Se distribuyeron las responsabilidades de manera que Kendall tuviera los derechos de la patente en los Estados centrales y sureños, y Smith en su territorio natal de Nueva Inglaterra y, como era bueno para pleitear, en el debatido oeste. Pero O' Rielly continuó, como dijo Morse, «*ensalzando y siendo ensalzado en los diarios, como activo y pleno de energías en la construcción de líneas*» ⁽⁴⁾.

Hacia el mes de noviembre, O' Rielly, que hasta hacía poco había estado de acuerdo con Morse en que el telégrafo de letras impresas de la Cámara de Representantes era una «farsa», adquirió una participación en la patente de la Cámara. Ahora, los

dos mayores rivales de los intereses de Morse, O'Rielly y la Cámara, eran aliados. Comenzaron la construcción de una línea de la Cámara entre Nueva York y Filadelfia, y amenazaron establecer otra entre aquella ciudad y Buffalo. Continuaron construyendo líneas de Morse en el oeste. Los suscriptores que integraban el capital de la nueva línea Morse, de Cornell, de Buffalo a través de la parte norte del Canadá hasta Detroit, dilataron sus pagos para aguardar el resultado de la disputa.

En Nueva York, todos los diarios atacaron a Morse, excepto el Herald y el Sun, periódicos despreciados, «de un centavo», precursores de la prensa sensacionalista. Las hojas con amplia circulación fuera de la ciudad, hasta su preferido Journal of Commerce, se opusieron a él, según creía, porque había ocurrido justamente lo que había sido pronosticado por Kendall. El telégrafo se adelantaba a los diarios metropolitanos en llevar las noticias a las ciudades, pequeñas y a los pueblos. Los directores metropolitanos se molestaban por la disminución de la circulación de sus periódicos. Sin embargo, sabiendo que el telégrafo no podría ser desplazado, aplaudían a O'Rielly y a menudo hacían inversiones en sus compañías telegráficas, con la esperanza de que él desbarataría las patentes y reduciría los gastos de sus servicios noticiosos telegráficos. En su forma precipitada, Morse declaró que Hale y Hallock, del Journal of Commerce, se mostraban *«contentos... de que ellos estén dispuestos a estorbarme y privarme de la mitad de mi propiedad, ¡para lograr sus noticias Telegráficas un poco más baratas!»* ⁽⁵⁾.

La mayoría de los diarios del país adoptaron la misma posición. «La prensa del oeste, lo mismo que la de aquí, demuestra prejuicios hacia mí —le explicaba Finley a Sidney— porque tienen que abonar cierta suma por las noticias —una mera pitanza considerando su valor—. Desean que sean más baratas; por eso, aparte de todo lo demás, sea que tenga derechos o que mis opositores no posean ninguno, se unen en el grito de «monopolio» ⁽⁶⁾. Admitiendo los cargos de O'Rielly, extractaban las mofas de los mensajes mutilados que llegaban a sus oficinas procedentes de las líneas de Morse; aplaudían la tormenta que arrancó los hilos de la línea de Morse de sus postes, y acusaban al inventor de que había hurtado su sistema a Steinheil.

Mientras tanto, O'Rielly reunía fuerzas. No sólo tenía los derechos de la Cámara a su favor, sino que también adquirió los de otros telégrafos, entre ellos los de Barnes y Zook. Al anoticiarse de estos nuevos movimientos, Faxton, presidente de la línea

Buffalo- Nueva York, de la que el propio Morse era uno de sus directores,, expresó su inquietud. Morse le contestó en una carta singularmente cáustica. «El Telégrafo es una empresa provechosa —le escribió—; de ahí que intenten piratearlo... «Donde hay miel estarán las abejas», y no sólo abejas, sino toda clase de moscardas, moscas asquerosas y polillas...»

«Ahora, estimado señor, supóngase que yo contestara todas las falsedades, injurias y brulotes que los conspiradores de O'Rielly en. Albany, Rochester, Nueva York y fuera, en el oeste, me dirigen diariamente (y hay muchos de ellos, Directores de Diarios, que desean los despachos gratuitamente, y de ahí su hostilidad y sus deseos de perjudicar lo que han elegido denominar monopolio), por favor, ¿qué tendría que hacer?...

«Disminuya lo que crea conveniente, de lo que le voy a decir, para establecer mi parcialidad, pero recuerde lo que digo. Hasta ahora nada se ha inventado como mi sistema Telegráfico. Desde que lo he puesto en funcionamiento, ninguna persona le ha introducida modificaciones.»

Quizá Mr. Faxton se habrá detenido a pensar si Morse olvidaba la ayuda de Vail y que el magneto Bréguet había sido útil. Posiblemente Vail, Bréguet, Page y Cornell no habían hecho mejoras esenciales en su sistema, pero, sin duda, habían contribuido a su perfeccionamiento.

Pero cuando Faxton leyó todas esas afirmaciones, su importancia bien puede haberlo sorprendido. *«Hasta ahora nada se ha inventado como mi sistema Telegráfico. Desde que lo he puesto en funcionamiento ninguna persona le ha introducido modificaciones. Ninguna modificación puede introducirse que pueda competir con mi sistema. He manifestado por escrito estas declaraciones y usted está en posesión de ellas. Cuando yo incurra en un error, podrá echarme en cara mi jactancia»* ⁽⁷⁾.

Hace tiempo que la historia se lo ha echado en cara, aun si Mr. Faxton dejó de hacerlo. A los ocho años de esa manifestación, el propio Morse consentía en introducir en los Estados Unidos una modificación radical: el sistema de telégrafo doble de Gintl, mediante el cual se podían enviar despachos por el mismo hilo simultáneamente en direcciones opuestas ⁽⁸⁾. Mientras que el sistema de Morse poco menos que conquistó a todos sus rivales en su época, había pasado por tantas

modificaciones fundamentales que puede decirse que éstas reemplazaron a su sistema primitivo. Las controversias fueron creadas en parte por la circunstancia de que los Estados Unidos no lo recompensaron por su invento como Francia lo hizo con Daguerre, y porque su país no adquirió su telégrafo de inmediato, explotándolo como empresa del gobierno, como había esperado al principio. En consecuencia, los capitalistas se disputaban para sacar el mejor provecho de la nueva mina de oro. Sin embargo, en gran parte él podía haber evitado las controversias, dejándoselas a Kendall y a los capitalistas cuyos intereses iban a defenderlo. Pero no pudo sustraerse a ellas. Por naturaleza gustaba de la controversia y consideraba sagrada la defensa de la originalidad de su invento. Carecía de experiencia como hombre de ciencia, de modo que sus emociones estaban tan ligadas al hijo de su cerebro, que cuando alguien proponía que se le enseñara al padre algo que ignoraba, el padre se sentía difamado.

Cuando O'Rielly comenzó a construir una línea de Louisville a Nueva Orleáns, con los instrumentos de Barnes y Zook, Morse y sus colegas decidieron que había llegado el momento de bloquearlo. Ellos creían que los instrumentos de Barnes y Zook se empleaban en violación de la patente de Morse, porque empleaban el electro-magneto y, según la pretensión de la patente reeditada de Morse, blanco de muchos chistes en la prensa, éste tenía los derechos de cualquier empleo de electromagnetismo en el telégrafo. El inventor se preparó para lanzarse otra vez contra O'Rielly en la corte, y, al mismo tiempo, hostigarlo instalando una línea Morse en la misma, hasta Nueva Orleáns.

Desde Pittsburg, los postes del telégrafo de Morse comenzaron a surgir hacia Nashville. Durante cerca de veintiocho kilómetros, sus líneas y las de O'Rielly corrían paralelas. Shaffner, el capataz de los trabajos de Morse, previó inconvenientes y armó a sus hombres. «Esto es de lamentar —escribió a Morse—, pero si llega no fracasaremos» ⁽⁹⁾.

Morse guardaba el equilibrio. «Le digo categóricamente —le escribió a Shaffner— que si la ley no puede protegerme y salvaguardar mis derechos en su zona, nunca autorizaré que se recurra a la fuerza para apoyarme, por más certeza que tenga de poseer la razón... Si las cuadrillas se juntan al colocar los postes o los hilos, deje que nuestros rivales salgan con la suya, sin que se los moleste» ⁽¹⁰⁾.

Sin embargo, Shaffner cuidó que la cuadrilla de O'Rielly supiera que la suya estaba preparada. Llegó el momento en que se juntaron en un tramo, paralelamente. Los hombres de O'Rielly gritaron. Los de Morse también lo hicieron. Durante veintiocho kilómetros trabajaron viéndose y oyéndose mutuamente, y con la mayor rapidez. Cuando un hombre terminaba de cavar un pozo para colocar un poste, corría hasta el sitio en que debía colocar el siguiente. Cantaban de un lado a otro canciones como una escrita por Reid, que decía:

¡Muchachos!, lleven adelante el hilo del telégrafo, Por el Ohio abajo.

Setecientos cuarenta kilómetros listos

Y por recorrer, otros cientos ⁽¹¹⁾.

La cuadrilla de Morse aventajó a la de sus rivales, como escribió Shaffner, sin duda desagradado, a su jefe, «sin derramar ni una gota de sangre» ⁽¹²⁾.

Como la carrera continuaba hacia Nueva Orleáns, Morse halló solaz en los primeros diez versos del salmo trigésimo séptimo: «No te impacientes a causa de los malignos... ».

Antes de que las líneas llegaran a la pintoresca ciudad de Nueva Orleáns, los propietarios de la patente de Morse promovieron juicio contra O'Rielly por emplear el «Columbian», sistema telegráfico de Barnes y Zook. Morse se trasladó a Kentucky para seguir las actuaciones. Lo acompañaba su segunda esposa.

A Sidney se le ocurrió de pronto un verano que Finley debía tener una granja. Con ello no sólo lograría por fin una casa, sino también proporcionaría trabajo a su hijo Charles, cuya ocupación constituía la desesperación de la familia; hasta elevaría a los vecinos. «El gusto de Finley por el paisaje de campo tendría un excelente sitio de expansión, con la ejecución de tal proyecto —escribió Sidney a su casa— ...El problema sería desplegar el mayor buen gusto posible con el menor gasto, y especialmente proporcionar modelos para granjas netamente estadounidenses» ⁽¹³⁾.

Finley ya había buscado un sitio de campo cuando le llegó la carta de Sidney. Después de la venta de la línea del gobierno a una empresa privada, abandonó Washington y vivió durante un tiempo en dos habitaciones, en el edificio del Observer, comiendo en una pensión. Pero ya no necesitaba guardar sus monedas. El Observer estaba prosperando y los dos hermanos tenían familia y hogar propio en Nueva York; él, también, tenía una entrada suficiente de las acciones del

telégrafo, como para reunirse por fin con su familia dispersa. Que la carta de su hermano llegara justamente cuando ya había elegido una «granja» —un terreno grande al sur de Poughkeepsie— parecía una insinuación providencial que cumplía estrictamente.

Era una hacienda de cien acres^{lix} la que adquirió el inventor, más bien que una granja. Acordó abonar por ella diecisiete mil quinientos dólares, además de un descuento para ganado e instrumentos de granja. Sus vecinos no eran simples cultivadores de la tierra, sino los van Rensselaer y los Livingston. Desde antes de la Revolución, esa hacienda había sido de propiedad de estos últimos, parientes lejanos del hombre que había ayudado a Fulton a construir los barcos a vapor que por vez primera remontaron de norte a sur el río ubicado más al sur.

Desde la casa de Morse se podía ver, por sobre los árboles, un vallecito profundo y, más allá, bosques que se extendían hasta el Hudson azul y gris. Al otro lado del río, hacia el norte, en los días claros podía ver los montes Catskill y hacia el sur los Fishkills. Cerca de la casa había un terreno desbrozado para el cultivo, suficiente para que Sidney y Richard construyeran casas y tuvieran un jardín de veinte acres cada uno. A cuatro kilómetros, en Poughkeepsie, había excelentes tiendas, colegios e iglesias.

Hacia el verano de 1847, Morse tenía a sus tres hijos consigo, en su propia casa, por vez primera en veinte años. En la nueva vivienda colgó el retrato de uno de los miembros de la familia que particularmente había ansiado un hogar: Lucrecia. Su hija mayor, Susana, podía ahora pasar largos períodos de pausa con él, alejada de su solitaria vida de plantación en Puerto Rico, y su presencia era siempre agradable. El pobre Fin, un peso para la familia desde que había quedado con una afección cerebral a causa de la escarlatina, halló en la hacienda un cálido hogar. El niño a quien Lucrecia llamaba «el pequeño Charles», el enfermizo, era ahora un joven inestable a quien el sitio proporcionaba trabajo sano. Ahora había otro «pequeño Charles», el nieto de Lucrecia, hijo de Susana, para jugar debajo de los algarrobos y tirar de la cola al paciente perro de Terranova.

^{lix} Antigua medida agraria, equivalente a cuarenta áreas y cuarenta y siete centiáreas. — N. del T.

Morse pronto se sintió que pertenecía a su nuevo hogar. Le agradó saber, después de bautizarlo con el nombre de «Bosquecillo de algarrobos» por los muchos que había alrededor, que el joven

Livingston, a quien perteneció una vez la hacienda, le había dado el mismo nombre. Se enteró también de que Catherine Livingston, la hija del juez, había sido también galanteada debajo de esos algarrobos, por su tío de Utica, Arthur Breese. Y Morse se sintió más a gusto que nunca cuando en la primavera, su hijo Charles se casó con una nieta de esos amantes que una vez pasearon debajo del «Bosquecillo de algarrobos».

En el mes de junio de esa primera temporada en su nuevo hogar, Morse fue a Utica para asistir a la boda de Charles. La novia era la hermosa Mannette Lansing, quien demostró ser tan poco digna de confianza como Charles. La fiesta del casamiento se efectuó en la casa de la señora Sarah Ann. Walker, en cuyas paredes colgaban los cuadros que Morse había pintado para ilustrar el poema «Serenata», escrito para Sarah Ann años antes. Morse conocía a Mr. Walker, que era director de la línea telegráfica Nueva York-Buffalo y luego sucedió a Faxton en el puesto de presidente. Muchos miembros de la familia Breese vivían en Utica o sus alrededores y, sin duda, la casa estaba llena de gente. El tío Samuel Sidney Breese no estaba lejos; se hallaba en Sconandoa. El tío Arthur había muerto, pero su segunda esposa vivía aún en Utica y probablemente tres de sus hijas estaban presentes en la reunión familiar: Mrs. Walker, la dueña de casa; Mrs. Lansing, madre de la novia, y Mrs. Griswold, madre de Sarah Griswold, madrina de bodas.

Morse recordaba a su prima Sarah. La había encontrado anteriormente en casa de Cousin Sands, en Nueva York. Entonces sorprendióse —como ahora lo recordaba— «por su belleza, su naturalidad, sus maneras amables y su desgracia de ser sorda y defectuosa en su hablar» ⁽¹⁴⁾. Habíase enamorado de la muchacha y su desgracia sólo lo inclinaba más hacia ella. Reflexionando sobre el asunto, llegó a la conclusión de que no tenía derecho de pensar en casarse. Ambos carecían de dinero, y cuanto más pensaba en ello, más se aseguraba de que ni siquiera debía revelarle sus sentimientos. Por su pobreza había sido rechazado demasiadas veces. Por eso no deseaba que se lo hiriera o herirla a ella. Pero entonces, seis o siete años atrás, Sarah era sólo una muchacha; ahora era una mujer de veintiséis años. Había nacido

en la Navidad de 1822, más o menos en la misma época que su hijo Charles, el novio.

Morse observaba a la bella y sorda madrina. Era una belleza morena como su Lucrecia. Cuando ella vio a su hijo Fin, que por su atraso era ignorado por sus despiertos primos, lo tomó de la mano, caminó con él entre las visitas y finalmente lo sentó a su lado, haciéndose entender perfectamente como para divertirlo. Su bondad llenó de júbilo el corazón del padre; determinó entonces, ahora que estaba en una situación próspera y ella madura, solicitarle que se casara. Lo hizo y fue aceptado.

Siguió la incertidumbre. La madre de Sarah, Mrs. Griswold, no se oponía a la boda, pero su hermana, la madre de la muchacha con quien acababa de casarse Charles, ponía objeciones y sabía cómo hacer sentir su influencia. Los trámites duraron varias semanas. Mrs. Lansing visitó durante unos días «el bosquecillo de los algarrobos», en el que su madre había sido cortejada, y, al hacerlo, perjudicó otro cortejo. «Tenemos la más violenta y (entre nosotros) la más egoísta e imprudente oposición —escribió Morse a su hermano— de parte de Mrs. Lansing, la madre de Mannette, que se la comunica a Mannette y ligeramente a Charles, hasta que me di cuenta que mi hogar podía entristecerse por esa influencia de lo más injuriosa e impertinente.» Acaso Mrs. Lansing había leído los cargos de O'Rielly, en el sentido de que Morse deseaba ser millonario y tal vez ella esperaba que sus recursos no se repartieran entre tantos primos, sino entre Mannette y ella. Era sólo el problema económico el que Morse mencionaba a sus hermanos como interponiéndose entre ellos, aunque otras dificultades pueden haber mediado: la diferencia de treinta y un años que existía entre ambos, y el hecho de que era hija de su prima o de que era sorda.

Una vez, durante esos años de disensiones familiares, alguien le dijo a Sarah que se rumoreaba que ella no se casaría con Morse si no fuera adinerado. Ella respondía con vehemencia en su lenguaje defectuoso:

¡Oh!, desearía que fuera pobre y entonces le haría saber si lo amo o no.

—Bueno, Sarah —alguien le replicó—, supongamos que se le quitaran sus propiedades y ocurriera algo que de ningún modo pudiéramos prever ahora, ¿qué haría?

Quizás alguien contemplaba una victoria de O’Rielly...

— ¿Qué haría? —contestó ella—.

— ¡Ca!, sostenerlo con mis propias manos ⁽¹⁴⁾.

Morse no le comunicó a su hermano Richard la noticia de su casamiento hasta dos semanas antes de la fecha en que se realizaría la boda. Como advirtió Morse, era demasiado tarde para que la desaprobara. Tal vez para evitar las censuras por haber escogido una muchacha sin fortuna o experiencia social, escribió que la había elegido, en parte precisamente, porque la necesitaba. La carta era franca. Decía:

Washington, julio 29 de 1848.

Querido hermano:

Deseo informarte yo mismo, antes de que lo sepas por otro conducto, que pronto me casaré con la agradabilísima prima segunda nuestra: Sarah Elizabeth Griswold, la hermosa hija de nuestra Prima Catherine Griswold, que durante muchos años fue sorda y muda, pero que gradualmente ha recobrado el oído y el uso de la palabra, hasta que, en la actualidad, por lo menos yo no encuentro dificultad en conversar con ella en el tono natural de mi voz. Tiene veintiséis años; por lo tanto, es madura. Si algo a primera vista te sorprende por mi elección, no abras juicio ninguno hasta que te explique personalmente. Por lo menos sabes que en todas mis determinaciones, especialmente en las relacionadas con asuntos tan serios, tengo la costumbre de pedir el consejo de todas las fuentes de sabiduría, y las señales de sus manos y sus indicaciones son tan manifiestas que no abrigo la más leve duda de que El, al fin, ha oído mis ruegos y me ha concedido un obsequio digno de él mismo. No dudo del cariño sincero que ella me profesa, y poseo tantas muestras de él que me asegura doblemente y triplemente. Sidney, tú sabes, acostumbraba a decir antes de casarse, que estaba dispuesto a elegir una muchacha pobre, de familia respetable, que tuviera, además del afecto personal, el sentimiento de gratitud y la amistad hacia ella. En mi elección tengo esas garantías de gran amor de manera triple.

1. *Somos parientes en un grado que, mientras no impide (por lo cercano) una alianza, es lo suficientemente próximo como para despertar un fuerte afecto natural.*
2. *Carece de dinero y, hasta cierto punto, tanto ella como su madre han dependido de Mr. Goodrich, que se casó con su hermana Cornelia. Digo hasta cierto punto porque es de espíritu noble e independiente y durante los últimos años se ha proporcionado a sí misma la ropa merced a una asidua labor de aguja, a fin de proveerse algunos artículos de fantasía para la tienda de su hermano. Estos rasgos de carácter son los que por lo menos tú y Sidney apreciarán.*
3. *Su madre vivirá con nosotros, si lo prefiere, durante una parte de la temporada. Estas garantías de afecto, aparte del amor personal, te percatarás de que son tales como para asegurar la creencia en su realidad y continuidad.*

Su madre le ha dado su aprobación cordial... Ayer he recibido por Telégrafo su consentimiento... En Mrs. Lansing he hallado la peor oposición, lo que amenazó con producir una ruptura en la familia. Tengo mucho que decirte en ese asunto y deseo advertirte para que, en el estado actual de las cosas, no te comprometas tú o cualquiera de tu familia, con hechos o palabras que puedan ser interpretados como desaprobación, hasta que te vea y te pueda explicar extensamente los asuntos...

Fui llamado apresuradamente aquí para verme con mi consultor de Louisville antes de comenzar el juicio contra los piratas de esa zona...

Cariños para todos. Con gran prisa.

*Tu Hermano Cariñoso
Finley.*

P. D.: Mis asuntos financieros parecen brillantes, pero guarda este hecho para ti exclusivamente.

P. D. 2: Sarah no es creyente, pero está deseosa de oír mis explicaciones sobre la religión; de la manera en que manifiesta su interés en el asunto, no

puedo sino esperar que Dios determine guiar a esta Dulce Criatura hacia el Salvador. Ruega por ella y por mí. Tenía el hábito de concurrir a la Iglesia Episcopal, pero no es una fanática... ⁽¹⁵⁾.

El 10 de agosto del año en que se declaró la primera convención de los derechos femeninos, en los Estados Unidos, Morse se casó —en la iglesia episcopal de Utica— con la mujer que eligió porque ella tenía que depender de alguien para su subsistencia.

Los novios partieron inmediatamente de Utica para encontrar a O’Rielly en los tribunales de Kentucky. Durante el viaje (era el primero que el inventor realizaba «*al otro lado de las montañas*») Morse observó que su esposa era sensible a la belleza del panorama; que nunca se fatigaba, estando siempre lista en el momento oportuno; que vestía con sobriedad en todas las ocasiones.

Sarah es... amable, cariñosa y devota —declaró fervientemente—. Al expresar que mi querida Lucrecia no podría serlo más, queda todo dicho» ⁽¹⁶⁾. Por más desordenada que estuviera su habitación en la Weisiger House, en Frankfort, cuando ella estaba ausente, volvía a adquirir un orden perfecto en presencia suya. Parecía contenta y alegre; estaba continuamente ocupada, cosiendo o leyendo en un rincón de la habitación. Sea por su pobreza o por su dificultad en el habla y la audición, convirtiéndose pronto en una ayudante atenta, sin presumir por lo menos según lo indica la correspondencia, de ser su consejera legal o financiera. Demostraba la subordinación que su esposo esperaba y deseaba.

Morse informó orgulloso a sus hermanos de las atenciones que tenían para con su esposa. Les dijo que la señora del gobernador electo, Crittenden, le había enviado un «fino cajón de duraznos de su quintan. Les envió la copia de la nota publicada por el Louisville Courier, «el diario que se había expresado de manera más virulenta contra mí»: «*El profesor Morse, hombre de ciencia que en estos momentos se halla en Kentucky siguiendo juicio contra O’Rielly, se ha casado recientemente con una hermosa dama, adquirió una hermosa granja y construyó una hermosa casa a orillas del río Hudson, en la que tiene la intención de establecerse y vivir tranquilo por el resto de su vida*» ⁽¹⁶⁾.

Capítulo 24

En juicio

Todas las mañanas, a las 10 en punto, el profesor y Mrs. Morse aparecían en el tribunal. A las 15, hora en que terminaba la sesión, regresaban a la Weisiger House. Entre las 15 y las 18 el inventor conferenciaba en una habitación del hotel, con sus consejeros, incluyendo a Kendall, y con el luchador y benigno Shaffner; mientras O'Rielly lo hacía con los suyos en otra. A las 18 horas los consejeros de ambos contendores, Morse y su esposa, el presuntuoso O'Rielly y su despierto hijo cenaban juntos y luego salían a caminar por la acera y bajo los árboles frente al hotel. Los abogados locales que figuraban entre los consejeros hablaban de los ásperos días en que Frankfort, con unos seiscientos habitantes, era la capital de Kentucky. Kendall, completamente a gusto en Frankfort, en donde antes había dirigido un diario, narraba cuentos sobre Old Hickory, cuya biografía había comenzado. Morse hablaba de su viejo profesor, West, y de los famosos hombres de ciencia que habían introducido su telégrafo en París: Humboldt y Arago. Jefferson Davis entretenía a la reunión con relatos de la guerra mexicana. El gobernador electo, Crittenden, y el senador Metcalfe, aprovecharon la oportunidad de hacerse amigos de Morse. La pequeña capital sabía que era centro de un juicio famoso y sacó de él el mejor partido.

El resto del país también estaba enterado de lo que sucedía en Kentucky. «Este es uno de los pleitos más importantes que jamás se han ventilado en los Estados Unidos» ⁽¹⁾, decía el American, de Filadelfia, deseando fervientemente que el tribunal privara a Morse de extender con libertad su mano codiciosa para apoderarse de todos los telégrafos electromagnéticos.

Con hastío escuchaba Morse la presentación de las pruebas acerca de si él o Steinheil habían inventado realmente el telégrafo; sobre la diferencia entre el telégrafo «Columbian» y el de Morse, y sobre el significado de los derechos en las patentes de Morse. Al cabo de dieciséis días, el juez federal anunció la decisión. Declaró que Morse era el inventor del telégrafo que lleva su nombre y dictó una prohibición contra O'Rielly. Establecióse que Morse poseería en lo futuro los

derechos de la patente para el empleo absoluto del electromagnetismo en telegrafía.

El telégrafo de Morse divulgó la noticia de la decisión por todo el país. En el *Tribune*, Horace Greeley dijo: *«En la creencia de que las pretensiones presentadas por el profesor Morse para llegar a un monopolio de todos los medios posibles de comunicación de ideas por medio de la electricidad; de que tales pretensiones son absurdas, injustas y perjudiciales para el interés público, y de que él (o los que lo pretenden en su nombre) han hecho exacciones carentes de razón y excesivas para el uso de la patente, habíamos esperado ver refrenadas sus pretensiones en el tribunal. Todavía lo aguardamos»* ⁽²⁾.

El de Frankfort fue el primero de una larga serie de juicios. Durante seis meses, mientras la amargura arraigaba en Morse, los diarios y los que tenían capitales invertidos en otros telégrafos, instigaron la guerra contra él. Su oposición se concentraba en el punto vulnerable de su pretensión de derechos, sobre el empleo del electromagnetismo en telegrafía, pretensión que primero figuró sólo en su patente, tal como fue reeditada en 1846.

Los lugartenientes de O'Rielly buscaron burlar la prohibición, recibiendo los despachos por sonido en lugar de registrarlos en papel. Mientras que Morse antes había proclamado que el registro era el rasgo distintivo de su telégrafo, la reedición de su patente, en 1846, también había demandado derechos por la recepción mediante el ya popular sistema de escuchar el repiqueteo del aparato. El tribunal de Kentucky arrestó a la dirección de O'Rielly por desacato. Nuevamente los hombres de éste buscaron burlar la prohibición trasladando los instrumentos del telégrafo a Indiana, fuera de la jurisdicción del tribunal. Pero los postes y los hilos, por supuesto, quedaron en Kentucky, y cuando ellos intentaron utilizar los hilos para despachos recibidos y enviados fuera del Estado, el tribunal ordenó al alguacil del distrito que los prendiera. Finalmente O'Rielly aceptó una apelación del tribunal de Kentucky a la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos, llegándose a una decisión final recién en 1854.

Mientras tanto, en Filadelfia se suscitó una disputa con Alexander Bain, un escocés inventor de un telégrafo, a quien la prensa le había advertido que no llevara su telégrafo a los Estados Unidos por temor a que Kendall pretendiera que era invento

de Morse. En un juicio ventilado en Boston resolvióse que el telégrafo de la Cámara era lo suficientemente diferente del de Morse como para que mereciera una patente aparte. Hubo juicios en Kentucky, Tennessee, Ohio y Nueva York; y exámenes de testigos ante la oficina de patentes, en la cual Morse tuvo que presentar «interposiciones» cuando creyó que las patentes nuevas infringirían la suya.

De los juicios surgían abundantes pruebas, muchas de ellas nuevas. El profesor Silliman atestiguó que su ex alumno conocía algo de electricidad en la época en que cursaba sus estudios secundarios. Cooper ofreció declarar sobre el interés de su amigo en el telégrafo, en la época en que estaba en París, en 1832, antes de partir en el Sully, pero Morse declinó valerse de sus manifestaciones, creyendo que Cooper incuriría en un error. Aseguróse, en cambio, que sus hermanos atestiguarían sobre sus regocijados pronósticos acerca del telégrafo cuando desembarcó del Sully. Presentó, además, su libro de notas tomadas a bordo del Sully y numerosas cartas. Se aseguró declaraciones de los visitantes de su gabinete y la de Gale en la Universidad, en el sentido de que habían visto su telégrafo en 1835 y años siguientes.

Los inventores rivales y las compañías telegráficas presentaron también un número semejante al suyo de testigos. El doctor Jackson ofreció el testimonio sensacional de que la concepción del telégrafo a bordo del Sully le pertenecía. Cuando él despertó un torrente de animosidades en la prensa, dirigidas contra Morse, en 1839, un amigo llamó la atención del inventor acerca de estos versos del Paraíso Perdido:

*Todos se admiraron del invento y cada uno, de cómo él
Pasó por no ser el inventor; tan fácil pareció
Una vez hallado lo que aun sin descubrir,
la mayoría hubiese creído Imposible ⁽³⁾.*

Cuando todos vieron que el telégrafo producía dinero, los enemigos de Morse rogaban para salir de testigos de Jackson, para fortalecer su posición en la prensa y el tribunal, y Kendall temió que el médico de Boston escribiera un folleto intentando comprometerlo. Pero la prueba de Jackson era más sensacional que eficaz. En el tribunal nunca se le asignó valor.

De mayor eficacia fue el testimonio de Joseph Henry, uno de los principales hombres de ciencia.

La ruptura entre Morse y Henry tuvo origen en su orgullo. La historia del telégrafo, publicada en 1845 por Vail, poco menos que omite la mención de Henry como telegrafista. Aunque Morse poseía la cuarta parte de los derechos comerciales del libro, ni siquiera había leído las pruebas en la parte que se refiere a la contribución de Henry, pero éste, molesto, lo culpó de la omisión.

A pedido de Morse, Vail le escribió a Henry pidiéndole disculpas y admitiendo su papel señero en la ciencia del electromagnetismo en los Estados Unidos, y prometiéndole salvar la omisión en la próxima edición ⁽⁴⁾. Henry no contestó.

Desgraciadamente, las circunstancias impidieron que Henry recobrara la perspectiva de las cosas. El día en que éste fue elegido secretario de la nueva Institución Smithsonian, en Washington, Morse se tomó la molestia de escribir una carta de felicitación al Observer, esperando con ello mejorar las relaciones. Por inadvertencia, la carta no se publicó. Cuando se colocó la piedra angular del Edificio Smithsonian, en la plaza de Washington, Vail, en un desdichado momento, ofreció un ejemplar del libro para colocarlo allí. Según enteróse Vail, Henry prohibió que lo aceptaran. El desagrado de Henry les llegaba todavía por rumores a Vail y a Morse. Cuando el libro de Vail fue reeditado utilizando el mismo plomo de la edición anterior, aunque con una nueva fecha —1847— en la portada, Henry creyó erróneamente que se trataba de una nueva edición y buscó en vano las correcciones que le habían prometido.

Al año siguiente recién Morse creyó hallar una oportunidad para reconquistar la confianza de Henry. Obtuvo el permiso de Sears C. Walker, del Distrito Aduanero del Litoral, de agregar a un informe sobre el telégrafo una síntesis de la contribución de Henry. Como preámbulo, Walker arregló una entrevista de Henry, Morse y Gale. En la reunión —primera vez que hablaban Henry y Morse durante muchos años— éste le explicó que hasta hacía poco no estaba enterado de que él había demostrado la factibilidad del telégrafo en su artículo publicado en 1831, en el Journal, de Silliman. Gale lo interrumpió diciendo que le había hablado del ensayo cuando trabajaron juntos por vez primera y que Morse había utilizado las sugerencias de Henry cuando logró telegrafiar a distancia. Morse no contestó. Como lo recordaba

Henry, la entrevista terminó entonces y Morse no se volvió a comunicar más con él⁽⁵⁾.

Es improbable que Henry haya informado correctamente de la entrevista; sea como fuere, Morse escribió para el informe de Walker que se había familiarizado con sus resultados —si no en su artículo—en el año 1837. Y continuaba reconociendo la labor de éste: *«Mientras que, por eso, sostengo que soy el primero que propuso el empleo del electroimán para el uso en el telégrafo y el primero en construir un telégrafo basado en el electromagneto, sin embargo, al profesor Henry pertenece incuestionablemente el honor del descubrimiento de un hecho en la ciencia que prueba lo practicable del magnetismo excitante a través de una larga bobina o a una distancia, ya sea para mover una aguja o para imantar el hierro dulce»*⁽⁶⁾.

Mientras Henry merece mayor reconocimiento que el que Morse estaba dispuesto a otorgarle, por lo menos éste reconoció completamente su más significativa contribución a la telegrafía. No obstante, otra vez las declaraciones de Morse no fueron publicadas como era su intención; aparentemente; Walker declinó llevar a cabo el acuerdo. Y esta vez tanto Morse como su causa se vieron heridos.

Desgraciadamente, el pintor e inventor cometió el desatino de retractarse del reconocimiento que había acordado a Henry. Muchos años más tarde —en 1855—, éste publicó contra Morse lo que sabía que era una acusación tan fuerte que, de ser aceptada (no lo fue), lo habría obligado a renunciar a su puesto en el Instituto Smithsonian. Morse lo acusó de embuste y declaró: *«No le estoy reconocido por ningún descubrimiento científico que se relacione con el telégrafo»*⁽⁷⁾. Tanto uno como otro habían perdido el sentido de la proporción.

El testimonio de Henry, llevado ahora ante el tribunal, no negaba el derecho a Morse sobre la invención del telégrafo que lleva su nombre. Pero, estando disgustado, Henry enfocó la contribución de Morse desde el ángulo más desfavorable posible. *«Ignoro —afirmaba, por ejemplo— que Mr. Morse haya hecho alguna vez un solo descubrimiento en el campo de la electricidad, el magnetismo o el electromagnetismo, aplicable a la invención del Telégrafo»*⁽⁷⁾.

Por su parte, Morse pudo presentar ante el público la carta que su rival le había escrito en 1842, declarando que él merecía el aplauso científico más elevado por

haber inventado el telégrafo. La enemistad continuó hasta la muerte de ambos, pero esa carta evitó que el testimonio hiciera más que un daño personal a Morse.

Sus opositores recogieron una enojosa lista de pretendientes al invento del telégrafo eléctrico. William Francis Channing, hijo del gran enemigo unitario de Jedidiah Morse y colaborador en el invento de un telégrafo para alarmas de incendio, publicó una lista de sesenta y dos. ¡Sesenta y dos pretendientes a la posesión de lo que Morse, a bordo del Sully, había creído concebir solo! Muchos de los inventos databan de después de 1832. Sin embargo, el más sorprendente de todos era anterior a esa fecha. Pertenecía a Harrison Gray Dyar, un joven de Massachusetts, que había colocado hilos de telégrafo en postes, en Long Island, en 1827, pero desde entonces se lo había olvidado. Había solicitado a la Legislatura de Nueva Jersey que le permitiera instalar una línea entre Nueva York y Filadelfia, mas se le negó la autorización. Descorazonado y acosado por juicios, partió para Europa en 1831. En París ganó un premio de trescientos mil dólares otorgado por inventos no relacionados con el telégrafo, convirtiéndose en un neoyorquino adinerado que, como nuestro hombre, tenía una casa cerca de la plaza Madison y otra próxima a Poughkeepsie. No tenía motivos para entrar en disputa con Morse. Cuando los opositores de éste le solicitaron que atestiguara en su favor —como por supuesto lo hicieron cuando se enteraron de su historia—, se rehusó a hacerlo. El telégrafo de Dyar utilizaba la electricidad de la atmósfera y mediante las chispas marcaba en un papel azul de tornasol húmedo, produciendo un ácido que dejaba una raya roja por cada chispa. El tribunal aceptó la prueba de que había instalado una línea telegráfica experimental en Long Island, pero el hecho no invalidaba en forma alguna la patente de Morse, pues ambos telégrafos tenían muy poco en común ⁽⁸⁾. A pesar de eso, el caso de Dyar aclaraba que Morse no fue el inventor del telégrafo, ni el primer estadounidense que inventó un telégrafo, ni tampoco el primero que en la Unión tendió una línea telegráfica, como el público en general ha creído.

Las muchas personas que juzgaban a O’Rielly el héroe de la guerra contra el monopolio de Morse, repetían sin descanso esta cantilena en su honor:

El Corcel llamado telégrafo (dice la Suerte),

Pertenece a los Estados Unidos.

Por la mano de Franklin fue el caballo enganchado,

Por el profesor Morse, enjaezado.

Con las riendas de Kendall, el caballo anduvo arisco,

Hasta que O' Rielly lo domó y amansó ⁽⁹⁾.

Sin embargo, fue O' Rielly quien preparó la senda para el retorno del corcel al equipo de Morse. La apelación de O' Rielly del caso de Frankfort, ante la Corte Suprema de los Estados Unidos, se acercó a una decisión a comienzos de 1854. Morse sintióse contento de que se resolviera su situación suspensa. Empero, estaba intranquilo, pues sabía que una resolución adversa significaría tener que estudiar los sistemas económicos que hacía tiempo había olvidado.

La decisión de la mayoría fue interpretada por el presidente de la Corte Suprema de Justicia, Taney.

O' Rielly y sus asociados hicieron tres cargos, tal como el presidente de la Corte Suprema interpretó sus argumentos. Alegaron que Morse no era el «primer» inventor y el «original», del telégrafo que había patentado; que si lo era, las patentes no estaban acordadas de modo correcto a él y no le conferían el derecho exclusivo de su "explotación, y que aun así, el telégrafo «Columbiano» utilizado por O' Rielly era tan diferente del de Morse, que no se oponía a sus patentes.

Al decidir sobre la originalidad del invento de Morse, Taney pasó revista al conocimiento del electromagnetismo antes de 1832. Dijo que muchos habían sugerido la idea de telégrafos electromagnéticos, desde que se hicieron posibles merced al descubrimiento del electromagnetismo, por Oersted, en el invierno de 1819-1820. Henry, se molestó en agregar, había hecho tanto como cualquiera para desarrollar el conocimiento del electromagnetismo, pero en 1832 nadie había publicado todavía un telégrafo electromagnético práctico; que, siendo así, «no debiera sorprender que se inventaran y se hicieran públicos casi al mismo tiempo en que cada uno ha reclamado su prioridad, cuatro telégrafos magnéticos diferentes, y que en cada caso se requiere un estudio detenido y cuidadoso de los hechos para decidir entre ellos». Se ignoró el invento del toque de campana aportado por Henry. Los cuatro telégrafos considerados eran los de Steinheil, Wheatstone, Davy y Morse. Valiéndose de normas legales poco ajustadas a los hechos, la Corte consideró el invento de Morse como creado en forma completa y exhibido públicamente a

comienzos de la primavera de 1837 y, según las normas para juzgar las fechas de los inventos extranjeros, asignó a los de Steinheil y Wheatstone el mismo año, meses después, y al de Davy recién en 1838.

Aun si el telégrafo de Morse era posterior a los demás, declaró el presidente de la Corte Suprema, su patente no sería invalidada, salvo que uno de los otros inventores hubiera patentado previamente un telégrafo similar en este país. Esto no había sucedido.

Contra el cargo de que Morse se limitó meramente a tomar las ideas de otros y combinarlas para crear su telégrafo, Taney afirmó que el empleo de las ideas de otros era natural y propio, «pues de otro modo no podría obtener patente una creación en la que se empleara la combinación de elementos diferentes». La Corte decidió que Morse era el inventor original del telégrafo que lleva su nombre. No examinó sus relaciones con Vail.

En contestación al cargo de que Morse no había obtenido de manera correcta una patente, y no podía pretender su explotación exclusiva, la Corte contestó que la había obtenido en perfecto orden, pero que una de sus cláusulas, la que figuraba como octava en la reedición de 1848, no podía permitirse. Era la que se refería al derecho sobre el uso del electromagnetismo en telegrafía. Como O'Rielly y la prensa habían sostenido a menudo —dijo Taney—, tal derecho hubiera equivalido al de Fulton en cuanto al del empleo del vapor para el funcionamiento de barcos, sea cual fuere su mecanismo, impidiendo de tal suerte el progreso de la navegación a vapor, salvo los que él mismo pudiera realizar. Taney se preguntaba que, si se esperaba que la cláusula octava fuera aceptada, ¿por qué Morse se había molestado en insertar otras, puesto que aquélla sola defendería a todo el mecanismo desarrollado para la telegrafía?

En respuesta al cargo final, en el sentido de que el telégrafo «Columbiano» y el de Morse eran sustancialmente diferentes, el presidente de la Corte Suprema encontró que eran idénticos y, por lo tanto, el «Columbiano» realmente se oponía a la patente de Morse. O'Rielly fue censurado.

Tres jueces concordaron con el presidente de la Corte Suprema de Justicia. Otros dos estuvieron acordes en la opinión en minoría del juez Grier, que era aún más favorable a Morse.

La noticia de la decisión le llegó a Morse en Washington. Con el jactancioso Shaffner y su esposa, y el hijo de Kendall, fue a urja recepción oficial, siendo acogido con grandes atenciones. Le acordaron «*a tu modesta esposa —le escribió a su esposa el 17 de febrero—, cuyas mejillas adquirieron a menudo el tinte rosa de su juventud de hace... algunos años (no importa cuántos), a tal punto que comenzó a creer que el rojo, por lo reiterado, podría mantenerse, con lo que a su llegada sorprendería a su joven esposa*». Por fin el hombre que una vez se había juzgado, como Whitney y Fulton, relegado por detestables leyes de patentes, «*al exilio, la pobreza, el hospicio o la tumba*»⁽¹⁰⁾, sintió que la ley estaba de su parte.

Después de que la Corte Suprema decidió su caso, Morse permaneció en Washington con el fin de tramitar la prórroga de la patente de 1840. Sin la prórroga pronto se habría prescripto su duración de catorce años y la decisión de la Corte no le hubiera proporcionado ni un centavo. Morse opinaba que las patentes debieran perdurar durante toda la vida del inventor, pero tal como estaba dispuesto, el director de patentes podía prorrogarlas sólo por siete años. Intentó probar que merecía una prórroga declarando el total de las entradas que le había producido el telégrafo:

	US\$
Entrada por venta directa de los derechos de las patentes	36.630.48
Entrada por dividendos de las acciones del telégrafo	47.090.75
Acciones en posesión, que si se le negaba la renovación valdrían sólo	85.950.00
Acciones recibidas en pago de derechos de patentes, parte de las cuales había vendido por	24.200.00
Cálculo total de entradas por el telégrafo	193.871.23

Por consejo legal, redujo del total partidas que juzgó propio cargarlas al telégrafo: tres mil dólares por año durante dieciséis años, como pérdida en su profesión de artista, mientras perfeccionaba el telégrafo; el costo de los materiales para los

experimentos; el precio de la compra de la participación de Gale en la patente. La suma restante alcanzaba a noventa mil ochocientos setenta y cuatro dólares ⁽¹¹⁾.

Aceptando sus cifras inferiores, si su entrada hubiera sido dividida en partes iguales entre los dieciséis años, desde su primera exhibición pública del telégrafo, en 1837, habría tenido una entrada neta de más de cinco mil quinientos dólares por año. Puesto que, evidentemente, no tuvo una entrada semejante durante los años anteriores a la inversión de capitales en su telégrafo, su entrada reciente debe haber sido amplia.

El director de patentes corrigió las cifras proporcionadas por Morse, de noventa mil ochocientos setenta y cuatro dólares, valiéndose de la información suministrada por el propio interesado, elevándola a doscientos mil, y luego cotejó esa suma con la que juzgaba el valor del telégrafo: algunos millones de dólares. El director dijo que, con todo, el inventor no podía pretender una compensación igual al valor íntegro del invento, porque, de ser así, no habría proporcionado nada al mundo. Además, otras personas podrían, a su turno, muy bien haber hecho el mismo invento. Y otras personas le habían trazado el camino. Sin embargo, concluía diciendo que la recompensa al inventor debía ser generosa. *«Los benefactores de su raza raramente han recibido demasiada gratitud o recompensa. Estas deben exceder la medida propia, más bien que estar por debajo de ella»* ⁽¹²⁾.

Después de que los agentes y amigos de Morse explicaron erróneamente que la entrada de la patente prorrogada sólo sería para Morse, y no para los otros propietarios, y luego de recomendaciones magnánimas de parte de Joseph Henry, el director prorrogó la patente ⁽¹³⁾.

Hacia 1845, Morse advirtió que la responsabilidad de poner el telégrafo al alcance del público podía cederla temporariamente a Kendall, pero en la práctica encontróse con que no podía hacer tal cosa. Al año siguiente juzgó realizado su papel, al dar el telégrafo al mundo, y llegado el instante de retornar al ámbito del arte. Pero cuando el Congreso no le encargó una pintura, le faltó decisión para volver a los pinceles. Aunque sabía que era innecesario, continuó participando en el mundo de los intereses antagónicos. En esa forma amasó una fortuna, pero pagó por ello, pues abandonó su última oportunidad de realizar creaciones bellas con sus pinceles. El

grito popular de «codicioso» lo persiguió. Por su arrogancia aparente, perdió sus amigos.

Pero, en su fuero interno y en otro terreno, sabía lo que le convenía. Todavía se deleitaba bajo los Algarrobos de su hogar, con las risas de sus nietos y la paciencia de su esposa. Cuando estuvo libre de la terrible gravitación de los litigios y de su brega en pos de la fortuna, cuando sus rivales llegaron a aceptarlo como uno de los héroes de la historia del telégrafo, recobraba a veces su magnanimidad aun hasta cuando pensaba en su invento. Porque la fama no lo había desviado de su recta senda y no ignoraba por lo menos lo que convenía decir.

En una gran comida ofrecida en Londres pronunció unas palabras que revelan comprensión: «Cuando el historiador ha realizado sus investigaciones y reconstruido los hechos, si alguien relacionado con un gran invento o descubrimiento le ha atraído más la atención o ha conquistado la honra de la humanidad o de una nación en particular, ¡cuán significativo es que el tiempo e investigaciones más hondas traen otras opiniones y otros nombres para compartir con él los hasta entonces exclusivos honores! ¿Y quién dirá que no es eminentemente justo? ¿Descubrió Colón por vez primera la América? ¿Lo hizo Caboto? ¿O algún otro aventurero escandinavo más antiguo le disputa el honor? ¿Es Gutenberg, Faustus o Caxton el inventor incuestionable del arte de imprimir? ¿Sólo el nombre de Watt se relaciona con el invento de la máquina a vapor o Fulton con la navegación a vapor?.. Hay una lección (y sin duda consoladora) que aprender de esa voz de la historia. El hombre sólo es un instrumento del bien, si desea cumplir su misión.

El, que se sirve de este instrumento, debiera tener el mayor honor y esa es la manera que El tiene de indicar su propósito de poseerlo.

(Aplausos). Es, sin duda, un honor suficiente para cualquier hombre el ser colaborador en cualquier puesto secundario para el cual pueda ser destacado por semejante jefe, en la realización de un gran beneficio para el mundo» ⁽¹⁴⁾.

Capítulo 25

Cable atlántico

Hacia fines de la guerra mexicana^{ix}, Hale y Hallock, del Journal of Commerce, comprendieron que sus viejos métodos de recoger las noticias por medio de caballos rápidos y botes dirigidos por prácticos, estaban pasados de moda. Sabían que el Herald, de Bennett, por más odioso que fuera ese diario de un centavo, tenía la energía suficiente para explotar el método todavía poco usado de obtener las noticias por medio del telégrafo. Una mañana, después de que el Herald había publicado otra primicia, Hallock, el orgulloso director de un diario de seis centavos, de la calle Wall, penetró en la oficina de Bennett, y le dijo:

—He venido a hablar con usted sobre las noticias.

Así comenzó la alianza que llevó a la formación de la Prensa Asociada.

En el transcurso de la guerra, las líneas telegráficas eran todavía contadas y los despachos a menudo mutilados. Durante una sola tormenta se destruyeron ciento setenta hilos, entre Hartford y New Haven. En su aspecto exterior, la norma usual de llegar primero a la oficina telegráfica y ganar el turno era aceptable. Pero, en realidad, algunos reporteros se abusaban, ocupando el cable para que sus rivales no pudieran enviar las noticias. Como los directores de diarios comprendían cada vez más el valor de las columnas tituladas «por despacho telegráfico» (la palabra «telegrama» era desconocida hasta 1852), la ventaja de unirse para la consecución de noticias y fomentar las líneas telegráficas se hizo evidente. La asociación de Hale y Hallock con Bennett trazó la senda.

Poco después de la terminación de la guerra, se reunieron en las oficinas del Sun los representantes de los principales diarios de Nueva York: el Sun y el Herald, de los despreciados diarios de un centavo, y de los periódicos conservadores: el Journal of Commerce, el Courier and Enquirer, el Tribune y el Express. El telégrafo había hecho milagros. Los antes hostiles directores se organizaron constituyendo la Prensa Asociada de Nueva York, empresa que desde entonces ha adquirido fama en todo el mundo. El tranquilo y de edad avanzada Hallock fue su primer presidente. Su primer contrato conocido fue celebrado con «Fog» Smith, para el uso de una línea entre Nueva York y Boston.

Desde el comienzo, la Prensa Asociada se ocupaba particularmente de enviar noticias europeas desde los puertos orientales. Cuando se tendieron líneas

^{ix} La guerra contra México comenzó en 1846 y la paz con dicho país fue proclamada el 4 de julio de 1848. — N. del T.

telegráficas hasta Halifax, la asociación nombró allí un agente, un hombre que tenía un servicio de informaciones enviadas por medio de palomas mensajeras, pero que ahora tenía el don de saber que el telégrafo podía volar más rápido que las palomas: D. H. Craig, un yanqui domado en su conversación, pero salvaje en su acción.

Fiel a su reputación, «Fog» Smith sentíase desdichado porque la prensa de Nueva York se servía de sus líneas de esa ciudad la Boston y Portland, sin abonar más que la cuota ordinaria. Cuando el próximo barco a vapor estaba por llegar a Halifax, Craig y el reportero de Smith, John Smith, colocaron en el desembarcadero los caballos más rápidos de la región, esperando al lado de ellos para adelantarse al uso de la línea telegráfica hacia Nueva York. Se dice que la mitad de la población de la ciudad se congregó en los alrededores para presenciar la contienda. A medida que el barco se acercaba al muelle, la muchedumbre animábase. Cuando estuvo a treinta o cuarenta pies, el sobrecargo del vapor montó en la caja de ruedas de paleta y a los gritos del gentío lanzó un paquete de diarios ingleses directamente a las manos de John Smith. En pocos segundos más, éste galopaba hacia la oficina del telégrafo, mucho antes que Craig hubiera satisfecho los requisitos oficiales para subir al barco. El sobrecargo cenó bien esa noche.

En apoyo de su agente homónimo, F. O. J. Smith utilizó ahora su poder como inspector de la línea Boston-Portland, de Morse, la única que unía esas ciudades, para desalojar por completo a Craig. Smith notificó a la Prensa Asociada que no transmitiría ninguno de sus despachos en sus líneas, si no nombraba un nuevo agente. Rehusándose a someterse a Smith, la Prensa Asociada azuzó al público a lo largo de toda la ruta de la costa para que protestara contra el monopolio de Morse. Finalmente, Kendall se vio obligado a reprobarlo. *«¿Cuál es su posición? —le interrogó a Smith en una carta dada a publicidad con la sanción de Morse—. Llega a su línea un mensaje, después de haber sido transmitido por tres líneas auténticas de Morse y usted asume el derecho de detenerlo y de no enviarlo. ¿Por qué razón? . . . Simplemente porque en su opinión el agente de la Prensa Asociada en Halifax es un mal hombre, en el que el público no puede confiar»*⁽¹⁾.

Pero lo que finalmente hizo ceder a Smith no fueron ni los reproches de Kendall y Morse ni las reglamentaciones del gobierno (pues no las había). Fue, en cambio, la

competencia, que a este último desagradaba. Craig arregló para que O'Rielly construyera una línea telegráfica de Bain, entre Boston y Portland, proporcionando una ruta que no fuera la de Morse, de Nueva York a Portland, y evitando así las líneas de Smith.

Como su predecesor, Cadmus, el inventor del alfabeto Morse se percató de que su obra producía confusión. De sus dientes de dragón había surgido un ejército de compañías que luchaban entre ellas, contra el diseminador y contra el público para cuyo servicio se creaban. Además, muchas de ellas eran compañías dudosas, de débil base económica. Sus equipos no estaban uniformados. Construían sus líneas con materiales demasiado baratos, como Morse y Vail lo asentían; utilizaban malos hilos; sus postes eran rústicos y no estaban bien enterrados en el suelo.

Para algunos telegrafistas la confusión los llevó hacia la unión en otros terrenos, además del de la obtención de noticias. Desde el principio, Morse había reconocido la ventaja de la unión de todas sus líneas. Había esperado que se realizara con el control del gobierno o adquiridas por éste; ahora que recibía la proposición de un capitalista de Wall Street, para comprar todas las compañías de Morse y sus derechos, el inventor lo apoyó, deseando que la unión fuera *«así organizada, de manera que el público no tuviera motivo justificado de queja por un monopolio opresivo y estuviera mejor servido que por compañías independientes»*. Kendall también apoyó el plan. *Se trataba de una proposición —como Morse le escribió— proyectada originariamente por nosotros, pero desbaratada por O'Rielly y sus cómplices»*.

Morse y Kendall estaban deseosos de vender sus acciones y aquél sus derechos sobre la patente, «a un precio aceptable» ⁽²⁾. La proposición no se materializó, pero poco después Kendall llamó a una convención de representantes de todas las líneas de Morse, desde Maine hasta Missouri. Se reunieron en la Municipalidad de Washington, en marzo de 1853, constituyéndose en un cuerpo permanente de consulta sobre asuntos como los medios de pago por los despachos que se originaban en las líneas de otras compañías, medidas para colocar en la lista negra a los operadores indeseables, y la propiedad de revisar el alfabeto Morse ⁽³⁾. La convención fue el comienzo de la futura alianza.

Además de llevar hacia la unión, la guerra por el control de las fuentes importantes de noticias europeas de Halifax, alentó los sueños de un cable para transmitir noticias desde Europa misma.

Morse dejó la primera profecía que ha quedado documentada, de que un cable cruzaría el Atlántico. Que lo hizo tal vez ya en 1838 ⁽⁴⁾ y, seguramente, cuando apenas estaba comenzada la línea Washington-Baltimore, es un tributo a su capacidad para las profecías. En 1843, luego de un experimento satisfactorio con los principios de la ley de Ohm, le escribió al secretario del Tesoro dos frases que fueron repetidas incesantemente después de que el cable fue tendido: «La deducción práctica de esa ley es que puede establecerse, con certeza, una comunicación telegráfica electromagnética a través del Atlántico. Por más sorprendente que esto pueda parecer, tengo confianza en que llegará el momento en que este proyecto se realizará».

J. W. Brett registró en Gran Bretaña, en 1845, una compañía con el propósito expreso de tender un cable atlántico, pero permaneció siendo un proyecto que no se materializó. Luego Morse reconoció con júbilo que Brett fue el padre del telégrafo submarino europeo, pero no estadounidense ⁽⁵⁾.

Mas en la historia terrible y gloriosa de la instalación de cables atlánticos, el papel de Morse fue en gran parte el de lugarteniente de un joven delgado, de treinta y tantos años, que acababa de retirarse de su negocio de manufactura de papel: Cyrus W. Field.

Morse y Field podían entenderse a maravilla. Ambos eran hijos de pastores de Nueva Inglaterra, del Viejo Testamento y temerosos de Dios; ambos eran perspicaces. Su perspicacia hacía más difícil para el pueblo comprender cómo podían proponerse tender un cable submarino.

Pero el público ignoraba los experimentos anteriores en ese sentido. Ya en 1837 ⁽⁶⁾, Morse había propuesto la colocación de un cable por debajo del agua, desde Nueva York hasta Charleston. Hacia 1839, tanto Pasley, en Gran Bretaña, como el doctor O'Shaughnessy, en la India, ya se habían comunicado por debajo de las aguas. Los experimentos de Morse con el cable de la Isla del Gobernador, en 1842, eran conocidos por todos los que se interesaban en averiguar datos. En la última parte de la cuarta década del siglo anterior, una audaz compañía inglesa tendió el primer

cable por debajo del Canal Inglés, pero, como la línea de Morse de la Isla del Gobernador, fue enganchado por un pescador que lo confundió con una nueva clase de alga marina. En 1851 se tendió de manera permanente un cable en el canal y dos años más tarde, Charles Bright, ingeniero de veintiún años, tendió un cable desde Gran Bretaña hasta Irlanda. Por aquella época las teorías sobre la posibilidad de un cable atlántico abundaban.

A comienzos de 1854, F. N. Gisborne, ingeniero británico que buscaba fondos para la compañía por la cual estaba encargado para tender un cable telegráfico entre Nueva Escocia y Terranova, visitó a la familia de Field. Después de hablar una noche con él, Field señalaba su globo terráqueo cuando lo asaltó una idea, como le había ocurrido a otros, de que Terranova e Irlanda eran territorios vecinos, y también podían ser unidos por un cable telegráfico. La disputa de los periódicos por las noticias europeas, en Halifax, indicaba que la colocación de un cable atlántico llenaría una necesidad. Inspirado por la idea, Field envió cartas a Morse y Matthew Fontaine Maury. En esa época ambos se encontraban en Washington; Maury en su observatorio, y Morse celebrando su reciente victoria sobre O'Rielly ante la Suprema Corte. Morse fue al observatorio a ver a Maury y obtuvo un relato de lo que él podía descubrir mejor que nadie en los Estados Unidos: una meseta que había entre Irlanda y Terranova. «*La meseta no es ni muy profunda ni muy superficial —explicó Maury—. Sin embargo, es tan profunda que los hilos, una vez que toquen tierra, permanecerán para siempre fuera del alcance de los barcos, de las anclas, los icebergs y cualquier objeto llevado por la corriente, y tan superficial que pueden colocarse fácilmente en el fondo*» ⁽⁷⁾. Morse le escribió a Field diciéndole que siempre había creído en esa posibilidad y recomendó que Maury se incorporara a la empresa, en algún puesto remunerado. Señaló en contestación a las preguntas de Field que los sondeos del Atlántico, realizados por Maury, habían dado por resultado «un resonante «sí» ⁽⁸⁾. Morse visitó pronto a Field en Nueva York y comenzó su extraña asociación, que fue de la admiración a la enemistad.

Field se rodeó de un grupo notable para activar la empresa. En él figuraban Morse, Peter Cooper, el venerable fabricante de hierros e inventor, de quien se reían por su temor a la aristocracia adinerada y sin conciencia de los Estados Unidos; el hermano

de Cyrus, David Dudley Field, abogado bien conocido, y los banqueros y comerciantes Marshall O. Roberts, Moses Taylor, Wilson G. Hunt y Chandler White.



WILLIAM CULLEN BRYANT, Por Morse, 1825. -(Academia Nacional de Dibujo — N. York) .

Durante esa primavera y ese verano se reunían a menudo en casa de Cyrus Field, en el Parque Grammercy, calculando millones de dólares y trazando rutas en el globo terráqueo.

De esas reuniones surgió la organización para la construcción de la línea Nueva Escocia-Terranova, llamada ambiciosamente Compañía de Telégrafo Nueva York,

Terranova y Londres. Cooper fue elegido presidente, Morse vicepresidente y Gisborne ingeniero.



VISTA ALEGÓRICA DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVA YORK, Por Morse, 1836. Aunque la vista no es la Plaza Washington. a la izquierda se ve el edificio de la Universidad, en cuya torre izquierda vivió Morse. (Cortesía de la Soc. Histórica de N. York)

Sin embargo, el joven Cyrus Field, que impresionó al grupo con sus cálculos fríos y su arrebatado celo, permaneció siendo su genio conductor.

Se había excitado la imaginación de millones de personas en ambas costas del océano. La compañía logró asegurarse los derechos exclusivos para colocar un cable europeo entre Terranova, la isla del Príncipe Eduardo, Nueva Escocia y Maine, obteniendo, asimismo, sendas subvenciones de los Estados Unidos y de Gran Bretaña.

Morse abonó diez mil dólares por su participación en un décimo de los intereses de la compañía. Por sobre la protesta de Kendall, por un dólar y «ciertas ventajas», Morse también contribuyó con sus servicios, intentando persuadir a los explotadores de la línea de su nombre, de Maine a Nueva York, para enviar despachos para la nueva compañía abonando la mitad de la tarifa, y como una amenaza por si no lo acordaban, aseguraba a ésta el derecho ex-elusivo de construir líneas paralelas. Tuvo además el gesto magnífico de otorgar a la compañía sus derechos sobre una línea a través de la parte del Océano Atlántico de jurisdicción británica y de las

provincias inglesas de América del Norte, en ninguna de las cuales tenía derechos para ceder.



CHARLES T. JACKSON, Por Morse. (Galería Macbeth — N. York).

Su telégrafo fue usado en las provincias, pero no había logrado su intento de asegurar una patente en el Canadá, por resolución del Parlamento.

Al año siguiente, mientras las hileras de postes de telégrafo se extendían sobre Terranova, se completaron los acuerdos con las líneas Morse, tal como el inventor lo había prometido. Este expresó a todos que en tres años, mediante sus instrumentos

de telégrafo, formularía preguntas desde «El bosque de algarrobos» a yanquis residentes en Londres, París, Viena, Constantinopla y Cantón, y recibiría contestaciones en cincel minutos. La compañía no había ni siquiera tendido el tramo más corto de cable, de Nueva Escocia a Terranova.

Un día, hacia fines del verano, los pasajeros del James Adgar conversaban alegremente al sol, en su primer día de viaje, después de la partida de Nueva York. Esperaban que la expedición para colocar cables sería tan fácil como el cruce del mar para pescar. Algunos pasajeros observaban despreocupadamente las orillas de Long Island, mientras que otros se reunían alrededor de Morse para ver los modelos de sus instrumentos telegráficos.

Uno de los que lo oían explicar el funcionamiento de sus aparatos, Henry M. Field, el joven ministro, hermano de Cyrus, recordó más tarde que ese día comprendió por vez primera lo que era la telegrafía. El propio Cyrus también se hallaba a bordo, como asimismo su hermano David Dudley. También habían ido otros hombres de edad, para gozar del entretenimiento de observar la colocación de los cables: Peter Cooper, el dignatario eclesiástico Field, pastor de un pequeño pueblo en los Berkshires, que tenía el aspecto y hablaba como un profeta hebreo, y el doctor Spring, pastor de Nueva York, hijo del profesor a quien Morse había conocido en Andover. A bordo se hallaban también algunas damas y entre ellas Mrs. Morse.

La visita a San Juan no fue desilusionante; con la ceremonia remilgada de los tiempos, se les sirvió a los pasajeros la comida en la ciudad, y a la vuelta se entretuvieron a bordo. Pero, al ofrecerles la comida, los pasajeros se prepararon para el fracaso de la empresa. Hicieron sentar en la cabecera de la mesa, no al capitán del barco, sino al venerable pastor Spring.

El James Adgar y un bergantín transportando cables de Gran Bretaña, navegaron desde Terranova a través del estrecho Caboto, para anclar en Nueva Escocia. Los estadounidenses suponían que el barco inglés solo arriaría el cable, pero, como era a velas y su marcha sería demasiado sinuosa para tender el cable, decidióse que el James Adgar, un vapor de ruedas, remolcaría al bergantín. La primera vez que el capitán hizo marchar al James Adgar chocó contra el bergantín. La segunda, el cable del remolcador se enganchó en la rueda y en la confusión que siguió, el bergantín casi choca contra un arrecife. La tercera, el capitán llevó el James Adgar a

salvo cerca de la costa y los mecánicos de los cables le ordenaron que pusiera rumbo a Terranova, cerca de una roca blanca que se veía en una montaña a la distancia. Pero el capitán se mostró obstinado, tanto más cuanto que recordaba que no se le había cedido el sitio de honor durante las comidas de a bordo. Peter Cooper se percató de que no seguía las instrucciones y, como presidente de la compañía, se lo hizo notar.

—Sé cómo debo dirigir mi barco; lo hago sirviéndome de la brújula — dijo el capitán, y eso fue todo lo que Cooper pudo hacerle decir.

Primero se apartó muchísimo en una dirección y luego en otra. Mientras el barco continuaba su marcha extravagante, estalló una tormenta y la antes alegre partida se sintió contenta de abandonarse a las profundidades del océano.

El verano siguiente, la expedición para tender la línea telegráfica Terranova-Nueva Escocia se preparó otra vez para su tarea, y esta vez la realizó con éxito. Morse no formó parte de ella; a invitación de Field, se hallaba en viaje de negocios por asuntos de la compañía, en Gran Bretaña, pues había decidido prepararse para la colocación del cable atlántico.

Antes de detenerse por un lapso prolongado en Gran Bretaña, Morse realizó una breve jira por el Continente, con su esposa y su sobrina Louisa. Al atravesar Francia pasó frente a miles de postes de telégrafo que parecían presentarle armas. En París escuchó con cariño el chirrido de sus «hijos» —sus aparatos telegráficos—, en una gran oficina del gobierno. Ahora difícilmente se encontraba solo en cualquier punto de Europa.

En Copenhague realizó excursiones en honor de los héroes de dos períodos de su vida. Recordando sus días de pintor, pasó varias horas en el museo de Thorwaldsen, admirando las obras del hombre a quien todavía consideraba el mayor escultor desde la época clásica. Luego visitó el gabinete en el que Oersted hizo su descubrimiento del arqueamiento de las aguas, merced a la corriente galvánica. Durante unos instantes sentóse en el gran sillón del hombre de ciencia y reflexionó que sin su descubrimiento el telégrafo habría sido imposible.

Poco después, por vez primera en su vida, estuvo en San Petersburgo, la ciudad desde la cual había aguardado una vez instalar su primera línea telegráfica. Ninguna metrópoli jamás lo impresionó como la antigua capital rusa. Juzgó que el lujo y el

esplendor de Londres y París se desvanecían ante el suyo, como una vela se derrite al sol. De inmediato maravillóse de la magnificencia del propio Peterhof. Cuando Morse y sus acompañantes desembarcaron en el muelle, se ordenó que los fueran a buscar en carruajes imperiales, que los llevaron a través de la ciudad, mientras los circunstantes se descubrían a su paso, pasando precipitadamente entre jardines y deteniéndose en el palacio. Marchando entre hileras de sirvientes uniformados, Morse llegó a un salón en el que el maestro de ceremonias recibía la lista de los invitados para presentársela al zar. De pronto entró el propio Alejandro II, con una banda azul fuerte cruzándole el pecho. El maestro de ceremonias comenzó a llamar a los alistados y el zar cambió algunas palabras con cada uno de los visitantes. Cuando le llegó el turno a Morse, el maestro de ceremonias anunció:

—Mister Moore.

Siempre el mismo, aun en Peterhof, Morse replicó instantáneamente:

—No, Morse.

—¡Ah! —dijo el zar—. Ese nombre es bien conocido aquí; su sistema telegráfico se emplea en Rusia ⁽⁹⁾.

Pocos días más tarde, los Morse se encontraban en Alemania visitando al barón Humboldt, en su residencia imperial de Potsdam.

Aunque el sabio germano lo recibió cordialmente cuando exhibió por vez primera su telégrafo en la Academia de Ciencias de París, Morse había tenido la precaución de solicitarle al ministro prusiano en Washington una carta de presentación. El momento en que entró en su habitación, sin embargo, el hombre menudo y encorvado que estaba sentado en su escritorio lleno de papeles lo llamó por su nombre, diciéndole:

—¡Oh!, señor, usted no necesita cartas de presentación; su nombre es una credencial suficiente.

El naturalista conversó sobre la exploración de Wilkes en el Pacífico sur y finalmente le obsequió al visitante una fotografía suya, en la que escribió, en francés, la siguiente dedicatoria: «A Mr. S. F. B. Morse, cuyos trabajos filosóficos y útiles han hecho ilustre su nombre en dos continentes». Morse conservaba ese retrato, en un cuadro, colgado en su escritorio ⁽¹⁹⁾.

Al doctor Whitehouse, electricista de la Compañía de Telégrafos Atlántica —que acababa de ser organizada por Field en Gran Bretaña— y al físico Michael Faraday se les había presentado un obstáculo imprevisto en el empleo de cables de larga extensión. En los colocados en el agua o en la tierra, la corriente podía retrasarse por corrientes contrarias, producidas en el medio que los rodeara; en un cable de dilatada extensión, tal retraso podía ser extraordinario.

Una noche, después de la llegada de Morse a Gran Bretaña, cuando las líneas telegráficas subterráneas hasta Londres no estaban en uso, Morse, Whitehouse y el telegrafista del Canal Inglés, Brett, enviaron mensajes a través de un circuito de trescientos setenta kilómetros. Como Morse informó del resultado de la prueba a Field, «se han resuelto las dudas... y la gran hazaña del siglo será pronto realizada»⁽¹¹⁾.

Aunque los tres que realizaban los experimentos pasaron la noche en vela para efectuar la prueba, a la noche siguiente volvieron a reunirse en un banquete con que obsequiaron a Morse. En el Continente había sido objeto el inventor de muchísimos honores y otros tantos en Londres, pero éste parecióle el mayor. El presidente era William Fothergill Cook. El y Wheatstone se habían distanciado por una disputa semejante a las que se suscitaron entre Jackson y Morse sobre el crédito que merecían por el invento del telégrafo, y, asimismo, similares a las de Smith y Morse por la propiedad común de la patente.

—Hace unos minutos se me ha consultado sobre un telégrafo —dijo el promotor del sistema de Wheatstone, en un brindis a Morse— para un país en el que éste no existe. Yo recomendé el sistema del profesor Morse.

El auditorio aplaudió.

—Durante los últimos días he estado pensando en lo que ha hecho el profesor Morse —continuó diciendo—. En los Estados Unidos se destaca como el único creador el propulsor de una gran concepción... Pero creo que tenemos derecho para enojarnos con el profesor por no sentirse contento con sólo brindar el beneficio de ella a su propio país. Lo ha extendido a nuestras colonias del Canadá y Terranova, y más aun, ahora ha llegado a introducirlo en Europa, y lo malo es que en Gran Bretaña estamos obligados a comunicarnos con el exterior por medio de su sistema.

Hubo gritos de:

—¡Escuchen, escuchen! ⁽¹²⁾.

Semejante banquete en una Inglaterra recalcitrante constituía un triunfo magnífico, aunque el viejo amigo de Morse, Leslie, mezcló sus felicitaciones con dudas: «He tenido el placer de leer en el Times de hoy la noticia de su cena. ¿Cómo es que Wheatstone no estuvo presente ni se lo mencionó?» ⁽¹³⁾. El Times incurrió en un error. Mr. Cooke aludió discretamente a su compañero apartado, el tranquilo profesor del Colegio del Rey, ponderando sus esfuerzos en el empleo comercial del telégrafo.

«Yo por lo menos —le explicó Brett a Morse— fui el primero en nombrarlo cuando se propuso realizar la comida y, si hubiese estado presente, lo habría mencionado (para un brindis), pero se me sugirió que, como no estaba presente, era preferible dejarlo de lado, y Mr. Cooke lo hizo de manera tan airosa que yo no lo lamento» ⁽¹⁴⁾. Pero, sea lo que fuere lo que Leslie y los directores pensaran, Mr. Cooke ponderó a Morse, éste contestó generosamente, la reunión lo aclamó y, como cuando años antes había obtenido la medalla por su Hércules, se hallaba contento, una vez más, aun en Gran Bretaña.

Poco después, de vuelta en Nueva York, Morse se apartó de Field. Los pormenores del distanciamiento no han sido nunca relatados anteriormente.

Con el paso de Field de la manufactura de papel a la tela-grafía, se abocó cada vez con mayor ahínco al problema que previamente había preocupado a Morse: el de la unidad de los telégrafos. Poco antes de su viaje juntos a Terranova, Field dio a conocer su interés en encontrar una compañía que unificara todas las líneas telegráficas en los estados y provincias orientales. Tanto Morse como Kendall aprobaron la idea, pues estaban deseosos de ceder sus acciones y derechos de patente a Field. Ayudado por el siempre astuto Craig, de la Prensa Asociada, Field y sus socios organizaron la Compañía Telegráfica Norteamericana, con la intención de llevar a efecto la alianza. Sin embargo, cuando adquirieron los derechos del telégrafo de impresión, de Hughes, Morse se preguntó de inmediato si Field no intentaría perjudicarlo.

«Como usted dice —le escribió Kendall—, Field y los de la compañía son astutos hombres de negocios que no nos son hostiles a usted o a mí, pero que son más amigos de ellos mismos. No ha sido la amistad hacia nosotros lo que los indujo a

adquirir los instrumentos de Hughes; sino, en realidad, diga usted lo que diga, para mantenernos en *terroreur* (sic) sobre nuestras cabezas y las de nuestros Compañeros, para inducirnos a que les permitamos el empleo de nuestras líneas a un precio reducido» ⁽¹⁵⁾. Morse comenzó a proceder con cautela con sus socios, en el asunto de los cables atlánticos.

Poco después de adquirir los derechos de Hughes, tal como Morse lo entendió, los socios de Field le retiraron su oferta. Al poco tiempo, las personas ligadas a los intereses de Morse y los de Field, Cooper y Craig, construían líneas rivales a lo largo de las mismas rutas, en el Estado de Nueva York. «Vigila a tu excelente amigo Mr. Cyrus Field», le aconsejó su primo Walker, desde Utica ⁽¹⁶⁾. Y Morse lo hizo.»

Mientras visitaba Inglaterra para asistir a la preparación de la colocación del cable, Morse fue elegido director honorario de la Compañía Telegráfica Atlántica de Field, asociada en Gran Bretaña. Pero no se sentía satisfecho. No sólo había prestado sus servicios a la compañía, durante su estancia en Gran Bretaña, sino que los derechos para conectar el cable desde las provincias marítimas, hasta Nueva York, que había otorgada a la compañía de Terranova, fueron transferidos, por la influencia de Field, a la nueva compañía. Opinaba que merecía mayor recompensa.

Kendall aludió a la ofensa de Morse a Field. Observó que aquél había sido elegido director honorario y preguntó, simulando no saber, si era también accionista. Field entendió perfectamente la indirecta, pero en respuesta ofreció solamente vender a Morse una o dos acciones de mil libras, a la par. Field era e& accionista norteamericano más fuerte de la compañía.

Al enterarse de la oferta, Kendall le escribió a Morse lo siguiente: «He perdido absolutamente la fe en esos caballeros, con relación a sus intereses y a mi trabajo... Obtuvieron de usted diez mil dólares en su plan de Terranova, además de todos sus derechos en cualquier línea nueva, de Nueva York a las provincias británicas, por lo cual no le abonaron nada; le han ocupado su tiempo, se han servido de su trabajo, de su nombre y de su reputación, en su plan de cables transatlánticos, y ahora que se sienten fuertes por el apoyo del gobierno y los capitalistas, ¡le permitirán adquirir... a la par!» En suma, Kendall deseaba eximirse por completo de los riesgos de los asuntos de Morse y retornar al trabajo en su obra de la que ya había publicado un volumen: la biografía de su viejo jefe, Andrew Jackson ⁽¹⁷⁾.

Morse protestó violentamente ante uno de los miembros de la Compañía Norteamericana, en quien tenía mayor fe (aunque era unitario): Peter Cooper, su presidente. Vertió su ira a lo largo de más de dieciséis páginas.

Cooper le replicó abiertamente. Admitía que la patente de Hughes perjudicaría los intereses de Morse. Pero, agregaba, debemos someternos a lo que demuestran las pruebas prácticas. «Debería ser nuestra ambición, como así también nuestro orgullo, no permitir que la cuestión miserable de *meum* y *teum* empequeñezca la noble empresa de divulgar el telégrafo eléctrico alrededor del mundo, mediante el mecanismo que mejor se adapta a esa finalidad» ⁽¹⁸⁾.

El tiempo ha probado la razón que asistía a Morse en su creencia de que su invento era más útil que el de Hughes. Sea lo que fuere que pudiera eventualmente demostrar y cualquier cosa que demostraran las intenciones de Cooper, Field y Craig en la compra de los derechos de Hughes, la verdad permaneció siendo que cuando obtuvieron esos derechos pudieron esperar la posibilidad de comprar las líneas de Morse a un precio menor y acaso ruinoso.

Por otro lado está claro que Morse no se hallaba libre para negociar con sus socios del cable atlántico, como lo habría podido hacer si no hubiera tenido intereses propios que defender. Las complicaciones de sus propiedades debilitaron sus conceptos hasta que estuvo realmente casi atado por la cuestión mezquina de *meum*.

Sin embargo, se dejó persuadir por Cooper de que continuara en lo futuro cooperando con sus colegas propulsores del telégrafo. Lo hizo, aunque Kendall dudó de que Field fuera otro «Fog» Smith. Para Morse no podía haber elegido un epíteto más duro.

Después de haber sido persuadido enérgicamente, el secretario de Marina puso a disposición de los proyectistas del cable una nueva fragata a vapor, la Niágara. Para prepararla para su expedición pacífica, se le quitaron los cañones, en los astilleros navales de Brooklyn; las cubiertas fueron despejadas de cosas y sus mamparos retirados, en Gran Bretaña, para dar lugar a los rollos de cable. Como uno de los directores honorarios de la Compañía Telegráfica Atlántica, Morse se dirigió al secretario solicitándole permiso para ir como pasajero en el barco. Partió en la Niágara en la primavera de 1857.

Anclada en el Támesis, la Niágara fue durante días el centro de una flota de embarcaciones en vaivén. Era la primera vez en muchos años que un barco de guerra estadounidense estaba en aguas británicas, y éste era el más grande del mundo. Además, los ingleses se emocionaban pensando que ese barco iba a tender un pequeño hilo por debajo del océano para unir al Viejo con el Nuevo Mundo. Un día, otro barco histórico, el Agamemnon, que surgió de las mandíbulas de la muerte, en el bombardeo de Sebastopol, y ahora era destinado por el gobierno británico para ayudar en la colocación del cable, llegó al Támesis para ocupar su lugar al lado de la Niágara. La tripulación de ésta lo aplaudió ruidosamente.

Cuando por fin comenzó a desenvolverse el cable a bordo de los barcos, pareció que la labor insumiría varias semanas. Como Morse estaba ansioso por conferenciar con el primer ministro francés sobre la posibilidad de que los gobiernos de Europa le otorgaran una recompensa por su uso de sus telégrafos, aprovechó la oportunidad de realizar un viaje a Francia.

En París juzgó que la moda de rellenarse con crinolina no permitía juzgar la silueta de las mujeres francesas. «¿Quién iba a pronosticar —le escribió a su esposa— que debido a que se esperaba un heredero del trono de Francia, «todo el sexo femenino, joven y viejo, simpatizaría con la afable consorte de Napoleón III hasta el punto de estar en apariencia por lo menos, inclinadas a inundar la tierra de herederos?»⁽¹⁹⁾. Sea que venció o no el obstáculo de la crinolina, como lo propuso, utilizando un antejo de larga vista para mirar a las damas y un megáfono para hablarles, logró impresionar realmente a damas y caballeros de influencia. Después de haber publicado un memorial en su nombre a los gobiernos de Europa⁽²⁰⁾, partió de París en junio, con la esperanza de obtener reconocimiento económico por el uso de su invento.

Más de un mes después, la flota para la colocación del cable —cuatro barcos británicos y otros tantos estadounidenses— estaba lista para zarpar de Liverpool. Morse se hallaba a bordo de la Niágara cuando se hizo a la mar desde ese puerto. El gentío congregado en el muelle agitaba sus pañuelos, los barcos de guerra descargaban sus cañones, los marineros saludaban desde el cordaje.

La Niágara tenía una apariencia tan extraña como extraño era su viaje. Entre el palo mayor y la mesana se había colocado una enorme bobina de doscientos cuarenta y

un mil kilómetros de cable. En la bodega había más. A popa, la mesana resultaba una enorme máquina para desenrollar el cable. Cinco tambores horizontales, de cerca de cinco pies de diámetro, estaban colocados en hilera. A medida que el cable se alargaba, pasaba entre estos tambores hasta que por encima del último, que colgaba sobre la popa, caía al mar. El paso continuado sobre los tambores servía para reducir, por frotación, la velocidad del arriar del cable. Una balanza indicaba la tirantez de éste, por el peso de la parte sumergida en el mar y la velocidad del barco, de manera tal que el encargado de las palancas podía aplicarlas a los tambores, de acuerdo con ella.

Los experimentos demostraron, para satisfacción de los mecánicos, que el cable podría estirarse hasta el veinte por ciento sin cortarse. Una vez resuelto eso, Morse sugirió que el cable fuera estirado en presencia de los encargados de arriarlo, para que pudieran percatarse del cuidado que se requería ⁽²¹⁾. De haber hecho esa prueba, posiblemente la historia de la expedición podría haber sido diferente.

A través del mar Irlandés, a la vista de las altas y verdes colinas de Queenstown, se intentó probar los cuatro mil seiscientos treinta kilómetros de cable, la mitad en la Niágara y la otra mitad en el Agamemnon. Durante el experimento, Morse pasaba de un bote de remo a otro, cuando deslizó una pierna entre ambos y se raspó. Sufrió un dolor, pero ese día envió por vez primera un despacho a través de todo el cable.

Pocos días después, la pequeña flota zarpó de la ensenada de Cork, a lo largo de la costa sureña de Irlanda. La cubierta de la Niágara le parecía ahora una masa confusa de instrumentos; aquí y allá había «máquinas a vapor, engranajes, interruptores, marmitas, cabos de cáñamo y de hilos de telégrafo, boyas, poleas y roldanas de madera y hierro, cilindros de madera y de hierro, metros de todas clases, anemómetros, barómetros, electrómetros» ⁽²²⁾. Abriéndose camino entre todos esos objetos, se hallaba un grupo de personas: la tripulación del barco, los obreros encargados de colocar el cable, observadores de los gobiernos de Rusia y Francia, reporteros, dirigentes de la compañía, como Morse y Field, electricistas bajo la supervisión del doctor Whitehouse y mecánicos controlados por el joven Bright.

El 4 de agosto, la flota entró en la bahía de Valentia, cerca de un promontorio rocoso de Irlanda que apunta a América. Esa noche as dio en la costa una hoguera de turba apilada tan alta como una casa de dos pisos; los cohetes ahuyentaron la oscuridad que rodeaba a los barcos; se tocó música, bailóse y se sirvió un banquete en la ciudad-puerto. En el banquete, el virrey de Irlanda empleó una expresión feliz: la flota —dijo— iba a mostrarse «hermosa sobre las aguas, así como son los pies sobre las montañas de los que predicán el Evangelio de la paz» ⁽²³⁾.

Al día siguiente, el puerto estaba animado por la presencia de embarcaciones diversas, empavesadas, mientras barcos de poco calado remolcaban un extremo del cable, desde los lugares, hacia la orilla. Un centenar de personas rompió la restricción policial para adelantarse y tirar del cable hacia la playa. Entre las primeras iba el virrey. En unos instantes conectóse el cable a un hilo que a su vez unía a otros, llegando a través de Irlanda, bajo las aguas del mar irlandés, cruzando Inglaterra, pasando por debajo del canal inglés, sobre todo el continente europeo y en dirección al Asia.

Mientras Morse, un poco cojo, permaneció parado en la orilla, debe haberse emocionado cuando el clérigo anunció la oración que él se había repetido para sí mismo tan a menudo, desde que por primera vez se lo ponderó por su telégrafo: «No des gloria a nuestro nombre, oh, Señor! ¡A nuestro nombre no, sino al Tuyo.»

El 6 de agosto la flota zarpó. Pronto regresó sin gloria. El cable 'se había cortado en un accidente. Morse estaba seguro de que esto no volvería a ocurrir.

Al día siguiente, la flota levó anclas nuevamente; la Niágara arriaba el cable en su marcha. El doctor Whitehouse, cansóse por los preparativos. Morse estaba ahora a cargo de los electricistas de a bordo y el joven Bright, de los maquinistas.

Esta vez, las primeras horas transcurrieron sin alarma alguna. El cable, deslizándose sobre los tambores y cayendo dentro del agua, estaba preparado especialmente para el trabajo cerca de la costa y para resistir el roce contra las rocas puntiagudas. Era de noche cuando la colocación de los quince kilómetros de cables pesados tocaba a su fin. Existía gran ansiedad por el momento en que se lanzara al agua su último tramo. ¿Podría resistir la primera parte del cable liviano — que apenas tenía una pulgada de diámetro— el peso del final del cable pesado sumergido en la profundidad de las aguas?

Por orden del médico, Morse estaba acostado en su camarote para descansar la pierna. Sobre su cabeza oía el retumbar de los tambores, y de cuando en cuando un golpe tremendo, cada vez que una unión del cable pasaba sobre ellos. No podía dormir. Sabía que el momento crucial acercábase.

De pronto cesó el retumbar. En la confusión de voces que rompieron el silencio, oyó una que decía:

—¡Se ha roto el cable!

Había sucedido lo que se temía. Nada podía hacer, sino esforzarse por escuchar los ruidos que hacían los operarios para arreglarlo. Los maquinistas se ingeniaron providencialmente para tomar el extremo del cable en una boya. Ahora oía que lo arreglaban. Media hora después se oyeron gritos de alegría:

—¡Perfectamente!

Sobre su camarote, la maquinaria comenzó su sordo retumbar, que a Morse le pareció el ronroneo de un gran gato ⁽²⁴⁾. Había pasado la primera crisis.

La mañana siguiente fue clara. La tierra aún estaba a la vista. La bobina en la bodega se desenvolvía hacia el agua. Todos estaban animados. Desde cincuenta y cinco kilómetros, Morse envió un despacho a Valentia, para su esposa.

El tercer día, el sonido demostró la profundidad, de cerca de cuatrocientas brazas^{lxi} que aumentaba gradualmente; las cartas de navegación indicaban que pronto descendería a mil setecientas, y luego a dos mil, profundidad casi tan grande como la que encontrarían en cualquier otro sitio, durante el viaje. Los maquinistas aguardaban ansiosamente el aumento de tensión del cable.

—¡Deténganlo! ¡Deténganlo! fue el grito de todos los que a las 18 horas se hallaban en cubierta.

Morse podía ahora correr con rapidez hasta la cubierta. Y lo hizo. Reinaba una confusión tremenda. De alguna manera, el cable se había salido de los tambores y se desenvolvía aprisa. Lo ataron con sogas y, mientras las ajustaban, los operarios «traspiraban en cada parte gotas de alquitrán» ⁽²⁵⁾. Se logró por fin detenerlo, quedando de un largo suficiente como para que se lo pudieran colocar nuevamente en los tambores.

^{lxi} Medida de seis pies. — N. del T.

En la mañana gris del cuarto día pasado afuera, había un gran oleaje. La popa del barco se sumergía en el agua y volvía a aparecer a intervalos. Mr. Bright manejaba las palancas; las aplicaba y las soltaba, como de costumbre, de acuerdo con el oleaje. Luego éste bajó a la bodega para ver cómo salía el cable. Dejó que la manejara el maquinista que había estado familiarizado con el sistema de palancas desde su construcción. La popa subía y bajaba nuevamente, y en una de esas subidas, el cable se zafó, sumergiéndose su extremo en el océano y produciendo apenas un silbido.

Los tambores dejaron de retumbar. Los operarios dirigiéronse a la cubierta. Reunidos en pequeños grupos, hablaban de manera tan silenciosa como si alguno se hubiera caído por la borda. Esta vez no hubo confusión. Seiscientos treinta kilómetros de cable estaban en el fondo de las aguas. La única manera de recuperarlos —si es que podían recuperarlos— era regresar a Irlanda. La Niágara cambia de rumbo, y pronto el resto de la flota hizo tras él lo propio. No quedaba otro recurso.

Al día siguiente, mientras se debatía abordo el motivo de la rotura, Morse escribió explicándolo: *«Ayer, a las 3.45 de la madrugada ... Mr. Bright se dirigió a la persona que estaba a cargo de las palancas, preguntándole el peso que tenía el cable, quien le respondió que era de cerca de tres mil libras. Mr. Bright le hizo agregar cien más en las palancas, para frenar la velocidad del cable. El hombre opuso reparos; temía que no fuera prudente hacerlo. No obstante, Mr. Bright insistió en su orden. Las palancas fueron aplicadas con la fuerza original, que inmediatamente detuvo las ruedas del aparato de arriar y, naturalmente, llevó la fuerza de la velocidad no controlada del barco, como un agregado a la tensión. Como esta vez el mar estaba moderadamente agitado, hizo que la popa del barco se levantara varios pies y se hundiera en un mismo grado; cuando ésta cayó, el cable, bajo su enorme tensión, se sumergió rápida y fácilmente en las aguas; pero cuando la popa levantóse por el empuje irresistible de la ola siguiente, la fuerza ejercida sobre el cable en tales circunstancias hubiera cortado uno cuatro veces más resistente... Se separó completamente, y en un instante la marcha y el plan de nuestros futuros procedimientos fueron necesariamente mudados.. . Lo siento por Mr. Bright»* ⁽²⁶⁾.

La explicación de Morse —especialmente idéntica a la de Field y a la publicada por el reportero del Herald, que estaba a bordo ⁽²⁷⁾, publicóse en los diarios estadounidenses. Cuando míster Bright se enteró de ella, envió al inventor una carta protestando por sus declaraciones. Una vez que el autor de la explicación se impuso de su contenido, ofreció a Mr. Bright sus disculpas.

Mr. Bright le decía que no había impartido órdenes al encargado de las palancas, en el sentido de alterar su ajuste. Por el contrario, opinaba que la falla estribaba en que no se habían regulado las palancas como de costumbre y acorde con el oleaje ⁽²⁸⁾.

La murmuración de que el cable atlántico era un engaño se divulgó a través de todo el mundo.

En los Estados Unidos, Morse se encontró con que la alianza de Field, Cooper y la Prensa Asociada estaba todavía buscando «unidad», llamada de otro modo, «monopolio». En los puntos en que no podían comprar participaciones en las líneas que deseaban, construían líneas Hughes propias, entablando guerras ruinosas con las de Morse.

«Intento retirarme completamente de la empresa del Telégrafo Atlántico —le escribió Morse a su hermano Richard, inmediatamente después de retirarse con su amada esposa en su hogar del Hudson—, pues los que en esta parte del mar figuran prominentes en sus intereses, emplean sus esfuerzos e influencia contra mi invento, mis intereses y los de mis ayudantes» ⁽²⁹⁾. Mientras tanto, Kendall advirtió a su cliente que apareciera neutral. Le propuso proteger sus intereses, mientras el propio inventor mantendría relaciones cordiales con ambas partes.

Morse visitó ese invierno la oficina de Field, en busca de una carta de él, enviada desde Londres. Antes de tener oportunidad de leerla, uno de los empleados le llamó la atención sobre un artículo periodístico en el que se lo criticaba por su fracaso en la colocación del cable. El primer impulso de Morse fue escribir una respuesta indignada. Sin embargo, al caminar unas cuantas cuerdas hacia la casa que había tomado por el invierno, en la calle Veintiuna, leyó la carta de Field y cambió de opinión ⁽³⁰⁾. Este le notificaba que una nueva ley británica sobre las corporaciones prohibía la elección de un director honorario que no fuera accionista. Con aparente solicitud, Field lo advertía en el sentido de que adquiriera inmediatamente acciones

o de lo contrario no sería reelegido. Pero no existía cable telegráfico que le permitiera a Morse notificarse a tiempo, aun si hubiera deseado adquirir acciones. Cuando le contestó a «Fog» Field, lo asaltó un impulso de amenazarlo. Olvidó que había intentado renunciar de la compañía. Le escribió diciéndole que le hubiera gustado formar parte nuevamente de la expedición para la colocación del cable, tal como Cooper se lo había solicitado, pero que el hecho de no poder ser reelegido le impedía solicitar a la armada permiso para viajar en la Niágara.

«Muchos de mis apoderados —agregó-- ... consideran el éxito de esa empresa como la base de las gestiones de... la Compañía Telegráfica Norteamericana para establecer el monopolio y controlar todas las líneas Telegráficas de los Estados Unidos... Esto... creo que es suficiente para demostrar que mi ardiente y constante deseo de que triunfe la empresa del Océano, tiene otro fundamento diferente que la expectación de ventajas pecuniarias personales.

Sin embargo, deseo que comprenda claramente que... no soy responsable de los proyectos o planes de autodefensa y autoprotección de los que están interesados en las líneas establecidas, a quienes ha colocado en oposición el curso contrario seguido por la Compañía Telegráfica Norteamericana. He oído hablar de algunos planes, cuyos detalles no se me han hecho conocer... y que bien pueden ocasionarle alguna intranquilidad respecto a sus ganancias anticipadas» ⁽³¹⁾.

Con nuevos cables y equipos perfeccionados, el Agamemnon y la Niágara estaban nuevamente, en junio, en el Atlántico; Mr. Bright actuaba aún al servicio de la compañía. En la mitad del océano empalmóse el cable de los dos barcos y navegaron con rumbos opuestos. Después de lanzar al mar unos quinientos cincuenta y cinco kilómetros, se rompió nuevamente. Mejor preparados esta vez para los contratiempos, en julio estaban listos nuevamente. Desde la mitad del océano, la Niágara puso rumbo a los Estados Unidos y el Agamemnon, a las Islas Británicas. El 4 de agosto, los barcos llegaron sin inconvenientes a sus respectivos puertos: en la bahía de Trinidad (Terranova) y la bahía de Valentia (Irlanda). Pocos días más tarde —el 16 de agosto de 1858—, se envió el primer mensaje oficial por el cable, de la reina Victoria al presidente Buchanan.

De un modo u otro, una parodia de los mensajes inaugurales pasó del escritorio de Bryant al Evening Post:

«Estimado Buchanan: Le envió éste por medio de mi cuerda.» «Estimada Victoria: Le envió éste para Europa^{lxii}».

Los diarios revivieron alegremente la profecía de Morse que databa de quince años: «Puede establecerse seguramente un telégrafo a través del Atlántico.» En las oficinas del Sun, de Nueva York, pendía un letrero que rezaba: «S. F. B. Morse y Cyrus Field, Colocadores de Hilos Telegráficos del Siglo XIX.» La celebración fue una de las más brillantes y entusiastas de la historia de los Estados Unidos. Tañían las campanas a través del continente y las hogueras iluminaban la campiña; los predicadores hablaban del favor de Dios; los poetas, de la fraternidad humana, y los inmigrantes, de telegrafiar a sus hogares. Debido a su excitación, Nueva York casi incendia su Municipalidad.

La noticia del triunfo halló a Morse en París, en un estado de ánimo sombrío. Se mostró cauteloso cuando dirigióse a un grupo de estadounidenses que se había reunido para honrarlo, como parte en la celebración mundial.

«El manejo puro del telégrafo atlántico —dijo—, como un mecanismo político o comercial de vasto poder, para el bien o para el mal, dependerá de que las felicitaciones cordiales por su triunfo en calidad de empresa científica (que es éste el terreno en el cual puedo y me uno gustoso en estas felicitaciones) sean recibidas con temor de que su vasta capacidad para brindar el bien al mundo se pervierta y sea empleado para una política egoísta o utilizada como instrumento de opresión u ofensa» ⁽³²⁾.

Así como Robert Fulton supuso ingenuamente que su invento de un submarino mejor pondría punto final a las guerras, Morse imaginó al principio que su telégrafo sería de uso social. Pero ya cuando le propuso por vez primera su control al gobierno, había dudado; durante sus dilatados conflictos con Smith, con la Prensa Asociada y con Field, sus sueños de 1832 se habían desvanecido. Ahora debe haberles parecido más sabio, a los que lo recordaban durante su estancia en París, en 1838, en que proclamó los beneficios maravillosos que su telégrafo proporcionaría a la humanidad. Ahora podían haber previsto, como lo hicieron pocos de su generación, que el progreso material podía no constituir progreso alguno.

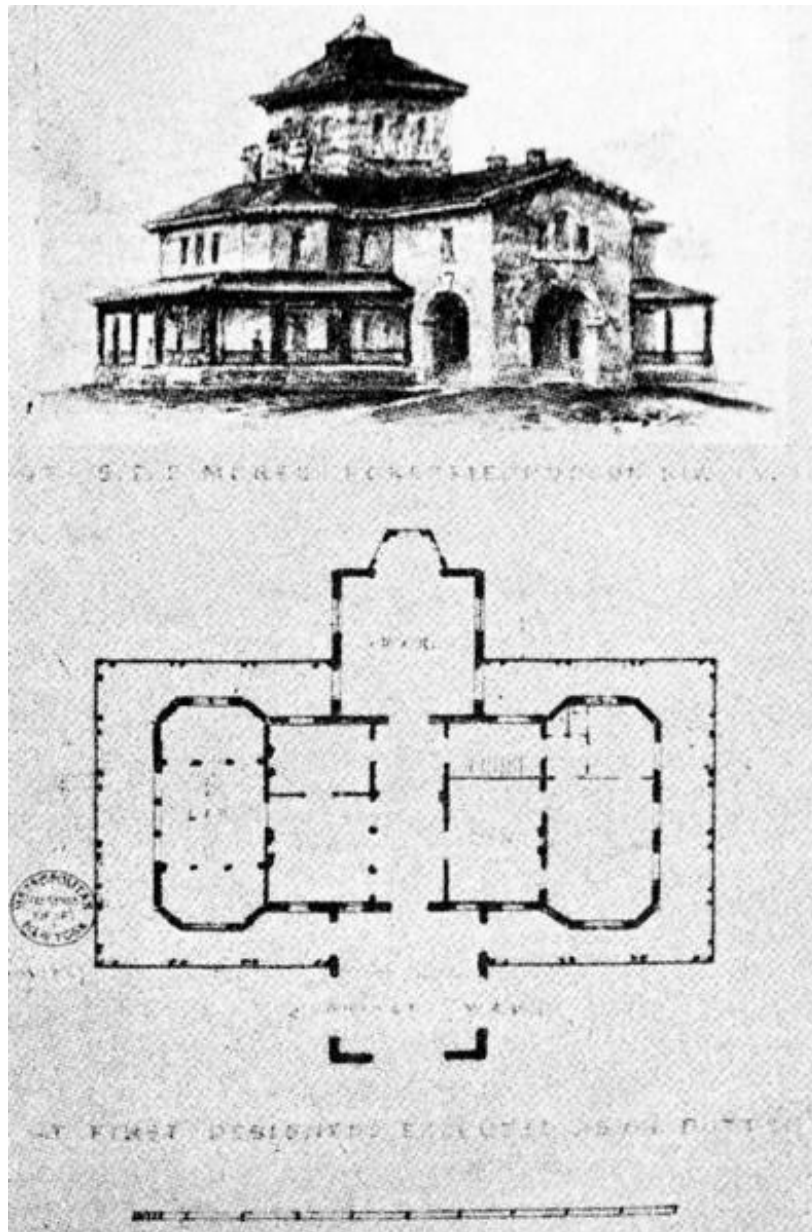
^{lxii} En inglés, cuerda es "rope". — N. del T.

La alegría en los Estados Unidos, el regocijo en Francia y la aprobación en Gran Bretaña desaparecieron poco después. Porque el cable mismo también lo hizo. El motivo, nadie lo ha llegado a saber con certeza. Se dice que Morse pronosticó su fracaso porque no fue preservado de manera debida, antes de ser sumergido. Muchas personas se rehusaron a creer que llegó a enviarse algún despacho. Afirmaban que Field las había engañado con una patraña gigantesca. Lo acusaban de haber burlado a la reina y al presidente pretendiendo haber enviado mensajes a través de un pequeño hilo tirado en el fondo del mar, entre mariscos y algas marinas.

Al año siguiente una unión de intereses puso término al distanciamiento entre Morse y Field. La Compañía de Telégrafos Magnéticos, la primera compañía de Morse, avió la luz», y se relacionó comercialmente con la Compañía Telegráfica Norteamericana, de Field. Los principales accionistas de la Compañía Magnética, incluyendo a Morse y Kendall, aceptaron una oferta de quinientos mil dólares de acciones Norteamericanas (suma mayor que la que Morse había ofrecido al gobierno, por todos los derechos de la patente, quince años atrás) en cambio de trescientos sesenta y nueve mil trescientos dólares de acciones de la Compañía Magnética. Barnum, de esta última, pasó a ser presidente de la Compañía Norteamericana reorganizada, y Kendall, Morse, Field, Hunt y Abram S. Hewitt figuraban entre sus nuevos directores. La compañía poseía ahora todas las líneas importantes en la costa del Atlántico, exceptuando la de Smith, entre Boston y Nueva York, y Field, no deseando asociarse con éste, finalmente se la compró también. La compañía trabajaba siete líneas diferentes, solamente entre Boston y Nueva York.

Más o menos al mismo tiempo los poseedores de la patente de Morse vendieron sus derechos. Muchos de los derechos de las rutas troncales ya habían sido vendidos. Y la patente no tenía una vigencia muy dilatada —solamente hasta el 20 de junio de 1861—, salvo que fuera nuevamente prorrogada. Aun así, Smith los vendió por la suma de trescientos un mil ciento ocho dólares con cincuenta centavos, cantidad adecuada para un hombre que apenas había hecho una pequeña inversión de dinero. Y Morse y Vail vendieron los suyos a la Compañía Norteamericana y sus asociados en los Estados Unidos y el Canadá. Con la demanda de una serie de juicios desagradables, entre Morse y Smith, que amenazaron durar indefinidamente,

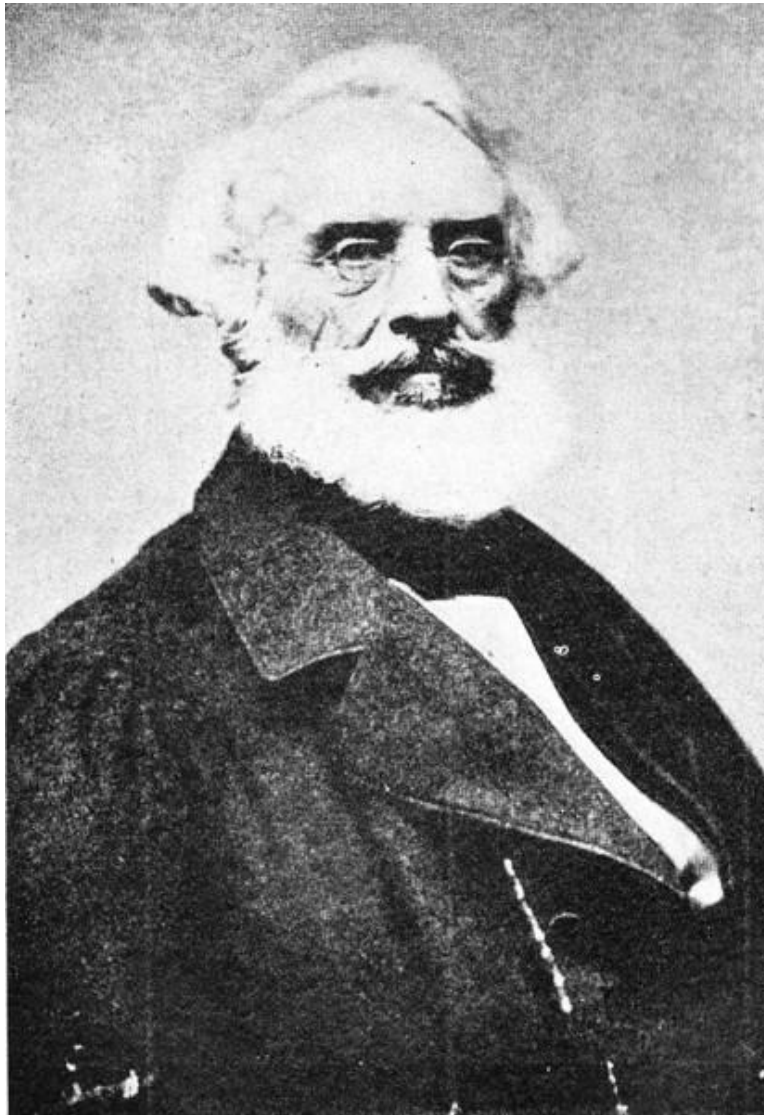
llegó a una conclusión rápida. La Compañía Norteamericana, con sus asociados, pronto controlaron las patentes y líneas de Morse, Hughes y Bain ⁽³³⁾.



«LOCUST GROVE (ALGARROBAL), 1851. Planos del arquitecto Alexander J. Davis, para la casa de Morse, con vista al Hudson. (Museo Metropolitano de Arte, N. York).

La compañía intentó en vano asegurar otros siete años de prórroga de la patente de Morse, prometiendo abonar a los propietarios la suma de treinta mil dólares, si lo lograban. Smith se opuso a su prórroga, pues proyectaba la construcción de una nueva línea telegráfica y deseaba evitar el pago de participaciones en la patente ⁽³⁴⁾.

Había agotado su vaso de jugo de la patente de Morse y estaba preparado para tirar el hollejo.



MORSE EN EDAD AVANZADA. (Cortesía de Leda Livingston Morse).

La guerra que Smith sostenía contra la Prensa Asociada había obligado a ésta a apoyar a la Compañía Norteamericana. Pero ahora la Prensa Asociada temía a ésta como futuro monopolio, y comenzó a obstaculizarla.

Craig, que era todavía agente de la Prensa Asociada, intrigaba por lo bajo. Se aseguró un apoyo suficiente de la prensa en general y de las «Seis Naciones» —seis compañías que incluían a la Compañía Norteamericana— para que la Prensa Asociada amenazara con construir líneas rivales de las suyas. Field y sus amigos

Peter Cooper, Abram S. Hewitt y Wilson G. Hunt se declararon inmediatamente por la conciliación con Craig. Kendall no aceptó hacerlo; conocía demasiado bien los ardides de Craig, para prestarse a favorecer sus deseos. Morse al principio se mostró indeciso.

Presentóse al presidente de la Compañía Norteamericana, Barnum, una declaración que se dijo iban a firmar todos los directores de diarios de Nueva York y Boston. En ella exigíase la reducción de las tarifas, la elección, de entre los accionistas, de tres directores aprobados por la prensa neoyorquina, uno de la prensa de Boston' y otro de la de Filadelfia ⁽³⁶⁾.

Morse leyó la declaración y se dirigió indignado a la oficina de la Compañía Norteamericana, en la calle Wall. Encontró al inglés Russell, con su obstinado secretario, nerviosos. Russell dijo que estaba dispuesto a destruir la Prensa Asociada, organizando una asociación noticiara que se le opusiera, con sus propios agentes en Europa y otorgarles privilegios en las líneas de la compañía. Morse escuchó con complacencia sus amenazas, casi con aprobación, puesto que la Prensa Asociada parecía decidida a la guerra.

Poco después de regresar a Poughkeepsie, Morse recibió una nota de Hewitt, en la que lo invitaba a cenar en su casa del parque Gramercy —en la que vivía con su suegro, Peter Cooper—, para encontrarse con los representantes de la Prensa Asociada. Después de haber realizado nuevamente el viaje de dos horas a la ciudad, Morse se encontró en casa de Cooper y Hewitt, no sólo con sus huéspedes, los fabricantes de hierro y su vecino de la casa del lado, Field —con quienes Morse se hallaba ahora en armonía—, sino también con Raymond, del Times; Beach, del Sun; Hallock (hijo del primer presidente de la Prensa Asociada), del Journal of Commerce, a quien Morse conocía de tiempo atrás, y Brooks, que una vez había disputado a Smith una elección para miembro del Congreso de Maine y ahora era director del Express.

Los huéspedes, Field y Morse persuadieron a los directores de los diarios para que mantuvieran en pie la cuestión hasta que tuvieran una oportunidad para hacer entrar en razón a los directores de la compañía. Raymond, del Times, convenció a Morse de que la Prensa Asociada era lo suficientemente fuerte como para construir sus propias líneas, si lo deseaba. El nuevo interés de Morse en la paz, tal como lo

explicó detenidamente a Kendall, radicaba absolutamente en el deseo de salvar sus intereses en el telégrafo ⁽³⁶⁾.

Pocos días más tarde, los diarios de la ciudad publicaron la noticia de un llamado a reunión de los accionistas de la compañía, el que llevaba la firma de cuatro de sus directores: Hewitt, Field, Hunt y Morse. La firma de tres era suficiente para obligar a una reunión.

'Russell y sus amigos protestaron contra Hewitt, Field y Hunt, acusándolos de ser paniaguados de Craig y la Prensa Asociada. De algún modo evitaron la mención de Morse. Porque, después de todo, el venerado inventor del telégrafo era una institución nacional, estaba casi demasiado viejo para comprometerse de manera activa en disputas económicas y era por demás respetado para que se lo pudiera acusar, en forma temeraria, de mal proceder, en el panfleto enconado que siguió ⁽³⁷⁾.

Que su nombre se haya mantenido un poco aparte hizo posible que se hallara más dispuesto a la conciliación. Era conveniente para él que dos funcionarios de la compañía, que habían sido nombrados por la influencia de Russell, perdieran su fe en la sabiduría de Russell. Con el apoyo de Morse, en la calmante atmósfera del «Delmónico», llevaron a efecto reuniones sociales que terminaron en un tratado de paz ⁽³⁸⁾.

Por fin los intereses de Morse, Field y la Prensa Asociada estaban en armonía. No sólo ahora habían terminado los ataques a la patente de Morse, sino también sus acometidas a las líneas que él había fundado. Uno podría pensar que se evadió de controversias ulteriores.

En ese año —1860— los reporteros de la Prensa Asociada fueron a recibir treinta y un barcos que llegaron de Europa, en el mar, cerca del cabo Race (Terranova) y telegrafiaron sus noticias a todo el continente. Pero Field insistía en contra de la inercia y la sospecha del mundo, y la amenaza de pobreza que se cernía sobre él. En 1865, fecha en que se llevó a efecto el cuarto intento, el cable rompióse nuevamente. Cuando al año siguiente el Great Eastern, el barco más grande del mundo, zarpó de Valentia, la ciudad se había hastiado a tal punto de ver partir expediciones para la colocación del cable submarino, que apenas se le pudo arrancar manifestaciones de entusiasmo. Pero esta vez el cable deslizóse dentro de

las aguas, desde la popa del Great Eastern, sin ninguna rotura, en toda la ruta a través del Atlántico. La disputa por las noticias en Nueva Escocia y Terranova cesó. Por fin las Américas y Eurasia estaban unidas por un cable telegráfico, para no volver a separarse.

Morse contaba ahora setenta y cinco años. Estaba incapacitado para unirse a la expedición, como no fuera en el deseo de que lograra éxito. Si se equivocó al acusar al joven y brillante ingeniero Bright, si a menudo se mostraba demasiado atado a sus propios intereses al juzgar a Field, aun así para haber sido hombre de puntos de vista, siempre decididos, se mostró dispuesto a abandonar su posición inestable cuando lo exigía el momento. El honor de la unión del Viejo , y del Nuevo Mundo pertenece principalmente a Field, por su indomable perseverancia, y a Gran Bretaña por proporcionar la mayor parte del capital necesario para realizar la empresa. Sin embargo, la idea original correspondía a Morse y nadie se sintió más satisfecho que él de haber podido vivir para ver unidas a Europa y América a través del mar, lo cual le había sugerido por vez primera, la idea del telégrafo.

Desde la paz de su hogar sobre el Hudson, el inventor vio la luz del rayo abarcando un radio cada vez mayor de la tierra. Pero las descargas no ocurrían cuando él deseaba, ni se dirigían al sitio que él quería. Echaban su haz de luz lo mismo los domingos que cualquier otro día, iluminando el día santificado con un suave resplandor. Ahora lanzaban sus rayos luminosos sobre las páginas de miles de diarios; de los que decían la verdad y de los que hablaban por los intereses egoístas que los controlaban. Los secretos de esta magia los confió a las compañías que trataban su telégrafo irrespetuosamente, obligándolo a viajar en toscos postes, en postes que no estaban firmemente colocados en la tierra. Las compañías disputaban y algunas se rehusaban a aceptar la cesión de telégrafos bajados del cielo por otros brujos, como si los impulsos enviados de allí estuviesen sujetos a los mezquinos celos de los hombres. Su telégrafo servía los fines de la codicia, lo mismo que de la generosidad; del odio, lo mismo que de la buena voluntad; de la destrucción, lo mismo que de la creación; de la guerra lo mismo que de la paz. Como muchos otros grandes hombres de su siglo, había brindado al hombre un nuevo poder y, habiendo hecho de él su obsequio, apenas si veía otra salida que abandonarlo a los deseos de los hombres.

Capítulo 27

«Copperhead»^{lxiii}

Cuando un negro neoyorquino casó con una mujer blanca, una turba incendió la casa del clérigo que bendijo la boda.

Esa misma noche, Morse invitó a su amigo Habersham, de Georgia, a que fueran a oír hablar a un abolicionista. Al retirarse, Morse profetizó:

—Los norteros nunca pasarán por encima de la Constitución y de las leyes, con la dirección de tontos y fanáticos, para matar al ganso que pone el huevo de oro ⁽¹⁾.

Debe haber estado pensando en el nidal que había ganado, en sus días de pintor, de la *esclavocracia* atenta de Charleston.

Desde el comienzo de la cuarta década del siglo anterior, Morse fue anti abolicionista. Entonces era ya popular su apoyo a la esclavitud. Pero se convirtió en uno de los principales apologistas de la esclavitud cuando el hecho de ser partidario de ese régimen regresivo significaba que su sabiduría, su patriotismo y su cristianismo eran colocados en tela de juicio por muchos estadounidenses. Su valentía, si no su comprensión, puede resultar una inspiración para los que creen en principios no populares.

Años antes, cuando los hermanos Morse regresaban a su casa, de vuelta del colegio, encontraban a veces el patio de la casa parroquial de Town Hill lleno de negros, pues el doctor Morse era sumamente amigo de los hombres de color de la zona de Boston. Estableció servicios religiosos nocturnos para ellos, en los cuales predicaba él mismo domingo tras domingo; dirigió la fundación de una escuela y una iglesia para ellos, y ayudó al cuáquero Paul Cufee —zambo— en la colonización de negros de Boston en Sierra Leona.

En una visita realizada a Georgia, el doctor Morse había presenciado la muerte de un esclavo, en la casa en que paraba. *«Si un esclavo útil muere —comentó— hace surgir el comentario de que mejor podría haber desaparecido un siervo viejo y gastado. ¿Puede ser esto justo? ¿No son los esclavos seres inmortales? ¿No tendrán*

^{lxiii} Culebra norteamericana muy peligrosa, cuyo nombre sirvió de apodo, durante la Guerra Civil estadounidense (1861-1865), para denominar a los habitantes de los Estados norteros que simpatizaban con los confederados del sur, es decir, que estaban por la esclavitud. — N. del T.

la oportunidad de elevarse en la escala de la humanidad, como la poseen los blancos?» ⁽²⁾.

Sin embargo, durante sus cuatro años de estada en Charleston, el hijo del doctor. Morse gozó de las entradas más elevadas de su carrera de pintor, sin dejar ningún testimonio de interés por los negros, de cuyo trabajo dependían sus entradas.

Estaban en desacuerdo, no obstante ser el padre el responsable de la actitud de su hijo. Porque el doctor Morse había despertado en Finley, por un lado, lealtad hacia una ortodoxia que éste llegó a ligar con el orden social del pasado inmediato, y, por el otro, una antipatía hacia el unitarismo que llegó a relacionar con el propio abolicionismo.

Morse llegó, a su tiempo, a aceptar la esclavitud como un bien indudable. «*La esclavitud per se no es un pecado —escribió—. Es una condición social ordenada desde el nacimiento del mundo por el juicio divino para los propósitos más sensatos, benevolentes y disciplinarios*» ⁽³⁾. Como el obispo Hopkins y otros, llegó a esa conclusión merced al estudio del Viejo Testamento. Y pudo hacerlo porque consideraba a la Biblia como la palabra de Dios llegada a la tierra sin que la roce la experiencia humana.

Sin embargo, contrariamente a muchos partidarios de la esclavitud, admitía francamente que su creencia contradecía la Declaración de la Independencia. Cuando leyó en El Contrato Social, de Rousseau: «*El hombre nace libre*», reaccionó violentamente. «*Repudio su postulado fundamental —escribió en su libro de notas— ... No existe ningún ser viviente nacido en este mundo, que sea, en su nacimiento y durante un lapso subsiguiente tan dilatado, lo abiertamente dependiente, atado de pies y manos, sin voluntad propia, completamente desvalido, sujeto y perfectamente esclavizado como el hombre*». Este —agregaba— «*es el motivo del error de la dec. (laración) de la Indep. (endencia), en su párrafo referente a la igualdad y el carácter inalienable de la libertad*» ⁽⁴⁾.

La declaración de Jefferson puede no haberle agradado, pero se consideraba miembro reputado del partido del tercer presidente de los Estados Unidos. Aun en sus incursiones en la política de tercer partido permaneció siendo un demócrata, en cuanto a los asuntos nacionales. Creía en el sistema de partidos. En 1844 apoyó a Lewis Cass para presidente, pero, después de que la convención demócrata anunció

por la nueva línea telegráfica Baltimore-Washington la presentación de Polk como candidato, apoyó a éste, creyendo que sería en interés de los procedimientos democráticos aceptar el candidato de la convención. Durante la guerra mexicana continuó siendo demócrata. Aunque estaba orgulloso del lema de su familia, «*In Deo, non armis, fido*» y en su pensamiento «Mi país, cierto o equivocado» —axioma falso—, en esa oportunidad creyó que su país estaba en lo cierto. Declaró que los católicos mexicanos son «*una raza agotada*» y que Dios los regeneraría por intermedio de la influencia estadounidense; «*nuestra Biblia y nuestras sociedades religiosas y misioneras debieran velar por nuestros ejércitos*» ⁽⁵⁾. A medida que su telégrafo llegó a ayudar a los ejércitos en su marcha, continuó apoyando con sus dotes a los misioneros, para predicar el Evangelio del Príncipe de la Paz.

Pocos meses después de su victoria ante la Suprema Corte —1854— se presentó como candidato al Congreso, en el distrito de Poughkeepsie. Un diario opositor admitió que podría llevar fuerzas de afuera para su partido ⁽⁶⁾.

Más precavido que en sus dos previas campañas para optar a cargos públicos, se comprometió todo lo menos posible. Fue elegido por la fracción moderada de los demócratas de Nueva York, pero en su manifiesto político, redactado para esa campaña ⁽⁷⁾, declaró no conocer la diferencia entre los «moderados» y los «exaltados».

«*Bronson y buen ron, Seymour y mal ron, Clark y sin ron*» ⁽⁸⁾ era una consigna en la campaña. El gobernador Seymour, líder de los «moderados», había votado como inconstitucional la «ley del Estado de Maine». Bronson, candidato a gobernador por los «exaltados», era un abierto anti prohibicionista, y Clark, candidato «whig», un partidario franco de la prohibición. Morse sólo diría que iba a favorecer el más riguroso control del alcohol que la Constitución del Estado le permitiera. Exteriormente, su declaración podría parecer que seguía la senda del gobernador, pero era susceptible de interpretarse en el sentido de que era un prohibicionista, como decía un periódico de la oposición ⁽⁶⁾.

En cuanto a la esclavitud, también se mostró ambiguo. No diría en qué sentido pensaba votar en el Congreso sobre la extensión de la esclavitud al territorio de Nebraska; con frases verbosas, a la manera de muchos candidatos políticos, expresó que votaría como lo creyera más conveniente, después de que el debate

indicara cuál voto derrotaría al regionalismo. Probablemente sospechaba que su distrito estaba por un suelo libre, política ésta que defendían los «whigs» locales, y determinó no abrir juicio. Fue acusado, con razón, de evitar la cuestión, pues le escribió a su hermano contándole su apoyo a la apertura de Nebraska al comercio de esclavos ⁽⁹⁾.

Si ambigua era su posición en cuanto a la prohibición y a la esclavitud, su postura acerca de la tercera cuestión de la campaña, la del nativismo, era clara. Difícilmente podía quemar su antigua animadversión hacia la influencia extranjera. Justamente, en esos años, dos de sus folletos en los que exponía sus ideas nativistas fueron reeditados. En las declaraciones efectuadas durante su campaña sólo necesitó decir que «por primera vez, en este último día», no tenía «que formarse una opinión sobre el asunto», y sus lectores sabían lo que deseaba significar. El Partido «*Know-Nothing*»^{lxiv} eligió su propio candidato para gobernador, pero en el distrito de Morse no presentó candidato para el Congreso. Sin embargo, los nativistas eran todavía los aliados naturales de los «whigs», estando, en general, por la prohibición y por el suelo libre, y Morse, descripto como «*un Know Nothing*» original y sin «adulterar» ⁽⁶⁾, era ridiculizado como un candidato perfectamente adaptado para un partido que condenaba a los miembros de ese partido.

De cualquier modo, Morse marchó ligeramente adelante con su candidatura, en su condado ⁽¹⁰⁾. Si hubiera obtenido todos los votos del «*Know Nothing*» habría sido elegido. El nativismo estaba en pleno auge entonces y en el vecino Estado de Massachusetts, todos los representantes elegidos, menos tres, militaban en esa tendencia. Pero su distrito se concentraba más en preservar Nebraska de la esclavitud y sus hijos de la bebida, que de defender a los estadounidenses más viejos, de los más nuevos. En todo el Estado triunfaron los «whigs». Al año siguiente, el intento del «*Know Nothing*» de salvar la Unión desviando la atención de la esclavitud, propósito que elogiaba Morse ⁽¹¹⁾, había fracasado, tanto en el norte como en el sur.

^{lxiv} "Know-Nothing": Ignorante, partido político o sociedad secreta, que alcanzó su apogeo en 1855, durante la invasión pacífica germano-irlandesa. Pretendía, con sus ceremonias ocultas, con sus santos y señas y sus secretos, impugnar particularmente al catolicismo, cuya influencia gravitaba de manera creciente entre los votantes extranjeros de la clase baja. Se lo considera, en cierto modo, precursor del tristemente célebre "Ku-Klux-Klan" y se calcula que llegó a contar con un millón doscientos cincuenta mil miembros. — N. del T.

Habiendo sido derrotado tres veces en su candidatura, Morse no intentó presentarse una vez más. Pero luego, cuando estuvo más cerca de la actividad política, se mostró más audaz.

Cuando la escisión entre el norte y el sur pareció por fin inevitable, propuso que cada uno de los dos bandos en pugna siguiera su propio curso, como países separados. Opinaba que la bandera podría dividirse en dos, de un extremo al otro, adoptando el sur la mitad y la otra el norte. Siempre que las cuestiones que los separaban fueran zanjadas —como estaba seguro de que lo serían en su oportunidad—, las dos banderas podrían unirse nuevamente. Hasta que llegara ese momento, el hecho de que al juntar esas dos banderas formaría el viejo pabellón estadounidense, sería un constante recuerdo de los antepasados comunes de ambas naciones, un recuerdo de la vergüenza que se había interpuesto entre ellas, y un motivo de aliento para trabajar juntas hacia una meta común ⁽¹²⁾. Una meta común en la cual se podrían unir con provecho —creía Morse—, era la guerra contra Gran Bretaña; una guerra que podría obtenerse con tanta facilidad, llevaría el asunto de la esclavitud a último plano y prepararía el camino para la reunión.

El ataque al fuerte Sumter^{lxv} (*) fue para el país una señal de la guerra, pero para Morse constituyó el síntoma de un esfuerzo renovado hacia la conciliación. Proyectó sendas visitas a Washington y a Richmond, en procura de una fórmula para la unión. Decidiendo no realizar sus viajes debido a su edad, no obstante pagó los gastos a un amigo para que fuera con el mismo propósito. Lo inútil del viaje no lo descorazonó para buscar alguna circunstancia que pudiera proporcionar una base para las negociaciones.

Juzgaba que, en parte, la guerra era culpa del sur. Los sudistas habían alentado a sus políticos ambiciosos, desertado de sus amigos en el norte y gritado contra la unión en cualquier forma. Pero el sur no era en modo alguno el único culpable. «Muchos no miran más allá del ataque al fuerte Sumter —escribió a las dos semanas del hecho— y, por lo tanto, cargan al sur la responsabilidad del comienzo de las hostilidades. Esto no es ni justo para el sur, ni para la historia imparcial. Los años anteriores de provocación abolicionista, realizada sistemática e

^{lxv} Abril 13 de 1861. — N. del T.

incesantemente contra el sur, no serán ignorados cuando los historiadores resuman las causas que han generado nuestros disturbios nacionales» ⁽¹³⁾.

Poco después del ataque al fuerte Sumter, Andrew Carnegie fue llamado a Washington para organizar un sistema telegráfico militar. Al mes siguiente, durante la batalla de Bull Run, Lincoln y la mayor parte de su gabinete se hallaban en la oficina telegráfica del Departamento de Guerra, hasta que se recibió la noticia, en código Morse: «Nuestro ejército se retira», dispersándose para prepararse para la invasión de Washington. El norte enroló a unos mil ochocientos muchachos, la mayor parte de ellos de menos de veinte años, en los cuerpos de telegrafistas, y el telégrafo se convirtió, como en Europa durante la guerra de Crimea, en lo que el secretario Stanton llamó «el brazo derecho del ejército» ⁽¹⁴⁾.

Mientras tanto, el inventor del sistema telegráfico actuaba en calidad de presidente de la sociedad pro esclavitud, la Sociedad Estadounidense para el Fomento de la Unidad Nacional, que se convirtió, como el historiador Lossing, vecino de Morse, de Poughkeepsie, la describe en «el germen y el poderoso coadjutor de la facción de la paz, que jugó un papel tan conspicuo durante los últimos tres años de la Guerra Civil» ⁽¹⁶⁾. En su programa oficial, la sociedad agradecía a Dios de que cuatro millones de seres humanos, incapaces de cuidarse a sí mismos, estuvieran encargados a los sudistas. En contestación a las justas protestas de su anterior pastor de Poughkeepsie, Morse defendió su sociedad como poseedora «de buen corazón, rezando... cristianos como jamás se congregaron para buscar medios de promover la paz» ⁽¹⁶⁾. Entre ellos se contaban el obispo episcopal Hopkins, de Vermont, y Leonard Woods, presidente de Bowdoin, colegio en el cual enseñaba Calvin Stowe, mientras su esposa escribía *La Cabaña del Tío Tom*.

Cuando Lincoln anunció la Proclama de Emancipación^{lxvi}, Morse y el resto de sus fieles se enteraron de que un abolicionismo violento había cuajado por fin en las filas del Partido Republicano. Para hacer frente a la amenaza, Morse y sus amigos necesitaban una nueva organización. Esta vez hallaron apoyo sustancial.

En un mitin privado, en el lujoso restorán de Dalmonico, en la Quinta Avenida, calle Catorce, los nuevos «conspiradores» se reunieron por vez primera. Algunos de ellos

^{lxvi} Lincoln redactó su proclama en la oficina del telégrafo del Departamento de guerra. El día que fue hecha pública, el presidente se encontraba nuevamente en la oficina, con los pies sobre un escritorio, recordando la época. — marzo de 1857— en Pekin (Illinois), en que vio por vez primera el telégrafo de Morse.

—acaso Morse— envió, una invitación a William Cullen Bryant, director del ahora republicano *Evening Post*. Bryant envió en su lugar a un reportero. Como éste llevaba una invitación, se lo recibió de manera ceremoniosa, mientras que el reportero del *Tribune*, de Greeley, fue expulsado sin contemplaciones. Los presentes se habían comprometido a guardar silencio, pero el reportero del *Post*, no considerándose obligado a cumplir con los «*Copperheads*», escribió una crónica sensacional de las actuaciones. El propio Bryant presentó la nota en el *Post*, como un documento de una «*campaña inescrupulosa contra el gobierno de la nación y en defensa de un grupo de rebeldes, ahora en armas*» ⁽¹⁷⁾.

El *Post* publicó la lista completa de los que habían firmado el llamado a la reunión, destacando el hecho de que muchos eran millonarios y no pocos procedían de Nueva Inglaterra. Entre ellos se contaban August Belmont, agente de los Rothschild y supuesto, propietario del *World*; E. H. Miller, corredor de Wall Street; David E. Wheeler, abogado adinerado de New Hampshire; Henry Young, millonario; Samuel J. Tilden, abogado de una corporación de Wall Street; «S. F. B. Morse, artista e inventor, nacido en Charlestown, Massachusetts»; George Ticknor Curtis, abogado que una vez retuvo para Morse una «importación recién llegada de Boston», y tres directores de diarios: Manton Marble, del *World*, de Boston; William C. Prime, del *Journal of Commerce*, de Connecticut, y James Brooks, del *Express*, de Maine ⁽¹⁸⁾. Tal como Bryant definió los propósitos de la nueva Sociedad para la Difusión del Conocimiento Político —que tal era su nombre—, tenía por finalidad «recaudar un fondo para la divulgación de la ignorancia política, y de artículos periodísticos y discursos pérfidos. Los hombres adinerados de Nueva York proporcionarán el dinero y los directores reaccionarios del *World*, el *Express* y el *Journal of Commerce*, el cerebro» ⁽¹⁷⁾.

El mitin celebrado en el restorán de Dalmonico tuvo lugar en la noche del viernes. La revelación apareció en el *Evening Post*, del sábado. El *Post* declaró que a esas horas, los que habían concurrido se sentían inquietos. «Los diarios del domingo —explicaba otro periódico— copiaron las extraordinarias revelaciones. Los diarios del lunes a la mañana recogieron la protesta e hicieron desfilar los nombres de los traidores y conspiradores; el telégrafo divulgó la noticia hasta el extremo de la tierra» ⁽¹⁹⁾. «*El profesor Morse, de esta zona —observaba un diario de*

Poughkeepsie—, que está ganando miles de dólares del gobierno merced a su telégrafo, figuró entre la infame pandilla de conspiradores» ⁽²⁰⁾.

Tilden, Sidney Morse y más tarde Finley Morse dieron a publicidad sendas cartas defendiéndose. Tilden, que más tarde iba a cortejar a la hija de Morse, Cornelia, declaró que los «demócratas de la guerra» estaban presentes e incluso un republicano. Insistía en que no había oído ninguna sugestión en el sentido de que la reunión no fuera «moderada, patriótica y constitucional. No se hizo ninguna alusión a la paz» ⁽²¹⁾.

El *Post* mencionaba a Sidney Morse, del *Observer*, como presidente de la reunión, confundiéndolo con su hermano. Debido al error, el *Observer*, cuya dirección ejercía a la sazón el futuro biógrafo de Morse, Samuel I. Prime, y cuyos editoriales favorables a los republicanos le irritaban la vista a Morse, perdió muchos suscriptores. Sidney negó que hubiera estado presente en el mitin de Delmónico o que favoreciera sus propósitos, como manifestaba el *Post*. Decía que tan malos eran los rebeldes como los abolicionistas ⁽²²⁾.

El papel de los hermanos Morse como conspiradores fue tema de una carta periodística escrita por una persona que se firmaba «Bunker Hill»^{lxvii}, sin duda intentando que su seudónimo hiriera a los hermanos de Charlestown. «Bunker Hill» olvidó que el doctor Morse había aprobado la convención de Hartford cuando escribió que los hermanos Morse, debían veneración a su padre como uno de los leales a Nueva Inglaterra y a su país en la guerra ⁽²³⁾. Uno de los miembros de la familia de Field, el hermano de Cyrus, David Dudley Field, también se encargó de increpar a Morse. Su fama, decía Field, es una herencia nacional que debiera ser cuidada celosamente ⁽²⁴⁾.

Tantas personas sensibles parecían arrastradas por la histeria, que Morse se preguntaba si una mañana se levantaría y se encontraría con que todos sus amigos protestantes se habían convertido al catolicismo o, peor aún, habíanse transformado en librepensadores a la manera de Theodore Parker. Se veía obligado a censurar a miembros de su propia familia, a condenar a los clérigos por sus sermones políticos y aun a repudiar las opiniones del *Observer*. Oyó decir que era considerado como hombre señalado y que un diario de Boston había pedido que se lo encarcelara en el

^{lxvii} Pequeña colina de Charlestown (Boston) , famosa como escena del primer encuentro importante de la Revolución Norteamericana, el 17 de Junio de 1775. — N. del T.

fuerte Lafayette. Como hombre de medios económicos, probablemente corría menos riesgos en la burla de los juicios populares que una persona que dependiera de un empleo, pero necesitaba una firme convicción para resistir por completo la presión popular. Cualesquiera fueran los propósitos que abrigaran, su valentía y la de sus asociados ayudaba por lo menos a persuadir a la administración para que conservara cierto grado de libertad civil en el país.

Mientras le endilgaban epítetos como «Copperhead», «traidor» y «pacifista», Morse permitió que se lo eligiera presidente de la nueva sociedad. Durante el año y medio, entre su organización y la campaña demócrata para llevar a McClellan a la Casa Blanca, el nombre de Morse apareció como presidente de la sociedad en cerca de veinte panfletos publicados en su oficina del edificio del World. El mismo leyó muchos de los manuscritos. Entre los autores figuraban George Ticknor Curtis, Samuel J. Tilden, James Brooks, el gobernador Horacio Seymour, Charles Mason, de Iowa; Thomas P. Kettell, del *Hunt's Merchant's Magazine*, y los propios candidatos demócratas, McClellan y Pendleton. Morse aparecía como autor de tres de ellos ⁽²⁵⁾. Negó lisa y llanamente que abrigara el propósito de minar el gobierno estadounidense; más bien deseaba minar la administración —decía—, lo que realmente, en un país libre, era a menudo la única manera de salvar al gobierno mismo. En tiempos de guerra no es necesario el apoyo unánime de una administración —insistía—; en realidad, cuando una administración se torna arrogante es peligroso. Fueron los abolicionistas los que urgieron a la administración a que tomara medidas inconstitucionales. Ellos, ayudados por la intriga de los ingleses, unieron al sur contra cualquier negociación de paz. Declaró que los abolicionistas eran los propios conspiradores; «conspiradores, gritones de la libertad, despreciativos de la Biblia, bárbaros, implacables, tercos, denunciadores, enemigos de la Constitución y de la Unión, turbulentos, sediciosos, lanzando amenazas y muerte contra todos los que aventuran una diferencia de opinión con respecto a la de ellos; criminales, defensores apasionados de las prisiones y del degüello, sanguinarios y —se preguntaba— si existe otro epíteto de atrocidad en el vocabulario de la perversidad, ¿no se adapta certeramente para designar alguna fase del abolicionismo radical? ⁽²⁶⁾.

Mientras Morse defendía la esclavitud, su objetivo principal como líder de la Sociedad para la Difusión era restablecer la Unión, primero —si era necesario— mediante la guerra, y luego por la conciliación. En una carta a J. D. Catton, propulsor del telégrafo y demócrata prominente, explicaba su actitud hacia Lincoln, después de haber conferenciado con aquél, en Nueva York. «Lo importante actualmente es el legítimo presidente de los Estados Unidos, elegido legalmente, y que, por lo tanto, debe ser apoyado en todos sus actos constitucionales, cualquiera sea la opinión que uno se forme de ellos y aunque uno pueda criticarlos de manera severa —y tenemos el derecho de hacerlo— y los de sus asesores. Empero, debe decirse con claridad meridiana que el Pueblo, el Poder divino, lo llamará para que dé razón de todas y cada una de las infracciones a sus instrucciones, comprendidas en su voluntad promulgada solemnemente: la Constitución, dada al Pueblo para su guía, lo mismo que para la nuestra. La proclamación de la emancipación, los arrestos ilegales, las actas de confiscación, la suspensión del derecho de Hábeas Corpus, alegando llenar con ello una necesidad militar, deben ser rechazados y anulados. Ha sobrepujado sus poderes al realizar esos actos» ⁽¹³⁾.

En su juicio sobre Lincoln, los miembros de la Sociedad no estaban en modo alguno solos. En la campaña de 1862, para renovación del Congreso, en la que la conservación de las libertades civiles era una cuestión de importancia capital, los republicanos perdieron en el propio Estado de Lincoln^{lxviii} y en Pensilvania, y escasamente obtuvieron el control del Congreso; hasta Nueva York reeligió a un gobernador demócrata: Horacio Seymour. Cuando llegó el decreto de conscripción, Horace Greeley, del Tribune, el oráculo del propio abolicionismo, declaró que el principio de conscripción era repugnante para un, pueblo libre. Poco después de Gettysburg^{lxix}, destacamentos de soldados amotinados dominaron a Nueva York durante tres días, a menudo sobrepujando a la policía y a la milicia, e incendiando los hogares de los abolicionistas y de los negros. El motín llevó a Morse de Poughkeepsie, para velar por la seguridad de su casa, ubicada en la calle Veintidós, y el gobernador Seymour, que aborrecía la conscripción, viajó desde Albany para evitar la efusión de sangre con una promesa de posponer la conscripción en su Estado.

^{lxviii} Kentucky. — N. del T.

^{lxix} Se refiere a la batalla de Gettysburg (Pensilvania), que tuvo lugar del 1 al 3 de julio de 1863. — N. del T.

Para ser un hombre de setenta y dos años, el patriarca del telégrafo realizaba durante 1863 un sorprendente número de actividades. Con el apoyo del gobernador Seymour, obtuvo que oradores demócratas hablaran en Poughkeepsie; cuando el líder demócrata de Ohio, Vallandigham, fue arrestado por un discurso en el que dijo que la administración estaba prolongando innecesariamente la guerra, Morse concurrió a un mitin de protesta; en junio estuvo presente en una demostración en pro de la paz, en Brooklyn, y en julio asistió a la celebración, por los demócratas de Nueva York, del Día de la Independencia.

Con la aproximación de la campaña presidencial intensificó sus esfuerzos. Hacia el mes de enero de 1864 informó que su sociedad apoyaba al general McClellan para la candidatura. No era frecuente que los generales fueran candidatos a la presidencia —admitía Morse—, pero si los demócratas iban a salvar a la Unión, creía que debían elegir de candidato a alguien como un general popular, que tenía posibilidades de triunfar. En la preparación para la campaña, Morse conferenció con sus asociados sobre la compra de una revista en Nueva York, para la propaganda. Con la donación de Morse, de quinientos dólares y una suma igual obtenida de otras fuentes, J. Holmes Agnew adquirió la vieja revista literaria mensual, el Knickerbocker, que antes había brillado con el ingenio de Bryant, 'Cooper, Sands, Irving y Halleck, y convirtiéndose en servidora de los demócratas. El nuevo «magazine» se convirtió, como Morse dijo al director Agnew, en el «periódico más hábil de todos los de su categoría, con los que he actuado» ⁽²⁷⁾. Para los fondos de la campaña, el inventor contribuyó ese año con más de dos mil dólares.

Hacia el verano, viajando entre Poughkeepsie y Nueva York, asistía a conferencias, revisaba manuscritos para ser publicados, presidía una convención pacifista y concurría a un gran mitin de masas que cantó a la luz de antorchas, al son de *Vive l'amour*:

*Cuando los secesionistas, la Unión trataron de separar
Se irguió el hombre que amamos;
El pequeño Mac desenvainó su espada y dijo: —Jamás!
¡Viva el hombre que amamos!
Ganaré la carrera; a la Casa Blanca iré,
Sea que Beecher o Greeley estén dispuestos o no.*

*¡Viva el hombre, viva el hombre,
Viva el hombre que amamos!* ⁽²⁸⁾.

En setiembre, a la edad de setenta y tres años, declinó aceptar la presidencia del Club Unión Demócrata de Jóvenes de Nueva York. A medida que la campaña arreciaba, Mason, su amigo de la Sociedad de Difusión, en nombre del Comité Ejecutivo Central para Documentos de Propaganda, le solicitó que trabajara diez días en las salas del comité. Respondió que trataría de hacerlo. Cuando recibió la noticia de Antietam^{lxx}, se contó entre los firmantes de una carta enviada al alcalde Gunther, felicitándolo por rehusarse a permitir que Nueva York celebrara la victoria sobre «nuestros hermanos».

En la última semana de la campaña hizo un descubrimiento mortificante. Enteróse de que el lema que había creído que pertenecía a su familia no le correspondía. Cuando por vez primera lo conoció en Londres, hacía mucho tiempo, apenas le había agradado la sentencia: «*In Deo, non armis, fido*», porque entonces era un supe patriota. Ahora, que estaba convencido de que Dios no podía estar con ninguno de los dos bandos en pugna, descubría que había más de una rama de Morse ingleses, y que el lema de su rama era sólo un mal juego de palabras: «*Mors vincit omnia*». «*Prefiero adoptar el antiguo*», le escribió quejumbrosamente a un genealogista de su familia ⁽²⁹⁾.

Cinco días antes de la elección, Morse presidió un mitin en nombre de Brooks, del Express. Expresó una advertencia que a él mismo le convenía. Dijo: «*El aplicar epítetos oprobiosos a un opositor nunca lo convence*» ⁽³⁰⁾.

Para un veterano propagandista era una circunstancia triste que su propio hermano se convirtiera en opositor. Richard le dijo que si los demócratas no se sometían a la elección de Lincoln, lo harían a su propio riesgo. A su vez, Morse amenazó con abandonar el país, si triunfaba el honrado Abe.

En la noche del sábado antes de la elección, las luces de las antorchas de los demócratas rutilaban en Broadway, en línea ininterrumpida, desde lejos, en la parte baja de la ciudad, a través de la plaza Unión, donde los grandes mítines de la

^{lxx} Se refiere a la batalla del riachuelo de Antietam, en Maryland, librada victoriosamente por las fuerzas de la Unión, el 17 de setiembre de 1862, sobre los ejércitos confederados, a las órdenes de los generales Jackson y Lee.
— N. del T.

campaña se habían celebrado, hasta cerca de una cuadra corta de la casa de Morse, en la calle 25. Cuando la trémula floresta de antorchas, transparencias y banderas llegó por vez primera hasta la plaza Madison, la multitud que aguardaba estalló en vítores. Entre los que desfilaban y se dispersaban, apretándose frente al mármol blanco del hotel de la Quinta Avenida, se elevó un agitado clamor para que McClellan apareciera. Dentro del hotel, los pasajeros formaban una masa tan compacta que Morse, conduciendo a McClellan hasta el balcón, fue poco menos que apretujado; tres policías apenas podían abrirle camino al héroe y a su escolta patriarcal. Cuando aparecieron en el balcón, a Morse le pareció que, abajo, la masa de cabezas alcanzaba hasta donde llegaba su vista, en todas direcciones. Enmudeció el vocerío. En su modo enérgico presentó al candidato que derrotaría a Lincoln, traería una paz rápida y salvaría la Unión. Cuando se detuvo, del gentío surgió un grito como sólo pudo comparar al de la recepción otorgada en Londres a Blücher y a Platoff, después de Waterloo.

Exhausto por la excitación, se abrió camino lentamente, desde el hotel repleto de gente hasta su ordenada casa de piedra arenisca color pardo rojizo, a la vuelta de la esquina.

Al día siguiente de la elección le informó a su recalcitrante hermano Richard: *«Cuando pueda creer que mi Biblia dice «malditos», en lugar de «benditos sean los creadores de la paz», yo también dejaré de ser un hombre de Paz»* ⁽³¹⁾.

Capítulo 27

Patriarca

Las personas cuyo derecho a la fama descansa en su habilidad para doblegar las naciones a su voluntad pueden ganar renombre en su propia época. Pero quienes brindan una dádiva a la humanidad —una pintura, una narración o una nueva manera de encarar la vida—, pocas veces alcanzan la celebridad hasta que mueren. El sabio del «Bosquecillo de Algarrobos» fue una brillante excepción de la regla. Logró conquistar cierto grado de fama en su país, aun con sus pinturas, sus escritos y su perfeccionamiento del daguerrotipo. Logró conquistar cierto grado de reconocimiento por su telégrafo, tanto en su patria como en el exterior, aun antes

de que el mundo hubiera aceptado esa rueda del progreso. Pero cuando el mundo conoció su valor, el inventor fue objeto de un reconocimiento que raramente se acuerda a un héroe viviente de las artes de la paz.

Antes de construir su primera línea telegráfica había sido agasajado por su invento por la Academia de la Industria, de París; por el Instituto Estadounidense, de Nueva York, y por el Instituto Nacional para el Adelanto de la Ciencia, de Washington. Poco después de ser librada al servicio su primera línea telegráfica, la Sociedad Arqueológica, de Bélgica, y la Sociedad Filosófica Estadounidense le abrieron sus puertas, incorporándolo como socio, y Yale le confirió el título de doctor en leyes. Cuando el sultán de Turquía lo condecoró —siendo el primer soberano en honrarlo—, los opositores del «monopolista» observaron que, de acuerdo con el artículo primero de la Constitución, ningún estadounidense podía aceptar títulos extranjeros sin perder su ciudadanía y que, por lo tanto, el artista-inventor, junto con el hombre de teatro Barnum y el constructor de ferrocarriles Whistler, debían ser privados de su nacionalidad. Eventualmente, el norteamericano que una vez comentó las condecoraciones, como «payasadas que agradan a los niños grandes de Europa», recibió condecoraciones de los soberanos de Francia, España, Portugal, Dinamarca, Prusia, Württemberg, Austria e Italia (1).

Pero obtuvo aún mayor reconocimiento que el que entrañan esas condecoraciones. En 1858, los representantes de diez naciones europeas se reunieron en París para honrarlo, como un estadounidense hacia quien no tenían obligaciones legales. Con el apoyo de Lewis Cass, entonces secretario de Estado de Washington, y de Walewski, primer ministro de Francia, Morse había publicado un memorial solicitando una gratificación personal por las economías que con su invento había logrado en Europa. Dirigió su petitorio directamente a los gobiernos, porque en el Viejo Mundo el telégrafo estaba en manos de ellos, excepto en Gran Bretaña, cosa que, por lo tanto, la excusó de unirse en la adjudicación del premio.

En la reunión presidió las actuaciones el primer ministro Walewski figurando en ella los representantes de Bélgica, los Países Bajos, Suecia, Austria, los Estados Papales, el Piamonte, Toscana, Rusia y Turquía. Dijo que los principios en los que se fundaba el telégrafo Morse no eran propios de su creador, pero que el telégrafo, tal como se empleaba comúnmente en toda Europa, lo era. Había sido uno de los inventos más

útiles de su época y constituido una gran economía para los gobiernos. Concluyó expresando que otorgarle una recompensa al ahora anciano inventor, era una obra justiciera.

Como si lo hubiesen arreglado previamente, los representantes aceptaron acordarle la suma de cuatrocientos mil francos. El prorrateo ofreció un arduo problema. Pero, eventualmente, cada uno de los representantes acordó pagar al gobierno francés, en su carácter de administrador, la suma de trescientos once francos con cincuenta y cinco centésimos, por cada instrumento de telégrafo instalado en su país. Francia tenía que contribuir con la suma más crecida, pues en su territorio se hallaban instalados cuatrocientos sesenta y dos aparatos, y Toscana, la más reducida, sólo contaba con catorce de ellos (2). El premio, una suma suficiente como para proporcionar a Morse una moderada comodidad que le permitiera descansar durante el resto de su vida, fue un gesto magnífico del Viejo al Nuevo Mundo.

Sin embargo, algunos de sus socios deseaban compartir su nueva prosperidad. De acuerdo con los términos del convenio original, sus socios tenían derecho a una parte de cualquier entrada que el telégrafo le produjera en Europa, por «patentes de privilegio u otro concepto*. Morse no podía creer que esas cláusulas pudieran otorgarles derecho sobre una gratificación personal. Pero, tanto Vail como Smith, realmente solicitaron una participación. Como de costumbre, Smith no perdió la oportunidad de echar mano a una presa promisoriosa y se preparó para hacerlo por intermedio de la justicia. Cuando él y Morse acordaron llevar la cuestión a tres abogados, éstos llegaron a la conclusión —para asombro de Morse— de que las palabras «otro concepto., que figuraban en el acuerdo original, le daban a Smith el derecho de percibir una parte de la gratificación, en el mismo porcentaje de cualquier otra entrada que el telégrafo produjera en Europa. El valor del premio parece haber sido inferior a sesenta mil dólares. La tercera parte de esa suma era para el agente financiero de Morse en París; del resto, cinco dieciseisavos para Smith y dos dieciseisavos para la viuda de Vail, suma que Morse calificaba de regalo y Mrs. Vail de derecho. El resto, cerca de diecinueve mil dólares, le correspondió a Morse (3).

El recordaba el premio como un honor más bien que en calidad de contribución material, pues contaba con una entrada suficiente. En 1860, año en que solicitó la

ampliación de sus patentes, ya había llegado a la conclusión de que tenía dinero suficiente para «satisfacer los deseos de cualquier hombre razonable. (4). En 1863 —año de guerra— su entrada total fue de treinta y un mil setecientos dólares con treinta centavos (5). Hacia 1867, él y su Sarah poseían siete mil quinientas diecisiete acciones de la Unión Telegráfica Occidental solamente, y otras de pozos de petróleo en Kentucky, California y Canadá; en las minas de la «Asociación Morse., en la frontera de California-Arizona, y en una compañía de seguros. Mientras rehacía columnas de números en su gran escritorio de roble se lamentaba una y otra vez de haber sido tan tonto en sus asuntos económicos. Pero pese a toda su ansiedad y a todo el dinero que echó en saco roto, en el oeste, su entrada le permitía realizar un programa hermoso de gastos y dádivas.

Ya en los primeros años de su quinta década de vida juzgó justificada la idea de construir una nueva casa en el «Bosquecillo de Algarrobos. Si nunca le había proporcionado una casa a Lucrecia y a sus hijos, haría, sin duda, todo lo posible por brindársela a Sarah.

Los estadounidenses de mediados del siglo anterior se habían convencido a sí mismos, por un motivo o por otro, de que las iglesias góticas o italianas eran modelos que se adaptaban para casas. Muy contrariamente a los edificios que Morse había conocido en Charlestown, cualquier casa nueva de pretensiones lucía rejas en el pórtico, molduras en las paredes laterales o tallados en los pináculos. En los más trabajados de los modelos corrientes, el de las casas de campo italianas, un campanario acaparaba el interés, superficies lisas y quebradas rivalizaban una con otra y las paredes laterales, galerías, miradores, techos salientes con soportes en las paredes o balcones entrados, a menudo en una confusa mezcla, proporcionando el detalle romántico deseado. Uno de los principales ejecutores de ese estilo italiano, A. J. Downing, comparaba a cualquiera que prefería casas sencillas a una persona que prefiere melodías simples porque no ha sido educada para apreciar la armonía.

Después de revisar concienzudamente los libros de Downing y Loudon, Morse aceptó el juicio popular y eligió para el plano de su vivienda una casa de campo estilo italiano y para arquitecto a Alexander J. Davis (6), que había proyectado muchas de las mansiones que daban al Hudson. Davis diseñó un mirador de cuatro

pisos, flanqueado por alas hacia el norte y hacia el sur. En el ala que daba al sur se hallaba ubicada la habitación más importante de Morse: un estudio semi octogonal. La parte de afuera del estudio, Davis la sobrecargó con un balcón largo, adornado con un enrejado; el interior, con estantes de libros, pinturas y reliquias de sus años idos de actividad creadora, pobreza y fama. Morse también le confió a Davis el jardín. Pronto crecieron alerces cerca de la porte-cachére, viejos algarrobos bordeaban una deliciosa calzada que describía una curva hacia el camino. Morse caminaba desde el balcón de su estudio hacia el jardín, por un sendero bordeado de tulipanes, jacintos o fucsias, desde el que se entreveía prados, campos, el río y, a la distancia, colinas azules y verdes.

A medida que pasaban los años, continuaba todavía levantándose a las 6.30 en verano y hacia las 8 estaba trabajando en su gran escritorio de roble. Allí, con su mano firme y su pulcro lenguaje, escribía cartas defendiendo su reputación en el asunto del telégrafo, solicitando el estado de su cuenta bancaria, deplorando la aceptación del abolicionismo y rehusándose a apoyar inventos, donar fondos o aceptar puestos en sociedades, aunque se permitió aceptar la vicepresidencia del nuevo Museo Metropolitano de Arte y figuró entre los fundadores de la Sociedad Protectora de Animales del Condado Dutchess. Por la tarde caminaba por su jardín, particularmente por el viñedo, el orgullo de su corazón; consultaba con su granjero el estado de los pastos, de las vacas y de los cerdos; inspeccionaba los establos, situados hacia el norte de la casa, y el invernáculo, ubicado al sur de la vivienda, o jugaba con la ardilla voladora, a la que había enseñado a posarse sobre sus hombros, a comer en su mano y a dormir en su bolsillo.

Durante el invierno, los amigos podían encontrarlo en una casa de piedra arenisca color pardo rojizo, en la calle Veintidós, cerca de la plaza Madison, pero durante un largo verano se lo podía hallar en el «Bosquecillo de Algarrobos». Allí, los visitantes eran guiados en el jardín por el dueño de casa, una magnífica figura, con su blanca barba ondeando sobre su pecho y suaves cabellos que le llegaban a los hombros. En el «living-room», ubicado en la torre, rodeado de su esposa, de sus hijos y de su enfermera suiza, Clare Subit, hablaba de sus antiguas dificultades; con brillo en sus ojos, sacaba su caja de medallas, o mostraba el aparato telegráfico que había

conectado con la línea trazada a lo largo de la orilla del río que pasaba por debajo, y a través de ella, con el mundo.

Los visitantes llegaban a la conclusión de que era un gran viejo. El vecino Lossing opinaba que la benevolencia parecía surgir de él (7), y un telegrafista juzgó que era modesto, digno y considerado (8). Morse, el monopolista, se había convertido, en el pensamiento público, y acaso en la realidad, en Morse, el bondadoso patriarca de Poughkeepsie.

Seguía, indudablemente, lo que sus socios en el telégrafo realizaban con las entradas que obtenían de su invento. Bien puede haberse sentido agrado de que Cornell, por más inflexible y obstinado que pudiera haber sido, hubiera fundado una universidad en su ciudad natal de Ithaca y que, asimismo, Kendall ayudara en la fundación del Colegio Gallaudet, de Washington, que durante muchos años fue el único para sordomudos del mundo. Recién últimamente éste había llegado a la conclusión de que permanecer fuera de la iglesia era estar en permanente oposición al cristianismo, y con agrado había comenzado a enseñar en una escuela dominical religiosa. Ese paso agradó, a no dudarlo, a Morse, porque cuando Kendall hizo una importante donación para los fondos del edificio de su escuela, la Iglesia Baptista Calvario, de Washington, Morse también contribuyó con su aporte.

Si las realizaciones de Cornell y de Kendall agradaban a Morse, las de Smith indudablemente no lo lograban. Este estaba al principio interesado en la educación de la mujer: fue el primer tesorero del Seminario Westbrook, una escuela femenina de las inmediaciones de Portland, y deseaba que después de su muerte se lo recordara por el establecimiento de un hogar para mujeres indigentes. Pero su compasión por la mujer puede haber sido solamente un remordimiento sublimado por el trato acordado a ellas. Antes de completarse la línea Washington-Baltimore, había muerto su primera esposa, Junia Bartlett, y él arreglóse con una concubina. Unos diez años más tarde, cuando se comprometió con una obstinada joven perteneciente a una familia respetable, ésta se enteró de la existencia de la concubina. Tras sus abundantes protestas de buenas intenciones, su novia consintió en casarse. La llevó a Forest Home y tomó una casa en la calle South English, así como otra en

Brooklyn. Durante un tiempo, satisfizo a su mujer con la elegancia de su mansión en los bosques y la vida resplandeciente de Nueva York; pero cuando se vio envuelto en una serie de juicios con Cornell no pudo responder a sus crecientes exigencias de un hogar en la Quinta Avenida y mejores trajes, sirvientes y carruajes. Ella lo acusó de llevar en su ausencia a su concubina a Forest Home, y puso a sus hijos en contra del padre. Lo llamó mercenario y tirano. El dijo que ella era un monstruo de ojos verdes, y se dedicó a la bebida. En tales circunstancias, cuando él explicó que su propósito en la fundación de un hogar femenino era para honrar «la bondad y la grandeza de la madre, para que ocupe el sitio que le corresponde en la cadena mística de la Providencia de Dios», sus vecinos no lo creían sincero. Su casa de ladrillo, con fantásticos cielos rasos abovedados en cada habitación, no fue nunca utilizada para los propósitos intentados, y desde entonces se convirtió en un colegio religioso. Murió en 1877, siendo todavía un enamorado de los libros —se dice que su biblioteca era la mejor de Maine— y aún extraño para sus hermanas, su esposa y algunos de sus hijos. Dejó un testamento extrañamente franco. Explicaba en él cómo su esposa lo obligó a abonarle ciertas sumas de dinero. Se refiere, asimismo, a sus «indiscreciones indulgentes», al hacer regalos en su nombre a sus varios hijos naturales, describiendo también a uno de sus hijos legítimos como «desobediente e irrespetuoso hacia mí» y «el más desprovisto de ambición, de todo, aunque fuera de una educación común».

Su Forest Home pronto desmoronóse. Asimismo, debido a que su tumba fue construida de manera mezquina, su laja superior, que estaba llena de diarios en lugar de hormigón, se destruyó, y varios años después de su muerte volaban trozos de papel sobre los restos de Francis Ormond Jonathan Smith, una de las figuras públicas más notables de su época, entre las que vivieron en Maine (9).

Morse también se preocupó por el bienestar de la mujer. Considerando su edad, su fortuna y su tendencia conservadora, sus intereses revelaron lo extraordinario de su vitalidad. Ya en 1851 donó mil dólares para el Seminario Femenino de Cleveland. Luego se unió de manera ferviente al movimiento para la fundación de colegios basados en la idea de que la mujer se hallaba en las mismas condiciones de asimilación intelectual del hombre, sin por ello perder la gracia femenina. Poco después de la Guerra Civil, un grupo de vecinos de Poughkeepsie, incluyendo a

Matthew Vassar, Milo P. Jewett y Morse, estaban proyectando actuar dentro de esa órbita revolucionaria. Jewett manifestó a Vassar —un cervecero adinerado y orgulloso de su cerveza— que lo que habían hecho Fulton y Morse por la vida física y material, él lo podría realizar en beneficio de las regiones elevadas. Vassar estaba determinado a fundar un colegio. El y Jewett —ambos baptistas— deseaban que el colegio fuera evangelista, pero no sectario; y para cuidar que no se pervirtiera su propósito, éste recomendó que siguiera el plan que Jedidiah Morse y Eliphalet Pearson habían adoptado para fijar legalmente, en Andover, un credo que evitara que la localidad se infestara con el unitarismo. Pero ni siquiera la ley puede encadenar el futuro al pasado; y Jedidiah y Finley Morse encontrarían hoy poca paz teológica cerca de la colina del Seminario Andover-Newton o del lago del Colegio Vassar. Morse era apoderado honorario de la nueva institución y concurría a las reuniones tanto como se lo permitía su salud (10). Estaba orgulloso de su participación en la fundación del colegio, que se inauguró en 1865, con el nombre de Colegio Femenino Vassar. Contento con sus progresos, a la edad de ochenta años ayudó en la fundación de otra institución femenina: el Colegio Femenino Rutgers. Para el profesorado entregó la suma de dos mil quinientos dólares; presidió una serie de conferencias en su edificio de torre y balcones, de la Quinta Avenida, en la calle Cuarenta y Dos, frente al depósito de Cronton; y prestó una suma tan elevada de dinero que obstruyó los arreglos de su casa de familia.

Cuando era aún pobre, había donado quinientos dólares para la biblioteca de Yale. Ahora, que poseía una fortuna, todavía se mostraba generoso con esa institución de enseñanza: pese al hecho de que su alma mater insistió en rendir honores a los soldados nortños por la matanza de sus hermanos sudistas, se rehusó a asistir a la inauguración de las clases. Adquirió la gran pintura de Jeremías, de su profesor Allston, por la suma de siete mil dólares, y la entregó a la galería de Yale; poco después donó diez mil dólares para la escuela de teología de esa misma casa de estudios.

Más de treinta años después del fallecimiento de su padre, abonó la mayor parte del costo de la erección de un monumento —una flecha, sobre la que descansaba un globo terráqueo— sobre su tumba en New Haven. En memoria de su padre donó también la suma de diez mil dólares en acciones de la Unión Occidental, para

inaugurar una cátedra sobre la relación de la Biblia con las ciencias (*); esto con cierto recelo, pues sabía que los profesores de la Unión eran obstinados en el asunto de la esclavitud. «Si no supiera que llegará el momento en que ignorarán su opinión actual... —es-

(k) Entre los profesores de la "Fundación Morse" figuraron Arnold Guyot, geógrafo de Princeton; William Jewett Tucker, sociólogo de Andover, y James Henry Breasted, egiptólogo de Chicago.

oribió— pensaría que estoy malgastando los medios económicos que Dios me ha proporcionado» (11).

Pero deseaba honrar a su padre, especialmente con una biografía. Al principio pareció Richard la persona indicada para escribirla. Ahora no estaba ocupado activamente en el Observer; flemático como siempre (Finley le dijo que su melancolía era en realidad el resultado de alimentarse demasiado), era la persona casera de la familia; tenía tiempo para acumular erudición y se inclinaba a ella. Aceptó y pasó cinco años arreglando la copiosa correspondencia de su padre, conservada por la familia. Al intentar conseguir, en calidad de préstamo, otras cartas, se encontró con que algunas personas, como el profesor Park, de Andover, temían que el humo venenoso de las controversias del doctor Morse derribara los caminos del tiempo, y se rehusó a facilitarle las cartas que tenía en su poder. Una vez terminado el trabajo, Richard se lo presentó a sus hermanos, para encontrarse con que ellos no lo encontraron satisfactorio.

Finalmente, se pusieron de acuerdo para elegir a otra persona, cuyos honorarios Finley pagaría en parte, para dar una forma más breve y aceptable al trabajo de Richard. Eligieron a William Buell Sprague, compilador de muchos volúmenes de los *Annals of the American Pulpit*, una serie de estudios biográficos de clérigos de todas las tendencias, y por lo tanto, en condiciones de ahogar las controversias sectarias del doctor Morse. Cuando terminó su drástica revisión, fue al «Bosquecillo de Algarrobos» para leer en voz alta la biografía a los tres hermanos. Sus palabras los llevaron hacia los días en que jugaban alrededor de la casa parroquial de Town Hill, mientras los directores, los profesores, los pastores y misioneros entraban y salían con mensajes sobre la ortodoxia. Cuando escucharon los comentarios de Sprague que la cualidad más destacable de Jedidiah era su versatilidad, Richard y Sidney

bien pueden haber pensado para sus adentros que el inconstante Finley había heredado la mayor parte de las aptitudes de su padre. A los dos hermanos mayores les agradó el trabajo de Sprague, y le hicieron sólo unas pequeñas sugerencias, pero Richard insinuó muchas correcciones. Finley esperó durante años la biografía y nunca vio el volumen editado. Eventualmente, apareció con uno de los retratos de su padre, realizado por Finley, en el frontispicio. Era un recuerdo de la sorprendente fuerza e intensidad del pequeño pastor de Town Hill.

Como digno hijo de Jedidiah, Finley colaboró en la obra cristiana tanto en su patria como en el extranjero. Cuando algunos de sus compañeros de la congregación de Poughkeepsie comenzaron a hablar de una nueva iglesia, Finley les ofreció la suma de cinco mil dólares en acciones del telégrafo, casi un tercio del importe que necesitaban. Contribuyó con fondos para las iglesias presbiteriana, baptista y metodista, y para la obra de sociedades tanto sectarias como no sectarias, entre ellas la American Tract Society, la American Temperance Union, la American and Foreign Christian Union, la American Bible Society, la City Mission Society, de Nueva York, la Union Theological Seminary, de Virginia, y la American Chapel,

Morse, el adinerado hombre del telégrafo, halló un regocijo especial en hacer donaciones en beneficio de los artistas. Contra una firme oposición, pero con la cálida y ciega adhesión de su viejo compañero Cummings (12), fue reelegido presidente de la Academia Nacional por un año. Obsequió a la academia la pintura de Charles Les-Alie de su común mentor. «Allston fue más que cualquier otra persona, mi maestro en el arte —escribió al hacer la donación—. Les-Alie fue mi amigo estimado de toda la vida y condiscípulo, a quien quise como a un hermano. Hemos vivido juntos durante años en la intimidad más estrecha y en la misma casa. ¿No es entonces oportuno que el retrato del maestro, realizado por uno de sus discípulos distinguidos, sea donado por el alumno sobreviviente, a la academia que él presidió en su infancia y a cuyo nacimiento asistió?» (13), Poco después le entregó a Daniel Huntington, en nombre de la Sociedad de Fondos de Artistas, acciones por dos mil dólares para ayudar a los artistas pobres. Le recordó a Huntington que como artista «aunque en ningún momento sufrí verdadera necesidad», sin embargo llegué tan cerca de ella que podía «simpatizar de buen grado con aquéllos cuya suerte es estar en el fondo del valle.» Terminó

asegurándole que todavía tenía «un corazón de artista, aunque privado de la habilidad del artista, por el largo tiempo de no practicar» (14).

Hacia el otoño de 1866 los Morse, incluyendo la ardilla volado-re, estaban en París. En la avenida del Rey de Roma, convenientemente cerca del Bois de Boulogne, la American Chapel y los sitios en que se abriría la gran exposición, Morse tomó un departamento amueblado de once habitaciones. Hizo contrato para que el alquiler estipulado —doscientos ochenta dólares por mes— no fuera aumentado durante el tiempo que durara la muestra.

La familia crecía. Como muchos sudistas, la hermana de Sarah, Mrs. Goodrich, de Nueva Orleáns, llevó su familia a Francia para huir de los horrores de la Reconstrucción^{lxxi}. El hijo de Susana, Charles, llegó de Puerto Rico para estudiar pintura. Uno de los hijos de Sidney, Livingston, el de aspecto de tonto, y los Colgate, fabricantes de jabón, de Nueva York, que se habían emparentado con la familia de Richard, fueron a visitar la exposición. Samuel I. Prime, del *Observer*, futuro biógrafo de Morse, hombre ponderable, conocido por sus descripciones de viajes, cenó con ellos de cuando en cuando. El patriarca se mostraba contento. Gustaba de los aniversarios familiares; creía en la adoración de la familia, en los entretenimientos familiares, en las charadas y en las fiestas en el jardín. Había pasado tanto tiempo sin su familia y conservaba unos recuerdos tan cariñosos del hogar paterno, que le causaba deleite presidir una casa de dieciocho personas y pensó que Sidney también podría desear llevar allí a su familia. «*Si en los cambios de nuestro gobierno —le escribió— de un confederado o más bien Federal a un gobierno consolidado, que es el paso próximo del Radicalismo hacia el despotismo militar... las condiciones en nuestra patria deben ser demasiado inquietas para nuestra edad avanzada, entonces puedes venirte con nosotros*»⁽¹⁵⁾. Los Estados Unidos, bajo la presidencia de Johnson eran más agradables para Morse que Francia bajo el imperio de Napoleón III, el reciente amigo de los confederados.

A veces se maravillaba de sí mismo, un republicano, vistiendo una chaqueta azul, bordada con cordón dorado, un chaleco de casimir con botones dorados, pantalones con una raya de cordón dorado en la costura, desde la cadera hasta los pies, espada y condecoraciones en el pecho. La ceremonia de los parisienses parecía ridícula,

^{lxxi} Periodo que siguió a la Guerra Civil estadounidense (1861-1865). — N. del T.

pero si era necesario un gobierno arbitrario, pensaba, el exclusivismo ayudaba, sin duda, a poner a la mejor gente en contacto con aquél. Habiendo reflexionado detenidamente en la vanidad del mundo, se introdujo alegremente en la sociedad.

Sarah era más tímida que su esposo; apenas podía entrar en conversación en inglés, mucho menos en francés o alemán. Cuando por vez primera se lo invitó a una recepción en las Tullerías, Sarah no concurrió. Morse y su cuñado Goodrich fueron presentados solamente al emperador Napoleón, y éste pronunció aquellas palabras que se hicieron tan familiares: *«Su nombre, señor, es bien conocido aquí»*

(16).

La noche que París saludó a los soberanos que visitaban la exposición, le pareció a Morse una escena de las *Arabian Nights*^{lxxii} (*). El Hotel de Ville estaba iluminado con setenta mil bujías. Napoleón, el rey de Prusia y el zar Alejandro se paseaban entre diez mil invitados. Cuando Napoleón pasó en una procesión ceremoniosa, entre la multitud, Morse y su esposa, ninguno de los dos de estatura muy elevada, estaban parados en sillas, mirando por sobre las cabezas de los demás.

«El emperador hizo sus usuales reverencias hacia uno y otro lado —explicó Morse—, pero, cuando se acercó a nosotros, hizo una reverencia especial hacia mí a la que yo retribuí. Entonces, con una sonrisa, me hizo una segunda reverencia, tan marcada que atrajo la atención de los que nos rodeaban, quienes de inmediato se dieron vuelta para mirar hacia quién se dirigía la atención. Yo no debiera mencionar esto, pero Sarah y otros lo observaron como una rara demostración de cortesía» (17).

Le parecía que era testigo de tanta gloria como la que hubo desde la época de Salomón. *«Y, después de todo, ¿qué importancia tiene esto —se preguntaba a sí mismo— excepto porque confirma la sabiduría de Salomón en su declaración de que «todo es vanidad y provocación del espíritu?» Hago esta reflexión, no con un espíritu cínico o de asceta, sino en vista de las mejores cosas reservadas para los que aman a Dios y cuyas coronas y tesoros no son fruslerías de la tierra, perecederas y temporarias»* (17). El imperio francés demostró pronto ser realmente una fruslería.

^{lxxii} Los célebres relatos de The Arabian Nights se conocen entre nosotros como Las Mil y Una Noches. — N. del T.

Mientras tanto, Morse había sido nombrado comisionado de los Estados Unidos para la exposición, con la obligación particular de estudiar los telégrafos exhibidos. Durante varios días pasaba las tardes en la exposición. Caminaba por la avenida del Rey de Roma hacia la plaza allí ubicada, cruzaba el Sena y el Quai d'Orsay; marchaba a través de los jardines y entraba en el palacio de la exhibición, que parecía un coliseo por su gran arco, casi tan alto como el palacio mismo.

Algunos de los aparatos exhibidos deben haberlo sumido abruptamente, en el pasado. La G. y C. Merriam Company, de Springfield (Massachusetts), exponía la última edición de su Diccionario, cuyo frontispicio lucía el retrato de Webster, realizado por Morse; y el doctor C. H. Jackson, de Boston, mostraba especímenes de sus últimos descubrimientos en piedra. Por otro lado, los aparatos de su hermano Sidney —un batómetro, instrumento para medir la profundidad del océano sin línea, y un invento para colocar cables submarinos— llevaron el futuro a la mente de Morse. La «liebre» Morse, como Finley se llamaba a veces a sí mismo, advirtió a «la tortuga» que era mejor que ocultara sus inventos de la vista de John Bull para evitar que se apropiara de ellos. Un inglés que encontró a Morse cerca de la casilla del telégrafo, comentó que era una pena que él no exhibiera nada.

— ¿Nada? —replicó Morse irritado—. ¡Ca!, yo no puedo pasar cerca de los instrumentos del telégrafo, sea en la Exposición o en las Oficinas del Continente y también de Inglaterra, sin oír el grito de padre, desde casi todos ellos» ⁽¹⁸⁾.

Cuando la exposición adjudicó sendos premios a Cyrus Field y David Hughes, algunos de sus amigos preguntaron por qué él no recibía otro; les contestó que ya había sido condecorado por muchos gobiernos y se le había brindado un premio más poderoso que cualquiera de los que la muestra tenía para ofrecer: el reconocimiento honorario conferido por diez naciones juntas.

En conjunto, la exposición constituyó un estímulo glorioso. «*Es el epítome del mundo —explicó— ...Creo que mis hijos aprenderán más de las, condiciones del arte, la agricultura, las costumbres, las industrias y los productos minerales y vegetales del mundo, en cinco semanas, que lo que pudieron aprender en los libros, en cinco años, en su casa, y otros tantos años de viajes*» ⁽¹⁹⁾.

Los hijos gustaron de Europa. Después de la muerte de su padre, Leila rechazó una proposición de matrimonio, formulada por Samuel J. Tilden y, con pesar de toda la

familia, eligió para casarse a un inglés. Mientras William y Arthur hallaban satisfacción en los Estados Unidos como deportistas, «*Sweet Eddie*»^{lxxiii}, como Morse llamaba a su noveno hijo, estudió muchos años en Europa, luego del fallecimiento de su progenitor. Llegó a ser quizás el más parecido a su padre de todos los hijos; siguió su profesión: la pintura; compiló las cartas de su padre; y era de hábitos simples y admirables, el amable huésped de gratos hogares de Washington y de las Berkshires Hills.

Mientras tanto, Morse se preocupaba, con cierta razón, por el bienestar de los hijos de Lucrecia: Fin, Charles y Susana. Fin estaba bien cuidado en su hogar, con sus parientes. Pero Charles, que estaba arruinado cuando su tío Charles Walker le legó algún dinero, había perdido treinta y siete mil dólares más que su padre le había dado varios años antes. Morse prestó asimismo dinero al esposo de Susana, que los invirtió en su plantación de Puerto Rico y no se los reintegró. Afortunadamente, Morse supuso lo que sucedería. Cuando falleció el único hijo de Susana, Charles Lind, que fue a París a estudiar pintura, Susana y su esposo marchaban en desacuerdo. Eventualmente, tomaron una ama de llaves negra y los esposos se sentaban a la mesa separados por un biombo. Finalmente, la muerte de su esposo destruyó su fe en el futuro y de regreso a los Estados Unidos desapareció en el viaje; probablemente se suicidó.

El inventor comprendió pronto que había algunas cosas que sus hijos podían aprender mejor en los Estados Unidos —aun en los Estados Unidos bajo el gobierno de los republicanos— que en Europa. Y el propio Morse se hastió. Creyó que su memoria le estaba fallando. En las excursiones que realizó a la isla de Wight, a Alemania y a Suiza, comprendió que no podía viajar con el goce que antes había experimentado. Sabía que sólo ocho de sus condiscípulos de Yale vivían aún y se preguntaba cuándo le tocaría su turno. Contrariando el consejo de su hermano Sidney y del funcionario de Washington a cargo de redactar los informes sobre los comisionados de la exposición ⁽²⁰⁾, decidió aprovechar la oportunidad de ser comisionado para restaurar sus derechos a la originalidad e informar el grado en que su telégrafo se empleaba en Europa. Ya había comenzado a recopilar la información necesaria y a escribir, permaneciendo en vela a menudo hasta

^{lxxiii} El dulce Eddie. — N. del T.

medianoche, con lo cual preocupaba a su Sarah. Le fue dado repetir el lema de su padre: «*Es mejor gastarse que enquistarse*», pero sabía que ahora podía continuar gastándose con tanta eficacia en su patria como en el Viejo Mundo. Mientras se preparaba a abandonar Europa estaba seguro de que nunca la volvería a ver.

Poco después de instalarse en la paz de su hogar, en el Hudson, la muerte andaba a su alrededor. «*Y así la cuerda triple se ha cortado —escribió Sidney— y nuestro querido hermano Richard, el menor, es el primero de nosotros en marchar al valle oscuro. Ahora no dudamos de que un Espíritu feliz, con su Salvador y sus amigos lo han precedido*».

Finley dudaba ahora menos de la muerte que cuando falleció Lucrecia; no era cuestión de preguntarse si el amado de uno se hallaba entre los elegidos; uno simplemente lo daba por sentado.

«*¡Cómo las pocas debilidades que nos puedan haber traído inquietud —continuaba escribiendo— se desvanecen a la luz de su belio carácter cristiano, que ahora se apaga! Estas eran más bien producto de una enfermedad física que del corazón. Era un hermano cariñoso, un hijo adicto a sus padres y el padre más devoto, errando, si es que lo ha hecho, en el campo de la indulgencia*».

Los hermanos, que siempre habían sido los más unidos, permanecieron siéndolo. Mientras buscaba apoyo para los días difíciles que llegarían, Finley recordó la expresión que habían aprendido juntos de sus padres. Le dijo a Sidney: «*Me siento movido hacia un progreso más activo*»⁽²¹⁾.

Capítulo 28

Cosecha

Alrededor de la sala de banquetes del restaurante de Delmónico, en la calle Catorce, pendían los escudos de armas de las naciones que habían adoptado el telégrafo de Morse. En las mesas había estatuas de Júpiter lanzando rayos, Franklin con un pliego y Morse con una paleta. El menú tenía un retrato de éste.

Su recuerdo recogía las cuerdas de sus años pasados. La última vez que había regresado de Europa, Poughkeepsie lo había sorprendido al cerrar sus colegios,

tañendo sus campanas y acompañándolo desde la estación hasta el «Bosquecillo de Algarrobos». Esta vez, a su regreso del Viejo Mundo, Nueva York había decidido entretenerlo.

Estaba en el mismo restaurante en que, con sus amigos, fue descubierto en una conspiración, por el Evening Post, de Bryant. Ahora estaban en la mesa del banquete muchos de sus compañeros en esa conspiración, incluyendo a James Brooks, del Express, que recientemente había pasado a ser miembro del Congreso, y Samuel J. Tilden, a la sazón líder de los demócratas de Nueva York. Y el propio Bryant también se hallaba presente. Mirando en derredor de la sala, Morse reconoció a algunos famosos compañeros: Cyrus, Field, Amos Kendall, Ezra Cornell y su viejo alumno de pintura, Huntington.

Mientras cenaban, Morse puede haber reprobado al caballero que tenía a su lado, S. E. el ministro Edward Thornton, por la negativa de Gran Bretaña a otorgarle una patente o haberse reído con el caballero que tenía al otro lado, el presidente de la Corte Suprema, Chase, de su labor como asesor en las leyes contra los propietarios de las patentes de Morse.

Cuando se servía el café, Field anunció la recepción de mensajes de congratulación del presidente Johnson, del presidente electo Grant y del presidente de la Cámara de Representantes, Colfax. Leyó un mensaje del gobernador Bullock, del Estado en que Morse había nacido: «Massachusetts rinde honor a sus dos hijos: Franklin y Morse.» Los comensales aplaudieron. Luego vino una respuesta chabacana del general Irvin McDowell, para brindar por el ejército y la marina de los Estados Unidos. Sea que el invitado de la noche lo intentara o no, dijo el general, él, junto con Fulton y Stephenson, contribuyeron en mayor grado al perfeccionamiento de las máquinas de destrucción que cualesquiera otras personas. Para que su discurso pareciera más medido, el general cayó en la misma estupidez que había enredado a Fulton: cuanto más terrible el arma, dijo, más corta la guerra.

Mr. Chase se puso de pie para representar a Morse. Empleó palabras elegidas con mucho mayor tacto que todos los que antes o después se refirieron a Morse. Evitó llamarlo el inventor del telégrafo.

El presidente de la Corte Suprema dijo que muchas personas hicieron descubrimientos que abonaron el terreno para el telégrafo. Pero, «es distinción

providencial y espléndido honor del eminente estadounidense que es nuestro huésped esta noche, felizmente preparado por previas conquistas y búsquedas, el haber captado con rapidez la oportunidad de dar al mundo el primer telégrafo registrador. ¡Hombre afortunado, unió así su nombre para siempre al de las grandes maravillas y los mayores beneficios de la época!»

Mientras Morse se levantaba de su asiento, los comensales lo aplaudían de manera sostenida. Siempre se lo había celebrado y esa noche habló con mayor emoción que nunca. Recordó su viaje a bordo del Sully, su pobreza, los primeros «balbuceos» de su «hijo» y el ridículo del Congreso. Al tributar un homenaje a los hombres de ciencia que prepararon el camino para su invento, mencionó a Henry. Pero aun entonces declinó especificar el aporte de Gale y Vail. De éste sólo dijo que, junto con su padre y su hermano «proporcionó los medios económicos para adquirir ropas decentes para la criatura. Ponderó a Field. Cuando pagó su tributo a Kendall tal gritería llenó el salón, que el hombre enfermizo y menudo se puso finalmente de pie y agradeció.

«Confío en que no será impropio en esta ocasión —continuó Morse— aludir al movimiento surgido recientemente en el Congreso para incorporar el Telégrafo a la Dirección General de Correos... ..Hace más de treinta años, en mi correspondencia con el Departamento del Tesoro, esboqué por vez primera esa idea ... Fue nuevamente propuesta por el Honorable C. G. Ferris ... ; merece citarse un comentario de su Informe (elevado en 1842 a la Comisión de Comercio) : «... es cuestión de una consideración seria el hecho de si el gobierno debiera... aprovechar la oportunidad actual de asegurarse la reglamentación de un sistema que, si lo monopoliza una compañía privada, podría emplearse para ocasionar un perjuicio seria a la Dirección General de Correos» (y, por favor, tengan en cuenta la observación que sigue), lo que no podría evitarse sin inmiscuirse en los derechos del inventor y de los accionistas, como no podría ser apoyado por la justicia ni por la opinión pública.» El pensamiento previsor de Mr. Ferris comprendió el futuro del telégrafo.»

Se dio vuelta hacia los artistas que rodeaban la mesa y dijo:

—Hermanos —porque ustedes son todavía mis hermanos—, si deserté de vuestras filas, deberán saber que me ha costado dolor. No los dejé hasta que los vi bien establecidos y penetrando en esa carrera de prosperidad debida a vuestra propia justa apreciación de los deberes importantes inherentes a vuestra profesión. Ahora tienen una Institución que ocupa... una posición encumbrada en la estimación de esta comunidad que sabe apreciar.

«Me he salido de la senda del Arte —continuó— para marchar por la que parece ser otra ruta; de ello hay buenos precedentes en las vidas de los Artistas. La Ciencia y el Arte no están en oposición. Leonardo da Vinci pudo hallar puntos de estrecho contacto en la investigación científica y los inventos, y nuestro propio Fulton fue un pintor cuyos estudios científicos dieron por resultado la navegación a vapor. Puede no ser generalmente conocido que el invento importante del tamborete de percusión es debido a las recreaciones científicas del pintor inglés Shaw...

«Si en los planes de infinita sabiduría —dijo más adelante—, ni siquiera un gorrión desciende al suelo sin un propósito definido, ¿puede la creación de un instrumental que afecta de manera tan vital los intereses de toda la humanidad, tener un origen menos humilde que en el Padre de todos los dones buenos y perfectos? Estoy seguro de que contaré con la simpatía de un grupo de personas como el que aquí se halla reunido, si con toda la humildad y sinceridad de un corazón agradecido, empleo las palabras de inspiración al atribuir honor y aplauso a Él, a quien en primer término corresponde el mayor de todos en preeminencia. «No para nosotros, no para nosotros, sino para Dios sea toda la gloria. No lo que ha creado el hombre, sino ¡Lo que Dios ha creado!»

Los comensales aplaudieron mientras el caballero venerable tomaba asiento.

Ni siquiera entonces pudo descansar. Uno tras otros, los oradores se dirigían a él. William M. Evarts, procurador general de los Estados Unidos, le recordó que la pintura de su padre, Jeremiah Evarts, era el único retrato que existía de él. William E. Dodge, lo «acusó» de desorganizar la vida, porque los comerciantes de Nueva York podían ser interrumpidos en cualquier momento con informes de los precios cotizados en Londres. El presidente de la Compañía de Telégrafos leyó un telegrama de salutación, procedente de Ottawa, la capital de la nueva nación, que el telégrafo había ayudado a surgir, al unir el Atlántico con el Pacífico. William Cullen Bryant le

agradeció por haber confirmado su fe al presentar nuevas pruebas de que la materia pudo responder a la inteligencia. Además, Bryant agregó que sin una prensa ordenada, el telégrafo sólo se limitaría a divulgar rumores. A. A. Low le recordó que el telégrafo había ayudado a unir al sur en la rebelión, y Evarts declaró que en una sociedad inmoral, el telégrafo podía hacer más mal que bien. Evarts estuvo en desacuerdo con el presidente Orton, de la Compañía Unión Occidental, al rivalizar en su tributo al inventor; uno insistió en que el gobierno mantuviera sus garras desagradables lejos del telégrafo, mientras que el otro urgió al gobierno a que controlara las irresponsables compañías privadas.

El último discurso fue un alivio: el saludo de Daniel Huntington, ahora presidente de la Academia Nacional, a su maestro.

«Morse, el pintor, inventó el telégrafo eléctrico —dijo—; Fulton, el pintor, descubrió la navegación a vapor; Daguerre, un artista, nos ha brindado el sistema fotográfico... El estudio de mi amado maestro, en cuyo honor nos hemos reunido esta noche, era en realidad un laboratorio... Nunca podré olvidar la ocasión en que llamó a sus alumnos para que presenciaran uno de sus primeros, si no el primero, experimentos satisfactorios con su nuevo telégrafo eléctrico. Era en el invierno de 1835-36. Todavía hoy recuerdo el instrumento rudimentario, construido con un viejo bastidor, un reloj de madera y una batería hecha en casa, y los hilos tendidos varias veces en derredor de las paredes del estudio. Con profundo interés nos congregamos a su alrededor; nuestro maestro explicó su mecanismo, mientras el golpeteo del lápiz, mediante una sucesión de puntos y rayas, registró el mensaje en cifrado. La idea había nacido. Las palabras circularon en esa habitación elevada como ahora lo hacen por el mundo.»

Los comensales interrumpieron con aplausos.

«Sin embargo —el amor por el arte vive todavía en algún rincón oculto de su corazón —continuó diciendo—, y sé que nunca entra en el estudio de un pintor a ver al artista llevar silenciosamente a la tela, formas y belleza, sin sentir un tierno remordimiento como uno que echa una ojeada a la muchacha hermosa, a quien amó en su juventud, y a la que alguien ha arrebatado» ⁽¹⁾.

Pese al brillo del banquete, la noche se fue cerniendo a su alrededor. Él lo comprendía. Había vivido su época; más que su época. Pertenecía a otra generación

y ya no podía ser comprendido cabalmente. «Su barba de patriarca —como la de Merlín^{lxxiv} (M) —es el signo principal de su edad —escribió un periodista—. Todo lo demás lo hace aparentar menos edad: sus ojos vivaces, su socarronería, su conversación animada, su mano firme, su paso elástico, que sugieren a un hombre que fácilmente podría pasar por tener diez o doce años menos. Y, no obstante, por otro lado, debe honestamente reconocerse que sus maneras, sus anteojos, su pañuelo de seda roja y su política terriblemente mala, son rasgos peculiares de las personas pertenecientes a la vieja escuela, más bien que a la nueva» ⁽²⁾.

Difícilmente podía ser comprendido o comprender lo que lo rodeaba. El industrialismo, que el telégrafo había ayudado a desarrollarse, envolvía a la sociedad en una forma desfigurada. Las ciudades desaseadas comenzaban a extenderse; los granjeros necesitados a ser apoyados por los capitales del este del país; y los braceros de las fábricas, a encorvarse por el azote de la nueva aristocracia industrial que carecía de honestidad, compasión o tacto. Gobiernos descompuestos, en las ciudades y aun en Washington, diseminaban un hedor a través de la tierra. Si la guerra no le había enseñado a Morse que los Estados Unidos habían dejado tras sí los ideales de los comerciantes de Nueva York y Boston, a quienes había conocido, con seguridad el monopolio del mercado de oro, realizado por Gould y Fisk en «Viernes Santo», y el abierto saqueo de Nueva York, de Tweed Ring, deben haberlo conseguido. Difícilmente podía comprender a la nueva Unión, excepto a través de la época ya pasada, y la Unión nueva difícilmente podía haberlo comprendido a él, salvo como una leyenda.

No ignoraba que se acercaba el final. Muchos de sus primeros amigos literarios, como Halleck, Percival, Hillhouse y Cooper habían fallecido hacía tiempo. Tampoco vivían ya sus antiguos amigos artistas: Allston, Dunlap y Greenough, entre otros. Algunos de los grandes hombres del Viejo Mundo también habían partido: Lafayette, Humboldt y Arago. Hasta su camarada Leslie había muerto; asimismo Vail, y más recientemente, también su hermano menor, Richard. Desde las últimas nieves del invierno habían fallecido ocho de los restantes condiscípulos de Yale. Luego murió el sinceramente bueno Kendall. «Experimento la pérdida de un padre —escribió Morse al enterarse de la noticia—...porque era una persona en la que confiaba como en un

^{lxxiv} Poeta y hechicero legendario de la literatura caballeresca, al que se atribuyen hazañas fantásticas. — N. del T.

padre: tan seguro me hallaba de su consejo sano y cariñoso» ⁽³⁾. La desaparición de Kendall lo hizo sentirse muy solo.

Vivía cada vez más de sus recuerdos. Después de un lapso de casi medio siglo, se escribió con sus parientes Finley, de Carolina, y recordó sus días de fiesta en el sur. La muerte de uno de sus primos le hizo recordar sus excursiones artísticas a Utica y Sconandoa, cuando molestaba a sus primas y escribía poesías. Siguiendo el progreso de su hijo Willie, como estudiante en Phillips Andover, recordaba ansiosamente que él había entrado en la academia cerca de setenta años atrás. Después de no haber hecho ningún cuadro en unos treinta años ⁽⁴⁾, fue un día a una exposición de la Academia Nacional y vio expuesta una de sus propias obras, pintada hacía cuarenta y dos años. «Los Artistas están encantados con ella —dijo--; afirman que demuestra que ellos no han realizado ningún progreso en retratos, desde que fue ejecutada. Mirándola con nuevos ojos, yo mismo estoy complacido con ella» ⁽⁵⁾. Alguien le pidió un retrato del Sully y él contestó que no conocía ninguno en existencia, sino imaginario. Otra persona descubrió en Charlestown una vieja pintura con su firma y le pidió datos sobre ella. Era el Desembarco de los Peregrinos —respondióle— pintada a la edad de dieciocho años y aprobada por Stuart y Allston. Charlestown, la ciudad que una vez había rechazado a sus padres, la tenía colgada cerca de donde él había nacido, debajo de las colinas de Breed, y la conservaba desde entonces.

Los que le rendían homenaje no ignoraban que él pronto se iría, y deseaban proporcionarle una prueba más de su estima. Al principio dudaron si era oportuno erigirle una estatua a un hombre en vida. Pero llegaron a la conclusión de que a la edad de ochenta años se encontraba tan lejos de este mundo como para no estar ya sujeto a las reglas establecidas. Las personas relacionadas con el telégrafo constituyeron un comité para recaudar fondos.

En la mañana del 10 de julio de 1871, dos mil de los «hijos» del telégrafo de Morse alquilaron un barco a vapor en el río North y navegaron cerca de la Isla del Gobernador, donde su «padre» había hecho una vez experimentos con cables submarinos. Resonaron las sirenas de los barcos anclados en el puerto, una banda ejecutó a bordo y los telegrafistas aplaudieron a S. F. B. Morse.

Por la tarde, mucho antes de las 16, los telegrafistas caminaban por el paseo del Parque Central, al que hileras de árboles daban sombra, hacia la loma en la que la estatua de Morse esperaba para ser descubierta. Alrededor de ella habían levantado dos estrados techados, reservados para los invitados oficiales e hileras de bancos de jardín para el público. Pero, como el día era resplandeciente y algunas de las damas no tenían sombrillas, muchas de las concurrentes prefirieron sentarse en el pasto, bajo los árboles. Muchos de los presentes eran telegrafistas de la Compañía Unión Occidental; llegaban de todos los puntos del país para ver el monumento para el cual habían contribuido con dólares, y los mensajeros con monedas de veinticinco centavos. Algunos pertenecían a las pocas líneas independientes que quedaban. «He aquí la colecta de la oposición del Telégrafo —había escrito un telegrafista independiente, de Hartford—. Incluye a todos los de la oficina. Llegará a cien dólares, si es necesario. Se realiza en honor del profesor Morse, el «Padre del Telégrafo». Esperamos ser bien recibidos.» El presidente de la comisión para reunir fondos, el historiador del telégrafo, Reid, había replicado: «Cuando se rinde honores al «Padre», hay sólo una familia» ⁽⁶⁾. Los telegrafistas canadienses también estaban presentes; hicieron más que contribuir a los fondos para la creación de la estatua. Mientras los telegrafistas aguardaban a que fuera retirada la bandera de la estatua, observaban a los distinguidos huéspedes que tomaban asiento en el estrado. Vieron a William Cullen Bryant que, con Andrew Carnegie, que una vez había sido mandadero en una compañía de telégrafos, contribuyeron generosamente para la construcción del monumento. Vieron al gobernador de Nueva York, Hoffman; al gobernador de Massachusetts, Claflin; al presidente de la Compañía Unión Occidental, Orton; a Cyrus Field y a varios de sus socios, y al escultor del monumento, Byron Pickett. Buscaban a Morse. Habían esperado que los acompañara en la excursión de la mañana. Algunos creyeron advertirlo. Pero quizá lo confundieron con alguno de los concurrentes que usaban barba; otros estaban seguros de que no iría. Los que conocían a la familia de Morse advirtieron que Theodore Roosevelt (padre) iba en un coche de cuatro caballos con la hermosa Leila Morse.

El gobernador Claflin y el presidente Orton se acercaron a la estatua. Retiraron la bandera, revelando la heroica figura de Morse en bronce, al lado de un aparato de

telégrafo, con una mano reposada en él y la otra sosteniendo una cinta de papel marcado con puntos y rayas, con esta leyenda: «¡Lo que Dios ha creado!»^{lxxv}. Mientras los telegrafistas aplaudían el celebrado poeta Bryant se puso de pie para dar expresión a sus emociones.

«Nos reunimos en ocasión de erigir una estatua —dijo, no a una persona meritoria desaparecida, sino viviente... Empero, no nos podemos congratular de haber sentado un precedente de celo, en esta manifestación de gratitud pública. Si nuestro ilustre amigo, a quien ahora rendimos gustosamente estos honores, no hubiera vivido más allá de la edad común de los hombres, se la habríamos tributado tristemente en su tumba.

«Cerca de medio siglo antes —recordó Bryant, aun como pintor, se destacó su tendencia hacia la invención mecánica.

«Su pensamiento, tal como yo lo recuerdo —agregó--, se mostraba muy inclinado a analizar los métodos de su arte; a darles cierta precisión científica; a reducirlos a reglas inmutables; a relacionar los efectos con las causas definidas claramente; así como a volcarlo en la fuerza del artista, para producirlos a gusto y con certeza, en lugar de tentar obtenerlos ciegamente y, por fin, lograrlos debido a determinados felices accidentes o a algún esfuerzo instintivo. El pensamiento de Morse era organizado. Lo demostró de manera destacada cuando reunió a los artistas en Nueva York, que entonces era un grupo relativamente pequeño de jóvenes cuya profesión estaba lejos de ser aplaudida como ahora lo es; concilió los desacuerdos existentes entre ellos, y fundó una asociación que dirigen ellos mismos: la Academia de las Artes del Dibujo...

« ¡Que largo tiempo tengamos con nosotros lo que es mejor que la estatua: el noble original! — dijo terminando su discurso.

Los telegrafistas se sintieron deleitados. La banda ejecutó *Hail to the Chief* y el alcalde Hall, en nombre de la ciudad, prometió guardar la figura de bronce de Morse para las generaciones futuras. Concluyó la ceremonia mientras los concurrentes atribuían a Dios los cumplimientos otorgados a Morse, tal como el artista deseaba siempre que fuera. Cantaron juntos: *Praise God from Whom All Blessings Flow*^{lxxvi}. Los telegrafistas se congregaron alrededor de la estatua y luego se dispersaron para

^{lxxv} La estatua existe todavía en el Parque Central, cerca de la calle Setenta Este.

^{lxxvi} Alabad a Dios, de quien emanan todas las bendiciones. — N. del T.

cenar. El Times resumió la ceremonia como una de las más brillantes de su género ⁽⁷⁾.

Esa noche, los telegrafistas llenaron rápidamente el Music Hall, en la calle Catorce, pues deseaban ver a Morse hacer lo que realizaban todos los días: manejar una llave de telégrafo. El inventor estaba en el escenario y entre otros hallábanse Cyrus Field, Horace Greeley y Henry Ward Beecher. Alguien le entregó a aquél una lista de más de diecinueve pies de largo, con los nombres de los que habían contribuido para la erección de la estatua. A las 21 en punto cesaron de pronto los discursos, pues, como lo anunció el presidente Orton, había llegado el momento de que el patriarca enviara su mensaje de despedida. Morse conmovióse más al encontrarse en el escenario con los aparatos idénticos a los empleados en la transmisión de su primer mensaje, y de ver que entre las personas reunidas se hallaba Annie Ellsworth. Mr. Orton explicó que los hilos telegráficos estaban librados al uso público en todas las ciudades de los Estados Unidos y el Canadá. Una telegrafista iba a enviar el mensaje de Morse y luego el propio inventor agregaría su firma.

Una joven se adelantó hasta la mesa, abanicó en mano, y sentóse para manejar la llave. Un profundo silencio reinaba en la sala. Movié sus dedos y el auditorio siguió el repiqueteo del telégrafo en el código Morse, que transmitía las palabras elegidas por él mismo: «Saludos y gracias a la fraternidad del telégrafo de todo el mundo. Gloria suprema a Dios, en la paz de la tierra, benevolencia para los hombres».

La joven se puso de pie y colocóse al lado de la mesa, mientras Morse ocupó su lugar. Agachado sobre el aparato, tocó la llave con sus dedos. Un aplauso estalló en la sala. En un instante cesó, pues el profesor comenzaba a mover las manos. Luego, el auditorio oyó el repiqueteo del aparato manejado por el inventor, transmitiendo en su propio código. Transmitió las letras: «S. F. B. Morse.» Cuando terminó, unidos en un impulso común, los concurrentes se pusieron de pie y gritaron.

Morse volvió a su asiento, «visiblemente conmovido» y se apretó la frente con la mano.

Mr. Orton dijo:

—Así dice adiós a sus hijos el Padre del telégrafo ⁽⁸⁾.

Mientras los telegrafistas se hundieron en la noche, presenciaron un raro espectáculo en Nueva York: el juego de colores de la aurora boreal. Era como si hasta el cielo mismo hubiera sabido que llegaba el momento de la partida de Morse. Las alabanzas constantes que oía a su alrededor hacían que se sintiera más cansado que nunca. «Bendice al Señor, ¡oh, mi alma!, y no olvides todos sus beneficios» — se decía una y otra vez.

«No cabe duda de que esta referencia constante a Él —le escribió a Susana— es la que evita que esa demostración universal de sentimientos bondadosos, haga que me envanezca con la idea falsa que soy superior al más débil de los instrumentos. No te puedo dar una idea de los sentimientos raros que me complacen y a la vez me oprimen» ⁽⁹⁾.

Ese verano fue al «Bosquecillo de Algarrobos» por última vez en su vida. La mayor parte del tiempo la pasaba en su escritorio semi-octogonal, debajo de la galería cubierta por las viñas. Allí se hallaba rodeado de muchos libros y panfletos escritos por él mismo —unos treinta en total—, sobre pintura, poesía, política y telegrafía; tenía a su lado los retratos de la familia y sus primeros aparatos del telégrafo. En su gran escritorio de roble contestó una pregunta acerca de sus pinturas en Portsmouth, durante sus días errabundos; a alguien que poseía una de sus obras pictóricas, le explicó cómo había llegado a pintar en Nueva York, y a otra persona que lo conoció en Washington le recordaba que la noticia de la muerte de Lucrecia le había llegado mientras estaba realizando el retrato de Lafayette. Como si hubiese deseado demostrar que todavía era él mismo, adquirió un microscopio y lo utilizó por vez primera.

Poco después de su retorno a Nueva York, en el otoño, falleció su hermano Sidney. Sus dos hermanos menores ya se habían ido ahora, y él sólo estaba aguardando su turno.

«Me agrada estudiar la guía del país al que me voy a dirigir» — les dijo a sus amigos ⁽¹⁰⁾.

Continuaba dirigiendo con vigor las oraciones de la familia, atendiendo con solicitud sus asuntos económicos, contestando de modo punzante las calumnias crónicas de Smith, ocupándose de los asuntos públicos. Actuó como presidente de una comisión nombrada en el Instituto Cooper, con el propósito de persuadir al gobierno

estadounidense a que empleara los fondos de indemnización a los chinos en la fundación de un colegio norteamericano en China. Donó cien dólares para la construcción de una estatua de Galvani, en Italia. Pronunció unas breves palabras en el acto del descubrimiento de la estatua de Franklin, cerca de la Municipalidad de Nueva York, cuando en realidad no estaba muy bien para hacerlo. Cuando oyó decir que Cyrus Field estaba por partir para Roma, para participar en la convención del telégrafo, le escribió pidiéndole encarecidamente lo que deseaba que hiciera la convención. El telégrafo es un defensor de la paz —le dijo a Field—. «No sólo puede ordenar «¡Paz, estése quieta!» a las ondas enfadadas de las pasiones humanas, sino que por su rápido intercambio de pensamiento y opinión, da la oportunidad de explicar los actos y las leyes que, en su fraseología ordinaria, crean a menudo dudas y sospechas.» Si la convención iba a mantener inactivo al telégrafo durante la época de guerra —opinaba—, estaría a disposición un instrumento para entablar negociaciones de paz ⁽¹¹⁾.

Durante las últimas semanas de su vida, en su pensamiento se agitaba el recuerdo de su infancia: los días de pintor, las necesidades de la familia, sus primeros amigos en el telégrafo y los honores conferidos en más reciente data. En febrero de 1872, Mrs. Vail arribó de Morristown para visitarlo. A pedido de Robert Donaldson, recordó las circunstancias en que había copiado un Rafael para él, en Roma, cuarenta años antes. Su pérdida de una gran suma de dinero por una estafa en que lo había hecho caer Charles, le recordó que sus hermanos estaban en lo cierto al creer que nunca sería un hombre de negocios. Leyendo el artículo sobre telegrafía inserto en un nuevo estudio sobre las industrias de los Estados Unidos, llegó a la conclusión de que había sido escrito bajo el influjo de Smith u O' Rielly ⁽¹²⁾, y de que constituía el ataque contra él más ultrajante que hasta entonces había recibido.

En el preciso momento en que se preparaba para contestar al artículo, unos dolores neurálgicos lo obligaron a suspender la lectura y la escritura. El 14 de marzo, su médico le permitió que escribiera la última carta que permanecía sin contestar entre su correspondencia. Era una consulta sobre la posición que adoptaba Joseph Henry frente al último ataque «atroz y absurdo», de Smith ⁽¹³⁾.

El dolor disminuyó, pero el enfermo se debilitó y permaneció en cama. Perdía el conocimiento periódicamente. Cuando su pastor de Nueva York lo visitó en su casa de la calle Veintidós, el anciano miró desde su cama y dijo:

—Lo mejor está todavía por venir.

Le sobrevino neumonía. Un médico le auscultó el pecho y dijo:

—Esta es la forma en que telegrafiamos los médicos.

Y el enfermo halló fuerzas para musitar:

—Muy bien ⁽¹⁴⁾.

Esas fueron sus últimas palabras.

Cuando yacía en cama, con fiebre, sus amigos lo encontraban hermoso. Decían que la luz del cielo brillaba en sus ojos.

El 19 de abril reconoció durante un momento a su Sarah. Sólo pudo sonreír. El 2 de abril de 1872 su vida se apagó tranquilamente.

El telégrafo diseminó por el mundo la noticia de que su padre había muerto.

FIN

Agradecimientos

Además de las personas mencionadas en el prefacio, las que más han colaborado para que este trabajo alcance su forma definitiva, son Samuel I. Prime y Edward L. Morse; autor de la biografía oficial de Morse, el uno; y el otro, compilador de sus cartas. Ninguno de los dos conoció al inventor durante los años en que realizaba su descubrimiento. Prime se encontró con él por vez primera en 1840 y recién algunos años más tarde, como director del Observer estuvo en contacto estrecho con la familia; Edward L. Morse, hijo menor del inventor, apenas lo conoció. Sus estudios carecen del beneficio de una variedad de fuentes informativas y son demasiado poco críticos, pero poseen, por el contrario, un tono amable y son generalmente fieles. Son indispensables para los que estudien a Morse.

Uno de los placeres experimentados en la preparación de esta biografía ha sido el descubrimiento de que la buena voluntad es el arma cotidiana de muchos bibliotecarios de la costa este del país. Puesto que no es posible mencionar uno por

uno a todos los que han ayudado en esta empresa, deseo agradecer aquí y ahora a todos ellos.

Por el comentario de ciertos capítulos de los originales debo agradecer, entre otros, a Mrs. Henry Amsden, de Concord (New Hampshire), quien está preparando una nueva historia de Concord (capítulo V); Anna Wells Rutledge, ayudante de la Carolina Art Association, de Charlestown (Carolina del Sur) (capítulo VI); Mabel A. Brown, de Remsen (Nueva York), estudiosa de la carrera de Morse, especialmente en el Estado del norte de Nueva York (capítulo X); el profesor Ray A. Billington, del Smith College, una autoridad en el nativismo estadounidense (capítulo XV); el profesor Robert Taft, de la Universidad de Kansas, una autoridad en la historia de la telegrafía norteamericana (capítulo XIX); George Oslin, de la Compañía Telegráfica Unión Occidental, de Nueva York; Donald D. Millikin, de la Corporación Americana de Radio, de Nueva York; y el profesor Robert L. Thompson, del Hostra College de la Universidad de Nueva York (capítulos sobre los comienzos de la historia del telégrafo), al último de los cuales estoy especialmente agradecido por los aportes de su colección de materiales para su próxima historia de la industria telegráfica en los Estados Unidos. Por los comentarios sobre los originales en general agradezco al profesor Nevins, tal como ya lo he explicado, y a mi madre, Mariam Bentley Mabee. A Mrs. Russell Colgate, de West Orange (Nueva Jersey), deseo expresarle mi agradecimiento por su cortesía y la de su desaparecido esposo, al brindarme su hospitalidad, mientras leía las cartas que tiene en su poder; a Miss Leila Livingston Morse, entre muchas otras atenciones que le debo, por su confianza en prestarme varias de las cartas que tiene en su poder; a C. G. Davis, del Ship Studio, de Cazenovia (Nueva York), por informaciones sobre el Sully; a Ernest C. Kyte, bibliotecario de la Queens University, de Kingston (Ontario), por su amabilidad en guiarme en la revisión de los día-Tics de McNicoll, sobre el telégrafo.

Entre otros que han colaborado en alguna forma en esta labor, figuran Franklin B. Dwight, de Ossining (Nueva York); Mary Lydon, de Petersham (Massachusetts); Webster D. Hasbrouck, de Poughkeepsie (Nueva York); Marguerite Cocket, de Coperstown (Nueva York); H. C. Durston, de Manlius (Nueva York); Ruth B. Mabee, de Jackson (Michigan); Mary Elliot, de Hindman (Kentucky); Pauline Joy MacLean, de Nueva York; Howard Herwitz, de Nueva York; Florence Lerrigo, de Clermont

(California); Eunice Turner, de Boston; Elisabeth Ring, directora de investigaciones de la Maine Historical Records Survey, de Portland; Josephine Mayer, del Colegio de Profesores de la Universidad de Columbia; profesor William R. Whitehorne, del Colegio Bates; Laura Turnbull, bibliotecaria asesora, de la Universidad de Princeton; Lawrence Floyd, ayudante de bibliotecario del General Theological Seminary.

A otros que deseo testimoniar mi gratitud, los menciono en las diversas citas donde aludo a la información que me han proporcionado; a muchos de los que me han ayudado a recoger información sobre las pinturas de Morse espero agradecerles cuando la lista de las obras sea publicada.

Debo reconocimiento también a varias personas y compañías por haberme acordado permiso para citar fragmentos de obras sobre las que tienen derecho: Clara Morse Watson y John P. Morse: Samuel F. B. Morse: His Letters and Journals (1914); Goodspeed's Book Shop, William Dunlap: A History of the Rise and Progress of the Arts of Design in the United States (1918); Essex Institute, William Bentley: Diary, III (1911); Yale University Press, Correspondence of James Fenimore Cooper (1922); New York University Press, Theodore F. Jones: New York University, 1832-1932 (1933); MacMillan Company, Robert Taft: Photography and the American Scene (1938); Dodd Mead & Company, The Diary of Philip Hone (1927); New York Historical Society, William Dunlap: Diary (1930); Columbia University Press, James K. Morse: Jedidiah Morse (1939); William A. Church Company, Albert W. Smith: Ezra Cornell (1934).

Finalmente, deseo agradecer a mi familia y a mis amigos por su tolerancia en escucharme mis conversaciones sobre Morse, y por su generoso aliento.

Referencias

En las citas han sido respetadas, para conservar su sabor, las características de ortografía, puntuación y sintaxis, salvo en los casos en que estas perjudicaban la claridad del texto.

Cuando no se menciona en el texto referencia alguna de una carta y se consigna el nombre del destinatario, el remitente y las fechas, debe entenderse que el original se encuentra en la Biblioteca del Congreso.

Las fuentes mencionadas antes de las referencias de los distintos capítulos no son biografías generales sobre ciertos asuntos, sino específicamente sobre la relación de esos temas con Morse. Cuando las fuentes enumeradas en tal bibliografía se mencionan en las referencias que le siguen inmediatamente, lo son por autor o por el título breve solamente.

Se han omitido datos sobre las fechas, el tamaño y el paradero actual de las pinturas, pues espero que serán consignadas en la lista de obras pictóricas que se publicará separadamente.

Para mayor simplicidad, hemos adoptado iniciales para referirnos, en las citas, a los miembros de la familia, a los sitios donde pueden hallarse las fuentes bibliográficas, a los nombres de quienes las poseen y a los libros que mencionamos frecuentemente:

Miembros de la familia

SFBM	Samuel Finley Breese Morse	el protagonista
JM	Jedidiah Morse	} sus padres
Mrs. JM	Sra. Jedidiah Morse	
SEM	Sidney Edwards Morse	} sus hermanos
RCM	Richard Cary Morse	
LPW	Lucrecia Pickering Walker	} sus esposas
Mrs. SFBM	Sarah Ann Griswold	

Lugar donde se encuentran las fuentes bibliográficas o sus
poseedores

BPL	Biblioteca Pública de Boston.
COLG	Mrs. Russell Colgate. (Una colección de documentos de la familia Morse, incluyendo especialmente los de RCM, con quien los Colgate están emparentados).
LC	Biblioteca del Congreso. (La mayor colección de los documentos de SFBM, depositados en su mayoría por la familia).
LLM	Leila Livingston Morse
MHS	Sociedad Histórica de Maine. (La persona que adquirió la casa de F. O. J. Smith, después de su muerte, halló los documentos de éste y los depositó en esa sociedad).
NYHS	Sociedad Histórica de Nueva York.
NYPL	Biblioteca Pública de Nueva York. (Una colección pequeña de los documentos de JM se encuentra en esa biblioteca).
PENN	Sociedad Histórica de Pensilvania.
SM	Institución Smithsonian. (Los documentos de Alfred Vail fueron entregados por su familia a la Asociación Histórica Norteamericana, que los depositó en esa institución).
YC	Biblioteca de la Universidad de Yale. (Una gran colección de los documentos de la familia de Morse ha sido obtenida recientemente por esa biblioteca).
YC libros raros	Biblioteca de la Universidad de Yale, sala de libros raros.

Libros

Alfred Vail	Telegraph. Alfred Vail: The American Electro Magnetic Telegraph (Filadelfia, 1845).
Dunlap	I, II, III. William Dunlap: A History of the Rise and

	Progress of the Arts of Design in the United States (revisada) (Boston, 1918).
J. C. Vail	J. C. Vail: Early History of the Electro-Magnetic Telegraph (Nueva York, 1914).
J. K. Morse	JM. James K. Morse: Jedidiah Morse: A Champion of New England Orthodoxy (Nueva York, 1939).
Cartas	I, II. Edward L. Morse, compilador: Samuel F. B. Morse: His Letters and Journals (Boston, 1914).
Prime	Samuel I. Prime: The Life of Samuel F. B. Morse (Nueva York, 1875)
Reid	James D. Reid: The Telegraph in America, and In Memoriam Samuel F. B. Morse, and William Orton (Nueva York, 1879).
Sprague	Life of JM. William B. Sprague: The Life of Jedidiah Morse (Nueva York, 1874).

Capítulo 1. Bajo las colinas de Breed

Sobre Charlestown, William L. Budington: The History of the First Church Charlestown (Boston, 1845); Richard Frothingham (hijo): The History of Charlestown (Boston y Charlestown, 1845-49); James F. Hunnewell: A Century of Town Life (Boston, 1888); Timothy T. Sawyer: Old Charlestown (Boston, 1902); Justin Winsor: The Memorial History of Boston, III (Boston, 1881).

¹ Ebenezer Hazard a JM, enero 28 de 1792, NYPL.

² Colección Soc. Hist. de Mass., serie 5, III, 30-1 (1877).

³ Jeremy Belknap: A Sermon Preached at the Installation of the Rev. Jedidiah Morse... on the 30th of April 1789 (Boston, 1789), p. 21

⁴ JM: The American Gazetteer (Charlestown y Boston, 1804).

⁵ Colección Soc. Hist. de Mass, serie 5, III, 98 (1877). Una versión diferente de esta carta se encuentra en Sprague: Life of JM, p. 15.

⁶ Colección Soc. Hist. de Mass, serie 5, III, 101 (1877).

⁷ Ibid., p. 127.

⁸ JM a Mrs. JM, marzo 11 de 1800, NYPL.

- ⁹ Mrs. JM a JM, marzo 19 y 20 de 1800, NYPL.

Capítulo 2. La liebre y la tortuga

Sobre la Academia Phillips, Andover: An Andover Primer (Andover, 1928); Claude M. Fuess: Men of Andover (New Haven, 1928), capítulo sobre SFBM, y An Old New England School (Boston y Nueva York, 1917); William E. Park: The Earlier Annals of Phillips Academy (Andover, 1878).

Sobre el Colegio Yale: Franklin B. Dexter: Sketch of the History of Yale University (Nueva York, 1887), y «Student Life at Yale College under the First President Dwight», en Actas de la American Antique Society, nueva serie, XXVII, 318-35 (1917).

- ¹ Prime, pp. 13-14, 628.

- ² Cartas, 1, 5.

- ³ SFBM ya estaba en Andover en febrero de 1799, según el reverendo Mr. French en su carta a JM, febrero 13 de 1799, YC.

- ⁴ El colegio de William Foster (hijo). Oliver Brown a JM, junio 15, 1799, YC; JM a SFBM, setiembre 30 de 1799, YC.

- ⁵ JM: An Address to the Students a Phillips Academy, in Andover, Delivered July 9, 1799 (Charlestown, 1799), prefacio.

- ⁶ Ibid., p. 11.

- ⁷ Park, op. cit., p. 37.

- ⁸ JM a SFBM, agosto 23 de 1799, biblioteca de la Academia Philliph, Andover.

- ⁹ Mrs. JM a SFBM, diciembre 25 de 1799, YC.

- ¹⁰ JM a SFBM, febrero 4, marzo 7 de 1801, YC.

- ¹¹ SFBM a JM, agosto 2 de 1799, Museo Nacional de Washington.

- ¹² JM a Samuel Breese, marzo 15-16 de 1800, NYPL.

- ¹³ JM al diácono Jedidiah Morse, octubre 25 de 1802, YC.

- ¹⁴ Mrs. JM a SFBM, julio 30 de 1805, LC.

- ¹⁵ SFBM a SEM y RCM, marzo 15 de 1805, LC.

- ¹⁶ J. K. Morse: JM, p. 87.

- ¹⁷ William Bentley: Diary, III (Salem, 1911), 149.

- ¹⁸ Leonard Woods: History of the Andover Theological Seminary (Boston,

1885), p. 597.

- ¹⁹ Anotación el 2 de octubre en «Journal of S. F. 13. Morse for 1805», LC.
- ²⁰ Henry Davis a JM, enero 31 de 1806, copia, YC.
- ²¹ SFBM a JM y Mrs. JM, junio 18 de 1807, LC.
- ²² JM a SFBM, junio 27 de 1807, YC.
- ²³ Mrs. JM a SFBM y SEM, marzo 29 de 1808, YC.
- ²⁴ Prime, p. 19.
- ²⁵ SFBM a JM y Mrs. JM, febrero de 1809, LC.
- ²⁶ Smith contra Downing, Nueva York, 1850, 68.
- ²⁷ La historia apareció en Abner Morse: Memorial of the Morses (Boston, 1850), nota en la p. 125. El autor agradecía la negación de SFBM de ello, en su carta a SFBM, del 9 de noviembre de 1864, YC. La historia apareció en Mary Crawford: The Romance of New England Rooftrees (Boston, 1922), p. 269.
- ²⁸ Prime, p. 23.
- ²⁹ Mrs. JM a SFBM y SEM, julio 26 de 1808, YC.
- ⁴⁰ SFBM a JM y Mrs. JM, julio 22 de 1810, LC.
- ³¹ JM a SFBM, julio 26 de 1810, LC.
- ³² SFBM a Mrs. JM, setiembre 8 de 1810, LC.
- ³³ Edward E. y E. M. Salisbury: Family-Histories, I, parte 19 (New Haven, 1892), 91.
- ³⁴ Phillips Bulletin, XVIII, 6 (1924); cf. An Andover Primer, op. cit. sin número de página; Dexter: «Student Life», op. cit., p. 335.

Capítulo 3. Hijo rebelde

Sobre el círculo de Allston en Londres: Jared B. Flagg: The Life and Letters of Washington Allston (Nueva York, 1892), un libro ampliamente satisfactorio; Leight Hunt: Autobiography, I (Nueva York, 1850); Charles R. Leslie: Autobiographical Recollections (Boston, 1860).

- ¹ SFBM a SEM y RCM, diciembre 8 de 1810, LC.
- ² Cartas, I, 32.
- ³ SFBM a RCM y SEM, enero 15 de 1811, LC.

- 4 SFBM a un desconocido, setiembre 17 de 1811, LC.
- 5 Cartas, I, 45-46.
- 6 Prime, p. 31.
- 7 Hunt, op. cit., p. 100.
- 8 Las Cartas, 1, 46 y 55, parecen sugerir que su gladiador fue comentado así; Prime, p. 40, sin embargo, parece sugerir que fue su dibujo de Farnese Hércules.
- 9 Cartas, 1, 56.
- 10 Ibid., p. 49.
- 11 Leslie, op. cit., p. 20.
- 12 Cartas, 1, 74.
- 13 Ibid., p., 75.
- 14 James Wynne, en Harper's Magazine, XXIV, 231 (1862).
- 15 Cartas, 1, 77-78.
- 16 Ibid., p. 118
- 17 Ibid., p. 49.
- 18 SFBM a JM y Mrs. JM, enero 30 de 1812, LC.
- 19 SFBM a JM y Mrs. JM, abril 21 de 1812, LC.
- 20 SFBM al doctor Ezekiel Cushing, setiembre 24 de 1812, YC — Libros raros.
- 21 Cartas, 1, 182.
- 22 Ibid., p. 89.
- 23 SFBM a JM y Mrs. JM, noviembre 19 de 1812, LC.
- 24 William Wilberforce a JM, marzo 17 de 1814 (¿copia?), NYPL.
- 25 William Wilberforce a JM, agosto 19 de 1814, NYPL.
- 26 Cartas, 1, 140.
- 27 SFBM al doctor Ezekiel Cushing, sin fecha, 1812, YC, libros raros.
- 28 SFBM a JM y Mrs. JM, agosto 6 de 1812, LC.
- 29 Henry Bromfield, junio 16 de 1815, YC.
- 30 Mrs. JM a SFBM, noviembre 25 de 1813, LC.
- 31 JM al diácono Jedidiah Morse, octubre 19 de 1814, YC. Para los conceptos de SEM sobre la guerra véanse sus artículos en el Columbian Centinel, de Boston, agosto 11 de 1813 (firmado «Nueva Inglaterra») y noviembre 24 de

1813 (suscripto «Un hijo de Nueva Inglaterra»).

Capítulo 4. Pintor para el enemigo

¹ Dunlap, III, 89-90.

² Ibid., p. 90.

³ En Timothy Alden: A Collection of American Epitaphs, 11 (Nueva York, 1814), 224-5, se describe la medalla.

⁴ Cartas, 1, 104.

⁵ Mayo 14 de 1813. Dunlap, III, 91.

⁶ Mayo 4 de 1813. Prime, p. 64.

⁷ JM a Timothy Dwight, julio 19 de 1813, YC.

⁸ Cartas, 1, 103, 105.

⁹ Samuel Isham: The History of American Painting (Nueva York, 1915), p. 120. Ninguno de los ocho hermanos de SFBM, que murieron siendo criaturas, vivió más de dieciocho meses. El error de Isham debe haberse originado en la leyenda de que el tío abuelo de Morse, Jonathan Morse, había leído la Biblia íntegra dos veces antes de morir, a los tres años y cuatro meses. Prime, p. 2.

¹⁰ Dunlap, II, 332. En forma similar, William Dunlap: Diary (Nueva York, 1930), p. 742.

¹¹ Cartas, 1, 180.

¹² Sprague: Life of JM, p. 120 y J. K. Morse: JM, p. 144. Ninguno ofrece pruebas. Sprague afirma que el hijo de JM en Inglaterra, que sólo pudo ser SFBM, llamó primero la atención de JM sobre ese libro, en la primavera de 1815. Pero la fecha de Sprague puede ser discutida positivamente. El 6 de febrero de 1815, JM escribió a RCM: «He estado hoy en Cambridge, con Mr. Everts y visité la Biblioteca para buscar la vida de Lindsey, de Belsham, pero no estaba.» COLG. Y todavía antes, el 27 de diciembre de 1814, el doctor Nicholas Romayn, que acababa de regresar de Inglaterra, donde había visto a SFBM, le escribió a JM desde Nueva York, como si lo hiciera contestando a un pedido del libro: «No tengo la vida de Lindsey por Belsham.» LC. JM

utilizó el libro como argumento en su panfleto *American Unitarism... extracted... from... «Memories of the Life of the Rev. Theophilus Lindsey (Boston, 1815), comentado en el Panoplist de junio de 1815, pp. 241-72. El hecho de que JM enviara un ejemplar del panfleto a SFBM, sin ningún comentario, indicaría que éste podría no haber estado ligado en modo alguno al hallazgo del libro. Abril 15 de 1815, LC. Sobre la forma cómo JM inició la controversia, véase Jacobo C. Meyer: Church and State in Massachusetts (Cleveland, 1930), p. 169*

¹³ Cartas, 1, 137.

¹⁴ Notas de JM para el servicio, febrero 14 de 1815, YC.

¹⁵ Cartas, 1, 184-5.

¹⁶ Ibid., p. 131.

¹⁷ Ibid., 132.

¹⁸ Ibid., p. 177.

¹⁹ Washington Allston a JM, agosto 4 de 1815, PENN.

²⁰ Dunlap, III, 93.

²¹ Cartas, 1, 194-5.

Capítulo 5. Errante

Sobre Concord: Morse proporcionó informes sobre sí mismo para *The History of Concord*, de Nathaniel Bouton (Concord, 1856). Mrs. Henry Amsten, que tiene en preparación una necesaria nueva historia de Concord, me ha aconsejado generosamente en la redacción de este capítulo.

¹ El Recorder, de Boston, y ocasionalmente, hasta el 6 de marzo. El Boston Directory, de 1816, registra a SFBM como «pintor de retratos», de Cornhill Square 3.

² JM a James Lloyd, marzo 20 de 1816, apunte, YC.

³ SFBM a JM y Mrs. JM, sept. 7 de 1816.

⁴ SFBM a JM y Mrs. JM, agosto 20 de 1816, LC.

⁵ Cartas, 1, 180.

⁶ Ibid., p. 206.

⁷ SFBM a JM y Mrs. JM, octubre 14 de 1816, LC.

- ⁸ Sprague: Life of JM, pp. 269-72; SEM: Memorabilia in the Life of Jedidiah Morse (Boston, 1867), pp. 5-7; Semi-Centennial Celebration of the First Sabbath School Society in Massachusetts (Boston, 1867); «Semi-Centennial Celebration of the First Sabbath School, Charlestown... 14 October, 1866», volante, BPL). No era el primer colegio dominical de ese Estado. En Boston existía uno en la década 1790-1800.
- ⁹ Diciembre 8 de 1816; RCM y SEM se unieron el 9 de febrero de 1817, según los archivos de la iglesia. James F. Hunnewell: A Century of Town Life (Boston, 1888), pp. 203-4.
- ¹⁰ JM a RCM, enero 2 de 1817, COLG.
- ¹¹ SFBM a LPW, febrero 27 de 1817, LLM.
- ¹² SFBM a LPW, julio 3 de 1817, LC.
- ¹³ RCM a JM y Mrs. JM, julio 11 de 1817, COLG.
- ¹⁴ Prime, p. 90, parece sugerir que la idea de la bomba fue concebida en 1816. Cartas, 1, 211, la relaciona con una carta de diciembre de 1816. SEM «ha concebido una nueva máquina, pero no nos ha hecho saber de qué clase es» —escribió LPW a SFBM, el 20 de febrero de 1817, LC—. «Tu hermano desea tu ayuda para hacer unos experimentos originales con él» —escribió JM a SFBM, el 4 de marzo de 1817, LC—. SFBM puede haber trabajado primero en la bomba a fines de marzo de 1817, pues el 8 de abril Mrs. JM la escribió a RCM diciéndole que sus hermanos habían estado ocupados en hacer unos «experimentos originales» durante sólo dos semanas, COLG. Estas tres cartas parecen ser las primeras en la correspondencia existente, que pueden interpretarse como refiriéndose a la bomba Sin embargo, es posible también que se refieran a experimentos sobre el movimiento de barcos a vapor. En la parte de adentro de la tapa posterior del libro de cuentas de RCM (NYHS), aparece lo siguiente: Revelado hoy —abril 2 de 1817—, al capitán Hull, el proyecto de lograr el movimiento de los barcos por acción de una columna de agua,

Saml. F. B. Morse.

Charlestown, abril 2 de 1817

Sidney E. Morse

Lo que antecede fue escrito el 2 de abril.

*Jedh. Morse.
Elisa A. Morse
Ann Shepard*

El capitán Hull, esposo de la hermana de Jeannette Hart, era en esa época jefe del arsenal naval de Charlestown.

La fecha de la carta citada sobre ese asunto, en la obra de Prime, pp. 114-15, está evidentemente equivocada; el artículo allí referido, como describiendo un barco a vapor de un principio similar, se encuentra en el National Intelligencer, de Washington, del 28 de enero de 1819.

¹⁵ Prime, p. 103.

¹⁶ JM a J. S. V. Wilder, agosto 5 de 1817, YC; JM a Henry Bromfield, diciembre 15 de 1817, YC; George M. Woolsey a JM, setiembre 13 de 1817, NYPL. Bromfield se inscribió para obtener una patente en Gran Bretaña, pero por consejo de John Millington, a la sazón profesor de la Royal Institution, en el sentido de que la esfera de cuero no resistiría mucho la fuerza del aire y el agua que tendría que contener, declinó proceder a su aplicación. Bromfield a JM, marzo 23 de 1818, NYHS.

¹⁷ SFBM dijo que la patente fue obtenida, en su carta a Samuel Williams del 15 de diciembre de 1817, LC; JM manifestó lo mismo a DeWitt Clinton, el 27 de diciembre de 1817, Biblioteca de la Universidad de Columbia. Sin embargo, la oficina de patentes de los Estados Unidos, informa ahora que no tiene registrada tal patente.

¹⁸ SFBM a LPW, noviembre 27 de 1817, sección «Misceláneas», LC.

¹⁹ SFBM a LPW, setiembre 13 de 1817, LC.

²⁰ Prime, p. 106.

²¹ Ibid., pp. 107-8.

Capítulo 6. Inviernos en el sur

Sobre Charleston: Las historias locales apenas mencionan a Morse. Aparte de la correspondencia, la fuente más útil ha sido el Courier, de Charleston.

¹ Dunlap, III, 94.

- ² LPW a SFBM, marzo 20 de 1818, LLM.
- ³ Calle King 58, Courier, de Charleston, febrero 3 de 1918.
- ⁴ Prime, p. 112.
- ⁵ SFBM a LPW, julio 15 de 1818, LLM.
- ⁶ Prime, p. 104, citando el Patriot, de Concord, del 14 de abril de 1818. En marzo la ciudad había votado cien dólares para la compra de la bomba de incendio. Concord Town Records, 1732-1820 (Concord, 1894), p. 494.
- ⁷ LPW a SFBM, julio 10 de 1818, LLM.
- ⁸ Registrada poco después de una fechada el 5 de noviembre de 1818, libro de cuentas de RCM, NYHS.
- ⁹ SFBM a LPW, setiembre 2 de 1818, LLM.
- ¹⁰ LPW a SFBM, setiembre 7 de 1818, LLM.
- ¹¹ SFBM a LPW, setiembre 16 de 1818, LLM.
- ¹² LPW a SFBM, setiembre 21 de 1818, LLM.
- ¹³ La fecha de la boda se consigna usualmente el 19 de octubre, fecha mencionada en la correspondencia previa al casamiento. El error se ha originado, aparentemente, en la obra de Prime, p. 113, en la cita de la noticia del matrimonio, tomada del Patriot, de Concord, del 6 de octubre de 1818. Prime intercala en la cita: «Octubre 19» En la noticia original del Patriot, no se consigna la fecha. Las Cartas, 1, 217, siguen aparentemente al libro de Prime. En la misma página aparece una cita contradictoria de la carta de SFBM, del 5 de octubre: «Casé... el martes último.» El 19 de octubre fue jueves; el 29 de setiembre, martes. La fecha aparece correctamente en el manuscrito de Walker sobre la vida del reverendo Timothy Walker (1902), II, 136, en la Biblioteca de la New Hampshire Historical Society, y en un manuscrito de SFBM, febrero de 1864, LC.
- ¹⁴ Jane Keith a JM, enero 30 de 1819, YC.
- ¹⁵ SFBM a RCM, enero 19, de 1819, COLG.
- ¹⁶ Información al dorso del dibujo, en que poseía el reverendo Shiefe Walker, de Concord.
- ¹⁷ SFBM a JM y Mrs. JM, diciembre 22 de 1818, LC.
- ¹⁸ Courier, de Charleston, abril 29 de 1819.

- ¹⁹ SFBM a RCM, diciembre 21 de 1818, COLG. El 2 de diciembre de 1818 el Courier, de Charleston insertó un aviso de pintura de retratos por W. D. Parisen, de Nueva York, y C. Thompson.
- ²⁰ Timothy Dwight: Travels in New-England and New-York (Londres, 1823), 1, 427.
- ²¹ Sprague: Life of JM, p. 5.
- ²² Mrs. JM a SEM, abril de 1819, LC.
- ²³ SFBM a JM y Mrs. JM, marzo 26 de 1819, LC. SFBM redactó una declaración de los acontecimientos relacionados con el conflicto de JM con su iglesia y la leyó a los miembros de la iglesia y a los profesores del seminario de Andover. Mrs. JM a RCM, agosto 19 de 1819, COLG.
- ²⁴ Mrs. JM a LPW, febrero 3 de 1820, LLM.
- ²⁵ SFBM a LPW, enero 19 de 1820, LC.
- ²⁶ RCM a JM y Mrs. JM, febrero 5 de 1820, COLG.
- ²⁷ SFBM a LPW, febrero 25 de 1821, LLM.
- ²⁸ SFBM a LPW, febrero 11 de 1821, LLM.
- ²⁹ SFBM a LPW, enero 13-14 y enero 20 de 1821, LLM.
- ³⁰ SFBM a LPW, enero 28 y febrero 19 de 1821, LLM.
- ³¹ SFBM a Mrs. Caroline Ball, copia, con comentarios de SFBM

Capítulo 7. El recinto del congreso

- ¹ Inventario de JM, enero 19 de 1823, YC.
- ² Mrs. JM a SEM, junio 16 de 1820, LLM.
- ³ JM a Mrs. J. M., octubre 2 de 1822, YC.
- ⁴ James L. Yvonnet a Percival, en Julius H. Ward: Life and Letters of James Gates Percival (Boston, 1866), p. 158.
- ⁵ Frederick G. Cogswell: «James Percival and His Friends», en Publ. of the Conn. Soc. the Order of the Founders and Patriots of Am., 1902, N° 6, p 21. Como ocurría a menudo con Percival, hubo un malentendido entre él y su editor; el grabado del retrato de SFBM fue suprimido, y en la confusión que siguió, SFBM, indignado, recurrió a un abogado para recuperarlo.
- ⁶ Silliman hizo una descripción de un viaje con SFBM en su Journal IV, 40-50

(1822). Se refiere a SFBM como un respetable colega científico.

⁷ Es Dunlap, III. 95, quien atribuye la idea de SFBM de El Recinto del Congreso al éxito de Granet. Godey's Magazine, XXXIV, 213 (1846) (un artículo sobre SFBM que puede haber escrito el propio Tuckerman) y Henry T. Tuckerman: Book of the Artist (Nueva York, 1867), p. 168 lo atribuye erróneamente a los experimentos de SFBM en la pintura de Gallery of the Louvre, que no fue en realidad realizada hasta mucho años después de El Recinto del Congreso.

⁸ Prime, pp. 123-4.

⁹ Ibid., p. 123.

¹⁰ SFBM a LPW, enero 5 de 1822, LC.

¹¹ JM a RCM y SEM, enero 30 de 1822, YC.

¹² Mrs. JM a JM, enero 25 de 1822, YC.

¹³ JM a Mrs. JM, marzo 12 de 1822, YC.

¹⁴ Véase JM a SFBM, diciembre 19 de 1822, YC; LPW a SFBM, diciembre 28 de 1821, LLM; JM a Mrs. JM, marzo 12 de 1822, YC; National Intelligencer de Washington, enero 21 de 1822; Connecticut Journal, de New Haven, junio 25 de 1822.

¹⁵ Ibid., enero 22 y febrero 4 de 1823.

¹⁶ Noticias similares aparecen cada tantos días durante el período de la exposición de Boston, en el Columbian Centinel y en la Commercial Gazette.

¹⁷ Abreviado de Key to Morse's Picture of the House of Representatives (New Haven, 1823), pp. 2-4.

¹⁸ En el Columbian Centinel, de Boston, del 12 de abril de 1823 aparecen noticias del último día de la exposición.

¹⁹ Advertiser, de Nueva York, julio 5 (sic) de 1823.

²⁰ Observer, de Nueva York, julio 12 de 1823.

²¹ Julius H. Ward: Life and Letters of James Gates Percival (Boston, 1866), pp. 171-2.-

²² LPW a SFBM, agosto 30 de 1823, LLM.

Capítulo 8. La realización llega tarde

¹ Cartas, 1, 251.

- ² Minutes of the Common Council of the City of New York, 1784-1831 (Nueva York, 1917), XIV, 53, 123; Cartas, 1, 261.
- ³ SFBM a LPW, diciembre 24 de 1824, LLM.
- ⁴ Prime, p. 139.
- ⁵ Cartas, 1, 261.
- ⁶ RCM a JM y Mrs. JM, octubre 18 de 1824, COLG.
- ⁷ JM a SFBM, febrero 7 de 1825, YC.
- ⁸ Una nota necrológica de LPW aparece en el Observer, de Nueva York, del 19 de febrero de 1825. Véase también Emily E. F. Ford: Notes on the Life of Noah Webster, II (Nueva York, 1912), 282.
- ⁹ Prime, p. 140.
- ¹⁰ SFBM a JM y Mrs. JM, noviembre 18 de 1825, LC.

Capítulo 9. Fundando la academia nacional

Sobre la fundación de la academia: La fuente clásica de información es Thomas S. Cummings: Historic Annals of the National Academy of Design (Filadelfia, 1865). Benson J. Lossing, en «The National Academy of the Arts of Design, and Its Surviving Founders», en Harper's, LXVI, 852-63 (1883) aporta detalles dudosos pero interesantes, derivados probablemente del Godey's Magazine, XXXIII, 212 (1846). SFBM ofrece su propio relato, en su Fine Arts, A Reply to Article X, N° LVIII, in the North American Review (comentado en Southern Review, IV, 70-86 (1829), en un artículo que ha sido atribuido erróneamente a Allston, y su Examination of Col. Trumbull's Address (Nueva York, 1833).

- ¹ Aceptando las intenciones de SFBM de usar sus habitaciones, tal como lo explica en su carta a JM y Mrs. JM, del 22 de marzo de 1825, LC, fueron llevados a cabo. En esta carta, lo mismo que en Cartas, 1, 274, el domicilio figura como Canal 20. En Longworth's American Almanac, New York Register (1825), figura Canal 66.
- ² Cummings, op. cit., pp. 22-3.
- ³ El presidente de la comisión de la Academia Norteamericana, Jeremiah Van Rensselaer, informó a la academia que la comisión no deseaba aceptar recomendaciones de candidatos, de quienes no pertenecieran a ella. La

declaración lleva fecha 24 de diciembre de 1825, en los registros de la Academia Norteamericana, NYHS.

⁴ Cummings, op. cit., p. 25.

⁵ Letter from Joe Strickland (seudónimo) to Samuel F. B. Morse, «Memphremagog» (1828), p. 9. SFBM identifica en el autor al doctor James E. De Kay, un amigo del colegio, en su carta a C. H. Hart, del 17 de febrero de 1871, LC. De Kay trabajaba activamente en la Academia Norteamericana.

⁶ Evening Post, de Nueva York, sin fecha, en Cummings, op. cit., p. 101.

⁷ Ibid., p. 29.

⁸ Discurso de Trumbull, agregado a SFBM: Examination of Col. Trumbull's Address, op. cit., p. 19.

⁹ Letter from Joe Strickland (seudónimo) a Samuel F. B. Morse, «Memphremagog» (1828), p. 16.

¹⁰ Evening Post, de Nueva York, mayo 17 de 1828.

¹¹ Ibid., mayo 31 de 1828.

¹² «Trumbull's Answer», cita de ibid., sin fecha, en Cummings, op. cit., p. 103.

¹³ SFBM a Mrs. JM, mayo 6 de 1828, LC.

¹⁴ SFBM a DeWitt Bloodgood, diciembre 26 de 1828, PENN.

Capítulo 10. Descubriendo la versatilidad

Sobre la fundación del Journal of Commerce, de Nueva York: Su relación con el Observer, de Nueva York, se describe en (William H. Hallock): Life of Gerard Hallock (Nueva York, 1869), pp. 61-9, y en el Journal of Commerce del 27 de setiembre de 1927 (número conmemorativo del centenario). Su relación con SFBM aparece sólo en la colección del Observer y en la correspondencia.

¹ Correspondence of James Fenimore Cooper (New Haven, 1922), p. 358.

² SFBM a Mrs. JM, mayo 11 de 1828, LC. Una de las palabras tachadas parece ser «Albany».

³ RCM a SEM (mayo 15 (?) de 1828, COLG.

⁴ SFBM a DeWitt Bloodgood, diciembre 26 de 1828, PENN.

⁵ SFBM a DeWitt Bloodgood, diciembre 29 de 1833, PENN.

⁶ SEM a RCM, diciembre 25 de 1825, LC.

- 7 Mrs. JM a RCM, julio 7 de 1827, COLG.
- 8 «Madame Hutin — The Bowery Theatres, firmado «A Father», en el Observer, de Nueva York, marzo 3 de 1827.
- 9 La correspondencia de 1827 demuestra que SFBM es autor de los siguientes artículos del Observer: el mencionado en la cita N° 8; el firmado «A Father», aparecido el 17 de marzo de 1827; «The Moral Interests of Our City», editorial del 24 de marzo de 1827. La nota que sigue también la identifica Hallock en la op. cit., pp. 66-67: «To the Ladies of New-York City», abril 14 de 1827.
- 10 Ibid.
- 11 RCM a SEM, marzo 17 de 1827, COLG.
- 12 RCM a SEM, marzo 19 de 1827, COLG.
- 13 SFBM a SEM, marzo 20 de 1827, LLM.
- 14 SFBM a los directores del Herald, de Nueva York (cerca de enero de 1866), archivada sin fecha, LC.
- 15 Observer, de Nueva York, marzo 24 de 1827.
- 16 Cita N° 14. Roger M. Sherman escribió a SFBM, el 28 de marzo de 1827, declinando la dirección, NYHS.
- 17 Una Pope-Hennessy (compiladora): The Aristocratic Journey, Being the Outspoken Letters of Mrs. Basil Hall (Nueva York y Londres, 1931), p. 69.
- 18 Moss Kent a SFBM, mayo 2 de 1829, LC.
- 19 Quarterly Review, de Nueva York, XLI, 301 (1829).
- 20 James Kent a Moss Kent, enero 2 de 1830, documentos de James Kent, LC.
- 21 Jared Sparks (compilador): The Library of American Biography, VII (Boston y Londres, 1837), 221; Catharine M. Sedgwick: Poetical Remains of the Late Lucretia María Davidson (Filadelfia, 1841).
- 22 Edgar Allan Poe: Works, VI (Nueva York, 1884), 150, 162-3.
- 23 Personal Reminiscences of the Late Sarah Breese Walker (¿Utica?) (1884), pp. 46-8.
- 24 SFBM a JM y Mrs. JM, agosto 10 de 1824, LC.
- 25 Morgan Dix: Memoirs of John Adams Dix, 1 (Nueva York, 1883), 89.
- 26 Cuando SFBM distraía al gobernador Clinton y a otras personas en un

desayuno, llamó a la reunión una «fiesta clintoniana» SFBM a JM y Mrs. JM, diciembre 1° de 1825, LC. Charles Walker era en esa época ayudante político sin importancia de Clinton. Véase el diario manuscrito de Clinton, NYHS.

27 SFBM a Mrs. JM, noviembre 9 de 1826, LC.

28 Archivo del New York Athenaeum, NYHS.

29 En 1826, SFBM dictó conferencias para el Athenaeum, en la capilla del Colegio de Columbia, el 20 y el 27 de marzo y el 3 y el 12 de abril. En 1827, Dana disertó para el Athenmum, sobre electricidad, el 11, el 15, el 18 y el 22 de enero y el 1°, el 5 y el 8 de febrero. Falleció en abril y Morse fue uno de los que condujo el féretro. Manuscrito sin fecha, de SFBM, LC; cf. Prime, pp. 162-9. Sobre las conferencias de Morse, véase Winifred E. Howe: A History of the Metropolitan Museum of Art (Nueva York, 1913), pp. 53-4.

30 SFBM: Academies of Arts (Nueva York, 1827), p. 23.

31 Penn. Mag. of Hist. and Biog., XXIX, 135 (1905) .

Capítulo 11. Un puritano en busca de belleza

1 SFBM a Margaret Roby, enero de 1830, borrador, LC.

2 Cartas, I, 324.

3 Ibid., p. 333.

4 Dunlap, III, 99-100.

5 Prime, p. 188.

6 Cartas, I, 349-50.

7 Ibid., p. 348.

8 Ibid., p. 371.

9 Allan Nevin (compilador): The Dairy of Philip Hone (Nueva York, 1927),p. 93.

10 Cartas, I, 375.

11 James E. Freeman: Gatherings from an Artist's Portfolio (Nueva York, 1877), p. 11.

12 Louisa Dresser: The Chapel of the Virgin at Subiaco by Samuel F. B. Morse., en Worcester Art Museum Annual, 1941, pp. 65-71.

13 Cartas, I, 343.

14 Francis J. Connors: «Samuel Finley Breese Morse and the Anti-Catholic

Political Movements in the United States., en *Illinois Catholic Hist. Rev.*, X, 99 (1927).

¹⁵ Prime, p. 728.

¹⁶ Cartas, I, 385.

¹⁷ Ibid., pp. 377-8.

¹⁸ Prime, p. 196.

¹⁹ Cartas, I, 363.

²⁰ Ibid., p. 369.

²¹ Libro de notas, fechado el 14 de mayo de 1830, LC.

²² Cartas, I, 353; un recorte de diario, en el cuaderno de recortes de SFBM, Biblioteca de la Unión Occidental, de Nueva York, indica que en 1836 volvió a contar la historia.

²³ Cartas, I, 398-9.

²⁴ Ibid., p. 382. En una carta entregada a un norteamericano para que la llevara a su hogar, SFBM escribió que en cartas simples, enviadas por correo ordinario, no se arriesgaba a manifestar sus puntos de vista políticos. *Observer*, de Nueva York, noviembre 27 de 1830.

²⁵ SFBM contó la historia de su viaje en *ibid.*, mayo 28 de 1831, y en una carta a John C. S. Abbott, de fecha 4 de marzo de 1867, libro de cartas, LC.

²⁶ *Observer*, de Nueva York, abril 20 de 1831.

²⁷ Cartas, I, 401-2.

Capítulo 12. Lafayette, el liberal

Sobre el Comité Polaco-estadounidense en París: No hay nada de significación sobre Morse en las notas de varios secretarios del comité, que se conservan en la Biblioteca del Estado de Nueva York, en Albany. Hay un panorama y una breve mención de su papel, en Robert E. Spiller: «Fenimore Cooper and Lafayette: Friends of Polish Freedom, 1830-1832., en *American Literature*, VII, 56-75 (1935) y en Laura E. Richards (compiladora): *Letters and Journals of Samuel Gridley Howe: The Greek Revolution* (Londres, 1906), pp. 411-14. Sobre el anticatolicismo de Lafayette: Michael de la Bedoyere: «Lafayette and the Church., en *Catholic World*, CXXXIX, 166-70 (1934), es útil. La controversia de SFBM con el obispo Spalding, de

Kentucky, sobre lo que dijo Lafayette acerca de la influencia del catolicismo, se halla resumida por SFBM, en el Herald, de Nueva York, del 18 de febrero de 1872, y por un escritor católico, en «Lafayette and Professor Morse», en Metropolitan, National Society, I, 144-55 (1858) . La controversia comenzó en el Enquirer, de Cincinnati — contrario al Know-Nothing.—, en 1854 (véase Enquirer del 17 de mayo de 1855), y adoptó la forma de una serie de cartas en el Courier, de Louisville, desde el invierno, hasta todo el verano de 1855. En LC se encuentran cartas y recortes periodísticos sobre la controversia.

¹ Observer, de Nueva York, noviembre 19 de 1831.

² Prime, p. 213.

³ SFBM a DeWitt Bloodgood (borrador), (¿diciembre de 1831?), LC.

⁴ SFBM a SEM y RCM, julio 18 de 1832, LC.

⁵ William Dunlap: Diary (Nueva York, 1930), p. 608.

⁶ Prime, p. 214.

⁷ Véase Charlotte P. Browning: Full Harvest (Filadelfia, 1932), pp. 30-31, 102; Correspondence of James Fenimore Cooper (New Haven, 1922), pp. 314, 365.

⁸ Prime, p. 223.

⁹ Declaración firmada de R. W. Habersham, sin fecha, registrada en 18-32, LC. Parte de ella aparece en Cartas, I, 417-18. Una versión ligeramente diferente se encuentra en Prime, pp. 229-31. La declaración de Cooper para Lafayette ha sido vuelta a publicar como Robert E. Spiller (compilador), James Fenimore Cooper: Letter to Gen. Lafayette (Nueva York, 1931).

¹⁰ SFBM a Benjamín Silliman, julio 12 de 1832, documentos de Cooper, YC

¹¹ SFBM a SEM y RCNM, octubre 2 de 1831, COLO.

¹² Bernard Sarrans: Memoirs of General Lafayette and the French Revolution of 1830, II (Londres, 1832), 293. La frase se omite en algunas reediciones del discurso.

¹³ Tal como en las cartas de SFBM en el Courier, de Louisville, agosto 11 de 1855 y en el Herald, de Nueva York, del 18 de febrero de 1872.

¹⁴ Observer, de Nueva York, agosto 27 de 1831.

¹⁵ SFBM (compilador): Confessions of a French Catholic Priest (Nueva York, 1837, p. IX.

- ¹⁶ Bedoyere, op. cit. Lafayette, en su última visita a los Estados Unidos, cuando SFBM recién se hizo amigo suyo, concurría tanto a los servicios religiosos protestantes como a los católicos. En Boston concurreó a la reunión religiosa de la calle Brattle, en la iglesia Trinidad de Nueva York; en Filadelfia, a la iglesia católica de San Agustín, y en Baltimore, a la Catedral católica. J. B. Nolan: *Lafayette in America Day by Day* (Baltimore, 1934), pp. 245, 249, 252-3. Lafayette parece haber sido masón en Francia, antes de ir a los Estados Unidos; en su última visita fue a menudo visitado por masones. André Lebey: *La Fayette ou le Militant Franc Maçon*, I (París, 1937), pp. 47-8; Louis Gottschalk: *Lafayette Joins the American Army* (Chicago, 1937), pp. 337-8.
- ¹⁷ Bedoyere, op. cit., p. 170, ignorando aparentemente la cita publicada por Morse, calificó a esa frase como la expresión de Lafayette más cercana al anticatolicismo que pudo hallarle.
- ¹⁸ «Lafayette and Professor Morse», op. cit., pp. 150-1.
- ¹⁹ El libro sobre el cual se alegaba era el de Jeane Bap. Marchand: *Essai sur la République des Etats Unis d'Amérique* (París, 1835), diciembre, 245 pp. SFBM no pudo descubrir que tal libro se hubiera publicado y yo tampoco lo he logrado.
- ²⁰ Horatio Greenough a SFBM, abril 23 de 1832, LC.
- ²¹ LC.
- ²² Prime, p. 217.ne
- ²³ Declaración de R. W. Habersham. Véase cita N° 9.
- ²⁴ Ibid.; James F. Cooper: *The Sea-Lions* (Nueva York, 1873), pp. 161-2; *Cartas*, I, 418-21; *Correspondence of James Fenimore Cooper* (New Haven, 1922, pp. 620, 633-5; Prime, pp. 231-2. El profesor James Renwick atestiguó que SFBM ya estaba buscando un plan para un telégrafo eléctrico, antes de partir para Europa. French contra Rogers (compilaciones evangélicas), Filadelfia 1851, 497-98.
- ²⁶ Cf. la nota N° 24 con SFBM a R. W. Habersham, abril 3 de 1858, LC. (26)
- ²⁷ Observer, de Nueva York, junio 23 de 1832.

Capítulo 13. El viaje en el Sully

- 1 J. F. Cooper a SFBM, setiembre 21 de 1832, copia, LC.
- 2 SFBM a J. F. Cooper, octubre 2 de 1832, copia, LC.
- 3 SFBM menciona el 19 de octubre de 1832 como el día en que concibió el telégrafo, en una carta sin fecha a Alfred Vail, glosada en Alfred Vail:
- 4 Telegraph, p. 154. Sin embargo, usualmente decía que fue varios días después de haber salido de El Havre.
- 5 SFBM a C. T. Jackson, setiembre 18 de 1837, borrador, LC; en forma similar a Levi Woodbury, setiembre 27 de 1837, on Alfred Vail: Telegraph, p. 152.
- 6 William Poll a SFBM, setiembre 27 do 1837, en ibid., p. 153.
- 7 SFBM a C. T. Jackson, septiembre 18 de 1837, borrador, LC.
- 8 Declaración de J. F. Fisher, Cartas, 11, 11. El libro de notas original fue usado como prueba en el juicio por el asunto del telégrafo, en Kentucky (1848); después de que el juicio fue elevado a la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos, so quemó en un incendio misterioso, on abril de 1852, on la oficina de un empleado de la Corte Suprema. Afortunadamente, una copia certificada se hallaba en posesión de F. O. J. Smith. De ella fue sacada una copia, cuya exactitud atestiguó E. Fitch Smith, en 1853, y la que hoy se encuentra en el Museo Nacional do Washington. Parece ser la única en existencia

Capítulo 14. Nacido anticipadamente

- 1 Cartas, II, 25-6. Cuando SFBM leyó en Lawrence Trumbull y Edward Highton: History of the Invention of the Electric Telegraph (abreviarla) (Nueva York, 1853), p, 38, que era extraño que no hubiera indicios do su actividad en telegrafía durante varios años después de 1832, en el ejemplar de ese libro, en su posesión, escribió: «¿Es una afirmación razonable? ¿Qué ha sido de mi telégrafo registrador que funcionó perfectamente en noviembre de 1835 y más adelante, en 1836 y 1837?». De manera similar comenté el hecho en el margen de su ejemplar, hoy en poder de LLM, de George 13. Prescott: History, Theory and Practice of the Electric Telegraph (Boston, 1860), p. 58. Es significativo que no haya podido referirse a ningún dato que demostrara

sus actividades en el telégrafo, antes de 1835.

² Recorte que dice: Tribune, diciembre 5 do 1865, LC.

³ SFBM a J. F. Cooper, febrero 21 de 1833, archivada en 1839, LC.

⁴ Theodore F. Jones: New York University, 18321932 (Nueva York y Londres, 1933), p. 38.

⁵ C. R. Leslie e SFBM, octubre 25 do 1833, archivada en 1839, LC.

⁶ Evening Star, de Nueva York, octubre 15 do 1833.

⁷ Jared B. Flagg: The Life and Letters of Washington Allston (Nueva York, 1892), p. 345.

⁸ Cartas, II, 24.

⁹ William Dunlap: Diary (Nueva York, 1930), p. 659.

¹⁰ Thomas S. Cummings: Historic Annals of the National Academy of Design (Filadelfia, 1865), p. 151.

¹¹ William Dunlap: Diary (Nueva York, 1930), p. 723.

¹² «Our Legation to Franco», en el Commercial Advertiser, de Nueva York, marzo 5 de 1833. SFBM lo identifica como suyo en su carta a Lafayette, del 5 de marzo de 1833, borrador, LC.

¹³ SFBM a DeWitt Bloodgood, diciembre 29 de 1833, PENN.

¹⁴ George P. A. Healy: Reminiscences of a Portrait Painter (Chicago, 1894), p. 34.

¹⁵ Cartas, II, 27.

¹⁶ Horatio Greenough a SFBM, agosto 24 de 1834, LC.

¹⁷ DeWitt Bloodgood a SFBM, agosto 9 de 1834, LC.

¹⁸ Dunlap, III, 97.

¹⁹ Ibid., p. 99.

Capítulo 15. Nativo norteamericano

Sobre SFBM como nativista: Louis D. Scisco: Political Nativism in New York State (Nueva York, 1901) y Ray A. Billington: The Protestant Crusade, 1800-1860, A Study of the Origins of American Nativism (Nueva York, 1938), obras ambas que prestan atención a SFBM de manera erudita; SFBM: Foreign Conspiracy (Nueva York y Boston, 1835); Inminent Dangers (Nueva York, 1835), y Our Liberties Defended

(Nueva York y Boston, 1841); SFBM (compilador): *The Proscribed German Student* (Nueva York, 1836) y *Confessions of a French Catholic Priest* (Nueva York, 1837); Peter Guilday: *The Life and Times of John England, II* (Nueva York, 1927), 195-210. Véase además las citas de los capítulos XI y XII.

¹ SFBM a Lafayette, marzo 5 de 1833, borrador, LC.

² Richard L. Wright: *Forgotten Ladies* (Filadelfia y Londres, 1928), pp. 131-2. Un reciente estudioso del nativismo, Carroll J. Noonan, en *Nativism in Connecticut* (Washington, 1938), p. 96, señala que la obra de SFBM fue de mayor efecto que el fuego en la agitación de la opinión nativista.

³ Libro de recortes de SFBM, Biblioteca de la Unión Occidental, Nueva York.

⁴ Theodore Dwight tradujo obras al lenguaje de romance y ocasionalmente escribió en el *American Protestant Vindicator* y en el periódico fundado por su padre, el *Commercial Advertiser*. Su *Open Convents*, cuyas pruebas se basan en la descripción de la vida en los conventos, realizada por Rebecca Reed y María Monk, contaba con una introducción en forma de cartas de W. C. Brownlee, del *Vindicator*, y SFBM; este último expresaba que el libro «demostraba... la falsedad, la depravación y el peligro del sistema de los Conventos». *Open Convents* fue publicado en 1836 por Van Nostrand y Dwight, empresa de David Van Nostrand y William R. Dwight, hermano de Theodore

⁵ *Correspondence of James Fenimore Cooper* (New Haven, 1922) , pp. 354-5.

⁶ *Ibid.*, p. 358.

⁷ *American Protestant Vindicator*, agosto 17 y setiembre 21 de 1836.

⁸ (Laughton Osborn): *The Vision of Rubeta... with Illustrations, Done on Stone* (Boston, 1838), p. 162. Osborn era un errático poeta que prometía. Su poema era en gran parte un ataque al compilador Stone, quien, aunque benévolo hacia el nativismo, había sido instrumento para desenmascarar a María Monk

⁹ Billington, op. cit., pp. 101-2.

¹⁰ *Ibid.*, p. 123.

¹¹ *American Protestant Vindicator*, setiembre 3 de 1834.

¹² SFBM: *Foreign Conspiracy*, op. cit., p. 3.

¹³ Ibid., pp. 118-19.

¹⁴ La afiliación de SFBM a la iglesia, en ese período, aparece oscura. Según los archivos de la iglesia Center, de New Haven, fue pasado a una iglesia no mencionada, en Nueva York, en 1836. Según los archivos de la Primera Iglesia Presbiteriana, de Poughkeepsie, sin embargo, se hizo miembro de ella poco después de ir allí, en 1847, por carta escrita directamente desde New Haven.

Sea como fuere, la familia de Morse se incorporó a las iglesias presbiteriana y congregacionalista. Mrs. JM había sido originariamente presbiteriana. JM fue aspirante en la Primera Iglesia Presbiteriana, de Nueva York, de la cual uno de los antepasados de Mrs. JM era un antiguo pastor, antes de pasar a ser pastor de la iglesia congregacionalista de Charlestown. Cuando joven, RCM predicó en una iglesia presbiteriana de la Johns •Island, mientras SFBM concurría a la iglesia congregacionalista de Charlestown. Durante el período en que la familia perteneció a la iglesia Center, de New Haven, ésta se llamaba indistintamente congregacionalista o presbiteriana, cosa que era peculiar de Connecticut en esa época. En Nueva York, el Observer, de RCM y SEM, era conceptuado semipresbiteriano; la hija de RCM, Louisa, fue bautizada en la iglesia presbiteriana Brick, en 1837; RCM se hizo luego miembro de la iglesia presbiteriana Madison Square, a la que SFBM también concurría cuando pasaba los inviernos en la casa de la calle Veintidós; pero en 1864, RCM retiróse a New Haven y se reincorporó a la iglesia Center, que por entonces, desde que los congregacionalistas y presbiterianos habían determinado su unión ad hoc a la obra de la misión Occidental, se había hecho abiertamente congregacionalista.

De acuerdo con los archivos de la Primera Iglesia Presbiteriana, de Nueva York, con la cual se unió eventualmente la iglesia de la calle Mercer, la hija de SFBM, Susana, se incorporó luego a la iglesia, en una profesión de fe, llevada a cabo el 7 de marzo de 1839; pero SFBM no se menciona entre los miembros.

¹⁵ SFBM: Inminent Dangers, p. 11.

¹⁶ American Protestant Vindicator, marzo 18 de 1835.

- 17 Billington, op. cit., pp. 60 y 78.
- 18 Allan Nevins (compilador): *The Diary of Philip Hone* (Nueva York, 1927), p. 205.
- 19 *Morning Courier and Enquirer*, de Nueva York, abril 11 de 1836.
- 20 *Ibid.*, abril 9 de 1836.
- 21 Theodore F. Jones: *New York University, 1832-1932* (Nueva York, 1933), p. 43.
- 22 *Morning Courier and Enquirer*, de Nueva York, abril 14 de 1836.
- 23 *Observer*, de Nueva York, abril 23 de 1836.
- 24 SFBM (compilador): *The Proscribed German Student*, p. 11.
- 25 Actualmente en LC.
- 26 SFBM (compilador): *The Proscribed German Student*, p. 19.
- 27 *Correspondence of James Fenimore Cooper* (New Haven, 1922), p. 365.
- 28 *Downfall of Babylon*, julio 23 de 1836, citado por Billington, op. cit., pp. 125 y 137; *Journal of Commerce*, de Nueva York, julio 6; *Observer*, de Nueva York, julio 23; *American Protestant Vindicator*, julio 13 de 1836.
- 29 Recortes periodísticos, *Darien Telegraph*, sin fecha, libro de recortes de SFBM, Biblioteca de la Unión Occidental, Nueva York.
- 30 Charles Beck a SFBM, julio 15 de 1836, LC; Charles Follen a SFBM, julio 30 de 1836, LC.
- 31 *Advocate*, de Brooklyn, diciembre 30; *New Era*, de Nueva York, diciembre 22 y 24 de 1836, y otros recortes, libro de recortes de SFBM, Biblioteca de la Unión Occidental de Nueva York.
- 32 *Morning Courier and Enquirer*, de Nueva York, abril 12; *Express* de Nueva York, abril 13; y véase *ibid.*, abril 12 de 1841.
- 33 *Evening Post*, de Nueva York; *American*, de Nueva York, abril 12; *Express*, de Nueva York, abril 13 de 1841.
- 34 *Evening Post*, de Nueva York, abril 14 de 1841.
- 35 *Tribune*, de Nueva York, abril 13 de 1841.
- 36 *Morning Courier and Enquirer*, de Nueva York, abril 13 de 1841.
- 37 *Commercial Advertiser*, de Nueva York, abril 13 de 1841.
- 38 *Scisco*, op. cit., p. 34. Véase *Observer*, de Nueva York, junio 12 de 1841,

citado en Billington, op. cit., pp. 168 y 186.

39 Evening Post, de Nueva York, y Tribune, de Nueva York, octubre 30 de 1841.

40 Scisco, op. cit., p. 35.

41 L. D. Chapin a SFBM, abril 28 de 1844, LC. SFBM puede haber intentado presentar nuevamente su candidatura como nativista tan tarde como en 1845. Una petición en su nombre, con propósito desconocido, fue puesta en circulación por L. D. Gale, Mr. Dudley, de la firma Dudley e Hinman, y Chapin, líder nativista de quien desconfiaba SFBM; el alcalde nativista Harper la apoyó. L. D. Gale a SFBM, enero 24 de 1845, LC.

42 Borrador de la conferencia, fechado octubre de 1840, LC.

43 R. S. Cook a SFBM, febrero 14 de 1849, LC; SFBM a SEM, octubre 29 de 1846, LC.

44 Herman Norton a SFBM, julio 19 de 1848, LC.

Capítulo 16. Pintando arcos para telegrafía

1 SFBM a Absalam Peters, abril 6 de 1838, borrador, LC; cf. Theodore F. Jones: New York University, 1832-1932 (Nueva York, 1933), p. 394.

2 New-York Mirror, marzo 25 de 1837.

3 Declaración de Robert Dodge, 1851, LC.

4 Relato de Rankin, de la entrevista, Prime, pp. 304-7.

5 Prime, pp. 308-9 y 311.

6 SFBM a Mrs. F. E. H. (Cooper) Haines, abril 24 de 1864, libro de cartas, LC.

7 O'Rielly contra Morse, Washington (¿1851?), 142-6.

8 Prime, pp. 292-4.

9 Ibid., p. 293.

10 SFBM a Absalam Peters, abril 6 de 1838, borrador, LC.

11 Testimonio de SFBM, French contra Rogers (Compilaciones Evangélicas), Filadelfia, 1851, 169.

12 Extracto de un discurso de L. P. Clover, un ex estudiante de la Academia Nacional, archivado en octubre de 1856, LC; Prime, p. 310.

13 Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes, 24 Congreso, sesión, 1108 y 1112.

- ¹⁴ Jared B. Flagg: *The Life and Letters of Washington Allston* (Nueva York, 1892), pp. 228 y 238; *New-York Mirror*, julio 16 de 1836; SFBM a Washington Allston, marzo 21 de 1837, borrador, LC.
- ¹⁵ Para el informe de la Comisión, véase Cámara de Representantes, informe 294, 24 Congreso, sesión 2.
- ¹⁶ *National Intelligencer*, de Washington, febrero 19 de 1846; *Petition of A. B. Durand and Others*, Senado, documento N° 380, 29 Congreso, sesión 1.
- ¹⁷ Véase nota N° 19 y *New-York Mirror*, marzo 4 de 1837, octubre 16 de 1841; *Evening Star*, de Nueva York, mayo 3 de 1837.
- ¹⁸ SFBM a RCM, febrero 24 de 1848, COLG.
- ¹⁹ Prime, p. 290. No he hallado prueba alguna que apoye esa historia, ni en la correspondencia de SFBM ni en los documentos del Congreso. Sin embargo, la narra James Wynne en el *Harper's Magazine*, XXIV, 224-5 (1862), en un artículo que SFBM dice era exacto.
- ²⁰ Cartas, II, 33.
- ²¹ Prime, p. 290.
- ²² SFBM a Thomas Cole, marzo 20 de 1837, Biblioteca del Estado de Nueva York, Albany.
- ²³ Prime, p. 291, citando a Cummings.
- ²⁴ Declaración de la «Asociación» a SFBM, sin fecha, archivada en 1841, LC. Una constancia de la reunión en casa de Cummings, marzo 17 de 1837, en la que la «Asociación» fue organizada, se encuentra en NYHS.
- ²⁵ SFBM al *New-York Mirror*, sin fecha, borrador, archivado en 1841, LC.
- ²⁶ SFBM a J. F. Cooper, noviembre 20 de 1849, copia, LC. Hasta un año antes de su fallecimiento, SFBM le dijo a una persona que lo entrevistó: «Esa oposición de Mr. Adams fue lo que me arruinó como artista». *The Golden Age*, abril 15 de 1871.
- ²⁷ SFBM a T. S. Cummings, marzo 15 de 1838, borrador, LC.

Capítulo 17. Los socios Gale, Vail y «Fog» Smith

Sobre la contribución de Henry a la telegrafía: El trabajo más útil es de William B. Taylor: «Henry and the Telegraph», en el *Annual Report*, de 1878, pp. 262-360, de

la Institución Smithoniana; SFBM: The Electro-Magnetic Telegraph. A Defense against the Injurious Deductions Drawn from the Deposition of Prof. Joseph Henry (¿París, 1867?), reeditado de Telegraph Companion, de Shaffner, enero de 1855; Miscellaneous Coll, de la Institución Smithsonian, II, artículo 2 (1862).

Sobre la contribución de Jackson a la telegrafía: Amos Kendall: Morse's Patent. Full Exposure of Dr. Chas. T. Jackson's Pretensions (Washington, 1852).

Sobre la contribución de Vail a la telegrafía: Alfred Vail; Telegraph; J. C. Vail; Frank L. Pope: «The American Inventors of the Telegraph», en el Century, XXXV, 924-44 (1888); Frank L. Pope: «The Genesis of the American Electric Telegraph», en el Electrical Engineer, XIX, 444-6 (1895) ; Edward L. Morse: «The Dot-and-Dash Alphabet», en el Century, LXXXVIII, 695-706 (1912) ; los manuscritos de Vail en que relata su relación con la telegrafía, 1848, volumen de «Miscellaneous Telegraph papers», SM.

Un resumen útil de todas las contribuciones a la telegrafía lo constituye una serie de artículos por Frank L. Pope, Edward L. Morse, Mary A. Henry, Stephen Vail, J. J. Fahie y otros, publicados en el Electrical World, XXVI, 71-686, passim (1895).

- ¹ Observer, de Nueva York, abril 15 de 1837. SEM declaró que él mencionó veinticuatro hilos porque así era más simple explicar el telégrafo y debido a que creía mejor usar ese número de hilos. Smith contra Downing (Testimonio), Nueva York, 1850, 149; lo mismo en French contra Rogers (Compilación de Testimonios), Filadelfia, 1851, 23.
- ² Smith contra Downing (Testimonio), Nueva York, 1850, 51. SFBM parece no haber hecho un acuerdo formal con Gale hasta marzo de 1838. Véase Alfred Vail a George Vail, enero 22 de 1838, en J. C. Vail, p. 14.
- ³ Smith contra Downing (Testimonio), Nueva York, 1850, 123; en forma similar, en French contra Rogers (Compilación de Testimonios), Filadelfia, 1851, 433.
- ⁴ Smith contra Downing (Testimonio), Nueva York, 1850, 123.
- ⁵ El relevador no fue mencionado en la primera descripción documentaria de SFBM sobre su invento: su inscripción previa en la oficina de patentes, en setiembre de 1837, contrariamente a la afirmación hecha en el artículo, excelente en general, sobre SFBM, en el Dictionary of American Biography

(véase nota N° 11). La primera prueba directa de que SFBM contemplaba el uso de un relevador, se encuentra en su referencia a él, en la revisión de los detalles de su invento, archivada en la oficina de patentes, en abril 7 de 1838 (véase nota N° 53). Hacia esa época, según Joseph Henry, él y SFBM se habían encontrado. Por otro lado, hay pruebas que demuestran que SFBM no conocía su importancia y aun entonces no estaba seguro de la necesidad de emplearlo. Más tarde, Henry dijo que no había oído hablar del relevador, como parte del sistema de Morse, hasta 1839 (Smith contra Downing (Testimonio), Nueva York, 1850, 90); el testimonio de Henry se debilita por el hecho de que estuvo apartado de SFBM, y él mismo pretendía haber realizado un invento independiente del relevador. En el verano de 1838, después de que SFBM consultó al subfiscal de Gran Bretaña, éste le informó a Edwards Davy, otra persona a quien se le había concedido el descubrimiento independiente del principio del relevador, que SFBM no tenía idea en absoluto de dicho instrumento (J. J. Fashie: A History of Electric Telegraph, to the Year 1837 (Londres y Nueva York, 1884), p. 359); sin embargo, lo que dijo el subfiscal debe ser descartado, porque era enemigo de SFBM. Más perjudicial es, para la pretensión de crédito de SFBM por el invento, el hecho de que una comisión del Instituto Franklin, al examinar su invento, a comienzos de 1838, no informó sobre el relevador, sino que sólo anticipó que no habría «dificultad seria» en enviar mensajes a distancia (Alfred Vail: Telegraph, pp. 79-80) ; que cuando más tarde se confrontó una descripción de SFBM de su invento, escrita en el otoño de 1838, en ella explicaba que no incluía el relevador, «cuya utilidad era entonces desconocidas (Smith contra Downing (Testimonio), Nueva York, 1850, 52); que en un cálculo sometido por él a un constructor del telégrafo, en 1839, el costo del relevador era sólo incluido de manera provisoria: «Los relevadores —escribió— (quizá cuatro o acaso ninguno), instrumentos para multiplicar el impulso fuerte (si es necesario) del fluido galvánico, X. 2.0.0 cada unos (SFBM al barón Meyendorf, febrero 20 de 1839, borrador, LC).

⁶ Smith contra Downing (Testimonio), Nueva York, 1850, 94 A.

⁷ SFBM a William Pell, C. T. Jackson y otros, en ibid. 70. El Journal of

Commerce, de Nueva York, del 28 de agosto de 1837, menciona los proyectos del telégrafo de Barlow, Wheatstone, Alexander y el telégrafo de cinco agujas de un «caballero eminente», de Londres.

⁸ SFBM a Catherine Pattison, agosto 27 de 1937, «copia», en poder de SFBM, LC.

⁹ La demostración se describe en un artículo en el Journal, de Silliman, XXXIII, 185-7 (1838) (sic), reproducido por el Journal of the Franklin Institute, no especificado, XX, 323-5 (1837) (sic). Para el comentario de SFBM, véase su carta a los directores en el Journal of Commerce, de Nueva York, septiembre 7 de 1837, reproducida en Alfred Vail: Telegraph, pp. 74-6. Para el comentario de Vail, consúltase el relato manuscrito de Vail, op. cit.

¹⁰ Uno de los ejemplares originales del acuerdo se conserva en LC. El texto está publicado en el Electrical World, XXVI, 471 (1895).

¹¹ El pedido previo de permiso de patente está transcripto en Prime, pp. 320-4 y en O'Rielly contra Morse (¿Washington, 1851?), 48-52. La oficina de patentes informa ahora que el original ha sido destruido.

¹² Fragmento sin fecha, LC.

¹³ Letter from the Secretary of the Treasury upon... Telegraphs, Cámara de Representantes, documento N° 15, 25 Congreso, sesión 2.

¹⁴ Kendall: Morse's Patent, op. cit., p. 48.

¹⁵ Ibid., pp. 49-51.

¹⁶ Ibid., p. 15.

¹⁷ Ibid., pp. 19-25; Smith contra Downing (Testimonio), Nueva York, 1850, 70-76.

¹⁸ Prime, p. 324 .

¹⁹ Recuerdos de William Baxter, que a la sazón contaba quince años de edad, en Pope: «The American Inventors», op. cit., pp. 934-5.

²⁰ Jerseyman, de Morristown, enero 17 de 1838. Prime, p. 330, cita erróneamente el informe como del Journal, de Morristown.

²¹ Alfred Vail a George Vail, enero 22 de 1838, en J. C. Vail, p. 14. Para una de las invitaciones dirigidas a Cummings, véase Thomas S. Cummings: Historic Annals of the National Academy of Design (Filadelfia, 1865), p. 152. En

Cummings, la nota aparece fechada el 22 de junio de 1838. En otras obras, como en la de Prime, p. 331, figura el 22 de enero de 1838. Debido a que SFBM no se encontraba en los Estados Unidos en junio; a que en enero se estaba preparando para ir a Washington, como lo indica la nota, y a que las palabras «June» y «Jan» se parecen en el manuscrito, acepto la versión de Prime como probablemente correcta, pese al hecho de que la fuente más antigua es la propia obra de Cummings.

²² Cartas, II, 77-8.

²³ Pope, en *Electrical World*, op. cit., p. 155.

²⁴ SFBM a F. O. J. Smith, abril 13 de 1838, e J. C. Vail, pp. 16-17.

²⁵ Información proporcionada por C. P. Lenart, director del departamento personal del ayudante del comandante en jefe de Albany.

²⁶ *Journal of Commerce*, de Nueva York, enero 29 de 1838.

²⁷ Edward L. Morse: «The Dot-and-Dash Alphabet», op. cit., p. 700. En 1848 el administrador de patentes certificó que los diseños adjuntos al pedido de inscripción previa de su invento presentado por SFBM en la oficina de patentes se había traspapelado. Su declaración di() lugar a que se pretendiera que el alfabeto Morse aparecía en los diseños. Estos, hechos por SFBM, que tenían el propósito de representar al alfabeto en el pedido de inscripción previa y reproducido al dorso de la página sesenta y seis, en Cartas, II, no pueden ser aceptados de primera intención, pues carecen de fecha, fueron ciertamente hechos tan tarde como 1844, y pudieron haber sido realizados mucho después, cuando no era dado esperarse que SFBM recordara con precisión.

Los partidarios de Vail admiten que el diseño del alfabeto fue una vez hallado en el mismo sobre del pedido de inscripción previa, en la oficina de patentes, pero insisten en que fue originariamente adjuntado a documentos posteriores, y la declaración del administrador de patentes hace posible su afirmación. Edward L. Morse, en Cartas, II, 66, apoya su aserción en el sentido de que el dibujo del alfabeto fue adjuntado al pedido de inscripción previa en los términos de esa solicitud. Pero yo creo que una lectura correcta del pedido de inscripción previa llevaría a la creencia de que sólo doce tipos diferentes se

emplearon para hacer las marcas, todos puntos, todas rayas o todos pinchazos, y que estas doce marcas diferentes representaban los números, los que, a su vez, representaban a las palabras o las letras del alfabeto, excepto solamente cuando estas doce diferentes marcas estaban destinadas a representar a los números, en cuyo caso los precedía un signo especial. Ninguna medida se tomaba para adoptar un signo especial que precediera a las marcas cuando estos mismos tipos tenían que representar a las letras del alfabeto.

28 Edward L. Morse: *The Dot-and-Dash Alphabets*, op. cit., pp. 700-4.

29 Alfred Vail a S. Vail e hijo, febrero 7 de 1838, en J. C. Vail, p. 15.

30 Alfred Vail: *Telegraph*, p. 30.

31 J. C. Vail, pp. 35-6.

32 Véase nota N° 19 y *Electrical World*, editorial, op. cit., 686.

33 *Evening News*, de Newark, noviembre 25 de 1913.

34 J. C. Vail, p. 10. Véase también las declaraciones de Alfred Vail, *Electrical World*, op. cit., p. 181.

35 J. C. Vail, p. 25. Véase también *Electrical World*, op. cit., 183.

36 J. C. Vail, p. 25.

37 Alfred Vail a George Vail, enero 23 de 1838, en J. C. Vail, p. 14.

38 Alfred Vail: *Telegraph*, pp. 79-80.

39 A. B. Durand a Thomas Clark, febrero 7 de 1838, documentos de Durand, NYPL.

40 Alfred Vail a Stephen Vail, febrero 17 de 1838, en Pope: «*The American Inventors*», op. cit., pp. 935-6.

41 Cámara de Representantes, informe N° 753, 25, Congreso, sesión 2.

42 Civis (seudónimo de F. O. J. Smith): *A Dissertation on the Nature and Effects of Lottery Systems* (Portland, 1827), p. 35; *Cartas*, II, 131.

43 John Chandler a Martín Van Buren, setiembre 14 de 1835, documentos de Van Buren, LC.

44 B. B. French a Henry French, junio 16 de 1843, documentos de French, LC.

45 *Globe*, de Washington, febrero 10 de 1838.

46 No es fácil conseguir informaciones sobre la carrera de Smith fuera del

terreno del telégrafo. Las síntesis biográficas que de él aparecen en la Appleton's Cyclopaedia of American Biography, en el Biographical Dictionary of the American Congress y en el Sprague's Journal of Maine History, XI, 151-2, son inexactas. Esta síntesis biográfica se basa en los documentos de Smith, MHS; en recortes periodísticos, archivados en MHS; en los documentos de French, LC; H. W. Greene: Letters Addressed to Francis O. J. Smith (¿Portland?), 1839; Levi Bartlett: Genealogical and Biographical Sketches of the Bartlett Family (Lawrence, Massachusetts, 1876), pp. 44 y 57; Louis C. Hatch: Maine: A History, I (Nueva York, 1919), passim.

47 French contra Rogers (Compilación de Testimonios), Filadelfia, 1851, 170.

48 Reid, p. 352

49 Congressional Globe, 6, 25 Congreso; sesión 2, 285; el texto del informe se encuentra en In Cámara de Representantes, informe N° 753, 25 Congreso, sesión 2. SFBM parece haber sabido ya que Smith se haría socio cuando le escribió a Vail, el 15 de marzo de 1838, en Prime, p. 345.

50 Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes, 25 Congreso, sesión 2, 751, 808.

51 F. O. J. Smith a Alfredo Vail, enero 20, 1839. SM.

52 Una copia original del acuerdo se encuentra en LC. Texas fue especialmente exceptuada por sus términos; SFBM pronto ofreció los derechos del telégrafo gratuitamente a la nueva república, pero en 1860, cuando todavía no había sido aceptado el ofrecimiento, lo retiró. Telegraph and Telephone Age, febrero 16 de 1914, p. 103.

53 Las especificaciones de abril 7 de 1838 han sido publicadas completas en Telegraph Age, XXIV, 623-8 (1906) y en French contra Rogers (Compilación de Testimonios), Filadelfia, 1851, 148-58. Smith ayudó en la preparación del documento.

54 Declaración de SFBM, en ibid., 170.

55 La fraseología y la puntuación aquí empleadas siguen el borrador que se encuentra en LC. Una de las versiones impresas se halla, asimismo, en LC.

Capítulo 18. Burocracia en el extranjero

- 1 Cartas, II, 100.
- 2 J. J. Fahie: A History of Electric Telegraph, to the Year 1837 (Londres y Nueva York, 1884), pp. 431-2.
- 3 El artículo describe los resultados pero no el mecanismo del telégrafo de SFBM. Fue copiado del Journal, de Silliman, y del Journal of the Franklin Institute. Véase el capítulo XVII, nota N° 9.
- 4 SFBM a RCM, julio 5 de 1838, COLG.
- 5 Cartas, II, 102; Prime, p. 358.
- 6 En LC. Publicado en Prime, pp. 349-52.
- 7 SFBM: Lord Campbell and Professor Morse (Poughkeepsie (¿1848?), página 6.
- 8 SFBM a Edward Salisbury, agosto 27 de 1838, LC.
- 9 Para datos sobre la exposición de la academia, véase Prime, pp. 364-9; Observer, de Nueva York, noviembre 10 de 1838 y enero 5 de 1839; Courier Français, de París, setiembre 13 de 1838, libro de recortes de LC; French contra Rogers (Compilación de Testimonios), Filadelfia, 1851, 208-10.
- 10 SFBM a F. O. J. Smith, octubre 9 de 1838, MHS.
- 11 El pedido para esta patente aparece publicado en Electrical World, XXVI, 320 (1895).
- 12 SFBM a F. O. J. Smith, enero 21 de 1839, MHS.
- 13 SFBM a F. O. J. Smith, marzo 2 de 1839, MES.
- 14 SFBM a F. O. J. Smith, febrero 13 de 1839, MES.
- 15 Prime, pp. 383-7; SFBM al barón Meyendorf, borrador, febrero 20 de 1839, LC; tentativa de acuerdo fechada el 19 de marzo de 1839, LC. Para sus términos corregidos, véase Prime, pp. 394-5.
- 16 Cartas, II, 116.
- 17 Ibid., pp. 115-6.
- 18 Ibid., p. 110.
- 19 SFBM a F. O. J. Smith, julio 29 de 1839, MHS; Commercial Advertiser, de Nueva York, julio 25 de 1839; Observer, de Nueva York, agosto 10 de 1839.
- 20 El motivo del rechazo del zar, dice SFBM en una carta a C. G. Ferris, del 6 de diciembre de 1842, conservada en la Cámara de Representantes, informe N° 17, 27 Congreso, sesión 2, no fue explicado de manera satisfactoria. Para la

causa posible que aquí damos, véase Annales Télégraphiques, IV, 671 (1861).

Capítulo 19. Daguerrotipista

Sobre SFBM como daguerrotipista: Robert Taft: *Photography and the American Scene* (Nueva York, 1938); Marcos A. Root: *The Camera and the Pencil* (Filadelfia, 1864). Sobre Gouraud: *Description of the Daguerrotype Process, or A Summary of M. Gouraud's Public Lectures, According to the Principles of M. Daguerre* (Boston, 1840); Francis Fauvel-Gouraud (es decir, François Gouraud): *PhrenoMnemotechny; or, the Art of Memory* (Nueva York y Londres, 1845) ; Francis Fauvel-Gouraud: *Practical Cosmophonography; a System of... Phonetic Alphabet* (Nueva York, 1850); S. H. Branch: *A Brief History of Francis Fauvel Gouraud, Who Is About to Bamboozle the (¿Verdant?) Bostonians with an Exploded System of Artificial Memory* (Boston, 1845); *Philadelphia Photographer*, VIII,. 316 (1871) ; *Mc Clure's Magazine*, VIII, 8-10 (1896) ; Julius (?) Rockwell, es- quema manuscrito de Gouraud, NYPL. Gouraud murió cerca de 1848. Daguerrotipos de SFBM, en existencia: Facsímile muy pobre de lo que se dice fue el primer daguerrotipo de una cara efectuado en los Estados Unidos, y por SFBM, se halla en el *Scribner's Monthly*, V, 584 (1873). SFBM entregó el original y algunos de sus primeros daguerrotipos, al Colegio Vassar; sus autoridades se niegan ahora a restaurarlos, por temor a que se dañen. La afirmación del donante a NYHS de dos daguerrotipos idénticos, en el sentido de que son los primeros de SFBM, la contradice el hecho de que el sistema de reproducir daguerrotipos no se empleó hasta 1839 y de que uno de ellos es de su segunda esposa, con quien no se casó hasta 1848. El daguerrotipo de Jacob Gebhard, que Harry B. Wehle anota en *Samuel F. B. Morse* (Nueva York,. 1932), p. 48, como tomado por SFBM, se encuentra hoy en poder de Mrs. Russell Colgate.

¹ El 24 de noviembre de 1821, LPW escribió desde New Haven a SFBM, que se hallaba en Washington, diciéndole que le enviaría «la Cámara oscura», LC.

² El 6 de julio de 1839, el *Observer*, de Nueva York, citó al *Journal of Commerce*, de Nueva York, como diciendo que algunos de los artistas y de los entendidos estaban realizando experimentos para descubrir el sistema de Daguerre. El 21 de setiembre de 1839, el *Observer* anotó que el secreto ya estaba en posesión «de un caballero de grandes conocimientos químicos, de

la ciudad».. Cf. Taft, op. cit., nota N° 13.

³ «En cientos de periódicos», le dijo SFBM a Daguerre, Cartas, II, 142. Por ejemplo, en Boston solamente, fue publicado en el Daily Advertiser del 22 y el Courier del 27 de abril de 1839.

⁴ Prime, p. 405. Cf. nota N° 11.

⁵ Prime, pp. 406-7.

⁶ En su primera edición, la carta está fechada 18 de setiembre. Pruebas obvias justifican el cambio por 28 de setiembre.

⁷ SFBM a Edward L. Wilson, noviembre 18 de 1871, en Philadelphia Photographer, IX, 3-4 (1872). Una indirecta en cuanto al fabricante de los primeros instrumentos de SFBM aparece en el Observer, de su hermano (de Nueva York), que seguía con interés la aparición del daguerrotipo, desde que SFBM escribió por vez primera sobre dicho invento, desde París, y fue uno de los primeros diarios que publicaron una relación completa del procedimiento de Daguerre (noviembre 2 de 1839; cf. Taft, op. cit., nota N° 53). El 19 de octubre de 1839 anunció que G. W. Prosch estaba fabricando aparatos para daguerrotipos. El 4 de noviembre, SFBM le escribió a Alfred Vail diciéndole que aquél construía aparatos perfectos para daguerrotipos, por cuarenta dólares. SM. Ese mismo año, Prosch fabricaba instrumentos para telégrafo, para SFBM.

⁸ Dollar Newspaper, de Filadelfia, del 25 de julio de 1855. Estas reminiscencias de SFBM fueron vueltas a publicar en el Photographic Art Journal, de setiembre de 1855 y desde entonces se divulgaron frecuentemente.

⁹ El discurso fue publicado, en parte, en Root, op. cit., pp. 390-2.

¹⁰ Cartas, II, 160.

¹¹ SFBM al senador T. H. Benton, febrero 5 de 1855, LC.

¹² Mathew B. Brady a SFBM, febrero 15 de 1855, LC.

¹³ Taft, op. cit., p. 28.

¹⁴ Prime, pp. 407-8. Robert Taft escribió en el manuscrito de ese capítulo lo siguiente: «Me parece que si Morse hubiera hecho un retrato satisfactorio en cualquier grado, habría mencionado en esa carta el hecho extraordinario.

¹⁵ El libro de notas se encuentra en LC, archivado en una caja con una etiqueta

que dice: «Impresos diversos». Se ha omitido anotarla directamente en noviembre de 1839, debido al aparente inconveniente en la fecha.

¹⁶ Cartas idénticas, fechadas 29 de noviembre de 1839; François Gouraud a A. B. Durand, documentos de Durand, NYPL, y a Thomas S. Cummings, en su *Historic Annals of the National Academy of Design* (Filadelfia, 1865), p. 158 (con un inexplicable error en la firma).

¹⁷ *Description of the Daguerreotype Process*, op. cit. 14-16.

¹⁸ Georges Potonniée: *Histoire de la découverte de la photographie* (París, 1925), p. 230; Taft, op. cit., nota N° 30 (en la que se lee «Susse» en lugar de «Lusse»).

¹⁹ *Evening Star*, de Nueva York, febrero 21 de 1840.

²⁰ *Ibid.*, febrero 24 de 1840.

²¹ *Ibid.*, marzo 3 de 1840.

²² *Observer*, de Nueva York, noviembre 30 de 1839.

²³ *Ibid.*, diciembre 14 de 1839. Cito el anuncio de Giroux y Co. en el *Journal del Débats*, de noviembre 10 de 1839.

²⁴ Taft, op. cit., p. 43.

²⁵ *Commercial Advertiser*, de Nueva York; *Evening Signal*, de Nueva York, junio 24 de 1840; *Daily Advertiser*, de Boston, junio 26 de 1840.

²⁶ *Ibid.*, julio 2 de 1840, citando al *Evening Signal*, de Nueva York, probablemente de junio 26 de 1840.

²⁷ *Daily Advertiser*, de Boston, julio 2, 11 de 1840.

²⁸ Abel Rendu a SFBM, julio 22 de 1840, LC.

²⁹ SFBM a Nathan Hale (octubre de 1840?), LC.

³⁰ SFBM a SEM, junio 26 de 1841, NYHS.

³¹ Taft, op. cit., p. 23.

³² *Personal Reminiscences of the late Mrs. Sarah Breese Walker* (¿Utica?, 1884), p. 49. Ella indica la fecha como 1844, pero es dudoso que Morse haya tenido estudio en esa época

³³ *Niles' Register*, abril 17 de 1841.

³⁴ En julio de 1842, SFBM escribió que había consagrado todo su tiempo durante casi un año al telégrafo. Prime, p. 436.

- 35 Taft, op. cit., pp. 87-92. Solamente en 1852 hay más de una docena de cartas entre Hill y SFBM, en LC.

Capítulo 20. Sanción del congreso

- 1 New-York Mirror, octubre 16 de 1841.
- 2 SFBM al New-York Mirror (ca octubre de 1841), borrador, LC.
- 3 Circular fechada 30 de noviembre de 1841, LC.
- 4 R. V. DeWitt a SFBM, diciembre 13 de 1841, LC.
- 5 Declaración de Strother, Cartas, II, 162-3.
- 6 Ibid., pp. 163-4.
- 7 W. F. Cooke a SFBM, enero 17 de 1840, LC.
- 8 F. O. J. Smith a SFBM, diciembre 6 de 1841, LC.
- 9 SFBM a F. O. J. Smith, setiembre 19 de 1842, MHS.
- 10 Cartas, II, 140-1.
- 11 Cámara de Representantes, informe N° 17, 27 Congreso, sesión 3.
- 12 Prime, p. 434.
- 13 Cartas, II, 154.
- 14 Edward B. Bright y Charles Bright: The Life Story of the Late Sir Charles Tilston Bright, I (Westminster, Gran Bretaña, 0899?), pp. 93-4. SFBM creía que la suya era probablemente la primera línea telegráfica sub-*jt'* marinar. SFBM a Michael Faraday, setiembre 30 de 1854, borrador, LC. A menudo se había atribuido la concepción de la telegrafía submarina a John W. Brett, pero éste le escribió a SFBM —octubre 13 de 1856, LC—, declarándole que su concepción databa de 1845, siendo posterior a la de Wheatstone.
- 15 El relato en Prime, pp. 441-3, está confirmado sustancialmente por SFBM, en el documento N° 24, 28 Congreso, sesión 2, de la Cámara de Representantes.
- 16 Prime, p. 441.
- 17 National Intelligencer, de Washington, citado en el Observer, de Nueva York, del 24 de diciembre de 1842.
- 18 Recorte periodístico, correspondencia del Times, fechada en Washington el 27 de diciembre de 1842, LC.
- 19 Según el manuscrito de Robert L. Caruthers, Tennessee Historical Society, de

Nashville, citado en *Telegraph and Telephone Age*, octubre 19 de 1915, p. 454. La sociedad informa que el manuscrito no se encuentra ahora.

20 Seymour Dunbar: *A. History of Travel in America* (Indianápolis, 1915), p, 1048.

21 Prime, pp. 459-60; la manera en que el proyecto se convirtió en ley (27 Congreso, sesión 3, publicación N° 33) está publicada en el *National Intelligencer*, de Washington, marzo 13 (le 1843.

22 *Letters of Horatio Greenough to His Brother, Henry Greenough* (Boston, 1887), pp. 144-5.

23 Cartas, II, 190.

25 En 1842, F. O. J. Smith pasó a ser el primer director del *Eastern Farmer*, de Portland, un periódico quincenal, no político. En su primer número, del 6 de enero, se cita a Joel R. Poinsett, ponderando el telégrafo de SFBM. El *Eastern Farmer* se fusionó con el *Maie Farmer*, de Winthrop y Portland, desde el número del 11 de marzo de 1843, y Smith entró como uno de sus dos directores.

25 SFBM a F. O. J. Smith, enero 13 de 1843, MHS.

26 Citado en SFBM a Alfred Vail, febrero 23 de 1843, SM.

27 SFBM a SEM, enero 16 de 1843, LC.

28 SFBM a J. S. Cogdell, enero 19 de 1843, LC.

29 Nathan Sargent: *Public Men and Events*, II (Filadelfia, 1875), 194.

30 *Congressional Globe*, 12, 27 Congreso, sesión 3, 323; *National Intelligencer*, de Washington, febrero 22 de 1843.

31 A. B. Durand a Theodore Allen, febrero 23 de 1843, documentos de Durand, NYPL.

32 *National Intelligencer*, de Washington, febrero 24 do 1843; *Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes*, 27 Congreso, sesión 3, 443-4; Lew Wallace: *An Autobiography*, I (Nueva York y Londres, 1906), p. 6.

33 Cartas, II, 196-7.

34 SFBM al obispo W. B. Stevens, noviembre de 1866, Primo, pp. 494-6; Cartas, II, 198-200; Reid, pp. 101-2.

35 *Letters of Horatio Greenough to His Brother, Henry Greenough* (Boston,

1887), p. 146.

³⁶ SFBM a SEM (, mayo 24?), 1844, LLM. Véase el capítulo XXI, nota N° 33.

³⁷ Congressional Globe, 12, 27 Congreso, sesión 3, 387; de manera similar, obsérvese que el Senado transmitió la noticia de la aprobación del proyecto a la Cámara en las primeras horas de ese día, Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes, 27 Congreso, sesión 3, 539.

³⁸ Ibid., p. 565.

³⁹ SFBM a Alfred, marzo 3 de 1843, SM.

⁴⁰ Anotada en el 11 de marzo de 1843, en una reseña sobre SFBM, LC.

Capítulo 21. «¡Lo que ha creado Dios!»

¹ SFBM: The Electro-Magnetic Telegraph. A Defense (¿París, 1867?), p. 19; SFBM a C. G. Ferris, diciembre 6 de 1842, en la Cámara de Representantes, informe N° 17, 27 Congreso, sesión 3.

² Prime, p. 474.

³ J. C. Fisher a SFBM, febrero (¿equivocado, en lugar de marzo?) 16 de 1843, LC; L. D. Gale a SFBM (marzo 21 de 1843), LC; Alfred Vail a SFBM, marzo 21 de 1843, LC.

⁴ Borrador de un aviso del 24 de marzo de 1843, LC; Evening Journal, de Boston, abril 3 de 1843.

⁵ Louis McLane a SFBM, abril 7 de 1843, LC. Cf. Edward Hungerford: The Story of the Baltimore & Ohio Railroad (Nueva York y Londres, 1928), pp. 281-2.

⁶ SFBM a F. O. J. Smith, mayo 22, MHS.

⁷ J. C. Spencer a SFBM, junio 7 de 1843, LC.

⁸ Eastern Farmer, julio 21 de 1842; Maine Farmer, octubre 22 de 1842, noviembre 11 de 1843.

⁹ Recuerdo de Ezra Cornell, en (A. B. Cornell): Biography of Ezra Cornell (Nueva York, 1884), pp. 70-7. Sólo el bosquejo general de los recuerdos de Cornell aparecen confirmados por otras circunstancias conocidas.

Es casi seguro que SFBM no se encontraba en Maine el 19 de agosto de 1843. Desde Nueva York escribió SFBM a F. O. J. Smith, con fecha 23 de agosto: «Esta mañana he recibido la suya del 19, en la que me da la agra dable

noticia del éxito del colocador de Caños». MHS. De acuerdo con el Express and Advertiser, de Portland, del 15 de mayo de 1923, en 1923 había una placa en uno de los grandes árboles del bosque de Baxter (ubicado entre las avenidas Stevens y Forest, antes en Westbrook, ahora en Portland, era parte del Forest Home, de Smith) conmemorativa de los experimentos de SFBM en telegrafía, realizados en ese sitio. No me ha sido posible localizar dicha placa; tampoco la recuerdan las personas que han vivido durante muchos años en las cercanías de ese lugar, ni el propietario de los bosques.

Es posible que Cornell no haya diseñado o hecho el arado que se empleó en la línea Baltimore-Washington. Edward Hungerford, en su *Story of the Baltimore & Ohio Railroad* (Nueva York y Londres, 1928), p. 282, dice que fue diseñado y construido en la casa Mount Clare, de Baltimore y Ohio, en Baltimore. James Parton cuenta la historia de que Cornell descubrió a Smith en el piso de su oficina, sugiriendo la idea del arado, y, eventualmente —tal como se narra en la presente obra—, la destruyó deliberadamente. En un momento en que Cornell y Smith mantenían una disputa ante la justicia, éste leyó la historia de Parton y la tildó de «pura ficción». Recortes periodísticos, carta de Smith al director de la Press, abril 2 de 1872, libro de recortes de Smith, MHS.

¹⁰ SFBM a J. C. Spencer, agosto 10 de 1843, borrador, LC. Para otro informe sobre el experimento, véase el Journal, de Silliman, XLV, 390-4 (1843) y el National Intelligencer, de Washington, del 18 de octubre de 1843.

¹¹ Contrato de los hermanos Tatham, fechado 30 de octubre de 1843, copia, LC; memorándum de F. O. J. Smith, del 25 de noviembre de 1843, copia, LC.

¹² Cartas, II, 212-13.

¹³ Ezra Cornell a S. I. Prime, abril 28 de 1873, LC.

¹⁴ J. C. Fisher a SFBM, diciembre 9 de 1843, LC.

¹⁵ (A. B. Cornell): *Biography of Ezra Cornell* (Nueva York, 1884), pp. 79-80.

¹⁶ SFBM a J. C. Fisher, diciembre 29 de 1843, borrador, LC.

¹⁷ SFBM a L. C. Bartlett, por F. O. J. Smith, diciembre 18 de 1843, MHS.

¹⁸ L. S. Bartlett a SFBM, diciembre 18 de 1843, borrador, MHS. Parte de la carta parece estar escrita por F. O. J. Smith.

¹⁹ SFBM a F. O. J. Smith, diciembre 21 de 1843, MHS.

- 20 F. O. J. Smith a SFBM, diciembre 21 de 1843, borrador, MHS..
- 21 Cartas, II, 212
- 22 Anotada el 11 de enero de 1844 en un diario de Alfred Vail, SM. Hacia el 10 de junio, el sueldo de Vail era de mil quinientos dólares por año y cerca del 20 de marzo de 1845, de mil cuatrocientos. Relato de SFBM, LLM.
- 23 Cartas, II, 233.
- 24 Journal of Commerce, de Nueva York, del 27 de diciembre de 1843.
- 25 J. C. Spencer a SFBM, diciembre 29 de 1843, LC.
- 26 SFBM a F. O. J. Smith, mayo 17 de 1844, borrador, LC.
- 27 Cf. Ezra Cornell a S. I. Prime, abril 28 de 1873, LC, y (A. B. Cornell): Biography of Ezra Cornell (Nueva York, 1884), pp. 87-9.
- 28 National Intelligencer, de Washington, abril 10 de 1844.
- 29 Ibid. abril 19 de 1844.
- 30 J. W. Kirk en el Scribner's Magazine, XI, 654-5 (1892). Para una curiosa versión de este incidente, con las citas cambiadas para realzar el papel de Alfred Vail, véase el relato atribuido a Stephen Vail, hijo de Alfred, en Graded Literature Readers, VI (Nueva York, 1901), 83-7, insertado allí «por permiso de Truth». Aparte de las citas directas, las circunstancias del incidente están confirmadas sustancialmente en Prime, p. 491 (aunque allí se confunden las fechas); Cartas, II, 219; National Intelligencer, de Washington, mayo 8 de 1844; y SFBM a J. B. Aycrigg, mayo 8 de 1844, LC.
- 31 Alfred Vail a un desconocido, en Stephen Vail: «Early Days of the First Telegraph Line», en el New England Magazine, nueva serie, IV, 458 (1891).
- 32 Anotada el 6 de mayo de 1844, en un diario de Alfred Vail, SM.
- 33 SFBM a SEM, LLM. SFBM fechó la carta 24 de mayo de 1844. Sin embargo, en una parte de ella que aquí no se glosa, menciona hechos que fecha el 25 de mayo.
- 34 Anotada el 29 de mayo de 1844 en un diario de Alfred Vail, SM.
- 35 Recuerdo de Ezra Cornell en 1864, en Albert W. Smith: Ezra Cornell (Ithaca, 1934), pp. 42-4.
- 36 Cartas, II, 225.
- 37 American Republican, de Nueva York, junio 13 de 1844, recorte periodístico,

LC.

- 38 Herald, de Nueva York, mayo 30-1 de 1844.
39 Daily Gazette, de Utica, junio 5 de 1844, recorte periodístico, LC.
40 National Intelligencer, de Washington, mayo 29 de 1844.
41 Cartas, II, 223-5.

Capítulo 22. En el fuego de la fama

- 1 Alfred Vail a George Vail, setiembre 19 de 1844, en J. C. Vail, p. 19.
2 Anotación de setiembre 13 de 1844, en el diario de Alfred Vail, SM.
3 Anotación de agosto 17 de 1844, en ibid.
4 George Vail a David Burbank, agosto 26 de 1844, SM.
5 George Vail a Alfred Vail, agosto 17 de 1844, SM.
6 George Vail a Alfred Vail, agosto 22 de 1844, SM.
7 SFBM, Alfred Vail y SFBM, como apoderado de L. D. Gale, a F. O. J. Smith,
junio 5 de 1844, LC.
8 F. O. J. Smith a SFBM, junio 11 de 1844, copia, LC.
9 Maine Farmer, abril 8 de 1843.
10 SFBM a Alfred Vail, junio 11 de 1844, copia, LC.
11 SFBM a F. O. J. Smith, julio 10 de 1844, LC. SFBM dijo en una comunicación
enviada en 1868, en Journal of the Telegraph, enero 19 de 1869, que en esa
época se le ofreció al gobierno toda la patente por cien mil dólares; Prime, p.
510, y Cartas, II, 232, probablemente siguen esa afirmación, sin ofrecer,
ninguna de ambas fuentes, una prueba. Sin embargo, no es posible que SFBM
pudiera haber aceptado cien mil dólares, cuando ofrecía su participación sola
por idéntica suma. En una carta a F. O. J. Smith, del 20 de diciembre de
1844, MHS, SFBM recomendaba vender toda la patente por doscientos
cincuenta mil dólares; en una carta a SEM, del 19 de octubre de 1838, SM,
aconsejaba efectuar la venta por trescientos veintidós mil dólares.
12 SFBM a Zadock Pratt, febrero 13 de 1845, borrador, LC, inserto en Cámara de
Representantes, informe N° 184, 28 Congreso, sesión 2. El Telegrapher del 30
de enero de 1865 llamaba «novedosa» a la proposición de una máquina
similar, inventada por F. J. Grace.

- ¹³ SFBM a L. D. Gale, marzo 11 de 1845, LC.
- ¹⁴ Articles of Association... of the Magnetic Telegraph Company (Nueva York, 1847), p. 23.
- ¹⁵ F. O. J. Smith ofreció esa suma a SFBM en su carta del 5 de julio de 1845, MHS. En contestación, julio 16 de 1845, LC, SFBM reiteraba su deseo de vender por dinero efectivo o pagaré directo, a cien mil dólares, pero siempre que Kendall estuviera de acuerdo. Por alguna razón, la transacción no se realizó.
- ¹⁶ SFBM a F. O. J. Smith, julio 16 de 1845, borrador, LC. Alfred Vail inventó el primer telégrafo impresor, en 1837; pero no trató de colocarlo para su uso porque no lo juzgaba práctico.
- ¹⁷ Cartas, II, 250.
- ¹⁸ SFBM a D. F. Arago, noviembre 19 de 1845, PENN.
- ¹⁹ Prime, p. 537.
- ²⁰ SFBM a SEM, noviembre 19 de 1845, LC.
- ²¹ Cartas, II, 256.
- ²² SFBM a Alfred Vail, enero 17 de 1846, SM.
- ²³ Scientific American, noviembre 20 de 1845.
- ²⁴ SFBM no se refiere a Audubon en las cartas que se conservan. Él y A. S. Doane, tesorero de la compañía, no fueron comisionados para efectuar el cruce del río. Los hilos, en la parte de Nueva York del río, terminaban cerca de lo que hoy es Riverside Drive y la calle Ciento Cincuenta y Cinco, donde se hallaba entonces la casa de Audubon. Doane presentó a la compañía, el 7 de julio de 1846, un documento: «Audabon (sic), para Renta, veinte dólares». En 1923 se dijo que los hombres que entonces vivían recordaban que los hilos del telégrafo habían sido recogidos del piso del lavadero de la casa; en 1931, cuando se iba a demoler la casa, la historia de la asociación de Morse con ella se convirtió en la leyenda de que allí no hizo muchos experimentos en el terreno de la telegrafía. Articles of Association... of the Magnetic Telegraph Company (Nueva York, 1847), p. 37; Reid, pp. 120 y 128; Telegraph and Telephone Age, setiembre 16 de 1923; Herald Tribune, de Nueva York, octubre 2 de 1931.

- ²⁵ Page atestigua que él no atacó a SFBM por el privilegio de usar sus magnetos: French contra Rogers (Compilación de Testimonios), Filadelfia, 1851, 405. SFBM escribió a Alfred Vail el 26 de julio de 1845, SM, sin embargo, diciéndole que acababa de enviar a Page veinte dólares por el derecho de hacer dos de sus magnetos.
- ²⁶ SFBM a Charles Page, abril de 1860, borrador, LC; SFBM a Alfred Vail, enero 3 de 1846, SM.
- ²⁷ SFBM a D. F. Arago (61846?), en Prime, p. 550.
- ²⁸ Por ejemplo, F. O. J. Smith amenazó a Davis & Co., de Boston, por anunciar que iba a fabricar instrumentos de telégrafo, en una carta dirigida aparentemente a los abogados de la compañía, señores Rantoul y Woodbury, del 28 de abril de 1846, BPL.
- ²⁹ Prime, p. 467.
- ³⁰ Prime, p. 471. Cf. Charles Francis Adams: Richard Henry Dana, I (Boston y Nueva York, 1890), 80-1.
- ³¹ SFBM a RCM, febrero 20 de 1846, COLG. En el National Intelligencer, de Washington, del día anterior apareció una larga carta anónima en favor de SFBM
- ³² Cartas, II, 267.
- ³³ National Intelligencer, de Washington, del 31 de enero de 1845; Sun, de Baltimore, del 5 de febrero de 1845; Republican and Daily Argils, de Baltimore, del 8 de febrero de 1845.
- ³⁴ Petition of A. B. Durand and Others, Senado, documento N° 380, 29 Congreso, 1 sesión; Union, de Washington, del 17 de julio de 1846, recorte periodístico, cuaderno de recortes de Alfred Vail, I, 73, SM.
- ³⁵ Ernest Green: «Canada's First Electric Telegraphs, on Papers and Records de la Sociedad Histórica de Ontario, XXIV, 369 (1927). El Chronicle, de Kingston, Canadá Oeste, explicó la difusión rápida de las líneas de telégrafo a través de la frontera como preparativos de una guerra con Canadá. Citado en Union, de Washington, diciembre 19 de 1845, recorte periodístico, cuaderno de recortes de Alfred Vail, I, 135, SM.
- ³⁶ Recorte periodístico fechado el 9 de setiembre do 1846, LC.

³⁷ Cartas, II, 267-8.

Capítulo 23. Un victoriano elige esposa

Sobre «El Bosquecillo de Algarrobos»: Helen W. Reynolds: «The Story of Locust Grove», en el Year Book de la Sociedad Histórica del Condado de Dutchess, año 1932, pp. 21-8; Lewis C. Carman: «Morse, the Poughkeepsian», en el Thrift Messenger, de Poughkeepsie, setiembre de 1932.

- ¹ O'Rielly contra Morse (Testimonio) (¿Washington, 1851?), 90-1. Aunque el nombre de O'Rielly aparece a menudo como O'Reilly, aquí se consigna con la ortografía por él preferida.
- ² SFBM a Amos Kendall, febrero 16 de 1847, borrador, LC.
- ³ SFBM a Amos Kendall, febrero 24 de 1847, borrador, LC.
- ⁴ SFBM a SEM, octubre 12 de 1847, LC.
- ⁵ SFBM a RCM, marzo 13 de 1848, COLG.
- ⁶ SFBM a SEM, noviembre 27 de 1847, LC.
- ⁷ SFBM a T. S. Faxton, marzo 15 de 1848 (¿copias?), LC. De manera similar, SFBM a F. O. J. Smith, abril 18 de 1848, MHS: «No ha habido progreso de la importancia de un alfiler en mi invento, desde que fue puesto por vez primera en funcionamiento». En ese mismo período, SFBM fue impugnado por pretender haber inventado su alfabeto en el Sully, en 1832. Recortes del Journal, de Louisville, de febrero de 1848, en el cuaderno de recortes de Alfred Vail, II, 15-16, SM. La afirmación de SFBM contestaba al cargo divulgado de que había hurtado su código a Steinheil
- ⁸ Acuerdo entre William Gintl y SFBM, febrero 28 de 1856, LC
- ⁹ T. P. Shaffner a SFBM, enero 9 de 1848, LC.
- ¹⁰ Cartas, II, 287-8.
- ¹¹ Reid, p. 198.
- ¹² Cartas, II, 289.
- ¹³ SEM a RCM y SFBM (?), julio 3 de 1847, LC.
- ¹⁴ SFBM a SEM, agosto 7 de 1848, LLM.
- ¹⁵ SFBM a RCM, julio 29 de 1848, COLG.
- ¹⁶ SFBM a RCM, agosto 27 de 1848, COLG.

Capítulo 24. En juicio

Las pruebas importantes en los juicios sobre el telégrafo, se encuentran en las siguientes fuentes: Morse contra O'Rielly (declaración de Monroe), Frankfort, 1848; O'Rielly contra Morse (Testimonio) (¿Washington, 1851?) ; O'Rielly contra Morse (Declaración de la Suprema Corte), en Reports of Cases Argued and Adjudged in the Supreme Court, XV (Nueva York, 1884), en Patent-Copyright-Trade Mark Cases, I (Nueva York, 1929) y en gran parte, en Prime, pp. 565-79; Bain contra Morse (Testimonio y declaración de Cranch), Washington, 1849; Smith contra Downing (Testimonio), Nueva York, 1850; Smith contra Downing (declaración de Woodbury), Nueva York, 1852; French contra Rogers (Compilación de Testimonios), Filadelfia, 1851; French contra Rogers (Testimonio), Filadelfia, 1851; French contra Rogers (Declaraciones de Grier y Kane), Filadelfia, 1851. Estos informes no se encuentran generalmente a disposición en bibliotecas como BPL, NYPL o LC; sin embargo, la mayoría se hallan en la colección de documentos relacionados con el telégrafo, que O'Rielly donó a NYHS.

- ¹ American, de Filadelfia, citado en Daily Gazette, de Filadelfia, setiembre 1° de 1848.
- ² Tribune, de Nueva York, setiembre 18 de 1848. De manera similar, en el Herald, de Nueva York, del 13 de setiembre de 1848, recortes en el cuaderno de recortes de Alfred Vail, II, 49, SM; Scientific American, octubre 14 de 1848.
- ³ George E. Ellis a SFBM, junio 3 de 1839, LC, refiriéndose al Paraíso Perdido, libro VI, versos 498-501.
- ⁴ Alfred Vail a Joseph Henry, señalado cerca del 22 de julio de 1846, borrador, LC. La letra está escrita por SFBM. En SFBM a Joseph Henry, del 15 de octubre de 1846, LC, SFBM admitía haber redactado la carta de Alfred Vail.
- ⁵ Declaración de Henry, en Smith contra Downing (Testimonio), op. cit., pp. 90-2.
- ⁶ Cartas, II, 263.
- ⁷ SFBM: The Electro-Magnetic Telegraph. A Defense (París, ¿1867?), página 9.
- ⁸ Sobre Dyer, véase Alfred Monroe: Concord and the Telegraph (Concord,

Massachusetts, 1902); French contra Rogers (Testimonio), op. cit., páginas 13-18.

- ⁹ De acuerdo con un recorte periodístico sin fecha, existente en LC, el Post, de Boston, lo atribuyó a «Randall». El autor puede ser John Witt Randall, poeta y naturalista de Boston.

Mientras su juicio estaba pendiente, los propietarios de la patente de Morse y O' Rielly simularon una transacción. O' Rielly cedió a aquéllos la cuarta parte de las acciones en las líneas, menos una pequeña cantidad, en consideración a que ellos se habían interpuesto en su contrato. American Telegraph Magazine, I, apéndice a la edición del 15 de diciembre de 1852.

- ¹⁰ Borrador de un artículo escrito por SFBM para el Observer, de Nueva York, fechado 7 de enero de 1851, LC.

- ¹¹ Before the Commissioner of Patents... Application of Samuel F. B. Morse, for an Extension for Seven Years of Letters Patent Granted to Him June 20th. 1840... Argument in Favor of the Extension (Washington, 1854), pp. 32-6.

- ¹² Copia certificada de la decisión de Charles Mason, junio 23 de 1854, LC.

- ¹³ Electrical World, XXVI, 184 (1895). Véase también Decision of Hon. Philip F. Thomas, Commissioner of Patents, on Application of Samuel F. B. Morse, for an Extension of His Patent... Patent April, 1846. Patent Extended for Seven Years from the 11th Day of April, 1860 (Washington, 1860). SFBM también intentó que se le ampliara el plazo de su patente de 1840, para que expirara al mismo tiempo que la de 1846; esto es, en 1867. Para ello se dirigió al Congreso solicitando un decreto especial. Véase Senado, informe N: 310, 36 Congreso, sesión 2. Su pedido no fue concedido. Hacia esa época, SFBM había vendido sus derechos, y los intentos se hicieron por él.

- ¹⁴ Informe impreso, «Dinner to Professor Morse of the United States», octubre 9 de 1856, aprobado por las autoridades que lo presidían, y enviado a SFBM por W. F. Cooke, LC.

Capítulo 25. Cable atlántico

Sobre el telégrafo y el desarrollo del periodismo: Oliver Gramling: AP: the Story of News (Nueva York y Toronto, 1940); Frederic Hudson: Journalism in the United

States (Nueva York, 1873); Víctor Rosewater: History of Cooperative News-Gathering in the United States (Nueva York y Londres, 1930).

Sobre el cable atlántico: Charles F. Briggs y Augusta Maverick: The Story of the Telegraph and ... Atlantic Cable (Nueva York, 1858) ; Edward B. Bright y Charles Bright: The Life Story of the Late Sir Charles Tilton Bright (Westminster, Inglaterra, ¿1899?); Henry M. Field: History of the Atlantic Telegraph (Nueva York, 1869); Isabella Field Judson: Cyrus W. Field (Nueva York, 1896); Allan Nevins: Abram S. Hewitt with Some Account of Peter Cooper (Nueva York y Londres, 1935); Philip McDonald: A Saga of the Seas (Nueva York, 1937); John Mullaly: The Laying of the Cable (Nueva York, 1858); John W. Wayland: The Pathfinder of the Seas: The Life of Matthew Fontaine Maury (Richmond, 1930); William W. Wheidon, cuaderno de recortes sobre el cable atlántico, BPL.

¹ Herald, de Nueva York, abril 13 de 1850. Cf. Reid, pp. 362-9; Daniel H. Craig: A Review of «an Exposition» (Halifax, 1850).

² SFBM a (Amos Kendall), noviembre 4 de 1852, borrador, LC.

³ Proceedings of the American Telegraph Convention (Filadelfia, 1853).

⁴ Prime, p. 615.

⁵ SFBM al director de Scientific American, abril 23 de 1864, borrador, LC

⁶ Prime, p. 614.

⁷ M. F. Maury a SFBM, febrero 23 de 1854, LC.

⁸ SFBM a Cyrus Field, marzo 11 de 1854, LC.

⁹ Prime, p. 637.

¹⁰ James Wyne, en Harper's Magazine, XXIV, 228 (1862).

¹¹ Prime, p. 645.

¹² Informe impreso, «Dinner to Professor Morse of the United States»,
¹³ octubre 9 de 1856, LC.

¹⁴ C. R. Leslie a SFBM, octubre 10 de 1856, LC.

¹⁵ J. W. Brett a SFBM, octubre 13 de 1856, LC.

¹⁶ Amos Kendall a SFBM, diciembre 7 de 1855, LC.

¹⁷ T. R. Walker a SFBM, marzo 6 de 1856, LC.

Amos Kendall a SFBM, febrero 22 de 1857, LC.

¹⁸ Peter Cooper a SFBM, marzo 10 de 1857, LC.

- ¹⁹ Cartas, II, 374.
- ²⁰ SFBM: A Memoir Showing the Grounds of My Claim On... the European States (París, 1857).
- ²¹ Libro de notas de SFBM, conteniendo una reseña del viaje de abril de 1857, de la Niágara, desde Nueva York hasta Gran Bretaña y algunas notas subsiguientes, LLM.
- ²² Cartas, II, 378.
- ²³ Briggs y Maverick, op. cit., p. 97.
- ²⁴ Cartas, II, 380.
- ²⁵ Ibid., p. 382.
- ²⁶ SFBM a Mrs. SFBM, agosto 12 de 1857, copia, LC.
- ²⁷ Field, op. cit., p. 161; Mullaly, op. cit., pp. 150-1.
- ²⁸ Briggs y Maverick, op. cit., pp. 108-9 y 113-4.
- ²⁸ SFBM a RCM, octubre 15 de 1857, COLG.
- ³⁰ SFBM a Mrs. Mary S. Field, febrero 27 de 1858, copia, LC.
- ³¹ SFBM a Cyrus Field, marzo 12 de 1858, copia, LC.
- ³² Recorte periodístico, libro de recortes de Wheidon, op. cit.
- ³³ Reid, pp. 141, 418-20. A medida que la Compañía Unión Occidental suplantaba gradualmente a la Compañía Norteamericana en el control de los intereses de todas las líneas telegráficas, SFBM cambió sus acciones de ésta por las de aquélla. En junio de 1866 recibió para él, su esposa y su hija, dos mil trescientos sesenta y nueve acciones. SFBM a SEM, marzo 27 de 1867, LLM.
- ³⁴ Reid, pp. 421-22; cf. capítulo XXIV, nota N° 13.
- ³⁵ Copia de la declaración enviada a SFBM, fechada el 30 de mayo de 1860, LC.
- ³⁶ SFBM a Amos Kendall, junio 8 de 1860, LC.
- ³⁷ Véase The Telegraph and the Press (Nueva York, 1860); The American Telegraph Company... Remarks of R. W. Russell... in Reply to the Statements of Messrs. Abram S. Hewitt... and Others... on June 29th, 1860 (Nueva York, 1860); Daniel H. Craig: The American Telegraph Company and the Press (Nueva York, 1860).
- ³⁸ Hudson, op. cit., p. 615.

Capítulo 26. «Copperhead»

- 1 Declaración firmada de R. W. Habersharn, archivada en 1832, LC.
- 2 Sprague: Life of JM, p. 141.
- 3 Fragmento sin fecha, archivado en 1854, LC.
- 4 «Notes on Social Compact, Rousseau», de SFBM, en poder del autor de la presente obra.
- 5 SFBM a SEM, octubre 29 de 1846, LC.
- 6 Dutchess Democrat, de Poughkepsie, octubre 26 de 1854.
- 7 Sus declaraciones se hallan en parte en ibid.
- 8 Tribune, de Nueva York, noviembre 2 de 1854.
- 9 SFBM a SEM, febrero 27 de 1854, LC. El Daily Eagle, de Poughkeepsie, de filiación «wigh», del 4 de noviembre de 1854, acierta en que apoyó el proyecto de Nebraska.
- 10 Deutchess Democrat, de Poughkeepsie, noviembre 23 de 1854.
- 11 SFBM a W. S. Hisdale, en el Observer, de Nueva York, agosto 16 de 1855.
- 12 SFBM a B. J. Lossing, mayo 2, cuaderno de recortes, 1864, LC; Benson J. Lossing; Pictorial History of the Civil War, I (Filadelfia, 1866), 245-7, incluyendo ilustraciones de las banderas propuestas, dibujadas por SFBM.
- 13 SFBM a J. D. Caton, febrero 18 de 1863, borrador, LC.
- 14 Sobre el telégrafo en la Guerra Civil, véase William R. Plum: The Military Telegraph during the Civil War (Chicago, 1882) y David H. Bates: Lincoln in the Telegraph Office (Nueva York, 1907).
- 15 Benson J. Lossing: History of New York City (Nueva York, 1864), p. 716. Cf. Horace Greely: The American Conflict, I (Hartford, 1864), 439-40.
- 16 Cartas, II, 416.
- 17 Evening Post, de Nueva York, febrero 7 de 1863.
- 18 Ibid., febrero 14 de 1863.
- 19 Observer, de Nueva York, febrero 19 de 1863.
- 20 Daily Eagle, de Poughkeepsie, febrero 10 de 1863.
- 21 The Writings and Speeches of Samuel J. Tilden, I (Nueva York, 1885), 335.
- 22 Evening Post, de Nueva York, febrero 9 de 1863.

- ²³ Ibid., febrero 12 de 1863.
- ²⁴ Ibid., febrero 19 de 1863.
- ²⁵ The Constitution, An Argument on the Ethical Position of Slavery, The Leter of a Republican... and Prof. Morse's Reply (Documento de la Sociedad para la Difusión del conocimiento Político), (Nueva York, 1863).
- ²⁶ Ibid., 6. El World, de Nueva York, reproduce gran parte de ibid., marzo 24 de 1863.
- ²⁷ SFBM a J. H. Agnew, setiembre 9 de 1864, libro de cartas, LC.
- ²⁸ World, de Nueva York, agosto 11 de 1864.
- ²⁹ SFBM a Abner Morse, noviembre 19 de 1864, libro de cartas, LC.
- ³⁰ Evening Express, de Nueva York, noviembre 5 de 1864.
- ³¹ SFBM a RCM, noviembre 9 de 1864, libro de cartas, LC.

Capítulo 27. Patriarca

- ¹ Los honores dedicados a SFBM están detallados en Prime, pp. 603-13.
- ² Las actas de los procedimientos del Congreso, archivadas el 3 de noviembre de 1858, LC; Moniteur Universe!, de París, abril 29 de 1858.
- ³ Estas cifras se basan en los cinco mil ciento cinco dólares con sesenta centavos que SFBM, según le decía a Mrs. Alfred Vail, en una carta del 17 de noviembre de 1862, SM, le entregaba a ésta como participación de dos dieciseisavos.
- ⁴ SFBM a F. O. J. Smith, mayo 24 de 1860, borrador, LC.
- ⁵ De acuerdo con la declaración de impuesto sobre las rentas, de SFBM, archivada en 1863, LC.
- ⁶ Alexander J. Davis, manuscrito de su diario, Metropolitan Museum of Art, Nueva York.
- ⁷ Prime, 597.
- ⁸ Telegraph Age, XVI, 224 (1895).
- ⁹ The Charter of Smith's Home for Aged Indigent Mothers (Portland, 1865); The Last Will and Testament of Francis O. J. Smith (Portland, 1877); libros de recortes de Westbrook y Portland, MHS; documentos de F. O. J. Smith, MHS.
- ¹⁰ Actas de los síndicos, copia escrita a máquina, en el Colegio Vassar,

Poughkeepsie.

- 11 SFBM a RCM, junio 6 de 1865, libro de cartas, LC; los datos sobre el obsequio se hallan en el libro de actas del Board of Directors del Union Theological Seminary, de Nueva York.
- 12 T. S. Cummings a A. B. Durand (,1861?), documentos de Durand, NYPL.
- 13 Prime, p. 708.~~
- 14 SFBM a Daniel Huntington, diciembre 26 de 1864, libro de cartas, LC.
- 15 SFBM a SEM, octubre 1° de 1866, LLM.
- 16 Cartas, II, 449.
- 17 SFBM a SEM, junio 8-11 de 1867, LLM.
- 18 Fragmento escrito por SFBM, archivado en 1867, LC.
- 19 Cartas, II, 453.
- 20 SEM a SFBM, enero 25 de 1867, LLM; William P. Blake a SFBM, agosto 5 de 1869, LC. El informe de SFBM fue publicado como Examination of the Telegraphic Apparatus and the Processes in Telegraphy (Washington, 1869).
- 21 SFBM a SEM, setiembre 26 de 1868, LLM.

Capítulo 28. Cosecha

Conmemoraciones de SFBM: A Memorial of Samuel F. B. Morse, from the City of Boston. Printed by Order of the City Council (Boston, 1872) ; Memorial of Samuel Finley Brese Morse, Including Appropriate Ceremonies of Respect at the National Capitol, and Elsewhere. Published by Order of Congress (Washington, 1875); Edward G. Porter: Remarks Suggested by a Tablet at Rome Commemorative of S. F. B. Morse (Cambridge, 1897); «Sesión Solemne Celebrada por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística... en Honor de Samuel Morse, en Sociedad de Geografía y Estadística, Boletín, serie 3, 1, 27-67 (1873) ; Reid.

- 1 Times, de Nueva York, diciembre 30 de 1868; Journal of the Telegraph, enero 1° de 1869; Cartas, II, 467-75; menú de la comida, NYHS.
- 2 The Golden Age, abril 15 de 1871.
- 3 Amos Kendall: Autobiography (Boston y Nueva York, 1872), páginas 691-2.
- 4 SFBM a Hesse E. Finley, abril 16 do 1869, libro de cartas, LC.
- 5 SFBM a Susana Morse Lind, abril 21 de 1870, libro de cartas, LC.

- ⁶ Journal of the Telegraph, enero 19 de 1871.
- ⁷ Times, de Nueva York, junio 11; World, de Nueva York, junio 10 y 11; Journal of the Telegraph, junio 15; Hearth and Horne, julio 19 de 1871; artículo escrito a máquina, sobre Cornelia Morse Rummel, sin fecha, LLM.. Durante su vida hubo otras propuestas para erigirle monumentos a SFBM; una en Nueva York, por la ciudad, y otra en Washington, por In National Monument Society. Times, de Nueva York, diciembre 15 de 1865; Cartas, II, 442, 498-502.
- ⁸ Times, de Nueva York; World, de Nueva York, junio 11; Journal of the Telegraph, junio 15 de 1871.
- ⁹ Cartas, II, 493.
- ¹⁰ Memorial of... Morse... Published by Order of Congress, op. cit., p. 27.
- ¹¹ Cartas, II, 497-8.
- ¹² El libro era el de Horace Greeley (y otros): The Groat Industries of the United States (Hartford, Chicago y Cincinnati, 1872). El artículo sobre telegrafía, anónimo, pp. 1233-49, se refiere a las personas que participaron en las celebraciones del 10 de junio de 1871, como «defraudadas». Aparentemente, SFBM no se equivocó al opinar que Smith y O'Rielly apoyaban of movimiento. Véase Electrical World, XXVI, 522-3 (1895), y The Telegrapher, febrero 10 de 1872.
- ¹³ SFBM a F. J. Mead, marzo 14 de 1872, libro de cartas, LC.
- ¹⁴ Cartas, II, 506-7.